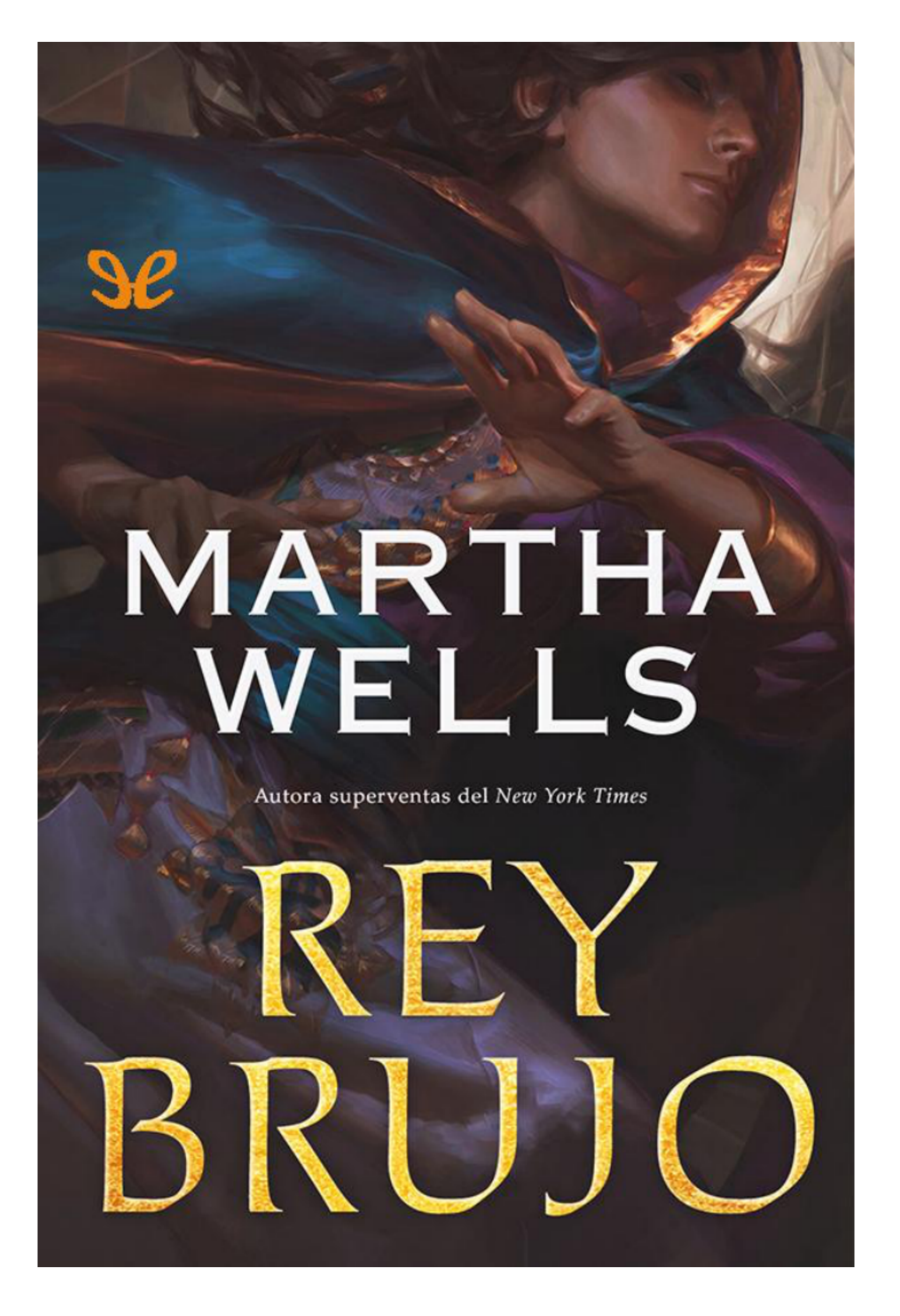

MARTHA
WELLS
Autora superventas del New York Times
REY
BRUJO

Después de ser asesinado, con su conciencia confinada en una elaborada trampa de agua e incapaz de notar el paso del tiempo, Kai se despierta y se encuentra con un mago menor que intenta aprovecharse de su magia. El pobre no sabe con quién se la está jugando.

Pero ¿porqué encerraron a Kai? ¿Qué ha cambiado en el exterior desde su asesinato? ¿Y qué hay detrás de esa misteriosa Coalición del Mundo Emergente que parece estar ganando tanta influencia?

Kai necesitará reunir a sus aliados y recurrir a toda su magia del dolor si quiere responder incluso a la más sencilla de estas preguntas.

Y no le van a gustar las respuestas.



Martha Wells

Rey Brujo

ePub r1.0
Titivillus 13.07.2024

Título original: *Witch King*
Martha Wells, 2023
Traducción: Carlos Loscertales

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



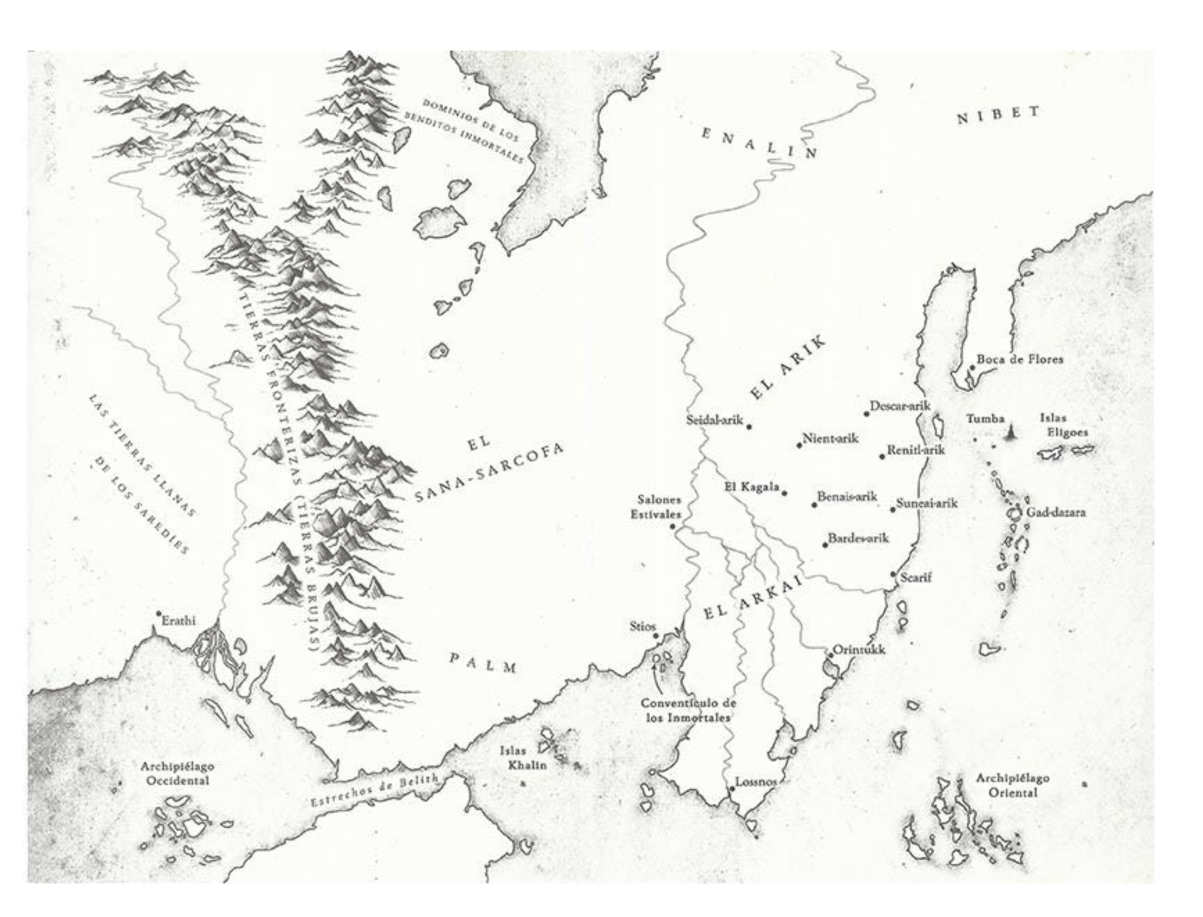
REY BRUJO

MARTHA WELLS

TRADUCCIÓN DE CARLOS LOSCERTALES

REY BRUJO

MARTHA WELLS



NIBET
ENALIN
DOMINIOS DE LOS BENDITOS INMORTALES
EL ARIK
Boca de Flores
Descar-arik
Tumba
Islas Eligoes
Seidal-arik
Nient-arik
Renitl-arik
EL SANA-SARCOFA
El Kagala
Benais-arik
Suneai-arik
Gad-dazara
Salones Estivales
Bardes-arik
TIERRAS FRONTERIZAS (TIERRAS BRUJAS)
LAS TIERRAS LLANAS DE LOS SAREDIES
Searif
EL ARKAI
Erathi
Stios
Orintukk
PALM
Conventículo de los Inmortales
Islas Khalin
Archipiélago Occidental
Estrechos de Belith
Lossnos
Archipiélago Oriental

Para Felicia

DRAMATIS PERSONAE

KAIISTERON: príncipe de la Cuarta Casa del inframundo (llamado el Rey Brujo)

ZIEDE DAIYAHAH: archimaestra de los conventos de las montañas de las islas Khalin (llamada el Azote de la Sala del Templo)

TAHREN STARGARD: mariscal inmortal de las Tierras Benditas (llamada la Caída)

DAHIN: bendito menor y hermano de Tahren

ABUELA: antepasada de los saredíes de los llanos, antaño capitana de exploradores, que negoció un pacto con las fuerzas del inframundo y se desposó con un príncipe demonio

El Presente

SANJA: niña mendiga de la Boca de Flores

TENES: bruja de origen desconocido, capturada y convertida en familiar de Aclines

BASHAT BAR CALIS: actual príncipe heredero de Benais-arik, cabeza del Consejo de la Coalición del Mundo Emergente y futuro emperador

RAMAD: vanguardista personal del príncipe heredero Bashat

ASHEM: líder de cohorte del Mundo Emergente, destinada en el Arkai

MENLAS: expositor excesivamente ambicioso

ACLINES: expositor de gran poder

SAFRESES Y KINLAT: señores de la corte de Nient-arik
SAADRIN: mariscal inmortal del linaje Stargard, enemistada con Tahren
FAHARIN: bendito inmortal
NARREIN Y SHIREN: benditos menores de la casa de Faharin
KAVINEN, NAHALIN Y YAREN: benditos menores del linaje Stargard
TANIS: hija mayor de Ziede Daiyahah

El Pasado

BASHASA CALIS: príncipe heredero de Benais-arik, enviado a los Salones Estivales como rehén para garantizar la lealtad de su ciudad (llamado el Grande)
ADENI, VARRA E ILUDI: primos de Enna, de los saredíes Kentdessa CANTENIOS: expositor del Patio de los jerarcas de los Salones Estivales
ARN-NEFA: demonio de los saredíes Kanavesi
TALAMINES: archiexpositor del Patio de los jerarcas de los Salones Estivales, nacido y reclutado en Irekán
RAIHANKANA, LA VOZ DEL JERARCA: noble-sirviente encargado de expresar la voluntad de los jerarcas ante aquellos demasiado indignos para escuchar su Sagrada Voz
ARSHA, TELARE, NIRANA, HARTEL, CERALA: soldados ariké que acompañaron a Bashasa a los Patios de Rehenes de los Salones Estivales, asignadas posteriormente a Kaiisteron, el Cuarto Príncipe
ARAVA, VASHAR, TRENAL: soldados ariké de la escolta personal de Bashasa Calis
SALATEL: segunda escudera del príncipe heredero Bashasa, posteriormente líder de la escolta asignada al Cuarto Príncipe
EL TESCAI-LIN: Gran Clarividente de Enalin y Luz de los Cien Coroneles
LAHSHAR CALIS: prima materna del príncipe heredero Bashasa de Benais-arik
DASARA: hijo y heredero de Lahshar Calis
HIRANAN: primogénita del príncipe heredero de Seidel-arik
VRIM: segundogénito del príncipe heredero de Descar-arik
ASARA: segundogénita del príncipe heredero de Bardes-arik

STAMASH: tío materno del príncipe heredero de Renitl-arik
KARANIS CALIS: primo paterno del príncipe heredero Bashasa, elegido por los jerarcas como usurpador de Benais-arik

UNO

Despertarse fue flotar hasta la superficie de un suave mundo hecho de agua, no lo que se esperaba Kai. Al buscar en esa oscuridad, halló un mar negro, frío y fluctuante que se retraía como una marea. Le pasaba algo raro a su cuerpo; todo se le antojaba imposiblemente lejano. Proyectó un pensamiento para llamarla: *¿Ziede?*

Su respuesta llegó despacio, con una voz grave y extraña. No era capaz de verla. *Estoy dormida, Kai*, susurró Ziede.

No estás dormida, estás hablando conmigo. Kai debería saber dónde estaba. Siempre sabía dónde estaba Ziede; una gota de la sangre de Kai, endurecida hasta transformarse en una perla roja, estaba enterrada en el corazón de la mujer.

Te dije que no te despertaras… Ziede se interrumpió, y su voz lánguida se tornó lúcida y urgente. *Kai, ¿dónde estoy? No me puedo mover*.

Aquello no tenía ningún sentido. Kai extendió su consciencia tanto como pudo, buscando algo, cualquier cosa sólida. Se obligó a adoptar un tono calmado con su voz interior, a pesar de la sensación de vértigo; intuía que no le iba a gustar en absoluto la respuesta a sus preguntas. *Yo tampoco estoy seguro de dónde estoy*, le dijo a Ziede. Una terrible revelación se cernía sobre él,

pero la mantuvo a raya; era mejor centrarse en buscar a Ziede. Se puso a recoger las partes de sí mismo que flotaban a la deriva en aquella agua oscura que tal vez no fuera agua, para volver a concentrar todo su ser en su propio cuerpo. El problema era que su cuerpo no estaba.

Kai reprimió una punzada de pánico. El pánico debía posponerse.

Ziede le habló de nuevo; su voz mental tenía un deje severo: *No te apresures, Kai. No sé dónde estoy, pero no puedo ver ni moverme. Respiro, pero no siento nada… No noto el movimiento de mi pecho*. Kai detectó el miedo reprimido de Ziede cuando esta añadió: *No encuentro a Tahren, no me responde*.

Algo los había aislado del mundo exterior. *No intentes moverte. Espérame*, le dijo Kai. Si él todavía era capaz de pensar, no estaba indefenso.

Hizo acopio de toda su concentración hasta que aquel mar negro cedió y se convirtió en las oscuras paredes de piedra de una gran cámara circular; desde las sombras de la parte superior caía agua. En los huecos entre las piedras crecían unas algas musgosas, y a su espalda se filtraba una luz. Kai tenía que moverse, pero nadar en aquel aire, bajo la forma de una nube amorfa, era algo nuevo y profundamente desconcertante para él. Se imaginó envuelto en su cuerpo, recogió los brazos y logró girarse para mirar hacia abajo.

Para mirar su propio cuerpo.

Yacía en un plinto elevado, dentro de un ataúd de cristal.

La cara se veía, pero el resto estaba tapado por una tela oscura. Las mejillas y la piel alrededor de los ojos estaban hundidas y macilentas, pero aún se reconocía. *Han pasado meses… ¿o un año?* Si a él le habían hecho esto, ¿qué le habrían hecho a Ziede?

Ziede, has dicho que no puedes moverte ni ver nada. En aquel lugar aterrador y desconocido no había más ataúdes ni ninguna otra cosa tan grande como para que estuviera dentro. En el suelo había unos orificios diagonales que drenaban el agua. Agua. Debían de haber inundado la cámara para mantener a Kai dentro de su cuerpo inerte. Ahora que el nivel había descendido, había logrado salir flotando y despertar. En aquel estado insustancial no podía sentir el movimiento; ¿la cámara estaba ascendiendo para salir del agua? ¿Y

qué importaba eso si Ziede podía estar sepultada viva, sin que Kai tuviera forma alguna de liberarla? Trató de pensar en algún modo de recabar información.

¿Hueles algo?

Solo huele a tela… ¿Seda vieja? Luego añadió: Kai, ¿qué pasa? ¿Dónde estamos?

No lo sé. Ziede estaba sellada dentro de algo, posiblemente un féretro forrado de seda. Kai habría cerrado los ojos en un gesto de desesperación… si dichos ojos no hubieran estado descomponiéndose dentro de aquel ataúd de cristal. *Ziede, me temo que estamos*… Titubeó. Algo había provocado que aquella extraña cámara mortuoria se desaguara.

Algo se aproximaba.

Sin un solo sonido, la pared curva situada frente al plinto se abrió, dejando entrar una estrecha columna de luz azulada. Unas siluetas borrosas y lejanas entraron. Le costaba percibirlas con nitidez bajo aquella forma insustancial. Eran cinco siluetas humanas que arrastraban dos fardos; dos cuerpos.

Dejaron la carga en el suelo, junto a la pared curva. El más menudo de los dos cuerpos pataleaba y forcejeaba. Al recibir un puntapié, se rindió y se quedó acurrucado contra la pared. El otro estaba quieto.

Kai percibió el olor de la muerte en aquella silueta inmóvil. Pensó en Ziede, atrapada e indefensa a menos que Kai lograra encontrarla, y ese dolor le insufló una chispa de poder.

El cuerpo estaba vacío; su ocupante se había marchado, pero la carne todavía irradiaba calor. Poco, pero el suficiente. Kai giró sobre sí mismo de nuevo, concentró todo su ser en su interior y se dejó caer por el abismo en dirección a esa calidez.

Los sonidos, colores y sensaciones regresaron como un torrente: molestias en las articulaciones, el roce de un hueso fuera de sitio, la garganta abrasada y en carne viva, unas ropas húmedas pegadas a los miembros largos y torpes. Pero ese dolor generaba un pozo de poder sanador que recorrió su carne nueva.

Kai se apoyó en las manos para incorporarse, levantó la cabeza y tomó una lacerante bocanada de aire. El cabello oscuro y rizado, enredado en un pesado velo de metal y tela, le caía por debajo de los hombros. La piel de las manos era morena, un tono cálido y

familiar. Vestía una túnica con falda larga y oscura, una variante común de la vestimenta oriental tradicional. Pero debajo no llevaba nada, y las ropas estaban manchadas de sangre y cosas peores. Tomó otra bocanada de aire, un aire húmedo, frío y rancio por el moho y la podredumbre. Había dejado de percibir a Ziede, pero era algo temporal. Tenía la esperanza de que fuera algo temporal, aunque tal y como estaba yendo la jornada hasta ese momento, no podía darlo por sentado.

Los mortales examinaban el ataúd de cristal. Uno de ellos toqueteó la tapa. Kai aún no había terminado de asentarse en su nuevo cerebro, así que no entendía lo que decían.

Cuatro de ellos vestían de manera similar a los marineros de los archipiélagos sudorientales: bombachos de algodón ceñidos en los tobillos, chaquetilla abierta y cinto de cuero ancho. Dos también llevaban la camisa hasta la rodilla, tan habitual en las mujeres de esa zona. Aunque curtida, su piel era pálida; los cabellos de color claro eran lisos y largos, sujetos con broches o recogidos por detrás. La quinta persona lucía el mismo aspecto, pero tenía más edad y vestía prendas más ricas: un abrigo rojo hasta la rodilla sobre una túnica con falda larga y oscura; de su cinturón pendían relucientes cadenitas de plata y adornos de ónice. Kai se olió que se trataba de un expositor, y la actitud ufana y depredadora del hombre se lo confirmó.

Las palabras empezaron a cobrar sentido de nuevo. La persona acurrucada al lado de Kai cuchicheó:

—Estabas muerto.

Los recuerdos de su nuevo cuerpo, fragmentados y estáticos, se desvanecían rápidamente, pero uno de ellos le susurró: *Una niña, demasiado pequeña para estar aquí*. Kai tuvo que girar el cuello, soportando el doloroso peso del velo de metal que le tiraba de la cabeza, para poder verla. Era menuda, vestida con una camisa y unos pantalones cortados por las rodillas; prendas andrajosas, mugrientas y demasiado finas para el frío y la humedad de aquella cámara. El cabello, rizado y prieto, estaba cortado a ras de la cabeza; su tez era de color marrón oscuro. De la costa oriental, quizá. Le había hablado en ariké imperial, pero esa era la lengua franca mayoritaria, así que no le daba ninguna pista sobre su origen. Kai tampoco había reconocido su acento.

El pozo de poder temporal que había creado el dolor de Kai restauró su nuevo cuerpo; los huesos se soldaron y regresaron a su lugar; un órgano reventado se remendó; la nariz partida volvió a su sitio con un crujido; la mandíbula astillada formó nuevos dientes con una punzada de dolor que casi lo hizo caer al suelo. Kai se concentró en respirar hasta que dejó de hervirle la sangre; entonces se recolocó la mandíbula, que volvió a su sitio con un chasquido.

—¿Nos conocemos? —susurró Kai.

La niña dio un respingo como si quisiera apartarse de él, pero le diera demasiado miedo llamar la atención. Negó con la cabeza; tenía los ojos abiertos de par en par.

—No… En realidad, no. Tus ojos…

Kai se echó el velo sobre la cara, lo justo para ocultar la mitad superior de su rostro.

—Es mejor así. Él… o ella… ya no está.

La niña se quedó sin respiración. Lo había entendido, aunque no quisiera.

—Creía que… Pero te… lo mataron a golpes.

—Traed a la niña —ordenó la voz del expositor desde el otro lado de la cámara.

Un marinero se dio la vuelta y caminó hacia ellos. Se agachó para agarrar a la niña.

—Parece que te toca a ti primero —le dijo mientras se inclinaba.

Kai se abalanzó sobre él. El marinero lo agarró a él y lo puso en pie de un tirón. Lo miró fijamente, sobresaltado. Una marinera protestó:

—¡No, él no! La otra.

—Creía que estaba muerto —dijo otro.

Ellos también hablaban ariké imperial; el expositor lo hablaba de manera impecable, mientras que los marineros arrastraban las vocales y tenían mucho acento.

—¡A mí, por favor! Quiero ser el primero —imploró Kai. Se desembarazó del marinero y caminó hacia su ataúd con paso tambaleante. Se agarró a una esquina del plinto y se recostó contra este, contemplando a la desdichada banda de saqueadores de tumbas—. Vais a resucitarlo, ¿verdad? —Señaló con la frente su antiguo cuerpo; el pesado velo le arañó el cuero cabelludo y Kai esbozó una mueca—. No tengo mucho tiempo; hagámoslo ya.

Otro marinero soltó una carcajada mientras desenvainaba un largo cuchillo.

—Enseguida estará muerto. —El hombre tenía una belleza superficial que no iba más allá de su piel dorada. Entonces le vino un nombre a la mente, el fragmento de un recuerdo grabado en aquel cerebro agonizante, que se negaba a desaparecer. Aquel marinero se llamaba Tarrow; al principio había fingido benevolencia, para que su traición le hiciera más daño.

Gracias a la estancia en penumbra y al velo, aquellos mortales no podían ver con claridad el rostro de Kai. El expositor, sin embargo, lo observaba con atención; su mirada se fue aguzando a medida que lo comprendía, horrorizado.

—Espera —dijo.

Pero Tarrow estaba ansioso por causar más dolor. Se adelantó y apuñaló a Kai en el pecho. Kai se desplomó contra el plinto, y el dolor le ennegreció la visión a medida que el acero cortaba su carne ya maltrecha.

Tarrow se disponía a apartarse cuando Kai agarró la hoja del cuchillo. Se lo sacó, aunque el filo le laceró los dedos, y arrojó el arma a un lado, ignorando el breve borbotón de sangre que le resbaló por el pecho mientras su carne se remendaba de nuevo. El nuevo pozo de poder que floreció bajo su piel palpitaba como un segundo corazón.

—Bueno —dijo Kai sonriente, apartándose el velo de la cara—. ¿Quién quiere ser el primero? —Ahora ya nadie se reía. En la cámara reinaba un silencio absoluto, salvo por el goteo y el burbujeo del agua al drenarse—. Ven aquí, Tarrow —le ordenó, concentrando su voluntad. La sonrisa le tiraba de los tendones y los huesos, todavía sensibles tras la curación. Como un pétalo encerrado en ámbar, Tarrow avanzó con paso rígido hacia Kai, resistiéndose con toda la fuerza de su mente, que por desgracia para él no era ni mucho menos suficiente. Kai lo atrajo hacia sí hasta que pudo aferrarle la garganta con facilidad—. Dime una cosa, ¿sabes cómo se llamaba? ¿Este hombre al que habéis traído aquí para matarlo?

Tarrow respondió con un gorgoteo. El expositor trató de lanzar una intención, algo con lo que paralizar el nuevo cuerpo de Kai. Pero el dolor de la puñalada lo había inundado de un poder terrible,

así que Kai atrapó la intención antes de que terminara de formarse. La revertió, empleando para ello casi toda su fuerza temporal, y dejó atrapados donde estaban al expositor y los marineros. Forcejearon inútilmente, incapaces de mover los pies, ni tampoco las manos lo suficiente para desenvainar sus armas. Uno de ellos soltó un gemido; Kai estuvo a punto de aplastarle la garganta a Tarrow por instinto antes de estar preparado, lo cual habría sido un desperdicio. Con voz asustada, otro dijo:

—Menlas, aseguraste que podías dominarlo…

—¡Silencio! —Luchando por moverse, con la voz áspera por el susto y la desesperación, el expositor Menlas dijo—: ¡Te hemos traído ofrendas! Te imploramos…

—Me habéis traído a una niña y a un joven tan próximo a la muerte que no ha aguantado ni un instante después de cruzar el umbral de esta cámara. ¿Pensabas encerrarme en un cuerpo débil e indefenso para que fuera tu esclavo? —Kai soltó una carcajada ronca, apagada por el tejido todavía incompleto de sus pulmones. A juzgar por la expresión de Menlas, Kai se había acercado bastante a la verdad—. Esto no funciona así, expositor. —Dicho eso, arrancó el alma de Tarrow de su cuerpo y devoró su vida.

Un segundo más tarde, Kai dejó caer al suelo el cascarón marchito.

Los demás se quebraron como ramitas secas. Sus gritos y súplicas le resultaron escandalosos e irritantes, sobre todo viniendo de unos mortales que habían ignorado los gritos y súplicas de sus propios cautivos. Kai despachó a los dos primeros enseguida, para recuperar el poder que había gastado en atraparlos. Después liberó al expositor y al último marino para que intentaran escapar; se sentía extrañamente enfadado y quería desahogarse del todo antes de volver a ser racional. Y aquel pesado velo que seguía enredado en su pelo, torturándole el cuero cabelludo, tampoco ayudaba.

Cuando el último marino ya era un bulto de carne reseca,

Kai se sentó sobre el pecho del expositor y le preguntó:

—¿Quién me metió aquí?

El expositor sacudió la cabeza desesperado, jadeando.

Quizá había formulado mal la pregunta.

—¿Quién me hizo esto? ¿Quién me metió en esta tumba? ¿Y cómo sabías tú que estaba aquí?

—No puedo… Las historias decían que… —Y entonces el corazón del muy idiota empezó a fallar.

Exasperado, Kai le drenó la vida antes de que expirara y se echara a perder.

Se levantó y se extendió enérgicamente la falda.

—Se acabó —le dijo a la niña. Esta seguía temblando, acurrucada contra la pared, pero lo había visto todo. Kai le dio la vuelta al cuerpo de la mujer más cercana de una patada y le quitó la camisa. Se la lanzó a la niña—. Ponte esto y levanta. No voy a comerte, somos amigos.

La niña atrapó la camisa al vuelo y se la metió por la cabeza. Se levantó con dificultad; iba descalza, con los pies sucios y llenos de cortes y magulladuras.

—¿Qué…? ¿Qué vas a…?

—Tengo que encontrar a alguien. —Kai se inclinó sobre otro cadáver reseco, le desató las botas, se las quitó a tirones y se las pasó a la niña. La percepción de la presencia de Ziede crecía en los límites de su consciencia, pero todavía le costaba intuir la dirección —. ¿Había otro ataúd? ¿Viste alguno?

La chica cogió las botas y siguió a Kai hasta el umbral, vacilante y temblorosa.

—No. Solo he visto la escalera —contestó.

Kai cruzó la abertura de la pared. Daba a un pasadizo; unas gemas relucientes engastadas en el techo abovedado producían una luz azul. La potente red de intenciones con la que se había construido aquel lugar estaba escrita en cada palmo de piedra. Alguien había aprovechado una estructura previa y la había modificado para sus propósitos. El pasadizo se curvó en torno a una gruesa columna, dando paso a unas escaleras ascendentes de piedra blanca y gastada por las que todavía corría agua.

—¿Necesitas hacerle eso a la gente para seguir vivo? —preguntó la niña.

—No —contestó Kai—. Lo he hecho porque he querido. Y las malas personas saben mejor que las buenas. —Le tendió la mano.

Ella levantó la cabeza para mirarlo; la escasa luz iluminaba sus ojos castaños, muy abiertos, ojerosos y hundidos por el hambre. La niña le dio la mano. Tenía la piel fría por la conmoción.

Llevando a la niña de la mano, Kai subió por la espiral de

escalones hasta que el hueco de la escalera se abrió a un pasillo ancho y alto, con el techo sembrado de aquellas gemas luminosas azules. Al fondo había una burbuja de cristal transparente y curvado que permitía ver el exterior, unas aguas de color gris verdoso.

A juzgar por los peces que nadaban allí, aquel lugar se encontraba en una masa de agua de grandes dimensiones; ahora que Kai disponía de una nariz que cumplía su función, detectó el olor de la sal, como si con el paso de los años esta se hubiera ido infiltrando en las junturas de las piedras. Alguien se había tomado muchas molestias para asegurarse de que Kai nunca despertara lo suficiente para poder escapar de su cadáver. Las demás paredes lucían grandes grabados de forma cuadrada que recordaban a los marcos decorativos de unas puertas, pero en el centro no había nada. Kai rodeó con la niña el pilar central; otras escaleras se elevaban al fondo.

—¿Qué es este lugar?

—Una isla, pero es como una torre, toda de piedra —contestó la niña. Se frotó la nariz ensangrentada con una mueca de dolor—. Hemos entrado por arriba. ¿Qué estás…?

Kai levantó un dedo para que guardara silencio. Su percepción de Ziede era más fuerte allí, en aquel lado del pasillo. Se concentró en el delgado hilo que lo ataba a la perla del corazón de Ziede. *¿Ziede?*

Sigo aquí. Hablaba con voz seria, totalmente bajo control.

Kai soltó la mano de la niña y recorrió concienzudamente la pared. Cada panel grabado formaba parte de la intención que recorría todo aquel lugar. No había nada vivo detrás, pero sí la sensación de una cavidad o una cámara oculta tras la piedra. Cavidades vacías, sin nada almacenado dentro, ni siquiera cuerpos en descomposición. Tiene que estar aquí.

Entonces, al fondo de la cámara, percibió un hueco ocupado, algo grande y pesado que llenaba la estancia. Kai podía atravesar la delgada capa de piedra pulida valiéndose de una herramienta contundente, en caso de encontrar alguna, pero primero probó con el método sencillo. Palpó los grabados de moluscos y culebras de agua en busca de un cierre o una juntura. Se acuclilló para buscar en el borde inferior, y entonces sus dedos encontraron una pequeña

depresión. Al pulsarla, se oyó un ruido sordo procedente del interior.

Al levantarse y retroceder, Kai estuvo a punto de pisar a la niña, que se había quedado esperando muy cerca de él. Eso revelaba algo de su carácter, o quizá de su pasado reciente: Kai le resultaba menos aterrador que cualquier otra cosa que hubiera en ese lugar.

El panel se resquebrajó y se deshizo; el revoque cayó al suelo con un repiqueteo. Dentro de la cavidad había un ataúd de mármol oscuro sobre un plinto de piedra lisa. Kai agarró el extremo curvado y tiró de él. Se oyó el ruido de un contrapeso y todo el ataúd se soltó del sepulcro. Este no tenía tapa de cristal; la parte superior era de piedra tallada y redondeada. Kai buscó la juntura y la empujó con casi todas sus fuerzas. La tapa salió volando y golpeó el suelo con un estruendo.

Ziede yacía dentro.

Tenía los ojos cerrados. Kai le puso la mano en la frente. Estaba viva, cálida y viva. Kai no veía que hubiera envejecido ni cambiado; tenía la misma tez de color castaño oscuro, la frente grande, la nariz larga y recta, el cabello oscuro recogido en decenas de trenzas en hileras, como a ella le gustaba. Iba vestida para una ceremonia o celebración, con una túnica drapeada de seda ceñida, del color rojo de la sangre arterial. Kai buscó el contorno de la intención que mantenía su vida en suspenso; con un suave movimiento, la rompió.

El pecho de Ziede se hinchó con la primera respiración agitada. Kai la cogió en brazos y la sacó del ataúd. Ziede parpadeó varias veces para abrir los ojos y agarró a Kai por los hombros, clavándole las uñas en el cuello. Sentía tanto alivio que se le hizo un nudo en la garganta.

—Estás a salvo, Ziede.

Ella pestañeó de nuevo, sobresaltada al ver un rostro desconocido. Cuando notó que su mirada se volvía más lúcida, Kai la dejó en el suelo de pie, despacio, sin soltarle los brazos para que no perdiera el equilibrio.

Ahora tenían la misma altura. El antiguo cuerpo de Kai había sido más bajo, así que estaba acostumbrado a tener que levantar la cabeza para mirarla. Ziede le tocó la mejilla.

—¿Eres tú? —Se respondió sola—: Sí. ¿Te han matado?

—Sí, alguien me mató. —Kai seguía tan aliviado que le costaba

pensar. Dio unos toques en el féretro de piedra de Ziede—. Me metieron en uno parecido.

Mientras miraba el nicho donde la habían sepultado viva, Ziede encorvó los hombros.

—No recuerdo cómo terminamos aquí. —Se miró y frunció el ceño—. No recuerdo que esta ropa sea mía.

—Yo tampoco recuerdo cómo llegamos. —Kai le frotó los brazos —. ¿Te encuentras bien?

—Sí. —Ziede se irguió e inspiró hondo—. ¿Entonces no tenemos ni idea de cuánto tiempo…?

—Por mi aspecto, llevaba muerto cerca de un año. —Kai se volvió hacia la niña. Con Ziede hablaba en saredí, la primera lengua mortal que Kai había aprendido, así que pasó a ariké imperial para que la niña los entendiera—. ¿Bashat bar Calis de Benais-arik sigue siendo el líder del Mundo Emergente?

—Supongo… —contestó ella. Se había sentado en el suelo para calzarse las botas y ahora se mordía el labio mientras se envolvía las magulladuras y los dedos rotos con las solapas de cuero—. ¿Es el nombre que sale en las monedas?

Eso no le servía. Kai insistió:

—¿Sabes en qué mes estamos, según el cálculo imperial?

La niña arrugó la frente, pensativa.

—Era el final del tercer mes solar. Casi el final. Aún no habían cambiado la señal de la torre del calendario. Y hemos tardado unos cinco días en llegar aquí.

—Me vale. —Más tranquilo, Kai se volvió hacia Ziede—. ¿Me puedes quitar esto de la cabeza?

Señaló la maraña de tela y cadenas enjoyadas que tenía enganchada en el pelo. Una tarea constructiva como esa ayudaría a Ziede a volver a la realidad…, y además Kai necesitaba librarse urgentemente de aquel chisme espantoso.

Ziede le obligó a darse la vuelta y palpó el bulto que formaba el velo.

—¿Lo tienes incrustado en el cráneo? —Siguiendo su ejemplo, hablaba en ariké imperial.

—Eso parece. —Con tantos tirones en el cuero cabelludo, le entraban ganas de matar al menos a diez marinos y expositores más, desollándolos vivos si no se le ocurría nada peor.

—Solo es un velo de malla —dijo la niña, tirándose de los cordones de las botas para ajustárselas.

—¿Quién es esta? —le preguntó Ziede con exasperación mientras sus uñas separaban las diminutas cadenas enredadas.

—Es nueva. —A Kai le apetecía relajarse mientras los delicados dedos de Ziede le desenganchaban del pelo aquel instrumento de tortura decorativo, pero no había tiempo.

—Me llamo Sanja —contestó la niña, levantándose—. No quiero estar aquí.

—Se llama Sanja —le explicó Kai a Ziede—. La han traído aquí como sacrificio.

Probablemente Menlas pretendía matarla para alimentar la intención con la que planeaba esclavizar a Kai. Por lo visto Menlas poseía el conocimiento justo para ser un peligro, principalmente para sí mismo.

—Hola, Sanja. ¿A ti te parece que nosotros dos queremos estar aquí? —le preguntó Ziede.

—No. —Sanja levantó la barbilla con aire desafiante, pero le temblaba un poco la voz—. ¿Me has traído aquí por ella? ¿Por si ella necesita un cuerpo nuevo?

Ziede soltó una carcajada áspera.

—Yo no puedo entrar en otros cuerpos, ni vivos ni muertos. Ese truco es de Kai.

—Por eso teníamos que encontrar a Ziede mientras aún respirara —añadió Kai. Sanja todavía parecía demasiado conmocionada para mostrar alivio; se limitó a suspirar un poco y a juguetear con la manga de su camisa nueva—. Has dicho que no puedes hablar con Tahren.

—Lo he intentado sin parar. —La voz de Ziede sonaba calmada y segura, a menos que uno la conociera lo bastante para percibir la emoción subyacente. Tahren poseía una perla del corazón de Ziede; incluso estando demasiado alejadas para poder hablar, debería haber sido capaz de percibir su presencia.

Si también habían atacado a Tahren, la situación era todavía peor de lo que parecía.

—Tahren no está aquí. No hay nadie más —dijo Kai.

Las manos de Ziede se detuvieron un momento, antes de continuar desenredando las cadenitas.

—Si Tahren estuviera libre, habría venido a buscarnos. Habría arrasado el mundo hasta encontrarnos. Y Dahin… Dahin tampoco nos habría abandonado.

Kai notó un nudo en la garganta. Dahin se había distanciado de Tahren, pero no de Kai y Ziede. Y por mucho que Tahren y él discutieran, Dahin la habría seguido protegiendo, y Tahren habría destruido cualquier cosa que intentara hacerle daño a él. Pero eso no quería decir que estuvieran muertos.

—Lo único que sabemos es que no están aquí. Quizá haya algo que inhibe la perla de Tahren. Podría estar buscándonos o protegiendo a los demás en casa. No lo sabremos hasta que averigüemos lo que ha ocurrido.

—Si le han tocado un solo pelo de su testaruda cabeza, los masacraré —dijo Ziede con aquella calma falsa suya. Con un último tirón, el velo de malla se desprendió. Ziede lo tiró al suelo y pasó los dedos por los rizos de Kai, deshaciendo los enredones.

—Los masacraremos —la corrigió Kai, frotándose la cabeza dolorida. La tensión de la espalda y el cuello ya empezaba a desaparecer—. ¿De dónde vienes, Sanja?

—De la Boca del mar de Flores. Nos compraron a los dos. —Entonces titubeó. Se abrazaba el cuerpo, pero había dejado de temblar—. ¿Por qué no me has preguntado antes cómo me llamo?

—No quería saberlo hasta que estuvieras preparada para decírmelo. —Al menos Kai sabía dónde estaba el mar de Flores, aunque no en relación con el lugar donde se encontraban ahora. La Boca era una ciudad libre, fuera del territorio del Mundo Emergente, el último fragmento superviviente de las tierras de Nehush. Después de que la guerra la dejara prácticamente deshabitada, los piratas la habían repoblado, pero en la actualidad volvía a ser un puerto muy concurrido. El escondite ideal para un expositor—. ¿Viajaron hasta aquí en barco desde la Boca?

—En una ballena caracolada. —Sanja encogió los hombros delgados—. Nunca había visto ninguna de cerca.

—Vaya. Entonces el expositor Menlas debía de ser un hechicero poderoso.

—Supongo que eso creía él —dijo Sanja con un deje de frialdad.

—Esperad aquí las dos —dijo Kai, rascándose con ganas el cuero cabelludo ya libre—. Voy a volver allí para registrar los cuerpos.

Ziede, te traeré algo de ropa.

Cuando ya se alejaba, Ziede le dijo:

—Kai, busca una perla en tu corazón.

Después de un momento de vacilación, negó con la cabeza.

—No hay ninguna, Ziede.

—Demuéstramelo, Kai —insistió ella mientras se marchaba—. Demuéstramelo.

DOS

Lo mejor de haberles drenado la vida a los marineros era que todos habían muerto sin manchar la ropa. Kai los registró a los cinco, se llevó varias prendas para Ziede y separó las armas y otros objetos que traían para examinarlos mejor. No tenían comida; con suerte habrían cargado abundantes suministros en su embarcación. Kai no necesitaba comer muy a menudo, pero Ziede se ponía de mal humor cuando no lo hacía, y Sanja parecía muy desnutrida.

El nuevo cuerpo de Kai iba escaso de ropa, y su túnica estaba muy manchada. Se quedó con la falda y las calzas ceñidas que llevaba el expositor Menlas, y también con la rica túnica de manga larga, que le llegaba hasta la rodilla. Se la ciñó con el cinto de cuero de un marinero y tuvo que recogerse las mangas para que no le taparan las manos, pero por lo demás el atuendo le resultaba cómodo. Cogió un cordón de seda trenzado, que probablemente fuera de suma importancia para la familia o la cultura de Menlas, y se ató el pelo con él para que no le cayera en la cara.

Después eligió lo más útil o bonito del montón de objetos y lo guardó todo en un saco vacío que había traído una mujer, obviamente esperando llevarse algo de botín. Kai sabía que debía volver con Ziede y Sanja, pero se quedó allí parado. Delante de su cadáver.

Ziede se equivoca, pensó. *No hay ninguna perla en mi corazón. No me hace falta buscar*. Y además no tenían tiempo. Una tumba tan meticulosamente construida tenía que contar con alarmas. Seguro que alguien ya sabía que estaban libres.

Aun así, se acercó al ataúd de cristal y, con un pequeño zarcillo de poder, rompió el diseño que lo sellaba. El aire fétido escapó con un siseo al levantar la tapa.

Resultaba extraño y nada agradable verse a sí mismo de esa manera. Kai no había nacido en ese cuerpo, pero lo había ocupado durante mucho tiempo, tanto que ya casi había olvidado la sensación de estar en otro. Al igual que Ziede, Kai no reconoció la ropa que llevaba, la tela translúcida y áspera de la mortaja, el sencillo abrigo oscuro que llevaba debajo. Lo habían sepultado sin joyas, sin nada de lo que debería haber acompañado a la tumba de un noble ariké.

Con el cuchillo con el que lo había apuñalado Tarrow, Kai cortó la mortaja y el abrigo; después abrió la piel del pecho y la carne putrefacta que había debajo.

Allí, en el centro de su corazón, había una perla de color blanco plateado.



Cuando Kai regresó, Sanja le hablaba a Ziede sobre Menlas y lo que había ocurrido en la tumba.

—Decía que iba a esclavizar a un gran demonio para convertirlo en su familiar.

—Sí, todos los idiotas creen lo mismo —replicó Ziede.

—He traído ropa. —Kai la soltó sobre el féretro de Ziede y le acercó una parte a Sanja—. Coged lo que queráis.

Ziede se tironeó con frustración de la cintura de su túnica drapeada.

—No sé cómo quitarme esto. Creo que la han cosido conmigo dentro.

Sanja avanzó medio paso con la intención de ayudar, pero Kai se limitó a tenderle el cuchillo a Ziede. Esta empezó a cortar metódicamente la ropa pegada a su cuerpo. Estaba claro que le hacía falta dar tajos durante un rato para recuperar la compostura.

—Ziede, tenías razón —dijo Kai mientras la observaba.

Ella, distraída, cortó la parte delantera de la túnica.

—Suele pasar. ¿A qué te refieres ahora?

—La he buscado. He encontrado la perla.

Kai esperaba que le dijera algo como «Ya lo sabía» o «Te lo había dicho». Pero Ziede se quedó quieta, mirándolo fijamente con gesto turbado.

—Creía… creía que me ibas a decir que me había equivocado. —Apretó los labios, conteniendo la emoción, y volvió a acercar el cuchillo a la túnica—. Quería equivocarme.

Kai bajó la vista; no quería ver su expresión, y menos si era de lástima. Sanja se había puesto un pantalón de marinero debajo de la camisa que Kai le había dado antes.

—¿Cómo puedes tener algo en el corazón sin morirte? —preguntó, mirándolos con confusión y recelo.

Kai suspiró. Se sentía un idiota, un idiota traicionado. Entonces, a modo de respuesta, percibió un destello de la memoria de lo que quedaba del ocupante anterior de su cuerpo, y una imagen del apuesto Tarrow.

—Buena pregunta. Y esta es mejor: ¿cómo podía tener una perla en el corazón sin saberlo?

—Yo tengo una —le explicó Ziede a Sanja. La túnica se soltó finalmente; Ziede dejó caer los restos al suelo y los alejó de una patada como si fueran una serpiente venenosa—. Es de Kai, como protección. Él me la dio, y me la tragué.

—Vístete, vas a coger frío —le dijo Kai. Sacó otro par de pantalones, una túnica y el abrigo rojo de Menlas y se los tendió.

—¿Quién puso la perla ahí? —preguntó Sanja. Con las perneras enrolladas, parecía todavía más niña de lo que era.

Ziede, que se estaba vistiendo metódicamente, contestó con dureza:

—Alguien que creíamos que era amigo nuestro.



La sección superior de la escalera de caracol de piedra no estaba iluminada, así que Kai invocó a un diablillo del tamaño de una libélula para seguir su veloz resplandor. Cuanto más subían, más se

notaba el olor de la brisa salada y fresca. Ziede iba detrás de él, interrogando a Sanja.

—Cuando llegamos aquí era de noche, pero quisieron esperar hasta el alba. —Sanja soltó un resoplido sentencioso—. Supongo que creyeron que sería más seguro.

—¿Cómo entró aquí ese tal Menlas? —preguntó Ziede—. ¿Tenía una llave o algo así?

—Si la tenía, yo no la vi. —Sanja inspiró hondo. Parecía debatirse entre su faceta de rata callejera curtida y de niña traumatizada. Le temblaba la voz—. No dejaban de pegarle… a él.

Kai se detuvo y la miró. La luz blanca del diablillo volador borraba el color del rostro de la niña, impidiendo a Kai distinguir su expresión.

—¿Cómo se llamaba?

Sanja se mordió el labio.

—No lo sé. Nos dieron opio, creo. Me sentó mal y se enfadaron porque vomitaba sin parar. A él se lo llevaban todo el rato, supongo que intentó resistirse. Casi no pudimos hablar.

Kai se dio la vuelta y continuó subiendo. Ahora que los recuerdos de su cuerpo se habían desvanecido, ya no podría averiguar nada más sobre su anterior ocupante. De todas las cosas por las que debería estar enfadado en ese momento, aquella tendría que haber sido una minucia. Pero no lo era.

Quizá se debiera a que había pasado muchísimo tiempo en su cuerpo anterior. Se lo había arrebatado a un enemigo, en vez de obligarlo a aceptar un sacrificio forzoso. Podría haberse tomado más tiempo para matar a Menlas y sus secuaces; sin embargo, los castigos jamás habían solucionado nada. Kai había sufrido castigos a manos de verdaderos y fervorosos expertos, pero solo habían conseguido acrecentar su determinación.

—¿Los marineros comentaron algo sobre el expositor? ¿Lo conocían bien?

—Puede ser… A nosotros nos tenían abajo, en la bodega de la caracola, y en ningún momento bajaron allí juntos, así que nunca los vi hablar. —Tras un momento de reflexión, Sanja añadió—: Aunque creo que el expositor no les caía muy bien. Quizá planearan robarle lo que encontrara en la tumba y matarlo. Y tal vez él planeara asesinarlos cuando ya no los necesitara.

—Probablemente —contestó Kai, distraído. Tenía la impresión de que Sanja se estaba alejando de los hechos que había visto y oído y empezaba a especular acerca de las motivaciones de sus captores; no serviría de nada seguir interrogándola a menos que recordara cosas concretas. Pero tal vez sus teorías se aproximaban a la verdad, puesto que ningún expositor llegaba a ser poderoso a menos que se alzara sobre una montaña de víctimas y subordinados traicionados.

—¿Cómo se ha evacuado el agua de la sección inferior de la torre? —preguntó Ziede, todavía centrada en comprender la estructura de la tumba.

—No lo he visto —contestó Sanja—. Estábamos en las escaleras, luego Menlas les dijo a los demás que nos trajeran y corría agua por todas partes. —Titubeó antes de añadir—: ¿Por qué había tanta agua? Él estaba muerto en ese ataúd de cristal.

O medio muerto.

—¿Sabes quién soy, Sanja? —preguntó Kai. Según la niña, Menlas no había divulgado sus planes, al menos delante de sus víctimas.

—No… No sé… No —confesó Sanja—. En realidad, no sé lo que es un demonio. ¿Eres una especie de expositor?

—Díselo de una vez, Kai —dijo Ziede, pero le pudo la impaciencia—. Es Kaiisteron, el Rey Brujo.

Kai oyó el tropezón de Sanja. Ziede la sujetó, la enderezó y la empujó con suavidad para que siguiera caminando.

—Pero eso es solo una leyenda —protestó Sanja—. De los ariké, del Mundo Emergente. Igual que los jerarcas.

—Los jerarcas tampoco son una leyenda —dijo Ziede con amargura—. Nos costó mucho matar a esos cabrones asesinos.

Con la siguiente vuelta, la escalera dio paso a la potente luz del sol y a una ráfaga de aire fresco y salado. Kai subió corriendo los últimos escalones y llegó a la amplia azotea de una torre cilíndrica. El cielo de la mañana era de un intenso color azul, sembrado de nubes, aunque las que se divisaban al oeste, grises y densas, anunciaban lluvia. Kai extendió los brazos y giró sobre sí mismo, inspirando profundamente aquel viento que olía a tormenta. Hasta ese momento no había sido consciente de lo mucho que le irritaba el peso del agua circundante y la angostura de aquel lugar. El único indicio de tierra firme estaba muy lejos, al sur, las manchas

borrosas de unas pequeñas islas en el horizonte.

Kai liberó al diablillo con un gesto de la mano, y este se marchó tan deprisa que lo perdió de vista en un instante. A los diablillos tampoco les gustaban el agua ni los espacios cerrados.

Pese al viento, el aire era más cálido allí, aunque si aquella tormenta lejana los alcanzaba, la temperatura bajaría. Después de experimentar el frío de la tumba, le apetecía tenderse en la azotea y empaparse de sol.

Un gemido profundo y retumbante y una fuerte salpicadura contra el lateral de la torre atrajeron a Kai hasta la balaustrada. La ballena caracolada que Sanja había mencionado estaba abajo; una silueta inmensa y parcialmente sumergida bajo las olas que lamían la pared de la torre. Su piel era de un tono azul oscuro muy intenso que pasaba a rojo en los costados. Una caracola de nautilo a rayas de color blanco y marfil, sujeta a su lomo, se alzaba sobre el agua a gran altura, grande como una casa, una señal del poder de Menlas. La entrada curvada de la caracola estaba orientada hacia arriba, dejando ver unas escaleras de caracol que descendían hasta desaparecer.

—Estas piedras llevan años de erosión; este lugar es muy antiguo —comentó Ziede. Estaba examinando la azotea con ojo crítico—. Puede que sea una tumba antigua del pueblo del mar. No la construyeron para nosotros.

Kai estaba de acuerdo. Construir algo así habría requerido los recursos de, como mínimo, una ciudad-Estado modesta; era más probable que sus enemigos se hubieran dedicado a buscar una estructura desierta y en ruinas que sirviera a sus propósitos una vez que la modificaran con diseños e intenciones adecuados.

—En cualquier caso, tuvieron que planificarlo con mucha antelación, sobre todo para atraparnos a los dos. Sanja, ¿cómo os trajo Menlas hasta aquí arriba?

Sanja se acercó a su lado y se asomó a la balaustrada.

—Tenían una máquina, unas poleas con una plataforma para poder subir con la tripulación. A nosotros nos izaron con una red… —Señaló—. ¡Ahí está!

Un bulto hecho de restos de madera y cuerdas flotaba junto a la cabeza redonda de la ballena caracolada. La red, agitada por el agua, se había enganchado a los percebes adheridos a la torre bajo

la superficie. El expositor había tenido que utilizar una intención menor para suspender aquella estructura de la balaustrada de la torre; cuando Kai lo había matado, todo se había venido abajo.

—¿Tenemos que volver a subirla hasta aquí? —preguntó Sanja, dubitativa.

—No hará falta. —Kai miró de reojo a Ziede, que estudiaba con atención el suelo de la torre; los diablos de viento jugueteaban con su ropa y su pelo—. ¿Dónde estamos, Ziede?

Ella levantó una mano, saboreando las corrientes de aire con las puntas de los dedos.

—Al este de la Boca de Flores —contestó. Señaló con la frente la lejana mancha de tierra que se adivinaba al sur—. Aquella es una de las islas de las Eligoes.

Kai ya sabía adonde tenían que ir.

—Hay que ponerse en marcha.

Ziede raspó el pavimento con el pie una última vez y se acercó a la balaustrada. Apoyó una mano en el hombro de Kai para estabilizarse y se encaramó al murete. Kai se apartó la falda para que no le estorbara y subió también. Ziede le tendió la mano a Sanja; esta, con los ojos como platos, la aceptó y se dejó aupar.

—Eh… —la niña miró a Kai y luego la gran distancia que los separaba del agua—, ¿sabes volar?

—No, pero Ziede sí —contestó mientras Ziede daba un paso hacia el diablo de viento; este se abrió como una flor ante ella. Sanja soltó un grito ahogado de angustia cuando Ziede tiró de ellos para bajarlos del muro, arrastrándolos al vacío.

El diablo de viento descendió flotando como una hoja, haciéndolos oscilar y girar hasta que llegaron a la boca de la caracola. Ziede los sacó del radio de alcance del diablo y los depositó en los primeros escalones de la caracola.

—En realidad no vuelo, manipulo entidades —le corrigió Ziede con fastidio.

Kai descendió los escalones en espiral y penetró en el interior nacarado de la caracola. El aire era rancio y olía a humedad y pescado; esbozó una mueca de disgusto. No le gustaba viajar tan cerca del agua, pero tampoco tenían otra opción.

Los escalones conducían a la cámara superior de la caracola, un espacio sinuoso cuyas curvas y cavidades internas se habían

aprovechado para almacenar pequeños cofres ornamentados, como los que solían emplearse para guardar útiles de escritura o medicina, y otros suministros. Un compartimento más grande estaba equipado con pesadas colchas y almohadones; seguramente Menlas había dormido allí. Kai recorrió el estrecho pasadizo hasta la sección inferior de la caracola, donde halló una cámara más pequeña con redes llenas de frutas y hortalizas, odres de agua y vasijas de arcilla.

En otras cámaras había hamacas con mantas más bastas, en las que seguramente había dormido la tripulación, y también compartimentos y estantes con armas de repuesto y efectos personales. Abajo del todo, pegada a la piel de la ballena, Kai encontró la cámara maloliente, llena de sogas y cadenas, donde habían encerrado a Sanja y a su difunto compañero; por lo visto, también hacía las veces de letrina.

Volvió a subir con Ziede y Sanja, que le estaban esperando; la niña no soltaba la mano de Ziede. Era comprensible; a Kai tampoco le agradaba volver a visitar lugares donde lo habían torturado. Recorrió la pared, examinando cada compartimento.

—No hay nadie a bordo. Tenemos que irnos de aquí.

Ziede enarcó las cejas al oír eso.

—¿Sabes cómo se maneja esta cosa?

—No, pero si un expositor puede hacerlo, no será tan difícil. —Encontró un pequeño estante nacarado cerca de la parte delantera, con diversos ingredientes: diminutos vasos de concha pulida con sales y polvos, unas pocas astillas de madera manchadas de sangre oscura y un diagrama dibujado en un jirón de tela descolorida. No… esto no es. Menlas no había estado creando intenciones, sino intentando copiar las artes brujas. Y viendo las chispas de intención que seguían adheridas a aquellos objetos, había tenido éxito. *Me pregunto si fue así como nos encontró*.

Los primeros expositores, reclutados y entrenados para servir a los jerarcas, habían sobrevivido el tiempo suficiente para transmitir sus conocimientos a sus aprendices. El maestro de Menlas, fuera quien fuera, le había hecho creer que era lo bastante poderoso como para entrar en una tumba sellada y diseñada como trampa para el Rey Brujo inmortal. Quizá había sido un método muy enrevesado de asesinarlo.

Kai continuó curioseando entre los estantes, consciente de que Ziede bajaba a la bodega y volvía a subir con un par de bolsas y vasijas.

—¿Él es tu marido? —le preguntó Sanja en voz baja.

—Por los diablos de los Cuatro Vientos, claro que no —respondió Ziede en voz alta—. Somos viejos amigos.

Kai encontró una brújula de metal ornamentada con un trozo de lo que parecía ser barba de ballena engastado en el centro. Menlas seguramente tuviera otra forma de acceder a los hilos de conexión que contenía el objeto, pero Kai se limitó a tocarlo. Percibió la mente de la ballena, antigua y paciente, pero bullendo lentamente de furia al verse cautiva. Kai se abrió camino y le dijo: *Quiero que me lleves más cerca incluso de lo que estás dispuesta a hacerlo. Si nos conduces al sudeste, primero hasta el fuego bajo el agua y después hasta un puerto mortal, romperé las cadenas que sujetan este artilugio a tu lomo y te pondré en libertad.*

La ballena meditó en un profundo silencio que pareció suspender el paso del tiempo. Kai no se impacientó, pues la impaciencia era inútil con una criatura tan antigua y que daba tanto peso a sus deliberaciones. Le resultó fácil y reconfortante limitarse a flotar en ese silencio, aguardando.

La respuesta llegó con un cambio en la corriente: *¿Por qué debería confiar en ti?*

Esa pregunta nunca estaba de más.

Yo también estuve encadenado, contestó Kai. Le transmitió a la ballena una imagen, un recuerdo de los Salones Estivales de los jerarcas, del viejo Patio de los Demonios Cautivos, de sí mismo encorvado en el suelo, con el cuello y las muñecas sujetos con cadenas de diamante, de la lluvia perpetua que empapaba sus harapos y le abrasaba la piel.

La ballena absorbió el recuerdo y su canto fluyó.

Entonces, la corriente mental y la propia caracola oscilaron juntas; la ballena le estaba dando la espalda a la torre. Alzó la cola y la agitó para impulsarse hacia mar abierto. Kai volvió en sí y se percató de que estaba arrodillado en el suelo, con la cabeza gacha, en comunión con la ballena. Todavía sentía molestias en lugares inesperados de su nuevo cuerpo, un efecto secundario de su rápida restauración y de la cercanía de aquellas aguas asfixiantes. Se

levantó con un gruñido. La caracola se mecía con el movimiento lento y prolongado de la ballena. Cualquier mortal que creyera que aquel era un método de transporte adecuado tenía que ser masoquista, además de insensible al dolor de la ballena cautiva.

Kai era vagamente consciente de la presencia de Ziede y Sanja en la zona trasera de la cámara. Habían comido un poco de fruta, castañas de agua encurtidas y lo que parecían ser unos bizcochos muy secos y bastos. Después Ziede había llevado parte de la ropa de cama del expositor a otro compartimento en el que Sanja ya estaba acurrucada, con una manta tapándole la cabeza. Ziede estaba sentada en la cama del expositor, reclinada contra la pared nacarada entre el nido de almohadones; observaba a Kai con gesto preocupado.

Kai se sentó junto a ella, hombro con hombro. Todavía sentía el alivio de verla cálida y viva, de estar cálido y vivo a su lado.

—Le he dicho que nos lleve primero a las Gad-dazara.

—Era uno de los nombres mortales del lugar que en muchos idiomas se llamaba «fuego bajo el agua». Estamos cerca y allí hay un conducto que me permitirá hablar con la Abuela. Ella debería ser capaz de ayudarme a ver nuestro hogar, para comprobar si Tahren está allí y también si ha ocurrido algo en Benais-arik que explique que tú y yo termináramos muertos. O casi muertos.

—Buen plan —dijo Ziede. Tomó la mano de Kai entre las suyas —. Todo esto es muy preocupante.

Kai soltó un ruido de desagrado ante tamaña subestimación y se dejó caer hasta apoyar la cabeza en el hombro de Ziede. Ambos habían sido conscientes de que era una imprudencia presentarse en la corte precisamente en el año de la renovación de la coalición del Mundo Emergente, pero habría sido igualmente imprudente no acudir a la convocatoria de Bashat.

—Y todo estaba yendo tan bien…

—¿Tú crees? —Ziede no sonaba convencida, pero no insistió—. ¿Recuerdas dónde estabas cuando pasó esto?

Kai había estado buscando en sus recuerdos. Sabía que Ziede y él se encontraban en el viejo palacio de Benais-arik. Que Tahren no estaba con ellos. Se había mostrado reservada con lo que pretendía hacer, aunque tal vez Ziede lo supiera. Pero las últimas imágenes de su cuerpo anterior seguían siendo confusas e imprecisas.

—En el pabellón de verano. Era de noche. En ese estanque grande con nenúfares.

—¿Estabas dentro del estanque? —preguntó Ziede, perpleja—. ¿Por qué?

—No, estaba al lado —contestó él exasperado—. En un diván. Con Bashat.

—Ay, Kai… —suspiró Ziede—. Y aquí estamos ahora.

—Eso no lo sabes. —*No sabes si fue él quien nos hizo esto*. No iba a discutir con ella ahora; estaba demasiado cansado. Y muy poco seguro, aunque no quisiera admitirlo—. ¿Tú dónde estabas?

—En nuestros aposentos de la Casa de Benais, creo. —Sacudió la cabeza, rozándole la mejilla con las trenzas—. La planificación y el tiempo necesarios para hacer esto… A menos que tuvieran alguna forma de mantenerte en suspensión después de atacarnos, debían de tenerlo todo preparado…

Kai no podía dejar de pensar en el estanque de los nenúfares, en la perla de su corazón, en su último recuerdo. Tumbado en los almohadones de seda bajo el cielo estrellado, con la luz de las lámparas iluminando el patio más hermoso del palacio más célebre del nuevo centro del mundo. La sonrisa de Bashat mientras le tendía a Kai una copa de vino. La noche era un recuerdo resplandeciente, cálido y suave, como el resplandor de la luz en el agua oscura y las flores blancas. Era una imagen totalmente clara… hasta su final sospechosamente repentino, el momento en que todo se había quedado quieto y a oscuras.

No le costaba nada imaginar un reflejo oscuro de esa escena, como la imagen invertida en el agua oscura del estanque.

Ziede debió de notar que su tensión iba en aumento. Le pasó una mano por los largos rizos del cabello, deshaciéndole los enredones.

—¿En qué piensas, Kai?

Pensaba en que quizá había sido un necio ingenuo, en que quizá había cometido un tremendo error.

—Existe una forma de colocar una perla del corazón sin consentimiento. No creo que funcionara con un mortal, pero conmigo… Si hubieran molido la perla y la hubieran disuelto en agua… o en vino. Si me la hubieran dado a beber. Habría tardado un tiempo en formarse, y dependería de… muchas cosas. Pero existe esa posibilidad.

—¿Y…? —Kai notó el tono preocupado de Ziede.

—Si alguien me hizo eso. Si lo usó para obligarme a obedecer su voluntad. Y si después me ahogó en el estanque. —Tenía un nudo en la garganta—. Si eso fue lo que pasó.

—Ay, Kai…

Había tanta lástima en la voz de Ziede que Kai se obligó a soltar una carcajada. Le salió más bien como un graznido sarcástico.

—Empiezo a pensar que un príncipe heredero mortal que quiere tener tratos con un demonio con forma humana tal vez no sea la persona más digna de confianza del mundo —dijo.

Ziede volvió a suspirar.

—¿Tú crees? El primero que conocimos sí que lo era.

Kai le sonrió con amargura.

—Él fue una excepción.

EL PASADO: EL PRINCIPIO

Sueño con el mundo tal cual era: con Suneai-arik y un centenar de caravanas al día desde el norte, cargadas de sedas, vino de hielo, ámbar y libros; con barcazas llegadas de los puertos del Arkai con tesoros y curiosidades de los archipiélagos. Con gentes familiares y desconocidas: mercaderes de Nibet, eruditos y diplomáticos de Enalin, marineros de Erathi y Palm e incluso un solitario Rey del Llano del lejano oeste. Con la comida, la música, las risas.

Se dice que Salasi el Satírico vio lo que se avecinaba y liberó las aves de sus jaulas en el jardín del foro. Pero todas se precipitaron desde el cielo cuando se alzó la voz del Pozo de los jerarcas.

—Carta hallada en los archivos de Benais-arik, atribuida a un superviviente anónimo de Suneai-arik

Kai solo llevaba dos ciclos estacionales completos en el cuerpo mortal de la difunta Enna cuando despertó a su primo Adeni saltándole encima. Adeni soltó un gemido y se defendió con la almohada y los codos, protegiéndose de los brazos de Kai como si fuera un escudo.

—¡Para! ¡Vas a partir las camas! —siseó Adeni.

Kai se sujetó a la gruesa cuerda guía que afianzaba las literas apiladas en la pared de lona. Apenas había amanecido; el techo inclinado de la gran tienda de los saredíes Kentdessa seguía bañado en sombras. La luz que se colaba por los orificios de ventilación de la lona, por los que pasaban las cuerdas tensoras, seguía siendo de color gris oscuro. Kai procuró no levantar la voz para no despertar a todos los que seguían durmiendo en la partición.

—¡Qué va! Venga, levanta, que llegamos tarde.

—Vale, vale. —Adeni se incorporó y le arreó con la almohada. Con una carcajada, Kai se deslizó hasta la escalerilla y empezó a bajar, pasando frente a las siluetas dormidas de sus primos mortales.

La zona baja de la partición era más oscura; las cortinas impedían que la luz del alba alcanzara el nivel inferior de la tienda. Pero incluso con el cuerpo mortal de Enna, Kai distinguía las pinturas que cubrían cada rincón de cuero y lona; representaban historias de los antepasados del clan, y sus vivos colores titilaban en la penumbra. Cuando las alumbraban las velas que se encendían por la noche, las pinturas parecían moverse, algo que a Kai le resultaba tan fascinante como a sus primos. Le recordaba un poco a su antiguo hogar, al paisaje cambiante del inframundo.

Kai bajó de un salto al suelo de la tienda. Arriba, Adeni estaba apartando sus mantas, pero no se oía nada más aparte de algún ronquido.

Otras secciones de la tienda ya estaban en marcha. A varias particiones de distancia sonaban el tintineo de la loza y unas voces lejanas. Rebuscó en su baúl, se quitó el delgado camisón y se puso una túnica, un pantalón y un tabardo bordado. En la estación cálida era innecesario llevar prendas más abrigadas; Kai no sentía el frío igual que los mortales, pero la capitana del clan le había dicho que procurara emular a sus primos en todo lo posible, como muestra de respeto al cuerpo de Enna. Halló sus botas escondidas debajo de la litera más baja, ocupada por la tía Laniaa y sus resoplidos, y se coló por la abertura entre las cortinas.

Siguió el pasadizo de los dormitorios hasta el comedor de su sección, una zona circular muy amplia, con braseros encendidos en los que se calentaban cacerolas de gachas de mijo y ollas más

pequeñas de agua caliente para preparar té con leche de cabra. Kai se sentó en una esterilla; cuando terminó de calzarse, apareció Adeni y se dejó caer a su lado.

El tío Guardi estaba llenando las cacerolas con un caldero más grande que habían traído de la cocina exterior.

—Kai-Enna, ¿quieres? —le preguntó mientras le pasaba a Adeni una ración de gachas. Le tendió a Kai un cuenco con sobras de la noche anterior, principalmente tiras de cecina de cabra con melaza de sorgo y especias picantes.

—Sí, por favor, tío. —Kai aceptó gustosamente el cuenco. Podía aguantar mucho tiempo sin comer, quizá media estación, pero prefería no hacerlo, y el sabor y la textura le gustaban.

—Eh, ¿por qué Kai puede comer carne y yo no? —preguntó Adeni con la boca llena.

Kai estaba casi seguro de que se debía a que en ese momento él era el único demonio del clan Kentdessa, y uno de los más jóvenes entre los saredíes. Había alrededor de un centenar de demonios repartidos entre todas las tiendas de los clanes allí acampados, y aún más en los clanes que viajaban hacia el sur.

—Porque anoche Kai-Enna no despertó a la mitad de los pastores del turno de noche ni dos horas después de que se hubieran acostado —lo reprendió el tío Guardi.

—Con el debido respeto, creo que exageras, tío —replicó Adeni mientras masticaba las gachas.

—Como mucho despertó a un tercio de ellos —añadió Kai.

El tío les dio un latigazo con el paño.

Kai se terminó su cuenco y, mientras Adeni seguía comiendo, se rehízo las trenzas que se le habían soltado mientras dormía, hizo lo mismo con las de Adeni y respondió a una decena de personas que iban saliendo a sus quehaceres y querían saber adonde iban Adeni y él tan temprano.

Cuando Adeni terminó por fin, se pasaron por la partición del almacén para coger arco y flechas y siguieron el pasadizo hasta la entrada principal de la tienda.

El día era soleado; la brisa fresca y fuerte traía olores a pasto dulce, estiércol de cabra y caballo y humo de leña. Kentdessa se alzaba frente a ellos como una montaña en miniatura hecha de lona y cuerda. Formaba parte de un racimo más o menos circular de las

enormes tiendas de los clanes instaladas en la llanura, encima de un río ancho y poco profundo que centelleaba a la luz de la mañana. A sus espaldas se extendía el pasto infinito, sembrado de ocasionales bosquecillos de árboles altos y frondosos. Desde allí no se veía, pero el techo de cada tienda lucía el color y el emblema de su respectivo clan. La pintura ya estaba descolorida, desgastada por el sol y el mal tiempo, pero volverían a pintarlas durante la gran asamblea que señalaba el final de la estación del Viento Frío. Pasaron frente a la cocina exterior, con sus hogueras y hornos de adobe, donde los cocineros se afanaban en preparar el desayuno y el pan de la jornada; Kai se llevó a rastras a Adeni para que no se detuviera a seguir zampando.

El paseo hasta el río era bastante largo; habían instalado el campamento a una distancia considerable para protegerlo de las crecidas estacionales. Si Adeni hubiera ido solo, lo habría hecho a caballo. Pero los caballos saredíes desconfiaban del olor de los demonios, y no merecía la pena perder tiempo calmando a uno para un trayecto como ese.

Los clanes estaban situados allí desde el inicio de la estación de la Luz Dorada, y allí seguirían hasta que terminara la estación de los Cambios Verdes. Río arriba se encontraban las cañerías de madera y las zanjas que transportaban el agua hasta los huertos y depósitos; río abajo, las letrinas y la zona de baño. Era un sistema inteligente, si bien los invocadores de espíritus del clan purificaban el agua con regularidad. Después de rodear la última tienda, la del clan Elinvassa, echaron a andar hacia los pastos cercanos a la orilla.

—Bueno, ¿con quién te vas a casar? —preguntó Adeni.

Kai se echó a reír.

—Con nadie. Lo único que hace falta es que tenga hijos. —La Abuela se lo había explicado el día en que Kai había despertado en el cuerpo de la difunta Enna. El clan tenía la esperanza de que les diera al menos un bebé, y mejor si eran más, pero Kai tenía terminantemente prohibido hacer nada que pudiera producir un bebé durante tres ciclos estacionales más. No era porque tuvieran que esperar a que Enna cambiara; su cuerpo permanecería tal y como estaba en el momento de la muerte hasta que Kai lo abandonara. Pero la Abuela decía que con esa demora querían asegurarse de que Kai comprendiera la vida mortal. Solo faltaba una

estación más, pero a esas alturas ya creía entenderla bastante bien.

Adeni se recolocó el carcaj sobre el hombro.

—Ya, pero eso no quiere decir que no te puedas casar también. —Le lanzó una breve sonrisa, más tímida que su sonrisa ancha de costumbre. Adeni era medio ciclo estacional mayor que el cuerpo de Enna; había sido el primero que lo había cogido del brazo y se lo había llevado fuera tras la ceremonia del despertar. Habían dado una vuelta corriendo alrededor de Kentdessa, bajo la telaraña de sogas gigantes de los postes exteriores.

—¿Casarme con quién? —preguntó Kai. Entonces le asaltó una duda repentina—. ¿Contigo?

—Bueno, conmigo, con Varra y con Iludi. —Eran otros dos primos suyos. Kai pasaba mucho tiempo con ellos, pero la mayoría de sus aventuras las compartía con Adeni. Habían hecho de todo, desde explorar las cuevas donde hibernaban los Liberni, el pueblo oso, hasta escalar por el exterior de Kentdessa para escándalo de los ancianos, aunque esa aventura casi terminó en desastre. Aparte de eso, también se dedicaban a hablar y contar historias; pasaban la noche al raso, con los rebaños, tumbados en la hierba bajo las estrellas—. Tú plantéatelo —añadió Adeni.

—¿Que me plantee dormir en una litera doble con tus pies apestosos? —dijo Kai, sobre todo porque no sabía si Adeni, bromeaba o no.

Adeni sonrió y le dio un golpe en el hombro.

—Si yo estoy dispuesto a soportar que me saques de la cama a golpes todos los días antes de que amanezca, tú puedes soportar mis pies.

Casi habían llegado al río: en el suelo ya había más fango y guijarros que hierba. En aquel punto medía casi trescientos pasos de ancho, con un gran bajío a lo largo del recodo, aunque la corriente cambiaba y trazaba nuevos canales en su curso con cada lluvia. Anoche debía de haber estallado una tormenta en las colinas, río arriba; las anchas orillas estaban sembradas de ramas rotas. Un tronco astillado, tan ancho como la altura de Kai, estaba encajado en un banco de arena que delimitaba la zona más profunda.

También había destruido el puente de cuerda que los constructores habían tendido en la zona más estrecha del río, por donde Kai y Adeni pretendían cruzar al terreno de caza del lado

opuesto. Las cuerdas y los tablones rotos se mezclaban con los demás restos de las orillas arenosas, y los pilotes de apoyo estaban medio arrancados del suelo.

Kai se detuvo en seco, decepcionado.

—Menuda mierda. ¿Cuánto crees que tardarán en repararlo? —Esa mañana no, seguro. Se iban a perder la migración de los perama.

Adeni observó a Kai un instante y luego le dio una palmada en la espalda.

—Venga, lo podemos vadear.

—Yo no. —Kai, exasperado, agitó la mano y se señaló los ojos—. ¿Te acuerdas?

—El agua no te hace daño, ¿verdad? —Adeni le clavó un dedo en el hombro—. Te he visto bañarte.

—No. Pero noto algo raro cuando se interpone entre el suelo y yo. —Se sentía hueco, vacío, como si le faltara una parte de él, pero no era fácil explicarle eso a un mortal.

—No tardaremos mucho en cruzarlo. Y la ropa se nos secará enseguida. —Adeni volvió a pinchar con el dedo a Kai—. Tenías muchas ganas de hacer esto, ¿no te lo querrás perder?

Kai no se lo quería perder, y tampoco quería que se lo perdiera Adeni. Tendrían que esperar otro ciclo estacional completo para tener otra oportunidad de cazar perama. Echó un vistazo a su alrededor. No había nadie más cerca del río, y una gran arboleda de cedros los ocultaba del campamento.

—Está bien, pero no se lo cuentes a la Abuela ni a la capitana.

—Claro, es lo primero que pensaba hacer: buscar a nuestra venerada antepasada y a la capitana y decirles: «¿A que no sabéis de qué he convencido a Kai?». Así podremos pasarnos la próxima estación paleando mierda de cabra y cavando letrinas. —Adeni le tironeó del brazo—. Venga, démonos prisa antes de que nos vea alguien.

Kai siguió a Adeni por la suave pendiente de la orilla que descendía hasta el bajío. En cuanto metió los dos pies en el agua, sintió que su conexión con el inframundo quedaba reducida a un hilo de consciencia. Dejó escapar un jadeo. Apenas pensaba en esa conexión, pero cuando la perdía era como caer por un precipicio. Se sentía solo y extrañamente a la deriva.

Adeni se había detenido y lo observaba.

—¿Estás bien?

Kai asintió. Probablemente fuera buena idea acostumbrarse; iba a pasarse mucho tiempo en el mundo superior y tendría que aprender a tolerar el agua corriente muchas veces.

—Démonos prisa.

Avanzaron con cuidado. Kai notaba el frío de las aguas agitadas a través del cuero encerado de las botas. Le daba un poco de miedo que a Adeni le hiciera gracia darle un empujón, pero no daba señales de ello; abría la marcha, buscando las aguas menos profundas, llevándolos por bancos de arena y hallando caminos entre las ramas y los restos. Cada vez que Kai pisaba un banco de arena o se subía al tronco de un árbol, su conexión con el inframundo regresaba y sentía un cosquilleo cálido bajo la piel. No era tan difícil como se había imaginado; se alegraba de que Adeni le hubiera convencido.

Ya estaban cerca del enorme tronco roto atascado en la isla cuando Kai pisó un banco de arena y por un instante sintió… no fue alarma, sino una palpitación debajo del corazón, donde habitaba su conexión con su auténtico cuerpo, en el inframundo, un escalofrío que le hizo lagrimear. Pero en aquel río no había nada más que peces y alguna que otra culebra. Adeni ya iba unos diez pasos por delante y estaba cerca del tronco, buscando una ruta para que Kai no tuviera que meterse en las aguas más profundas.

—Adeni, espera…

Justo detrás del tronco, el agua explotó y una silueta gris se alzó sobre ellos. Abrió la boca redonda repleta de colmillos y apartó el árbol destrozado de una embestida. Mientras avanzaba a toda velocidad hacia ellos, Adeni le gritó a Kai que huyera y luego se lanzó a un lado. En lugar de huir, Kai echó a correr hacia delante.

De no haber sido por el agua, lo habría logrado. Pero para llegar hasta Adeni tuvo que meterse en el agua hasta los muslos. Incluso con la fuerza que le otorgaba el inframundo, era como moverse a velocidad ralentizada. La criatura se agitó salvajemente mientras Adeni subía con dificultad por la pendiente de la isla. Con el cuchillo que llevaba en la mano, apuñaló las grandes fauces que se alzaban sobre él.

Kai alcanzó la isla y se arrastró por la ligera pendiente. Se

agarró con fuerza al rollo de grasa del cuello de la criatura. Nunca lo había intentado con nada que no fueran plantas, y siempre con el demonio más anciano de los clanes delante, para asegurarse de que no perdiera el control. Sintió su verdadero cuerpo, suspendido en piedra bajo el reino de la Cuarta Casa, con todos los demás que habían aceptado el pacto saredí para viajar al mundo superior. Tocó la vida que había dentro de aquella criatura, la sangre que corría por sus venas como rayos de luz, y la extrajo a través de sus manos. Los saredíes lo llamaban «comer vida». Los demonios no podían hacerlo en el inframundo, tan solo en el reino mortal.

La vida de la criatura entró en Kai con un aluvión de energía, como un relámpago que hubiera caído demasiado cerca, una energía con la que no sabía qué hacer en absoluto. Entonces la criatura dio un cabezazo a un lado y Kai salió volando. Rodó sobre el cuerpo de la bestia y aterrizó violentamente en la arena húmeda de la isla.

Kai no podía moverse; todo ese poder fluía inútilmente bajo su piel. La criatura del río se alejó a duras penas, pero pronto se desplomó dentro del agua, con la mitad del cuerpo reseco y hundido como una vejiga vacía. Entonces Kai vio a Adeni.

Su primo estaba tumbado bocarriba al otro lado de la isla, a pocos pasos, con las piernas flotando en el agua. Su sangre empapaba la arena, pero todavía se le movía el pecho. Tenía la cabeza girada hacia Kai y los ojos ausentes.

En las manos de Kai todavía chisporroteaba la vida que había robado. Trató de incorporarse. Si lograba llegar hasta Adeni, ¿podría entregarle esa vida antes de que se desvaneciera? Nadie le había insinuado siquiera que algo así fuera posible, pero de pronto tenía la sensación de que lo era, de que aquello era lo más natural que podía hacer con toda la luz centelleante que corría por las venas de Enna.

Kai luchó tanto por avanzar a rastras que se le emborronó la visión. De pronto vio su propio cuerpo, el cuerpo de Enna. Estaba tirada en el suelo, con los ojos aún abiertos, las manos extendidas y los dedos hundidos en la arena. Un instante después ese cuerpo volvió a ser el suyo y notó la arena incrustada bajo las uñas; tenía delante los ojos fijos y ausentes de Adeni.



Kai apenas oyó el frenético chapoteo en el agua ni notó que lo levantaban con cuidado. Recordaba, como en retazos de sueños, que lo habían transportado hasta las sombras de la gran tienda.

Volvió en sí gradualmente, tendido sobre unas mantas suaves, entre un fuerte olor a incienso de los cedros del río. Notaba la garganta en carne viva, como si hubiera respirado y tragado agua, o llorado en sueños. Se frotó la cara.

—Ah, ha vuelto —dijo la voz de la Abuela.

Kai abrió los ojos y vio su rostro; se dio cuenta de que estaba tumbado con la cabeza en el regazo de la Abuela.

—¿Dónde está Adeni? —intentó decir, pero le salió un graznido apenas audible.

—Ha muerto, pequeño —contestó ella, acariciándole el pelo—. ¿Has intentado salir del cuerpo de Enna y entrar en el suyo? No deberías hacer eso, Kai. Te arriesgas a no poder volver.

—No lo sé —respondió. La Abuela era la única mortal capaz de viajar entre el inframundo y el mundo superior; ella debería saber mejor que nadie si Kai había intentado abandonar su cuerpo mortal, pero Kai ni siquiera creía que eso fuera posible hasta ahora—. No sabía que podía.

—Es posible que sí —dijo otra voz. Kai giró la cabeza un poco y vio a una decena de personas sentadas en almohadones y esterillas en la estancia de la Abuela. La capitana del clan, la subcapitana, los ancianos del linaje de Enna y varios demonios de otros clanes. El demonio que acababa de hablar era Doniqtian, que ocupaba el cuerpo del difunto Kaened del clan Garoshon; era el demonio de más edad del campamento—. No debería haber sido capaz de drenar a esa bestia, pero lo ha hecho. Y en el agua, además.

—El río era poco profundo, y seguro que lo hizo desde la isla —repuso Arn-Nefa, demonio de la tienda Kanavesi. Ocupaba el cuerpo de un hombre mortal maduro, pero en realidad solo llevaba en el mundo superior cuatro ciclos estacionales más que Kai. Ella y sus hermanas mortales solían salir de caza con Kai y Adeni—. Kai es muy veloz. Si él no ha podido matar a la bestia a tiempo, es que no era posible.

Un anciano mortal de Raneldi preguntó:

—Pero ¿por qué lo colocaron en el cuerpo de alguien tan joven?

—Porque él también es joven. —La Abuela le acarició el pelo—. Enna se estaba muriendo, y ese honor le correspondía a su linaje. —Los ancianos parientes de Enna observaron al de Raneldi con dureza.

—No debería haberse metido en el río —dijo alguien—. Ha sido imprudente y necio.

—Eso nadie lo pone en duda —dijo la Abuela con un tono que indicaba que estaba harta de escuchar lo mismo—. Los niños suelen ser imprudentes. ¿Se sabe de dónde salió ese animal?

—Sabemos que viven más cerca de la costa, río abajo, en Erathi. Este estaba dominado por un influjo; alguna fuerza extranjera lo condujo hasta aquí. —Quien había hablado era Benati, capitana de Kentdessa. Bajo su voz serena se escondía la inquietud.

—Un explorador —dijo la Abuela con tono preocupado—. ¿Un espía? ¿Algún mensaje reciente de nuestros aliados de Erathi?

—No desde la última caravana comercial, al comienzo de la estación —dijo Doni-Kaened. Los saredíes y ciertas zonas de las Tierras Fronterizas obtenían metales de los erathi, que a su vez los adquirían de otros pueblos del mar.

La Abuela frunció el ceño.

—Que salgan jinetes, y antes de ellos enviad cuervos mensajeros. Los que sepan hablar brujo que vayan al santuario de las colinas fronterizas orientales. Pedid a sus brujos que Vean por nosotros en dirección a la costa. —Volvió a acariciarle el pelo—. Kai, ¿quieres ver el cuerpo de Adeni?

Un nudo en la garganta le impidió responder, pero asintió.

—Si puedes ponerte de pie, te acompaño. —Le agarró del hombro con su fuerte mano—. Pero no debes intentar buscarlo en su cuerpo. Se ha ido. Júrame que no lo harás.

—Lo juro —logró decir Kai; las lágrimas le enturbiaban la visión.

Kai sabía que acababa de vivir la muerte de su primo, pero no que estaba viviendo el principio de la muerte de los saredíes. Que Erathi ya había caído y que las fuerzas de los jerarcas se aproximaban.

TRES

Kai volvió en sí con un sobresalto, pese al suave balanceo de la ballena caracolada. La luz de la mañana caía por la escotilla de entrada. Ziede y Sanja, sentadas en el suelo, compartían el contenido de una vasija de barro. Ziede lo miraba con una ceja enarcada; Sanja arrugaba la frente, alarmada. Kai se dio cuenta de que había sacado a patadas dos almohadones del compartimento y que posiblemente se había peleado con una colcha.

Hasta el momento el viaje no había sido tan terrible como se temía. Pero el haber despertado muerto y sepultado había invitado a ciertos recuerdos desagradables a sus sueños, mezclados con pesadillas que, aunque difuminadas, todavía estaban escritas en la carne de aquel cuerpo nuevo. Como tantos aspectos de la vida mortal, el sueño estaba sobrevalorado.

—¿Sabéis dónde estamos? —preguntó Kai.

Ziede se limpió las manos con un paño. La comida consistía en col encurtida y unas tiras de algo que parecía pescado seco.

—Según la brújula, al sudeste. Me he asomado al alba y he visto columnas de humo volcánico.

—Bien, muy bien. —Kai ya había supuesto que estarían cerca. Se frotó la cara, salió del compartimento y recogió las almohadas tiradas. Cogió la brújula de la ballena del estante, subió los

escalones y salió al exterior, bajo la intensa luz del día.

La plataforma superior oscilaba con el movimiento de la ballena, y el viento fresco le agitaba el cabello. El cielo era una cúpula azul infinita; de la tormenta de la que habían escapado hacía unos días no quedaban más que algunos jirones de nubes grises. A lo lejos, las islas eran meras siluetas oscuras y escarpadas. Kai se recostó en la concavidad del nautilo y tocó la barba central de la brújula.

Esta vez le resultó más sencillo entender el canto de la consciencia de la ballena, quizá porque al nadar estaba más lúcida. Conocía bien la distribución de las islas Gad-dazara a las que estaban llegando, aunque a Kai le costó interpretar las imágenes que le transmitía. La ballena dividía el mundo en objetos grandes que bloqueaban las corrientes, y eso era difícil de traducir a algo que plasmar en un mapa de papel. Por suerte, Kai no necesitaba localizar un volcán activo, le bastaba con cualquier monte marino.

Esta, le dijo a la ballena tras elegir la que parecía ser la isla más cercana y en la que resultaría más sencillo desembarcar. *Acércate tanto como te parezca seguro*.

Kai aguardó, sumido en el canto interno de la ballena, hasta que esta le indicó que estaba de acuerdo. Salir de la consciencia de la criatura y regresar a la luz del día le reconfortó y alejó las pesadillas, al menos de momento. Apoyó los brazos flexionados en el borde nacarado y liso de la caracola y se quedó mirando las siluetas del horizonte, que se iban acercando.

Abajo, Ziede le estaba dando a Sanja una lección de historia, porque la ignorancia era algo que no toleraba.

—Eso ocurrió hace sesenta y siete años, según la medida del Mundo Emergente. O sesenta y ocho, supongo, si sumamos el tiempo que hemos pasado dentro de esa tumba. —Antes de la llegada de los jerarcas, Ziede había sido maestra de los conventos de las montañas de las islas Khalin, donde instruía a las novicias en la historia de sus artes. Tras la derrota de los jerarcas, se decía que los conventos se habían reconstruido, pero Ziede no había regresado nunca. Habían asesinado a todas las personas que conocía allí—. Antes de la alianza del Mundo Emergente, los jerarcas controlaban la mayor parte del mundo; solo los detenía el mar helado del norte.

—¿Y de verdad empleaban demonios en sus guerras? —preguntó Sanja con la boca llena.

—No, eso es otra mentira. Esclavizaban a los demonios y a los brujos como familiares; se los entregaban a sus expositores para que concentraran su poder —la corrigió Ziede—. También utilizaron el Pozo de los jerarcas para cerrar el acceso al inframundo, con el fin de atrapar a los demonios en sus cuerpos mortales y que no pudieran escapar. Los brujos que habían ido al inframundo tampoco pudieron volver. Durante un tiempo, nadie en el mundo mortal pudo comunicarse con el inframundo.

Sanja reflexionó un momento.

—Las historias dicen que los demonios no podían cruzar el agua. Pero nosotros… la estamos cruzando ahora mismo.

—Ya hemos dejado claro que a veces las historias mienten. —A juzgar por su tono, Ziede sonreía con ironía—. Pero es cierto que los demonios apenas podían utilizar su poder mientras cruzaban el agua.

—¿Y qué pasa ahora? ¿Los demonios ya pueden viajar al inframundo? —Sanja parecía entender perfectamente que no era una pregunta baladí—. Si todos los jerarcas están muertos…

—Sigue siendo complicado. Incluso antes de la derrota de los jerarcas había grietas en el sello que permitían entrar y salir a algunos espíritus, como los diablillos y otras criaturas pequeñas. Pero nunca volverá a ser como antes. Hasta para hablar con el inframundo es necesario localizar un lugar con un conducto profundo, algo que posea un poder propio que te ayude a enviar tu espíritu allí.

—¿Y eso es lo que vamos a hacer, buscar un conducto? —preguntó Sanja—. ¿Qué va a hacer él cuando lleguemos?

—Intentará hablar con alguien. Puede que sepan qué les ha pasado a los nuestros. —La voz de Ziede se había vuelto irónica, quizá por la expresión decepcionada de Sanja—. No, verlo no va a ser especialmente emocionante.

—¿Vamos a volver a la Boca de Flores? —preguntó Sanja tras un breve silencio.

—No lo sé. Depende de lo que descubra Kai. —Ziede meditó un momento—. ¿Tú quieres volver?

—No —contestó Sanja inmediatamente. Por lo poco que les había contado, vivía en la calle con una pandilla de niños como ella. Era tan pequeña que a Kai le parecía poco probable que fuera

una buena ladrona. Por su aspecto, había pasado tanta hambre que esta había atrofiado su desarrollo—. A menos que vayáis a reducirla a cenizas —añadió.

Ziede se echó a reír; era su primera carcajada desde que había despertado en la tumba.

—¿Tanto odias a todos los habitantes de esa ciudad?

—A casi todos —dijo Sanja. Tras reflexionar durante un buen rato, añadió a regañadientes—: A todos, no.

—Es algo que conviene tener presente cuando una desea una masacre indiscriminada —añadió Ziede con seriedad—. Hazme caso.

Se hizo el silencio. En ese momento la ballena coronó una ola y Kai se tambaleó.

—¿Tú puedes matar a las personas igual que él? —preguntó Sanja.

—Puedes llamarlo por su nombre.

Un titubeo.

—¿Tú puedes matar a las personas igual que Kaiisteron?

—No exactamente. Tengo mis propios métodos. Pero sé matar. —La pausa de Ziede fue más deliberada—. No te damos miedo.

—Antes sí. Y ahora también. No soy idiota. Pero a vosotros… no os da miedo nada. —Kai tocó la mente de Ziede para pedirle permiso y utilizó la perla para introducirse en su consciencia, lo justo para poder ver a través de sus ojos. Sanja tenía la cabeza gacha y jugaba con los cordones de sus botas. Apretó las mandíbulas y levantó la mirada—. Estoy cansada de tener miedo.

—Ninguna criatura viva es inmune al miedo. —El tono de Ziede ahora era serio—. Ya has visto lo que nos pasó a nosotros.

Sanja tragó saliva y volvió a bajar la mirada.

—Eso pasó porque alguien poderoso os tiene miedo.

—No te equivocas. —La voz de Ziede se volvió enérgica—. Bueno, ¿quieres aprender más cosas sobre la caída de los jerarcas, el alzamiento de los príncipes herederos ariké y la alianza del Mundo Emergente?

—Sí, por favor —respondió Sanja.



Cuando el sol ya descendía hacia la tarde, la ballena llegó a Gaddazara. Ziede y Sanja salieron del interior, y Kai se encaramó a un soporte elevado en el borde de la caracola para dejarles sitio en la plataforma.

Los picos de las montañas que asomaban por la superficie del mar se extendían en todas direcciones, adoptando la forma de un gran archipiélago curvado. Algunos estaban erosionados y desgastados, mientras que otros todavía soltaban grandes rizos de humo al aire. El cono oscuro del volcán más cercano se alzaba frente a ellos, dominando el cielo. La última erupción había destruido casi por completo la masa de tierra circundante; el mar se había abierto paso entre los acantilados y crestas destrozados, dando lugar a un centenar de diminutas islas satélite. Las aves marinas volaban en olas blancas sobre las playas rocosas; varios racimos de aletas más pequeñas escaparon ante el avance de la ballena.

La criatura dio una vuelta a la isla destrozada y se abrió paso por lo que antaño había sido el bullicioso puerto de una ciudad de leyenda; pasaron frente a pequeños restos de tierra rocosa que todavía afianzaban muros y columnas ruinosos, o incluso edificios enteros derrumbados, fragmentos del puerto reclamados por el mar. Por encima de la fragmentada costa, en la pendiente de la isla, la lava endurecida y la vegetación agitada por el viento habían conquistado casi toda la ciudad, aunque todavía se veían obeliscos semienterrados o muros rotos. Aquella cadena de islas montañosas había estado repleta de puertos, hasta que alguna catástrofe había quebrado el poder que mantenía bajo control el fuego oculto bajo la tierra.

Las piernas musculosas de una estatua de piedra gigantesca iban creciendo frente a ellos a medida que la ballena se aproximaba al espigón en ruinas del puerto. Los restos del dique de piedra derruido se habían desperdigado, protegiendo aquel lado del puerto.

La ballena parecía satisfecha de poder descansar y esperar allí. Kai bajó de un salto al dique y trepó hasta arriba. Ziede invocó a uno de los muchos diablos de viento que jugaban en las corrientes de aire; este las elevó a ella y a Sanja y las transportó volando hasta la plataforma donde estaba Kai, junto al pulgar erosionado de la

estatua.

—¿Te sirve esto? —preguntó Ziede. Disimulaba bien su impaciencia, pero Kai la percibía gracias a la perla. Esperaba poder conseguirle respuestas pronto.

—Debería servir. —Por lo que le había mostrado la ballena, la estatua se había construido encima de un viejo monte marino incorporado al espigón. Kai ya podía sentir el calor y el poder que se agitaban incansables en la tierra de sus raíces; su profundidad era más que suficiente para abrir un pasadizo. Kai limpió con la mano la piedra cálida y se sentó en ella, con las piernas flexionadas bajo la falda.

—¿Qué vais a hacer vosotras?

Ziede arrugó la nariz y se pellizcó la camisa de algodón.

—A lo mejor buscamos un sitio para darnos un baño.

—Vigila por si hay piratas —dijo Kai mientras se acomodaba y cerraba los ojos—. Y si los hay, guárdame alguno.

—Deja de presumir delante de la niña —le recriminó Ziede mientras se llevaba a Sanja por el espigón—. ¡Y no hagas enfadar a la soberana!

—No lo puedo evitar —murmuró Kai para sus adentros. Que él siguiera vivo era suficiente para enfadarla.

El leve sonido de sus pasos en la superficie de piedra se desvaneció. Sin nada más en los oídos que las ráfagas de viento contra las rocas, las salpicaduras del agua y la respiración pausada de la ballena, Kai se separó de su cuerpo y se desplomó a través de la piedra.

En realidad, el inframundo no se encontraba bajo tierra, como creían los mortales, pero fue la conexión con la piedra y el calor que habitaba muy por debajo de la superficie lo que le permitieron alcanzarlo. Cuando había llegado al mundo mortal por primera vez, Kai era capaz de transitar entre su cuerpo mortal prestado y su forma original en el inframundo desde cualquier lugar. Ahora, en cambio, el cuerpo del inframundo en el que había nacido Kai ya no existía, y tenía que enviar su espíritu allí igual que los brujos. Pero después de lo que habían hecho los jerarcas, era una suerte disponer siquiera de ese triste camino.

Kai se abrió paso por el conducto, una sensación no muy distinta de fundirse con el canto de la ballena, hasta que percibió que el

inframundo cobraba forma a su alrededor, una coalescencia de sonidos y sensaciones diferente a cuanto había en el mundo mortal. Tuvo que fingir que su cuerpo existía allí, imaginarse hecho de carne y extremidades. Si dejaba de asir la ilusión aunque solo fuera un instante, su espíritu se disgregaría, flotaría a la deriva y tendría que recomponerse antes de emprender el viaje de vuelta al mundo superior.

Kai jamás volvería a ver el inframundo tal cual era. Ni siquiera podía adoptar una versión sombría de su cuerpo original; estaba obligado a aparecerse allí con el aspecto de su forma mortal actual.

Al abrir los ojos vio, en lugar del mar, un gran desfiladero cuyo fondo estaba hecho de valles y montañas. La arena era del color blanco de las perlas, con campos de ondulantes algas rojas y delicados árboles de coral. Era un paisaje hermoso, pero no más real que un sueño mortal. Tan solo eran sombras de la ubicación física de su cuerpo mortal.

La ciudad en ruinas se alzaba frente a él, pero preservada como un eco en las rocas de la isla, con el mismo aspecto que habría tenido la víspera de su destrucción. Unas terrazas columnadas se extendían desde el puerto circular, recorriendo las pendientes cubiertas de casas alicatadas y puestos de mercado con toldos de colores, todo ello coronado por un despliegue de palacios con tejados apilados a cuatro aguas de un vivo color azul. No había ningún eco de los habitantes originales; los movimientos fugaces en las calles y las escaleras no eran mortales ni humanos.

Al darse la vuelta, Kai descubrió que la estatua había desaparecido. En su lugar se alzaba un pabellón circular de cuyos aleros colgaba una tela blanca y vaporosa. Que la soberana no le hubiera obligado a patearse medio mar resultaba alentador. Viajar por el inframundo podía ser bastante complicado sin el ancla de una forma física. Kai se levantó y subió los escalones del pabellón.

El suelo estaba cubierto por una espesa alfombra de pelo, la piel de un animal que llevaba siglos sin caminar por el mundo superior, un vago eco de los antiguos llanos de los saredíes. Sus colmillos curvos se elevaban a ambos lados del trono, un gran asiento hecho de cráneos. Todos eran reliquias familiares de la soberana, que guardaba por motivos sentimentales.

Kai hizo una reverencia mortal, el saludo de la corte ariké, a la

figura acomodada en el trono. Unos cuernos de color claro le brotaban de la cabeza y se curvaban hacia atrás; su cuerpo musculoso y cubierto de escamas terminaba en una cola larga y fuerte que descendía por el trono hasta el suelo. La punta estrecha y aguda se agitaba con impaciencia. Sus pálidas alas, con la misma textura que la piel humana, estaban plegadas a medias.

—Soberana —dijo Kai.

—Puesto que sigues vivo, puedes llamarme Madre —le dijo secamente—. Siéntate. ¿Dónde has estado?

Kai se sentó en la alfombra con las piernas extendidas, ya que por lo visto la conversación iba a ser cordial. Los demás linajes demoníacos consideraban a Kai un renegado, y a veces la soberana de la Cuarta Casa consideraba conveniente darles la razón por motivos políticos.

—He estado un tiempo atrapado, Madre. Bajo el agua.

Ahora que había quedado claro que no iba a estallar ninguna pelea, otras siluetas empezaban a entrar a hurtadillas en el pabellón o a descolgarse por sus aleros. Eran versiones más pequeñas de Madre, con tonalidades azules o negras en las alas. Algunas tenían la cola dividida en dos o más segmentos, otros incluso tenían piernas humanoides, aunque rematadas con garras gruesas y oscuras. Vaiisterite, una de las hermanas de Kai, aterrizó junto al trono de Madre y se agazapó a sus pies. Madre ladeó la cabeza con escepticismo.

—No te habrá sorprendido terminar encerrado, viendo la clase de mortales con los que te juntas.

Quería discutir, pero Kai no iba a darle ese gusto.

—No me ha sorprendido, solo me ha decepcionado.

La soberana entornó los ojos, los mismos ojos totalmente negros que Kai lucía en todos los cuerpos mortales que había ocupado.

—Supongo que no has venido para retomar tus responsabilidades y casarte. Tengo dos pretendientes aceptables que podrían aceptarte en tu forma mortal sin demasiadas protestas.

Kai no suspiró. Por algún motivo, la perspectiva de casarse con algún linaje demoníaco que lo aceptara a regañadientes, engendrar vástagos semimortales y tener que repeler los intentos de sus nuevos parientes por retenerlo allí nunca le había seducido. Sabía que la soberana creía que le hacía un favor, pero eso solo lo

empeoraba.

—No, gracias, Madre.

—A tu abuela le pareció bien.

—La Abuela no estaría aquí si no hubieran asesinado su cuerpo mortal, Madre. La próxima vez que me vea atrapado en un ataúd de cristal en el fondo del mar, lo tendré en cuenta —añadió sin poder contenerse.

Vai, agachada junto al trono, sí que suspiró.

Madre le mostró los colmillos.

—Deja de ser tan dramático.

A Kai le habría encantado, pero no dejaban de pasarle cosas dramáticas.

—Con tu permiso, he venido a presentar mis respetos a la Abuela.

Un murmullo de comentarios se extendió entre la multitud de espectadores. Madre observó a Kai un momento más, pero la posición y el poder de la Abuela estaban protegidos por demasiados pactos firmados con sangre demoníaca, y Kai tenía todo el derecho a hablar con ella, como superviviente de los linajes mortal y demoníaco de su descendencia directa.

—¿Y pretendes pedirle un favor? —preguntó Madre.

—No —contestó Kai, no del todo sincero. La Abuela, que aún era saredí hasta la médula, no lo consideraría un favor—. Solo quiero que me cuente sus recuerdos.

Madre lo miró con suspicacia y se reclinó en el trono mientras recogía la cola.

—Tu hermana te llevará con ella.

Kai se puso de pie e hizo otra reverencia. Vai se incorporó, apoyándose en las colas, y Kai la siguió escaleras abajo.

Recorrieron juntos la larga columnata que había ocupado el lugar del espigón, a medida que el recuerdo de la ciudad se convertía en el sueño de algún otro lugar. La noche caía sobre los tejados picudos de los palacios, disolviéndolos en sombras.

—Eres distinto —comentó Vai.

—Ahora tengo otro cuerpo mortal —respondió él—. ¿No lo has notado? Soy más alto.

—A mí todos me parecen iguales. —Vai olfateó el aire—. Hueles raro, nada más.

La columnata desembocaba en una calle pavimentada; las casas de ambos lados tenían las verjas rotas, y por el hueco asomaban matorrales floridos y grandes enredaderas, como si los muros de esos jardines hubieran reventado como frutas podridas. Kai no reconocía en absoluto ese lugar; era el recuerdo de un lugar en el que nunca había estado. La oscuridad se asentó como una niebla, pero en su interior centellearon unas llamas blancas: una nube de diablillos que iluminaban su camino como diminutas antorchas flotantes.

La calle se abrió a un patio redondo cuya vegetación exuberante lo cercaba como una muralla verde y florida. Al fondo se alzaba una gran cabaña de madera construida sobre columnas altas; era el estilo de la costa de Erathi, pensado para resistir las olas de las tormentas que solían producirse en aquellas islas barrera tan chatas. Los clanes saredíes habían tenido por costumbre enviar comerciantes allí en las estaciones secas, para intercambiar mercancías directamente con los barcos de los pueblos del mar que llegaban a la costa. Cuando Kai había viajado a Erathi, los jerarcas ya habían incendiado todos los pueblos costeros.

Mientras Vai lo guiaba por el patio, Kai empezó a oír el ruido del océano, las olas que se deshacían en una playa arenosa, en lugar de romper en la costa rocosa de la isla volcánica del mundo mortal. En un principio, había sido toda una declaración de intenciones que la Abuela hubiera elegido la imagen de una casa diseñada para resistir tormentas oceánicas allí, en un lugar donde las aguas profundas eran el enemigo. Pero la había mantenido igual durante tantísimo tiempo que era posible que, sencillamente, le agradara.

La cabaña estaba hecha de gruesos troncos con el techo de paja. Una larga escalera conducía hasta un porche espacioso, con puertas correderas de madera. Vai enroscó las colas y se sentó a esperar en la escalera. Kai titubeó a pesar de todo.

—¿No quieres pasar? —le preguntó.

Vai le enseñó los colmillos.

—Tú eres su favorito —dijo con rencor.

Kai soltó un suspiro de frustración y empezó a subir los escalones.

—No puedes ser su favorita si no hablas con ella.

Como era de esperar, la única respuesta fue un siseo.

Kai pasó la mano por la puerta y una sirvienta la abrió de inmediato. Iba vestida con una túnica de algodón ligera y un pantalón recortado y llevaba el cabello oscuro enrollado alrededor de la cabeza. Era mitad mortal, como todos los sirvientes de la Abuela. Se la habría podido confundir con una humana de no haber sido por las pupilas divididas de sus ojos verdes y por sus colmillos prominentes.

La sirvienta saludó a Kai con la frente y lo guio por el pasillo central de paredes encaladas, totalmente abierto hasta el techo puntiagudo. Recorría toda la casa hasta el final; una brisa transportaba el olor a sal del mar invisible e ilusorio que se hallaba detrás de la muralla de follaje.

La sirvienta se detuvo y le invitó con un gesto a cruzar la puerta de una gran estancia; las ventanas con listones de madera dejaban entrar los aromas de los árboles en flor del exterior. La Abuela estaba sentada en un diván, vestida con un abrigo de seda negra con ribetes grises. Conservaba el aspecto de una mujer enteramente humana, con finas arrugas alrededor de los ojos y algunas canas blancas en sus trenzas oscuras.

—Aquí estás —le dijo en saredí, como si supiera que Kai iba a venir, como si lo hubiera estado esperando.

La Abuela tenía la vista del inframundo; sin duda había reconocido a Kai incluso bajo la sombra de un cuerpo mortal distinto. Él la saludó como a la líder de un clan saredí y ella le invitó a acercarse, darle un beso en la mejilla y sentarse con ella en el diván. Kai se acomodó a su lado sobre los cojines y notó que la tensión de su corazón se aliviaba por primera vez desde que despertara en aquel ataúd de cristal.

—¿Te encuentras bien, Abuela?

—Tanto como cabe esperar. —La Abuela alzó una mano y dos sirvientes semihumanos más trajeron una bandeja tapada. La colocaron en una plataforma, cerca del diván, y al levantar la tapa aparecieron los diminutos dulces decorados y los bocaditos salados que había sido costumbre ofrecer a los invitados en las grandes tiendas saredíes. Mucho antes de que los jerarcas conquistaran los llanos, cuando la Abuela todavía era una capitana de exploradores joven y totalmente humana, antes de que se la llevaran del mundo mortal—. Veo que has vuelto a perder tu cuerpo.

Los sirvientes se sentaron a escuchar; dos se acomodaron en los almohadones del suelo y otro empezó a preparar la bebida de almendra y jengibre que siempre acompañaba a los dulces.

—Hacía años y años que no perdía un cuerpo —protestó Kai. A juzgar por la expresión de la Abuela, no la había convencido—. También han atacado a Ziede. He venido a pedirte que me ayudes a ver Avagantrum. Llevamos fuera al menos un ciclo estacional y nos preocupa la familia.

—Sí, siempre les gustó acabar con todo el linaje una vez que se volvían contra ti. —La Abuela eligió un pastelillo diminuto; por su expresión, estaba recordando algo amargo—. Pero eso era en la época de los jerarcas, y ya no existen. Todo se desdibuja una vez que te conquistan. —Hizo una seña a los sirvientes que los miraban —. Lika, tráenos un cuenco vidente, vamos a invocar a los espectros.

Lika se puso de pie y salió de la habitación. La Abuela le acercó la bandeja a Kai, que eligió un bollito salado. Allí, en sus dominios, la Abuela controlaba el inframundo hasta tal punto que aquella sombra le supo igual que el recuerdo que Kai tenía de ese alimento.

—Se nos llevaron de Benais-arik, pero Tahren Stargard no está con nosotros y Ziede no consigue localizarla con su perla del corazón. ¿Se te ocurre algún otro lugar donde los mortales pudieran recluir a una mariscal inmortal e impedirle oír la llamada de una perla?

La Abuela frunció el ceño y acercó la bandeja a los sirvientes, que se acercaron un poco para probar los manjares.

—Nunca he entendido por qué una bruja como Ziede querría yacer con una perra de los jerarcas.

Kai fue paciente. Sabía que atosigarla no serviría de nada.

—Tahren traicionó a los jerarcas, por eso la llaman «la Caída».

—Mmmm. —La Abuela eligió otro pastelillo—. ¿Cómo está Ziede?

—Enfadada pero viva. Estaría mejor si supiera dónde se encuentra su esposa y si su familia está bien —añadió.

La Abuela no pudo rebatírselo.

—Déjame pensar. Siendo una caída, nunca la admitirían en ningún lugar de los benditos —giró la cabeza y escupió en el suelo —, malditas sean sus sombras. Quizá la hayan encerrado en una de

las antiguas celdas para brujos.

Otra sirvienta sacó un paño, limpió el escupitajo del suelo de madera y miró con el ceño fruncido a la Abuela, que agitó la mano y la ignoró.

—¿Celdas para brujos? —preguntó Kai antes de que la Abuela se distrajera—. ¿Son como el Patio de los Demonios Cautivos?

—No, no tienen mucho que ver. —La Abuela se recostó en los cojines—. El agua no les hace nada a los brujos, solo mojarlos. Y el Patio de los Demonios Cautivos servía también como exhibición de poder; hacían pasar por allí a todos los visitantes. Probablemente tú no te diste cuenta cuando estuviste allí.

—No, lo recuerdo. Un poco. —Por culpa del telón de lluvia perpetua, había sido muy difícil ver lo que ocurría en las columnatas que rodeaban el patio. En ocasiones había visto siluetas que pasaban de largo, el reflejo de la luz en sus joyas y sus ricas vestimentas. Lo que Kai tenía grabado en la mente era la sensación de ese lugar: el frío, el tufo de los cuerpos en descomposición, la impotencia.

La Abuela desvió su aguda mirada para buscar en sus propios recuerdos.

—Las celdas para brujos estaban diseñadas para ocultar a sus ocupantes de cualquiera, incluso de los ojos de un demonio. —Chasqueó los dedos igual que hacía Madre, aunque ninguna de las dos habría reconocido que compartían algo aparte de la sangre—. Para contener a una verdadera mariscal inmortal harían falta potentes conjuros de confinamiento como los que están inscritos en las paredes de esas celdas.

Kai no dudaba de que esas celdas hubieran existido, como afirmaba la Abuela, pero todos los edificios de los jerarcas a este lado del mundo habían sido destruidos o conquistados por el Mundo Emergente o alguno de sus aliados.

Le costaba creer que existiera una celda para brujos sin que él lo supiera. O sin que lo hubieran intentado encerrar en ella.

—Pero, por lo que cuentas, esas celdas habrían estado en los viejos Salones Estivales.

—No soy tonta, culebrilla, ya sé que ese lugar fue destruido.

La Abuela se comió otro pastelillo. Guardó silencio mientras una sirvienta se levantaba para darles a ambos un vaso de leche con

jengibre. Cuando Kai cogió la suya, su aroma fue como una bocanada de infancia. Su primer encuentro con la Abuela, cuando los había visitado en forma mortal, en un lugar soñado para asemejarse a sus aposentos de la tienda de los saredíes Kentdessa. Les había hablado a él y a sus hermanos acerca de sus parientes mortales y su antepasado demoníaco, del pacto que había hecho con él en el mundo superior y de sus consecuencias. Mientras, Madre le gritaba a la Abuela que dejara de llenarles la cabeza de tonterías. Eso había sido antes de que convocaran a Kai al mundo mortal para ocupar su primer cuerpo humano.

Una vez que los sirvientes volvieron a acomodarse en el suelo para compartir el resto de la bebida, la Abuela continuó:

—Las celdas para brujos son antiguas, mucho más antiguas que los jerarcas. Pero no servían para contener a los expositores; en las Tierras Fronterizas nadie sabía lo que era un expositor cuando se construyeron. —Soltó un resoplido de desdén—. Cuando los jerarcas encontraron las celdas en las Tierras Fronterizas, desmantelaron las paredes mágicas y se las llevaron. Si ellos pudieron hacerlo, el Mundo Emergente también.

Dicho así, resultaba más probable. Pero si habían sacado las celdas de algún almacén de los jerarcas, ahora podían estar en cualquier parte.

—¿Sabes adónde se las pueden haber llevado?

La Abuela negó con la cabeza.

—Todos los lugares que recuerdo ya son escombros o cenizas. Tendrías que preguntarle a algún perro de los jerarcas.

Se refería a otro mariscal inmortal. Uno que no fuera un caído, como Tahren. Era una idea espantosa.

Y lo más probable era que tuviera que intentarlo si no encontraba otra manera.

La sirvienta Lika regresó con un cuenco de arcilla lleno de agua. Los demás se apresuraron a retirar la bandeja y los vasos de la plataforma para que Lika pudiera depositar el cuenco en ella. Los sirvientes se colocaron en torno a la plataforma y Kai se incorporó para ver mejor. Un espectro flotaba justo encima de la superficie del agua.

—Este espectro —dijo Lika— vive sobre la fosa común que hay a lo largo de la vieja carretera comercial occidental de Sáleos, cerca

de lo que solía ser el puerto de Lossnos.

Aquella criatura tenía el aspecto de un jirón de nube vaporosa envuelta alrededor de un cuerpo estrecho repleto de piernas y brazos puntiagudos, con una cabeza en forma de rombo con diminutos puntos verdes a modo de ojos. Tenían predilección por los altares, santuarios, tumbas y sepulcros. Por lo general eran inofensivas, a no ser que se abusara de ellas.

Como la había invocado Lika, tendría que ser ella quien llevara a cabo el interrogatorio. La Abuela le hizo una seña a Kai para que empezara a hablar.

—Pregúntale si puede ver Avagantrum. —Ahora que estaban más cerca de obtener respuestas, el corazón de Kai empezaba a palpitar con fuerza. Tragó saliva para deshacerse de la tensión; no ayudaría a Lika a concentrarse si dejaba ver su nerviosismo.

Lika se clavó los colmillos en el labio inferior por el esfuerzo.

—Puede ver las murallas exteriores y las rejas.

—¿No hay señales de ataque? ¿Ni de incendios o explosiones? —Kai intentó pensar en la clase de cosas que un ser tan poco interesado en la vida mortal como un espectro podía interpretar como indicios de una batalla. No quería preguntarle si veía fantasmas recientes; le daba demasiado miedo averiguar la respuesta—. ¿Algún rastro de las intenciones de un expositor?

Lika negó lentamente con la cabeza; tenía los ojos entornados para mantener la conexión con el espectro.

—No, Cuarto Príncipe. No recuerda nada parecido. Al menos recientemente. Si hubiera muerte, la percibiría. Lo que siente allí es vida. Vidas mortales, vidas de brujos.

La tensión que Kai sentía en el pecho se alivió. Si hubieran atacado el lugar en su ausencia, podría haber mortales, pero no brujos.

—¿Y la vida de una mariscal inmortal? —preguntó por si acaso. Aunque le hubiera pasado algo a la perla de Tahren, no le parecía propio de ella quedarse allí plantada, esperando. Habría partido en su busca.

Lika frunció el ceño, pero luego negó con la cabeza.

—Si puede verla, no me la quiere enseñar.

Kai necesitaba ver qué había dentro.

—¿Puedes hacer que se acerque más, que nos permita

comunicarnos con alguien?

—Lo intentaré, Cuarto Príncipe. Pero no le interesa demasiado hablar con los vivos. Lo único que le gusta es la muerte antigua. —Lika volvió a concentrarse en su interior.

Kai analizó el problema. Avagantrum era un viejo fuerte escalonado nossiano. Tenía una sólida muralla exterior, un patio interior y un muro interno que daba paso a una serie de zonas cuadradas interconectadas, cada una más honda que la anterior. El pozo de agua y los dormitorios se encontraban en el centro, bajo tierra, y actualmente contaban con las meticulosas protecciones mágicas de los brujos que vivían allí; el espectro no podría entrar ni aunque Lika lograra convencerlo. Pero los ocupantes previos habían muerto antes de la llegada de los jerarcas y por eso no lo habían atacado. Sus tumbas seguían allí.

—En el patio exterior, junto a los jardines, hay unas tumbas antiguas enterradas. ¿Puedes pedirle que vaya allí?

Lika asintió.

—Podría funcionar. —La mujer guardó silencio un buen rato, con el rostro contorsionado por el esfuerzo. La Abuela aprovechó para comerse un pastelillo de aceitunas mientras la observaba con interés—. Ve a alguien —dijo Lika lentamente—. Un mortal que trabaja entre las plantas del jardín. —Antes de que Kai pudiera preguntar, Lika continuó—: El espectro ve de forma distinta a nosotros, sobre todo en cuanto a los colores, así que no es fácil describirlo. Pero esa persona lleva ropa ariké de mujer. Parece mayor que yo, tiene la piel más oscura, el cabello oscuro, muy rizado, recogido por detrás. —Lika se señaló la nuca—. En forma de halo.

—Podría ser Tanis, la hija mayor de Ziede. —Kai tenía ganas de levantarse de un salto y ponerse a caminar de un lado a otro, pero sabía que a la Abuela no le gustaría nada. Sentía un alivio embriagador; no había querido reconocer hasta ese momento lo preocupado que estaba—. ¿Podemos hablar con ella?

—Acaba de ver al espectro. Pero no puede articular palabras como nosotros. —Lika frunció el ceño, pensativa—. No sé cómo…

—Puede dibujar en la tierra de la tumba —propuso la Abuela mientras cogía otro pastel. El interés que mostraba era moderado, como si asistiera a una partida ajena al juego de las cuarenta

casillas.

—Ah. —El gesto de Lika se suavizó—. ¿Con caracteres saredíes?

—No, en imperial antiguo —dijo Kai, luchando por no ponerse a brincar de la emoción—. Dile esto: «Tanis, soy Kai. ¿Estáis todos bien?».

Lika movió las manos en el aire, trazando los caracteres, mientras Kai la miraba expectante.

—La tal Tanis está hablando —dijo entonces la mujer—. «¡Sí, tío Kai, estamos todos bien! Pero ¿dónde estás? ¿Madre está contigo? La tía abuela envió un mensajero a Benais-arik, ¡pero respondieron que os habíais marchado hacía muchos meses! No estás muerto, ¿verdad?».

—No estoy muerto. Ziede está conmigo. —Kai procuró ir al grano mientras Lika dibujaba los caracteres; sabía que el espectro no se quedaría quieto mucho tiempo. Pero quería asegurarse de haber entendido bien a Tanis—. ¿Sabes dónde están Tahren y Dahin?

—Dice: «No tenemos noticias suyas, ninguna. Pero creíamos que Tahren estaba con vosotros, tío. No sabemos nada de ella desde que os marchasteis. Y tampoco sabemos nada del tío Dahin desde su último mensaje, cuando estabais aquí. ¿Estáis bien, tío?».

—Dile que estamos bien —dijo Kai, aunque no fuera cierto, y aunque fuera a ser menos cierto todavía cuando Ziede se enterara de que Tahren no estaba en casa, sana y salva. Aunque en realidad había sido una esperanza remota—. Volveremos en cuanto podamos.

Lika trazó el mensaje y añadió:

—Debería dejar libre al espectro, Cuarto Príncipe, antes de que se canse. Si insisto, podría empezar a mostrarme sus recuerdos de la guerra, y eso nos confundiría.

Kai se reclinó en el diván, aceptándolo a regañadientes.

—¿Puedes buscar otro espectro cerca del palacio de Benais-arik?

Lika despidió al primero y, tras un momento de concentración, invocó a otra criaturilla, esta con un caparazón rojo y resplandeciente.

—Este vive en las tumbas que están frente a las murallas del palacio. Puede ver a los mortales que van por las carreteras y los canales, los carromatos y palanquines que entran y salen, y nada le

parece fuera de lo normal.

Si hubiera descubierto que Benais-arik era un montón de escombros humeantes, Kai habría tenido problemas más importantes de los que ocuparse, pero al menos entonces el ataque que habían sufrido él y Ziede no le habría parecido tan personal. Suspiró lentamente.

—Creo que ya está bien, Lika. Gracias por tu ayuda. —Lika despidió al espectro—. Abuela, una pregunta más. ¿Recuerdas los conjuros que sellan las celdas para brujos y cómo superarlos?

Ella se tocó la sien.

—Ese saber lo tengo grabado en los párpados, culebrilla.



El tiempo era tan cambiante como el resto del inframundo; cuando Kai salió de la cabaña, la noche había dado paso al amanecer. Vai estaba enroscada en los escalones. Se incorporó y se desperezó cuando Kai se detuvo a su lado.

—Deberías haber entrado, tenía la bebida de jengibre que tanto te gusta.

Vai soltó un resoplido de exasperación y se puso de pie.

—Vas a volver arriba, ¿verdad? —le preguntó.

Kai no podía vivir allí abajo, no como el príncipe demonio que había dejado de ser, y tampoco con la Abuela, convertido en semihumano y aislado en el pasado perpetuo de un mundo cuya violenta destrucción había presenciado. Y Vai no había vivido nunca en el mundo superior, no entendería nunca lo que significaba tener una familia mortal.

—He dejado mi cuerpo allí —se limitó a responder Kai mientras iniciaban el camino de regreso por la ciudad muda.



Kai volvió en sí entre el viento, el olor a humo y el cálido sol de las Gad-dazara, debajo de la estatua rota. La ciudad volvía a ser una ruina congelada en piedra negra y malas hierbas. Kai inspiró hondo, se puso de pie y estiró los músculos.

Abajo, en el agua, la ballena caracolada levantó su inmensa

cabeza azul y soltó un chorro de espuma por el espiráculo. Parecía inquieta. Kai descendió por las rocas hasta que pudo saltar a la plataforma superior de la caracola.

La brújula seguía donde la había dejado, guardada en un nicho curvado de nácar. En cuanto la tocó, supo que la ballena había percibido otro cuerpo que se movía en el agua.

En el mar había muchas cosas lo bastante grandes y peligrosas como para captar la atención de la ballena, pero ninguna de ellas se habría acercado tanto a la superficie. Y no era algo que reconociera como un depredador; era algo artificial, como la caracola que llevaba en el lomo. Lo había percibido hacía un tiempo, pero no se encontraba tan cerca como para inquietarla. Ahora estaba demasiado cerca. Muéstramelo, susurró Kai.

La silueta era larga, con aletas, cola de pez y una cabeza de forma extraña, pero le faltaba perspectiva para calcular su tamaño. Algo pendía de su cuerpo, cuatro formas estrechas que tal vez fueran tentáculos. Kai apenas sabía nada sobre la mayoría de las criaturas acuáticas, a menos que terminaran en el puesto de algún mercado, pero aquella no le parecía artificial… hasta que uno de esos tentáculos se dobló y el extremo se abrió, mostrando una mano. Una mano humana.

Kai dio un respingo e interrumpió la conexión. *Más expositores de mierda*, pensó. Ya suponía que habría un sistema de alarma en la tumba para alertar a sus captores, pero no esperaba que se tratara de algo capaz de seguirlos. Si se había acercado tanto como para que la ballena lo viera con esa claridad, sus perseguidores no podían andar lejos.

Kai se dio la vuelta y saltó de nuevo a las rocas. Escaló hasta llegar a lo alto del espigón, resbalando en las piedras húmedas, y fue en busca de Ziede y Sanja.

Cerca del límite del espigón, donde este se encontraba con el rompeolas del puerto, había un círculo de columnas rotas con un viejo lavadero central. Las olas lo habían llenado hacía poco, y Ziede y Sanja lo habían usado para bañarse. Ziede estaba sentada en uno de los anchos escalones, atándose las sandalias, mientras que Sanja estaba metida en el agua hasta las rodillas, con la túnica y el pantalón chorreando. Ziede había tomado precauciones; en el aire, encima del lavadero, resplandecían varios diablos de viento.

Ziede se levantó al ver acercarse a Kai y frunció el ceño cuando vio su paso acelerado y su expresión.

—Acabo de ver la amalgama de un expositor en el agua.

Ziede esbozó una mueca de fastidio.

—Y yo que esperaba que nuestros enemigos fueran demasiado confiados. —Levantó las manos. Los diablos de viento se arremolinaron a su alrededor y se dispersaron en todas direcciones —. Podrían estar cerca.

—Pronto lo sabremos. —Ahora Kai se alegraba de haber ido a esas islas primero, en lugar de viajar directos a Avagantrum o reunirse con posibles aliados. Ziede y él podrían enfrentarse solos a sus perseguidores, sin interferencias ni potenciales rehenes. Salvo una, y Kai no pensaba ponerla en peligro.

Sanja salió apresuradamente del lavadero. Respiraba deprisa y tenía los ojos muy abiertos.

—¿Nos van a capturar? —preguntó.

Kai le apartó un rizo de la cara.

—No. —Era una predicción, no una bravata.

Sanja lo miró a los ojos y tragó saliva con la garganta temblorosa. Entonces su expresión se endureció y asintió con la cabeza.

—No nos van a capturar.

—¿Y bien? —preguntó Ziede sin dejar de mirar los diablos de viento—. ¿Tu Abuela ha podido ayudarte?

—He hablado con Tanis. En Avagantrum están todos bien, no ha habido ningún ataque —le explicó. Primero las buenas noticias—. Pero Tahren no está allí y no saben nada de ella ni de Dahin desde que nos fuimos. Tampoco había señales de altercados ni ataques en Benais-arik. —Le costaba no pensar que ahora tenía menos información que antes de hablar con la Abuela. El viaje al inframundo le había dado varias ideas, pero nada más.

Ziede se volvió para contemplar el mar, con el rostro crispado. Sin duda había albergado la esperanza de que, contra todo pronóstico, Tahren estuviera en casa, aunque solo fuera porque estuviera repeliendo un ataque contra su hogar. Así al menos habrían sabido adonde ir y qué hacer exactamente.

—Al menos los niños están bien. —Ziede dejó escapar un suspiro —. Tahren quería buscar a Dahin. Le habían dicho que quizá

estuviera visitando los archivos de las demás ciudades ariké. Es posible que estén juntos.

A Kai le parecía improbable. Dahin era más que capaz de escapar de su hermana cuando quería. Y ya habría sido bastante difícil que el enemigo pillara desprevenida a Tahren; de haber estado con Dahin, a Kai le parecía totalmente imposible que los hubieran capturado.

Podía tratarse de un intento de interferir en la renovación de la coalición del Mundo Emergente. Tahren, la primera mariscal inmortal que se había rebelado contra los jerarcas, formaba parte de las negociaciones del tratado con las Tierras Benditas. Y tenía una influencia notable sobre el consejo del Mundo Emergente. Para algunos miembros, la palabra de Tahren valía mucho más que la de Bashat. Si Tahren era el objetivo, era una pieza muy importante del rompecabezas.

—Si querían quitar de en medio a Tahren antes de la renovación…

—Tenían que eliminarnos a nosotros primero —coincidió Ziede con gesto serio—. Pero nuestra tumba submarina no la habría retenido a ella.

Kai no estaba tan seguro, pero había demasiadas cosas que no sabían todavía.

—La Abuela me ha dado una idea sobre un método para apresar a un mariscal inmortal. —Kai le habló a Ziede de las celdas para brujos, de la posibilidad de que todavía existieran en alguna parte—. Si capturaron a Tahren, procurarían no llevarla muy lejos, fuera cual fuera su plan. —La perspectiva de atacar a una mariscal inmortal furiosa, aunque fuera una Caída, era más peligrosa incluso que atacar a un demonio. El cuerpo mortal de Kai podía morir más fácilmente que el de Tahren. Haría falta una hoja de los benditos inmortales para matarla. Pero lo que sí podían hacer era herirla, dejarla inconsciente el tiempo suficiente para trasladarla a otra parte.

—Necesitamos una forma de rastrearla… —Un solitario diablo de viento se separó de la corriente de aire para volver con Ziede. Kai pudo seguir sus movimientos gracias a la curiosa densificación del aire y los cambios de la luz; era como si el sol se reflejara en algo que no estaba ahí. Ziede escuchó el tenue y agudo susurro con

el ceño fruncido.

—Hay algo al oeste. Maldita sea.

Kai echó un vistazo a su alrededor, buscando una posición elevada. Al final del espigón se alzaban los restos de una sólida torre de cuatro plantas.

—Desde allí podremos verlo.

Ziede fue delante y Kai la siguió, llevando de la mano a Sanja para ayudarla a cruzar las grietas más anchas del espigón. Tuvieron que salvar de un salto un gran hueco para alcanzar la losa donde se encontraban los cimientos de la torre. Unas escaleras anchas, rotas y medio desgastadas por la lava les condujeron a la resquebrajada plataforma superior.

A lo lejos, más allá de la ciudad en ruinas y de los ríos de lava endurecida que señalaban el límite de la isla, un barco surcaba las aguas azules. Era largo y bajo, una galera cuyo mascarón de proa tenía la forma de un inmenso rostro ceñudo que parecía enfadado con el mar que tenía debajo. Sus tres grandes mástiles tenían las velas recogidas; los remos estaban guardados. Por si Kai necesitaba alguna pista más, el casco del barco reflejaba un brillo cobrizo y lucía símbolos solares grabados.

—Benditos inmortales. —La revelación era amarga y a la vez divertida. Que los benditos inmortales estuvieran involucrados en aquella conspiración era lo que menos le sorprendía de todo—. Meterse donde no les llaman es su religión.

Ziede lo miró de reojo.

—Tahren no es así.

—Claro que no —dijo Kai con un resoplido. En el fondo él ya no consideraba a Tahren una bendita inmortal—. ¿Hace falta que lo diga siempre?

Ziede le dio un empujón en el hombro.

—Sí.

Kai, resentido, le devolvió el empujón. Antes de que Ziede pudiera vengarse, Sanja dijo:

—¡Dejad de pelearos!

—No nos estamos peleando. —Ziede se hizo visera con la mano para ver mejor—. Creo que no son benditos inmortales.

Kai aún tenía ganas de discutir.

—¿Cómo no van a serlo si el barco es claramente…? Eh, espera,

tienes razón. —Las siluetas de la cubierta iban vestidas con ropa de tonos vivos y oscuros, no con los colores blanco y amarillo claro de los benditos. Pero tenía que haber al menos un mariscal inmortal a bordo; de lo contrario, habrían tenido que emplear las velas o los remos para mover el barco—. Debo llegar hasta allí.

—Seguro que esperan que nos acerquemos por el aire. Y antes de que lo preguntes, no, no puedo conjurar una tormenta, el clima no es el adecuado. —Ziede se agachó y empezó a apartar con la mano los restos de piedra rota que cubrían la plataforma. La avispada Sanja se apresuró a ayudarla. Ziede se arrodilló, abrió su bolsa y sacó una colección de carboncillos y tizas que había obtenido de las pertenencias que Menlas guardaba en la ballena caracolada—. Pero puedo aprovechar todo el humo y la ceniza que hay en el aire. —Señaló con la frente el volcán de la isla, al otro lado del estrecho, y la continua columna de humo que se alzaba hasta unirse con las nubes grises y bajas.

Mientras Ziede dibujaba el diagrama de su conjuro, Kai buscó alguna forma de alcanzar la nave sin meterse en el agua. Sus ocupantes buscarían un lugar para atracar; probablemente se dirigirían al espigón y al viejo puerto, donde estaba la ballena. Kai no quería que el combate se extendiera por toda la isla. Esbozó una mueca; iba a tener que ir por el agua.

—Me hace falta la ballena. ¿Has dejado algo en la caracola que vayas a necesitar?

Ziede negó con la cabeza; tenía los labios apretados, pensativa, mientras añadía cuidadosamente una línea curva a su conjuro. Los espíritus aéreos ya empezaban a congregarse, unas pequeñas corrientes que agitaban el polvo. Sanja levantó la mirada.

—¿Le va a pasar algo malo a la ballena? —preguntó, preocupada.

Kai negó con la cabeza.

—No. Va a recuperar la libertad antes de lo que pensábamos. Sanja parecía aliviada pero recelosa.

—¿Y cómo vamos a irnos de esta isla luego?

Kai señaló con la cabeza la nave de los benditos inmortales.

—En nuestro barco nuevo.

EL PASADO:
LA CAÍDA

Se dice que las montañas y colinas que rodean las Tierras Llanas son la cuna de los brujos. Nacidos de la unión entre mortales y demonios en forma mortal, aparecieron durante la gran guerra entre las legiones del inframundo y los Reyes del Llano. Desde allí se expandieron (o huyeron) hacia el este y el sur.

—*Cuentos nocturnos del oeste*, transcritos por varios autores

Kai, como el resto de demonios exploradores, estaba tumbado bocabajo, con los codos apoyados en el suelo. Se habían resguardado bajo una tienda pequeña para evitar que el viento estropeara el mapa, pero también para ocultarlo en caso de que fuera verdad que los jerarcas empleaban pájaros y espíritus como espías, como afirmaban los brujos.

—Le dije a Treris que había ido demasiado al oeste —repitió por tercera vez Dae-Fera de los saredíes Raneldi.

Kai, mientras añadía detalles al mapa dibujado en la tierra, le lanzó una piedrecilla.

—¡Ya lo sabemos! Mira a ver si se te ocurre alguna otra cosa de la que quejarte. —Ignoró los murmullos de asenso y el coro de protestas. Habían tardado largos día y noches en reunir nueva información y no podían descansar hasta que terminaran de dibujarla.

Alguien le dio una patada en el pie. Antes de que Kai pudiera devolvérsela, Arn-Nefa de los saredíes Kanavesi le dijo:

—Kai-Enna, la capitana de Kentdessa quiere hablar contigo.

Kai se alejó del mapa reptando hacia atrás para no emborronar el borde. Los cronistas mortales esperaban fuera para memorizar la versión final y plasmarla en mapas de tela que después compartirían con sus aliados fronterizos.

—¿En la cima? —le preguntó a Arn-Nefa. Los comandantes se habían reunido en la cima de la colina—. ¿Me he metido en algún lío? —Kai había tentado a la suerte al guiar a sus exploradores muy cerca del campamento de los jerarcas. Más cerca de lo que les habían ordenado las capitanas.

Arn-Nefa resopló y le dio un tirón a la trenza de Kai.

—Seguramente. Pero no es por eso. Quieren hablar contigo y con Dae-Fera.

Mientras Arn-Nefa se alejaba, Kai captó la mirada de Dae-Fera y le dijo que le acompañara mediante señas en lengua bruja.

Dae-Fera también se apartó del mapa y los dos salieron de la tienda. Estaban rodeados de árboles ralos, entre las laderas pedregosas de las colinas; gran parte de las fuerzas aliadas estaban acampadas allí, y constantemente llegaban grupos nuevos de las Tierras Fronterizas.

Kai siguió el camino zigzagueante que subía por la pendiente, a la sombra de los árboles atrofiados y los matorrales; los guijarros se deslizaban bajo sus botas al andar. Hacía calor, pero el sol matinal, escondido tras las nubes, apenas daba luz. Desde la cima de la colina se podían ver los llanos y el campamento de los jerarcas al este.

La mayor parte de la actividad enemiga quedaba oculta por las trincheras y un gran terraplén arenoso, pero el mero tamaño del campamento y el humo de centenares de hogueras no dejaban lugar a dudas de lo numerosa que era la hueste. Más allá de la tosca muralla, Kai distinguió un mar de tiendas de campaña rojas y

picudas, el lomo peludo de los andamuros amarrados entre ellas y algunas estructuras de madera ornamentadas que los fronterizos suponían que eran máquinas de asedio. Aunque eso no tenía mucha lógica, porque las murallas más cercanas de los fronterizos se encontraban al oeste, montañas arriba; todos los habitantes de aquellas tierras eran nómadas, como los saredíes.

Los guerreros que había reunido la alianza de las Tierras Llanas llevaban días enzarzados en escaramuzas, alejando a las fuerzas de los jerarcas de los llanos centrales y haciéndolos retroceder hacia las costas de Erathi. Los demonios mayores lideraban los destacamentos, mientras que los más jóvenes servían como exploradores. Kai llevaba tiempo explorando y organizando a los exploradores de Kentdessa y los demás clanes, y le habían disparado un montón de flechas. Había tenido que recurrir muchas veces a su cuerpo del inframundo para reparar las lesiones, y el día anterior solo había dormido cerca de una hora. Dae-Fera, con menos edad y responsabilidades, rebosaba energía.

Kai nunca había dependido tanto de su conexión con el inframundo, y sabía que sus reservas no eran ilimitadas. Lo mejor habría sido consultarlo con la Abuela, pero, sencillamente, no tenía tiempo.

Dae-Fera y Kai continuaron por el sendero de hierba aplastada que bajaba por una corta pendiente y rodeaba una planicie rocosa al abrigo de los barrancos de las colinas más altas. Según Erina eran las ruinas de un antiguo fuerte, y la colina circular que impedía ver el llano era en realidad una torre enterrada. Fuera cierto o no, un sendero lateral ascendía hasta la cima.

En la superficie rocosa se celebraba una reunión. Había cerca de una docena de comandantes fronterizos de los distintos territorios limítrofes con las Tierras Llanas. Algunos llevaban armaduras metálicas sobre túnicas de seda; otros, pañuelos de colores vivos en la cabeza y ropas de cuero grueso; otros, capuchas y máscaras de madera. Se estaban uniendo a ellos los líderes erathi, vestidos con bombachos de algodón, túnicas y chaquetas marineras. Habían atracado sus barcos en la cala del oeste hacía un par de días y sus guerreros se habían unido a la coalición la noche anterior. Los jerarcas habían devastado la costa de Erathi; gran parte de sus pueblos y puertos habían quedado totalmente arrasados. Kai nunca

había visto ni oído nada parecido y aún no se había recuperado de la impresión.

Varios brujos estaban mezclados con el grupo, vestidos con velos y prendas holgadas y oscuras; caminaban descalzos por el suelo duro. Según la Abuela, que conocía a muchos brujos, corría el rumor de que llevaban esos velos y esas ropas tan anchas para poder quitárselos y mezclarse con los mortales sin que nadie los reconociera. Pero teniendo en cuenta que eso podía aplicarse a cualquier prenda característica, la Abuela dudaba de que esa fuera la verdadera razón.

Todos estaban divididos en grupos, hablando o escuchando, y varios intérpretes susurraban o utilizaban signos en lengua bruja para ayudar a los que no entendieran el idioma. Dae titubeó, pero Kai le tiró de la manga del abrigo para que lo siguiera y se adentró en el grupo. Buscó a los saredíes y se detuvo detrás de la capitana de Kentdessa, que no era la misma que Kai conocía desde que se le había otorgado el cuerpo de Enna. Cuando los saredíes habían decidido crear una alianza contra los jerarcas, se había elegido por votación a una nueva capitana, más capacitada para liderar a los guerreros. La nueva capitana era mayor, con más gris que negro en las trenzas. Ella también era mitad demonio; descendía de uno de los primeros demonios que habían aceptado el pacto de la Abuela y habían viajado al mundo mortal en un cuerpo saredí. Seguramente los comandantes fronterizos no eran conscientes; el único indicio visible de su sangre demoníaca era la oscuridad de sus ojos. Llevaba el emblema de Kentdessa, el antílope, en torno a la hebilla del cinturón con el que se ceñía el abrigo de cuero.

La capitana estaba escuchando a un brujo, una persona baja y fornida, apenas unos centímetros más alta que Kai, con un sombrero negro de ala ancha debajo del velo. El brujo dejó de hablar al ver llegar a Kai y a Dae.

—Niños —dijo.

Kai lo saludó inclinando la cabeza.

—Pariente. —Dae, que llevaba en el mundo mortal menos de una estación y seguía siendo tímida, se apresuró a imitarlo.

—Kaiisteron, príncipe de la Cuarta Casa. Daevavopta, Caballera Guardiana de la Séptima Casa —dijo el brujo con voz serena.

—Kai-Enna lidera a los exploradores de nuestro clan —dijo la

capitana de Kentdessa—. Ha dibujado el mapa de esta zona y se ha acercado más que nadie a las murallas del campamento enemigo. Dae-Fera iba con él.

El brujo se volvió hacia Kai; su atención casi absoluta era como el calor de una hoguera.

—Cuando estuviste cerca de las murallas, ¿notaste algo?

Kai sabía que el brujo se refería a algo relacionado con el inframundo u otra clase de poderes.

—Percibí que había expositores —respondió. A esas alturas, Kai y la mayoría de los guerreros saredíes habían visto suficientes cadáveres para considerarse expertos en los efectos de las intenciones de los expositores, pero no supieron qué era un expositor hasta el primer ataque contra Erathi, cuando los refugiados que llegaban a los llanos aseguraban que los invasores parecían obtener su poder a partir de la muerte.

Al principio les había parecido un cuento, la clase de cosas que los héroes saredíes del pasado habían encontrado durante sus aventuras. La Abuela había tenido que viajar al inframundo y buscar demonios que se hubieran topado antes con un expositor y pudieran describir sus habilidades. Extraían su poder de la muerte (cuanta más, mejor) y moldeaban dicho poder en forma de intenciones y diseños, algo totalmente distinto a la manipulación de espíritus que empleaban los brujos. La Abuela seguía en el inframundo, negociando con la madre de Kai y los representantes de las demás Casas un permiso para que los demonios con cuerpo mortal pudieran transitar por el inframundo y reaparecer detrás de las líneas de los jerarcas. Cuando pudieran hacerlo, las fuerzas mortales avanzarían y los jerarcas quedarían atrapados entre dos frentes.

Le pareció que el brujo esperaba que continuara hablando.

—Han dispuesto sus intenciones a lo largo de las murallas para impedir que las atravesemos, pero, por lo que hemos podido ver, no se han aventurado más lejos —añadió Kai.

—No me refiero a los expositores. Es otra cosa —repuso el brujo.

—¿Habéis tenido augurios? —preguntó la capitana Kentdessa con el ceño fruncido.

—No los suficientes —respondió el brujo con un gesto de desagrado—. Nos hace falta más información.

La capitana de Kentdessa se volvió hacia Kai.

—Los brujos quieren que hables con la Abuela.

Kai echó un vistazo a su alrededor. Había muchos mortales que no eran saredíes allí, observando la conversación. Los fronterizos llevaban mucho tiempo siendo aliados de los brujos, desde que vivían en la periferia de los llanos. Pero las tiendas de los saredíes recibían pocas visitas, y la mayor parte de los fronterizos jamás habían visto un demonio antes de la guerra. Kai, en el campo de batalla, había conocido a varios que le tenían miedo, y eso le había hecho sentirse muy incómodo en el cuerpo de Enna.

—¿Aquí?

—Aquí —repitió la capitana de Kentdessa. Esbozó una pequeña sonrisa que le agrandó las arrugas de las comisuras de la boca—. No es ningún secreto.

Kai se sentó sobre la tierra compacta y los guijarros, cruzó las piernas y respiró hondo para relajarse. Dae se acuclilló a su lado.

Kai cerró los ojos y siguió la conexión con el inframundo hasta su verdadero cuerpo.

Estaba acurrucado dentro de una burbuja de agua, al abrigo de la roca; sentía una oscuridad cálida y reconfortante en las escamas. Desenroscó las colas y se concentró en buscar a la Abuela. Transformó el inframundo a su alrededor mientras seguía la chispa de su presencia. A medida que se aproximaba, se dio cuenta de que la Abuela estaba con otros miembros de la Cuarta Casa; sus sombras eran largas y definidas en el inframundo. Eso quería decir que no podría hablar con ella en privado, una decepción. Kai se deslizó hacia el espacio que ocupaba el grupo y al abrir los ojos descubrió una cámara de gran tamaño.

Sabía que la soberana también estaba allí, así que se arrodilló en el suelo cubierto de pieles gruesas y peludas. Las paredes estaban llenas de colmillos y huesos inmensos que se curvaban hacia dentro como si soportaran el peso del techo cóncavo. Los huecos entre esos huesos permitían ver un paisaje de colinas arboladas; recordaba al del campamento de los saredíes y los fronterizos, pero estos árboles eran mucho más altos, con hojas largas y ondulantes de color negro y rojo.

Madre y Abuela estaban sentadas cerca, bebiendo té en los cráneos de sus antepasados predilectos. Varias docenas de hermanos

de Kai se habían acomodado a lo largo de las paredes.

—¡Honorable Madre! ¡Ha venido Kaiisteron! —siseó su hermano Veditiron con el tono con el que se anuncia la presencia de un intruso.

—Ya lo veo, Veditiron —le espetó Madre. Sus cuernos se iluminaron de impaciencia—. Kaiisteron, nos interrumpes. Espero que tengas un buen motivo.

—La capitana de Kentdessa quiere hablar con la Abuela — contestó.

El espíritu de la Abuela ocupaba un cuerpo creado para ella como parte de su antiquísimo pacto con el inframundo. Era tan maleable como todo lo que había allí, así que tenía el mismo aspecto que la última vez que Kai la había visto, antes de que los guerreros de Kentdessa partieran a la reunión con los clanes del sur. Su cabello blanco, trenzado y recogido por detrás, desprendía un brillo plateado sobre la oscura piel castaña; llevaba el abrigo profusamente bordado de una antepasada saredí, con el emblema del antílope de Kentdessa cosido en los puños y la espalda. Le hizo un gesto para que se acercara.

—Ven aquí, Kai. ¿Qué quiere la capitana?

Kai se aproximó. Gracias a sus colas, sus movimientos eran mucho más elegantes que los de su cuerpo humano.

—Los brujos tienen preguntas.

Madre hizo un gesto de disgusto.

—Todos tenemos preguntas. Aún no hemos podido observar de cerca a esas criaturas —añadió con impaciencia—. Cuentan con protecciones contra nosotros. La situación no ha cambiado desde la última vez que los mortales nos preguntaron lo mismo.

Kai sabía que todas las Casas comprometidas por el pacto con los saredíes habían estado buscando pistas del origen de los jerarcas. La Abuela y las capitanas creían que tal vez podrían utilizar el inframundo para atacar directamente la patria o la cadena de suministros del enemigo, del mismo modo que los demonios habían atacado los llanos cuando la Abuela era joven.

Pero buscar algo en el mundo superior desde el inframundo era tan difícil como hacerlo en el cielo o en el océano.

—Si fueras tan omnisciente como te crees, esto ya habría terminado —dijo la Abuela con ironía. Se volvió hacia Kai—. Diles

que pregunten lo que quieran, pequeño.

La percepción de Kai del mundo mortal se había vuelto tenue y débil; solo veía oscuridad tras sus párpados cerrados. Hizo hablar al cuerpo de Enna:

—La Abuela está aquí. Preguntad.

Oyó la voz de la capitana de Kentdessa muy lejos, como si Kai estuviera en el fondo de un barranco.

—Las torres de madera del campamento de los jerarcas —repitió Kai—. Los brujos dicen que pueden ser estructuras para alguna clase de arma de larga distancia.

La Abuela frunció el ceño.

—¿No decían los fronterizos que eran armas de asedio?

Kai hizo que Enna repitiera sus palabras, moviendo en silencio los labios con su cuerpo original mientras hablaba en voz alta delante de la capitana de Kentdessa y el brujo. Kai tradujo la respuesta:

—Los restos hallados en las ciudades erathi destruidas parecían armas de asedio, pero los jerarcas también las han construido en este campamento, y las únicas murallas que hay aquí son las suyas. —Kai oía el viento a lo lejos, barriendo el llano. El cuerpo de Enna no percibía olor a lluvia; seguramente no habría que modificar el plan de ataque.

Madre parecía aburrida. Las estructuras eran maleables y nunca dejaban de moverse; probablemente no entendiera lo que les estaban preguntando.

—¿Qué importa que…?

La Abuela levantó una mano para interrumpirla. Tenía el ceño fruncido por la confusión.

—Pero los patrones de destrucción parecían irradiar desde esas torres. Me dijeron que eran soportes para arietes.

—Pues no lo son —repitió Kai—. Ahora piensan que… —Las voces se interrumpieron y Kai sacudió la cabeza—. Lo siento, Abuela. Han dejado de hablar. —El viento se había convertido en un aullido. Tal vez sí que iba a estallar una tormenta—. Se ha levantado el viento…

Kai regresó al mundo mortal con tanta violencia que se le oscureció la visión, y el cuerpo de Enna se desplomó contra el suelo. Se incorporó, abrió los ojos y vio algo terrible.

Ese aullido no era del viento; no lo estaba oyendo con los oídos. Era una presión, algo que hacía tambalearse a todos los mortales del fuerte. Había cuerpos tirados sobre la hierba. El brujo le daba la espalda; tenía las manos levantadas y una fuerza invisible le rasgaba el velo. Dae, que seguía al lado de Kai, se balanceaba y se tapaba las orejas con las manos. Esa presión también estaba dentro de Kai, sacándole el aire de los pulmones, arrancándole la fuerza de los miembros, inundándole el cuerpo como si de agua se tratara, como si fuera a hacerlo reventar como un tonel demasiado lleno.

La capitana de Kentdessa lo agarró por el cuello del abrigo y lo llevó a rastras hasta el camino, llenándolo de tierra y hierba. Le dio un empujón, lanzó a Dae-Fera encima de él y entonces la muerte se abatió sobre las colinas.

Kai volvió en sí con la boca llena de sangre. Se apoyó en las manos y las rodillas y escupió. Estaba en el camino, debajo del fuerte de la colina, al abrigo de los árboles raquíticos. Oía gritos y gemidos vagamente, como si no le funcionaran bien los oídos. Dae estaba acurrucada entre las raíces de un árbol, a su lado. La agarró por el hombro y su cuerpo menudo y flácido cayó al suelo.

—¡Dae! Dae. —Kai la zarandeó, pero la cabeza se balanceaba inerte. Entonces le vio los ojos. Unos ojos castaños, mortales. Dae ya no estaba, el cuerpo de Fera había quedado vacío. Por puro instinto trató de acceder al inframundo para buscarla, para asegurarse de que hubiera regresado a su cuerpo original. Pero no había nada.

Era como buscar a tientas con una extremidad fantasma. Un hueco vacío, como cuando se metía en una corriente de agua. No sentía la conexión con el inframundo. Tan solo la nada, muerta y fría.

El mundo mortal nunca le había parecido tan irreal y crudo. Era como si el aire fuera más denso, como si su piel fuera demasiado sensible. Kai se puso en pie con dificultad y volvió a subir tambaleándose por la pendiente, hacia la cima. Los demás también estarían heridos; tenía que ayudarles, tenía que encontrar a la capitana y decirle que Dae-Fera ya no estaba, que había pasado algo terrible. Pero no oía gemidos ni gritos mientras recorría el sendero.

Al llegar a la cima, solamente vio cuerpos caídos. Ni el menor movimiento, ni un aliento de vida. Los saredíes, los fronterizos, los brujos con sus velos enredados… todos yacían tan inmóviles como

bultos de ropa abandonada. Los rostros que acertó a ver estaban manchados de sangre. Habían sangrado por los ojos, los oídos, la nariz, la boca. Como si algo se hubiera introducido en sus venas y hubiera expulsado su sangre al exterior.

Tocó algo duro con el pie y miró hacia abajo. Era la capitana de Kentdessa.

Estaba desplomada bocabajo al final del sendero, sobre la hierba seca y los guijarros. Debía de haber regresado tras empujar a Kai y a Dae colina abajo, para intentar salvar a alguien más. Kai se agachó junto a ella y le dio la vuelta al cuerpo. Tenía los ojos tan ausentes como los de Dae, y la nariz y la boca llenas de sangre.

Kai no supo cuánto tiempo permaneció allí, mirándola. De pronto oyó pasos fuertes que ascendían por el camino. Logró levantar la cabeza y vio a Tahsia, una subcapitana de Kentdessa.

—Kai-Enna, al campamento —le dijo antes de continuar subiendo.

Kai, mareado y helado, se puso de pie. Descendió a trompicones por el sendero. Al llegar abajo, vio unos cuerpos familiares desparramados por la tierra, junto a la tienda en la que habían estado dibujando el mapa. Se agachó para comprobar si los mortales respiraban, para examinar los ojos de los demonios. No quedaba nadie.

Atravesó los árboles de claro en claro, pasando por las tiendas y los cobertizos redondos de Kentdessa. Había cuerpos por todas partes, mortales acurrucados e inmóviles. Los caballos se habían desplomado, amarrados a sus postes; los pájaros se habían precipitado desde el cielo. Algunas personas vivas corrían desesperadas. Kai intentó buscar a sus primos, a sus tíos, pero allí solo había muerte. Aún oía gritos y alaridos, pero cuando los seguía todo el mundo estaba muerto.

Llegó al claro donde estaba la tienda de la capitana de Kentdessa. Estaba ardiendo; alguien debía de haber volcado un brasero al desplomarse. El olor a humo y muerte súbita eran asfixiantes.

Kai se sentó en el suelo, junto a la tienda en llamas. Su conexión con el inframundo seguía muda, fría, cercenada.

Permaneció allí hasta que Tahsia y dos guerreros con el emblema de Raneldi llegaron desde la colina del fuerte. Arn-Nefa

los seguía a trompicones, goteando sangre por los oídos. Kai debería haber sentido alivio al saber que no todas las personas que conocía habían muerto, pero en ese momento no sentía absolutamente nada. Tahsia y los demás pasaron de largo, pero Arn-Nefa lo agarró del brazo, lo obligó a ponerse de pie y lo zarandeó como si fuera un sonajero.

—Kai-Enna, ¿sigues aquí?

El mero hecho de que alguien lo tocara le produjo un escalofrío. Kai se desembarazó de un tirón.

—Suéltame —le espetó.

—¡Kai-Enna! —exclamó ella—. Busca un caballo y ve a la cala. Avisa a los barcos erathi y diles que huyan. Los mortales que nos enviaron están muertos, y los demás serán masacrados si se quedan aquí. Toma. —Un demonio Raneldi que Kai no conocía se acercó corriendo, frenó con brusquedad y les tendió el tótem negro y verde de Erathi. Arn-Nefa lo cogió y se lo puso en las manos a Kai—. Dales esto.

Kai lo cogió sin pensar.

—¡Vete ya! —gritó Arn-Nefa—. Después reúnete con nosotros en el último punto de encuentro.

Kai se puso en marcha a trompicones. Tardó un buen rato en encontrar un caballo, que estaba demasiado aturdido para rechazar su olor, o tan agradecido de alejarse de toda aquella muerte que no se resistió y se marchó del campamento arrasado.

Llegó a la cala a tiempo para avisar a los barcos erathi. De camino se topó con una banda de legionarios rezagados de los jerarcas y descubrió que, incluso sin la conexión con el inframundo, seguía siendo capaz de drenar la vida de los mortales. Pero cuando llegó al punto de encuentro, entre los guerreros mortales solo había un puñado de demonios; Arn-Nefa y el demonio Raneldi que la acompañaba no se presentaron. La persona de mayor rango era Tahsia, y con ella en cabeza cabalgaron por los llanos hasta el campamento principal.

Cuando llegaron, las grandes tiendas de los clanes saredíes ya eran pasto de las llamas.

CUATRO

Kai dejó a Sanja con Ziede y bajó de la plataforma para regresar al espigón bajo el cual aguardaba la ballena. Sospechaba que a la criatura le iba a gustar su plan mucho más que a él mismo.

El viento cargado de humo ya empezaba a levantarse, lanzando olas y espuma cada vez más alto entre las rocas caídas. La caracola se bamboleó bajo los pies de Kai cuando este bajó de un salto, pero el movimiento remitió al buscar la mente de la ballena y sumirse en su consciencia. *Necesito que cambiemos nuestro acuerdo*, le dijo. *Quiero que me lleves a un sitio, no muy lejos, hasta el estrecho que hay al otro lado de esta isla. Después cada cual seguirá su camino. Pero primero te voy a quitar la caracola*.

El repentino y agudo interés de la ballena despejó la turbidez de sus pensamientos, dejando la corriente limpia y fresca. Kai se concentró en traducir su plan en una serie de imágenes que la criatura pudiera comprender.

Cuando la ballena accedió, Kai se despojó de la falda y se quedó únicamente con la túnica larga y las calzas del expositor. Arrugó la falda en una bola y la lanzó al espigón. No sabía si tendría oportunidad de volver a por ella más tarde, pero prefería no cerrar esa puerta. Después se descolgó por el lateral de la plataforma de la caracola y descendió hasta apoyar cuidadosamente los pies

descalzos en la piel húmeda de la ballena.

Era suave y fría, y cedía muy ligeramente bajo la presión de sus pies. Kai suspiró con un siseo de inquietud. Él era desconfiado por naturaleza, un rasgo que se reafirmaba cada vez que algún supuesto aliado lo asesinaba y lo encerraba en una cámara subacuática. Y resultaba ridículo esperar que una ballena cautiva y maltratada confiara en él. Sin embargo, la consciencia del animal no le había parecido vengativa en ningún momento, y Kai suponía que su liberación la haría sentirse lo bastante agradecida como para cumplir su parte del trato.

Se agachó para plantar ambas manos en la superficie curva y estriada de la caracola y se sumergió en la red de intenciones que la mantenían en su sitio. Contaba con un arnés de cadenas que rodeaba el cuerpo de la ballena, pero lo que realmente la fijaba era el diseño del expositor. Deshacer su estructura apenas le supuso una pizca de dolor; Kai fue separando y rompiendo las hebras de poder hasta que algo crujió bajo la caracola.

Kai se echó hacia atrás, acercándose al espiráculo de la ballena, y dio dos pisotones, la señal previamente convenida.

El cuerpo de la ballena se inclinó cuando sus aletas la impulsaron, alejándola del espigón. Kai se agachó para no perder el equilibrio, apoyando de nuevo las manos en la piel fría de la ballena. El cielo se estaba oscureciendo; tenía que darse prisa.

Ya suelta, la caracola se agitó con el movimiento y se escoró hacia un lado. El nácar de la cara inferior estaba pegajoso, agujereado por los parásitos marinos que habían ido horadándolo. La piel azul oscuro de la ballena estaba cubierta de magulladuras, cicatrices y heridas abiertas. El arnés que pasaba por debajo de la caracola era una red en relieve de cuerdas anudadas hechas de piel escamosa trenzada, reforzadas con cadenas. Kai había tenido dudas sobre su diseño, así que le alivió comprobar que serviría a sus propósitos.

Se deslizó hacia el arnés con precaución por si la caracola se le venía encima. Tenían que ponerse en marcha enseguida una neblina empezaba a cubrir el agua a medida que los espíritus aéreos de Ziede empujaban el humo hacia la superficie del mar.

La ballena se sacudió de nuevo y la caracola cayó al agua con una salpicadura tremenda. Kai mantuvo el equilibrio a duras penas

bajo la lluvia de espuma, estiró el cuerpo y agarró el extremo del arnés. Habría sido muy fácil para la ballena desequilibrarlo, girar y sumergirse tan deprisa que a Kai no le quedara más remedio que soltarse, pero no lo hizo. La criatura esperó a que Kai trepara y se orientara hacia delante, apoyando pies y manos en los huecos y desgarrones de la red. Le dio una palmada en la piel para indicarle que estaba preparado. *Ahora viene lo peor*, pensó. Había pasado mucho tiempo desde su época de joven demonio en un cuerpo mortal, cuando el agua y las intenciones de los expositores lo dejaban indefenso enseguida. Sin embargo, el mar seguía inhibiendo sus poderes, y el agua era un elemento inmune a las artes brujas. Aunque tampoco tendría tiempo para crear un conjuro si se ahogaba. Objetivamente, aquel plan era una pésima idea para un ser del inframundo o un brujo. Pero eso nunca lo había detenido. Kai se apretó contra el cuerpo de la ballena y cerró los ojos con fuerza.

Kai notó que la ballena se inclinaba hacia abajo. Se agarró más fuerte al notar la embestida del agua salada y fría. Un nudo de terror se formó en su garganta; el impulso de gritar era casi abrumador. Tragó saliva, pensando en Ziede y Sanja en la isla. Si no lo conseguía, ellas podían terminar atrapadas o cautivas de nuevo. El arnés se le clavaba en las manos y los pies. Podía aguantar la respiración el tiempo que tardaran en llegar al barco, pero un hilo de agua se le colaba en la garganta y los pulmones a pesar de que tenía las mandíbulas apretadas. Trató de consolarse pensando que habría sido muchísimo peor si la ballena intentara deshacerse de él.

La zambullida de la ballena frenó y el empuje del agua remitió. Kai se serenó y abrió los ojos.

El agua estaba más clara de lo que esperaba. La ballena seguía relativamente cerca de la superficie y avanzaba despacio. Kai distinguió poca cosa aparte de los peces asustados y las rocas mientras la ballena describía una curva alejándose de la sombra del espigón, pero resultaba tan extraño encontrarse allí abajo que casi se olvidó de lo aterrorizado que estaba.

La amalgama del expositor seguía allí, en alguna parte. Era el oponente perfecto para un demonio; puesto que era únicamente el diseño de un expositor lo que la dotaba de vida, Kai sería incapaz de drenarla. Sin embargo, esperaba que lo siguiera específicamente

a él y que ignorara la presencia de Ziede en la isla. Y estaría diseñada para rastrear su posición, pero no para intentar detenerlo.

Una silueta larga y letal surgió en el agua, directa hacia él. *O quizá sí que está diseñada para detenerme*, pensó con frustración. Kai soltó una mano de la red para sacar el cuchillo de Tarrow. La velocidad de la ballena lo hizo balancearse, así que se apretujó contra su cuerpo. *Estaría bien que algo de todo esto resultara sencillo*.

La amalgama descendió, cortando el agua con sus afiladas aletas, y pasó tan cerca de Kai que este se dio cuenta de que aquel extraño cráneo era en realidad un amasijo de cabezas humanas y bulbosas cabezas de calamar. Sus múltiples ojos seguían a la ballena mientras extendía los tentáculos, tratando de alcanzar a Kai con aquellas manos obscenamente humanas. Kai las esquivó y atacó la más cercana, pero el agua ralentizaba todos sus movimientos. Tenía que mantener a la amalgama a raya. Si le hacía mucho daño a la ballena, su aliada podría terminar estampándolo contra la roca más cercana.

Mientras Kai trataba de pensar alguna solución inteligente, la amalgama volvió a describir una curva en dirección a él. De pronto, el mundo entero se escoró hacia un lado.

Kai soltó el cuchillo para poder aferrarse al arnés, totalmente mareado, y se dio cuenta de que la ballena había girado sobre sí misma. De pronto volvió a estar derecho. Las rocas y la sombra de la isla ya no estaban; debían de haber llegado a las aguas abiertas del estrecho. Ignoraba lo que había hecho la ballena, pero ya no veía a la amalgama.

En ese momento la ballena se impulsó hacia arriba con tanta fuerza que aplastó a Kai contra su lomo. Un instante después salieron a la superficie y las olas espumosas resbalaron por su piel húmeda.

Kai, aferrado al arnés, con el pelo chorreando y metido en los ojos, intentó expulsar sin hacer ruido el agua de sus pulmones. Cuando escupió la suficiente como para poder respirar el aire cargado de humo, se echó el pelo hacia atrás con la mano y miró hacia arriba. El denso humo impedía ver el cielo, pero la silueta curva de cobre repujado que se alzaba a su lado era el casco del barco de los benditos inmortales. Estaba totalmente quieto; desde la

cubierta llegaban vagas voces airadas.

La nube de humo era ya tan densa que por encima del nivel del casco todo parecía cubierto por un velo gris. Kai había acertado al confiar en que el humo obligara a la tripulación a detener el barco, o al menos a reducir la marcha; incluso una embarcación bendita corría el peligro de estrellarse contra las rocas. No estaba del todo seguro de dónde se encontraban; el humo tapaba por completo la isla, que debería estar a su izquierda. Una mano pálida pasó flotando a su lado, aún adherida a los restos desgarrados de un brazo: lo único que quedaba de la amalgama.

Kai le dio unas palmadas a la ballena. *Bien hecho, amiga*. Empleó una pizca de esfuerzo en drenar la escasa vida que quedaba en las cuerdas de cáñamo trenzado de la red, lo justo para marchitar las fibras hasta volverlas quebradizas y deshacer los nudos. Notó que las cuerdas se aflojaban hasta quedar lo bastante sueltas como para romperse con la próxima zambullida de la ballena. Kai se puso de pie y caminó con cuidado por la piel de la ballena hasta llegar al costado del barco.

El casco de cobre estaba decorado con diseños de vientos y olas que rodeaban y abrazan los símbolos solares de los benditos inmortales. Kai tomó impulso, saltó y se agarró a la franja inferior de uno de los relieves. Miró hacia abajo a tiempo para ver que la ballena se hundía bajo la superficie casi sin hacer ruido; su silueta oscura desapareció bajo el casco. *Al menos uno de los dos ha sacado algo bueno de todo esto*, pensó Kai.

Trepó por el casco, usando los demás símbolos sagrados como asideros. No oía voces ni movimiento. Echó un vistazo por una de las aberturas para los remos, esperando ver un banco de remeros vacío. Pero entonces distinguió unas siluetas oscuras y se echó hacia atrás con tanta violencia que a punto estuvo de precipitarse al agua.

Kai, colgado de la tronera, maldijo entre dientes, convencido de que iban a dar la voz de alarma. Pero no ocurrió nada. *¿Por qué está todo tan tranquilo?*, se preguntó. Ni un ruido de movimiento, ni una tos. Ni siquiera una respiración. Los mortales no eran tan silenciosos. Ni los demonios eran tan silenciosos.

Kai volvió a impulsarse. Las siluetas del banco no se habían movido. Estaban apretujadas: unas seis figuras humanas hacinadas en un espacio diseñado para solo dos benditos inmortales. Kai se

arriesgó a introducir un poco la cabeza para ver mejor la cubierta de remos.

Estaba repleta de cuerpos mudos. Todos mortales, todos sumidos en la quietud más absoluta. El aire hedía a sangre fresca, putrefacción y cuerpos sucios.

Esta vez le resultó evidente que toda la cubierta estaba impregnada de intenciones de expositor. Antes Kai las había confundido con el Pozo de Thosaren de los benditos inmortales, que podía emplearse para pilotar una nave sin esfuerzo humano. Los benditos solo remaban durante actos ceremoniales y en la pasada guerra, cuando los jerarcas los castigaban poniendo límites al uso de su Pozo. Y desde luego jamás habrían consentido que los mortales mancillaran sus propiedades tocando aunque solo fuera uno de aquellos remos sagrados. No eran los benditos quienes controlaban esa nave.

Kai se izó a pulso y se coló por la abertura; por suerte, su nuevo cuerpo era lo bastante ágil. Una vez dentro, encaramado al remo, se quedó parpadeando mientras sus ojos se habituaban y empezaba a distinguir más detalles.

Filas y filas de mortales paralizados ocupaban los bancos. Vestían harapos y los remos que aferraban estaban manchados de sangre y pus. Tenían la vista fija al frente, apenas respiraban y no parpadeaban. Kai esbozó una mueca de asco. Y de confusión.

Alguien había creado un pozo vital allí, había encadenado a esos hombres con intenciones y diseños para drenarles la vida, con el fin de impulsar el barco sin emplear el Pozo de Thosaren.

Quizá los habían subido a bordo con la excusa de trabajar como remeros y, una vez sentados en los bancos, el expositor los había dejado sumidos en esa media vida, drenándolos para construir la intención que le permitía mantener el barco en movimiento. Las leyes del Mundo Emergente podían castigar algo así con la ejecución del expositor. Kai había capturado y ejecutado a muchos por crímenes parecidos, aunque no a una escala tan grande.

Caminó por el remo, procurando no pisar las manos de los remeros. La luz mortecina se reflejaba en sus ojos; sospechaba que conservaban la consciencia justa para saber que había alguien con ellos. Tenía que haber al menos un expositor a bordo para mantener en funcionamiento aquella maraña obscena. Kai bajó a la pasarela

de un salto y corrió sin hacer ruido hacia la estrecha escalera de caracol que había a popa.

Justo cuando la alcanzó, oyó el rechinar de la madera y el pasamanos de cuerda tembló. Alguien acababa de pisar el escalón superior. Kai se deslizó a un lado, ocultándose en las sombras. Vio aparecer unas botas y después a un mortal vestido con un abrigo largo sin mangas y un rompembrujos colgado del hombro. Cuando llegó abajo y se giró hacia los bancos de los remeros, Kai se colocó a su espalda y le tapó la boca con la mano.

Un aprendiz de expositor, comprendió Kai mientras le drenaba la vida. Siempre los reconocía. Almacenó su vitalidad y su poder como si fueran otro corazón dentro de su pecho, que le empezó a arder un poco por aquella renovada intensidad. Estaba seguro de que lo necesitaría enseguida. Cuando las convulsiones cesaron, Kai dejó caer en cubierta el cuerpo reseco. El último banco estaba vacío, así que cogió el rompembrujos por el mango con cuidado y lo tiró por la portezuela del remo. Apenas hizo ruido al caer al agua. Kai cogió el cuchillo largo y curvo que el hombre llevaba en el cinto, se lo guardó en el suyo y empezó a subir por la escalera.

Pasó por el rellano de una cubierta de servicio. Teniendo en cuenta la disposición habitual de aquellos barcos, debería estar aislada del resto de los compartimentos inferiores. Se detuvo el tiempo justo para asegurarse de que estaba vacía y en silencio.

Al llegar a la escotilla superior, echó un vistazo con cautela antes de asomar la cabeza. Era un gran camarote de popa, una estancia lujosa, con un pasillo central repleto de bancos acolchados junto a las paredes. Encima había unos paneles con relieves dorados que representaban montañas inmensas y valles profundos. En los laterales, unos arcos con cortinas conducían a otros dormitorios más pequeños. A popa, debajo de dos portillos en forma de ojo, había una plataforma con un trono con grabados de pétalos para el mariscal inmortal que manejaba el barco mediante su poder. Estaba vacío.

Los benditos inmortales iban a subirse por las paredes al enterarse de que un expositor controlaba aquella nave. Aunque claro, también se subirían por las paredes al saber que Kaiisteron o cualquier otro brujo había puesto sus sucios pies en una de sus sagradas cubiertas.

Poco a poco, Kai empezó a percibir que había un cuerpo vivo en aquella estancia, alguien que respiraba. Descubrió una silueta acurrucada en un diván, aparentemente dormida; un bulto tapado con una sábana de seda. La pierna desnuda que asomaba por debajo era muy blanca. No era la piel clara pero curtida de la desdichada tripulación de isleños de Menlas, sino el blanco de una persona que tenía prohibido salir al exterior.

Kai salió de la escotilla y pisó el suelo de madera pulida. Su ropa todavía goteaba agua y tenía el pelo mojado pegado al pecho y los hombros. Avanzó hacia la silueta y tocó suavemente aquella pierna desnuda con una rodilla. Su dueño se incorporó bruscamente y lo miró. Era una persona joven y menuda, probablemente una mujer, con una fina melena rubia y apenas vestida con unas tiras de seda. Llevaba en el cuello un collar enjoyado con un amuleto de sumisión de hueso, cortesía del expositor que la había esclavizado. La mujer miró a Kai con el ceño fruncido, confundida, como si esperara ver a alguien conocido. Entonces abrió los ojos de par en par y soltó un grito ahogado. Acababa de ver los ojos de Kai.

Este enarcó las cejas y levantó dos dedos para indicarle que guardara silencio, dándose después unos toques en los labios por si no había identificado el gesto. Ella asintió y se llevó la mano a la boca y luego a la garganta, lo que en lengua bruja significaba «dominada por una intención». De modo que no era solo una mortal esclavizada; era una bruja transformada en familiar. Kai le indicó por señas que la había entendido.

Se aproximó despacio, procurando no asustarla, y tomó el amuleto de hueso entre el pulgar y el índice. La intención del expositor empezó a vibrar bajo su piel como una abeja encerrada. Kai la extrajo, la soltó en el aire para que se desvaneciera y apretó el amuleto de hueso, que se había vuelto quebradizo, hasta pulverizarlo entre los dedos.

La familiar se llevó una mano al pecho y aspiró una temblorosa bocanada de aire.

Kai se alejó de ella y caminó hacia la escotilla abierta del extremo opuesto del camarote. Cuando estuvo lo bastante cerca para distinguir el exterior, se detuvo. La cubierta superior estaba envuelta en humo; apenas se distinguía el primer mástil, y la proa parecía perdida en otro mundo. Ziede tenía que estar cerca,

esperando la señal de Kai.

Esa escotilla daba a una cubierta rodeada de más divanes con almohadones blancos. En su centro se alzaba la columna de metal que alojaba el mecanismo de dirección del barco y la reliquia sagrada que conectaba el casco con el Pozo de Thosaren de los benditos inmortales. Al lado había un expositor vestido con un abrigo y una falda de color rubí y púrpura de tan buena calidad que habrían resultado apropiados para la corte de una ciudad-Estado ariké. Había otros dos mortales con él, con vestimentas similares pero mucho menos ricas. Uno de ellos probablemente era otro aprendiz, mientras que el otro vestía la túnica blindada de malla y cuero de un soldado o un guardaespaldas sobre sus finas ropas. Era una armadura cara, con las hombreras en forma de cabeza de serpiente. Kai oyó el roce de la seda cuando la familiar liberada apareció a su lado.

El expositor hablaba con alguien en la cubierta inferior:

—… las defensas dispuestas sobre nosotros. El demonio no puede cruzar el agua.

Kai logró contener el resoplido.

Abajo, una voz amortiguada por el aire denso contestó:

—… todo el barco. Eso no lo sabes.

—Insolente —murmuró el aprendiz.

—Si no la necesitáramos, la echaría por la borda —coincidió el expositor con severidad.

—Sería un desperdicio. —El aprendiz parecía preocupado—. Podría sernos útil si necesitamos una muerte para crear más intenciones.

—Tenemos morralla de sobra. Creo que terminaré tirándola por la borda, y al espía también. —El expositor parecía tranquilo, confiado, seguro de su poder—. Ya estamos cerca y no tengo intención de perder a nuestra presa.

Un perfume impregnaba el aire húmedo y cargado de humo de la cubierta, más intenso que el ligero olor a incienso que se adhería a las telas del camarote. Kai esbozó una mueca de disgusto. Le hacía pensar en los palacios de Benais-arik; le recordaba el motivo de que estuviera tan furioso.

Crear una intención le llevaría demasiado tiempo, y el expositor podría darse cuenta. Kai se agachó y dibujó rápidamente un

diagrama en la madera encharcada. Un conjunto de conjuros de artes brujas; por sí solos no eran gran cosa, pero en combinación con el poder de los espíritus aéreos de Ziede moldearían el velo de humo para hacerlo más opaco, más parecido a la textura de una red de tela. La familiar se acuclilló a su lado y lo observó con atención.

Kai sabía que ella veía el conjuro de una manera totalmente distinta a como lo veía él. Para un brujo de verdad, los conjuros consistían en emplear palabras para pintar la realidad con una forma distinta, dar una configuración diferente a un fragmento diminuto del mundo. Los brujos no veían el mundo como los mortales, como los demonios, como nadie más. Decían que veían los espíritus, pero era más preciso decir que veían las fuerzas que lo animaban todo, aquello que los expositores denominaban energías. Pero el secreto era que no veían nada más.

Mientras Kai dibujaba, la discusión proseguía en el exterior; el expositor insistía en que era imposible que un demonio lograra subir a bordo, pero la persona que estaba abajo insistía a su vez en que debían arriesgarse a encallar con tal de abandonar el estrecho. Kai añadió los signos correspondientes para excluir a Ziede, a Sanja y a la familiar. Cuando terminó, sopló con suavidad sobre los símbolos para enviar los conjuros flotando por la cubierta.

Kai se puso de pie y se apoyó en el lateral de la escotilla para observar. La familiar aguardó en la cubierta con una débil sonrisa. Los conjuros se deslizaron por el borde de la escotilla de madera pulida y subieron a la cubierta superior, arremolinándose como jirones de niebla a los pies de los mortales situados junto al timón. Después se derramaron por las escaleras que conducían a la cubierta inferior, todavía invisibles entre la niebla y el humo.

La otra voz, de nuevo amortiguada, habló airada desde la cubierta inferior:

—¿Y qué esperas que haga yo?

Tan escaso de paciencia como de ideas, el expositor le espetó:

—Sube aquí, Ashem.

El sonido de sus pasos apenas logró penetrar el denso aire, pero una figura apareció subiendo los escalones hacia la cubierta superior.

Era una mortal vestida con un uniforme de soldado ariké del Mundo Emergente, una túnica blindada ligera sobre un pantalón

ancho, con un fajín que la identificaba como oficial de una guarnición. Otros soldados de la coalición también habían adoptado el atuendo ariké, pero ella parecía una nativa: baja y robusta, de piel morena y rizos oscuros y prietos muy cortos. No llevaba casco ni capucha; tampoco pendían armas de su pesado cinto de cuero. Caminaba como si todo la frustrara y parecía particularmente harta del expositor. Otra figura iba tras ella, oculta por el humo.

Al llegar a lo alto de la escalera, dijo:

—Si me vas a gritar, dirígete a mí como líder de cohorte. Y… —En ese momento levantó la vista y su mirada se cruzó con la de Kai. La mujer se quedó paralizada y sus ojos oscuros se abrieron de asombro.

Kai nunca había visto a la líder de cohorte Ashem. Y aunque la hubiera visto, era imposible que ella reconociera a Kai en su nuevo cuerpo. Pero la mujer sabía distinguir a un demonio cuando lo veía. En lugar de dar la voz de alarma, su expresión se tornó siniestramente divertida.

—Bueno, parece que tenías razón, Aclines. Está muy cerca.

—¿Qué dices? ¿Cómo lo sabes? —preguntó el expositor Aclines.

Ashem señaló a Kai con la frente. Aclines y los otros dos se giraron. O lo intentaron. Los conjuros habían tejido la niebla y el humo, y les habían dado la forma de una tensa red que les aprisionaba las piernas. El aprendiz sacó un rompembrujos del cinto y se abalanzó sobre él. Al no conseguir mover los pies, cayó de bruces. La red de conjuros tejió un capullo de niebla gris para inmovilizarlo. Seguramente se asfixiaría con aquel denso humo, pero Kai tenía pensado matarlo de todos modos.

Aclines no perdió el tiempo con imprecaciones; extrajo el poder del pozo vital de miseria humana que habitaba en la cubierta de remos y lo arrojó contra Kai.

Pero Kai ya se estaba moviendo. El guardaespaldas estaba detrás y a un lado de Aclines, así que Kai se agachó para ponerse fuera de su alcance, pisó al aprendiz caído y hundió el cuchillo marinero bajo la barbilla de Aclines. Su intención a medio formar se deshizo mientras Aclines manoteaba para intentar agarrar la empuñadura.

—¡Detrás! —gritó alguien en ariké. Kai le dio la espalda al expositor en el momento justo en que algo afilado pasaba a su lado. El guardaespaldas había desplegado una vara extensible de casi

cinco metros de longitud. Su extremo, tachonado de cuchillas afiladas, centelleó bajo la luz mortecina.

—¡Ramad, traidor! —maldijo el guardaespaldas en ariké.

Aclines, con el cuchillo todavía encajado en la garganta, se tambaleó al fallarle las rodillas. Se hundió en la niebla como un fardo de seda fina. Los zarcillos del conjuro lo apresaron y retuvieron mientras su cuerpo empezaba a convulsionar y la sangre empapaba sus vestiduras.

Quien había alertado a Kai era la figura que estaba detrás de Ashem. Kai pudo reconocerlo desde donde estaba. Era Ramad, uno de los vanguardistas de Bashat, inspector de sus espías y exploradores. Kai lo había visto varias veces con Bashat en la corte del Mundo Emergente.

Era un joven alto para ser un ariké del sur. Tenía el cabello largo, oscuro y rizado, recogido por detrás con trenzas, y vestía una versión funcional de la vestimenta masculina ariké tradicional, un abrigo de algodón con cinto sobre una túnica con falda dividida. Los colores del atuendo eran grises y azules, tonos tenues y apagados al lado de su piel morena y ambarina.

Que Ramad estuviera allí era interesante, por decirlo suavemente. Pero seguro que él y la líder de cohorte Ashem les daban respuestas.

La familiar se colocó al lado de Kai. Levantó una mano para pedir permiso. Kai inclinó la barbilla para concedérselo.

La familiar se adelantó, poniéndose casi al alcance de la vara del desesperado guardaespaldas. La muerte de Aclines también suponía un pozo de poder, y hasta que el expositor terminara de morir, la bruja estaba conectada con él. Kai percibió el traspaso de energías; estaba recuperando la vida que Aclines le había robado para alimentar sus intenciones. La mujer elevó las manos.

El guardaespaldas se quedó paralizado. Movía la garganta como si algo no le permitiera respirar. Soltó su arma y se empezó a palpar la cara. Entonces empezaron a brotarle flores de la boca, la nariz, los oídos. Margaritas blancas, flores de ciruelo, otras flores de pétalos azul purpúreo que Kai no reconoció. Por los conductos lacrimales del hombre caían pétalos amarillos.

Kai estaba impresionado.

—Muy bueno —le dijo. La bruja debía de tener afinidad con los

espíritus de la tierra y las plantas, igual que le ocurría a Ziede con los del aire.

El guardaespaldas se estremeció, se quedó rígido y se desplomó de espaldas.

Ashem intentó lanzarse a por la vara del guardaespaldas. Tropezó y estuvo a punto de caerse; tenía los pies adheridos a la cubierta por la red de humo y niebla. Ramad se inclinó para sujetarla y tuvo que agarrarse al pasamanos para no caerse también. Los gritos de alarma y las imprecaciones informaron a Kai de que todos los demás ocupantes de la cubierta inferior estaban atrapados en la red.

Caminó hacia Ashem y Ramad, pero se detuvo justo fuera de su alcance. Por una vez sentía más curiosidad que enfado.

—Bueno, ¿qué hacen dos oficiales del Mundo Emergente trabajando para un expositor a bordo de un barco de los benditos inmortales?

Ashem le echó una mirada severa.

—Estamos aquí en contra de nuestra voluntad.

Ramad frunció el ceño; tal vez fuera un gesto de consternación, pero ciertamente no era de miedo.

—Eres tú, ¿verdad? ¿Kaiisteron?

Kai sabía que la sonrisa que lucía en ese momento no era una expresión agradable.

—Me halaga que te acuerdes de mí.

La dura mirada de Ashem era cautelosa. Era evidente que desconfiaba tanto de Kai como Kai de ella.

—Aclines decía que estaba buscando a un demonio, pero no sabía que fueras tú.

—Había otro aprendiz con un rompembrujos. No sé dónde… —añadió Ramad.

—Bajó a la cubierta inferior. Ya lo he devorado —dijo Kai.

El semblante de Ashem se crispó al recordar lo que era Kai.

—No hay más expositores a bordo. —Señaló el humo—. ¿Por qué no nos liberas de lo que quiera que sea esto?

—¿Y por qué iba a hacerlo? —Kai miró de reojo a la familiar para que le confirmara que los únicos expositores a bordo estaban muertos. Ella le hizo la seña de «verdad» en lengua bruja.

Kai le dijo: *¿Estos dos eran prisioneros?*

Lo parecían, como el resto de la tripulación, contestó ella.

Aclines había instalado intenciones defensivas en las velas plegadas del barco y alrededor de la cubierta, preparado para cualquier ataque. Kai notó que las estructuras se desmoronaban tras la muerte del expositor; no eran lo bastante fuertes para aguantar sin la conexión de Aclines con el pozo vital de la cubierta de remos. Las chispas de fuerza vital caían flotando, disolviéndose en el aire y haciéndole cosquillas en la piel. Kai extendió su consciencia para tocar con suavidad la perla del corazón de Ziede.

El barco es mío.

Sintió el suspiro de alivio de Ziede.

Sí que has tardado. Creía que estabas luchando contra una tripulación entera de benditos inmortales.

—¿Por qué no nos sueltas? —insistió Ashem—. Sabes que somos oficiales imperiales.

El barco estaba lleno, sí, pero no de benditos inmortales, le dijo Kai a Ziede.

—¿No estáis aquí para ayudar a Aclines a capturarnos? —preguntó en voz alta.

La expresión de recelo de Ashem se tornó de absoluto ultraje, como si Kai acabara de insultar a toda su familia, hasta el primero de sus ancestros.

—¿Qué? —le espetó—. ¿Me acusas de traición?

—Tal y como dice la líder de cohorte Ashem, nos capturaron. —La expresión de Ramad era pensativa, como si le interesara más sacar conclusiones de las preguntas de Kai que obtener la libertad—. Se decía que te habías marchado repentinamente de Benais-arik. ¿Aclines tuvo algo que ver con eso?

Kai no conocía mucho a Ramad, pero los rumores decían que era un vanguardista excelente y que gozaba de la confianza de Bashat.

—¿Dónde consiguió este barco Aclines?

—Eso no lo sé. —Ramad señaló con la cabeza el cadáver de Aclines—. Ya lo tenía cuando llegó al puesto avanzado de Scarif.

Ashem le echó una mirada reprobadora.

—No le diga nada hasta que nos libere.

Ramad respondió con una mirada irónica.

—Él también tiene un cargo en el Mundo Emergente, líder de cohorte, y más alto que el tuyo.

Kai los ignoró y miró a la familiar, que repitió la seña de «verdad».

¿Sabes dónde consiguió este barco Aclines?, le preguntó Kai.

Ella se tocó la frente. Me arrebató los pensamientos en Scarif. No recuerdo si yo estaba con él antes de eso.

Consternado pero no sorprendido, Kai continuó: *¿Te quitó todo tu pasado? ¿Tu hogar, tu familia?*

El rostro de la mujer se contrajo de desesperación, pero enseguida adoptó una expresión impenetrable. *Todo*.

Uno de los métodos que empleaban los expositores para proteger sus secretos consistía en destruir los recuerdos de sus familiares sobre su cautiverio. Kai se tragó la rabia que sentía como una espina en la garganta y se recordó que Aclines ya estaba muerto. Ahora resultaría casi imposible averiguar de dónde procedía la familiar y devolverla a su linaje.

—¿Qué dice? —preguntó Ramad cortésmente—. ¿Sabe ella dónde obtuvo el barco Aclines?

Durante la guerra, varios vanguardistas ariké conocían la lengua bruja. Ramad había nacido mucho después, pero era posible que ese conocimiento se hubiera conservado.

—Sabe lo mismo que tú. Así que parece que no os necesito —dijo Kai.

Ashem se cruzó de brazos y le echó a Ramad una mirada de frustración, como si fuera culpa suya por haber respondido a las preguntas de Kai. Ramad, en cambio, pareció tomárselo como un argumento en lugar de una amenaza.

—Solo hay dos personas a bordo que son seguidores de Aclines —dijo—. Te diré quiénes son; ella puede verificarlo. El resto de las personas de cubierta son cautivos, la escolta de la líder de cohorte Ashem. Libéralos y te ayudaré.

Era una conjetura interesante por su parte.

—¿Ayudarme a qué? —Kai se fijó en que Ashem tenía la mandíbula tensa.

—A lo que sea que te llevó a abandonar Benais-arik. —Ramad parecía tranquilo. Si creía que estaba negociando con un animal salvaje, lo disimulaba como buen diplomático que era—. Tu ausencia en el año anterior a la renovación imperial del Mundo Emergente no pasó desapercibida. Y doy por hecho que el Rey Brujo

no desaparece sin un buen motivo.

Ashem era demasiado impaciente para los cuidadosos regateos de Ramad.

—Aclines capturó a mi escolta y a una cohorte de soldados del puesto avanzado de Scarif para poder controlar este barco —dijo entre dientes—. Podrían estar a punto de morir. Si alguna vez has sido leal a Bashat, libéranos para que mi escolta pueda ayudar a la cohorte.

Leal a Bashat. Kai profesaba una lealtad infinita al linaje de Bashat, y nada le habría gustado más que creer que el propio Bashat también la merecía personalmente.

El humo empezó a dispersarse cuando una brisa barrió la cubierta. Ziede, suavemente, liberaba sus espíritus aéreos y su control sobre la atmósfera del estrecho. No tardaría en llegar, y querría respuestas. Que Aclines pretendiera matar a Ashem y a Ramad para potenciar sus intenciones o echarlos por la borda porque le irritaban no significaba necesariamente que no formaran parte de la conspiración. Los expositores se traicionaban continuamente.

—¿Por qué voy a liberar a nadie? A lo mejor quiero drenarles la vida y sorberles el tuétano.

Ramad apretó los labios, dejando ver su exasperación.

—Claro que los vas a liberar. Tú no eres un expositor. Eres aliado del Mundo Emergente desde antes de que nosotros naciéramos.

Ojalá estuviera seguro de que eso seguía siendo así. Kai se dio la vuelta para sentarse en uno de los divanes desde donde los benditos inmortales supervisaban su barco.

—¿Qué hacías cuando Aclines te capturó, Ramad?

Una ráfaga de humo hizo toser a Ramad, que se frotó los ojos.

—Estaba de viaje y me había detenido en el puesto avanzado de la cohorte para pasar la noche. —Ashem lo miró de reojo con escepticismo. La líder de cohorte no creía que hubiera ido allí por casualidad.

Kai tampoco.

—¿Y qué hacías en Scarif?

—Gustosamente responderé a tus preguntas si tú respondes a las mías —dijo Ramad. Kai lo miró con seriedad—. No pretendo

insultarte —añadió—. Soy historiador. Tú conociste a Bashasa el Grande. Tengo muchas preguntas.

Ashem esbozó tal mueca de irritación que Kai no pudo contenerse:

—Hazme una.

Ramad no titubeó.

—Se rumorea que fuiste un sirviente inmortal de los jerarcas y que Bashasa te liberó de los Salones Estivales. ¿Es cierto?

Kai tuvo la sensación de que al menos eso no era un truco; no sabía qué hacía Ramad allí, pero era verdad que quería aprovechar la oportunidad.

—Es cierto que los jerarcas tenían servidores inmortales. Conocí a varios, pero yo nunca fui uno de ellos.

Ashem levantó la mirada hacia el mástil, como pidiéndole que fuera testigo de su desgracia.

—¿Por qué hay que hacer esto precisamente ahora?

Ramad la ignoró.

—¿Qué hacías en…?

—No te conviene estar en deuda conmigo, Ramad —lo interrumpió Kai—. Aunque lo único que me debas sea una respuesta sincera.

Tras un breve momento de confusión, Ramad volvió a suavizar su expresión.

—Buscaba a Aclines —dijo.

Ashem se giró bruscamente para mirarlo.

—¿En serio?

—Y yo que pensaba que esta conversación te iba a aburrir, líder de cohorte —comentó Kai sin poder reprimirse.

Ashem apretó los labios.

—No sabía que Aclines pretendía atacar tu puesto avanzado; os habría avisado. Tenía noticias, rumores en su mayor parte, de que un expositor se dirigía hacia Scarif. Fui a investigarlo. Y llegué demasiado tarde, evidentemente.

Cuando el humo se despejó lo suficiente, Kai distinguió la cubierta inferior y algunas siluetas atrapadas por la red del conjuro; la escolta de Ashem, todos atentos a la obra de teatro que se desarrollaba en la cubierta superior, y entre ellos los dos que Ramad aseguraba que eran seguidores de Aclines.

La familiar había registrado los cuerpos y recuperado el rompembrujos del aprendiz que yacía de bruces en la red del conjuro. Lo empujó con el pie y habló por señas con Kai: *Este también ha muerto ya*. Levantó el rompembrujos con gesto interrogativo.

—Tíralo por la borda —le dijo Kai. *¿Han sido crueles contigo?*, le preguntó por señas, señalando a Ramad y a Ashem. *¿O alguien de su escolta?*

No, contestó ella. *No creo que supieran lo que soy*. Echó el rompembrujos por la borda. *Aunque creo que el vanguardista sospechaba que yo no era una sirvienta mortal corriente*.

¿Quieres viajar con nosotros de momento? No puedo prometerte seguridad, le dijo Kai. Señaló la vara extensible.

—Eso nos lo quedamos.

La joven la recogió y la plegó hasta dejarla del tamaño de un bastón. Se la lanzó a Kai y le dijo por señas: *Sé quién eres. El demonio al que los mortales llaman el Rey Brujo. ¿Me prometes venganza?*

Kai se tocó tres veces el corazón, el signo en lengua bruja con el que los saredíes decían «lo juro».

Ella sonrió. *Me llamo hermana Tenes*, dijo, y regresó al camarote de popa.

Ramad la observaba con el ceño fruncido.

—¿Cómo es que oye, pero no habla?

Y Ramad se hacía llamar historiador. La lengua bruja era un idioma desde que los brujos existían, pero había sido todavía más importante durante la Guerra de los jerarcas. Pero eso ya no se enseñaba. La mayor parte de los mortales no tenían motivos para conocerla, pero los cortesanos de los príncipes herederos ariké, sobre todo los de Benais-arik, deberían recordarla. Era extraño, pero le dolía que no fuera así y se sentía tonto por ello.

—Los expositores les quitan el habla a sus familiares, entre otras cosas, para que no puedan revelar ninguno de sus secretos. Se remonta a la época de los jerarcas.

La líder de cohorte Ashem frunció el ceño.

—Pero no tiene sentido. Habla por señas.

Ashem era demasiado inocente si creía que las personas solo

eran crueles cuando tenía sentido serlo.

—Los expositores de los jerarcas también les cercenaban las manos. —Kai se rascó la cabeza con la punta de la vara. Le picaba el cuero cabelludo por culpa de la sal—. ¿Dónde está Tahren Stargard, llamada la Caída?

Ashem arrugó todavía más el ceño con suspicacia.

—¿Por qué iba a estar aquí? Estará en Benais-arik, como representante de los benditos inmortales en la renovación imperial. Si no está allí para dar su beneplácito en su nombre, sería una catástrofe. Tú lo sabes tan bien como nosotros.

Kai la ignoró y observó las diminutas arrugas que se formaban alrededor de los ojos de Ramad. Este lo miró con aparente sinceridad.

—Entonces ella no está contigo —dijo.

—¿Qué haces aquí en realidad, Ramad? —preguntó Kai.

Ramad suspiró.

—Buscaba a Aclines —repitió—. Porque Tahren Stargard no llegó a Benais-arik el día esperado, y Bashat teme que le haya ocurrido algo.

Kai mantuvo el semblante frío, aunque intuía que por fin se acercaba a la verdad.

—¿Y qué te puso sobre la pista de Aclines?

—Al principio fueron rumores, cuchicheos. —Ramad señaló la cubierta inferior con la cabeza—. Después seguí a sus dos cómplices hasta Scarif. Por desgracia, Aclines fue más astuto que ellos.

Kai se reclinó en los blandos almohadones. Mantener con vida a los mortales de la cubierta de remos hasta dejarlos en el puerto más cercano iba a resultar muy difícil sin ayuda. Con Ashem, Ramad y la escolta todo sería más sencillo, aunque sabía que no podía fiarse de ellos en absoluto. Pero no se le ocurría otra solución.

—Esa explicación no aplacará a Ziede Daiyahah, el Azote de la Sala del Templo. —La gente siempre creía que era a Kai a quien había que temer.

Alguien dio la voz de alarma en la cubierta inferior. Los mortales levantaron la mirada asustados mientras Ziede descendía flotando entre los últimos restos de humo, abrazando a Sanja contra su costado. El diablo de viento, apenas una silueta recortada contra la tenue niebla, se abrió para permitirles posarse en la cubierta

superior. Sanja echó a correr hacia Kai y se lanzó al mismo diván en el que estaba él.

—Esto es mucho más cómodo que la ballena —susurró.

Ziede cruzó la cubierta con paso lento y mesurado hasta detenerse donde la pudiera ver toda la tripulación inmovilizada. Con los brazos en jarras, miró fijamente a Ashem y Ramad.

—Voy a ir al grano. ¿A quién tengo que despellejar hasta que me digáis dónde está mi esposa?

EL PASADO: LA REUNIÓN

Los ariké son hospitalarios por naturaleza, pero al parecer dividen a su pueblo en tan solo dos géneros, caracterizados por su vestimenta. Me recuerda a las costumbres de los pueblos del mar dispersos por las islas sureñas, pero tengo entendido que ellos no son tan estrictos. Ser ariké debe de resultar muy confuso. Y soy demasiado cortés para preguntar qué opinan ellos de nosotros.

—Libro de viajes de Talon-re, cronista y poeta enalin

En el Patio de los Demonios Cautivos, la lluvia jamás cesaba de caer sobre los demonios encadenados que estaban diseminados por el suelo de adoquines pintados. Ese día no se oía nada más que el goteo del agua.

Cuando lo llevaron allí, Kai había rugido, luchado e intentando romper sus cadenas. Los diminutos eslabones trenzados que le rodeaban las muñecas, los tobillos y el cuello parecían delicados, pero el polvo de diamantes engastado en el metal se combinaba con los diseños de los expositores para retenerlo. El agua le impedía devorarles la vida y no permitía que su cuerpo se curase solo.

Después de los primeros tres días en el Patio, Kai había terminado sollozando y llamando a su Abuela hasta dejarse la garganta en carne viva.

Ahora estaba tan callado como los demás prisioneros; tenía la piel adormecida por la lluvia que le empapaba la ropa y el pelo, y le dolía el cuerpo de intentar mantenerse erguido. Los demonios que se desplomaban empezaban a pudrirse allí mismo; la Gran Obra de los jerarcas había sellado el acceso al inframundo, y no podían regresar a su forma original. Ni siquiera la destrucción de su cuerpo mortal los liberaría.

La lluvia era un manto asfixiante que embotaba los sentidos de Kai y le quemaba el cerebro. Nunca había sentido tanto que era un espíritu dentro de un caparazón muerto; le costaba recordar que en algún momento había sentido calidez en el cuerpo de Enna.

A veces unas sombras se movían en las columnatas iluminadas: los nobles de los jerarcas se acercaban a observar a los prisioneros y regodearse. Pero los únicos mortales que Kai veía entrar en el Patio eran los expositores que se movían entre los cautivos. Venían a buscar a los demonios que caían en un estado próximo a la muerte cuando sus cuerpos mortales fallaban. A algunos se los llevaban; a otros los dejaban allí tirados, pudriéndose bajo el agua. Kai no tenía ni idea de cómo decidían a cuáles dejar o llevarse. Él les gritaba, les rugía, les hablaba, pero los expositores se comportaban como si Kai ya fuera otro bulto de carne inerte.

Cuando una figura se detuvo a su lado, Kai se inclinó lo más lejos que pudo, esperando que lo golpeara con un rompembrujos. Pero entonces alguien se arrodilló junto a él.

Kai giró la cabeza lo justo para verlo a través de la neblina. El recién llegado era un hombre mortal, vestido con un abrigo de brocado dorado y azul sobre una falda blanca. Sus sandalias de cuero enjoyadas ya estaban empapadas.

—¿Me oyes? —susurró—. ¿Puedes hablar? —Kai se estremeció y volvió la cara. Ningún mortal le había hablado directamente desde su captura. Tenía que ser algún truco, un nuevo tormento enfermizo —. Ah, estás vivo. Soy Bashasa de Ariké, actualmente un perro de los jerarcas.

Kai lo miró de soslayo. El mortal Bashasa estaba sentado sobre los talones; tenía el cabello oscuro y rizado, y la piel de un cálido

tono moreno. Bajo sus ricos ropajes se adivinaban unos hombros anchos; su rostro franco sonreía, y eso lo enfureció. De pronto Kai ya no se sentía demasiado muerto como para que todo le diera igual. Se abalanzó hacia la garganta de Bashasa.

Las cadenas lo detuvieron a escasos centímetros de su objetivo. Bashasa se echó hacia atrás y cayó sentado en el pavimento mojado. Ese esfuerzo consumió las pocas fuerzas que le quedaban a Kai. Cayó hacia delante y apoyó los codos en el charco de agua para sujetarse. Se le nubló la vista y todo empezó a darle vueltas.

—¿Probamos con otro? —susurró una voz detrás de Kai.

—No. No, quiero a este. —La fría quemadura de un rompembrujos le tocó la nuca y Kai se sumió en la oscuridad.



Despertó lentamente, en penumbra, con el cuerpo dolorido hasta los huesos y la piel escocida como si le hubieran pinchado con agujas al rojo vivo. Poco a poco fue consciente de que estaba tumbado en algo blando, bajo un toldo gris azulado. No era una tienda de campaña; no olía a caballo ni a cabra, no se oía el bullicio de las conversaciones. Había soñado con los saredíes Kentdessa: corría con Adeni y Varra bajo las gruesas sogas de la estructura exterior.

Al entornar los ojos, las sombras se consolidaron en una pared de piedra y la estructura de una cama con dosel. Kai se giró frenéticamente para ver más, pero estaba solo en esa cama, en esa estancia.

Con un siseo de dolor, Kai se incorporó ligeramente. En el centro del suelo de piedra, rodeado por un escalón, había un hogar con un pequeño fuego que calentaba toda la estancia.

La luz del día, gris y turbia, entraba por un ancho umbral que daba a un patio. Unos sencillos tapices de color azul adornaban las paredes; también había alfombras tejidas en el suelo, unos asientos anchos de madera con almohadones y una jarra con un juego de vasos de esmalte azul junto al hogar. En el patio distinguió la esquina de una fuente seca, asfixiada bajo las malas hierbas.

Todo aquello le resultaba extraño, nuevo y aterrador. Lo único que Kai había visto de los Salones Estivales era el Patio de los Demonios Cautivos; lo habían traído dentro de un saco de cáñamo,

ya inmovilizado con las cadenas y los diseños de expositor que inhibían su poder.

Pero al menos ya no llevaba las cadenas. Estaba lejos del Patio de los Cautivos, lejos de la lluvia; le costaba no sentirse patéticamente agradecido por eso. Todavía tenía el pelo mojado, pero la piel y la ropa, los restos harapientos de los pantalones y la túnica larga que llevaba cuando lo habían capturado, estaban casi secas.

—Ah, estás despierto —dijo una voz. Bashasa, el perro de los jerarcas, entró por el umbral que daba al patio.

Kai se deslizó hasta el frío suelo de piedra y apoyó la espalda en la cama. Esperaba que pareciera que lo había hecho a propósito. En realidad, aún estaba demasiado débil para ponerse de pie, pero no quería que ese mortal lo supiera.

Bashasa se acercó al hogar.

—Te garantizo que aquí nadie te hará daño. ¿Quieres comida, agua, vino? Me han dicho que los de tu especie no necesitan comer, pero me cuesta creerlo.

Kai lo miró sin decir nada. Estaba mareado y el mundo se le antojaba distante, como si siguiera dentro de aquel saco. Ahora que ya no estaba bajo la lluvia incesante, debería ser capaz de drenar vida de nuevo, pero estaba muy débil. Tendría que esperar y aguantar lo que Bashasa pretendiera hacerle hasta que el cuerpo de Enna se recobrara.

Bashasa enarcó las cejas.

—Sé poca cosa sobre tu pueblo, pero quizá más que la mayoría. Los jerarcas dicen que los Reyes del Llano intercambiaban sus muertos por esclavos demoníacos, que sacrificaban niños a cambio de poder. Una práctica blasfema que los jerarcas aprovecharon para instigar a sus leales seguidores a conquistar las Tierras Llanas. —Se sentó en la alfombra para poder mirar a Kai frente a frente.

Bashasa parecía muy seguro para ser tan ignorante. «Reyes del Llano» era el nombre que los mortales de allende las Tierras Fronterizas daban a los clanes saredíes. Bashasa tenía que contar con alguna otra protección en esa estancia. Y por allí cerca había un rompembrujos; el acompañante de Bashasa lo había empleado para sacar a Kai del Patio.

—Pero cuando era niño —continuó Bashasa—, viajé por Erathi,

recorriendo la costa de las Tierras Llanas, y oí algo muy distinto. Que los clanes de los Reyes del Llano intercambian la muerte de un miembro de su clan por un demonio joven, por tener la oportunidad de oír los últimos pensamientos de sus muertos. Que ese joven demonio ocupa el lugar del fallecido y trabaja, lucha e incluso engendra niños. —Bashasa se interrumpió para servirse la bebida de la jarra en un vaso. Fuera lo que fuera, humeaba y olía a bayas rancias y calientes—. Según eso, a mí me parece que no son los Reyes del Llano quienes sacrifican niños a los demonios, sino los demonios quienes sacrifican niños a los Reyes del Llano. Pero también se dice que no existe sacrificio alguno, que solo sirve una muerte natural.

No siempre era natural. Dranegepte, la tercera hermana de Kai, había subido al mundo superior en el cuerpo de un hombre asesinado, y le habían pedido que revelara el nombre de su asesino. Pero quizá para un perro de los jerarcas el asesinato fuera algo natural. Enna había muerto consumida por una enfermedad y Kai no había podido compartir sus últimos pensamientos con la familia hasta terminar de descongestionarse los pulmones. No había sido la mejor forma de despertar, pero le habría gustado quedarse con los Kentdessa para siempre. Debería haberse quedado con ellos para siempre.

Bashasa seguía a lo suyo:

—También he oído que los Reyes del Llano envían a su gente a los reinos inferiores, para que el trato sea justo, con el fin de desposarse con demonios. Quizá ese sea el origen de los rumores sobre sacrificios.

Kai entornó los ojos. Los jerarcas habían quemado el cuerpo mortal de la Abuela, dejándola atrapada para siempre en el inframundo. No creía que Bashasa comprendiera el significado de la palabra «sacrificio».

—¿Entiendes lo que digo? —preguntó de pronto Bashasa con el ceño fruncido por la duda.

—¿Cómo no lo voy a entender? —dijo Kai. La falta de uso convirtió su voz en un graznido. Bashasa hablaba en imperial, el idioma que todos los exploradores avanzados aprendían por orden de las capitanas de los clanes. Era el único nombre que tenía esa lengua, al menos que Kai supiera; según los erathi, eso se debía a

que los jerarcas pretendían convertirla en la única lengua hablada en todo el mundo.

—Ah, bien. —Bashasa bebió un sorbo de su vaso y recuperó su actitud confiada—. ¿He acertado en lo que he dicho?

Kai iba a matar a todos los mortales que pudiera atrapar, aunque los expositores destruyeran el cuerpo de Enna y lo dejaran atrapado en los restos de su carne. Pero si no lo hacían, si lo llevaban de nuevo al Patio de los Cautivos, las cadenas y la lluvia…

—¿Acaso importa?

—Quizá para los jerarcas no. Ciertamente, ellos sabían que sus cuentos sobre demonios sanguinarios y niños sacrificados en piras eran mentiras. Solo quería demostrarte que yo conozco la verdad. Porque tengo una propuesta que hacerte. —Bashasa se inclinó hacia delante—. Ayúdame a destruir a los jerarcas. —Se echó de nuevo hacia atrás y aguardó con gesto expectante.

La mente de Kai seguía atascada en la perspectiva enfermiza y aterradora de regresar al Patio de los Cautivos. No le quedaban recursos para reaccionar a aquello, fuera lo que fuera.

—Vaya, es evidente que no me crees —concluyó Bashasa tras un largo momento de silencio—. ¿Qué puedo decir para convencerte?

Parecía una pregunta sincera. Quizá Bashasa no quería torturarlo. Quizá, sencillamente, era así de estúpido.

—Los jerarcas te han permitido sacarme del Patio de los Cautivos. —Entonces se le ocurrió algo, aunque quizá fuera demasiado enrevesado. La crueldad de los jerarcas no tenía nada de sutil—. ¿No es más probable que quieran que yo te mate?

—¡No, no, lo has entendido mal! Es culpa mía, debería habértelo explicado. —Bashasa agitó la mano que sostenía el vaso, vertiendo un poco de líquido. Posiblemente estuviera un poco borracho—. Los jerarcas no saben que estás aquí. He dejado un cadáver en tu lugar, más o menos del mismo tamaño que tú. —Por primera vez parecía indeciso—. Sé que te parecerá… Te he elegido a ti por eso, porque tenías el tamaño adecuado. Te pido disculpas. Pero planeo liberar a todos los demonios del Patio. Así que, aunque no te hubiera elegido hoy, habrías terminado libre igualmente.

—Hum. —Kai se preguntó si estaba alucinando. O si el que estaba alucinando era Bashasa. Eso parecía más probable—. Los demonios no mueren como… Un cuerpo mortal no tendrá el mismo

aspecto.

—Nos hemos ocupado de eso. —Hizo un gesto con la mano y apartó la mirada—. Y le hemos cerrado los ojos. —Pareció alejar algún pensamiento—. ¡Tardarán en darse cuenta! —continuó con decisión—. No han dado la voz de alarma. Disponemos al menos de unos días. No necesito más. ¿Me ayudarás? —le apremió—. Mi plan es bueno, pero liberar a los demonios del Patio de los Cautivos es el paso esencial. No podemos continuar sin ti.

Si Bashasa estaba tan loco como para decir la verdad, si realmente pretendía liberar a los demás demonios, Kai no podía desaprovechar la oportunidad, por muy estúpida que fuera. Y en cualquier caso todavía tenía que recuperarse antes de poder matar a nadie, así que era mejor seguirle la corriente. Pero cuando Kai le dijo: «Te ayudaré», sintió una diminuta punzada de esperanza en el corazón destrozado de Enna.



Los demás mortales que había allí, criados y guardias de Bashasa, tenían miedo de acercarse a Kai. Cada vez que Bashasa les ordenaba que hicieran algo, perdía la paciencia por lo mucho que tardaban y terminaba haciéndolo personalmente. Así pues, fue Bashasa quien acompañó a Kai a una sala de baño contigua al patio y lo dejó allí, mientras los criados que habían preparado el baño huían de inmediato.

El baño, igual que el hogar, estaba excavado en el suelo de piedra y equipado con grifos en forma de cabeza de pez. La imagen del agua hizo que Kai se estremeciera y se le acelerara la respiración. Pero todavía tenía la piel de los brazos y el pecho manchada de sangre seca de la batalla en la que lo habían capturado. Era sangre de Tahsia, que se había convertido en la capitana de Kentdessa tras la muerte de los demás. Tenía el pelo lleno de sangre y gravilla del pavimento del Patio de los Demonios Cautivos. Y el agua del baño estaba caliente gracias a una caldera que humeaba y tintineaba cerca, y el jabón olía un poco al árbol de la especia roja, aunque era imposible que hubiera alguno cerca de ese lugar. Al final transigió un poco: se sentó al lado del baño, se limpió con una toalla húmeda y metió la cabeza en el agua para

enjuagarse el pelo.

Le habían dejado una bandeja con comida: un cuenco pequeño con pescado de alguna clase, cebollitas verdes, frutos secos y trozos de tubérculos que no conocía. Otro recordatorio de lo lejos que estaba de su hogar. También comió unos pastelitos fritos dulces y bebió agua aromatizada con frutas amargas, echando desesperadamente de menos un poco de leche.

Ya le habían traído ropa, pero Bashasa había rechazado el primer conjunto.

—No, nada de ropa de criada, no es apropiada. —Kai no distinguió el susurro de protesta, pero Bashasa reaccionó con un ruido de fastidio—. Pues saca algo del baúl de mi hermana.

La ropa que le llevaron entonces era de tanta calidad como la de Bashasa, un pantalón ancho, una túnica larga y un abrigo con cinto. El abrigo era distinto de la versión saredí, de tela en lugar de cuero, de mangas más anchas y más largo, pero con unas aberturas laterales para facilitar el movimiento. El color era azul oscuro, con un patrón geométrico blanco en los ribetes. También había unas sandalias de cuero suave. Kai todavía llevaba en el pelo enredado su cinta de cuero gastada y manchada con el emblema del clan Kentdessa, dos diminutos antílopes de madera tumbados y dormidos. Volvió a recogerse el cabello mojado con la cinta, preguntándose si habría más supervivientes de Kentdessa. Si todavía existía algo de su familia mortal, a excepción de la Abuela, atrapada ahora en el inframundo.

Cuando volvió a salir al patio, Bashasa lo esperaba, nervioso e impaciente.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó.

—No —contestó Kai con sinceridad, porque no se esperaba la pregunta—. No me… No.

—Oh. —Era evidente que Bashasa tampoco sabía cómo reaccionar. Se dio la vuelta para conducirlo a un ancho corredor de piedra.

El palacio de los jerarcas era distinto de cualquier residencia mortal que Kai hubiera visto. Había altos pasillos y columnatas de pesada piedra bordeando pequeños patios a cielo abierto, al menos en esa planta. Kai percibía que estaban a cierta altura del suelo.

Las guardias de Bashasa lucían armaduras desconocidas, hechas

principalmente de cuero con refuerzos de malla metálica. Aunque encima llevaban abrigos de algodón de colores vivos y fajines, las prendas estaban un poco ajadas, con indicios de reparaciones más o menos descuidadas. Algunas parecían un tanto jóvenes para ser guerreras entrenadas; otras, demasiado mayores. Muchas tenían cicatrices, una cojeaba y otra era manca.

—Esta es una sección de los Salones Estivales de los jerarcas reservada para rehenes de las tierras que han conquistado —le explicó Bashasa—. Estamos aquí para divertimento de los noblesirvientes de los jerarcas, que proceden del lejano sur, como sus reclutas. En los patios colindantes se alojan otros príncipes herederos ariké con sus familias o dependientes, procedentes de las ciudades-Estado de Ariké, que solían ser libres antes de que nuestros gobernantes, los jerarcas, pusieran su mirada codiciosa sobre ellas. A mí me trajeron aquí como rehén para garantizar la lealtad de mi familia y mi ciudad, Benais-arik.

—Entonces a vosotros no os exterminaron —dijo Kai.

—De momento. —Bashasa se encogió de hombros—. Persuadieron a un primo mío para que asesinara a mi tía, que era la oradora de la asamblea de nuestra ciudad, y tomó el poder en un sangriento golpe de Estado. Después los jerarcas, asegurando que estaba loco, nos hicieron el favor de asesinarlo e instalaron a otro de mis primos como regente y a un sirviente de los jerarcas como su solícito consejero. Ahora somos lo que se llama un Estado satélite, es decir, que pueden quitarnos cuanto les plazca y nosotros fingimos que nos parece bien para que no nos maten.

Y tú vives en un palacio, pero todos mis mortales han muerto, pensó Kai, pero no dijo nada.

Llegaron hasta una puerta custodiada por una guardia, pero era una guardia distinta de las demás. Era una mujer alta, que le sacaba una cabeza a Bashasa y a los demás ariké, con el cabello rubio claro, muy corto y erizado, como si se lo hubiera cortado drásticamente hacía poco. La piel de la cara y las manos tenía una palidez artificial, como si jamás le hubiera dado el sol. Llevaba una coraza de metal liso debajo de un abrigo de cuero largo y sencillo. La camisa y el pantalón, de color claro, parecían prendas de interior, pero las botas hasta la rodilla estaban gastadas y manchadas.

—Ah, Tahren —dijo Bashasa—. ¿Ha pedido alguna cosa?

—No. Prefiere no comunicarse conmigo, y es comprensible. —Tahren miró a Kai con el ceño fruncido—. Es el demonio del Patio de los Cautivos.

—Soy consciente. —Bashasa le mostró una sonrisa forzada—. Ya conocías mis planes.

Kai levantó la cabeza para mirar a Tahren y le enseñó los dientes. Los dientes puntiagudos eran un rasgo del inframundo, una alteración del cuerpo de Enna como los ojos totalmente negros. Tahren no era una mortal; rebosaba poder de una fuente que Kai no veía, un poder que recorría su cuerpo como un torrente. Entonces lo reconoció.

—Eres una mariscal inmortal.

Tahren se puso todavía más seria.

—Lo fui —dijo con una voz totalmente carente de emoción.

Kai sintió un ardor subiéndole por la espalda. Creía que ya no podía sentir nada, pero sí, todavía era capaz de sentir una rabia amarga e hirviente. Los saredíes apenas sabían nada de los benditos inmortales antes de que los jerarcas atacaran la costa de Erathi. Tan solo habían oído historias delirantes sobre unos poderosos seres que volaban por el aire montados en carromatos de oro. Pero después se habían topado con los mariscales inmortales que luchaban del lado de los jerarcas, y entre los fronterizos había empezado a correr el rumor de que los benditos inmortales se habían aliado voluntariamente con los invasores, entregándoles sus guerreros y su poder a los jerarcas a cambio de la protección de sus tierras.

—¿A cuántos saredíes mataste?

El ceño liso de Tahren se arrugó, lo justo para resultar perceptible.

—A ninguno, que yo sepa. —Un momento después, añadió—: A mí no me enviaron a esa región.

Bashasa le puso una mano en el brazo a Kai.

—Vamos, aquí todos somos prisioneros de los jerarcas, de un modo u otro. Lo último que debemos hacer es pelearnos entre nosotros —le dijo con delicadeza.

Kai se quedó mirando la mano posada en su brazo y empezó a pensar que tal vez Bashasa no estaba tratando de manipularlo astutamente. Tal vez lo que ocurría era que estaba enfermo, mal de

la cabeza, que no era del todo consciente de sus acciones. Al levantar la mirada, se dio cuenta de que Tahren estaba pensando lo mismo.

Ningún mortal que no fuera saredí tocaba voluntariamente a un demonio; a Kai no lo había tocado ningún otro mortal desde que había despertado en el mundo superior. Sin contar a los legionarios de los jerarcas a los que había matado con sus manos desnudas.

Aparentemente ajeno a lo que pasaba, Bashasa continuó:

—¿Te importa abrir la puerta? Creo que será más sencillo que lo hablemos todos juntos.

La expresión de Tahren daba a entender que no creía que fuera a ser en absoluto sencillo, pero llamó a la puerta con los nudillos y la abrió.

La estancia tenía forma octogonal, con unas ventanas verticales estrechas y muy altas. Había otra cama con dosel, otro hogar a ras de suelo y más alfombras, pero lo que captó la atención de Kai fue la mujer que flotaba a casi tres metros de altura.

Estaba sentada en el aire, con las piernas cruzadas bajo el cuerpo. Su piel morena era más oscura que la de Bashasa y los demás ariké; lucía un sol dorado pintado en la frente ancha, llevaba los ojos y los labios pintados de dorado y el cabello recogido en docenas de trenzas y enrollado alrededor de la cabeza. Vestía una túnica estampada de manga larga de color marrón y rojo, unos bombachos con los tobillos atados y un tabardo ceñido a la cintura. Kai no se creyó la relajación que transmitían sus ojos cerrados; su cuerpo tenso estaba preparado, alerta. Y por primera vez desde que lo habían encadenado en el Patio de los Demonios Cautivos, Kai dejó de sentirse medio muerto.

Sabía reconocer a una bruja cuando la veía. No se parecía en nada a los brujos de las Tierras Fronterizas, pero era una bruja.

Bashasa tosió.

—Quiero presentarte a alguien, hermana.

—No me llames así. —La bruja abrió los ojos. Su mirada oscura se posó primero en Kai. La bruja sabía lo que era, igual que él la había reconocido a ella—. ¿Has elegido a un demonio en el cuerpo de una niña?

—No me has dicho cómo llamarte —replicó Bashasa con voz tensa—. Y es una muchacha.

—Soy un príncipe de la Cuarta Casa del inframundo —le corrigió Kai mientras miraba a la bruja—. Y la difunta Enna de la tienda de los saredíes Kentdessa.

Bashasa se dio la vuelta para mirarlo, sobresaltado.

—¿Un príncipe?

—No me lo has preguntado —dijo Kai sin dejar de observar a la bruja.

—Serás idiota —le dijo la bruja a Bashasa. Volvió a mirar a Kai, extendió las piernas y descendió hasta el suelo. Era alta; no tanto como Tahren, pero casi. Si todos los suyos eran como ella, era comprensible que creyera que el cuerpo de Enna era el de una niña. Enna había sido un poco baja incluso para una saredí, pero su cuerpo había terminado de desarrollarse antes de que lo abandonara—. Yo soy Ziede Daiyahah. ¿Cómo te llamas en este nivel del mundo, Cuarto Príncipe?

—Kaiisteron. Kai —contestó él.

La mirada de Bashasa iba de Kai a Ziede.

—Pido disculpas por el malentendido.

—Cuando los Reyes del Llano convocan a un demonio para sus fallecidos, no se molestan en hacer coincidir la edad ni el género. Pero sí el rango —explicó Ziede, antes de dirigirse a Kai en saredí —. ¿La difunta Enna procedía de un linaje descendiente?

Su acento les daba a sus palabras un deje curioso, pero Kai la entendió igualmente. Contestó en el mismo idioma:

—A través de nuestra antepasada mortal, que se desposó con el heredero de una soberana de la Cuarta Casa para sellar el pacto de las Tierras Llanas con el inframundo. —No pretendía decirlo, pero le salió de todas formas—: Ahora está atrapada en el inframundo, porque incineraron su cuerpo mortal. ¿Tú también estabas prisionera aquí?

—No. Era maestra de los conventos de las montañas de las islas Khalin. Es la asamblea bruja más antigua del continente sur. O más bien lo era. Los mataron a todos, claro, cuando los electores de Khalin se rindieron. A mí me habían enviado a una misión de exploración y espionaje, y cuando me enteré de la noticia vine a esta ciudad, esperando encontrar alguna forma de… hacer daño. Fuera como fuera. —Miró a Bashasa y continuó hablando en imperial—: Me enteré de que había un hombre en el palacio que

buscaba brujos. Lo localicé con la intención de matarlo, pero primero le escuché… y aquí estoy.

—Y qué suerte tenemos de que estés con nosotros —dijo Bashasa, aparentemente serio.

Ziede le hizo señas con un dedo a Kai, que se acercó. La mujer le dio la mano; tenía la piel cálida. Kai pudo percibir el inframundo en sus venas. No palpitaba igual que en las suyas, pero era la primera sensación familiar desde hacía siglos, desde hacía una eternidad. Quiso abrazarse a ella y echarse a llorar sobre su pecho.

—¿Los demás demonios que están prisioneros aquí te harán caso?

Kai podía mentirle, pero no tenía sentido. Estaba más muerto que vivo desde que la gran tienda de Kentdessa había sido pasto de las llamas, desde que había perdido el acceso a su cuerpo del inframundo. Ahora vivía de prestado.

—No lo sé. Pero me harán más caso que a cualquier mortal.

Ziede asintió.

—Entonces podría salir bien —le dijo a Bashasa.

—Estupendo. —Bashasa carraspeó y se volvió hacia Tahren—. Esta es Tahren Stargard, llamada la Caída, que ha accedido a ayudarnos.

Ziede miró a Tahren con un desdén afilado cual cuchilla.

—¿Ayudarnos? ¿En lugar de ceder a su tendencia natural a asesinarnos?

—Esa tendencia no es natural —repuso Tahren, logrando parecer al mismo tiempo aburrida y profundamente incómoda.

Una leve arruga apareció entre las cejas de Ziede.

—¿Esperabas intimidarme con eso?

Tahren clavó la mirada en la pared del fondo.

—No.

—Tengo una condición —dijo entonces Kai. Captó la atención de todos de inmediato—. Tenéis un rompembrujos aquí. Tal vez más de uno. —Cuanto más hablaba Tahren, más seguro estaba Kai de que ella era la persona que había ido con Bashasa al Patio de los Demonios Cautivos, la que había usado el rompembrujos para dejarlo inconsciente—. Destruidlos. —Sabía que no lo harían. Los rompembrujos eran la forma más eficaz de incapacitar a un demonio en combate cuerpo a cuerpo; era su único medio para

mantener a Kai bajo control.

Se hizo un largo silencio. Tanto Bashasa como Ziede observaban a Tahren, expectantes. Entonces Tahren enarcó las cejas fugazmente; parecía ser su versión del gesto de encogerse de hombros. Sacó un bastón de madera, largo y negro, del bolsillo interior del abrigo y lo partió por la mitad. Al liberarse, el poder del arma produjo un leve soplo de aire y una vibración que Kai sintió en los huesos.

—Este es el único que hay —dijo Tahren.

Ziede suspiró y se cruzó de brazos. Bashasa sonrió.

—Ahora que todos nos llevamos bien, os voy a contar cuál es el plan.

CINCO

—Los asesinatos para luego, Ziede —dijo Kai—. Hay que ponerse en marcha.

El aire ya estaba todo lo claro que iba a estar en el estrecho de Gad-dazara. Ya se volvían a ver los picos de las islas, recortados contra el cielo teñido de ceniza, y las olas que lamían las masas oscuras de roca volcánica. Kai se sentía demasiado expuesto; con la suerte que tenían, uno de esos volcanes entraría en erupción de un momento a otro.

Ziede observaba a Ashem y Ramad con las mandíbulas apretadas.

—¿Fueron ellos? —preguntó sin apartar la vista—. ¿Ellos nos hicieron esto?

La mirada atónita de Sanja iba de Ziede a Kai. Él se acomodó en los cojines del diván y fingió que se trataba de una conversación trivial.

—No lo sé. La líder de cohorte Ashem dice que están aquí en contra de su voluntad. El vanguardista Ramad asegura que Bashat le encargó buscar a Tahren al ver que no había llegado a Benais-arik, y que dos individuos sospechosos le llevaron hasta Aclines.

Se había asegurado de levantar la voz para que le oyeran abajo.

—Ramad, serás traidor —gruñó alguien desde la cubierta

inferior, en el dialecto ariké de las tierras bajas; quizá creía que Kai y Ziede no lo entendían.

También lo han olvidado, pensó Kai de nuevo. Eso era lo que le dolía. *Nosotros estuvimos allí. Seguro que lo saben, ¿no?*

La respuesta de Ashem fue una elocuente mueca de desagrado. Respondió a la voz de abajo:

—Idiota, ahora ya saben quién eres. Queríamos usarte para negociar.

Ramad ignoró la interrupción.

—Aunque no os fieis de nuestra palabra —dijo en tono conciliador—, sois conscientes de que los remeros son cautivos inocentes.

Ziede exhaló despacio, conteniendo su enfado.

—¿Los remeros?

—Están vivos, convertidos en un pozo de poder —le explicó Kai. Tenía que decidir lo que hacía al respecto—. Aclines también llevaba a una familiar a bordo.

Tenes, que les había estado escuchando, salió del camarote principal, temblando. Se había quitado el collar enjoyado y ahora llevaba ropa de verdad en lugar de las tiras de seda que el expositor la había obligado a vestir: una túnica larga y una falda dividida de hombre, seguramente sacadas del armario de Aclines. Se acercó a Ziede y se sentó a sus pies.

Ziede le enseñó los dientes con fastidio.

—Levanta. ¿Cómo te llamas?

—Es la hermana Tenes —le informó Kai mientras esta se ponía de pie—. Aclines le arrebató la voz y la memoria hasta el momento en que la subió a bordo.

Las oleadas de ira que emanaba el cuerpo de Ziede eran prácticamente visibles.

—Ponte allí, Tenes —le ordenó con los dientes apretados.

Tenes se apresuró a sentarse al lado de Sanja, recogiendo las piernas sobre los almohadones. Kai inclinó la cabeza hacia atrás y soltó un lamento, un gesto teatral aunque no del todo fingido. Iba a tener que desmantelar parcialmente el pozo de poder de la cubierta de remos. Si lo liberaba todo de una vez, muchos de esos mortales podrían morir de forma instantánea. Además, los que sobrevivieran necesitarían comida y agua, y Kai dudaba de que hubiera

suficientes suministros a bordo. Incluso podían terminar atacando a sus rescatadores, presas del pánico o temerosos de las historias acerca de los brujos, o del propio Kai, que les habían metido en la sesera. Podían morir muchos antes de que el barco llegara a puerto. Sería más seguro para todos que Kai fuera aflojando gradualmente el poder que los drenaba, para sumirlos en un estado de sueño y suspensión.

—Ziede —dijo.

A través de su perla del corazón, añadió: *Tenemos que irnos. Si aparece otro barco con un pozo de poder lleno de mortales capturados, me voy a volver loco. Aún no sé lo que voy a hacer con los que tengo ahora*.

Ziede maldijo entre dientes y levantó las manos.

—Que desplieguen las velas.

Kai se lo tomó como un sí.

—Líder de cohorte Ashem —dijo entonces—, haré todo lo que pueda para liberar a los mortales de la cubierta de remos, siempre y cuando cooperéis y no intentéis atacarnos.

Ashem titubeó mientras lo miraba.

—Creo que podemos fiarnos de la palabra de Kaiisteron —apuntó Ramad—. Y además es nuestra única opción —añadió secamente.

Ashem le echó una mirada asesina a Ramad, pero transigió.

—Libera a las demás personas de cubierta de esta… —señaló la red de humo que le aprisionaba las piernas— lo que sea, y mi escolta llevará el barco donde quieras.

—Salvo a esos dos —añadió Ramad. Se giró con torpeza, porque no podía mover los pies, y señaló a dos hombres: al que había insultado a Ramad en ariké de las tierras bajas y a otro que estaba cerca del primero. Seguramente Kai habría sido capaz de distinguirlos sin su ayuda. Eran mayores que las demás personas de la cubierta y sus ropas de viaje eran de mejor calidad. El vocinglero miró con rabia e impotencia a Ramad, mientras que el otro desvió la vista.

Si Ziede seguía así, se iba a fracturar la mandíbula.

—Basta con que desplieguen las velas —dijo mientras movía las manos en ángulos muy precisos para recoger los hilos del conjuro de Kai. La red de humo de la cubierta inferior se infló un momento

y luego se disipó. Ya libres, los mortales de la cubierta se tambalearon o estiraron las piernas con alivio. Todos salvo los dos hombres del expositor. Y Ramad y Ashem, que seguían cubiertos de humo de rodillas para abajo en la cubierta superior.

Ramad no parecía sorprendido. Ashem torció el gesto, pero en lugar de protestar se giró para hablar con su escolta y darles instrucciones en ariké de las tierras bajas. Les dijo que obedecieran las órdenes de Ziede, y que no tuvieran miedo ni se resistieran.

Ziede permaneció quieta como una estatua mientras la escolta trepaba por las jarcias. La mayoría parecían ariké o enalin, aunque había unos pocos isleños, algo ya habitual en una escolta del Mundo Emergente de los alrededores de Benais-arik. Todas las ariké eran mujeres, una tradición militar que se mantenía. Llevaban el atuendo clásico: túnica larga y pantalón holgado debajo de un peto y un espaldar de cuero ligero. Los demás lucían estilos más variopintos, y unos pocos llevaban sayas enalin con aberturas laterales para facilitar el movimiento. Las prendas enalin no distinguían entre géneros, a diferencia de la ropa tradicional ariké. Después de la guerra, algunos ariké la habían adoptado por ese mismo motivo. Todos los miembros de la escolta eran claramente soldados veteranos: la ropa se veía usada y descolorida, y el cuero, desgastado.

También resultaba evidente que la mayoría ya había manejado barcos grandes; desplegaron las velas sin apenas darse voces y sin que nadie se cayera de las jarcias. Las grandes velas de lona, teñidas de rojo, lucían gigantescos símbolos solares pintados de dorado. Kai soltó un resoplido; iban a emprender la huida en el barco más llamativo que había en el mar.

Sanja observaba a Tenes con curiosidad y recelo.

—¿Quién es? —le preguntó a Kai.

—Es una bruja, pero el expositor muerto que hay en la cubierta la capturó y la convirtió en su familiar. Ahora ya es libre. —Tenes parecía joven, pero no siempre era fácil determinar la edad de los brujos fronterizos. Aunque también era posible que procediera de alguno de los linajes brujos que habían seguido a Bashasa hasta Ariké.

Sanja contempló al expositor con desagrado.

—¿Es lo que Menlas iba a hacerte a ti?

—Exactamente.

Tenes se inclinó hacia delante y le preguntó por señas cómo se llamaba Sanja. Cuando Kai se lo dijo, la niña trató de imitar el lenguaje de signos de Tenes.

—¿Esto es igual que hablar? ¿Cómo se hace? En mi banda también nos hacíamos señales con las manos, pero no eran palabras. —Se entretuvieron enseñándole a Sanja los rudimentos de la lengua bruja.

—Si me liberas, puedo pilotarlo yo —dijo Ashem cuando el barco estuvo listo para zarpar. Ramad, que parecía conocer mejor a Kai y Ziede que ellos a él, no dijo nada.

Ziede ni se molestó en lanzarle a Ashem una mirada de desdén. Tiempo atrás había pilotado muchos barcos pequeños alrededor de las islas Khalin, y también había comandado naves más grandes. Extendió las manos e invocó de nuevo a los diablos de viento.

¿Rumbo a Avagantrum?, le preguntó a Kai en silencio.

Puesto que todavía no sabían dónde estaba Tahren, esa era la única opción. Aunque era posible que al hacerlo estuvieran alejándose cada vez más de ella. *Sí. Por ahora.*

Las velas chasquearon al llenarse de aire. Kai se puso de pie. La ropa ya casi se le había secado y tenía que ponerse a trabajar.

Primero registró los cuerpos cada vez más fríos de Aclines, su aprendiz y su guardaespaldas. Apartó varias cosas para examinarlas más tarde y echó por la borda algunos objetos que contenían intenciones potencialmente peligrosas. Después se puso a revisar los compartimentos en los que se dividía el camarote de la cubierta principal. Tenes encontró la caja de mapas del barco y se la llevó a Ziede. Sanja ayudó a Kai en su tarea y este le enseñó qué debía buscar y con qué debía tener cuidado.

Tan solo cinco de los compartimentos cortinados del camarote habían estado ocupados, así que no tardaron mucho. Aclines no había dejado ningún práctico diario que explicara sus planes, ninguna carta para sus amos, ningún documento que incriminara a Ashem y Ramad como cómplices de la conspiración. Pero tal vez esa clase de cosas solo las hacían los villanos de las novelas románticas de Ariké o los poemas épicos de Enalin.

Kai echó un vistazo al lujoso cuarto de baño de la cubierta de servicio de abajo. Contaba con bañeras que podían llenarse de agua

bombeada directamente de la cisterna del barco, así que aprovechó la oportunidad para meter la cabeza debajo de un grifo y lavarse rápidamente el pelo para quitarse la sal. La cocina era pequeña, diseñada para alimentar únicamente a los benditos inmortales que ocupaban el camarote de popa, pero estaba abarrotada de alimentos secos como lentejas, garbanzos y mijo, además de una buena reserva de dátiles e higos frescos. Eran provisiones para los ariké y demás habitantes del sur y del este, no la clase de comida que preferían los benditos inmortales.

Aclines no tenía aspecto de ariké, pero en la actualidad, después de dos generaciones de refugiados reasentándose, comerciando y viajando, eso no significaba que no hubiera nacido en esa región. Además, la comida, la ropa y las costumbres ariké siempre habían sido populares en el sudeste, incluso antes de la aparición de los jerarcas, pero ahora se habían difundido a lo largo y ancho de la alianza del Mundo Emergente.

Concluida esa parte del registro, Kai mandó a Sanja con Ziede para que la bruja tuviera un par de ojos más vigilándole la espalda, y también para que le llevara cualquier cosa que le hiciera falta. En el camarote de popa, lejos de Ramad y Ashem, Kai habló por señas con Tenes: *¿Aclines nos mencionó a mí o a Ziede en alguna ocasión?*

Decía que quería encontraros antes que nadie, contestó Tenes. En Scarif, cuando subimos a este barco, me obligó a ayudarle a crear la intención para seguir a la bestia cazadora. Se refería a la amalgama que la ballena caracolada había destruido.

¿No se jactaba de haber sido él quien nos había capturado?, preguntó Kai. Tenes negó con la cabeza. Eso no quería decir mucho: obviamente había secretos que Aclines había querido ocultarle a su familiar; por eso le había arrebatado sus recuerdos más antiguos. *¿Alguien mencionó a un expositor llamado Menlas?*

Tenes respondió con otra negativa y se tocó la cabeza para recordarle a Kai su memoria perdida. Él se mordió el labio mientras pensaba en una pregunta mejor. *¿Te dio la impresión de que Aclines poseía este barco desde hacía tiempo, o subió a él por primera vez en Scarif?*

Yo lo vi por primera vez fondeado cerca de Scarif, antes de

que fuéramos al puesto avanzado ariké para secuestrar a todos esos mortales. Titubeó y echó un vistazo alrededor del camarote con el ceño fruncido. *Pero estoy segura de que yo ya había estado aquí antes. Cuando me ordenó preparar algo de comer, supe encontrar enseguida las cosas en la cocina*.

—Hum —dijo Kai en voz alta. Para haber navegado hasta Scarif, el barco requería un bendito inmortal o una tripulación mortal. O también, sospechaba Kai, otro pozo de poder hecho de mortales encerrados en la cubierta de remos, a los que Aclines ya había consumido hasta matarlos para después arrojarlos por la borda, antes de capturar a la cohorte del Mundo Emergente para sustituirlos. La respuesta más obvia era que un bendito inmortal le había entregado el barco a Aclines en Scarif y luego se había marchado. Pero que fuera la respuesta más obvia no significaba que fuera la correcta. Kai lo dejó estar por el momento y le indicó a Tenes por señas que lo acompañara. *Ven, ayúdame a registrar el resto del barco*.

Tenían que registrar los camarotes secundarios de la cubierta inmediatamente inferior. En una travesía normal, allí se habrían alojado los benditos menores que viajaran a bordo. Aclines había metido allí a la escolta de Ashem, lo cual tenía sentido si era verdad que los habían reclutado en contra de su voluntad. O quizá Aclines solo había sido un arrogante que no quería compartir el lujoso camarote de popa con la vulgar soldadesca.

La cubierta de servicio bajo el camarote de popa no estaba conectada directamente con los camarotes secundarios de proa; Kai podría haber cruzado de nuevo la cubierta de remos para subir desde allí, pero no quería que Tenes tuviera que exponerse todavía más a esa energía. Así que los dos bajaron las escaleras hasta la cubierta inferior y se abrieron paso entre la escolta encerrada.

Ashem y Ramad seguían atrapados en la red del conjuro, y Ziede había reforzado las ataduras de los dos seguidores supervivientes de Aclines: ahora tenían los brazos sujetos por delante con más aire sólido. Después de desplegar las velas, los soldados habían bajado de las jarcias y ahora estaban sentados en cubierta o asomados a la amurada. Nadie se movió ni dijo nada al paso de Kai y Tenes; casi todos desviaron la mirada o intentaron observarlos con disimulo. Ashem los ignoró por completo. Ramad fue el único que se giró

para mirarlos.

Una escotilla daba acceso a los camarotes secundarios. La estrecha escalera seguía bajando hacia la cubierta de remos y la bodega. Kai selló esa entrada con un pequeño conjuro para que nadie pudiera subir al camarote de popa desde allí abajo. La zona ya apestaba a carne putrefacta por las intenciones y diseños en descomposición del expositor muerto. Kai se acercó a olisquear el marco de madera pulida de la puerta y detectó una maraña de intenciones diseñadas para vigilar a la tripulación cuando no pudieran verla. Obra del aprendiz, seguramente. Aclines era mucho más poderoso y sus obras más complejas habían sobrevivido a su muerte, adoptando una vida espiritual propia.

Tenes observó atentamente a Kai mientras este extraía las protecciones y alarmas. La bruja frunció un poco el ceño al ver que se hacía un corte en el brazo para obtener una chispa de dolor con la que dar energía al sello; no entendía su técnica. Tenes no le pidió explicaciones ni Kai se las ofreció.

Los camarotes secundarios, más pequeños y sin ventanas, estaban diseñados para alojar a varios ocupantes, pero el nivel de comodidad era similar. Aunque los benditos inmortales se consideraban superiores a sus primos, los benditos menores, también consideraban que los benditos menores estaban muy por encima de los mortales comunes, para los que estaba prohibido pisar siquiera uno de sus barcos.

Las camas eran estrechas, pero tenían sábanas suaves, colchas de seda y cortinajes vaporosos para mayor intimidad. Las habitaciones se ventilaban mediante un sistema de diminutos respiraderos redondos que renovaban el aire gracias al viento y el movimiento del barco. Había un cuarto de baño, más pequeño y peor equipado que el que estaba bajo el camarote de popa, y una cocina más amplia y con más reservas de comida. Todo indicaba que la escolta empleaba un brasero para cocinar; seguramente Aclines no se había molestado en gastar el poder necesario para hacer funcionar el fogón de los benditos, un bloque de piedra con placas de metal.

Eso también respaldaba la versión de los hechos de Ashem y Ramad, al menos la parte relativa al súbito reclutamiento de la tripulación. Allí abajo no había prácticamente nada que no estuviera previamente en el barco: no había mudas de ropa, ni

peines o aceites capilares, ni maquillaje o medicamentos, ni papel o útiles de escritura, ni libros o fichas de juego; nada que un soldado a punto de emprender un viaje quisiera llevar consigo. Tampoco había rompembrujos escondidos, venenos ni dispositivos con intenciones para enviar o recibir mensajes o dejar un rastro fácil de seguir. No había ninguna clase de arma.

El registro de la popa ya le había confirmado que Aclines y sus secuaces habían cargado suministros para una travesía extensa. Y Aclines llevaba un cofre lleno de material de escritura e ingredientes para diseños complejos: planeaba pasar bastante tiempo a bordo.

Terminada la búsqueda, Kai y Tenes volvieron a subir a la cubierta. La brisa era fresca y el cielo seguía encapotado, pero hacia el norte empezaba a verse el color azul. El barco ya había salido del estrecho, alejándose del humo y la neblina de Gad-dazara; a estribor, las islas oscuras se iban encogiendo. El barco de los benditos inmortales era mucho más veloz que la pobre ballena caracolada, que iba con sobrecarga.

Cruzaron de nuevo la cubierta en silencio, bajo la mirada de la escolta; el viento agitaba el cabello todavía húmedo de Kai. Se detuvo en los escalones para hablar con Ashem.

—Ordena a todo el mundo que vaya abajo, salvo a los que necesite Ziede. —Tenes ya había llegado a la cubierta superior y estaba al lado de Ziede. Para comprobar si Ashem o Ramad lo atacaban, Kai deshizo la red de conjuros que les inmovilizaban los pies—. Vosotros también.

Ashem dio un paso atrás despacio, procurando no hacer movimientos bruscos. Se dio la vuelta, descendió los escalones hasta la cubierta inferior y se dirigió a su escolta. Dejó a varias personas de guardia y ordenó a los demás que bajaran.

Ramad se volvió hacia Kai.

—Yo prefiero quedarme arriba si me lo permites. —Sin esperar a que respondiera, se sentó en el primer escalón.

Ramad era vanguardista; quería recabar información. Cuando Kai regresó a la cubierta superior, Ziede le echó una mirada inquisitiva. Sanja estaba de pie en el diván, agarrada a un cabo y contemplando las islas que mermaban a lo lejos. El viento natural se había levantado un poco, pero Ziede seguía manejando plenamente

el barco con sus diablos de viento. Lo más seguro era que tuviera a varios controlando la dirección del barco y a otros dormitando en las velas para mantenerlas hinchadas.

—¿Te importaría taparte un poco? —le preguntó Ziede.

—¿Tú crees que he tenido tiempo para eso? —protestó Kai. La túnica húmeda y las calzas todavía se le pegaban a la piel. Bajó la voz—. Voy a intentar detener el pozo de poder y aletargar a los remeros.

Ziede inspiró hondo, pero no protestó.

—Ten cuidado.

Kai se dirigió al camarote de popa y le dijo a Tenes, que iba detrás de él, que se asegurara de que no entrara nadie. Ella le indicó por señas que lo había entendido y se sentó en el suelo, al lado de la escotilla.

Kai escogió una de las habitaciones que no había ocupado nadie y se sentó en la alfombra de seda anudada. Solo había una cama, más grande que las de los camarotes secundarios, con una cortina vaporosa que protegía las sábanas del viento salobre que entraba por la ventana abierta. En la pared había unos armarios que formaban parte de los paneles decorativos tallados en forma de símbolo solar, y un cofre que olía a artemisa. Kai había revisado todos los compartimentos de almacenaje para asegurarse de que no hubieran colocado una trampa escondida ni se hubieran dejado nada interesante.

¿Cómo ha podido terminar este barco en las inmundas manos de un expositor?, pensó Kai. Intuía que la respuesta a esa pregunta explicaría buena parte de lo que había ocurrido.

Si los benditos inmortales habían hecho un trato con Aclines, sin duda uno de ellos había tenido que viajar a bordo para proteger y pilotar el barco. No se veían señales de lucha; si Aclines hubiera tenido que enfrentarse a un bendito inmortal y malherirlo para obligarlo a regresar al Pozo de Thosaren, habrían destrozado aquellas preciosas habitaciones de madera y metal.

Aclines había tenido tiempo para llenar el barco de suministros para mortales; había incluso jabones y aceites en el cuarto de baño de popa. Por tanto, el expositor contaba con utilizarlo durante bastante tiempo. *Y no le preocupaba que lo persiguieran por haber secuestrado a una cohorte del Mundo Emergente*. ¿Quizá porque le

habían concedido permiso para llevársela? ¿O porque creía que nadie iba a relacionar la desaparición con él? Quizá el barco había sido la recompensa de Aclines por participar en la conspiración.

Así que seguían exactamente donde habían empezado: traicionados por alguien poderoso del Mundo Emergente, alguien con aliados entre los benditos inmortales que podían obtener aquel barco sin repercusiones.

Con un poco de suerte, los seguidores de Aclines que seguían con vida sabrían más.

Kai no podía rasgarse la piel con las uñas tan cortas de su cuerpo nuevo, así que tuvo que emplear su cuchillo para sacarse sangre y escribir con ella la palabra «revelación» en saredí en la cubierta de madera. Eso le ayudaría a orientarse por la intención del expositor y tener un foco al que regresar. Después tomó aire, lo soltó y hundió su consciencia en la atmósfera de abajo, buscando la compleja red de diseños e intenciones que controlaba el pozo de poder.

Los expositores no extraían el poder del dolor de su propio cuerpo, como hacía Kai, ni forjaban relaciones con los espíritus inherentes a los diversos niveles del mundo, vivos o no, como hacían los brujos. Los expositores obtenían su poder de la vida: vida nueva, vida robada o vida al borde de la muerte. Por eso eran tan peligrosos, por eso los motivaba la avaricia. Por eso su poder era tan susceptible a la capacidad de un auténtico demonio de drenar la vida de cualquier cosa que estuviera o hubiera estado viva. Pero eso los saredíes lo habían comprendido demasiado tarde.

Sin embargo, esa misma afinidad con la vida robada permitió que la consciencia de Kai siguiera las cadenas de la obra de Aclines hasta la cubierta de remos, para examinar la delicada intención que unía a todos esos mortales. Eso los mantenía suspendidos para que Aclines se alimentara de ellos, como habría hecho una avispa con una oruga atrapada.

Kai tuvo que seguir cada hilo por separado para llegar a comprender la estructura general. Una vez que encontró el diseño que drenaba a las víctimas y conducía ese poder hasta su creador, lo deshizo. Dejó intactos los vínculos que mantenían a los mortales en suspensión, sin necesidad de alimento ni agua, pero desvió algo de poder hacia una ramificación inactiva que reducía la percepción de los remeros de su propia situación. De ese modo, la experiencia se

parecería menos a una pesadilla en vida y más a un sueño reparador.

Cuando estuvo seguro de haber terminado, Kai se elevó y regresó a la tierra. Cuando abrió los ojos, la habitación estaba a oscuras. La cubierta se balanceaba al ritmo de unas olas más fuertes; el cielo que se veía por la solitaria ventana se estaba tiñendo de púrpura. De pronto empezó a marearse; había sido un trabajo complejo y delicado y ya hacía mucho que había devorado a aquel aprendiz. Kai se tumbó en la alfombra, se acurrucó y se quedó dormido.

SEIS

Cuando una luz en los párpados lo despertó, Kai esbozó una mueca. Supo dónde estaba por el balanceo del barco, aunque notaba el cerebro lento, como empapado de agua. Distinguió la silueta de Sanja frente a él, con una lamparilla de barro en la mano.

—Sí, está vivo —le dijo a alguien.

Kai se incorporó y se apartó el pelo de la cara. Seguía en el suelo del camarote, pero le habían puesto un almohadón bajo la cabeza y echado una colcha por encima.

—¿Qué?

—Y ahora está despierto —añadió Sanja por encima del hombro.

—¿Has comido? ¿Ziede necesita descansar? —preguntó Kai, frotándose los ojos. Invocó a un enjambre de diablillos que revolotearon por la habitación antes de salir a la zona principal del camarote, bañando las superficies de madera pulida y oro con un tenue resplandor blanco.

—Ziede está bien. La tripulación ha preparado dal de lentejas y no ha intentado envenenarnos ni nada. —Sanja pellizcó la mecha de la lámpara para apagarla. Llevaba una túnica nueva, con las mangas enrolladas a su tamaño, y el cabello peinado en pulcros tirabuzones —. Ziede dice que por fin el viento sopla en la dirección correcta y puede dejar que los monstruos de aire lleven el barco durante un

rato. Quiere que averigües lo que sabe ese par, la líder de cohorte y el espía, y también los otros dos.

—Claro. —Kai se puso de pie—. Dame un momento y luego le dices a Ziede que los haga pasar.

Sanja se marchó. Alguien le había dejado ropa extendida sobre el cofre de la pared. Kai se puso la túnica de manga larga con falda dividida de color azul oscuro y se la ciñó con su cinturón lleno de arañazos y manchas de agua. Decidió seguir descalzo y no ponerse el abrigo; en el camarote no hacía demasiado frío, a pesar de la fuerte brisa que entraba por las ventanas. Seguramente toda aquella ropa había pertenecido a Aclines; la seda tejida era suave, de calidad, con reflejos iridiscentes. Ya se le había secado el pelo, ahora una melena rizada y encrespada. Se lo sacudió un poco, pero no se molestó en recogérselo.

Apartó la cortina, salió al camarote principal y se sentó en el trono del bendito inmortal. Sanja, que ya había vuelto, estaba sentada en el diván de la pared de estribor. Tenía las piernas recogidas, pero una de sus rodillas no dejaba de rebotar con impaciencia.

Kai llamó a los diablillos para que se quedaran cerca del techo y luego se reclinó en el trono. A través de la gran escotilla delantera veía las cubiertas superior e inferior gracias a varias lámparas de aceite encendidas que habían colocado a lo largo de las barandillas. Aclines debía de haberlas traído para la tripulación; los benditos inmortales creaban su propia luz y no necesitaban cosas tan primitivas.

Los dos seguidores de Aclines entraron primero, con las piernas y los brazos todavía sujetos con jirones de aire sólido, aflojados lo justo para que pudieran caminar. Ashem y Ramad iban después. Luego llegó Ziede; aparentaba estar tranquila, pero Kai leyó la tensión contenida de sus hombros y su mandíbula. Ziede se había cambiado la túnica por otra de mayor calidad, pero se había dejado su pantalón de algodón, ya que a bordo no había más ropa de mujer, salvo la que vestían las soldados ariké. Tenes se quedó fuera, montando guardia, aunque Kai percibió movimientos sinuosos en la oscuridad: Ziede había invocado a más diablos de viento para que vigilaran la cubierta.

Ashem le sostuvo la mirada a Kai, aunque la desvió un instante

cuando Ziede pasó por delante de ella deliberadamente.

—¿Qué ha pasado con la cohorte? —dijo Ashem, controlando su impaciencia con visible dificultad.

Su preocupación parecía genuina.

—He alterado el pozo de poder de Aclines —le explicó Kai—. Dormirán hasta que lleguemos a algún sitio donde puedan desembarcar.

Un destello de alivio cruzó el semblante de Ramad. Ashem, en cambio, seguía desconfiando y estaba profundamente insatisfecha con esa solución. Apretó las mandíbulas.

—¿Te niegas a liberarlos? —preguntó con decisión.

Antes de que Kai pudiera improvisar una respuesta frívola pero vagamente amenazadora, Ramad se le adelantó.

—Lo que les hizo Aclines afecta negativamente al cuerpo y a la mente. Es mejor así. Si los liberara sin más, podrían entrar en pánico o hacerse daño. Y no tenemos suficientes suministros para alimentarlos a todos.

Ashem titubeó, reacia, pero estaba claro que encontraba convincente el argumento de Ramad. Asintió a regañadientes.

—Entiendo.

—Me alegra que estés conforme, líder de cohorte —dijo Kai. Aunque no le sorprendía, le molestaba que la palabra de un vanguardista cualquiera valiera más que la suya. Señaló con la barbilla a los hombres del expositor—. Preséntame a tus amigos.

—Safreses y Kinlat, señores de la corte de Nient-arik. Y no son mis amigos —añadió Ashem con una mueca de disgusto.

Nient-arik había sido una de las primeras ciudades-Estado ariké que habían caído en manos de los jerarcas; estos habían asesinado a la princesa heredera y la habían sustituido por un pariente lejano dispuesto a someterse. El dato resultaba interesante, pero no demostraba nada. En Benais-arik había sucedido algo similar, pero solo después de que hubieran asesinado a casi toda la familia de Bashasa.

—Eres una traidora, Ashem —dijo Safreses, furioso y asustado —. Tú y el vanguardista arderéis con estos brujos por esto.

—Nos secuestrasteis a mí, a mi escolta y a una cohorte entera —replicó Ashem con exasperación. Era la primera reacción espontánea que veía Kai—. Los traidores sois vosotros. Los brujos

gozan del favor imperial…

—Es mentira, mentira… —escupió Kinlat como si fuera incapaz de contenerse un solo momento más, ni siquiera para salvar su vida —. Nunca hubo una alianza, nunca… ¡La imperial Ariké destruyó a los jerarcas sin ayuda de estas abominaciones!

—Por entonces el Arik no era un imperio, y técnicamente ahora tampoco lo es —le corrigió Kai. No era la primera vez que oía cosas semejantes, pero aun así le seguía resultando difícil. Era evidente que aquellos dos habían sido subyugados a la voluntad del expositor, aunque quizá no fueran conscientes de ese aspecto de su relación con Aclines. Eso los hacía más vulnerables que Ashem, Ramad y los demás mortales del barco. Kai empleó una pizca de su poder acumulado para que su voz adoptara un tono que conectara con dicha vulnerabilidad y les forzara a responder.

—¿Quién ordenó que nos capturaran y encerraran?

—Aclines —dijo Safreses de inmediato—. Fue cosa suya.

Había respondido demasiado rápido. Por lo visto Safreses era lo bastante astuto como para fingir que estaba bajo la influencia de Kai. No, Aclines obedecía órdenes. Aquel barco era prueba suficiente de ello.

—No fue solo Aclines, es imposible —terció Ramad, cruzado de brazos. Soportó con expresión fría y pensativa la mirada furiosa de Safreses—. Tiene que ser alguien más cercano a la corte del Mundo Emergente.

A Kai no le gustó su interrupción.

—Ya lo sé. No necesito tu ayuda.

—O te callas o te arranco la lengua, Ramad. —Era evidente que a Ziede se le estaba agotando la escasa paciencia que tenía—. Continúa, Kai.

Kai se concentró en Safreses. Por desgracia para él, fingir que estaba bajo la influencia de la voluntad de Kai solo lo volvía más vulnerable todavía. Safreses levantó la barbilla con aire desafiante, aparentemente menos asustado que Kinlat. Por lo general, los que procuraban disimular su miedo eran los que se desmoronaban primero. Kai optó por un enfoque menos directo:

—¿Quién te dijo que fue Aclines?

—Él mismo… No. —Safreses sacudió la cabeza, fingiendo dudar —. No puedes obligarme…

Kai se inclinó hacia delante. Una gota de sudor le resbaló por la frente. Lo que estaba haciendo requería una fuerza de voluntad casi total, y no resultaba fácil, ni siquiera contra dos mortales cuyas mentes ya habían sido subyugadas, ni siquiera contra el exceso de confianza de Safreses.

—¿Por qué pensabas que fue Aclines?

Safreses luchó por mantener los labios apretados, pero entonces Kinlat empezó a hablar:

—Aclines tenía las restricciones e intenciones de esa obra. Y la señal que le avisó de que algo había salido mal. Sabía que la torre se había abierto. Sabía cómo encontraros. —Kinlat se esforzó por mover los brazos, como queriendo taparse la boca—. Sabía cómo seguir al cazador.

Eso encajaba con los escasos recuerdos que le habían dejado a Tenes y apuntaba a que Aclines era el creador de la tumba. Safreses todavía se resistía, así que Kai continuó:

—¿Conocéis a un expositor llamado Menlas? Era lo bastante poderoso como para manejar una ballena caracolada.

—Menlas se marchó para… —Kinlat parecía confundido—. ¡No, no! —La boca de Safreses tembló con un espasmo involuntario.

—¿Quién es Menlas? —insistió Kai, enfatizando la pregunta a través de su conexión—. Contármelo no afecta en nada a vuestros planes.

—Era el aprendiz de Aclines. —La confusión de Kinlat iba en aumento, como si oyera esas palabras sin comprender que salían de su propia boca—. Y luego dejó de serlo. Se marchó. Aclines se puso furioso…

Aclines habría deducido que Menlas se dirigía hacia la tumba; se habría puesto en marcha antes incluso de que Kai y Ziede despertaran.

—Kai —le dijo Ziede en voz baja. A través de la perla, susurró: *Tahren.*

No le parecía el mejor momento para preguntar, pero era consciente del dolor y la incertidumbre de Ziede.

—¿Dónde está Tahren Stargard? —preguntó Kai.

Tan repentino cambio de tema superó las defensas de Safreses.

—No lo sé —soltó.

La expresión de Kinlat se retorció en un gesto de pura maldad.

—¡Muerta! ¡La Caída debería ser eliminada, y sus cenizas, dispersadas por el viento!

Ziede avanzó un paso; el leve temblor de su voz era una señal de peligro.

—Si tantas ganas tienes de ver morir a alguien…

Aún no habían terminado.

—Ziede. No lo sabe —dijo Kai con severidad. Ziede se detuvo, pero abría y cerraba las manos con fuerza. Kai se centró en Safreses —. ¿Dónde está Dahin Stargard de los benditos menores?

Safreses volvió a cerrar la boca con fuerza, pero Kinlat dijo con un hilo de voz:

—En Nient-arik, en la corte. Yo lo vi… —Sacudió la cabeza y se mordió los labios con fuerza.

Ziede se puso rígida. El corazón de Kai dio un brinco.

—¿Qué estaba haciendo? —preguntó.

—Iba a reunirse con alguien del círculo de Bashat —contestó Kinlat con voz ahogada.

Ziede miró sobrecogida a Kai, pero este no tenía ni idea de lo que podía significar. Dahin estaba muy centrado en su trabajo; quizá fuera algo relacionado con eso.

—¿Con quién se reunió?

Esa respuesta fue más fácil.

—¡No lo sé! —le espetó Kinlat—. No puedes obligarme a decir aquello que no…

—¿Lo viste marcharse?

Con un grito ahogado, Kinlat contestó:

—¡Sí! Lo vi subir a una barcaza de canal.

Quizá Dahin no era uno de sus objetivos, le dijo Ziede a través de su perla. *O no lograron atraparlo. Quizá esté buscando a Tahren. O a nosotros*.

O quizá no tenga ni idea de que hemos desaparecido. Ya sabes que casi nunca envía cartas, señaló Kai. A Dahin le gustaba ir por libre. Era muy posible que se hubiera ido a leer a algún archivo remoto y ni se hubiera enterado de toda aquella conspiración, porque nadie lo consideraba lo bastante importante como para buscarlo.

Ziede frunció el ceño, sopesando sus palabras.

—¿Por qué espiabas a Dahin? —preguntó en voz alta.

—Porque es un caído, como su hermana, y todos los caídos deben morir —contestó Kinlat con gran satisfacción.

Incluso Ashem soltó un suspiro de exasperación.

Kai no podía continuar así mucho tiempo. Había que pasar a otras cuestiones.

—¿Dónde están las celdas para brujos que los jerarcas se llevaron de las Tierras Fronterizas?

Safreses guardó silencio, aunque tenía la cara tan roja que parecía que iba a darle un ataque de un momento a otro. El semblante de Kinlat se cubrió de sincera confusión.

—No lo sé —dijo—. No sé a qué te refieres.

Ramad había seguido la conversación casi con tanta concentración como Kai.

—Si las tenían los jerarcas, podrían estar en alguno de los viejos almacenes de Benais-arik.

Ashem le lanzó una mirada furibunda.

—¿Revelas secretos de Estado?

Ahora le tocaba a Ramad exasperarse.

—Líder de cohorte, recuerda que ellos estaban presentes cuando cayeron los jerarcas. —Señaló a Kai y a Ziede. Antes de que Kai pudiera insistir, Ramad añadió—: Y no es ningún secreto. Mi tía abuela materna era guardiana del príncipe heredero Bashasa. Nos contó que las reliquias de los jerarcas se habían extraído de los restos de sus fortalezas. Nunca dijo nada sobre celdas para brujos, pero si eran artefactos poderosos, los llevarían a Benais-arik con todo lo demás.

—Eso no lo recuerdo. —Kai no sabía si creer o no a Ramad. Si quería creerse que Ramad tenía tantas ganas de ayudarles.

—Lo saben pocos fuera del círculo burocrático de Benais-arik. —Ramad se encogió de hombros—. Fue una época confusa y seguro que teníais otros asuntos más urgentes. Es posible que al principio la ubicación de los tesoros de los jerarcas se ocultara a propósito. Pero con el paso de los años se convirtió en otro punto más en los registros de los administradores del Mundo Emergente.

Ziede desconfiaba.

—¿Y eso lo sabes porque de niño no te perdías ni una palabra de tu vieja tía?

—De joven —la corrigió Ramad con algo de aspereza—. Fui

historiador de la corte antes de convertirme en vanguardista.

En aquella época, Kai no había estado en condiciones de prestar atención a lo que ocurría después de la guerra. Sabía que el Mundo Emergente se había esforzado por devolver los tesoros saqueados a sus dueños originales, en caso de que siguieran vivos; había visto lo que habían enviado a los erathi, a los barcos del pueblo del mar y a los pocos saredíes que se habían refugiado allí.

Tras sus intentos de resistirse, Safreses temblaba de agotamiento y Kinlat tenía los hombros caídos; los dos se habían relajado, creyendo que el interrogatorio había concluido. Kai inclinó la frente hacia Safreses, volvió a concentrar su voluntad y le preguntó:

—¿Dónde consiguió Aclines este barco?

—Lo ignoro —contestó Safreses, que enseguida puso cara de consternación por haberse distraído.

—¿Dónde viste el barco por primera vez? —insistió Kai.

—En Scarif, cuando nos reunimos con Aclines. —Safreses soltaba las palabras entre los dientes apretados.

—Se lo entregaron por el bien de la causa sagrada —apuntó Kinlat al mismo tiempo.

Kai siguió mirando fijamente a Safreses.

—¿Por qué fuisteis a Scarif?

—Nos ordenaron… —Safreses tenía la mandíbula tensa y los ojos llenos de horror, pero las palabras salían solas—. Reunirnos con él.

—¿Quién os lo ordenó? —insistió Kai.

—Brehama, el… el Príncipe Orador —dijo Safreses sin aliento—. Era… Él… —Le brotó sangre de los labios al morderse la lengua.

Ashem se asustó de verdad, como si hasta ese momento hubiera sospechado que todo era una especie de truco de Kai y Ziede. El semblante de Ramad reflejaba determinación; estaba intrigado pero no sorprendido.

—Brehama es el príncipe heredero de Nient-arik. —Ramad saludó a Kai con la frente—. Acabas de hacer que mi trabajo sea mucho más sencillo.

El corazón de Kai palpitaba con fuerza por el esfuerzo. Una punzada de dolor le atravesó las sienes, visto y no visto, como el pinchazo de una aguja muy larga.

—Ya basta —dijo Ziede. A través de su perla, añadió: *Estás al*

límite.

El rostro de Safreses, con los labios y la barbilla manchados de sangre, estaba lívido; su mirada ardía de odio. Los ojos de Kinlat estaban ausentes, señal de que la voluntad de Kai empezaba a afectarle al cerebro. Y Kai sentía una extraña zozobra que nada tenía que ver con el movimiento del barco. Liberó su fuerza de voluntad.

De pronto su pecho se relajó y pudo respirar hondo, sobresaltado. Hasta ese momento no había sido consciente de la tensión que había ido acumulando lentamente. Se dejó caer en el trono.

Ziede levantó la mano y tomó las riendas de los conjuros. Apretó sus ataduras hasta que los dos hombres se quedaron sin aire, se tambalearon y se desplomaron en el suelo. Una vez inconscientes, Ziede abrió la mano y les permitió respirar de nuevo.

—De todas formas, ya estaba harta de oírlos —dijo.

Ramad observaba a Kai con toda su atención.

—Ahora la cuestión es saber si Brehama es el único implicado, cosa que dudo. Hace mucho que Nient-arik quiere ocupar el lugar de Benais-arik como capital del Mundo Emergente. Según ellos, sus príncipes herederos poseen vínculos de sangre con los primos de Bashasa el Grande, lo cual es cierto pero irrelevante para los estatutos del Mundo Emergente. Sin embargo, la renovación imperial sería su mejor ocasión para persuadir a la coalición y suplantar a Bashat bar Calis.

La expresión ceñuda de Ashem se tornó confusa.

—¿La renovación imperial no se ha producido ya?

—No, pero falta poco. Se celebra el último día de este cuatrimestre. Con el Rey Brujo Kaiisteron y Ziede Daiyahah ausentes de la corte de Bashat durante la renovación, dará la impresión de que Benais-arik ha perdido tu apoyo y el de las Tierras Brujas. Y la ausencia de Tahren Stargard será todavía peor. Pondrá en peligro los tratados con los benditos inmortales. Eso podría desbaratar todo el Imperio.

—Es una coalición, no un imperio —dijo Kai, masajeándose las sienes. Las punzadas de dolor remitían, pero aún sentía que su cabeza era uno de los volcanes de Gad-dazara, todo presión y calor.

—La causa sagrada de Kinlat es mataros, por si no lo habéis

entendido —comentó Ashem con deliberado énfasis.

—Sí, líder de cohorte, lo sabemos —dijo Ziede con sequedad—. El único motivo por el que no seguimos encerrados en un ataúd es que otro expositor abrió la tumba. Pretendía convertir a Kai en su familiar.

El ceño de Ashem se arrugó con aparente sorpresa. La fugaz mirada de sobresalto de Ramad le pareció sincera.

—¿Una tumba? —dijo este.

Ziede ladeó la cabeza mientras lo observaba.

—En el fondo del mar. Lo bastante profunda para retener a Kai eternamente.

Ashem miró de soslayo a Ramad, que frunció el ceño todavía más. Kai no estaba de humor para analizar si la expresión de desconcierto de Ramad era real o fingida.

—¿Qué? —preguntó Kai—. ¿Creías que estábamos por ahí de juerga?

Ramad negó levemente con la cabeza.

—Ese expositor que os encontró… ¿era el tal Menlas por el que les has preguntado?

Había algo sincero en su tono, aunque costaba saber si era preocupación, consternación o simplemente sorpresa.

—Has oído hablar de él —dijo Kai. No era una pregunta.

—Si así fuera, os lo diría. —Ramad parecía abstraído—. Los expositores se roban mutuamente sus secretos, sobre todo los aprendices más ambiciosos. Quizá Menlas creyó que obtendría tantísimo poder a través de ti que no le daban miedo las represalias.

—Estoy cansada de que me digan cosas que ya sé —dijo Ziede pensativa, sin dirigirse a nadie en particular. Sanja se había puesto de pie y caminaba en círculos alrededor de los dos hombres inconscientes. Empujó a uno con el pie—. Sanja, no te acerques a ellos —le riñó Ziede.

—¿Qué vais a hacer con ellos? —preguntó Ramad. Su rostro, de nuevo inescrutable, ocultaba cuidadosamente lo que le había inquietado.

Ashem miró a los dos hombres con desagrado.

—Me gustaría que conservaran la vida. Han cometido delitos contra el Mundo Emergente al atacar y secuestrar a la cohorte y a mi escolta. Os aseguro que no quedarán impunes. —Miró de reojo a

Ramad—. Y si forman parte de una facción disidente de Nient-arik que intenta perjudicar a Benais-arik o la renovación, el consejo del Mundo Emergente debe interrogarlos.

Ziede miró de reojo a Kai y le dijo en silencio: *Ashem tiene razón. En último caso, son testigos valiosos*.

Aunque me encantaría tirarlos por la borda, replicó Kai. La persona que le había entregado el barco a Aclines seguramente los preferiría muertos, no declarando ante los superiores de Ashem en el Mundo Emergente.

—Llevadlos a la bodega, con la cohorte —dijo Ziede en voz alta—. El poder del pozo los dejará aletargados. —Agitó la mano con elegancia—. Líder de cohorte Ashem, si no le importa a tu escolta…

Kai se quedó mirando desde el trono. Ashem llamó a un par de soldados de la cubierta inferior. Ziede les indicó que la acompañaran, y Ashem y los dos soldados cargaron con los inconscientes Safreses y Kinlat por las estrechas escaleras que conducían a la cubierta de remos.

Sanja se acercó a Kai y se sentó en la plataforma del trono.

—¿Por qué no los has matado? —le preguntó con el ceño fruncido.

—Puede que en el Mundo Emergente tengan mejores preguntas que hacerles. —Kai recostó la cabeza en la mano, cansado. El trono era incómodo, pero tenía que esperar a que la cabeza dejara de darle vueltas para no ir tambaleándose por la cubierta como un mortal borracho—. No son expositores. Solo son títeres.

—¿Te los vas a comer? —preguntó Sanja. Kai enarcó las cejas y Sanja se encogió de hombros—. Solo quiero entender cómo funciona todo.

Ramad avanzó un paso hacia ellos.

—Ten cuidado, no te conviene sobresaltarme —dijo Kai sin levantar la vista.

Ramad miró de reojo a Sanja.

—¿Podemos hablar en privado?

Interesante.

—Ve a ver si Tenes está bien —le dijo Kai a la niña.

Sanja, después de mirar a Ramad con desconfianza, se levantó de la tarima y salió del camarote. Ramad le habló en voz baja:

—Puedo confirmarte una cosa: Kinlat ha dicho la verdad sobre

Dahin Stargard. Estaba en Nient-arik y se reunió con un funcionario de Benais-arik antes de irse, pero ignoro quién era.

Kai se reclinó en el trono, procurando que Ramad no se fijara demasiado en su reacción. Era un dato curioso, ya que hacía mucho tiempo que Dahin había dejado claro que no quería tener nada que ver con la política del Mundo Emergente.

—¿Cómo lo sabes?

Ramad agitó la mano abierta, como si la respuesta fuera evidente.

—Un inmortal que visita una corte como la de Nient-arik siempre resulta interesante para el Mundo Emergente. —Porque Nient-arik se había rendido a los jerarcas, propiciando la caída de las ciudades-Estado cercanas, y ningún ariké lo había olvidado, ni siquiera después de tantos años.

»Si los de Nient-arik pretenden sabotear la renovación de la coalición —continuó Ramad—, tal vez deberían haberte reclutado a ti. Según los informes que he leído, tú opinas que el Mundo Emergente debería haber liberado a los miembros de la coalición de sus obligaciones tras la muerte del último jerarca.

—Por entonces muchos opinaban como yo. —Kai no sabía si Ramad estaba plantando trampas dialécticas para obtener información o si solo pensaba en voz alta. Era mejor cambiar de tema, y había una cosa que le despertaba sincera curiosidad—. ¿Por qué nos ayudas tanto?

—A mí me interesa tanto como a vosotros descubrir quién está detrás de todo esto. Y mi misión consiste en encontrar a Tahren Stargard. —Ramad titubeó, como si también se planteara cambiar de tema—. Además, me parece que acordamos una pregunta a cambio de una respuesta.

—No estoy seguro de que te interese tanto como a nosotros. —Kai lo observó con atención—. Pregunta, pues.

Kai vio en la mirada de Ramad un atisbo del ardiente interés académico que tan bien conocía por Dahin, por Ziede, por las hermanas que estudiaban en Avagantrum.

—El otro rumor que me gustaría desmentir es que fuiste un brujo, un renegado, que conoció a Bashasa después de la fuga de los Salones Estivales. Y que intercambiaste la vida de un jerarca por tu poder demoníaco del inframundo.

—Yo nací demonio —dijo Kai con un resoplido desdeñoso—. Y no hay renegados entre los brujos.

Ramad sopesó sus palabras.

—Reconozco que siento debilidad por la historia que afirma que Bashasa y tú siempre fuisteis aliados. Que os abristeis paso luchando por los Salones Estivales y que estuviste presente cuando él mató a los primeros jerarcas.

Kai lo observó sin decir nada. Había partes de la historia que no tenía intención de compartir con nadie.

Los pasos que se oyeron en las escaleras indicaban el regreso de los demás. Ashem estaba muy seria; los dos miembros de su escolta parecían espantados. Era la primera vez que veían con sus propios ojos lo que Aclines le había hecho a la cohorte. Ziede entró un momento después.

—Creo que ya os habéis divertido bastante esta noche. —Señaló la escotilla. Ashem, todavía aturdida, indicó a los miembros de su escolta que salieran y los siguió. Ramad vaciló, pero se fue cuando la expresión de Ziede le dejó claro que también lo incluía a él.

Kai se levantó con pesadez del trono y cruzó el camarote para asomarse al exterior por la escotilla. Tenes y Sanja estaban sentadas bajo el fresco viento nocturno, la bruja en la amurada y la niña a sus pies, en un banco. Unas nubes enmarcaban la luna; el aire sabía a relámpagos, así que tenían una tormenta a sus espaldas. O quizá fuera un resto de la atmósfera cargada de las Gad-dazara.

Los soldados de Ashem bajaron a la cubierta inferior por las escaleras, pero ella se detuvo un momento.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó.

Ramad también se detuvo en lo alto de la escalera. Ashem miraba a Kai, así que le respondió:

—Vengarnos. —Al fin y al cabo, a eso habían venido.

Ashem señaló a Sanja con la barbilla.

—¿Y esta niña? ¿Os la vais a llevar a vuestra misión de venganza?

Sanja miró a Ashem con indignación. Kai contuvo su repentina irritación. Ashem era demasiado joven para recordar el Ariké de Bashasa, cuando las cohortes recogían supervivientes y escapaban de la llegada inminente de las legiones, dejándolos en el primer lugar seguro para volver a por más. En cualquier caso, Ashem no

protestaba por eso. La líder de cohorte creía que la influencia de Kai y Ziede corrompería a una niña inocente.

En la Boca de Flores, Sanja no tenía a nadie que la protegiera ni nada en lo que creer. Si cualquiera, incluso un cabrón codicioso como Menlas, le ofrecía un mínimo de atención y una pizca de seguridad, la niña lo seguiría y lucharía hasta la muerte por él. Era mucho mejor que Sanja y su potencial homicida estuvieran al cuidado de Ziede.

—¿Qué quieres que hagamos? —se limitó a decir Kai—. ¿Abandonarla a su suerte en una ciudad portuaria ajena a la alianza, como en la que vivía? ¿Por qué ser tan crueles si podríamos haberla dejado en un volcán en erupción?

Ashem no se dejó amilanar.

—¿De dónde es?

Sanja se levantó y apretó las mandíbulas.

—De la Boca de Flores. Menlas me compró a los atrapaniños para sacrificarme y revivirlos, para que Kaiisteron ocupara mi cuerpo y Menlas lo convirtiera en su esclavo. —Después añadió con rotundidad—: Que te jodan.

—Sanja, si vas a decir palabrotas, no las digas en imperial antiguo —dijo Ziede—. Si usas sus palabrotas, se te pegarán sus creencias.

Sanja parpadeó, distraída por esa idea.

—Es el único idioma que hablo —protestó.

Kai le enseñó una palabra en saredí que significaba «vete al pantano y come mierda».

Sanja la repitió dos veces, intentando pronunciar bien todas las vocales.

—Vuelve al camarote y duerme, Sanja —dijo Ziede—. Líder de cohorte Ashem, ¿qué tal si bajas a la cubierta inferior y le das lecciones de moralidad a tu leal escolta? Ya nos reprenderás más tarde desde tu pedestal de superioridad del Mundo Emergente. Ramad, vete con ella o tírate al mar, lo que tú prefieras.

Ashem apretó los labios y bajó a la cubierta inferior dando pisotones. Ramad, con una expresión levemente irónica, los saludó llevándose las manos a la frente e inclinándose antes de irse. Sanja, obediente, regresó al camarote de popa.

Kai se quedó mirando a Ramad mientras este recorría la cubierta

inferior. Ashem se detuvo para hablar con los miembros de su escolta que montaban guardia. Después ambos desaparecieron por la escalera delantera.

Kai sacudió la cabeza y fue a sentarse en el banco acolchado. Ziede se acomodó a su lado y, a través de su perla del corazón, Kai le contó en silencio lo que Ramad le había explicado sobre Dahin.

Ziede soltó un largo suspiro de frustración.

—Puede que Ramad mienta.

Kai se recostó en el hombro de Ziede, que notó cálido bajo la manga de seda. La luna proyectaba su ancho reflejo en el agua, como si vigilara el barco, volando a su lado.

—No creo que mienta. En eso, no.

Ziede resopló discretamente.

—Ten cuidado, Kai.

—¿Con qué? —Ahora mismo había muchas cosas entre las que elegir.

—Ya sabes a lo que me refiero.

Kai se echó hacia atrás y la miró.

—La verdad es que no.

Ziede le dijo en silencio: *Ramad te recuerda a Bashasa*.

—Qué va —dijo Kai en voz alta, ofendido—. ¡Ziede!

Ella lo ignoró y continuó: *Es simpático, a su manera. O finge serlo. Y tiene su nariz. Probablemente estén emparentados; ya sabes cuántos miembros tenía esa familia, a pesar de que asesinaran a tantos*.

Kai no sabía si enfadarse o intentar reírse del tema. Puesto que era Ziede, probó a decir la verdad: *No me pinches donde me duele*.

Ella suspiró y se recostó contra él de nuevo.

—Lo siento. Solo quería… Lo siento.

Contemplaron la luna juntos y en silencio mientras Kai luchaba por recuperar la compostura, como si fuera un objeto que se había dejado a saber dónde. Probablemente en Benais-arik, sesenta años atrás. Finalmente dijo:

—Deberías descansar mientras puedas. Tú también, Tenes. Te despertaré si cambia el viento.

Tenes levantó la vista desde el otro lado de la cubierta al oír su nombre y bajó de la amurada de un salto. Llámame si me necesitas, le dijo por señas antes de entrar.

—No necesito descansar, me alimenta el rencor. —Pero en la voz de Ziede había un deje pensativo—. Bueno, ¿nos vamos a creer que toda esta conspiración es obra de Aclines y del Príncipe Orador de Nient-arik?

—Nient-arik tiene un móvil: convertirse en la capital del Mundo Emergente.

Si contaban con apoyo entre los demás miembros de la coalición y conseguían aliarse con los benditos inmortales disidentes, que deseaban poner fin al tratado de sus patriarcas con el Mundo Emergente, tenían bastantes posibilidades de lograrlo.

Siempre habían existido benditos inmortales que aspiraban a recuperar la posición de la que gozaban antes de los jerarcas: cobrar tributos e impuestos a los pequeños gobiernos del norte y hacer lo que les venía en gana con cualquiera. El Mundo Emergente impedía todo eso; con sus tratados, todos los miembros de la coalición eran iguales, bajo el liderazgo de Benais-arik, y el poder de los benditos inmortales se limitaba estrictamente a las Tierras Benditas. Teniendo en cuenta que habían sido aliados de los jerarcas, el precio había sido pequeño. De no haber sido por Tahren, la coalición habría podido exigir la aniquilación absoluta de los benditos. *Pero no son los únicos que tienen un móvil para eliminarnos*, añadió Kai en silencio.

Bashat tiene que estar detrás de esto, respondió Ziede. *Nadie más pudo organizar que nos sacaran en secreto de Benais-arik. Aclines debía de tener dos amos*.

Aunque quizá en Nient-arik no lo supieran, coincidió Kai. Quizá Bashat le había prohibido a Aclines que intentara convertir a Kai en su familiar, como si eso fuera un gesto de compasión.

Si Aclines lo hubiera intentado, todo habría terminado mucho antes.

Ziede siguió el curso de sus pensamientos.

—Menlas se creía lo bastante poderoso para contenerte —dijo con ironía.

—Muchos expositores muertos pensaron lo mismo. —Kai se reclinó y se frotó la cara. Después de un día tan largo, hablar de eso era demasiado—. ¿Crees que Ashem tiene razón sobre Sanja? Porque esto va a ser cada vez más peligroso.

—No. —Ziede contempló la oscuridad; la luz de los diablillos se

reflejaba en sus ojos—. Si llegamos a un lugar más seguro, no le ordenaré que se vaya. Pero le daré la oportunidad de escaparse, como a los demás.

—No se escapará —dijo Kai. Sanja había estado estudiando a Ziede como si fuera un tratado—. Deberías empezar a instruirla. —Inspiró hondo y añadió—: Tengo una idea.

Ziede se giró para mirarlo.

—¿Una idea espantosa?

—Probablemente. —Se le había ocurrido mientras hablaba con la Abuela, pero hasta ahora no había tenido forma de intentarlo—. Podemos utilizar este barco, la conexión con el Pozo de Thosaren, para convocar a un mariscal inmortal.

—Ah. —Normalmente eso sería lo último que Ziede querría hacer, pero Kai notó que lo estaba considerando—. Hay demasiados lugares en los que podría estar Tahren: Benais-arik, Nient-arik y otros sitios que todavía no se nos han ocurrido. —Tomó aire con fuerza—. El fondo del mar… Tal vez un mariscal sepa cómo encontrarla.

Estaban sentados en un barco de los benditos inmortales que alguien le había entregado a Aclines como pago por el trato al que había llegado con la facción de Nient-arik.

—Puede que tengamos que luchar —admitió Kai—. El mariscal que convoquemos podría estar involucrado en la conspiración contra nosotros.

—Kai, haré cualquier cosa con tal de encontrar a Tahren. Incluso apelar a mi derecho de parentesco —dijo Ziede con una mueca.

Kai odiaba tener que pedirle que hiciera eso. Pero era mejor que convocar a un mariscal inmortal al azar.

—Mañana por la mañana, entonces.

La expresión de Ziede se volvió meditabunda.

—¿Cómo hemos llegado a esto, Kai? Recuerdo cómo empezamos. Ahora tú estás hecho de púas afiladas y yo soy una arpía cascarrabias.

—No —replicó Kai. Le dolía que Ziede se describiera así—. Tienes derecho a estar furiosa. Siempre has tenido motivos, Ziede. No dejes que los demás te digan lo contrario. —Ziede seguía contemplando la oscuridad—. Pero lo de las púas afiladas es verdad. —Casi todo el tiempo Kai sentía que estaba hecho de púas,

que sangraba por dentro.

Ziede alargó el brazo y le apretó la mano.

—Siempre me han gustado tus púas, Kai. Nos han sacado de muchos enredos. Pero estaría bien que algún día dejaras de sangrar. —Se puso de pie y caminó bajo la luz del camarote.

Kai permitió que los diablillos de la cubierta superior se dispersaran para poder sentarse a oscuras a contemplar la luna.

EL PASADO: EL PLAN

Se dice que el Pozo de Thosaren fue la primera fuente de potencia con la que los seres vivos pudieron moldear el espíritu en bruto para usarlo en su beneficio. Los benditos inmortales lo emplean para tareas prosaicas que los mortales pueden llevar a cabo por sí solos, y aunque aseguran haberlo creado mediante el puro poder de sus facultades colectivas, semejante alardeo parece dudoso. Los pozos de potencial se crean a través de grandes muertes, como el Pozo de los jerarcas, o de las energías naturales de la tierra, de donde los brujos extraen a voluntad hebras de poder, o de otros medios desconocidos; no porque unos pocos privilegiados así lo deseen.

—*La historia de la Guerra de los jerarcas, volumen Tres: Introducción a las civilizaciones del norte y el este* por una parte interesada pero imparcial

Bashasa y sus reticentes guardias guiaron a Kai, Ziede y Tahren a otra sala contigua al patio, con un hogar a ras de suelo, alfombras y almohadones para sentarse.

Las tiendas de los clanes saredíes se dividían en zonas para

dormir, comer y hablar; aquello era igual, salvo porque la partición se hacía con paredes de piedra y no con cortinas. Si todo el lugar estaba organizado de la misma manera, no solo los aposentos de los rehenes, a Kai le parecía poco práctico: no había forma clara de redistribuir el espacio cuando otra familia entrara en el clan por matrimonio o cuando llegaran visitas numerosas. Pero, por supuesto, Kai no tenía ni idea de cómo vivían los jerarcas. Quizá hasta se comieran a sus parientes, no podía saberlo.

Se acomodaron en los almohadones, junto al hogar, y uno de los criados, claramente aterrorizado, le trajo a Bashasa otra jarra de esa bebida roja y rancia. Ziede aceptó un vaso. Tahren lo rechazó con una expresión de discreto horror.

—Ahora que estamos todos… Ah, Dahin, pasa, acompáñanos —dijo Bashasa.

Alguien acababa de llegar desde el patio. Un joven tan pálido como Tahren, aunque con las mejillas sembradas de pecas, de cabello corto del color del heno. Iba vestido igual que Tahren, con una túnica larga de color claro, pantalones anchos y un tabardo.

—Este es Dahin, el hermano de la mariscal Tahren.

Dahin entró y dudó un momento antes de sentarse en un cojín, al lado de Kai.

—Dahin. Es un demonio —le previno Tahren.

—Oh. —Dahin miró a Kai, impasible—. ¿Me puedo sentar aquí?

—Sí —contestó Kai. El parecido de Dahin con Tahren acababa en la ropa, el cabello, los labios finos y las facciones afiladas. No percibía el menor poder en él, ninguna extraña corriente de conexión con un plano ultraterreno. Sin embargo, Kai percibía que no era del todo mortal—. ¿Tú qué eres?

La expresión de Dahin le reveló que nadie le había preguntado eso nunca. Miró a Tahren en busca de ayuda.

Tahren tenía la boca rígida, como si aquella fuera la peor pregunta del mundo.

—Los dos somos benditos. Eramos benditos. Hemos abandonado sus filas.

Kai sabía que los mariscales inmortales formaban parte de los benditos inmortales. Eso resultaba evidente hasta para los saredíes, que antes de la guerra creían que los benditos no eran más que leyendas. Pero, puesto que él no podía dejar de ser un demonio, no

comprendía que un bendito inmortal pudiera dejar de serlo.

—¿Cómo que habéis abandonado sus filas?

Ziede bebía de su vaso con gesto sombrío, haciendo muecas entre trago y trago.

—Quiere decir que luchó del lado de los jerarcas hasta que empezó a ser un inconveniente personal para ella.

La expresión de Tahren era al mismo tiempo pétrea y profundamente incómoda.

—Nuestros patriarcas accedieron a que los mariscales asistieran a las legiones de los jerarcas, a petición de estos —dijo Tahren—. Es cierto, luché a su lado. Pero rompí mi juramento de lealtad y me opuse a ellos por motivos personales.

Dahin levantó la mano.

—Yo. Yo soy el motivo personal. Parte de ese acuerdo consistía en entregar a parte de los benditos menores a los jerarcas para convertirlos en sacerdotes de sus templos. Yo iba a ser uno de ellos. —Sonaba un tanto abochornado. Debió de darse cuenta de que su explicación le había parecido insuficiente a Kai, porque añadió—: Los benditos menores no pueden extraer poder del Pozo de Thosaren como los benditos mayores. Vivimos mucho tiempo en comparación con los mortales y podemos utilizar casi todas las cosas que se crean mediante el poder del Pozo, y… —Frunció el ceño—. Supongo que eso nos hace prescindibles.

La expresión de Tahren se endureció hasta volverse de frío granito.

—Si no estás familiarizado con estas cosas —dijo—, cosa comprensible, convertirse en sacerdote del templo requiere que el candidato entregue al Pozo de los jerarcas cada parte de su alma y su poder. Es todo lo contrario a la conexión con el Pozo de Thosaren de los benditos inmortales, en todos los sentidos. El Pozo de los jerarcas vacía a quienes están conectados con él, los convierte en muñecos de madera que… pierden su vida anterior. Así que es verdad que fue un motivo personal, muy personal.

Ziede enarcó una ceja.

—Yo no he dicho que no esté de acuerdo con tu motivo. —Le ofreció su vaso a Tahren, que la rechazó con una mueca.

—No, gracias.

—¿Ya está? ¿Habéis acabado? —dijo Bashasa, mostrando su

exasperación por primera vez. Dejó su vaso—. Porque no disponemos de mucho tiempo antes de que los jerarcas se percaten de lo que he hecho y vengan a matarnos a todos.

—Tengo una pregunta —dijo Dahin—. Tahren, ¿por qué no iba a sentarme al lado de un demonio? —Se volvió hacia Kai—. ¿Me muero si te toco?

—No —contestó Kai, observándolo. Dahin no parecía bromear —. Pero no me toques.

—Oh. —Dahin entrelazó las manos sobre el regazo, parpadeando confusamente.

—Eso ha sido culpa tuya —le dijo Ziede a Tahren.

Un destello de enojo cruzó el rostro tranquilo de Tahren.

—Si quieres que sigamos discutiendo…

Bashasa apretó las mandíbulas, y esta vez Kai le dio la razón.

—Tahren, Ziede, peleaos más tarde —dijo Kai.

Ziede saludó a Kai con su vaso y una sonrisa áspera. Tahren se quedó mirando fijamente la pared, claramente avergonzada.

Bashasa suspiró.

—Gracias, príncipe de la Cuarta Casa. —Recuperó su desparpajo tan deprisa que a Kai le pareció casi inquietante—. Dentro de dos días, cuatro jerarcas mayores celebrarán una ceremonia en la Sala Imperial de este palacio: la investidura del nuevo regente que van a instalar en Stios. Claramente es una oportunidad que no podemos desaprovechar.

Por primera vez, Kai sintió los nervios de la expectación. Ahora Bashasa tenía la atención de todos, incluso la de Ziede, que ya parecía conocer una parte del plan. Era una oportunidad, y una increíble. Los jerarcas jamás se ponían en riesgo en el campo de batalla, o al menos los saredíes y los fronterizos no los habían visto hacerlo antes de su derrota. Jamás se había presentado una oportunidad de atacarlos directamente.

Bashasa sabía que ya había hechizado a su público. Tenía los hombros relajados.

—Nuestro plan es sencillo. Tahren ha descubierto el origen de la magia que crea la lluvia perpetua del Patio de los Demonios Cautivos. Ziede cree que puede interrumpirse o incluso destruirse por completo. Si lo conseguimos, podremos liberar a los demonios que están allí y, con suerte, persuadir a los suficientes para que

ataquen la Sala Imperial para crear confusión y alboroto. Mientras, nosotros iremos a por los cuatro jerarcas.

—¿Nosotros? —repitió Kai. No podía estar tan loco como parecía—. ¿Nosotros solos?

—Nosotros y mi guardia personal. —O Bashasa no había captado el sarcasmo de Kai o lo ignoraba deliberadamente—. Como ya he explicado, aquí hay rehenes ariké de otras ciudades-Estado, que viven en otros patios. Pero no confío lo suficiente en ellos como para incluirlos en el plan, al menos en esta primera fase. Cuando ataquemos, los invitaré a unirse a nosotros.

Tahren seguía sin mirar a nadie, pero su expresión ahora era pensativa.

—No es una situación a la que se pueda sobrevivir, y menos los mortales —dijo Tahren—. ¿Tu gente está dispuesta a morir por venganza?

—Más que por venganza es para dar una oportunidad a los que vengan después de nosotros. —Bashasa se había puesto totalmente serio—. Ya sabéis que, a excepción de los reclutas forzosos locales, todos los legionarios proceden de las regiones altas del sur. Antes de la invasión, en el Arik no teníamos ningún contacto con esas zonas, y en los archipiélagos tampoco sabían mucho de ellas. Los jerarcas tienen que llevar al menos una generación preparando esto, aleccionando y entrenando a esas gentes para conquistar el resto del mundo. —Kai ya sabía algunas cosas, como que aquellos legionarios de piel clara que se parecían al pueblo del mar de los archipiélagos en realidad venían del sur, de tierras que ni siquiera los comerciantes erathi visitaban a menudo—. Se creen superiores en todos los sentidos, y los han adoctrinado con historias delirantes sobre nosotros. A mí me han preguntado si había tenido hijos con mi hermana y cómo elegíamos a cuáles nos íbamos a comer —continuó Bashasa.

—Como la historia de que los saredíes sacrificaban niños a los demonios —añadió Kai sin pensar.

—Exactamente. —Bashasa inclinó la cabeza—. Nos consideran poco mejores que animales, ¿sabéis? Pretenden masacrarnos a todos, desde el mar oriental al occidente y hasta el lejano norte. Ya han exterminado a muchísimos. —Miró a Tahren—. No me creo que tengan intención de respetar el acuerdo con los benditos inmortales

cuando ya no los necesiten.

Tahren se volvió hacia Dahin.

—Ese acuerdo ya es… imposible de respetar.

Bashasa agitó la mano abierta.

—Solo traeré a los miembros de mi guardia que se ofrezcan voluntarias. Las demás, y quienes estén demasiado heridas para luchar, se quedarán con mis dependientes hasta que se presente la oportunidad de escapar del palacio durante la confusión. Si lo logran, difundirán la noticia de lo que hemos hecho e inspirarán a otros a resistirse y rebelarse. O eso espero. —Se echó hacia atrás para coger un objeto redondo de madera; al abrirlo, resultó ser una caja llena de papeles. Bashasa desenrolló un pergamino y lo alisó con los vasos, ignorando las gotas de líquido rojo que lo mancharon —. Esto es un mapa de las inmediaciones de la Sala Imperial. Un mapa parcial. Solamente me han hecho ir allí un par de veces, lo he dibujado de memoria.

Todo el mundo se inclinó para mirarlo, incluso Tahren.



Cuando la conversación terminó y una de las guardias de Bashasa llamó al príncipe heredero, Kai salió al patio y se sentó junto a la fuente invadida por las malas hierbas. La tarde estaba muy avanzada y el cielo se iba apagando sobre las nubes plomizas. Kai se apoyó el mentón en la mano y contempló las hormigas que se paseaban por el pilón. Su papel en el plan era sencillo: persuadir a unos demonios enloquecidos de dolor con los que jamás había cruzado una palabra de que atacaran a los expositores, legionarios y jerarcas de la Sala Imperial en lugar de aprovechar la oportunidad para escapar.

Aparte de eso, sonaba sencillo, factible. Aunque parecía que Bashasa hubiera dibujado ese mapa con los pies.

Dos criados entraron en el patio; en cuanto lo vieron, tropezaron el uno con el otro con las prisas por apartarse de su vista. Kai estaba harto de que lo trataran como si estuviera corrompido y pudiera infectar a cualquiera que se acercara demasiado. ¿De verdad Bashasa confiaba en que esas personas no revelaran el plan a sus captores? A Kai le parecía la decisión más obvia, y eso que él no era

un mortal forzado a la servidumbre y encerrado como rehén en un palacio extranjero sin haber hecho nada.

Pero incluso suponiendo que pudieran confiar plenamente en los criados de Bashasa, Kai no sabía si podría animar a los demás demonios y convencerlos de que les ayudaran.

Con tantos clanes saredíes destruidos, tal vez los demonios del patio no tuvieran una familia mortal con la que volver, si es que sus cuerpos prestados no estaban ya agotados por la tortura y las penurias. Cuando los liberaran, no tendrían ningún motivo para quedarse a luchar. Huirían, matando a tantos mortales como pudieran por el camino. O buscarían un escondite donde quedarse a esperar, confiando en que el acceso al inframundo se restaurara algún día para poder regresar a sus cuerpos originales.

Si Kai tuviera algo de sensatez, haría lo mismo en cuanto lograra escapar de ese lugar. AI menos él tenía a la Abuela y a su familia demoníaca en el inframundo. Pero una parte de él no quería dejar a Enna. Ella era lo único que le quedaba de Kentdessa. Todos los demás miembros de la familia de Enna, de la familia de Kai, estaban muertos.

Dahin cruzó el patio, se sentó al lado de Kai y lo observó con expectación.

—Nunca había visto un demonio —dijo.

Kai enarcó una ceja.

—Pues hay unos cuantos encadenados en un patio, aquí al lado.

—Lo sé, pero mi hermana no me dejaba ir a verlos. —Dahin se acercó un poco más—. Yo también estoy escondido. Mi hermana vino aquí para solicitar a los jerarcas que no me reclutaran, ellos no le hicieron caso, y Bashasa le prometió que me ocultaría todo el tiempo que hiciera falta. Mi hermana le ha dicho a todo el mundo que me ha enviado de vuelta a las Tierras Benditas. Solamente nuestra familia sabe dónde estoy en realidad. Así que, si te preocupa que te delatemos, no lo vamos a hacer. Porque entonces nos castigarían, ya fueran los jerarcas, los patriarcas de los benditos inmortales, o ambos. —Se inclinó para apartar una piedrecilla que se interponía en la ruta de las hormigas.

—¿Castigaros? —repitió Kai. No sonaba tan mal como una muerte dolorosa, que era a lo que todos se enfrentaban allí.

—Meterían a Tahren en un bloque de hielo —dijo Dahin; era la

primera vez que se ponía serio—. Y a los demás nos ejecutarían. Pero si no matamos a los jerarcas, tarde o temprano se darán cuenta. Más temprano que tarde.

Así que la situación de los benditos era tan grave como la de los demás. Ahora Kai tenía más ganas de escuchar a Dahin.

De todas formas, la idea de que unos benditos inmortales tuvieran que huir y esconderse de los jerarcas, como todo el mundo, no le entristecía precisamente. Deberían haber luchado cuando tenían la oportunidad, antes de que los jerarcas destruyeran el mundo.

—¿Por qué no escapáis? —preguntó Kai—. ¿Por qué no os escondéis en otra parte?

—Cuando se den cuenta de que no estoy en las Tierras Benditas, ordenarán a los expositores de que me busquen. —Dahin miró fijamente a Kai. Sus ojos eran de un azul tan claro que parecían artificiales—. ¿Por qué a todo el mundo le dan tanto miedo los demonios?

Kai resopló, aunque no le hacía gracia. Nadie temía a los demonios en el lugar del que procedía él.

—Porque no morimos.

Le pareció que Dahin intentaba ocultar su escepticismo infructuosamente.

—Eso suena a superstición, a las historias que se cuentan los mortales. ¿Cómo sabes que…?

Ya no podía más. Kai desenvainó el cuchillo que Dahin llevaba en el cinto y se hizo un profundo corte en la muñeca. Dahin se quedó boquiabierto al ver que el tajo se cerraba al mismo tiempo que empezaba a brotar la sangre. La carne de Kai volvió a unirse como si fuese agua. Del corte solo quedaba una mancha roja.

—Oh —dijo Dahin. Kai le devolvió el cuchillo por la empuñadura y Dahin lo guardó—. ¿Cómo funciona?

La irritación de Kai iba en aumento.

—No es un truco.

—No, quiero decir… —Dahin se señaló—. Los benditos inmortales proceden del Pozo de Thosaren; nos consagran a él cuando nacemos y eso nos otorga una vida prolongada. Los mariscales y otros benditos mayores pueden extraer poder del Pozo. Todo lo demás es trabajo duro y entrenamiento.

—Y un complejo de superioridad inflado —añadió Kai.

—Bueno, sí, eso también —admitió Dahin con una sonrisa. Así no había quien se mostrara enfadado y hostil—. Pero ¿de dónde viene… lo tuyo?

Kai suspiró. Pero no había motivos para no explicárselo, no era ningún secreto.

—Este no es el cuerpo con el que nací. Mi cuerpo está en el inframundo. Cuando los demonios llegan aquí y ocupan cuerpos mortales ofrendados, obtenemos habilidades que no teníamos antes. En el inframundo somos… maleables. Aquí, eso significa que podemos curarnos tan deprisa que es muy difícil hacernos daño. Incluso ahora que los jerarcas han sellado el acceso al inframundo; yo no puedo volver, y nadie que viva allí puede venir aquí.

Dahin asintió despacio.

—Supongo que lo otro también es cierto. ¿Podéis destruir cosas solo con tocarlas?

—No es como creen los mortales. —Kai arrancó una hoja de las enredaderas que asomaban por el borde de la fuente y la levantó. A medida que drenaba la diminuta chispa de vida de esa hoja, esta se iba oscureciendo, secándose y marchitándose entre sus dedos.

—Ya veo. —Por su tono, era verdad que lo veía—. ¿Y eso… la fuerza vital, la energía… entra en ti?

—Más o menos. —Kai no entendía del todo adonde iba a parar. Cuando mataba así a los legionarios, la energía vital le vibraba inútilmente en el pecho.

—¿Y puedes hacérselo a un ser vivo entero? ¿A un animal, a una persona? —Dahin parecía demasiado absorto en su curiosidad como para darse cuenta de lo que estaba preguntando. Miró a los ojos a Kai, algo avergonzado—. Si te estuviera atacando, claro.

—Sí. —Kai se deshizo de la hoja de un papirotazo—. No es agradable.

Dahin asintió.

—¿Quieres decir que te cuesta mucho esfuerzo?

—No. No es agradable de ver.

—Ah. —Dahin parecía un poco asustado, pero no lo suficiente para poner fin a la conversación, que era lo que quería Kai—. Creo que ahora ya entiendo por qué a los demonios se les asocia con todo tipo de corrupción moral en nuestra cultura, no solo la corrupción

física. Parece una malinterpretación de vuestra esencia natural. ¿Puedes revertir el proceso?

Kai frunció el ceño.

—¿Revertirlo?

—¿Devolverle la energía a la hoja? —Dahin se levantó con entusiasmo, se inclinó y sacó la hoja marchita del pilón de la fuente seca—. Prueba, a ver qué pasa.

Kai jamás había drenado nada ni a nadie que no pretendiera matar; no tenía por costumbre destruir plantas ni nada que fuera útil o inocuo. Pero Dahin había despertado un recuerdo: Kai tumbado en la arena húmeda, viendo morir a Adeni y creyendo que quizá pudiera entregarle la vida de la criatura que lo había matado. Kai frunció el ceño, tomó la hoja seca y se concentró, buscando el hilo entre la hoja y la chispa de vida que sentía en su cuerpo. Seguía allí, pero se desvanecía rápidamente. Tiró con suavidad de él.

La hoja se desplegó y sus nervios empezaron a verdear.

—Vaya —dijo Kai en voz alta.

Dahin asintió lentamente.

—Interesante. —Se volvió y rebuscó entre las hojas secas—. Y ahora, en vez de meter la energía en la misma hoja, ¿podrías enviársela a otra? Creo que es la pregunta obvia que cabe hacerse.

Era… extraño. Kai no había descubierto que los demonios resultaban terroríficos para mucha gente hasta que había estallado la guerra y los mortales de otras tierras se habían unido en batalla a los saredíes y los fronterizos. Había pasado dos ciclos estacionales completos marchando o cabalgando por campamentos donde sus aliados lo miraban con miedo y odio, hasta el punto de que ya se lo esperaba, ya estaba acostumbrado. Pero ahora Dahin había reducido el poder horripilante de los demonios a algo interesante y obvio.

Dahin extendió una selección de hojas prometedoras (al menos para él) a lo largo del borde quebrado de la fuente de piedra. Pero en ese momento salió un criado por una puerta, cruzó el patio corriendo y pasó de largo, tan asustado que ni siquiera se molestó en evitar a Kai. Dos soldados ariké entraron en el patio. Kai se puso rígido, pero entonces Bashasa apareció detrás de él, saliendo de una habitación, y les hizo una seña brusca. Las soldados se dieron la

vuelta y se marcharon enseguida por otro umbral.

Bashasa se acercó a Kai y Dahin.

—Id con Ziede. Ella os esconderá con su…

Otra criada salió al patio y apretó la espalda contra la pared. Sus ojos, muy abiertos y asustados, parecían enviar un mensaje urgente a Bashasa, que suspiró.

—No hay tiempo. Quedaos donde estáis, bajad la mirada y fingid que sois…

Un expositor salió al patio.

Kai no tenía ni idea de lo que Dahin y él tenían que fingir, pero ambos eran menudos y estaban sentados en el suelo, jugando con las hojas secas como dos niños, así que optó por eso. Agachó la cabeza y clavó la mirada en el pavimento cubierto de musgo. Notó que Dahin se ponía rígido de espanto y se quedaba sin aliento. Kai le echó un brazo por encima y lo atrajo hacia él; Dahin escondió la cara en el hombro de Kai. Quizá les serviría; seguro que nadie en el palacio de los jerarcas pensaba que un mortal tocaría voluntariamente a un demonio. Pero Dahin no era del todo mortal. Si el expositor lo detectaba…

—Ah, Cantenios. Es un honor recibir tu visita. ¿Qué te trae por aquí? —dijo Bashasa con un exceso de simpatía en la voz.

Unos pies calzados con botas, más de dos, caminaron hacia ellos. El expositor traía una comitiva, seguramente legionarios del palacio.

—Príncipe Bashasa —dijo una voz. Antes de bajar la mirada, Kai vislumbró a un hombre mayor, de tez pálida y barba pulcramente recortada, vestido con un abrigo dorado sobre una túnica con falda de color negro y dorado. Del cuello de su túnica pendía un adorno de oro y esmalte. Llevaba un velo dorado echado hacia atrás sobre el cabello oscuro; solo le tapaba hasta los ojos. Del cinturón colgaba un bastón oscuro; un rompembrujos—. Me he enterado de vuestra reciente pérdida y quería expresaros personalmente mis condolencias. —Hablaba imperial con un acento que Kai no identificó—. Raihankana, la Voz del Jerarca, también os transmite su… pésame.

Se hizo el silencio.

—Gracias, y gracias también a la Voz del Jerarca por su cortesía. —Su voz se había vuelto ronca y un tanto inestable. A Kai no le

parecía que estuviera fingiendo—. También le agradezco a la Voz del Jerarca que me permita devolver su cuerpo a nuestra patria para celebrar los ritos fúnebres.

¿El cuerpo de quién?, se preguntó Kai.

—Sí, os han dado permiso, ¿verdad? —Cantenios se acercó más, tanto que Kai distinguió las cuentas de oro que llevaba en el bajo de la falda y en las punteras de las botas negras—. Supongo que enviaréis a alguien a escoltar el ataúd.

—A una dependiente de mi familia, su niñera. Como es nuestra costumbre. —Bashasa sonaba angustiado, distraído—. ¿Pensáis que voy a aprovechar la oportunidad para… sacar a alguien de este palacio? La Voz del Jerarca me halaga con su atención. Pero no tengo a nadie más a quien sacar.

—Ni siquiera a vuestros nuevos invitados. —No era una pregunta.

—¿Te refieres a la mariscal inmortal? —La voz de Bashasa se empezó a llenar de irritación—. Sí, ha honrado mi casa con su presencia. Ah, aquí viene.

Los pasos de Tahren no hacían ruido, pero Kai percibió que se acercaba gracias al hilo de poder de su sangre. La tela de su tabardo produjo un roce al detenerse, formando el tercer vértice de un triángulo con Bashasa y Cantenios.

—Expositor —dijo Tahren.

—Mariscal inmortal. Siempre resulta vigorizante ver a un miembro de los benditos.

—En efecto —dijo ella lacónicamente.

Kai se mordió el carrillo. Bashasa estaba muy nervioso, daba bandazos de una emoción a otra. Y ahora Tahren iba a hacer que los mataran a todos, y no por traicionarlos, sino por ser una imbécil orgullosa y terca.

—Pero yo no me refería a la mariscal inmortal —dijo el expositor—. Me refería a estos invitados.

Kai notó un hormigueo en la piel y supo que el expositor los estaba mirando a él y a Dahin.

—Seguro que puedes levantarte para saludarme, Dahin de los benditos —continuó Cantenios—. Disculpa, de los benditos menores.

Kai notó que el pecho de Dahin se hinchaba y deshinchaba con

su respiración agitada.

—Se temía que el joven Dahin se hubiera perdido en el palacio o la ciudad —siguió Cantenios—, así que Raihankana, la Voz del Jerarca, me ha prestado esto. —Levantó uno de los adornos sujetos a su cinturón con cadenas: una placa de oro lisa con un disco de obsidiana engastado. Kai reprimió un estremecimiento, pero no sabía por qué. Ese disco alteraba el aire que lo rodeaba de una forma que escapaba a sus sentidos; era como un picor en el cerebro.

—Una piedra de búsqueda —añadió Cantenios—. Percibe la ubicación de los benditos inmortales y menores.

Dahin se soltó del brazo de Kai y se puso de pie.

—Pido disculpas, expositor —dijo con la voz un poco pastosa—. Estaba… alterado.

—¿Te abruma el honor de unirte al Pozo de los Jerarcas? —El expositor lo decía como si fuera divertido, como si comprendiera el miedo de Dahin, como si lo hubiera visto muchísimas veces antes y siempre le resultara igual de entretenido.

—Un honor que no se exige a todos los expositores, según tengo entendido —dijo Tahren con voz gélida y tranquila.

—No, en efecto. A muchos de nosotros se nos valora por nuestra independencia. ¿Y cuándo será el feliz día del joven Dahin? —preguntó Cantenios.

—Que yo sepa, aún no se ha fijado —contestó Tahren.

—Yo me encargaré de averiguarlo —le prometió Cantenios—. ¿Y esta quién es?

Unas ardientes punzadas de miedo subieron por la espalda de Kai. Miedo y decepción. Ni siquiera iban a tener la oportunidad de poner en práctica el plan desesperado y destinado al fracaso de Bashasa.

El príncipe consiguió sonar despreocupado, como si le diera igual.

—Es solo una de mis dependientes. Le hace compañía a Dahin.

Cantenios parecía tranquilo y contento.

—No viste como una sirvienta.

Kai se mordió el labio para mantener una expresión impasible. Al menos eso era culpa de Bashasa: le había dado ropa adecuada para la posición que los ariké creían que ocupaba Kai.

En ese momento el expositor alargó el brazo y colocó dos dedos

encallecidos bajo la barbilla de Kai.

El cerebro de Kai se quedó en blanco e inmóvil, como si lo invadiera una luz. La sensación debería haber sido de rabia, pero era demasiado grande para eso, demasiado grande para ponerle nombre, demasiado para sentirlo todo a la vez.

Me verá los ojos, se dará cuenta de lo que soy y los matará a todos, a Bashasa, a Ziede, a las soldados y a los que traen la comida y limpian las habitaciones, pensó Kai. *Me verá los ojos y morirá.* Ambos resultados eran igualmente posibles, pero Kai ya había tomado una decisión.

Lo que iba a hacer no estaba en el plan. Pero lo iba a hacer de todas formas. Cuando el expositor le levantó la barbilla para dejar al descubierto los pozos negros de sus ojos, Kai le sonrió y le agarró la muñeca.

Jamás había logrado ponerle la mano encima a un expositor. En su mente pudo ver el poder de Cantenios, lo vio fluir por su cuerpo a través de las mismas venas que llevaban su sangre. Oyó los restos de los sacrificios mortales que habían atrapado ese poder y que lo mantenían allí para que Cantenios lo usara; era como si sus últimos gritos y sollozos siguieran resonando.

—Mierda —oyó que decía Bashasa.

Cantenios, paralizado, se resistió y formó intenciones para hacer de su poder un muro contra Kai. Él nunca se había enfrentado a nadie ni a nada capaz de resistirse. Era un desafío embriagador. Los legionarios parecieron moverse a velocidad ralentizada cuando se dieron cuenta de lo que era Kai, de lo que ocurría. Bashasa fue mucho más rápido: un cuchillo apareció de pronto en su mano mientras se adelantaba y lo hundía en la garganta del legionario más cercano.

Kai empujó con todas sus fuerzas; si no sometía a Cantenios ya, el expositor tendría la oportunidad de emplear su propio poder, extraído del Pozo de los Jerarcas. Le atacaría con una intención o sacaría el rompembrujos del cinturón y Kai se desplomaría indefenso. Tahren pasó como un destello frente a Kai y abatió a otro legionario con su espada recta. Las soldados de Bashasa irrumpieron en el patio y el choque de cuerpos y aceros resonó en los límites de la visión de Kai.

Se esforzó al máximo, notando que el cuerpo de Enna se

entumecía, que empezaba a marearse. Pero entonces el poder de Cantenios cedió con una sensación muy parecida a la de morder una granada madura. Kai lo atravesó, halló la energía vital escondida en el pecho del expositor y la drenó.

El cuerpo reseco de Cantenios cayó de espaldas en la fuente sin agua, y Kai se puso de pie. Miró a Dahin, que estaba acuclillado en el pavimento y contemplaba a Kai con la boca abierta. En la mente de Kai solo estaba la conversación que había mantenido con Dahin.

—Ahora ya has visto cómo es.

Tahren, Bashasa y un puñado de soldados ariké se alzaban entre los cuerpos caídos de los legionarios. Bashasa tenía la frente manchada de sangre. Ziede estaba al otro lado del patio, con los ojos abiertos de espanto. Los sirvientes asustados o emocionados se asomaban por los umbrales. Bashasa soltó la espada curva de legionario que empuñaba y caminó hacia Kai.

La euforia por el inesperado diluvio de poder del expositor había eclipsado todo recelo, pero aun así Kai no supo qué esperar cuando Bashasa lo agarró por los hombros.

—Lo has conseguido —dijo el príncipe; sus ojos oscuros estaban un poco vidriosos—. Has matado a ese monstruo.

A pesar de la embriagadora sensación, Kai iba siendo consciente de que había echado a perder la cuidadosa conspiración de Bashasa.

—Pero el plan… —dijo.

Bashasa lo zarandeó con suavidad.

—El plan —repitió como si no tuviera ni idea de a qué se refería. Se quedó inmóvil y abrió los ojos de par en par—. El plan.

—¿Qué hacemos ahora? —dijo Tahren.

Debería haber sido gratificante ver a una mariscal inmortal desorientada, notar la urgencia de su voz, pero Kai solo sintió una creciente consternación a medida que la fría realidad se iba asentando. Había arruinado la oportunidad de demostrar que era posible matar a los jerarcas.

Ziede pasó por encima del cuerpo ensangrentado de un legionario, con el ceño fruncido de turbación.

—Puedo tejer una quimera… Pero alguien vendrá a buscarlos…

Bashasa se dio la vuelta y miró a Ziede, con una mano todavía posada en el hombro de Kai.

—No. Hay que actuar. Ahora —dijo.

—La investidura… —señaló Tahren—. Los otros dos jerarcas todavía no están aquí.

—A la mierda la investidura —dijo Bashasa con convicción—. Tenemos la oportunidad de acabar con dos jerarcas; eso es más de lo que nadie ha logrado nunca. —Se volvió de nuevo hacia Kai y le apretó el hombro—. ¿Sí?

Kai no podía creer que Bashasa lo estuviera tocando después de lo que acababa de presenciar, con el cuerpo de Cantenios convertido en un bulto reseco a sus pies. Pero en el semblante de Bashasa no había nada más que una absoluta determinación. Algo en ese rostro le hizo creer a Kai que todo era posible.

—Sí —dijo.

Bashasa asintió. Soltó a Kai y se volvió hacia los suyos.

—Casi es la hora de que los jerarcas reciten sus oraciones diarias en la Sala del Templo. Ese será nuestro nuevo objetivo. Quienes puedan luchar, que formen aquí. Quienes quieran llevar a nuestro hogar la noticia de nuestra venganza, que se preparen para partir.

Tahren avanzó hacia Ziede, dejando ver su incertidumbre.

—Puedo enseñarte la intención del Patio de los Demonios Cautivos.

Ziede asintió con firmeza.

—Sí. Pase lo que pase, si al menos logramos eso… ¡Nos vamos, Bashasa!

Bashasa se despidió con un gesto mientras salía a zancadas del patio.

De pronto Tahren parecía más cómoda en su propia piel; la calma y la determinación tornaron su rostro impenetrable.

—De acuerdo. Kaiisteron, tú te vienes con nosotras. Dahin, quédate con el grupo que se marcha. Te buscaré después.

Dahin se levantó con cara de angustia.

—Hermana… —Ella le echó una mirada y Dahin se tragó sus objeciones—. Ten cuidado.

Tahren y Ziede se dirigieron a la galería. Kai pasó por encima del cuerpo de Cantenios y echó a correr tras ellas.

Ya estaban en el pasillo cuando una voz lo llamó:

—¡Cuarto Príncipe!

Kai se dio la vuelta. Una joven soldado ariké con una cicatriz en un ojo iba tras ellos. Se detuvo a unos pasos y le tendió algo, un

objeto con empuñaduras forradas de cuero. Kai la cogió sin pensar, confundido. En un extremo tenía unas tenazas afiladas; parecía una herramienta agrícola.

—Para las cadenas —le explicó la soldado chapurreando imperial y haciendo movimientos de tijera con los dedos.

—¡Ah, claro! —dijo Kai al comprender—. ¡Gracias!

La joven asintió y se alejó por el pasillo. Kai echó a correr para alcanzar a Ziede y Tahren. Sin dejar de dar largas zancadas, Tahren miró la herramienta que Kai tenía en la mano.

—Se usa para fabricar armaduras benditas. Las hojas son de acero noble. Con ellas te liberamos.

Mientras procuraba esconderse las tenazas bajo la túnica sin clavárselas en el pecho, Kai sintió un hilo de esperanza. Bashasa, al menos, creía que todavía tenían posibilidades de triunfar.

SIETE

Cuando el alba empezaba a iluminar el cielo, Kai salió a la cubierta con una taza de agua de jengibre caliente, mientras los demás seguían dentro, comiendo. La escolta había preparado gachas de mijo en los camarotes de proa, y Ramad había mandado subir una parte a la cubierta superior. A pesar de la aparente tregua, tanto Tenes como Ziede habían comprobado primero que la comida no estuviera envenenada.

Las suaves elevaciones de la costa del Arkai se extendían ahora a lo lejos; su plan era encontrar un punto de desembarco seguro donde dejar a la cohorte inconsciente. Si Tahren estaba retenida en algún lugar de las ciudades-Estado ariké, quizá lo mejor sería abandonar el barco y dirigirse tierra adentro. Por el contrario, si la habían llevado a algún territorio fuera del Mundo Emergente, aquel barco era la mejor forma de llegar hasta allí y Ziede no podía permitirse perderlo. La incertidumbre era como hacer equilibrios en el filo de un cuchillo; si el bendito inmortal no les daba respuestas, Kai no tenía ni idea de qué hacer a continuación.

Volver a Benais-arik y preguntárselo a Bashat, cara a cara, pensó Kai. Sí, regresar a la corte del Mundo Emergente era buena idea… si quería arriesgarse a terminar de nuevo en el fondo del mar. Sobre todo cuando Bashat descubriera lo que había hecho Kai.

Se frotó los ojos. Probablemente era un mal momento para trazar planes. Había pasado casi toda la noche en cubierta, de guardia, mientras Ziede dormía, despertándola cada vez que tocaba aplacar a los diablos de viento. Había podido dormir un poco antes del amanecer, cuando Tenes había ocupado su lugar.

Ashem y Ramad estaban en la cubierta inferior, deliberando. De pronto ambos parecieron tomar una decisión y subieron las escaleras. Ashem sacó un mapa de tela y dijo sin más preámbulos:

—Aquí cerca hay un sitio donde podríamos dejar a la cohorte. —Abrió un atril plegable instalado en el extremo del banco curvado y extendió el mapa encima—. Esto es Orintukk.

Es una ciudad abandonada.

Sanja, masticando todavía, salió por la escotilla. Kai frunció el ceño y giró el mapa para verlo desde el ángulo al que estaba acostumbrado.

—He oído hablar de ella. Fue de las primeras en caer.

Nunca había estado allí. Avagantrum estaba situada en el interior, y Kai siempre viajaba allí por tierra; nunca había tenido motivos para ir desde esa dirección ni para pasar por Orintukk. Como bien decía Ashem, era una ciudad abandonada, un ruinoso monumento a sus habitantes asesinados.

—Sí, los jerarcas desembarcaron sus legiones allí cuando llegaron al Arkai. —Ramad se inclinó y deslizó un dedo por la costa, siguiendo la ruta más probable que habían tomado los barcos de los jerarcas. Kai retrocedió un paso. Lo que Ziede le había comentado sobre Ramad estaba haciendo que se comportara como un idiota cohibido. Ramad, sin darse cuenta de nada, continuó—: Durante un tiempo la emplearon como lugar de acuartelamiento. Nunca se repobló, pero seguramente en los alrededores queden algunas granjas.

—Yo estuve allí una vez —dijo Ashem—. Que recuerde, los embarcaderos y espigones siguen en pie. —Tocó un punto del mapa, situado más arriba que el dibujo de la ciudad—. Aquí, río arriba, hay un puesto avanzado del Mundo Emergente. Puedo enviar mensajeros para que ayuden a la cohorte.

Sanja se asomó por encima del codo de Kai para ver mejor.

—¿Por qué está abandonada la ciudad? —Clavó un dedo, con la uña mordisqueada, en la imagen de Orintukk, un pequeño boceto

de cúpulas bulbosas y murallas rodeadas de flores acuáticas y peces —. ¿Está en ruinas, como la ciudad de la montaña de fuego?

—No la destruyeron. Sencillamente, los jerarcas no dejaron a nadie con vida cuando se marcharon —le explicó Kai—. Puede que vivan mortales cerca o en la periferia, pero no quedaron los suficientes para repoblar la ciudad.

—Sin gente no hay tráfico de barcos, ni caravanas, ni mercados —añadió Ramad.

—Pero ¿y toda la gente que vive por aquí? —Sanja extendió los dedos por el mapa, abarcando el río y los valles que salían de Orintukk, las líneas de las viejas carreteras y canales. Tenía el ceño profundamente fruncido—. ¿No quieren vivir en la ciudad?

—Hay poca gente. Casi todos murieron. —Kai la vio temblar a medida que comprendía la terrible verdad—. Antes el mundo era un lugar mucho más grande, con muchísimas más personas.

Ashem se impacientaba, pero Ramad se dirigió a Sanja.

—¿Dijiste que eras de la Boca de Flores?

La niña lo miró con algo de desconfianza, pero contestó:

—Sí.

Ramad asintió.

—¿Alguna vez cruzaste los puentes que llevan tierra adentro y viste las murallas y los canales?

Ella asintió sin dejar de fruncir el ceño.

—Los veía desde el dique. Allí no hay nada. No es más que un gran jardín, no vive nadie.

—Antes sí, cuando formaba parte de Nehush. La mayor parte de los habitantes de la ciudad vivían allí, en casas construidas a lo largo de los canales, y cruzaban la bahía en barquitas hasta el puerto. Cientos, miles de personas. —Se volvió hacia Kai, que le devolvió la mirada sin decir nada. ¿Acaso Ramad sabía que Kai había llegado al mundo mortal como saredí? Eso querría decir que sus preguntas «históricas» del día anterior habían sido una enrevesada pretensión de ignorancia. Pero, de ser así, no tenía sentido delatarse ahora.

No había ciudades abandonadas en los llanos. El viento había borrado las cicatrices que habían dejado las grandes tiendas incendiadas. Los pastos habían vuelto a brotar. Si seguías el curso de los ríos, los rebaños de cabras y caballos ahora salvajes, podías

hallar restos de los canales que se excavaban durante las estaciones de la Luz Dorada y los Cambios Verdes para regar los huertos, desenterrar herramientas oxidadas y puntas de flecha, pero solo si buscabas con mucha atención.

Sanja ya había asimilado la idea, o la había dejado a un lado para analizarla más tarde.

—¿En Orintukk viven fantasmas? —preguntó.

—¿Eso te supone un problema? —dijo Kai.

—Los fantasmas te roban la cara —contestó Sanja. Luego miró a Kai con los ojos entornados y se corrigió—. La tuya no.

—La mía no —coincidió Kai. Ashem los miró con el ceño fruncido. ¿Se estaría preguntando si ya era tarde para Sanja, si las brujas y el demonio ya la habían corrompido?—. Pasaremos por Orintukk y podréis sacar a la cohorte del barco —continuó—. Pero primero Ziede va a utilizar la conexión de la columna de dirección del barco con el Pozo de Thosaren para convocar a un bendito inmortal, probablemente un mariscal inmortal, para que nos responda a unas preguntas. Apelará a su derecho de parentesco, pero en función de qué bendito se presente, es posible que intente matarnos.

Ashem frunció el ceño todavía más.

—Espera, ¿qué? ¿Un mariscal inmortal podría intentar mataros?

Kai se recostó contra la amurada y se encogió de hombros.

—Ya veremos.

Ramad, que parecía muy metido en su papel de «el Razonable», dijo:

—Orintukk está cerca. ¿Podemos atracar allí y bajar a la cohorte primero?

—No, porque es posible que necesite a los soldados como rehenes. —Era mentira, pero una mentira que Ashem y Ramad se creerían.

Si el mariscal inmortal que respondiera a su llamada no estaba involucrado en la conspiración, pero decidía ignorar el derecho de parentesco de Ziede y matarlos por los viejos tiempos, a la escolta y la cohorte hechizada no les pasaría nada. Los benditos inmortales siempre estarían manchados por su relación con los jerarcas, pero ciertamente se habían ganado la reputación de no dañar a los civiles y los no combatientes a menos que les conviniera. Si el mariscal que

aparecía estaba implicado en el complot, cualquiera que hubiera estado en ese barco con Aclines moriría, incluso si para entonces ya habían desembarcado a los mortales en Orintukk.

—Si el mariscal nos mata a Ziede, a Tenes y a mí, te agradecería que le dijeras que Sanja viaja con tu escolta —añadió Kai.

—¡Oye! —protestó Sanja, molesta—. ¡Yo no quiero ir con su escolta!

A Ashem no le gustaba nada lo que estaba oyendo.

—Justamente a esto me refería anoche —dijo, acalorada—. Por eso vosotros… Por eso la gente teme a los brujos.

Era tan completamente injusto que Kai no pudo dejarlo pasar.

—No, por eso deberían temer a los benditos inmortales.

La expresión de incredulidad de Ramad se transformaba en consternación. Por lo visto pensaba que Kai exageraba.

—¿De verdad crees que podría querer mataros?

—Yo sé tanto como tú. —Kai se cruzó de brazos y se puso a contemplar el mar.

En ese momento Ziede salió del camarote principal, quitándose migas de los dedos.

—Vamos a hacerlo de una vez —dijo con la boca rígida y seria.

Caminó hasta la columna de dirección, levantó la placa metálica y apoyó la mano en la piedra blanca instalada debajo. Kai notó un cambio en el aire, un repentino hormigueo de calor en la piel. El Pozo de Thosaren no era como el Pozo de los Jerarcas, pero seguía siendo algo ajeno, adverso a todo lo que era Kai.

—Soy Ziede Daiyahah, esposa de Tahren Stargard, e invoco mi derecho a una audiencia formal como pariente de los benditos.



—¿De verdad que este era el mejor plan? —Ramad observaba el cielo azul surcado de nubes con una expresión desesperada apenas perceptible. El sol había ascendido un poco, pero Kai sabía que no tardaría mucho más.

—Ramad, tu opinión me trae sin cuidado —dijo Ziede, muy paciente para tratarse de ella—. Te lo he explicado tan claramente como he podido y ya no sé qué más hacer para que lo entiendas.

Ashem, cruzada de brazos y con una expresión entre la furia y el

disgusto, dijo:

—Os estaría bien empleado que el bendito os matara. Aunque preferiría que no se nos llevaran a todos los demás por delante.

—Líder de cohorte, yo no quiero llevarte a ningún sitio —le dijo Kai.

—El sentimiento es mutuo, créeme —contestó ella.

Los benditos inmortales más poderosos eran capaces de utilizar el Pozo de Thosaren para transmutar sus cuerpos entre dos lugares, pero solo si había una fuente del Pozo en ambos extremos. Invocar el derecho de parentesco a través del Pozo debería garantizar que el bendito inmortal que acudiera fuera pariente de Tahren, alguien que había jurado por su honor no hacer daño a Ziede. Pero también podría atraer la atención de los cómplices que Aclines tenía entre los benditos inmortales.

Kai le explicó todo eso a Sanja cuando esta le preguntó por qué estaban mirando el cielo, en lugar de otear el horizonte en busca de barcos.

—Si pudieran transportarse a cualquier lugar que quisieran —concluyó Kai—, nunca habríamos conseguido que se retiraran de la guerra. Habrían estado por todas partes, como las pulgas.

La expresión de Ramad era tensa y seria.

—Vais a… ¿Qué pasa si el mariscal inmortal…? —dijo, pero se interrumpió.

¿Qué iba a decir? *Vais a morir. ¿Qué pasa si el mariscal inmortal os mata?* Ramad tenía que estar preocupado por el destino de la cohorte y la escolta. Entonces Kai detectó la chispa de luz en el fresco aire de la mañana, muy alta, demasiado alta y nítida para ser un truco del sol o un reflejo del barco.

—Entra en el camarote —le ordenó Kai a Sanja—. Líder de cohorte, saca a tu escolta de la cubierta.

Sanja titubeó un momento, mirando el cielo, pero luego echó a correr hacia la escotilla. Ashem se dio la vuelta y gritó una orden. Su escolta se lanzó hacia las escaleras delanteras. Tenes salió con decisión del camarote principal y se situó al lado de Kai y Ziede.

—No hace falta que estés —le dijo Kai.

Con la vista fija en el cielo, Tenes respondió con señas: *Quiero estar.*

La silueta brillante creció en tamaño y nitidez a medida que su

caída meteórica se ralentizaba. Era un mariscal inmortal, no un bendito cualquiera. Llevaba una coraza y unos brazales de oro sobre una túnica de color amarillo claro con un tabardo, y pantalones largos con las perneras metidas en unas botas altas de cuero con relieves dorados. Llevaba el cabello totalmente rapado hasta el cuero cabelludo, como un leve polvo de plata sobre su piel leonada. Empuñaba una lanza rematada con la bandera blanca de los benditos.

—Presumida, condescendiente… —El murmullo inaudible de Ziede se hizo audible—. Ah, es Saadrin. Bueno, si tenemos que matarla, al menos no será una gran pérdida.

Juzgando sus interacciones pasadas, Saadrin opinaba lo mismo de Ziede. Saadrin era pariente lejana de Tahren, pero los linajes de los benditos inmortales eran más extensos y complejos incluso que las casas demoníacas o los clanes saredíes; Kai no sabía cómo funcionaban.

Durante la guerra, Saadrin había sido una de los benditos inmortales que habían luchado al lado de los jerarcas. También había participado en la negociación del tratado entre los benditos inmortales y el recién creado Mundo Emergente, pero eso no garantizaba nada. Tras la caída de los jerarcas, los benditos inmortales no habían tenido más remedio que negociar con la coalición.

—Podría habernos tocado alguien peor —dijo Kai. Tahren tenía parientes mucho más hostiles.

Saadrin aterrizó con agilidad en la cubierta, delante de la columna de dirección. Recorrió con la mirada a Kai y a Tenes, ignoró totalmente a Ashem y a Ramad y clavó los ojos en Ziede.

—¿Cómo has obtenido este barco? —preguntó; sus ojos grises rebosaban furia. Hablaba en imperial antiguo. Era el idioma que los benditos inmortales habían decidido emplear con los seres inferiores, y nada les había hecho cambiar de opinión, ni siquiera tras la muerte y la desaparición de los jerarcas.

—Oye, ¿no vas a referirte a tu cuñada por su nombre? —dijo Kai.

La mandíbula perfecta de Saadrin se tensó, pero dijo:

—Ziede Daiyahah. ¿Qué hacéis tú… y ese demonio… con este barco? —Era imposible que Saadrin reconociera a Kai en su nuevo

cuerpo, pero sabía que era un demonio por sus ojos. Y Ziede Daiyahah solamente viajaba con un demonio en concreto.

Por la rigidez de sus hombros, Kai advirtió que Ziede estaba tensa, pero no creía que nadie más se diera cuenta. Y menos Saadrin, que probablemente no se fijaba en casi nada de aquellos que consideraba seres inferiores. Ziede frunció el ceño, pensativa.

—Ya que me lo preguntas con tanta educación, se lo quitamos al expositor Aclines.

—Un expositor. —La voz de Saadrin rezumaba desagrado e incredulidad—. Traedlo ante mí.

—Tristemente, es imposible. Lo están mordisqueando los cangrejos en el fondo del mar. —Ziede ladeó la cabeza con gesto inquisitivo—. ¿Entonces no fuiste tú quien le entregó el barco?

—¿Por qué dices tal cosa? —Saadrin entornó los ojos—. ¿Qué hacéis vosotros aquí? —Desvió la mirada hacia Ashem y Ramad, como si acabara de percatarse de su presencia—. ¿En qué concierne esto al Mundo Emergente?

Ashem respondió, tensa pero controlándose:

—El expositor capturó a mi escolta y a una cohorte imperial y nos obligó a subir a bordo. En eso nos concierne.

La expresión de Saadrin se ensombreció.

—¿Para qué?

Fuera cual fuera la reacción que esperaba Ashem, no era esa. Soltó un ruido ahogado de rabia e incredulidad. Ramad, que debía de haber lidiado con muchos benditos inmortales, dijo secamente:

—No nos reveló sus motivos.

Si de verdad nos quisieran ver muertos, podrían haberle dicho que los capturamos nosotros pensó Kai. Pero quizá creyeran más conveniente confiar en que Kai y Ziede mantuvieran su promesa de desembarcar a la cohorte en Orintukk.

—Muchas preguntas. —Ziede enarcó las cejas—. Como un inocente que pide instrucciones.

—Podéis responder a una de ellas. —El escepticismo y la suspicacia de Saadrin iban en aumento—. ¿Quién es ese tal Aclines? ¿Cómo obtuvo este barco? —Miró con el ceño fruncido los ornamentos de la escotilla del camarote de popa. Kai sospechaba que con eso podía identificar el nombre y otros detalles del barco, pero Saadrin no quiso iluminarlos.

Ziede separó las manos.

—Te he dicho cuanto sabemos. Esperaba que tú nos dieras respuestas, bendita inmortal.

La expresión de Saadrin se volvió más furibunda, pero logró ignorar el sarcasmo.

—Ningún mortal, ni siquiera un expositor, podría robar este barco.

Ziede no se lo discutió.

—No creemos que lo robara. Por eso te he preguntado si se lo habías entregado tú.

Saadrin parecía absolutamente furiosa.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Esa habría sido mi siguiente pregunta si hubieras respondido a la primera —dijo Ziede con una paciencia pensada para resultar irritante.

Saadrin dijo entre dientes:

—Yo no le he entregado a nadie un barco sagrado del Pozo de Thosaren, y mucho menos a un expositor. —Contempló la cubierta, apretando los labios con desagrado—. El aura de este barco está contaminada. ¿Le ha hecho algo la abominación de Kaiisteron?

Ashem, que había conseguido controlar su furia lo bastante para recuperar la facultad del habla, dijo:

—Te he dicho que Aclines capturó a una cohorte imperial La utilizó para sus infames propósitos a bordo de este barco. ¡Si hay algún bendito inmortal involucrado, al Mundo Emergente no le hará ninguna gracia! El tratado ya corre peligro por la… —Ramad le tocó el brazo y Ashem se calló, cerrando la boca con fuerza. Había estado a punto de revelar que Tahren había desaparecido, pero por suerte era evidente que Saadrin no le hacía caso.

Ziede sonrió con indulgencia.

—Como bien dice, Aclines creó un pozo de poder con los mortales del Mundo Emergente que capturó. Probablemente sea eso lo que percibes.

El rostro de Saadrin se contrajo de repugnancia.

—¿Dónde está la Caída? ¿Se encuentra aquí? ¿Ha participado en esto?

Kai tuvo el mal presentimiento de que Saadrin estaba tan desconcertada como parecía.

—Más preguntas —dijo Ziede, cruzándose de brazos. Habló con Kai a través de su perla: *No miente tan bien*.

Tienes razón, coincidió Kai. No sabe dónde está Tahren. Era poco probable que Saadrin fuera quien le había entregado el barco a Aclines. De lo contrario, ya habría intentado matarlos, en lugar de discutir y dar rodeos. Por lo tanto, quizá pudieran fiarse de las respuestas de Saadrin, si es que conseguían sacarle alguna.

—¡Responded! ¿Se encuentra aquí? —preguntó Saadrin.

Ziede logró que su enorme decepción no se reflejara en su rostro, pero Kai la percibió en su voz interior.

—¿Dices que no sabes dónde está?

—¡Si lo supiera, no os lo preguntaría! —escupió Saadrin.

Ziede la miró fijamente y luego tomó una decisión.

—Tahren ha sido capturada por un enemigo, posiblemente junto con mi cuñado Dahin. He apelado al derecho de parentesco con los benditos para preguntarte si conoces algún modo de localizarlos.

La expresión de Saadrin era de profunda irritación.

—¿Es verdad eso? Ni siquiera la Caída eludiría sus responsabilidades en un momento como este.

Al menos Saadrin no fingía ignorar la inminente renovación de la coalición y el papel que Tahren jugaba en ella.

—¿Por qué iba a mentirte sobre una cosa así? —dijo Ziede en tono burlón.

—No tengo ni idea, pero seguro que tendrías algún motivo —le aseguró Saadrin con gesto serio.

Ziede no mordió el anzuelo.

—Conozco las reglas del derecho de parentesco. No puedes privar de Tahren a sus dependientes si sabes dónde se encuentra.

—No sé dónde está. Puedes creer lo que te plazca. —Saadrin miró fijamente a Ziede para intimidarla; Kai le podría haber dicho que eso era imposible—. Tampoco conozco el paradero de Dahin. Pero incluso tú entenderás que la conexión de un bendito menor con el Pozo de Thosaren no es la misma.

—Lo entiendo. —Ziede guardó silencio un momento para hacer creer a Saadrin que iba a ceder—. Pero seguro que conoces algún modo de encontrarla a ella —continuó—. Te he visto hacerlo antes.

A juzgar por la tensión de su boca, estaba claro que Saadrin no quería hablar sobre esa mancha en la historia de los benditos

inmortales.

—Nuestros métodos para localizar benditos errantes no son tan exhaustivos como en la época de los jerarcas. Hace tiempo que a la Caída no se la considera una criminal. —Por su tono de voz, ese cambio no era de su agrado.

Ziede asintió.

—Pero la puedes localizar.

—No puedo. —Saadrin no podía ser más reacia; el derecho de parentesco con una bruja debía de pesarle más que un ancla de piedra—. Pero el Conventículo de los Inmortales en Stios tiene las piedras de búsqueda.

¿Piedras de búsqueda?, le preguntó Ziede a Kai en silencio. *¿Se refiere a las piedras que usaban los jerarcas para tener vigilados a los benditos inmortales cuando eran sus mascotas?*

Probablemente. El Mundo Emergente se las devolvería durante las negociaciones del tratado, contestó Kai.

El Conventículo estaba situado en una isla del puerto de Stios, la ciudad que había sido el principal puerto de suministro y transporte para los Salones Estivales de los Jerarcas. Había sido una ciudad-Estado del pueblo del mar antes de que los jerarcas la conquistaran y mataran a muchos de sus habitantes. Había corrido mejor suerte que Orintukk, ya que los jerarcas habían trasladado allí a una nueva población para que trabajaran como estibadores, constructores de barcos y marineros. Ahora Stios era una ciudad comercial del Mundo Emergente, aunque no tan populosa como sus dos encarnaciones previas. Sus aguas seguían llenas de restos de los barcos naufragados de los jerarcas, lo que dificultaba la entrada en su puerto.

El Conventículo seguía perteneciendo a los benditos inmortales; los tratados les habían permitido conservar la propiedad de varios emplazamientos cedidos por los jerarcas. A la coalición del Mundo Emergente le había interesado más apartarlos de la guerra que recuperar esos territorios. En cualquier caso, las personas que habían vivido allí antes de la llegada de los jerarcas estaban casi todas muertas o dispersadas.

A través de su perla, Kai notó la mente de Ziede luminosa y endurecida por la sospecha y la incredulidad, si bien no dejó que nada de eso se reflejara en su semblante. *Los jerarcas empleaban*

esas piedras para mantener sometidos a los mariscales inmortales… ¿y ella nos acaba de decir a nosotros ¡a nosotros! dónde encontrarlas?

Muy oportuno, ¿verdad?, le dijo Kai. *Pero me ha dado una idea.*

—Si vamos allí y les preguntamos, ¿podremos encontrarla? —preguntó Ziede en voz alta.

—Suponiendo que dejen entrar a una bruja y a un demonio. —Saadrin mostró sus dientes perfectos en una expresión que no era una sonrisa. Era evidente que sabía algo sobre el Conventículo que ellos ignoraban, pero costaba saber si era algo más que la simple improbabilidad de que sus ocupantes los recibieran—. Y ahora decidme cómo vais a devolver este barco robado —añadió Saadrin.

Estaba claro que esperaba que Ziede rechistara, pero Kai se adelantó:

—Dinos a qué bendito inmortal pertenece y a qué puerto hay que llevarlo, y lo haremos.

Saadrin frunció el ceño mientras buscaba alguna manera de negarse. No quería hacerse responsable personalmente del barco. Si se lo habían entregado a un expositor sin que lo supieran los patriarcas inmortales, violando así el tratado con el Mundo Emergente y las propias leyes de los benditos, alguien se había metido en un lío potencialmente letal.

—Os he dicho que no lo sé.

Ziede, recogiendo el testigo de la idea de Kai, dijo:

—Cuando lo averigües, mándame un mensaje. No quisiera abandonar este barco a merced de cualquier pirata o ladrón.

La boca de Saadrin se tensó de irritación.

—No esperarás que lo deje a vuestro cuidado.

Ziede no se inmutó.

—No he renunciado a mi derecho de parentesco. Necesito este barco para ir al Conventículo de Stios y localizar a mi esposa jurada.

Saadrin se cruzó de brazos.

—Entonces yo también me quedo.

Ziede suspiró y miró a Kai. *¿Qué tal si luchamos con ella a muerte?*, le preguntó en silencio.

El río que desembocaba en el mar en Orintukk conectaba con la

vieja red de canales que unía el Arkai con el Arik y más allá. *Solo si te apetece de verdad*, replicó Kai en silencio. *Pero creo que se me ocurre algo mejor*.



—¿De verdad os ayudará? —preguntó Ramad, escéptico.

Se habían retirado al camarote de popa. Kai estaba sentado en el banco mullido, con la espalda contra la pared. Ziede se había acomodado en el trono para estar a sus anchas, con la barbilla apoyada en un brazo. Le sostenía la mirada con Saadrin, que seguía fuera, en cubierta, junto a la columna de dirección.

—¿Te refieres a si nos defendería si nos atacan? No.

Ashem frunció el ceño. A pesar de toda su desconfianza, justificada o no, era una persona práctica.

—No creo que se quedara ahí plantada.

—Eso es exactamente lo que haría —dijo Ziede, sin moverse ni pestañear—. Quedarse mirando.

Ramad sacudió la cabeza ligeramente, como si no entendiera nada.

—¿Y es pariente tuya?

—Desde luego, no por decisión suya —dijo Ziede en tono áspero —. Alguien tendrá que quedarse en el barco hasta que terminemos o Saadrin se lo llevará. —Frunció el ceño un poco—. Y sabe que el Conventículo no nos recibirá. Allí reconocen a un demonio cuando lo ven.

—Eso tiene solución. —Kai se volvió hacia la silueta testaruda de Saadrin. A proa, el continente se iba agrandando en el horizonte; ya se distinguía la densa selva verde sobre los pequeños acantilados, y también las colinas que se alzaban detrás—. Mientras vosotros desembarcáis a la cohorte en Orintukk, yo iré a echar un vistazo.

Ziede soltó un suspiro que se oyó incluso desde donde estaba. A través de su perla, le dijo: *Si está claro que lo del Conventículo es una trampa, no hace falta que hagas esa marranada*.

Podría venirnos bien, replicó Kai.

Sanja asomó la cabeza por un camarote.

—¿Puedo salir ya? ¿No nos va a matar?

Tenes le dio unas palmaditas al almohadón que tenía a su lado; Sanja se acercó y se sentó entre ella y Kai.

—¿Qué es el Conventículo? —preguntó Ashem, mirando a Saadrin con el ceño fruncido—. ¿Un templo de los benditos inmortales? Lo he visto desde el puerto de Stios, pero no sabía que estuviera ocupado.

—Los jerarcas se lo entregaron a los mariscales inmortales como puesto de mando durante la guerra —le explicó Ziede—. Se dice que los jerarcas se aseguraron de mantener algo de poder sobre el edificio. Los benditos todavía son sus dueños, pero no creo que hagan gran cosa allí.

Era evidente que Ramad encontraba todo aquello cada vez más sospechoso.

—¿Seguro que conviene fiarse de ella? Es posible que esas piedras no estén allí. Y el lugar está rodeado de banderas brujas, así que ella sabe que no podéis entrar. No parece que ese derecho de parentesco tuyo le impida mentiros.

Tenían que cambiar de tema antes de que Ramad se diera cuenta de que tenían un plan distinto.

—Los benditos inmortales son unas personas tan estupendas que necesitan un montón de reglas que les prohíben asesinar a sus parientes —dijo Kai. Le preguntó a Ziede en silencio: *Bueno, ¿está decidido?*

Sí, está decidido, contestó ella.

—Líder de cohorte Ashem, prepara a los tuyos. Desembarcaréis a la cohorte en Orintukk en cuanto atraquemos.

Ashem se puso de pie, aliviada y claramente ansiosa por olvidarse de los brujos y sus problemas. Ramad se levantó y la siguió, pero su expresión lo delataba: sabía que había algo que no le estaban contando.

OCHO

Desde lejos, las murallas blancas de Orintukk relucían bajo el intenso sol, justo encima de las olas que rompían contra la costa rocosa. Pero a medida que el barco se aproximaba, se empezaban a ver las grietas y la erosión, los puntos donde el revoque se había desgastado y dejaba al descubierto los bloques de piedra basta de debajo. Había algún que otro indicio de la carretera que antaño había discurrido entre la muralla y el acantilado, aunque ahora estaba ahogada por la maleza. Aún se veían piedras caídas amontonadas y algunas estatuas o columnas que tal vez hubieran servido como hitos.

Kai, apoyado en la amurada, se concentraba en resultar enigmático para que no se notara que estaba buscando desesperadamente planes alternativos por si en Orintukk no encontraba lo que necesitaba. No podían hacer demasiados preparativos sin alertar a Saadrin y los demás de sus intenciones.

Ziede condujo el barco alrededor de una pequeña península; desde allí, sobre las murallas se distinguían unos tejados de color rojo apagado y unos sauces muy altos. Cuando el barco terminó de rodearla para entrar en el espacioso puerto, pudieron disfrutar de una vista panorámica de la ciudad.

Sanja soltó un silbido de admiración y sorpresa.

—Qué grande es. ¡Creía que no existía nada más grande que la Boca de Flores!

La ciudad se extendía a lo largo de la curva del puerto natural, abarcándola casi por completo. Solo la interrumpía la desembocadura del río, enmarcada por una estructura de más de cuatro plantas de alto, en cada una de las cuales había una terraza de columnas cilíndricas. Los edificios construidos en la cuenca del puerto y las suaves laderas que se elevaban desde allí parecían intactos en gran medida, sobre todo desde lejos.

Pero al acercarse a los embarcaderos que bordeaban aquella curva cóncava, Kai se fijó en varios muros caídos y en el follaje que sobresalía por los tejados hundidos.

—Está toda vacía —comentó Sanja lentamente, frunciendo el ceño.

—¿Creías que no te decíamos la verdad? —le preguntó Ramad con ironía.

—No, no, pero… —Sanja se encogió de hombros como si no fuera importante, pero no perdió su ceño fruncido—. Es que… no me imaginaba cómo sería. —Se volvió hacia Kai—. ¿Los mataron a todos?

—A todos. —Kai se apoyó en la baranda y procuró no pensar en Kentdessa—. Es una gigantesca y preciosa lápida.

—Se escribió mucho sobre este lugar en su día. —La expresión de Ramad era de pesadumbre—. Se decía que aquí nadie pasaba hambre. La comida era tan abundante que todo el mundo recibía una ración de mijo y tef siempre que quería, como quien saca agua de un pozo. Bashasa el Grande adoptó sus métodos para poder alimentar a los refugiados y a sus seguidores; todavía se usan por todo el Arik y en otros territorios del Mundo Emergente.

Eso era verdad: un pedacito viviente de Orintukk se había preservado. Igual que el sistema saredí de asambleas de tiendas era la base del consejo del Mundo Emergente.

—Yo había oído que tenían aguamiel y almendras —dijo entonces Kai, solo para poner de los nervios a Ramad. Pero este se negó a morder el anzuelo.

—No creo que hicieran aguamiel aquí. Es más bien terreno de calabazas.

Los largos embarcaderos de piedra estaban mayoritariamente

vacíos; solo había unas pocas barcas de pesca arracimadas en un extremo, casi escondidas tras los altos pilotes. Los pescadores vivían en el propio puerto; había varias redes colgadas en el gran pabellón de piedra de un mercado, cuyas paredes blancas estaban tiznadas por el humo de las hogueras.

Sin embargo, a medida que el barco de los benditos inmortales viraba para acercarse a uno de los embarcaderos, Kai alcanzó a ver más allá de la desembocadura del río. Había un grupo más pequeño de embarcaderos para los trayectos por el interior; entre los pilotes de madera putrefacta se veían restos rotos de barcazas viejas y medio sumergidas. Me sirve, pensó Kai aliviado. No sería sencillo, pero funcionaría. Sencillo habría sido encontrar una embarcación intacta y funcional, pero con eso bastaría.

Saadrin seguía en la cubierta superior, en la amurada opuesta, cruzada de brazos y con el rostro impenetrable, aunque no parecía capaz de controlar el aura de contrariedad que flotaba a su alrededor como una nube. Kai sospechaba que Saadrin esperaba divertirse viendo a la escolta de Ashem bregar para atracar aquel gran barco, pero los diablos de viento de Ziede lo guiaron por el largo muelle mercante y lo empujaron hasta su sitio sin el menor problema.

Desde aquel punto privilegiado se veía a los pescadores reunidos en una zona de arena y rocas donde el muro de contención del puerto se había desmoronado. Habían estado lavando ropa y loza en un pequeño estanque formado por los bloques caídos, pero ahora observaban la llegada del barco de los benditos inmortales con asombro y curiosidad indisimulados.

En la cubierta inferior, Ashem ordenó a su escolta que bajara por el lateral del barco para asegurar el atraque. Kai se volvió hacia Ziede, que estaba a poca distancia dibujándose un círculo de búsqueda en la palma de la mano con una mezcla de sangre y saliva. Tenes, a su lado, observaba con interés. Kai no se acercó más para no perturbar las corrientes de aire que Ziede estaba invocando.

Ziede atrajo a los espíritus aéreos del bosque para que le dijeran qué depredadores cazaban en los asentamientos dispersos alrededor de la ciudad. La campiña desierta atraería a personas que no tuvieran ningún otro sitio al que ir, gracias a las ruinas que podían reconstruirse y a los restos asilvestrados de los campos de cultivo y

el ganado de la ciudad muerta. Serían personas aisladas y vulnerables, presas para las criaturas que habitaban en los márgenes del mundo mortal, atraídas por el paso de los jerarcas o por el pozo de poder creado por tantísimos mortales asesinados.

A medida que los espíritus movían la mezcla de sangre de la mano de Ziede, hablándole de las entidades con las que se cruzaban en los bosques cercanos, ella murmuró:

—Varios fantasmas robaalmas, enredaderas comehuesos, nada demasiado espantoso.

—Tiene que haber uno por lo menos —dijo Kai. Se aferraban a los márgenes de la muerte como las cucarachas a los vertederos.

—Calla —le dijo Ziede—. Espera, aquí. —Dibujó más líneas en la palma de su mano, convirtiéndola en un tosco mapa—. Esta es la carretera vieja, este es el río, y aquí es donde está.

Kai se acercó para verlo. Era un mapa muy primitivo, pero ya sabía por dónde empezar. Una vez que se acercara, sería capaz de rastrear al depredador.

—Volveré lo antes posible. —Se volvió hacia Tenes y le habló por señas: *Procura reunir los suministros sin que Saadrin se dé cuenta. Sanja te puede ayudar*.

Tenes asintió, con el atisbo de una sonrisa; Kai sospechaba que a la bruja no le entristecería no volver a ver el barco.

Ziede levantó la mirada e hizo una mueca. El barco estaba amarrado, y ahora la escolta se afanaba en abrir la puerta de la amurada para conectar la pasarela al lateral. Ramad y Ashem ya habían desembarcado y se dirigían a los edificios del puerto, seguramente para buscar un lugar donde guarecer a la cohorte y esperar ayuda.

—Desembarcar a toda esa gente les llevará un buen rato.

Los miembros de la escolta, inclinados sobre la borda, trataban de colocar la pasarela en su sitio. Kai opinaba que habría sido mejor conectar primero los ganchos a los peldaños de la cubierta, pero ya era un poco tarde para darles ese consejo. Saadrin se limitaba a observar con una sonrisa burlona, sin ayudar. Sanja se había acercado para ver mejor, pero su cautela innata le impedía acercarse a menos de un brazo de distancia de nadie.

—Estate alerta —le dijo Kai a Ziede. Ella iba a tener que bajar a la cubierta de remos para ayudar a Ashem. Debían desconectar a

cada mortal inconsciente del pozo de poder ahora inactivo.

Ziede apretó los labios, estudiando al grupo reunido frente a la amurada. Seguramente ella también se había dado cuenta de que estaban llevando a cabo la operación al revés.

—Les vamos a dar lo que quieren —dijo Ziede. No le hizo falta pronunciar lo que venía después: «No tienen motivos para atacarnos».

Kai no soltó un resoplido de mofa porque no quería irritarla más de lo que ya lo había hecho Saadrin.

—¿Desde cuándo eso ha servido de algo?

Ziede suspiró.

—Tú ten cuidado. Si mueres de manera ridícula a manos de un simple gul, nos pondrás en evidencia a todos.

Kai le apretó la mano, saltó por la borda y aterrizó en el embarcadero.

Ramad y Ashem habían llegado al muro de contención y bajaban a hablar con los pescadores. Algunos tenían la piel morena más oscura de los arkai locales, pero también había unos cuantos nativos del archipiélago, de tez más clara, mezclados con ellos. Todos llevaban la ropa y el cabello recogidos para moverse mejor entre las rocas. Parecían recelosos, como era natural, pero también un poco entusiasmados, como si por allí no pasara nada emocionante desde hacía mucho tiempo. Todos iban tan descalzos como Kai; necesitaba sentir las corrientes de la tierra, y eso era más fácil con el contacto directo.

La ruta hasta la avenida principal pasaba junto al campamento del pabellón. Dentro había varios ancianos y niños, así como bolsas, cestos, ropa tendida, un hogar hecho con piedras recuperadas del puerto y demás residuos propios de un campamento permanente. Los niños dejaron de jugar para mirarlo, y Kai oyó que alguien pronunciaba, en el idioma del antiguo pueblo del mar, la palabra «brujo». En los arcos del pabellón habían colgado amuletos protectores, pequeñas estructuras hechas de conchas, ramitas, cristales rotos y guijarros pulidos, y atadas con cordel.

Tras salir del puerto marítimo, la carretera central era amplia y diáfana, aunque crecían malas hierbas en cada terrón. Kai pasó junto a casas vacías, con los muros polvorientos y blanqueados por el sol, pabellones de arcos y columnas, mausoleos circulares y

plazas resquebrajadas. No se oía nada más que el canto de los pájaros, los zumbidos y chasquidos de los insectos y el eco de alguna que otra voz procedente del puerto. Bajo la aparente calma de un lugar desierto había poder, un poder que brotaba del suelo en oleadas, como el calor de la tierra compacta. Los jerarcas habían convertido Orintukk en un importante pozo de poder, pero no habían llegado a drenarlo por completo. Hasta ahora Kai no había estado seguro de lo que se encontraría; podía llevar a cabo la tarea sin más, pero con una fuente de poder externa sería más sencillo.

Kai avanzó hacia el río; al final de la avenida vio un ancho cauce de aguas fangosas, rodeado de terrazas y edificios cubiertos de intrincados grabados que representaban personas, criaturas marinas, embarcaciones y símbolos desconocidos. Continuó por un sendero que pasaba frente a varios puentes hasta que encontró el embarcadero, justo detrás de la estructura columnada de cuatro plantas construida sobre la desembocadura del río. El ancho pavimento llevaba a unas escaleras de piedra que bajaban hasta lo que claramente había sido antaño un puerto fluvial muy concurrido, pero que ahora era una masa de madera putrefacta a lo largo de la orilla cubierta de maleza.

Los embarcaderos se habían podrido casi por completo bajo la fuerza constante del río; crecían juncos en las orillas y entre los restos de las barcazas. Kai se abrió camino entre el cieno, buscando la más adecuada. Lo que le interesaba no era el estado de putrefacción, sino la resonancia que le quedara. Una barcaza usada durante más tiempo, preferiblemente por el mismo grupo de mortales, tendría una voluntad mayor de regresar a su estado previo.

Encontró una medio hundida; no quedaba gran cosa salvo la proa, larga y curvada, y las cuadernas. Metido hasta los tobillos en el barro, Kai avanzó chapoteando hasta que pudo apoyar la mano en la madera secada por el sol. Sí, esta.

Regresó a la orilla y se entretuvo despejando una zona del pavimento resquebrajado, arrepintiéndose de no haber traído una escoba. ¿Los benditos inmortales utilizaban escobas? No recordaba haber visto nada parecido en el barco.

Terminada la tarea, Kai sacó su cuchillo y preparó una mezcla de sangre, saliva y el barro en el que se había estado

descomponiendo la barcaza, para dibujar con ella un conjuro aproximadamente del mismo tamaño que la embarcación original, dejando abierta una pequeña sección. Estaba combinando una intención de expositor con artes de brujo. El conjuro le permitía hablar con lo que quedaba del espíritu de la barcaza, extraerlo y dejar que se moldeara por sí solo dentro de su diseño. Después podría suministrarle poder como con una intención, un poder que extraería del pozo de muerte que se había formado dentro de Orintukk.

Una vez que el espíritu terminó de entrar en el conjuro, Kai lo cerró con lo que quedaba de su mezcla de sangre. Ahora que todo estaba en su sitio, solo quedaba esperar. Pero tenía una cosa más que hacer, algo que explicaría su ausencia.

Salió del puerto fluvial y buscó la avenida que llevaba a las afueras de la ciudad. Allí el aire era más cálido y húmedo; se alegró de no haberse molestado en traer un abrigo. En la periferia de la ciudad, todos los edificios habían quedado reducidos a montones de piedras y baldosas, y la vegetación invadía el pavimento. Ramad no había dicho en broma lo de las calabazas;

Kai tropezaba con las matas cada dos zancadas.

Los matorrales y la hierba alta dieron paso a árboles más grandes, de corteza lisa y rojiza y gruesas ramas retorcidas que se posaban en el suelo. Sus densas copas tapaban la luz del sol, por lo que el camino que atravesaba la espesura era una caverna verde en penumbra, invadida por el ensordecedor rugido del canto de las cigarras. Kai se preguntó si sus antiguos habitantes las habían recolectado para comérselas, como hacían en Erathi.

Al ver que el sendero se oscurecía cada vez más, Kai invocó una bandada de diablillos, no tanto para que le iluminaran el camino como para que cualquier cosa que pudiera molestarle se diera cuenta de que era mejor no hacerlo.

Los caminos transitados solían crear una perturbación que Kai sentía a través del flujo de energía de la tierra. Pero esos caminos ya no eran frecuentados. El laberinto de carreteras y senderos de las aldeas y granjas cercanas estaba invadido por la maleza. La gran calzada que llevaba hasta la siguiente gran ciudad del Arkai seguía allí, abandonada, dejándose conquistar lentamente por la hierba. En ese estado perturbaba mucho menos el flujo de poder de la tierra y,

por tanto, era mucho más difícil de detectar. Pero el rugido vital de la selva y las praderas estaba dividido por una zona muerta; Kai supo que era el río, cuyas aguas le resultaban opacas.

Se coló entre la maleza para entrar en un sendero casi invisible, señalado por tramos de pavimento roto, y avanzó hacia el depredador que Ziede le había localizado. Los helechos y las coloridas enredaderas aprovechaban los huecos entre las copas de los árboles; allí, al abrigo del viento que soplaba desde el mar, hacía incluso más calor que en la ciudad. Pasó junto a un grupo disperso de chozas destartaladas, con jardines delimitados con vallas de palos, y oyó voces de mortales más allá de los árboles. Nadie intentó aproximarse a aquella solitaria figura acompañada por las luces fugaces de los diablillos del inframundo.

Kai supo que estaba cerca del punto señalado en el mapa de Ziede cuando percibió una intención maliciosa. Ahuyentó a los diablillos y atajó por una densa arboleda, enganchándose la falda en los matorrales. La valla de palos entrelazados de la vivienda se camuflaba tan bien con la maleza que casi tropezó con ella.

No se oía nada dentro, así que tanteó hasta que encontró una puerta. Estaba tapada con una cortina de cuero que olía a piel humana podrida. *Tiene que ser aquí*, pensó Kai fríamente. La apartó con la mano y entró.

En las vigas del techo de paja crecía un moho que iluminaba el interior a medida que los ojos de Kai se acostumbraban. Las paredes de madera estaban llenas de estanterías de bambú que contenían el botín del gul robacadáveres. Brazos, piernas, manos y pies eran lo más evidente, de colores que iban del marrón más oscuro al tono pálido de la leche de almendras; los tonos de piel de los mortales que vivían en los alrededores de Orintukk o que pasaban por allí de camino a otros sitios. También había órganos: corazones e hígados principalmente, y otros que Kai nunca había aprendido a reconocer, además de lenguas, cabezas enteras y, por último, ojos. No se oía el zumbido de las moscas ni se veían gusanos; la intención innata del gul impedía que su tesoro se echara a perder.

Los legionarios de los jerarcas siempre habían hablado de lo horrible que era el inframundo, cuando sus monstruos nativos eran mucho peores.

Un ruido entre los árboles le avisó de que el gul estaba cerca;

sabía que un intruso había entrado en su choza. Unos segundos más tarde, entró violentamente.

Parecía un hombre mortal corriente, quizá un poco mejor alimentado y próspero de lo que sería normal en aquella tierra desierta, vestido con una túnica larga de algodón y una falda menos andrajosas. Se había recogido el cabello encanecido por detrás y tenía el rostro curtido. De no haber sido porque traía al hombro el cadáver de un mortal, su aspecto no habría tenido nada de extraordinario.

—¡Ah, un cliente! —dijo en imperial antiguo. Soltó el cadáver en el suelo de tierra pisada de la choza—. Qué incauto por tu parte entrar sin más en mi hogar. Podría andar escaso de mercancías. —Sonrió con malicia, mostrando los dientes manchados de sangre—. ¿Qué estás dispuesto a ofrecerme, me pregunto, para que valgas más como comprador —señaló las estanterías llenas de extremidades y órganos relucientes— que como un bonito añadido a mi inventario?

De pronto Kai estaba harto de aquellos depredadores mortales codiciosos, que se revolcaban en su propia mugre, ávidos de dolor. Invocó a los diablillos dispersos y, mientras sus cuerpos diminutos iban llenando la choza de luz, dijo:

—¿Conque tienes muchos clientes aquí? Yo pensaba que esto era más una afición que una vocación.

El gul dejó escapar un gorgoteo y se dio la vuelta para escapar. Kai extendió la mano, buscó los zarcillos de diseño e intención que rodeaban a la criatura y tiró de ellos. El gul se quedó paralizado donde estaba.

Kai se acercó, lo rodeó para poder mirar a la cara a su presa y apretó con la mano la garganta del gul.

—¿Es que los mortales siempre entran como si nada en tu osario? ¿Yo soy uno de ellos? ¿Soy un estúpido?

—No sabía que eras un… —dijo el gul con un hilo de voz.

—Dilo. —Kai le sonrió.

—… un demonio.

—Idiota. —Kai se acercó más para poder susurrar—. Soy «el» demonio.

EL PASADO:
LA BATALLA

El papel de los mariscales inmortales en la Guerra de los jerarcas siempre ha sido objeto de debate… Los benditos inmortales valoran mucho su aislamiento y su pretendida superioridad; se consideran por encima del resto del mundo. Nunca admitirían que se vieron tan indefensos ante las fuerzas invasoras de los jerarcas como los territorios de los mortales. Supuso una concesión sin precedentes que los mariscales inmortales, después de la guerra, reconocieran que en un principio se opusieron a los jerarcas, pero que se les ordenó capitular al verse incapaces de proteger las Tierras Benditas de sus ataques. Eso no era motivo de vergüenza: todo el mundo conocido estaba indefenso en esa época. Sin embargo, a ojos de todos, los mariscales inmortales servían a los jerarcas, de modo que a los benditos inmortales siempre se los considerará aliados voluntarios de sus conquistadores. La rebelión de Tahren Stargard es lo único que los redime.

—Escritos de Weranan, historiadora de Seidel-arik

Salieron de los Patios de Rehenes de Benais-arik por una puerta

abierta que conducía a otro patio mucho más grande y cuidado. En los canteros crecían enormes árboles cuyas copas los cubrían como el techo de una tienda de campaña; el pavimento estaba salpicado de hojas rojas como manchas de sangre. Solo había dos legionarios que no estaban demasiado alerta. Tahren caminó con decisión hacia ellos como si quisiera hablarles, y de pronto desenvainó su espada y les cercenó la cabeza a ambos de un solo tajo.

—¡Espera! —dijo Ziede cuando Tahren llegó a la galería que se abría al fondo del patio.

No había reja, pero Kai percibió algo al otro lado de la entrada, algo con el sabor del poder de un expositor.

Tahren se detuvo y miró de reojo a Ziede con las cejas enarcadas.

—Hay una intención en la entrada —le explicó Ziede en voz baja—. Si los jerarcas deciden matarnos a todos, no querrán perder tiempo echando abajo puertas y rejas. Pero sí que querrán saber cuándo entra o sale alguien.

Tahren le hizo un gesto para que se adelantara. El aire inmóvil se agitó cuando una diminuta voluta de poder se deslizó desde la mano de Ziede hacia la galería. Kai no sabía cuál era su fuente, pero era algo blando e insustancial, como el aire justo antes de que llueva en un día soleado.

—¿Así entraste sin que se enteraran los jerarcas? —preguntó Kai.

Ella asintió, concentrada.

—Sí, Bashasa me trajo hasta aquí escondida en una alfombra enrollada y yo suprimí la barrera el tiempo suficiente para entrar. —Movía las manos con gestos lentos y fluidos, como si tejiera el propio aire.

—Por eso matan a los brujos —dijo Tahren.

Kai se volvió hacia ella; Ziede le echó una mirada lánguida por encima del hombro.

Tahren miró alternativamente a Kai y a Ziede; entonces pareció darse cuenta de que necesitaba aclarar lo que había dicho.

—Vuestras habilidades son distintas de las de los expositores. Por muy poderosos que sean, siempre os coláis por las grietas. Eso les asusta.

—Y hacen bien —dijo Ziede mientras devolvía su atención a la

barrera—. Sospecho que esta intención está diseñada para alertar a Cantenios, pero podría haber más. Ya está —añadió—. Se quedará abierta el tiempo suficiente para que los de Bashasa entren sin hacer saltar ninguna alarma.

Tahren señaló a Kai con la frente.

—Hablando de alarmas…

—Ya lo sé, ya lo sé. —Ziede empezó a desatarse el fajín.

—¿Qué pasa? —Kai no lo entendía. Ah, lo decía por sus ojos—. Espera, ¿nos van a ver? ¿No podemos ir por… algún pasillo trasero o…?

Tahren levantó las cejas.

—No hay pasillos traseros.

Ziede se quitó el vaporoso fajín dorado y se lo echó a Kai por la cabeza, como una telaraña, para taparle la cara.

—Sigamos —dijo entonces.

La galería era corta y daba a un pasillo más ancho. Tahren se detuvo y le dijo a Kai:

—En este palacio hay gentes de todos los territorios conquistados. Nadie se fijará en nosotros si aparentamos que no tenemos nada que ocultar.

—Lo he entendido —dijo Kai, molesto. Seguro que notaban que estaba nervioso. Tenía los hombros tan rígidos como un cadáver. Aquellos pasillos anchos y altos eran como atravesar una caverna; algo podía abalanzarse sobre ti en cualquier momento. El velo le dificultaba la visión y la tela se le pegaba a la cara constantemente. Mantuvo la vista fija en el suelo, en los adoquines gastados, el musgo y alguna que otra flor raquítica que crecía en las grietas.

Ziede le dio la mano a Kai.

—Somos dos visitantes escoltados por una mariscal inmortal.

Tahren asintió y los tres salieron al pasillo. Era más espacioso y estaba mejor iluminado; en las plantas superiores se veían estandartes de seda y emblemas de colores. Bashasa no tardaría en salir con las soldados ariké. Si hubieran esperado a la investidura, habría habido más gente por allí, una algarabía que podrían haber aprovechado en su beneficio.

—Lo siento —susurró Kai, agitando el velo con su aliento—. No debería haber… hecho eso.

Ziede le apretó la mano.

—No habríamos salido vivos si no lo hubieras hecho.

—Atacar la Sala del Templo o la Sala Imperial es igual de… imposible, así que poco importa —añadió Tahren.

Kai esbozó una mueca. Eso no le consolaba en absoluto.

Ziede soltó un resoplido discreto.

—Gracias por dejarnos más tranquilos.

Tahren la miró de reojo con expresión severa.

Se cruzaron con un cuarteto de legionarios que iban en sentido opuesto, siguiendo a dos figuras tan cubiertas con sus velos que Kai no fue capaz de distinguir nada de ellas.

—Tenemos que parecer más naturales —dijo Ziede cuando pasaron de largo y ya no podían oírlos.

—Un objetivo admirable —comentó Tahren.

—Kai, ¿Bashasa te ha contado cómo te sacaron del Patio de los Cautivos sin que se enterara nadie? —preguntó Ziede en voz baja, pero en tono trivial.

Kai no recordaba demasiado de lo que le había dicho Bashasa justo después de despertar, pero de eso sí se acordaba.

—Me contó que dejó un cadáver en mi lugar.

—Sí. Era el cadáver de su hermana.

Kai, espantado, levantó la vista para mirarla, pero con el velo apenas distinguía nada. Cantenios le había comentado algo a Bashasa (se había burlado de él, en realidad) acerca de un fallecimiento. Y Bashasa había ordenado a sus sirvientes que trajeran ropa del baúl de su hermana. Kai había dado por hecho que dicha hermana estaría por allí cerca.

Ziede bajó la cabeza para mirar a Kai.

—Era su hermana menor. Estaba practicando esgrima con sus soldados en un patio de entrenamiento al que le dieron acceso. Varios noblesirvientes del Patio de los Jerarcas se presentaron allí y las desafiaron a un combate supuestamente de práctica. Se llevó un golpe en el estómago y otro en la espalda con el extremo de un lanzón. —Tahren también la escuchaba con la cabeza ligeramente ladeada—. Al principio parecía estar bien, pero luego se puso muy grave y murió al día siguiente. Bashasa no tiene médico propio y el que le cedió el palacio no pudo hacer nada.

Se encontraron con otro grupo de nobles y legionarios, vestidos con un atuendo que Kai no reconoció: sayas largas y finas de color

verde y amarillo claro, la cabeza afeitada y unas diademas de oro que resaltaban sobre su piel oscura. Al estar absorto escuchando a Ziede, Kai apenas les prestó atención. Seguro que ahora ya no desentonaban tanto; podían pasar por tres personas que estaban charlando mientras recorrían los pasillos.

Ziede continuó:

—Ocurrió antes de que yo llegara, así que no vi a la muchacha hasta que ya había muerto. Los nobles negaron toda responsabilidad sobre su muerte porque no tenía heridas abiertas, solo golpes. Y creo que lo piensan de verdad. —Bajó de nuevo la voz por si alguien los escuchaba. Habían llegado a una sala más alta y abierta; en una de las paredes, una serie de arcos permitían ver un patio más grande lleno de árboles, estanques y arroyos ornamentales—. La ignorancia de los noblesirvientes que proceden del sur acerca de los asuntos médicos es espantosa; aborrecen cualquier cosa relacionada con el cuerpo, porque su dogma lo considera soez. Bashasa pagó a un expositor menor para que interrumpiera la corrupción natural del cadáver y preservarlo, supuestamente para transportarlo a Benais-arik y depositarlo en el mausoleo familiar. Creo que fue entonces cuando a Bashasa se le ocurrió la idea de liberar a los demonios del Patio de los Cautivos. —Apretó la mano de Kai con más fuerza—. Decía que había visto a los demonios, que el Patio le parecía una crueldad típica de los jerarcas y que era una lástima que nadie os liberara para poder masacrar a la élite de los jerarcas, tan aficionada a observaros. Y ya pensaba eso antes de que mataran a su hermana.

Tahren los miró de reojo.

—Es decir, que el dolor de su pérdida lo ha vuelto loco.

Al principio Kai había sospechado que Bashasa sencillamente no soportaba ser un rehén, que su ira era abstracta, suscitada por la pérdida de su ciudad-Estado, de su poder político. Pero se trataba de algo mucho más visceral.

—Es igual que nosotros —dijo Kai.

Ziede esbozó una sonrisa irónica. Tahren bajó la cabeza un instante, como intentando disimular una expresión involuntaria.

Al girar por otro pasillo, oyó el golpeteo de la lluvia. El corazón de Enna se desbocó, y Kai estuvo a punto de frenar, pero consiguió seguir moviendo las piernas. Tras subir un breve tramo de escaleras,

aspiró una bocanada de aire húmedo, impregnado del olor cobrizo de la sangre.

Kai no flaqueó; le parecía que estaba logrando mantener su expresión bajo control, pero dio gracias por el velo que la ocultaba. Ziede tiró de él para que no se quedara atrás. Al llegar a lo alto de la escalera entraron en la galería cubierta, situada allí específicamente para divertimento de los cortesanos, para que pudieran observar a los demonios capturados y admirar el poder de los jerarcas sin mojarse. La balaustrada abierta dominaba aquel patio donde una llovizna neblinosa caía en oleadas incesantes. Kai no despegó los ojos de la espalda rígida de Tahren, evitando mirar las siluetas encadenadas y encorvadas sobre el pavimento.

Había varios noblesirvientes en ese momento, inclinados sobre la balaustrada mientras charlaban, como si aquellas vistas no fueran muy distintas de las del patio ajardinado con sus arroyos decorativos. Media docena de legionarios, probablemente guardaespaldas de los nobles, estaban apostados en ambos extremos de la galería. Tahren pasó de largo sin mirarlos. Ellos la observaron con atención, pero no dijeron nada.

Tahren guio a Kai y a Ziede hasta la salida, al fondo de la galería, y bajaron por otro tramo de escaleras; los peldaños de piedra estaban húmedos por la niebla. Llegaron a un pasillo más estrecho, que no podía verse desde la galería de observación. Allí había un único legionario que montaba guardia frente a una puerta de metal empotrada en la pared de piedra.

El rostro que se veía bajo el casco de metal ceñido era joven, franco e ingenuo; no se trataba de un puesto importante. Una de las primeras cosas que los saredíes y sus aliados habían aprendido de los jerarcas era que muchos de los legionarios comunes eran reclutas forzosos de los pueblos conquistados.

—¿Podemos hablar un momento? —dijo Tahren, antes de estampar la cabeza del legionario contra la puerta. Su casco rebotó en la pared al mismo tiempo que Tahren le propinaba un puñetazo en la cara. Se oyó un crujido de huesos, y Tahren sujetó el cuerpo inerte que resbalaba por la pared.

Ziede soltó a Kai para acercarse a la puerta.

—Lo habrán oído —siseó.

Kai retrocedió para que lo vieran desde la galería y dijo en

imperial:

—¡Perdón! Se me ha caído. —Se inclinó como si recogiera algo del suelo.

—Ten más cuidado, niña —dijo Ziede en voz alta.

Kai echó un vistazo a los nobles y los legionarios, que reanudaron su conversación. Volvió con Tahren y Ziede.

—Menos ruido, joder —susurró.

Si los pillaban ahora, Ziede y Tahren podrían disimular el tiempo suficiente para librarse, pero Kai era un demonio tapado con un velo muy fino y con una herramienta de corte de los benditos escondida bajo la túnica. Hasta el más obtuso de los legionarios ataría cabos.

Esperaba que Tahren lo ignorara o se enfadara con él, pero la mujer le pidió perdón moviendo los labios en silencio mientras Ziede introducía aire por la cerradura intencionada de la puerta. Al abrirla encontraron el estrecho hueco de una escalera de caracol que ascendía hacia una débil fuente de luz solar. Tahren metió dentro al legionario inconsciente; Ziede y Kai entraron tras ella, y Kai cerró la pesada puerta de un tirón. No había manera de atrancarla desde dentro.

—Voy a crear un sello… —dijo Ziede.

Tahren levantó una mano para detenerla.

—Los sellos se pueden deshacer, como acabas de demostrar. —Sacó una daga envainada de su túnica y la metió en el aro de metal de la puerta para mantenerla cerrada.

—Estoy impresionada —dijo Ziede con ironía.

Tahren le echó una mirada inescrutable. Kai solo podía pensar en continuar, así que subió corriendo las escaleras.

Arriba, iluminada por la luz del día que entraba por un tragaluz del techo bajo, había un enorme pilón cuadrado de piedra de unos quince metros de lado que le llegaba por la cintura. En la superficie del agua había un remolino que giraba lentamente.

Kai no percibió ningún poder en el aire húmedo ni en el agua cuando probó a deslizar los dedos por su superficie. Se asomó por el borde de piedra, pero no había nada más dentro; el agua estaba un poco turbia, pero no lo bastante como para ocultar nada. Kai se dio la vuelta y echó un vistazo desesperado por la sala. Algo se le estaba escapando.

En la pared del fondo, la que daba al patio, había una hilera de ventanas. Kai corrió hasta la primera y se asomó poniéndose de puntillas. El muro era grueso, más que el largo de su antebrazo. Lo único que alcanzó a ver fueron las volutas que decoraban el tejado de la galería opuesta, justo encima de la densa capa de niebla.

Kai regresó al pilón. La lluvia del patio tenía que controlarse desde allí. No había nada más en esa cámara. Se puso a girar en círculos, desconcertado, hasta que por fin reparó en unos orificios practicados en los bordes del pilón, por dentro, justo encima de la superficie del agua. Unos drenaban el pilón y los otros lo llenaban de agua, creando un flujo continuado.

Tahren y Ziede seguían registrando la habitación, buscando paneles ocultos en las paredes y el suelo, aparentemente tan confundidas como Kai.

—Tiene que ser este pilón. No hay nada más aquí dentro. ¿Cómo lo rompemos? —El pilón era muy grueso, como dos veces la anchura de su mano. Y Kai no era capaz de drenar la vida de la piedra.

Ziede miró significativamente a Tahren.

—Me dijeron que era un mecanismo delicado —dijo esta.

—¿Quién te lo dijo? —preguntó Ziede.

—Los expositores fanfarronean cuando beben —contestó Tahren —, Ya lo expliqué.

—No me importa lo que te dijeran —repuso Kai. Sabía que estaba siendo irracional, pero casi lo tenían—. Esto no es algo delicado. Es solo piedra y agua. No contiene vida, no contiene poder.

Ziede esbozó una mueca de frustración.

—La intención que la impulsa tiene que estar escondida en alguna parte. Esto de aquí solo es el agua que requiere.

Kai gruñó y dio un manotazo al agua, salpicando la túnica de Tahren. Si trataba de entrar en el patio mientras seguía cayendo agua, sería incapaz de luchar y cualquier legionario con un rompembrujos lo dejaría fuera de combate.

—Hay que volver a bajar e intentar detenerlo desde dentro. Yo no puedo…

—Tapa los agujeros —dijo Tahren.

—Ah. —Ziede parpadeó e hizo otra mueca, pero esta vez parecía

estar irritada consigo misma—. También podemos hacer eso. Claro.

Kai miró fijamente a Tahren; a medida que comprendía aquella solución tan sencilla, se le iba acelerando la respiración.

—Perdona por salpicarte —le dijo.

Tahren le quitó importancia con un leve gesto.

Ziede apoyó las manos en el borde del pilón. Un soplo de aire húmedo pasó rozando la cara de Kai. Una brisa estaba empezando a entrar por las ventanas. El agua temblaba, creando ondas diminutas que se perseguían formando unos curiosos patrones cruzados. Empezaron a hacerse cada vez más grandes.

—Esto es más difícil de lo que parece —murmuró Ziede con el ceño fruncido.

—Pues parece difícil. —Tahren tenía la mirada clavada en Ziede; una leve línea de preocupación arrugaba su frente.

La brisa se hizo más fuerte y le aplastó el velo contra la cara, así que Kai se lo arrancó. Cada vez que el pilón se desbordaba, daba un pequeño respingo. Pero entonces las ondas remitieron y la superficie del agua empezó a descender en los bordes; el aire que manipulaba Ziede estaba creando una especie de zanjas que alejaban el agua de los laterales y los desagües. Kai tenía las manos crispadas y los dedos curvados como garras a medida que el tiempo transcurría lentamente. De pronto, el caudal del agua que llenaba el pilón por los otros orificios se cortó casi por completo.

Kai corrió de nuevo hasta la primera ventana, metió los brazos para sujetarse al alféizar exterior y se aupó para mirar. La neblina del patio se estaba despejando y el golpeteo de la lluvia era cada vez más lento. Se dejó caer de nuevo, con el corazón desbocado.

—¡Funciona!

Se giró hacia las escaleras al oír un fuerte golpe metálico. Venía de abajo, de la puerta. Tahren torció el gesto. Ziede, con la mandíbula tensa por el esfuerzo, con toda su concentración y atención puestas en el pilón, no se movió. Alguien debía de haberse percatado de lo que pasaba en el patio, había venido a investigar y había dado la voz de alarma al no encontrar al guardia.

Daba igual. Kai ya sabía que era inevitable. Se dio la vuelta y saltó para agarrarse de nuevo al ancho alféizar de la ventana.

—Voy a bajar.

—Los retendré tanto como pueda —dijo Tahren. Se encaramó de

un salto al pasamanos de la escalera y se dejó caer por el hueco.

Kai clavó las sandalias en la áspera pared de piedra y se aupó para colarse por la ventana. Sin darse tiempo para pensar demasiado en lo que estaba haciendo, salió por el ventanuco con una voltereta y se precipitó al aire neblinoso y enfermizo del Patio de los Demonios Cautivos. Transformó la caída en una voltereta y aterrizó de pie, al borde del tejado de la galería. Las tejas estaban resbaladizas por el agua, así que se agachó para no perder el equilibrio.

La niebla se había disipado casi por completo. Sin ella, Kai distinguió el techo abovedado del patio por primera vez, decorado con unos grabados en forma de nubes. La sala era más alta de lo que se había imaginado, y había balcones abiertos encima de la galería de observación que no había visto hasta ese momento. De la llovizna solo quedaba un resto de humedad en el aire, aunque los aleros del tejado seguían goteando. Notó que resbalaba, así que transformó el movimiento en una caída controlada y aterrizó en el pavimento húmedo del patio.

Nunca había sido capaz de estar erguido en ese patio; desde esa nueva perspectiva parecía un lugar distinto, desconocido pero igualmente horrible. El suelo estaba sembrado de lo que parecían fardos de ropa andrajosa y empapada, unidos a marañas de cabello oscuro y extremidades morenas. Algunos demonios estaban sentados, encorvados y con la cabeza gacha. En total serían unos cincuenta cautivos, pero eso contando a los que parecían haber abandonado su cuerpo prestado. Y a la pobre hermana muerta de Bashasa.

Kai no tenía ni idea de lo que le ocurría a un demonio que intentara abandonar su cuerpo ahora que el regreso al inframundo era imposible. En cualquier caso, no le parecía probable que fuera menos doloroso que estar en aquel patio.

El corazón de Kai palpitaba con fuerza, y todos los instintos del cuerpo de Enna le gritaban que huyera, que se lanzara a la galería y se abriera paso luchando hasta escapar. Pero lo que hizo fue abrirse el abrigo, sacar la cizalla y agacharse al lado de la figura encorvada más cercana.

Las manos le temblaban por el tufo a piel mojada y putrefacta, por el tacto del pavimento húmedo. Buscó con torpeza las cadenas

del demonio. Aunque le pareció una eternidad, en realidad solo tardó unos segundos en hallar la mejor manera de cortar los puntos de unión. Cortó las tres conexiones para liberar los tobillos, las muñecas y el cuello del demonio inmóvil. Entonces se acordó de que tenía que hablarles. Se puso de pie y caminó hacia el siguiente demonio.

—Soy un príncipe de la Cuarta Casa, la difunta Enna del linaje de los saredíes Kentdessa. —Kai levantó la voz, hablando en saredí para que los legionarios de la galería no le entendieran—. Hay dos jerarcas en la Sala del Templo. ¡Los vamos a matar, y os pido que luchéis a nuestro lado!

Empezaban a oírse gritos de alarma en la galería. Kai los ignoró mientras seguía cortando cadenas frenéticamente, pasando de un demonio acurrucado al siguiente. Algunos rostros se giraban hacia él, abriendo los ojos legañosos, pero Kai estaba demasiado nervioso para hacer otra cosa que cortar una cadena tras otra. Bashasa contaba con que Kai sabría convencerlos para que se unieran a ellos, pero no sabía qué más podía decirles.

Cuando Kai se disponía a ir a por el siguiente demonio, algo le golpeó la espalda. El impacto lo tiró de bruces al suelo. Golpeó el pavimento resbaladizo con los antebrazos, la herramienta se le escapó de la mano y rebotó por la superficie de piedra.

Kai rugió e intentó levantarse de golpe, pero tenía el hombro derecho rígido e inmóvil. Bajo la piel notaba un dolor que iba en aumento, como un atizador al rojo. Con una mueca, se llevó la mano a la espalda y buscó el origen. Su mano tocó un objeto metálico y tiró de él; le dolió todavía más al sacarlo. Con un siseo de furia, comprobó que lo que tenía en la mano era un virote de ballesta metálico que le habían disparado desde la galería.

Lo arrojó lejos de sí y avanzó a gatas, recuperó la herramienta y cortó dos cadenas más. Otro virote rebotó en el pavimento, a su izquierda, y otro más se le clavó en la parte baja de la espalda. A juzgar por la nueva punzada agónica que sintió, no le había acertado en la columna por los pelos. El cuerpo de Enna se mantenía en una especie de estado suspendido mientras Kai lo ocupaba, así que cualquier herida se sanaría de forma casi instantánea una vez que sacara los virotes. Sin embargo, el cuerpo de Enna podía ser despedazado o asaeteado con tantas puntas

metálicas que terminara desmoronándose, dejando a Kai atrapado en su interior.

Le quitó la última cadena al demonio en el que estaba trabajando, que intentó alejarse a gatas. Kai alargó la mano y consiguió arrancarse el nuevo virote. Otros dos se le clavaron en la cadera y la espalda. *¡No tengo tiempo para esto!* Kai se incorporó con dificultad y se impulsó con los pies para llegar hasta el siguiente demonio. Al menos ahora había movimiento en el patio: los demonios liberados se alejaban hacia las paredes, a rastras o caminando con paso vacilante, mientras otros trataban de ponerse en pie. Kai notó un golpe en la pierna izquierda, se miró por encima del hombro y vio otro virote metálico. Se lo arrancó con un gruñido.

Desde arriba se oyeron un grito de alarma y un quejido ahogado. El siguiente virote salió desviado y rebotó en una de las columnas del patio. El cuerpo inerte de un legionario cayó desde la galería y se estrelló contra el pavimento. Un instante después, Tahren se lanzó desde la balaustrada de la galería y aterrizó en el patio. Corrió hacia Kai con la espada en alto, pero giró violentamente en el último momento y dio un salto mientras lanzaba un golpe al aire. Su espada resonó como una campana, y otro virote cayó al suelo con un repiqueteo.

—El ballestero está en un balcón superior, no puedo llegar hasta él. —Miró de reojo a Kai y enarcó una ceja. Debía de tener pinta de alfiletero—. ¿Puedo hacer algo?

—¡Sácamelos! —exclamó él mientras se arrastraba hacia el siguiente demonio.

Tahren se giró para evitar otro disparo, se agachó y se puso a arrancar virotes del cuerpo de Kai como una niña que recogiera flores.

Con cada tirón sentía que el cuerpo de Enna se desgarraba, pero era la única forma de que empezara a repararse solo. Libre de los virotes, Kai se impulsó con las manos y las rodillas hacia el siguiente grupo de demonios.

—¿Ziede está…? —Un demonio liberado agarró la pierna de Tahren, pero Kai se abalanzó sobre él, agarró al demonio por el cogote y lo zarandeó—. ¡No! ¡No le hagas daño a ella, nos está ayudando! ¡Si alguien la toca, lo haré trizas!

Empujó con fuerza al demonio, que se alejó hacia la pared del patio. Los que seguían encadenados se apartaron un poco de Kai y Tahren, mirándolos finalmente. Con eso había conseguido captar su atención más que pidiéndoles ayuda. Kai avanzó hacia el siguiente demonio, cojeando con la pierna herida; la carne de su espalda se estiraba dolorosamente para cerrar las heridas abiertas. Al llegar a la silueta encorvada, esta levantó la cabeza y se retiró de la cara la melena de cabello enredado.

—¿Kai-Enna?

Kai lo miró fijamente. El demonio ocupaba el cuerpo de un hombre maduro. Vestía harapos, pero en su abrigo andrajoso llevaba un broche con un pequeño grabado en forma de lobo de las llanuras, el emblema de los saredíes Kanavesi. Entonces reconoció el rostro.

—¿Arn-Nefa? —Kai se lanzó a abrazarla. Estaba casi irreconocible. Tenía las mejillas hundidas y la piel alrededor de los ojos muy amoratada; parecía otra persona. Bajo toda aquella podredumbre percibió el olor de los llanos, del inframundo que le corría por las venas.

Arn-Nefa le tocó la cara.

—Me parecía haberte oído… He intentado llamarte, pero… —Tenía la voz pastosa y ronca.

Kai no tenía tiempo para sentirse aliviado, para decirle lo mucho que se alegraba de verla, de que estuviera viva.

—Vamos a luchar. Hay un mortal, un príncipe ariké, que está atacando a los jerarcas en la Sala del Templo. —Se echó hacia atrás y cortó rápidamente sus cadenas.

Después de ayudarla a incorporarse, Arn-Nefa se alejó tambaleándose hacia la galería, pero se detuvo para agarrar del brazo a otro demonio liberado y llevárselo consigo.

Envalentonado, Kai levantó la voz para hacerse oír:

—Si queréis matar jerarcas y legionarios, seguidnos hasta la Sala del Templo. ¡O podéis quedaros aquí y pudriros inútilmente como un montón de mierda!

Kai continuó cortando cadenas. Los virotes seguían cayendo al patio, hiriendo a los demonios atrapados. Sin embargo, algunos de ellos se arrancaban los proyectiles, ayudaban a los demás y gateaban o caminaban hacia las paredes. Por fin estaban

despertando del estupor de su largo y doloroso cautiverio. Tahren iba detrás de Kai, dándole la espalda para cubrirlo. Se dio cuenta de que la mujer confiaba en que Kai la protegiera igual que lo protegía ella a él.

—Ziede ha sellado la escalera —dijo, como si no hubieran interrumpido su conversación—. Me ha dicho que te ayude.

Seguro que Ziede no podía mantener una manipulación del aire tan compleja durante mucho tiempo. Tenían que darse más prisa.

—¿Puedes cortar las cadenas con tu espada?

Al ver que Tahren no contestaba, Kai se arriesgó a mirarla. Su semblante estaba ligeramente turbado; Kai supuso que le daban miedo los demás demonios, que con un simple toque podían drenar parte de su vida inmortal. A Kai le parecía improbable, puesto que los demonios ya habían entendido que Tahren estaba de su lado. Y aunque no fuera así, estaba dispuesto a arriesgarse a cambio de liberar a los demás.

—Pero entonces no podré protegerte —dijo ella sin embargo, enfatizando el argumento con un giro y un tajo para desviar otro virote.

—¡Hazme caso, no me pasará nada! Por favor. —Tahren debió de notar su angustia, porque asintió y se alejó por el patio.

Ella era más rápida que Kai, mucho más rápida cuando no tenía que protegerlo. Su espada golpeaba las cadenas con un sonido demasiado agudo y puro. Se movía tan deprisa que ni siquiera un demonio aturdido habría podido atraparla. Kai se dio la vuelta para cortar más cadenas y recibió inmediatamente otro virotazo en la espalda.

No obstante, los demonios reanimados habían empezado a escalar la pared para llegar a la galería; a medida que subían, los mortales empezaban a chillar. Los legionarios del balcón superior apuntaron sus ballestas hacia la nueva masacre, así que Kai pudo avanzar más deprisa. Cortó las últimas cadenas de aquella sección del patio y vio que Tahren iba a terminar enseguida con el lado contrario, ahora que no tenía que proteger a Kai. Se dio la vuelta para ayudar a los demonios más lúcidos a arrastrar a los demás hacia las paredes.

—Hay que llevarlos a la galería —le dijo al más cercano, hablándole en saredí—. Una bruja está conteniendo el agua, pero

no durará mucho.

—¿Qué tienda? —preguntó alguien.

—Kentdessa. Matad a los jerarcas de la Sala del Templo, pero no a los ariké; nos están ayudando. Avisad a los demás. —Lo repitió una y otra vez, confiando en que le hicieran caso.

Alguien le arrancó los virotes de la espalda. En ese momento, los demonios de la galería le arrebataron la ballesta a un mortal moribundo, y los legionarios de los balcones superiores empezaron a precipitarse hacia el pavimento.

Kai se dio la vuelta para buscar otro demonio al que poner a cubierto, pero se dio cuenta de que el patio estaba vacío. Un ruido sordo sacudió las paredes y de pronto empezó a caer agua desde arriba. Kai se tambaleó; de pronto notaba las extremidades cansadas, había perdido todas sus fuerzas de un solo mazazo. Hincó una rodilla en el suelo, sin respiración.

No era por el diluvio; una exposición tan breve no provocaba algo así. Era el recuerdo de su indefensión, de sentirse atrapado allí… Lo aturdía, le helaba la sangre. Kai empezó a hacer aspavientos para intentar incorporarse. De pronto Tahren apareció a su lado y lo agarró por la cintura.

El mundo se volvió del revés cuando lo levantó en vilo y se lo cargó al hombro. Kai no veía nada más que la túnica de Tahren, pero notó que daba una larga zancada. Y entonces, con una fuerte sacudida, quedaron resguardados bajo la galería.

Tahren se lo quitó de encima y lo dejó de pie en el pavimento. Los demonios liberados se habían reunido allí debajo; en el patio diluviaba. Tahren arrancó un último virote del brazo de Kai, lo sujetó por los hombros y lo zarandeó con suavidad.

—¿Qué haces? —consiguió decir Kai. Le parecía que rebotaba dentro del cuerpo de Enna, como si fuera a salirse de un momento a otro.

—Intento reanimarte —contestó Tahren. Su expresión seria y tranquila no reflejaba en absoluto que acababan de lograr algo imposible.

—Para ya, para —dijo Kai, obligándola a soltarle—. Por favor. Gracias. —Su ropa y su pelo, totalmente empapados, goteaban agua en el suelo de la galería. Los demonios lo observaban con atención, maltrechos, mareados y furiosos. Los cuerpos de los mortales yacían

a sus pies, resecos y ensangrentados. Kai inspiró hondo y se obligó a centrarse—. La Sala del Templo. ¿Por dónde?

Tahren señaló una dirección.

—Hay que salir por ese lado y luego girar a la izquierda.

—¡Adelante! —vociferó Kai—. ¡Matad a los jerarcas de la Sala del Templo! ¡No hagáis daño a los ariké, son aliados! —Se asustó un poco al ver que los demonios le obedecían, se daban la vuelta y echaban a correr por la galería.

—Allí —dijo Tahren con un suspiro de alivio. Era la primera vez que Kai la oía expresar tanta emoción, así que la miró de reojo sin comprender. Entonces vio que Ziede descendía flotando hasta el suelo del Patio de los Cautivos.

Debía de haber salido por el ventanuco, igual que Kai. Tenía la ropa empapada y arrugada por la lluvia, que también le había emborronado el maquillaje dorado.

Tahren la miraba fijamente, pasmada.

Vaya, pensó Kai. Qué sorpresa. Pero ese día todo era una sorpresa, como haber encontrado a Arn-Nefa. Como el hecho de que, de momento, siguieran vivos.

Ziede subió flotando hasta la balaustrada de la galería.

—¿A qué esperáis? ¿Estáis locos? ¡Id a la Sala del Templo, maldita sea! ¡Cómo esto no haya servido para nada, os mataré a los dos yo misma!

Tahren agarró a Kai por el brazo y se lo llevó a rastras hasta que su cerebro dio alcance a su cuerpo y se abrió paso entre los demonios. La aparición de Ziede les había infundido vigor, sobre todo a aquellos que habían pasado más tiempo cautivos, que estaban más andrajosos y maltrechos, cuyos cuerpos prestados estaban agotados y próximos al colapso.

—Una bruja… —murmuraban voces en los dialectos de los clanes occidentales de las Tierras Llanas, de las fronteras con Erathi —. Los brujos están aquí, los brujos están con nosotros.

Cuando Kai y Tahren salieron de la galería y giraron por el pasillo de la izquierda, ya encabezaban la horda. Tahren soltó a Kai y se adelantó para abrir la marcha; él iba al trote para no quedarse atrás.

Debían de estar sonando alarmas a lo largo y ancho de los Salones Estivales. Varios legionarios cargaron desde un pasillo

transversal y, sin tener apenas tiempo para gritar, cayeron bajo una montaña de demonios. Kai recordó que Bashasa, al exponer su plan, había dicho que los legionarios del palacio no eran soldados veteranos, sino simples carceleros y torturadores. Lo único que sabían de los demonios era la manera de hacerles daño cuando llegaban, atados e indefensos, al Patio de los Cautivos. *Ha vuelto a acertar*, pensó Kai. Para tratarse de alguien a quien la pérdida había vuelto loco, de momento Bashasa había acertado en muchas cosas.

Tahren los guio por un cruce de pasillos más estrechos y luego giró por una avenida de desfiles más espaciosa y alta. La parte superior de las paredes estaba cubierta de estandartes de los lugares conquistados, cabezas y huesos de líderes vencidos y tesoros robados: tocados de oro, joyas, armas, máscaras de madera, imágenes de marfil, todo lo imaginable. Alguien muy enfadado había pasado por allí antes que ellos. Había trofeos arrancados y un escudo decorado tirado en el suelo; varios mástiles de la pared ya solo tenían algunos jirones de tela, un resto de los estandartes desgarrados. Desde el final de la avenida resonaban voces recias, alaridos y el fragor de las armas. Kai apretó el paso.

Llegó a los arcos de la entrada un paso por detrás de Tahren.

Se encontraban en lo alto de una ancha escalinata; la inmensa Sala del Templo se extendía ante ellos: un desfiladero con múltiples plantas de galerías en sus paredes y un techo picudo de cristal que dejaba entrar haces de luz solar. Al fondo, debajo de los estandartes de los jerarcas, había una serie de plataformas elevadas que ahora estaban vacías; el combate se había concentrado en el centro de la cámara.

Kai esperaba encontrarse una refriega caótica, pero Bashasa, sus soldados y un variopinto grupo de mortales estaban acorralados en el centro de la sala, completamente rodeados. Kai no veía jerarcas ni expositores, solo la coleta de algunos oficiales entre los legionarios. Alguien del grupo de Bashasa ondeaba una bandera de color azul y púrpura, seguramente un trofeo ariké rescatado de la avenida de desfiles. Aquello no se parecía mucho al magnífico símbolo de resistencia con el que Bashasa esperaba instigar una rebelión.

La boca de Kai se abrió en una sonrisa. *A ver si podemos hacer algo al respecto*.

Se lanzó escalones abajo y echó a correr por el suelo de mármol. Le daba igual si los demás demonios lo seguían o no.

Su único objetivo era provocar la mayor carnicería posible, hacerle al lugar de honor de los jerarcas lo mismo que estos les habían hecho a las Tierras Llanas.

Kai golpeó al primer legionario por la espalda, se agarró a sus hombros blindados para auparse y le tapó la cara con la mano para drenarle la vida. Al mismo tiempo que el hombre se desplomaba, Kai se impulsó de un salto. Aterrizó encima de otro legionario, que cayó bajo su peso mientras él le drenaba la vida por el hueco entre el casco y el cuello de la coraza. Alguien le clavó un cuchillo en el pecho, pero Kai sujetó la mano que lo empuñaba y le drenó la vida antes de que pudiera soltarse. Los chillidos, las voces asustadas y el sabor embriagador de la vida del enemigo llenaban la mente de Kai; no había nada más.

Cuando Kai volvió en sí, se encontraba de pie en un círculo vacío, con legionarios muertos desperdigados a sus pies. Tenía la ropa ensangrentada, cortes y tajos que no recordaba. Y lo más asombroso era que los demás demonios también estaban allí. Ahora había combates por todas partes, cuerpos resecos tirados por toda la sala. Vio a Arn-Nefa, a la cabeza de una decena de demonios, corriendo tras los legionarios aterrados como si fueran patos. Los demonios habían roto el cerco que amenazaba a Bashasa y ahora inundaban la Sala del Templo como una avalancha.

Más legionarios irrumpieron por una entrada lateral, pero desde la avenida de desfiles llegaban grupos dispersos de mortales armados. Algunos tenían que ser los demás ariké de los Patios de Rehenes, pero había muchísimos más, con atuendos y aspectos de toda clase.

Tal vez Bashasa sí que había hecho estallar una rebelión, al menos entre los rehenes de aquel palacio.

Los demonios más cercanos miraban a Kai; se dio cuenta de que esperaban sus órdenes. *Oh, oh,* pensó. Kai nunca había sido comandante. Tenía que encontrar a Bashasa, a Tahren, a alguien que supiera poner orden en semejante caos.

Al otro lado de la cámara, tres legionarios salieron volando de pronto y se estrellaron contra una pared. Solo podía ser Ziede. Kai avistó a Bashasa y a Tahren en una plataforma al fondo de la

cámara, flanqueados por soldados ariké. Bashasa luchaba armado con un lanzón de legionario y se había atado alrededor del pecho un gran jirón del estandarte ariké rescatado. Tahren peleaba como una mariscal inmortal, moviéndose tan deprisa que Kai casi no veía nada más que el destello de su espada. Se abrió paso hacia ellos.

No se dio cuenta de que los demonios más cercanos lo seguían hasta que tres legionarios cargaron contra él y cayeron bajo el enjambre. Ya entendía que tantos adversarios en potencia parecieran ansiosos por apartarse de su camino.

Kai llegó a la plataforma y subió las escaleras, drenando y empujando a los legionarios que se interponían. Los demás demonios subieron corriendo por ambos lados, avasallando toda resistencia. De pronto Kai tenía el camino libre.

En la plataforma, las soldados ariké habían ocupado posiciones defensivas alrededor de Bashasa. Otras aprovecharon ese momento de respiro para atender a los heridos. Cuando Kai llegó arriba, Tahren bajó la espada. Los únicos indicios de lo mucho que había luchado eran los cuerpos amontonados en las plataformas cercanas, las pocas gotas de sudor que le humedecían la frente y las salpicaduras de sangre de su tabardo. Una burbuja de silencio pareció formarse a su alrededor cuando Kai se detuvo frente a Bashasa. Se giró hacia los demonios que aguardaban en los siguientes escalones.

—Este es Bashasa, ahora es vuestro capitán. —Utilizó una palabra en saredí para la que no había un equivalente perfecto en imperial, que significaba «líder al viajar hacia un peligro».

Los demonios asintieron entre murmullos mientras Arn-Nefa y sus seguidores llegaban al pie de las escaleras.

Bashasa miraba a Kai como si fuera la primera vez que lo veía. Era consciente de que tenía la ropa cubierta de cortes y sangre, de que las trenzas se le habían deshecho porque alguien muy necio (que ahora ya estaba muerto) le había agarrado del pelo por detrás para intentar cortarle la garganta.

Bashasa tenía un aspecto similar: las mangas de su abrigo de brocado estaban rotas y ensangrentadas y tenía los nudillos en carne viva.

—Tienes un cuchillo clavado en el pecho —le dijo.

Ah, cierto. Por eso no podía usar bien el brazo derecho. Kai

alargó el brazo para arrancárselo, pero desde ese ángulo no podía.

Bashasa frunció el ceño.

—¿Te lo vas a arrancar sin más?

—Claro. —En ese momento Kai no tenía palabras para explicarle cómo funcionaba el cuerpo de Enna.

—Espera, déjame a mí. —Bashasa agarró la empuñadura y arrancó el cuchillo.

Kai suspiró ruidosamente. Mucho mejor. Contempló la cavernosa estancia. Los grupos de combatientes eran cada vez más reducidos; los recién llegados se centraban en observar la plataforma. Quizá constituyeran una imagen digna de verse: estaban de pie en la nave de la Sala del Templo, donde se veneraba a los jerarcas, rodeados de legionarios muertos.

—¿Quién es toda esta gente?

—Ariké, Enalin, Ilveri de Nibet, los Grale y otros que no reconozco. Son rehenes, emisarios de naciones conquistadas, cautivos esclavizados que se han liberado —contestó Bashasa. Señaló con la frente varios grupos de soldados ariké desconocidas que montaban guardia alrededor de las entrada s de la Sala del Templo—. Los príncipes herederos Stamash y Asara han escapado de sus patios y se han unido a nosotros. —Se giró hacia las grandes puertas doradas que se alzaban tras la plataforma—. Creemos que los jerarcas están ahí.

Una ráfaga de viento agitó el cabello de Kai e hizo ondear el estandarte ariké. Ziede aterrizó a su lado.

—¿A qué esperamos? —preguntó.

—A ti —contestó Bashasa sin titubear. Retrocedió un paso y soltó el lanzón de legionario. Extendió una mano y una de sus soldados ariké le entregó su propia espada. Bashasa se volvió hacia la puerta. Sus soldados y todos los demás ocupantes de la plataforma se congregaron a su lado y tras él.

Ziede respiró hondo; la brisa agitaba su ropa a medida que atraía el resto de su poder. Desde su posición al otro lado de Bashasa, Tahren miró de reojo a Ziede, como si esperara que esta le devolviera la mirada, pero Ziede no se dio cuenta. Kai se obligó a concentrarse en la puerta; había llegado el final.

Una racha de aire que olía a sangre y muerte reciente sacudió la ropa de Kai y revolvió el cabello corto de Tahren. Se volvió cada

vez más fuerte, hasta que Kai tuvo que plantar los pies con fuerza para no tener que apoyarse en Bashasa. Los mortales más menudos se tambalearon o clavaron el regatón de sus lanzones en la plataforma para mantenerse en posición. Aquel aire no tocaba a Ziede, que se alzaba como una estatua en el ojo de su propio huracán.

La bruja agitó la mano y el viento se estrelló contra las puertas. El estruendo hizo reverberar los huesos de Kai. Una de las pesadas puertas se combó, mientras que la otra se soltó de las bisagras superiores y se abrió hacia dentro con un fuerte crujido de madera dorada.

Con un bramido, Bashasa se abalanzó hacia el umbral. Kai echó a correr con las soldados. Los mortales empezaron a gritar.

Un instante después, una fuerza invisible atenazó el cuerpo de Kai. Le estrujó los pulmones, arrebatándole la fuerza. Bashasa y los demás mortales se tambaleaban, caían, se alejaban dando tumbos. El rostro de Ziede estaba crispado de esfuerzo y furia mientras mantenía la posición, luchando contra aquella fuerza demoledora. Tahren se mantenía en pie, pero le costaba moverse; apenas avanzaba unos centímetros. Kai logró echar un vistazo por encima del hombro, y lo que vio hizo que su corazón se encogiera de desesperación.

El efecto se extendía desde la plataforma y recorría toda la cámara como una niebla, haciendo retroceder incluso a los demás demonios. Los incautos mortales que seguían luchando, tanto legionarios como rebeldes, se tambalearon o cayeron al suelo.

Kai había sentido eso mismo por primera vez aquel día terrible, en las colinas, cuando habían muerto montones de saredíes, fronterizos y brujos. Nunca había estado tan cerca de la fuente. Ahora sabía que se trataba de la Gran Obra de los Jerarcas, que habían preparado el poder de su Pozo para hacer llover muerte sobre cuantos estuvieran a su alcance.

Kai avanzó hacia el umbral y sintió un empujón en el pecho, como si una mano tratara de alejarlo con firmeza. Le helaba el corazón, le hacía temblar las piernas. Le estaba drenando la vida, pero Kai había drenado mortales a lo largo y ancho de la Sala del Templo; toda esa vida que ahora inundaba el cuerpo de Enna le dio las fuerzas necesarias para abrirse paso.

Cuando llegó a la puerta rota, la cruzó con paso vacilante y entró en una cámara, claramente un lugar privado. La luz de las lámparas titilaba en las paredes de mármol decorado y en el suelo de marfil. Había mortales desperdigados: legionarios con coleta de oficial, noblesirvientes ricamente vestidos… todos se desplomaban indefensos bajo los efectos indiscriminados de la Gran Obra. Pero Kai solo se fijó en el jerarca que estaba en el centro de la sala y en el expositor que lo protegía.

Kai nunca había estado tan cerca de un jerarca, pero irradiaba en oleadas el tufo del Pozo, una peste a dolor y vidas robadas. El jerarca era un hombre menudo, vestido con una toga blanca y dorada; tenía las manos muy blancas, el rostro rosado y sin arrugas, las cejas afeitadas, una barba blanca y recortada y el cabello largo, también blanco. Su expresión era tranquila, como si todo aquello no fuera más que un inconveniente. Y tal vez estuviera en lo cierto; de momento solo habían matado a sus legionarios y sirvientes.

El expositor que estaba delante de él tenía las manos extendidas; era esbelto, vestido todo de negro, con las facciones ocultas bajo un velo. Quieto como una estatua, el expositor usaba el Pozo de los Jerarcas para inundar toda la estancia con aquel poder paralizante que mataría a cuantos tuviera a su alcance, para luego alimentar de nuevo el Pozo con sus vidas.

Kai no quería morir, no quería que Ziede, Tahren, Bashasa y todos los demás murieran solo para ocasionar un leve inconveniente a un jerarca. Se lanzó hacia ellos.

Fue como cruzar a nado un barro frío que le drenaba la sangre de las venas y la fuerza de los músculos. Por el rabillo del ojo detectó movimiento justo a tiempo para sujetar el brazo que blandía el rompembrujos antes de que lo tocara.

Sin embargo, su dueño estaba tan afectado por el poder del Pozo como todos los demás. Kai tiró de él y le drenó la vida. Dejó caer el cadáver al suelo, le pasó por encima y avanzó los dos últimos pasos hacia el expositor. A tan corta distancia, el vórtice de poder pesaba tanto como una montaña. Kai se desmoronó.

Eso era lo que sentías cuando te drenaban la vida. El Pozo de los jerarcas aplastaba a Kai contra el frío suelo de marfil, haciendo crujir sus huesos hasta doblarlos y partirlos. Tensando los músculos del cuello, Kai levantó la cabeza lo justo para ver las sandalias

doradas del expositor, asomando por debajo de la falda. Kai arrastró el brazo por el suelo, lo extendió y agarró el tobillo desnudo.

El Pozo recorría el cuerpo del expositor; debería haber abrumado a Kai al instante, pero todo ese poder fluía hacia el exterior, tratando de matar a los mortales de la Sala del Templo. Esa conexión debía de impedir que ese expositor se resistiera como Cantenios, pues Kai notó que su vida penetraba en sus venas y estuvo a punto de soltarlo del susto. No esperaba poder conseguirlo; solo había querido que el jerarca sintiera miedo, que viera lo mucho que un demonio saredí había podido acercarse a él.

La fuerza devastadora del Pozo cesó; unas voces airadas gritaban, una bota le pisó la pierna con fuerza y luego una punzada de dolor le penetró en la columna. Un rompembrujos, un lanzón con una intención matademonios… No estaba seguro. Pero si iban a expulsarlo del cuerpo de Enna, primero Kai iba a matar a ese expositor. Se aferró a la vida del expositor con todas las fuerzas que le quedaban.

Entonces todo se volvió negro.

Kai recuperó la consciencia notando el tacto de las baldosas de marfil bajo las manos. Se dio la vuelta. Recordaba aquel peso demoledor y los huesos astillados, pero ahora no le dolía nada. Solo estaba mareado y con náuseas. Vio una falda blanca y levantó la mirada, esperando ver al jerarca ante él. Pero era Bashasa.

El príncipe extendió el brazo.

—¡Alto, alto! —Miró fijamente a Kai, horrorizado—. ¡Hermana bruja!

Kai pestañeó varias veces. Luego miró al jerarca, que yacía con la toga empapada en sangre, a los pies de Bashasa. El jerarca estaba muerto.

—Bashasa. Lo has logrado —graznó Kai.

Debería estar más contento, pero solo sentía agotamiento. Ah, claro, porque había roto todos los huesos del cuerpo de Enna y un potente rompembrujos le había hecho algo terrible. Conque eso era lo que sentías cuando te expulsaban de tu cuerpo. Pero no, no podía ser, porque Bashasa lo estaba mirando a los ojos, y un mortal no habría podido ver a un demonio a la deriva.

—¿Kai? —dijo la voz de Ziede.

—Aquí. Está aquí —dijo Bashasa.

Ziede apareció corriendo y se arrodilló al lado de Kai. Tenía el ceño fruncido en una expresión de incredulidad; al menos era mejor que una de recelo y horror.

—¿Kai? —repitió.

—¿Ziede? —dijo él. Su voz seguía sonando extraña dentro de su cabeza—. Bashasa ha matado al jerarca. ¿Verdad?

El maquillaje dorado de Ziede era un manchurrón. Kai intentó levantar la mano para limpiárselo.

—Kai. —Ziede le sujetó la mano. Las suyas estaban cálidas. Entonces se dio cuenta de lo frío que estaba él—. ¿Tú… lo has hecho a propósito?

¿El qué?

—Para matar al expositor —consiguió decir Kai. Le dolían el tobillo y la espalda. Estaba helado. Era peor que estar al raso y sin abrigo durante una ventisca. ¿Y por qué sonaba tan rara su voz?

Ziede le apretó la mano.

—Sí, Kai, pero ¿has hecho esto a propósito? —Le agarró de los hombros y le giró el cuerpo hacia Bashasa, que seguía quieto como una estatua. No, detrás de Bashasa, hacia la silueta inerte que yacía junto al jerarca muerto.

Kai se estaba viendo a sí mismo. Estaba viendo el cuerpo de Enna. Tenía los ojos abiertos, pero eran ojos mortales. Kai nunca había visto los ojos de Enna; cuando había despertado en su cuerpo y le habían enseñado su nuevo rostro en un espejo de metal pulido, sus ojos ya eran los pozos negros que indicaban la posesión de un demonio. Los ojos de Enna eran castaños con motas verdes, pero ahora estaban apagados, con la quietud de la muerte.

—Eh… —La voz le salió con un tono diferente—. Soy yo.

En ese momento, el dolor y las náuseas del estómago lo abrumaron y todo se oscureció.

NUEVE

Durante el trayecto de vuelta, Kai se detuvo un momento en la linde del bosque para crear un conjuro con el que llamar a un mensajero. Quería haberlo hecho antes, pero Enalin no tenía salida al mar y su conjuro no funcionaba con aves marinas. Al cabo de un rato, un ave zancuda salió de entre los árboles y se detuvo sobre el conjuro de Kai. El mensaje que había escrito se disolvió en el polvo, y el ave emprendió el vuelo.

Cuando Kai se aproximaba de nuevo al puerto marítimo, el sol ya ponía rumbo a la tarde; el aire olía a pescado asado. Se pasó por el embarcadero fluvial para ver cómo iba el conjuro de la barcaza; estaba casi terminado.

De camino al barco de los benditos inmortales, Kai siguió el rastro del pozo de poder desmantelado de Aclines hasta un bosquecillo de árboles altos con ramas colgantes. Daban sombra a un edificio de piedra bajo y alargado, de paredes gruesas, que antaño posiblemente había sido un almacén de alimentos perecederos. Ashem lo habría elegido porque estaba resguardado del sol, el aire era fresco y estaba bastante cerca de un pozo intacto, una pequeña estructura circular rematada con una escultura de peces saltarines.

Kai se detuvo sobre un montón de hojas secas para echar un

vistazo dentro del almacén. El interior polvoriento ahora estaba ocupado por los cuerpos semiconscientes y andrajosos de la cohorte, tirados en el suelo recién despejado o reclinados contras las paredes musgosas. Los miembros de la escolta se movían entre ellos, lavándoles la cara, curándoles las abrasiones de las manos y procurando ponerlos cómodos. Solo se oía un murmullo de voces y alguna que otra tos, pero el aire fresco olía a cuerpos sucios y enfermedades mortales.

Ziede había tenido que liberar gradualmente lo que quedaba de la red de intenciones dentro del barco, así que la escolta habría tenido que obligarlos a caminar o cargar con todos ellos hasta allí. Que ya hubieran terminado demostraba las dotes organizativas de Ashem y la capacidad de esfuerzo de la escolta. Habían traído del barco mantas, jarros de agua y cestas con reservas de comida; Kai se preguntó si Saadrin se habría puesto quisquillosa o si habría considerado que aquello no era digno de su atención.

Regresó por el sendero y luego continuó por la carretera ancha, pasando por delante del pabellón de los pescadores. Ramad y Ashem estaban en el embarcadero cercano. Algunos pescadores trabajaban en sus barcas, y otros estaban sentados fuera del pabellón, remendando las redes. Kai no vio a Ziede en cubierta, así que tocó su perla del corazón para hablar con ella: *¿Va todo bien?*

Su respuesta inmediata lo tranquilizó: *Ha sido más tedioso que dramático. Ashem envió a dos mensajeros al puesto avanzado del Mundo Emergente justo después de que te fueras. Tardarán por lo menos un día en llegar, pero sospecho que cuanto antes nos vayamos, mejor. ¿Has tenido éxito?*

En ambas cosas. Deberíamos poder irnos enseguida.

Qué alivio. Hemos preparado los suministros; en cuanto estés listo, podemos irnos.

Bien. Enseguida subo a bordo. Kai bajó las escaleras y se dirigió al embarcadero de los pescadores. Estos interrumpieron su trabajo al verlo llegar, alerta y vigilantes, pero no temerosos. Cuando Kai soltó la cabeza del gul en el pavimento cubierto de sal, varios se pusieron en pie de un brinco. Se oyó una salpicadura y un chapoteo; alguien se había caído de una barca.

Sin esperar a que hubiera más reacciones, Kai se dio la vuelta y siguió el muro de contención para reunirse con Ramad y Ashem. Ya

tenía toda su atención. La mirada de Ramad iba de Kai a los pescadores, que se habían aproximado con cautela a la cabeza del gul; uno de ellos se inclinó para examinarla con un palo largo. Ashem parecía horrorizada. Kai se les adelantó antes de que pudieran hablar:

—Si necesitáis alguna cosa más del barco, ahora es el momento de cogerla.

Ramad abrió la boca para hablar, pero se quedó mirando fijamente a Kai, con los ojos como platos. Ashem retrocedió un paso mientras maldecía entre dientes.

—¿Cómo es posible? —dijo—. ¿Es una quimera?

No era asunto suyo, pero Kai le respondió:

—¿A ti te parece una quimera? —Se limpió la sangre seca de los pómulos. La sensación era extraña y le volvía la visión acuosa. El ruido había atraído la atención de Saadrin, que ahora lo miraba con rostro furibundo.

—No. Parece real —le aseguró Ramad, que claramente intentaba disimular su horror. Miró de reojo a los pescadores que seguían pinchando la cabeza del gul. Uno soltó una fuerte exclamación de alivio. Otro empezó a entonar una vieja plegaria del pueblo del mar —. ¿Quién era?

—¿Y lo has matado por… eso? —Ashem señaló la cara de Kai con una mueca.

Kai suspiró. No tenía por qué responderles, pero estaba cansado de que lo malinterpretaran continuamente.

—Era un gul robacadáveres. Si creéis que estos mortales vivían a gusto cerca de él, estáis muy equivocados.

—He oído hablar de ellos —admitió Ashem a regañadientes—. La primera vez que me enviaron a la costa del sur, teníamos uno fisgando cerca de una posta.

—Robacadáveres —repitió Ramad, frunciendo el ceño a medida que entendía lo que implicaba—. ¿Y eso…? ¿Era suyo?

Kai resistió el impulso de rascarse o tocarse los ojos prestados. El único espejo que había podido encontrar era la superficie de un estanque, en el camino de la selva. Sabía que parecían lo bastante naturales para engañar a cualquiera salvo a otro brujo, así que seguramente no tendría ningún problema.

—Los benditos inmortales no permiten que los brujos y los

demonios merodeen por sus lugares sagrados buscando artefactos antiguos que antes ellos mismos utilizaban para acosarse y castigarse entre sí. Bueno, ¿necesitáis algo más del barco?

Ashem soltó un suspiro de enfado, pero dijo con falsa cortesía:

—No, gracias. ¿Os lo vais a llevar a Stios?

Saadrin se alejó de la amurada con cara de disgusto, pero Kai estaba seguro de que seguía escuchándolos.

—No, iremos a Stios por tierra —le dijo a Ashem—. Pero cuando Ziede se baje del barco, Saadrin se lo llevará inmediatamente.

Ashem entornó los ojos y levantó la cabeza hacia la amurada, donde seguramente Saadrin seguía espiando.

—El consejo del Mundo Emergente tendrá muchas preguntas sobre todo este asunto.

—Creo que sería mejor que… —empezó a decir Ramad.

Kai no oyó el resto, porque la voz de Ziede le apremió: *Kai, nos quedamos sin tiempo, la piedra de la columna de dirección empieza a brillar*.

Eso quería decir que se acercaban más benditos inmortales; utilizarían la fuente del barco como foco. Kai levantó una mano para hacer callar a Ramad. *¿Los ha llamado Saadrin?*

La voz interior de Ziede estaba sin aliento. *Ella dice que no. Si es verdad, nos han encontrado de otra manera…*

Ziede…

Oyó un ruido en la cubierta superior, y Tenes pasó corriendo junto a la amurada. Kai no supo leer su expresión, pero Ramad parecía preocupado y Ashem fruncía el ceño.

—Líder de cohorte, dile a tu escolta que se esconda y no haga ruido. Se acercan más benditos inmortales, quizá los mismos que le entregaron el barco a Aclines. —Kai echó a correr hacia el muro de contención.

Se detuvo frente a los pescadores reunidos en torno a la cabeza del gul. Estos se dieron la vuelta para mirarlo, asombrados y curiosos. Kai recordó los amuletos de conchas y guijarros que rodeaban su campamento y les hizo la seña en lengua bruja que significaba «peligro desde el cielo». Si la entendían, se ahorraría una larga explicación.

Tras un segundo de asimilación y espanto, los pescadores se pusieron en marcha. Algunos se dieron la vuelta y saltaron a sus

barcas amarradas. Otros corrieron hacia el pabellón del mercado, dando la voz de alarma. La gente del campamento se dispersó, llevando a sus niños pequeños bajo el brazo y adentrándose en la ciudad.

Kai, aliviado, les dio la espalda. Quizá su aviso a los pescadores también había convencido a los ariké. Ramad corría en dirección al almacén. Los miembros de la escolta que seguían junto al muro de contención recogieron sus suministros y se retiraron por la carretera, hacia la protección de los edificios del puerto y los árboles. Ashem los siguió caminando de espaldas, haciendo señas a los rezagados para que se dieran prisa.

Cuando Kai llegó a la pasarela del barco, Sanja y un par de bolsas de viaje de cuero salieron volando desde la cubierta, transportadas por uno de los diablos de viento de Ziede. Kai cogió en brazos a Sanja cuando el diablo de viento la soltó; las bolsas de cuero cayeron al embarcadero.

—Ya vienen. Viene alguien —dijo Sanja, angustiada y asustada. Kai la dejó en el embarcadero y se agachó para recoger las bolsas. La niña llevaba una túnica nueva encima de su ropa normal y se había puesto apresuradamente uno de los abrigos menos ostentosos de Aclines—. Puaj, ¿qué te pasa en los ojos?

—Ya lo sé. Es un disfraz.

Se echó las dos bolsas al hombro, le dio la mano a Sanja y echó a andar por el embarcadero. La situación se acercaba demasiado a los peores pronósticos de Kai: que había uno o más benditos inmortales implicados y que se dirigían hacia allí para matar a Kai, a Ziede y a todos los testigos mortales. Podían quedarse a luchar, pero entonces aumentaría el riesgo de que encontraran y mataran a la cohorte. Cabía la posibilidad de que los benditos inmortales que venían de camino simplemente buscaran el barco robado, pero no podían correr ese riesgo.

Sanja tenía que trotar para igualar sus largas zancadas.

—¿Ya vienen? ¿Los que quieren mataros? ¿Qué va a pasar?

—Viene alguien, pero no sabemos quién. —Kai subió con ella los escalones hasta lo alto del muro de contención—. Vamos a remontar el río.

Se disponía a darse la vuelta cuando un soplo de aire le metió el pelo en la cara; el diablo de viento depositó a Ziede y a Tenes sobre

el pavimento. Ziede estaba seria; Tenes, preocupada. Cada una llevaba una bolsa de suministros.

Kai se dirigió a la gran avenida.

—Si Saadrin les dice que vamos al Conventículo… —empezó a decir Ziede.

—¿Crees que se lo dirá?

A Kai no le parecía que Saadrin estuviera implicada. Odiaba a los expositores casi tanto como a los brujos y los demonios; Kai no la veía participando en una conspiración que incluyera expositores. Y tampoco tenía tanta imaginación como para aparentar ignorancia de forma tan convincente cuando Ziede la había interrogado. Si se enfrentaba a los recién llegados, podía terminar en la misma prisión que Tahren. Y le estaría bien empleado. Aunque debido al derecho de parentesco, también tendrían que rescatarla a ella.

—Le he dicho que podían ser los mismos benditos que le dieron el barco a Aclines. —Ziede sacudió la cabeza con los labios apretados—. Es lo único que he podido hacer.

—Si es lista, se marchará a través del Pozo —dijo Kai. Sospechaba que Saadrin no era tan lista.

—¡Ja! —dijo Ziede.

Pasaron por un laberinto de edificios de dos plantas vacíos, con las paredes blancas gastadas y manchadas de musgo; los jardines crecidos se desparramaban sobre los balcones y los tejados. Kai giró a la derecha, pasaron bajo un gran árbol cuyas raíces habían levantado el pavimento y salieron a la terraza que dominaba el río. Los benditos inmortales se centrarían en el barco, al menos durante un rato, pero a Kai le picaba la nuca al pensar en lo expuestos que estaban allí.

En la orilla, junto al embarcadero podrido, su nueva barcaza se había reconstruido sola dentro del conjuro y flotaba a casi un metro de altura del suelo fangoso. Era una embarcación translúcida, tejida a partir de los recuerdos de su antiguo ser y del pozo de muerte de Orintukk. La barcaza era larga, con la proa estrecha y curva y la popa ancha. Casi toda estaba descubierta, y los laterales eran más bajos para cargar fácilmente las mercancías, pero un toldo a rayas azules y blancas protegía la sección central.

—¿Qué mierda es esto? —preguntó Sanja, perpleja—. ¿Un fantasma?

—Es el recuerdo de una barca. Toma, coge esto. —Kai le dejó las bolsas en los brazos y bajó de un salto a la orilla.

—Pero no es una barca de verdad —dijo Sanja mientras Kai se agachaba para comprobar el conjuro.

—Nos llevará, Sanja —dijo Ziede. Bajó de un salto al pantano lodoso y levantó los brazos para que Tenes le pasara las bolsas—. La barca no sabe que no es de verdad.

—La confianza es muy importante con esta clase de manipulaciones —señaló Kai mientras se pinchaba en la muñeca para sacarse sangre con la que cerrar el conjuro. Contuvo el aliento mientras formaba el sello de compleción y luego abrió la barrera. Durante un segundo interminable, la imagen de la barcaza se puso a temblar en precario equilibrio. Pero cuando no se hizo trizas, Kai procuró disimular su inmenso alivio.

Se levantó y empujó la proa hacia el río para asegurarse de que aguantara en movimiento. Era más ligera que una barcaza de verdad, pero igual de aparatosa, y que estuviera flotando en el aire no la volvía más fácil de maniobrar. Por translúcida que fuera, recordaba el peso de su existencia anterior. Kai iba a tener que llevarla hasta el agua; la barcaza no sabría qué hacer hasta que tuviera debajo la corriente del río. Se dio la vuelta para ayudar a Ziede y a Tenes a lanzar las bolsas a bordo y luego aupó a Sanja por el costado mientras ellas subían por su cuenta.

Una vez estuvieron todas a bordo, Kai plantó los pies en el barro y apoyó todo su peso en el costado de la barcaza. Mientras la mole translúcida se movía a regañadientes hacia los juncos, Tenes se agachó en la cubierta y dibujó el contorno de un conjuro. Ziede invocó a sus diablos de viento.

—Te vamos a necesitar a ti para la quimera, Kai.

—Ya voy.

Otro empujón arrancó la barcaza del barro y la llevó hasta el bajío. Al tener agua debajo, el casco translúcido se oscureció hasta convertirse en madera maciza, al menos en apariencia. Pero entonces la barcaza decidió que ahora pesaba más. Kai apretó los dientes y empujó el costado con el hombro.

Al oír pasos que se acercaban corriendo, Kai se dio la vuelta. Pero era Ramad. Bajó de un salto de la terraza al barro compacto. Mientras se metía chapoteando entre los juncos, Kai le preguntó:

—¿Qué ha pasado?

Ramad apoyó el hombro en el casco.

—Hay unas luces muy intensas en el cielo, acercándose desde el sudeste. Saadrin está sacando el barco del puerto.

Kai tenía más preguntas, pero en ese momento era más importante llevar la barcaza hasta la corriente. Al empujar los dos a la vez, la barcaza se desplazó más lejos; Kai acabó metido en el agua hasta los muslos. Los juncos se doblaron bajo el casco y las culebras y arañas de agua se escabulleron. Si Saadrin estaba manejando el barco de los benditos inmortales, quizá distraería a sus perseguidores. Kai estaba seguro de que cualquier ayuda que les prestara Saadrin era involuntaria, ocasionada por su impaciencia por marcharse y su obstinada desconsideración hacia todo cuanto sucedía a su alrededor. Y Kai agradecía aquel informe, pero no tenía ni idea de qué pintaba allí Ramad.

—Tienes que esconderte con la cohorte —le dijo mientras se apoyaba en el costado de la barcaza.

Ramad negó con la cabeza y coordinó su siguiente empujón con el de Kai.

—Me voy a Stios con vosotros.

Kai, distraído mientras alejaba a un enorme lucio de una patada, casi perdió piel en el barro.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Maldita sea, Ramad. —Ziede se asomó desde la barca—. ¿Te lo ha ordenado Ashem?

—Yo no obedezco órdenes de la líder de cohorte Ashem. Será mejor que subamos —Ramad bajó la vista y se fijó en que en realidad la barcaza no tocaba la superficie del agua— a bordo de lo que quiera que sea esto. ¿Qué es esto?

—No, responde a mi pregunta. —Kai enganchó los codos en la barandilla cuando la barcaza halló la corriente, o al menos el lugar en el que estaba la corriente cuando era una embarcación nueva, antes de que el cieno y la vegetación alteraran el cauce del río—. ¿Por qué quieres venir con nosotros?

Ramad se aferró a la borda, apretando las mandíbulas con determinación, mientras la barcaza los arrastraba.

—Mi misión es encontrar a Tahren Stargard. Quiero oír su testimonio. Quiero averiguar quién está detrás de esto.

—No es asunto tuyo —le dijo Kai, intentando fulminarlo con la mirada. Con sus estúpidos ojos nuevos y la barcaza arrastrándolo por el barro y los juncos puntiagudos, sabía que no resultaba ni la mitad de amenazador. O por lo menos no intimidaba en absoluto a Ramad.

—¡No hay tiempo! —Ziede dio una palmada en la barandilla con impaciencia—. ¡Subid aquí los dos! Tenemos que irnos.

Con un siseo de frustración, Kai pasó una pierna por encima para engancharse al costado y se aupó. Ramad se impulsó con los brazos y entró rodando en la barcaza con mucha elegancia, salvo por la gran cantidad de agua y barro que arrastraba con la falda y el abrigo.

Sanja estaba sentada bajo el toldo, junto a las bolsas, con cara de preocupación. Kai se arrastró chorreando hasta la proa, donde Tenes estaba agachada junto al contorno de su conjuro. Kai añadió su intención, extrayendo más poder del pozo de muerte de Orintukk. Tenes se inclinó para cerrar el conjuro.

La magia fluyó desde el círculo de intención, una humedad fría como una neblina invernal. Cubrió la barcaza mientras esta se alejaba por el río y se enroscó en los postes del fantasmal toldo a rayas. Kai se mordió el labio inferior y miró de reojo a Ziede. Si la corriente los arrastraba hacia el puerto, tendrían un grave problema. Ziede estaba distraída; Kai supo que estaba guiando a un diablo de viento por el cielo para ver a través de sus sentidos. Finalmente relajó los hombros rígidos y abrió los ojos.

—Estamos a salvo.

Kai se dejó caer contra la amurada, aliviado.

—Salgamos de aquí.

Ziede hizo bajar al diablo de viento para que se situara tras ellos; un instante después, la barcaza se puso en movimiento. Orientada río arriba, empezó a surcar las aguas fangosas. Mientras ganaban velocidad, pasaron junto a los embarcaderos de madera podridos, los pilotes vacíos y los restos de barcas medio sumergidas. Ziede necesitaría ir cambiando a sus diablos de viento con frecuencia para mantener ese ritmo. Dejaron atrás el muelle fluvial y empezaron a ver muros de piedra con pinturas descoloridas y grabados, arcos, terrazas escalonadas con cascadas que seguían fluyendo, enredaderas y matorrales en flor. Sanja giraba la cabeza

de un lado a otro sin parar, con los ojos muy abiertos, tratando de verlo todo. Tenes, arrodillada a su lado, le tiraba de la manga para señalarle las cosas.

—¿Has hecho la estela? —preguntó Kai para cerciorarse.

—Sí, la estela y la onda de proa. —Ziede estaba concentrada, con la mirada fija en el agua, más adelante, para asegurarse de que no chocaran contra los restos flotantes—. No es la primera vez que lo hago, Kai.

Ramad los miraba con el ceño fruncido, pero la calma de Ziede pareció convencerlo de que sabían lo que se hacían.

—¿Qué era esa niebla? —preguntó mientras se escurría los faldones del abrigo empapado.

—Una quimera. —Kai se recostó contra un banco. Trató de convencerse de que no pasaba nada por descansar; tenían un largo viaje por delante y nada que hacer salvo esperar. Pero a su corazón acelerado le costaba creérselo—. Para que la barcaza se camufle con el resto del río. —Habría sido más sencillo hacer que pareciera un montón de ramaje, pero un montón de ramaje no navegaría a contracorriente tan deprisa como un barco a toda vela—. Deberías haberte quedado con la escolta.

—Es la escolta de Ashem… —empezó a decir Ramad.

—Ramad. ¿Qué crees que haces? —lo interrumpió Ziede—. No somos tus amigos, por mucho que quieras hacernos creer que sí.

—Aquí todos queremos encontrar a Tahren Stargard. Y lo decía en serio: quiero averiguar quién está detrás de esto. —Ramad se limpió el barro de la cara con la manga también embarrada, pero su voz irradiaba pasión—. Soy un oficial imperial del Mundo Emergente. Y un ariké. Sé lo que hicisteis por nosotros.

Kai se dejó caer en la popa. Ya habían llegado al corazón de la ciudad, la parte más antigua. Los edificios de piedra tenían tres o cuatro plantas de alto y balcones anchos; la pintura que había decorado sus aleros se había transformado en sombras de tonos pastel. Pasaron junto a la bocacalle de una avenida de desfiles; los árboles que la bordeaban estaban tan crecidos que se había convertido en un túnel verde.

—No sabes dónde te metes.

—Puedo ayudaros en el Conventículo. —Ramad estaba decidido —. Yo solo quiero hablar con Tahren Stargard y saber lo que le

ocurrió. A quién vio y quién cree que está implicado.

Ziede sacudió la cabeza con aire cansado.

—Ramad, no tengo claro si eres un pésimo espía que se hace el inocente o un buen espía que se hace pasar por uno pésimo para que bajemos la guardia.

Ramad suspiró.

—Ziede Daiyahah, he trabajado como diplomático con los talaialaou del Archipiélago Occidental y te aseguro que ninguna valoración que hagas de mi inteligencia será peor que la suya. Pero si lo que intentas es irritarme con insultos, lo has conseguido.

—Bien —dijo Ziede, imperturbable.

Ramad apretó la mandíbula, pero era un diplomático con demasiada experiencia como para perder los papeles.

—Saadrin sabe que vais al Conventículo. Se lo dirá a quien haya venido a por el barco.

—Si no la matan primero, sí, se lo dirá —coincidió Kai. Tenía muchas esperanzas depositadas en que Saadrin lo hiciera—. Sobre todo si insinúan que nos estaba ayudando.

Ziede resopló.

—Ella no mentiría para ayudarnos ni aunque se le pasara por la cabeza esa posibilidad.

Ramad estaba tan alterado que dejó ver su exasperación:

—¿Qué vais a hacer entonces cuando lleguéis a Stios? Seguro que tenéis algún plan.

Kai titubeó, y Ziede le habló a través de su perla del corazón: *Kai, si se lo cuentas, no podremos permitir que se vaya. Sería más seguro dejarlo inconsciente y abandonarlo en cualquier orilla. Si lo hacemos ya, no tardará mucho en regresar a pie con Ashem y su escolta.*

Ziede tenía razón. Y Kai no confiaba en Ramad, aunque estuviera empezando a caerle bien, muy a su pesar. *Ya lo sé, le dijo a Ziede. Pero creo que nos vendría bien su ayuda.*

Kai pensaba que Ziede se iba a molestar, pero su voz mental habló con resignación e ironía: *¿De verdad quieres meter a alguien más en esto?*

No, contestó Kai. Pero también era partidario de dejar que la gente tomara sus propias decisiones.

—No vamos ni al Conventículo ni a Stios —le explicó en voz alta—. Es una trampa. O las piedras de búsqueda nunca han estado allí o las destruyeron nada más recibirlas. Saadrin jamás nos permitiría acercarnos a ellas. No sé qué nos espera allí, pero no es nada que pueda ayudarnos.

Ramad frunció todavía más el ceño. Su mirada oscilaba entre Kai y Ziede.

—¿Y el derecho de parentesco?

—No le permite atacarnos directamente. —Ziede se sacudió el barro medio seco de las perneras del pantalón—. Pero es muy capaz de mentirnos y convencerse de que lo hace por nuestro bien.

—Sí, tenía pinta de ser de esa clase de personas. —Ramad parecía aliviado al saber que Saadrin ya no se inmiscuiría en sus planes, siempre que lograran evitarla—. ¿Y adónde vamos?

—A los Salones Estivales —contestó Kai—. O a lo que queda de ellos.

EL PASADO:
EL CAMBIO

… los demonios podían robar cuerpos mortales, era que no querían hacerlo o lo tenían prohibido…

…y así, se enfrentaron a los saredíes en la gran guerra entre las Tierras Llanas y el inframundo, antes del acuerdo que le cedió las Tierras Brujas a su descendencia…

… conocimientos tan reservados que ni siquiera los saredíes saben gran cosa, tan solo que estalló la guerra y que de ella surgieron los brujos…

—Fragmentos de documentos rescatados de un fuerte de las montañas occidentales incendiado durante la invasión de los jerarcas de las Tierras Llanas, custodiados en el Archivo del Mundo Emergente de Benais-arik

Una mano pálida le daba palmadas en la cara.

—¿… ha ocurrido esto? —decía la voz de Ziede.

Kai abrió los ojos y vio que estaba medio tendido en el regazo de Bashasa, con la cabeza recostada en su muslo. Al menos Bashasa ya no parecía horrorizado. Fruncía el ceño, pero su rostro no estaba

hecho para ese gesto, así que solo parecía agobiado. Ahora que estaba tan cerca de él, Kai descubrió más salpicaduras de sangre en las mejillas del príncipe, en su rico abrigo de brocado azul y en la túnica que llevaba debajo. *Sangre de jerarca*, pensó Kai. ¿Sería la primera vez que alguien hacía sangrar a un jerarca? Bashasa lo miró y sonrió.

—Ah, has vuelto. ¿Quieres incorporarte?

Kai no sabía lo que quería hacer, pero asintió. Bashasa lo sujetó por los hombros y lo ayudó a sentarse. Sus manos eran cálidas y reconfortantes. Las soldados ariké y los demás mortales entraban y salían de la sala. Habían retirado a un lado las puertas rotas. El cuerpo del jerarca había desaparecido. Habían envuelto a Enna con un manto oscuro que le tapaba la cara. El cuerpo del expositor tampoco estaba allí. Entonces Kai se acordó. *Ah, ya*, pensó. Tomó una temblorosa bocanada de aire. Notaba los pulmones y el pecho diferentes. ¿Más largos, más grandes?

Ziede, a unos pasos de ellos, hablaba con Arn-Nefa y otra demonio que ocupaba el cuerpo de una mujer saredí, vestida con un abrigo andrajoso que todavía lucía la insignia del cuervo de los Raneldi.

—Es el demonio llamado Kaiisteron —decía Arn-Nefa—. No puedo decirte más.

La demonio Raneldi añadió:

—No ocurre a menudo; no ocurre nunca, si es lo que preguntas. Cuando abandonamos nuestros cuerpos donados, regresamos al inframundo, pero ahora que el acceso está sellado… —Hizo un gesto de impotencia.

—Lo que os pregunto es si se pondrá bien —dijo Ziede con severidad—. ¿No perderá el control de este nuevo cuerpo?

—Lo ignoramos —contestó Arn-Nefa con brusquedad.

Se dio la vuelta; Kai quiso llamarla para que se quedara, pero la demonio se alejó enseguida. La Raneldi, con una mueca de frustración, la siguió.

Ziede gruñó entre dientes y volvió con ellos.

—Bashasa, deja a Kai y ve a liderar a los mortales.

Kai no quería que Bashasa se fuera, pero le parecía una debilidad admitirlo, aunque solo fuera para sus adentros. Tal vez Bashasa no supiera lo que estaba haciendo, no más que Kai, pero al

menos él era capaz de aparentar confianza. Sin embargo, Ziede tenía razón. Kai se apartó de Bashasa y dijo refunfuñando:

—Tienes que irte. —El sonido tan distinto de su voz le produjo un escalofrío en los dientes, como si hubiera otra persona dentro de su cabeza.

—Cierto, cierto. —Bashasa le apretó los brazos con afecto—. Pero ten cuidado. Has sufrido una conmoción. —Se levantó sin dejar de mirar con preocupación a Kai. Entonces se quitó el abrigo y se lo echó por los hombros.

Cuando Bashasa se fue, Ziede se acuclilló para mirar a Kai frente a frente.

—¿Entiendes lo que te ha pasado?

—Eh… sí. He ocupado este cuerpo. —Levantó la mano para echarse el pelo hacia atrás, pero dio un respingo al tocarlo. Era liso, como el de Enna, pero más espeso, y perfumado con un aceite que olía a flores desconocidas—. Ya… —*Ya estuvo a punto de pasarme una vez, cuando murió Adeni*. La Abuela se lo había advertido—. Ya sabía que podía ocurrir, más o menos. Pero no ha sido a propósito.

Ziede miró de reojo el cuerpo amortajado.

—Los demás demonios han dicho que ya no podías volver con ella.

—No. —Enna ya no estaba. Solo era carne putrefacta, no había nada dentro de su cuerpo a lo que aferrarse.

Ziede se sentó en el suelo de marfil y hurgó en la bolsa que llevaba en el cinturón. Le tendió a Kai un espejito de mano con el dorso de madera tallada. Kai contempló su reflejo en la superficie plateada. Su piel era de un tono castaño más dorado y el cabello era más negro. Todo era diferente. Su cara era más alargada, menos redonda, con los pómulos altos y marcados, las cejas oscuras, los labios gruesos. Los dientes eran distintos, sin incisivos puntiagudos. Ya no tenía aspecto de saredí, y eso le provocó una punzada de dolor en el pecho. Lo único que seguía siendo claramente suyo eran los pozos totalmente negros de sus ojos.

Vestía una túnica de seda negra ceñida con un cinto sobre la falda; el velo negro que recordaba estaba extendido sobre su regazo. El cuello de la túnica lucía un pequeño adorno, una red de delgadas placas de plata conectadas con diminutas cadenas. Se disponía a

arrancárselo, pero titubeó. Se acordó de que Cantenios había llevado algo similar. Las placas tenían unos caracteres esmaltados en color azul y negro, escritos en un lenguaje desconocido, que resaltaban vivamente sobre la plata.

Volvió a palparse el cabello. Le llegaba por debajo de los hombros y estaba parcialmente sujeto con unas horquillas rematadas por esmeraldas. Era la primera vez que veía una esmeralda. *Un momento, ¿cómo?* Miró con los ojos entornados el reflejo de aquellas gemas verdes y relucientes. *¿Cómo sé que son esmeraldas?*

—Por lo menos eres guapo —dijo Ziede con ironía. Kai la miró fijamente, y Ziede hizo una mueca—. Perdón. Supongo que es demasiado pronto para gastar bromas.

Kai se frotó la frente. El mareo y las náuseas remitían, pero le seguía costando mucho pensar.

—El jerarca. Solo había un jerarca. ¿No eran dos?

El cuerpo había desaparecido, pero viendo el gran rastro de sangre que manchaba las baldosas de marfil hasta desaparecer por la puerta, Kai se imaginaba dónde estaba. Lo habrían sacado a la plataforma para alardear de su éxito ante los demás mortales.

El semblante de Ziede volvió a crisparse de preocupación.

—Había al menos dos, de eso estamos seguros. El otro debía de ir con retraso a la ceremonia.

Cuando Kai había despertado en el cuerpo de Enna y había compartido sus últimos pensamientos con su afligida familia, esos recuerdos se habían desvanecido rápidamente, convirtiéndose en imágenes oníricas casi intangibles. Kai había retenido ciertas cosas, como el manejo del idioma saredí. Reconocía las caras de su familia, aunque no supiera sus nombres. Había reconocido su caballo y había sido capaz de localizar su cama en la tienda de Kentdessa. Pero nada más. Adeni, Varra e Iludí solían jugar con Kai a ver qué era capaz de adivinar o recordar.

Pero Kai sabía muchísimo más acerca de aquel expositor.

—Se llama… se llamaba Talamines. Era de Irekán. —Kai no sabía dónde estaba eso. Muy al sur, en la ruta que los jerarcas habían seguido en su avance por el mundo; ni siquiera Talamines lo sabía con certeza—. Se lo llevaron de allí de niño, apenas recordaba nada de esa época. Sé cómo son sus aposentos en este palacio. Sé

cómo llegar hasta allí. Sé… sé tantas cosas que no puedo… —Sacudió la cabeza. Sabía demasiado; la información era un revoltijo confuso.

Ziede parecía cada vez más alarmada.

—Creía que los demonios no retenían los recuerdos de su huésped.

—Los saredíes nos convocaban para ocupar los cuerpos de sus fallecidos recientes. Pero Talamines estaba vivo. Todo sigue aquí dentro. —Kai le devolvió el espejo y se examinó la palma de la mano. Tantos conocimientos resultaban abrumadores, pero algunas cosas eran más nítidas que otras. Por ejemplo, el primer uso de poder que le habían enseñado a Talamines.

Kai no era tan tonto como para tocar el Pozo de los jerarcas. Incluso temblando por la conmoción y ocupando un cuerpo robado, sabía que era una idea espantosa y que probablemente avisaría al jerarca ausente y a todos los expositores cercanos de su posición, y que inmediatamente después el Pozo invadiría su cuerpo y lo poseería. Pero Talamines sabía muchas cosas sobre la obtención de poder.

El dolor era la fuente disponible más inmediata; el dolor de otros mortales, su fuerza vital, su muerte. La solución más obvia era utilizar a los legionarios, pero no era la solución que quería Kai. El cuerpo de la Abuela había sido incinerado, dejándola atrapada en el inframundo, incapaz de volver jamás al mundo mortal, y la capitana de Kentdessa y todos los demás habían muerto, asesinados por la Gran Obra de los jerarcas o caídos en combate más tarde, pero Kai se imaginaba perfectamente la cara que habrían puesto todos ellos de haber sabido que se estaba planteando siquiera una cosa así.

Sin embargo, Bashasa y Ziede podían haberlo abandonado a su suerte, sin importarles si se recuperaba o no, si alguien lo mataba como expositor por no entender lo que había hecho, o como demonio por entenderlo demasiado bien. Tenía que encontrar la manera de ayudarles.

Dejando a un lado las horrendas consecuencias del peor error de su vida, a Kai se le ocurrió una idea. *Puedo usar mi propio dolor*, pensó. A las estructuras de poder que recordaba su nuevo cerebro no parecía importarles la fuente de ese poder, tan solo que existiera.

No hay motivo para no hacerlo. Además, Talamines había abandonado su cuerpo sufriendo enormemente; todo ese dolor seguía allí, almacenado como una masa ardiente bajo las costillas robadas de Kai. Y también estaba el dolor del propio Kai. Miró de nuevo a Enna, amortajada con aquel manto negro, y quiso meterse debajo, con ella. Era su último vínculo con Kentdessa y todo lo que había sido, todo lo que ya había dejado de existir. Ese doloroso pensamiento prendió una chispa de poder que Kai empleó para formar una intención en la palma de la mano de Talamines… de Kai.

Una llama amarilla y temblorosa, luminosa pero fría, apareció flotando encima de su mano.

Ziede enarcó las cejas, estupefacta.

—Kai, ¿qué…? No estarás accediendo al Pozo de los jerarcas, ¿verdad?

—No, Ziede, no soy idiota. —La repentina exasperación de Kai apagó la llama. Se esforzó de nuevo y la hizo brotar otra vez. Se concentró en mantener la forma del diseño—. Estoy usando mi propio dolor.

Ziede entornó los ojos.

—Es menos probable que eso destruya tu consciencia y te convierta en un esclavo del Pozo de los jerarcas, pero no es precisamente una fuente inagotable.

Kai reprimió una carcajada, aunque no fuera gracioso.

—¿Tú crees?

Ziede se mordió el labio; sabía que Kai tenía razón.

—Le estás quitando toda la gracia a matar al archiexpositor de un jerarca para robarle su poder, Kai.

Con cada nuevo recuerdo de ese cuerpo que salía a la superficie, Kai estaba más seguro de que no tenía la menor gracia.

—¿Sabías que a algunos los esclavizaron? A Cantenios no, pero a este sí.

—Había oído rumores —reconoció Ziede—. Puede que solo controlen de esa forma a los archiexpositores. —A un gesto suyo, un soplo de aire recorrió la palma de Kai. Este mantuvo la llama estable y hasta consiguió agrandarla un poco—. Así que ahora eres un expositor. A lo mejor también te puedo enseñar brujería.

Supuestamente los brujos, al menos los de las Tierras

Fronterizas, habían surgido de la mezcla de sangre demoníaca y mortal durante la vieja guerra contra el inframundo. Pero quizá existieran más clases de brujos. ¿Y si los expositores eran brujos corrompidos por los jerarcas? No todos, desde luego; Cantenios no lo era, pero Kai sospechaba que quizá Talamines sí. Pero había una pregunta más urgente: ¿seguía siendo un demonio?

Se humedeció los labios, manteniendo la llama estable, y con la mano libre deslizó los dedos por la mancha de sangre húmeda que manchaba las baldosas de marfil. Al pasar el pulgar por la sangre, le extrajo la vida. Al cabo de un instante, la sangre se había transformado en un polvo negro que se dispersó como la ceniza.

La expresión sorprendida de Ziede se estaba volviendo fascinada. Y calculadora.

—Si hoy sobrevivimos, esto podría sernos muy muy útil. —Enarcó las cejas; se le había ocurrido otra idea—. ¿Este expositor sabía algo que nos pueda servir ahora? ¿El escondite del otro jerarca, por ejemplo?

—No estoy seguro. —Los recuerdos del cuerpo eran excesivos e insuficientes al mismo tiempo. Con una mueca de frustración, Kai cerró la mano para detener la intención y extinguir la llama—. Los demonios… ¿se han ido con Bashasa?

Ziede parecía estar tomando una decisión. De pronto se levantó con energía, le agarró del brazo y lo obligó a ponerse de pie. Kai estuvo a punto de caerse de nuevo; ahora era más alto, casi tanto como Ziede, y durante un instante sintió que hacía equilibrios sobre unos zancos inestables.

—Vamos a verlo —dijo Ziede con decisión.

Kai se puso con torpeza el abrigo de Bashasa y se guardó el velo en el cinturón, pero titubeó. Cruzó la estancia y se agachó para retirar la mortaja de la cara de Enna. Su cuerpo ya estaba empezando a descomponerse: la piel de las mejillas y los ojos estaba hundida. Kai había sido feliz siendo Enna, antes de la guerra. Esa parte de su vida había desaparecido en el momento en que los jerarcas habían decidido invadir las Tierras Llanas; aquello solo era la separación final, el abismo insalvable.

Sin embargo, Kai le giró la cabeza y desató con delicadeza la cinta de cuero con el emblema del antílope de Kentdessa que llevaba en el pelo. La tapó de nuevo con la mortaja y se levantó.

Después de atarse la cinta alrededor de la muñeca y esconderla bajo la manga ceñida de su túnica, siguió a Ziede hasta la plataforma de la Sala del Templo. El cuerpo del jerarca yacía en el suelo de mármol gris y blanco, con la toga blanca empapada en sangre. Lo habían decapitado, y la cabeza cercenada reposaba sobre su pecho.

La Sala del Templo estaba sembrada de cadáveres, principalmente de legionarios, pero también se veían los bultos ensangrentados de otros mortales, aunque ahora no había forma de saber en qué bando habían combatido. Una neblina flotaba bajo los haces de luz que entraban por el techo de cristal: una mezcla de incienso y humo de alguna hoguera cercana. Habían llevado a los heridos a un extremo de la sala, donde varios mortales, algunos vestidos de cortesanos y otros con ropa de sirviente, más sencilla, iban de acá para allá llevando agua o vendando heridas.

En contraste con toda aquella actividad eminentemente práctica, los demonios se habían sentado en los escalones de la plataforma y miraban fijamente a Kai. Sus expresiones reflejaban hastío, enfado o simple aburrimiento. Algunos habían pasado demasiado tiempo en el Patio de los Cautivos; Kai reconocía la mirada de desinterés de un demonio que ya apenas estaba unido a su propio cuerpo. Era un milagro que hubieran llegado tantos a la Sala del Templo; estaba seguro de que más de uno se había separado del grupo mientras recorrían los pasillos. Arn-Nefa y la demonio Raneldi estaban con ellos, observando a Kai.

Su inacción le exasperaba. Kai suspiró ruidosamente.

—¿Qué hacéis? Aún queda un jerarca en este palacio, ¿por qué no ayudáis a buscarlo?

La expresión impenetrable de Arn-Nefa no cambió.

—¿Por qué has violado todos los pactos ocupando el cuerpo de un mortal vivo? —preguntó otra demonio; en su abrigo desgarrado llevaba un emblema de madera con la garza de la tienda de Soliasar.

Un nudo de vergüenza se formó en el estómago de Kai, duro como una piedra. La injusticia de aquella acusación era insoportable, pero sabía que no serviría de nada explicar que lo había hecho sin querer, que había sido un accidente.

—Era un enemigo. ¿A cuántos expositores habéis matado

vosotros?

Varios demonios se revolvieron; sus miradas negras e insondables observaron a Kai con más interés.

—Has roto tu juramento a los saredíes —dijo entonces Arn-Nefa.

Eso le dolió más que si le hubiera dado una bofetada. Kai vaciló durante un instante, sin saber qué responder. Se merecía su desprecio. Kai había hecho algo que a los saredíes les habría parecido obsceno, un rechazo de todos los pactos entre las Tierras Llanas y el inframundo. Pero si no lo hubiera hecho, ninguno de ellos seguiría vivo.

—Los saredíes cayeron. Solo quedamos nosotros. ¿Os vais a rendir?

—Estos mortales no luchan por nosotros —dijo la demonio Raneldi.

—¿Por qué iban a hacerlo? —dijo Kai, incrédulo—. Volveréis al inframundo en cuanto el acceso se abra de nuevo. ¿Queréis vengaros primero o no?

—El acceso no volverá a abrirse nunca —repuso la demonio Soliasar—. Nadie va a derrotar a los jerarcas. Estamos atrapados aquí.

Kai miró con impotencia a Arn-Nefa, pero esta le devolvió la mirada sin más, con una expresión de absoluto desdén.

—¡Pero habéis luchado contra los legionarios aquí mismo! ¿Qué ha cambiado?

La demonio Soliasar abrió la boca, formando algo que no era una sonrisa.

—Tú.

Kai no era su líder; tan solo lo habían escogido para liberarlos del Patio de los Cautivos. No quería que lucharan por él, sino por sí mismos.

—¡Pues elegid un líder! —Sabía que parecía desesperado. Estaba desesperado—. ¡Tú, Arn-Nefa!

—No. —Arn-Nefa apretó los labios y sacudió la cabeza con pesar. Por un momento su expresión fue casi compasiva—. Hemos hecho lo que hemos podido. Estos mortales ya están muertos, aunque no lo sepan. No tiene sentido.

—Eso ya lo saben. —Kai levantó las manos, exasperado. Ojalá Bashasa estuviera allí; si había convencido a Kai, seguro que podía

convencer a los demás demonios. Señaló el cadáver del jerarca que yacía en su maloliente charco de sangre, sobre la plataforma sagrada—. Bashasa y estos mortales… han matado a un jerarca. ¡Nadie lo había hecho nunca!

—¿Y no basta con eso? —La demonio Raneldi sonaba cansada, como si lo único que quisiera fuera tumbarse y dejarse morir—. No podemos matarlos a todos.

¿Lucharían si llegaban más legionarios a la Sala del Templo? Seguramente sí, hasta que el jerarca superviviente apareciera, los sometiera a todos con la Gran Obra y devolviera a los escasos supervivientes al Patio de los Cautivos. Kai tenía que convencerlos. Quizá pudiera llevarlos con Bashasa, conseguir que le hicieran caso. Se acercó a Arn-Nefa y le habló en voz baja:

—Arn-Nefa, por favor, ven conmigo y habla con…

Ella lo agarró del cuello. Kai se quedó paralizado, demasiado sorprendido para reaccionar. Y Arn-Nefa le superaba en edad tanto en su cuerpo de demonio como en el de saredí, dos cosas que le otorgaban autoridad sobre él.

De pronto sintió una extraña tensión en el corazón, en el depósito de vida robada que se ocultaba debajo. No lo entendía. La expresión de Arn-Nefa era sombría, decidida. De pronto lo comprendió: Arn-Nefa estaba intentando matarlo, drenar su cuerpo como si fuera un mortal.

Kai le sujetó la mano y se la dobló hacia atrás. Arn-Nefa lo soltó y retrocedió un paso, enseñando los dientes.

Kai solamente sentía un frío intenso calándole los huesos.

—Veo que ya no somos amigos —dijo.

El cuerpo de Arn-Nefa estaba tenso, listo para un ataque. La incertidumbre se adueñó de su expresión al ver que Kai no hacía nada.

Kai se dio la vuelta y cruzó de nuevo la plataforma, pasando junto al jerarca muerto, para reunirse con Ziede, que lo estaba esperando.

El pequeño grupo de soldados ariké que rodeaban a Ziede, algunas heridas y otras no, se apresuraron a desviar la mirada. Kai y los demonios habían hablado en saredí, así que seguramente nadie había entendido la discusión ni lo que había visto. Nadie salvo Ziede, cuya expresión era de consternación. Le habló en voz baja:

—¿Te encuentras bien?

Kai se cruzó de brazos. Menos mal que llevaba el abrigo de Bashasa, porque todavía sentía ese frío y estaba a punto de tiritar.

—Estamos solos. No nos van a ayudar —le explicó.

Una soldado ariké a la que recordaba vagamente haber visto en el patio de Bashasa se aproximó. Los saludó a ambos con una reverencia ariké, tocándose la frente, y les habló en imperial con acento ariké:

—Disculpa la interrupción, hermana bruja, pero ¿puedes obligar a hablar a esta persona? —Señaló a un pequeño grupo de ariké que aguardaban en la zona principal, bajo las plataformas. Rodeaban a un prisionero arrodillado, un legionario cuya coleta de oficial le colgaba desde la cabeza hasta el hombro: un mechón de cabello trenzado con cadenas enjoyadas e hilos de colores vivos.

—Lo puedo intentar —respondió Ziede con aire sombrío. Los brujos manipulaban los elementos y los espíritus, no las mentes de los mortales; si las ariké no habían conseguido obligar al oficial a responder a sus preguntas, seguramente Ziede tampoco podría. Pero entonces lo miró de reojo—. A lo mejor tú puedes.

La ariké se volvió entonces hacia Kai. Aunque recelosa, consiguió no parecer asqueada ni aterrorizada.

—¿Lo podrías intentar, eh…?

—Kaiisteron —la ayudó Ziede—. Llámalo «Cuarto Príncipe».

Otra puñalada en el corazón de Kai. Ya no era Kai-Enna. Y nunca había utilizado su título del inframundo con los saredíes; habría sido ridículo.

—Me puedes llamar… —empezó a decir Kai, pero Ziede le dio un puntapié—. Para, Ziede —gruñó, apartándose de un brinco. La transferencia al cuerpo de Talamines había sido a través del tobillo, y todavía lo tenía sensible.

—¿Lo podrías intentar, Cuarto Príncipe? —preguntó la ariké.

Kai se frotó la cara, tratando de librarse del entumecimiento. Al menos los ariké creían que podía resultar de utilidad.

—Claro. ¿Cómo te llamas?

La mujer se tocó el hombro donde llevaba atado el fajín.

—Salatel, segunda escudera del príncipe heredero Bashasa. Acompañadme, por favor.

—¿Dónde está Bashasa? —preguntó Ziede mientras seguían a

Salatel. Su tono de voz daba a entender que había estado a punto de decir «¿Dónde está ese imbécil de Bashasa?». Kai no esperaba que Salatel respondiera.

Pero la mujer se detuvo, como si la pregunta se la hubiera hecho su capitana, y sacó del abrigo un mapa de tela doblado. Llamó por señas a una subordinada y desplegó el mapa en la espalda de la mujer. Kai reconoció los toscos dibujos de Bashasa y estuvo a punto de sonreír.

—Está aquí. —Salatel señaló un punto con el dedo—. En este patio. Lo está defendiendo, manteniendo a raya a los legionarios auxiliares. Creen que el jerarca se encuentra en esta zona, pero no saben dónde exactamente.

Cuando Kai se acercó para ver mejor, Salatel apenas se puso nerviosa. La memoria de Talamines empezaba a fragmentarse; Kai visualizaba el interior de habitaciones y pasillos que Talamines conocía bien, pero no era capaz de ubicarlos en el mapa. Encontró lo que parecía ser el Patio de los Cautivos y señaló una zona abierta muy grande que estaba cerca.

—¿Y nosotros estamos aquí? —Para no alterar más los nervios de Salatel, se abstuvo de tocar el mapa apoyado en la espalda de la soldado, aunque seguro que sabía que no era capaz de drenarle la vida a alguien a través de la tela y el cuero. O quizá no lo supiera—. ¿Y los auxiliares entran por aquí?

—Sí, Cuarto Príncipe.

Kai la miró fijamente.

—Mal asunto. —Podían sobrepasarlos en cualquier momento. Seguramente el jerarca, antes de acceder al Pozo, estaba esperando a que los legionarios entraran y acorralaran a la mayoría de los rebeldes en esa zona de los Salones Estivales. O sea, que todavía iban a morir todos, aunque hubieran conseguido ganar un poco de tiempo.

—Sí, Cuarto Príncipe, mal asunto —admitió Salatel con aire sombrío.

Volvió a doblar el mapa y la siguieron hasta el piso principal, bajo la plataforma, donde varias soldados ariké observaban al oficial legionario arrodillado. Lo habían despojado de las armas, el casco y la túnica blindada, pero su expresión era socarrona y divertida. Los recuerdos del nuevo cuerpo de Kai le dijeron que

aquella coleta trenzada lo identificaba como un oficial de alto rango, una Diestra de la Ira.

Salatel hizo un gesto a las soldados ariké y estas se apartaron de su camino.

—Se llama Vilgies —le informó—, es un oficial importante de la legión, miembro de la guardia personal de un jerarca.

Cuando se detuvo delante de él, Vilgies frunció el ceño mientras sus ojos subían hasta el rostro de Kai. Se quedó un poco boquiabierto.

—¿Qué… quéesesto? —susurró el oficial—. Es imposible.

Kai había estado sondeando los reacios recuerdos de Talamines en busca de algún detalle sobre ese hombre o, mejor aún, algún método que tuvieran los expositores para leer la mente, pero no percibía nada. Sin embargo, como Vilgies había reconocido a Talamines, Kai decidió improvisar.

Se acuclilló para tenerlo frente a frente. Sus movimientos adoptaron un aire sinuoso, propio de su cuerpo perdido en el inframundo. Desechó un pensamiento involuntario: *Aunque el acceso se abra otra vez, ¿cómo vas a volver a ver a la Abuela?*

—¿Me estás diciendo que una Diestra de la Ira nunca ha tenido delante a un demonio?

—Los demonios son solo carne de lanza para los bárbaros —dijo Vilgies. Apretó la mandíbula, lleno de desprecio y desdén—. No saben obedecer órdenes.

¿No? Kai había sido muy obediente, aunque de poco le había servido. Sabía que las legiones de los jerarcas desconocían la organización de los saredíes, pero como los saredíes habían sido destruidos, tal vez no fuera importante.

—Ahora obedezco órdenes. —Extendió la mano y rozó el rostro de Vilgies con los dedos.

El hombre se echó hacia atrás y exhaló con fuerza.

—No voy a decirte…

—Ah, ya lo sé, ya lo sé —le aseguró Kai—. No vas a decirme dónde puede estar escondido el jerarca. Además, tú y yo sabemos que no tiene sentido. Todos los que están aquí van a morir. Pero tú no vivirás para verlo.

Vilgies dominó su rostro para que volviera a reflejar desprecio.

—No temo a la muerte.

Dice la verdad, pensó Kai. Vilgies moriría sin revelarles nada, al menos nada cierto, por muy lenta y dolorosa que fuera la muerte que le diera Kai. Los perros de los jerarcas eran leales, aunque Kai no entendiera el motivo. Tras los primeros ataques contra Erathi y las Tierras Fronterizas, los saredíes y sus aliados habían empezado a creer que los legionarios estaban sometidos mediante intenciones, que su mente estaba esclavizada. ¿Por qué si no iban a morir sin más motivo que la codicia y la exaltación de los jerarcas? Pero cuando los brujos habían tratado de buscar esa intención en los legionarios prisioneros, no habían hallado nada, ni el menor rastro de una compulsión.

Y Kai prefería no perder el tiempo en eso; deberían ir en busca de Bashasa. Ni siquiera sabía si Dahin y el resto de los dependientes de Bashasa habían logrado huir. Quizá podrían ganar tiempo para que escaparan más rehenes y prisioneros.

Kai se echó hacia atrás y miró a Ziede.

—Lo voy a matar ya, a menos que tengas alguna idea —le dijo en saredí. Así habría una Diestra de los jerarcas menos en la próxima batalla contra quien sobreviviera y continuara la rebelión.

—Espera —replicó Ziede en el mismo idioma. Se dio unos toques en la barbilla, pensativa—. Creo que lo estamos enfocando mal. ¿Alguna vez has visto a un expositor crear una intención de persecución?

—No lo he visto, pero nos hablaron de ello. —Los expositores podían rastrear a los exploradores hasta su campamento si los detectaban demasiado cerca. Kai siempre había considerado que un explorador al que detectaran demasiado cerca estaba muerto de todas formas.

—Podríamos utilizarla —dijo Ziede. La Diestra, que no entendía lo que decían, fingía no observarlos—. Mira el emblema de alabastro que lleva en el cinto, con una copa de oro en relieve. Eso indica que está en contacto directo con un jerarca, que es uno de sus guardiasirvientes. Si ha estado en el escondite del jerarca en las últimas horas (o quizá desde el alba; nunca entendimos del todo cómo funciona la intención), podríamos rastrear sus movimientos para saber por dónde empezar a buscar.

—¿Tú la puedes crear? —preguntó Kai.

—Yo no, Kai, pero tú deberías ser capaz —dijo ella, impaciente.

—Qué optimista eres, Ziede. —En el cerebro agitado de Talamines no había la menor certidumbre.

Kai se sentó sobre los talones y se concentró, pero no recordaba nada sobre la intención de persecución. Algo le dijo que Talamines conocía pocos diseños e intenciones, que no era esa clase de expositor. *Ayudaba al jerarca a focalizar su poder a través del Pozo*, pensó, aunque no sabía lo que significaba eso.

¿Los jerarcas necesitaban a un expositor como Talamines para emplear el poder del Pozo contra un gran número de mortales? De ser así, ya entendía por qué el otro jerarca no había actuado todavía. Pero aquello era pura especulación, prácticamente una de las historias que se contaban los saredíes en torno a sus hogueras, acerca de la gente que vivía en el cielo.

Sin embargo, Talamines disponía de métodos para encontrar información oculta. Kai estaba seguro de que no eran imaginaciones suyas. Pero no lo hacía leyendo mentes. Lo hacía leyendo… objetos.

—¿La piedra, la madera y el metal tienen memoria? —le preguntó a Ziede.

—¿Cómo? —Ziede se quedó perpleja un momento, pero luego pareció concluir que Kai hablaba en serio—. En cierto modo sí, pero es difícil acceder a sus recuerdos. Normalmente solo los —empleó una palabra de un idioma que Kai desconocía— son capaces de estar quietos y callados el tiempo suficiente para verlos. —Titubeó y se mordió el labio, pensativa—. Pero tú no te refieres a un peñasco en un campo, sino a objetos artificiales. Esos pueden tomar prestados los recuerdos a través del contacto estrecho con una persona. Pero tiene que ser un contacto muy estrecho, íntimo. Como una joya que se lleva continuamente.

Kai extendió la mano y arrancó el emblema de alabastro del cinto de Vilgies.

—Como esto. —Como el emblema que concedía a una Diestra de la Ira el honor de servir a un jerarca.

Vilgies gruñó una grosería y forcejeó hasta que Kai lo hizo callar agarrándole la mandíbula y drenándole la vida lo suficiente para que cayera al suelo. Necesitaba concentrarse.

Sostener el emblema e intentar pensar dónde podía estar el jerarca no sirvió de nada. Pero Talamines habría concentrado el poder del Pozo en el objeto. Kai trató de emplear una parte de la

vida que acababa de quitarle a Vilgies. De pronto vio una sucesión de imágenes. La mayoría eran una mezcla confusa, como un sueño borroso, pero había una más clara que el resto. Unas siluetas en una gran estancia, voces, agua y una gran cantidad de cristal dominando un patio.

—Las paredes son de oro, con diseños de marfil y esmalte. Está dos plantas por encima del suelo de un patio. Hay fuentes y estanques.

—Salatel, el mapa, por favor —dijo Ziede en imperial mientras Kai cerraba los ojos con fuerza y se concentraba en la imagen, reteniéndola en la mente—. ¿Conoces una sala con paredes de oro y decoraciones de marfil y esmalte? ¿No? Pregunta a las demás.

Las voces de las soldados resonaron por toda la estancia, repitiendo la pregunta en imperial y en ariké.

—Kai, descríbela otra vez, todo lo que se te ocurra.

—Los estanques son alargados y poco profundos. Hay uno más grande, curvado y hondo, tanto que se podría nadar dentro. —Había algo inusual en la forma de las sombras, en el ángulo con el que el sol entraba por las ventanas de la estancia de paredes de oro—. Ah, el patio exterior no es a cielo abierto. Hay cristal en el techo, pero no en todo, como aquí.

—Creo que la hemos encontrado —dijo Ziede con voz tensa.

Al abrir los ojos, Kai descubrió que había más mortales con las ariké. Casi todos vestían prendas de rico brocado y seda, aunque ensangrentadas y arrugadas por la batalla. Una persona ataviada con un abrigo voluminoso y un pañuelo en la cabeza estaba sentada en el suelo, con el mapa de Salatel, al que estaba añadiendo detalles con un lápiz de plomo; Ziede estaba agachada a su lado.

Kai se puso de pie y se acercó a mirar. La gente se apartó para dejarle sitio, pero nadie huyó.

—Es un asistente de los noblesirvientes intermedios, dice que vio un patio así en una ocasión.

Estaba dibujando en una sección de los Salones Estivales que no aparecía en el mapa original de Salatel, pero no estaba muy lejos del punto al que había ido Bashasa para intentar contener a los legionarios.

—¿Bashasa nunca vio esta zona?

—No, Cuarto Príncipe. —Salatel agitó la mano abierta—. Les

gusta aparentar que los rehenes formamos parte de su corte, pero no nos permiten ver casi nada de los Salones, tan solo las zonas más públicas.

El asistente terminó de dibujar y se echó hacia atrás.

—Si me he equivocado —preguntó en imperial—, ¿volveréis para matarme? —La idea no parecía alterarlo demasiado.

—No. —Kai se inclinó para memorizar la nueva sección—. Porque si te has equivocado, estaré demasiado muerto para acordarme de ti.

—Y yo también —dijo Ziede. Kai la miró a los ojos. No le parecía que Ziede esperara morir; más bien le parecía que tenía un plan—. Vamos a matar a otro jerarca —añadió.

DIEZ

Ziede recurría a una pequeña hueste de diablos de viento para seguir remontando el río lo más deprisa posible sin agotar a ninguno de sus espíritus silvestres. La mole de Orintukk dio paso a la campiña verde y exuberante, donde antaño habían crecido jardines, cultivos y huertos, intercalados con densos bosques y embarcaderos de madera putrefacta o pilotes de piedra, pertenecientes a algún que otro pueblo desaparecido hacía mucho.

Estando todavía en Orintukk, Ramad, con bastante calma, había preguntado:

—¿Por qué vamos a los Salones Estivales, el lugar más odiado y prohibido de todo el Mundo Emergente?

—Necesitamos una piedra de búsqueda para localizar a Tahren —le había explicado Kai—. En los Salones Estivales hay una.

El semblante sombrío de Ramad se había vuelto sorprendido y pensativo, como si le hubiera dado una explicación mucho más racional de lo que él esperaba.

—Ya veo. En un lugar que no es una trampa y a donde nadie sabe que vamos. ¿Y nadie más conoce la existencia de esa piedra de búsqueda?

—Los benditos inmortales saben que hay piedras de búsqueda en los Salones Estivales. —Ziede analizaba a Ramad con la mirada

desde la proa, sentada junto a Kai. Tenes y Sanja seguían a popa, viendo pasar la ciudad emocionadas—. Pero no será el primer lugar que se les ocurra.

—Y yo sé dónde está exactamente esa piedra —había dicho Kai. *Siempre que no la arrastrara la corriente*, pensó.

Ramad había asentido lentamente.

—Entonces merece la pena correr el riesgo.

No habían vuelto a hablar de ello. Kai sospechaba que Ramad estaba reprimiendo sus preguntas, procurando no insistir para que pareciera que podían fiarse de él. Quizá sí que podían fiarse de él. Kai aún no lo sabía, y la incertidumbre le daba ganas de gruñir.

La única forma de saberlo era confiar en Ramad y esperar a que llegara la puñalada por la espalda.

Tenes había traído unas sábanas de seda del barco de los benditos inmortales; las utilizaron para hacer una tienda de campaña en la popa, debajo del toldo. Durante el día hacía calor, así que valió la pena tener un poco más de sombra y disponer de privacidad de vez en cuando. Todos se habían quitado el abrigo; Kai y Ramad se habían atado la falda para que no se les mojara.

El campo se empezó a llenar de colinas, y las dos orillas del río se convirtieron en paredes verticales y escarpadas. Después de girar por primera vez por un canal, pasaron cerca de un acantilado que dominaba un estanque tan redondo que solo podía ser artificial, a pesar de los árboles y la maleza que crecían alrededor. El esqueleto de un edificio se apoyaba contra la roca estriada, más alto que el propio acantilado; las columnas de piedra sostenían todavía sus pesadas vigas de madera. Estaba invadido por las enredaderas, pero tenía una forma curiosa, como la rueda de un carro gigante.

Sanja se asomó desde la barca.

—¿Qué es esa casa tan grande y redonda?

Kai estaba a punto de responder que probablemente se trataba de un viejo fuerte, pero Ramad señaló la cima del acantilado.

—Eso es Lu-draya. Antes había un canal navegable que llevaba desde un lago, al otro lado de la meseta, hasta una cuenca de piedra de este acantilado. Esa estructura era como una noria para barcazas; las hacía descender para que llegaran a este canal.

Ramad podía estar mintiendo sobre muchas cosas, pero no sobre que era historiador.

Poco después, Tenes avistó varias columnas de humo que se alzaban sobre los árboles, a lo lejos. Al acercarse descubrieron un pequeño muelle excavado en la orilla del canal, con varios embarcaderos bien cuidados donde había diversos veleros, canoas y una vieja barcaza fluvial. Habían talado los árboles de la orilla para hacer sitio a un par de almacenes de mercancías, unos edificios bajos y chatos. Un sendero ancho atravesaba el bosque hacia el sonido de voces lejanas, alguien que cortaba leña y un rastro de música. Ziede inspeccionó el cielo, buscando posibles perseguidores.

—Podemos parar a por suministros.

La quimera solo funcionaba desde arriba, así que atracaron al lado de la otra barcaza de río. Tenía los costados más altos y un pequeño camarote, así que la suya sería prácticamente invisible desde la orilla. De ese modo, si alguien se acercaba desde el pueblo por el camino, no vería inmediatamente algo que no debería flotar, por no hablar de existir, ni sentiría la tentación de hacer preguntas. Cuando Sanja le dio la espalda, Kai le preguntó a Ziede en silencio, señalando a la niña con la frente: *¿La mandamos a ella sola por si quiere escaparse?*

Ziede titubeó, pero negó con la cabeza. *Creo que estamos demasiado cerca*, contestó a través de su perla. *Si vienen a buscarnos, podrían encontrarla*.

Tenía razón, así que Kai esperó en la barca con Ramad mientras Ziede, Tenes y Sanja subían por la otra barcaza y se dirigían al pueblo por el sendero.

Kai se acomodó en la proa para poder vigilar todo el canal. Ramad se había levantado para ayudar a Sanja a subir a la cubierta de la otra barcaza; Kai notó que lo observaba mientras volvía a sentarse en el banco central.

—Antes dijiste una cosa… —empezó Ramad—. ¿Por qué no hay renegados entre los brujos? ¿Es porque ninguno se quiere rebelar?

—Es porque no hay nada contra lo que rebelarse. —Kai contempló las aves zancudas que pasaban bajo los árboles de la orilla opuesta. El cielo empezaba a encapotarse; más tarde podía ponerse a llover. Tenían que pensar qué le pasaría entonces a la quimera.

—¿Los brujos no tienen jerarquía? —preguntó Ramad con el ceño fruncido—. ¿No están organizados? Pero pueden colaborar. O

al menos lo hicieron durante la guerra.

Kai se encogió de hombros. No era el único que tenía esa clase de respuestas.

—¿Quieres gastar todas tus preguntas en esto?

Ramad enarcó una ceja; su expresión sincera se transformó en una máscara profesional.

—¿De cuántas preguntas dispongo?

Kai mantuvo su semblante completamente serio.

—Acabas de gastar una más.

Ramad dejó escapar un suspiro y el destello de una sonrisa sincera. Ya llevaba con Kai el tiempo suficiente como para saber que había sido una broma, lo cual resultaba… perturbador y entrañable al mismo tiempo.

Ziede estaba en lo cierto: Kai debía tener cuidado.

Ramad reconsideró la pregunta y adoptó una expresión apropiadamente seria.

—Bashasa el Grande te dedicó sus últimas palabras a ti. Qué decepción.

—Oh, eso no. —Kai fingió una leve irritación, en lugar de revelar el profundo hastío que sentía por la gente que se metía en asuntos que no eran de su incumbencia—. Eso lo preguntan todos.

Ramad reaccionó ladeando la cabeza. ,

—Entonces no te preguntaré qué te dijo. Te preguntaré… ¿por qué te lo dijo a ti?

El enfoque era lo bastante original para resultar intrigante.

—¿Tú qué crees?

Ramad se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas. No tenía claro qué decir, y su expresión era algo reacia.

—Se rumorea que eras su amante. Que lo sedujiste a cambio de obtener poder en el nuevo Mundo Emergente.

Sí, eso lo decían. Kai se limitó a agitar los dedos en el agua, como si ahuyentara a un insecto molesto.

Sin mirarlo fijamente, Ramad añadió:

—Otros dicen que Bashasa el Grande nunca se habría humillado de esa manera.

Sí, eso también lo decían.

—Qué provocador, Ramad. No es exactamente una táctica nueva. *—Lo siguiente que me pregunte es lo que quiere saber en*

realidad, pensó. Kai podía intrigar a Ramad por más de un motivo, pero no podía dejar de ser vanguardista, como tampoco historiador.

Ramad encogió un hombro con un gesto de desinterés, pero Kai tuvo la impresión de que no estaba disfrutando.

—Siempre me he preguntado si tal vez fue al revés. Que él pudo haberte seducido, o persuadido, para tenerte a su servicio.

La respuesta era: «Sí, pero no como tú te piensas». Pero nadie se creería eso. Kai no sabía si estaba cayendo en una trampa evidente o si era otra cosa la que le hacía querer responder con sinceridad:

—¿Y si te dijera que no fue eso en absoluto? ¿Me creerías? ¿Me escucharías siquiera?

Los ojos de Ramad se abrieron de sincera sorpresa.

—Sí. Quiero decir que yo te escucharía. Y te creería.

De pronto Kai tuvo la impresión de que Ramad no había creído en ningún momento que su táctica pudiera funcionar. Ya ahora tenía el aspecto de un cazador que acaba de darse cuenta de que estaba acechando a una presa demasiado grande para manejarla.

—¿Has oído hablar de los saredíes? ¿Del pueblo al que los ariké y los enalin llamaban los Reyes del Llano?

Ramad frunció el ceño; estaba hurgando en su memoria.

—¿No eran unos pastores nómadas que vivían en las Tierras Brujas? Recuerdo una historia sobre unas prácticas religiosas bastante macabras.

Sí, yo fui una de esas prácticas, pudo haberle dicho Kai.

—¿Más macabras que aniquilar ciudades enteras porque se interponen en tu camino?

Ramad transigió asintiendo con la cabeza.

—No tan macabras, no. Pero creía que los jerarcas los habían destruido casi por completo. ¿Prestaron apoyo a la alianza de Bashasa?

—Formaron su propia alianza para detener el avance de los jerarcas, con los marinos y comerciantes de Erathi y con los fronterizos procedentes de los lugares que los ariké llamaban las Tierras Brujas. Pero no sabían que los jerarcas ya habían conquistado gran parte del mundo. No conocían el poder del Pozo.

Ramad estaba concentrado, como si memorizara cada palabra.

—¿Tú estabas con ellos antes de conocer a Bashasa?

—Estaba con ellos. —De pronto Kai tuvo la impresión de que

había dicho demasiado y no lo suficiente. Hora de cambiar de tema —. Y ahora dime en qué va a beneficiar al Mundo Emergente que yo te cuente todo esto.

Ramad se echó hacia atrás y negó ligeramente con la cabeza.

—No te lo pregunto por el Mundo Emergente. Te lo pregunto por mí. Sigo teniendo vocación de historiador. Siempre he sentido curiosidad, desde que te vi por primera vez en la corte de Benais-arik.

—Siempre he sido una curiosidad —admitió Kai.

Ramad esbozó una mueca que tampoco parecía fingida.

—No lo decía… No es por eso… Tú estuviste allí cuando ocurrió todo…

Al oír unos pasos en el embarcadero, los dos dieron un respingo.

Ziede y las demás regresaban con bolsas llenas de suministros. Ramad no parecía tener claro si sentir alivio o resistirse a dejar el tema.

Ziede había intercambiado varias ricas telas del barco de los benditos inmortales por ropa de algodón más ligera de color azul, amarillo y gris, descolorida por el sol. Las galas de Aclines que llevaba Kai ya estaban manchadas de barro y desgarradas por el forcejeo con la barca fantasma, así que fue un alivio poder quitársela y vestirse con una túnica y una falda dividida, más fácil de atar en torno a las rodillas. Ramad siguió llevando su práctica ropa de viaje, pero Ziede optó por un caftán corto enalin, ceñido con un cinturón, y unos pantalones. Sanja imitó a Ziede, aunque a ella el caftán de la misma talla le llegaba hasta los tobillos. Ambas se recogieron el pelo con un pañuelo para protegerlo del polvo que arrastraba el viento desde las colinas y los campos. Tenes llevaba una túnica ariké estampada, larga y ligera, sobre unas calzas. En caso de que tuvieran que abandonar la barca y continuar a pie, o entrar en otro pueblo, al menos parecerían viajeros corrientes. Kai guardó la vara extensible en el bolsillo cosido bajo la solapa de la túnica; era su mejor arma a menos que Ramad llevara alguna escondida, como probablemente fuera el caso.

Cuando ya se habían puesto en marcha de nuevo, Sanja dijo de pronto:

—Vanguardista, ¿nos cuentas la historia de esa gente que creía que eras tonto?

Kai, que estaba bebiendo de una cantimplora de bambú, casi se atragantó. Cuando Tenes se inclinó para darle unas palmadas en la espalda, cayó en la cuenta de que Sanja intentaba provocarlo a propósito; quería poner a prueba a Ramad para comprobar si estallaba, si era seguro viajar con él en aquel espacio tan reducido. Seguramente los ponía a prueba a todos. Kai se secó la boca y miró a Ziede, que todavía tenía las cejas levantadas con gesto incrédulo.

Ramad se dio la vuelta para observar a Sanja, pero lo hizo con el buen humor propio del miembro más reciente de un grupo al que acaban de gastar una broma pesada.

—Sanja, me temo que vas a tener que ser más concreta —dijo.

Esta vez a Kai se le escapó un resoplido de risa, pero fue discreto y giró la cabeza como para contemplar el enorme ciprés de la orilla opuesta.

—La gente de las islas, los tala-no-sé-qué —le aclaró Sanja.

—Ah, los talai-alaou. —Ramad se reclinó en su banco y se secó el sudor de la frente—. Son un pueblo interesante, pero poseen un código de reglas de comportamiento muy estrictas. Se parecen un poco a los grale, pero sin su cortesía ni su hospitalidad.

—Los grale son el pueblo más razonable del continente oriental, pero también el más pesado.

—Pues no son nada al lado de la pesadez de los talai-alaou —le aseguró Ramad.

Tenes cruzó la barca para sentarse a escuchar junto a Sanja. Ramad era un buen narrador; se burlaba de sus propios esfuerzos por hacer amigos en nombre del Mundo Emergente entre los habitantes más estirados de todo el Archipiélago Occidental. Kai notó que se le relajaban los músculos de la nuca, y se dio cuenta de que le hacía falta reírse. El destino de su viaje lo ponía más nervioso de lo que había imaginado.

Las colinas fueron desapareciendo gradualmente, dando paso a campos abiertos y arboledas dispersas. Los días eran largos y sofocantes, pero las noches eran frescas, de brisa suave, con algunos destellos de luz entre la espesura, seguramente de insectos luminosos o fantasmas perdidos. Solamente hacían breves paradas para vaciar el cubo de la letrina o recoger suministros en los cultivos asilvestrados de las granjas que llevaban mucho tiempo abandonadas. A veces tenían que esforzarse para que la barca no se

atascara en bancos de arena ya desaparecidos. Debido al estado de la embarcación, la ropa se ensuciaba mucho; Ramad, entre eso y la barba incipiente por no poder afeitarse como correspondía, les recordaba cada vez más a un vendedor fluvial itinerante.

Y también hablaban. Ziede hablaba largo y tendido con Tenes para intentar ayudarla a recordar cualquier detalle anterior a que Aclines le arrebatara la memoria en Scarif. Lo que Tenes era capaz de describir era deprimentemente escaso, y aunque Ziede llegó a la conclusión de que procedía de un linaje brujo que manipulaba los espíritus de tierra, eso no les daba demasiada información. Ramad les contó más historias sobre sus viajes: las visitas a aliados lejanos, las cacerías ocasionales de expositores violentos… Kai no quería hablar de la guerra ni de Bashasa, pero les contó cosas sobre los viajes que habían hecho juntos a lo largo de los años, y también de los que había hecho en solitario.

Cuando el canal cruzó la vieja frontera del Sana-sarcofa, la búsqueda de alimento se volvió infructuosa y tuvieron que detenerse bajo unos grandes sauces, cerca del muelle de otra aldea de comerciantes.

Mandaron a Sanja por el sendero, con un puñado de monedas del Mundo Emergente de Ramad en el bolsillo, para que buscara el mercado del pueblo. En cuanto se fue, Ziede le pidió a Tenes que siguiera a la niña a cierta distancia, para asegurarse de que no le pasara nada, pero que no interfiriera si Sanja decidía no regresar.

—Le estáis dando la oportunidad de escapar —comentó Ramad, observándolos.

Kai se había vuelto a sentar en la proa, con la cabeza apoyada en la madera blanda. El sol no le hacía daño en la piel, así que allí tenía sitio para tumbarse; prefería dejar el toldo y la tienda a los demás.

—¿No es lo que querías, alejarla de nosotros?

Ramad se encogió de hombros con ironía.

—Eso lo quería la líder de cohorte Ashem. Yo soy partidario de dejar que la gente escoja su camino.

Ojalá creyera que lo dices en serio, pensó Kai.

Apenas media hora después, Tenes reapareció y subió a la barcaza, sonriente. Después Sanja llegó por el sendero, cargando al hombro una bolsa de comida y tres sombreros de paja de ala ancha

que había comprado para ella, para Ziede y para Tenes.

—¿Por qué no me has comprado otro a mí? —bromeó Kai. Se puso de pie y le tendió la mano.

—No te lo habrías puesto —replicó Sanja mientras subía con cuidado por el costado—. No te gusta llevar cosas en el pelo. Si te hace falta uno para disfrazarte, te presto el mío.

—A propósito. —Ramad se levantó para ayudar a Kai a sacar la barcaza de las aguas poco profundas que había bajo los árboles. Ahora disponían de unas pértigas que habían adquirido por el camino—. ¿Qué pasará cuando encontréis la piedra de búsqueda y liberéis a Tahren Stargard? ¿Cuál es vuestro plan?

Impulsándose en las grandes raíces de los árboles y luego en las islitas de barro y maleza, lograron llegar de nuevo al centro del río. La corriente trató de arrastrarlos, pero Ziede despertó a un diablo de viento para retomar el rumbo. Kai dejó que Ramad lo ayudara a guardar las pértigas mojadas en el costado de la barcaza antes de responder:

—Has estado con nosotros todo el tiempo. ¿Nos has oído mencionar algún plan?

Ramad echó un vistazo a su alrededor, buscando algo con lo que limpiarse el barro de las manos, pero se rindió enseguida.

—Sé que tú y Ziede Daiyahah podéis hablar sin que nadie os oiga.

Ziede levantó el odre de agua en un gesto de admiración.

—Muy listo.

Ramad suspiró.

—Sé que ya os lo he dicho antes, pero os puedo ayudar si me dejáis.

—¿Por qué? —Kai se acomodó en un asiento delantero para tener la excusa de vigilar por dónde iban; en realidad quería evitar la mirada de Ramad—. ¿A qué vienen tantas ganas de ayudarnos?

Ramad levantó las manos, exasperado.

—Ya os lo dije. Tiene que haber más traidores en la corte que colaboran con la facción de Nient-arik. Tienen vínculos con benditos inmortales renegados, y expositores a sueldo. Todo esto ha sido un intento deliberado de sabotear la renovación de la coalición imperial.

Kai miró de reojo a Ziede, que ayudaba a Tenes a ajustarse la

correa de la barbilla de su sombrero de paja.

—Ya sabes que el Mundo Emergente no tenía que haber sido un imperio.

Cuidado, le dijo Ziede en silencio.

—Sé que fue una alianza temporal que creció hasta convertirse en algo más. —Ramad observaba a Kai con intensidad, como tratando de leerle la mente—. Tú ayudaste a hacerlo crecer.

Crecer como un tumor, pensó Kai, pero no lo dijo en voz alta. Era consciente de que quería confiar en Ramad; hacía una vida entera, Ramad habría encajado bien entre las escoltas y los exploradores con los que Kai había luchado y maquinado para arrancar el mundo conocido de las garras de los jerarcas. *Te recuerda a Bashasa*, le había dicho Ziede, pero no era verdad.

—Ahora mismo no tenemos ningún plan. Y no lo tendremos hasta que recuperemos a Tahren.



Kai despertó antes del alba el día en que iban a llegar a los 2 Salones Estivales. Estaba tumbado a proa, su sitio favorito de la barcaza, y al principio creyó que se había despertado por los nervios, por la idea de volver a tener delante ese lugar.

El cielo seguía bastante oscuro; había menos árboles bordeando el canal, y el aire antelucano no sacudía sus altas copas. Pero entonces Kai se percató de que lo había despertado otra cosa.

Se incorporó. Todos dormían salvo Tenes, recostada bajo el toldo; le tocaba turno de vigilancia. Kai la saludó con la frente y luego se asomó para mirar el agua.

Una silueta sinuosa flotaba bajo la superficie. Media casi la mitad que la barcaza y relucía en la oscuridad con un brillo imposible de color blanco y púrpura con manchas índigo. Sus aletas estaban decoradas con una especie de volantes, como un encaje dorado. Kai se remangó y metió la mano en el agua.

Una boca escamosa y bigotuda le acarició la palma, transmitiéndole una cierta calidez. Kai sacó la mano y leyó el mensaje que ahora estaba escrito en ella. Cuando los caracteres se desvanecieron, Kai inspiró hondo, aliviado. Al levantar la vista, descubrió que Tenes lo miraba sin comprender. Luego te lo cuento,

le indicó por señas. Tenes asintió.

Los dos se quedaron mirando al mensajero, que se dio la vuelta y se alejó nadando río abajo.

ONCE

Acababa de romper el alba en el cielo nublado cuando los últimos restos del bosque dieron paso a la llanura y avistaron por fin los Salones Estivales. Kai, agarrado al poste del toldo, contemplaba desde la amurada la estructura, que se iba volviendo más nítida bajo la luz grisácea.

No se parecía mucho a lo que recordaba. El inmenso terraplén seguía allí, alto como una pequeña meseta, pero el sotobosque de hierba y flores que compactaba la tierra se había convertido en un denso manto de maleza y arbolillos. La red de canales que lo rodeaba se ahogaba bajo los juncos, al menos por el lado que veían desde allí. Incluso desde esa distancia, la pequeña ciudad al oeste de la estructura parecía desierta, muda e invadida por la vegetación. Las oscuras siluetas esqueléticas a lo largo de los muelles eran los restos de botes y barcazas hundidas y abandonadas.

Los demás seguían durmiendo y no tenía por qué despertarlos todavía. Lo que sí que hizo fue llamar a Ziede a través de su perla del corazón hasta que esta se incorporó y, ceñuda, miró a su alrededor parpadeando. Se lamentó en voz baja y dijo en silencio: *Odio este sitio. Había olvidado cuánto lo odio*.

El tiempo está igual que el día que escapamos, respondió Kai. De pronto tuvo dudas. *¿Verdad? No son imaginaciones mías*.

—No. Está igual —susurró Ziede. Hizo un complejo gesto con las manos y la barcaza frenó y se desvió lateralmente; varios de sus diablos de viento se alejaron para explorar.

Guardaron silencio mientras el sol avanzaba por detrás de las nubes y la barcaza se iba acercando más y más a la montaña artificial de los Salones Estivales. Hacía mucho que el puente había sido destruido, así que ya no había manera de acceder por tierra. No se veía nada en la cima, al menos desde donde estaban. Kai distinguió a duras penas el pliegue de la pendiente desde donde arrancaban unas escaleras, ahora totalmente ocultas bajo el follaje.

—¿Ves algo del interior? —le preguntó a Ziede.

—La verdad es que no. —Ziede, distraída, se mordía el labio mientras veía a través de los sentidos de sus diablos de viento. Buscaban siluetas humanas y movimiento, pero con lo que tenían a modo de ojos no siempre veían el mundo mortal tal cual era. La imagen que veía Kai en la perla de Ziede solo era la forma del hueco que había en la cima del terraplén. Era un óvalo perfecto; Kai no lo había sabido hasta ahora, porque nunca lo había visto desde ese ángulo. La percepción de los diablos de viento no distinguía nada del interior, tan solo un abismo de sombras que se movían—. Hay demasiados… supongo que los podría llamar residuos. Del Pozo de los jerarcas y de las viejas intenciones y diseños de todos los expositores que construyeron este lugar. —Sacudió la cabeza ligeramente—. Los diablos de viento no ven señales de vida en el montículo, eso seguro.

—No hay benditos inmortales ni expositores ni cohortes del Mundo Emergente esperándonos entre los arbustos —dijo Kai. Pretendía que sonara como una broma, pero no le salió así.

—Tan lejos no —contestó Ziede secamente.

Oyeron la tos de Ramad a sus espaldas. Kai lo miró de reojo; estaba tendido en un banco, con una manta doblada bajo la cabeza a modo de almohada. Se incorporó y contempló el terraplén con los ojos entornados y soñolientos.

—Casi hemos llegado —dijo con voz ronca. Carraspeó y empezó a atarse el pelo—. Anoche me di cuenta de que había perdido la noción del tiempo. Ayer fue la renovación imperial del Mundo Emergente.

Kai intercambió una mirada con Ziede.

—Bueno, mejor que ya haya terminado —dijo como si le diera igual.

Tenes salió de la tienda con una bolsa de suministros, seguida por Sanja. Distribuyeron la comida: un poco de pan de mijo rancio que les quedaba de la última parada en un mercado, además de melón, berenjenas encurtidas y elodea seca.

La pendiente cubierta de maleza del terraplén se hacía cada vez más grande; estaban tan cerca que se distinguían claramente las púas de los árboles espinosos y las flores que crecían entre la hierba.

—¿Qué posibilidades hay de que alguien esté apostado aquí como centinela? —dijo Ramad, ya espabilado.

—¿No lo sabes tú, que eres vanguardista del Mundo Emergente? —preguntó Kai con sincera curiosidad.

—No, no conozco todos los movimientos del Imperio. —Ahora Ramad parecía un poco irritado. Era la primera vez que Kai lo veía nervioso. Pero para un historiador, para un hijo de la generación de los ariké que habían luchado y muerto bajo el yugo de los jerarcas, viajar hasta allí debía de suponer un peso muy tangible—. Tienen que quedar cosas de valor si nadie ha vuelto a entrar desde la caída de los jerarcas.

—Algunos han entrado, o lo han intentado —dijo Ziede, distraída—. He oído que llegaron hasta la cima del terraplén, pero se dieron cuenta de que no tenía sentido continuar.

—Así es —admitió Kai—. Y por eso destruyeron el puente.

—¿Entonces es verdad que el interior está inundado, como cuentan las historias? —preguntó Ramad. Vigilaba la ruta por la que habían venido, observando los árboles bajos y la maleza, como buscando señales de posibles perseguidores.

—Oh, ya lo creo que está inundado —le aseguró Ziede—. Lo inundó Kai.

—Fue un accidente. —Kai se dio la vuelta y vio que Tenes y Sanja lo miraban, la primera con curiosidad y la segunda con expresión reprobadora. Había sido su primera vez en un cuerpo nuevo, aterrado y convencido de que, de un momento a otro, descubriría lo que implicaba la muerte para un demonio en el mundo superior.

Ramad lo miraba fijamente, y Kai no tenía ni idea de por qué.

Cuando Ziede sacó la barcaza del canal principal y entraron en el último de los tres fosos que rodeaban el terraplén, ya habían terminado de comer y guardado las bolsas.

Los juncos de la orilla cubrían el pie de la enorme pendiente. Cuando más se alejaban de la fuerte corriente del canal, más perezosa y turbia se volvía el agua del foso. Su olor era fétido; la brisa fresca se había desvanecido, dejando el aire húmedo y pegajoso. A pesar del denso follaje y las flores, no se oía el zumbido de los insectos, no había nubes de mosquitos, ni escarabajos de agua, ni peces, ni aves, ni lagartos repantigados en las orillas. Y Kai sabía por qué; estaba tan cerca que el pozo de poder prácticamente se podía oler.

—¿Lo notáis?

Ramad tenía el ceño fruncido.

—¿Notar el qué?

Tenes contestó por señas: *Muerte fría*. Le dio la mano a Sanja, que no apartaba la vista de la pendiente, preocupada y suspicaz.

—Se ha convertido en un pozo de poder —respondió Kai. Deberían haber supuesto que ocurriría. Tanta muerte, todos esos cuerpos pudriéndose en el agua—. Un pozo pequeño, sin apenas alcance. Pero me pregunto si se habrá usado alguna vez. —Un hormigueo de inquietud le subía y bajaba por la espalda.

Ramad se sobresaltó.

—¿Como lo que hizo Aclines en el barco de los benditos inmortales? ¿Como lo de Orintukk?

—No, esto es natural. Como… —A Kai no se le ocurría ningún ejemplo que Ramad pudiera entender—. El Pozo de Thosaren seguramente también empezara siendo un pozo de poder natural. Si alguien manipulara este el tiempo suficiente, podría convertirlo en un pozo del que los expositores podrían extraer energía.

—Lleva años cociéndose en su propio jugo —añadió Ziede, pensativa—. Vamos a necesitar alguna protección contra el agua.

—¿El agua del canal? —preguntó Sanja, incómoda. Apartó la mano del costado de la barcaza—. Huele mal. ¿Eso es que está envenenada?

—Es un buen indicio de que podría estarlo —contestó Ziede—. Kai, entramos en el muelle, ¿correcto?

—A menos que se te ocurra algo mejor —respondió Kai.

Si había algo o alguien vigilando los Salones Estivales, el muelle de tierra era el lugar de acampada más probable. Y si estaba en la ciudad, tendría que tomar una embarcación para llegar a los Salones Estivales, algo muy poco práctico para interceptar a unos intrusos.

Por lo tanto, si había alguien allí, estaría en ese muelle; era mejor ir a su encuentro y zanjar cuanto antes todo lo relacionado con enfrentamientos y muerte.

—¿Cómo pudo inundarse por accidente? —preguntó entonces Sanja.

Hasta ahora había estado inusualmente callada y había dejado que Tenes le diera la mano.

—Es una larga historia. Te la contaré cuando hayamos encontrado lo que buscamos. —Seguramente estaba siendo más optimista de lo que presagiaba su situación, pero Kai no quería hablar de ello ahora, a la sombra de ese lugar. Estaban llegando a un saliente de piedra gris muy pronunciado que brotaba de la pendiente: el borde de la compuerta por la que se accedía al muelle. Al otro lado, varios bloques de piedra rotos asomaban por la superficie, dificultando la navegación. Eran la parte más visible del puente demolido; debía de haber muchos más bajo el agua. Técnicamente, el casco de la barcaza solo existía a medias, y por lo tanto no podía partirse en caso de chocar contra una roca. Pero a Kai no le apetecía terminar discutiendo con una barcaza convencida de que había encallado y debía hundirse; el canal era demasiado profundo.

Sanja murmuró algo, y Tenes le pinchó en las costillas con un dedo.

Kai y Ramad se sirvieron de las pértigas para alejar la barcaza de las piedras que se veían bajo la superficie. Ziede guiaba a sus diablos de viento para maniobrar con suavidad y cruzar las columnas de la gigantesca esclusa. Una puerta de hierro oxidada había caído al agua; la otra estaba entreabierta.

El muelle, escondido en un lateral del inmenso terraplén, debería haberle resultado familiar, pero Kai apenas lo había visto, y nunca desde ese ángulo. El foso desembocaba en una ensenada semicircular, al fondo de la cual se veía un arco muy alto, ahora cerrado con unas pesadas puertas metálicas, que conducía a una

gran caverna llena de amarraderos.

Los años de abandono se hacían notar en la plaza que había al fondo de la ensenada; en todos los huecos y grietas crecían el musgo y las flores. Unas escaleras de piedra seguían la pendiente que ascendía desde la plaza; aunque estaban prácticamente ocultas bajo la maleza, a Kai le parecieron casi intactas. En el muro de contención entre las escaleras y la ensenada había otro arco, también cerrado con puertas macizas; su altura era más que suficiente para que lo cruzaran los andamuros cargados. Se abría a otra caverna que alojaba los establos y los depósitos para vehículos con ruedas. En el alto muro exterior, la inmensa puerta que conducía al puente ahora derruido estaba cerrada; el mecanismo de cierre, con diversas barras, engranajes y cadenas, parecía haberse fusionado por el óxido. Además, el rastrillo del otro lado estaba bajado.

Kai suponía que encontrarían cerradas las puertas del muelle; evidentemente, el único motivo por el que la compuerta exterior estaba abierta era porque se había venido abajo. Pero al acercar la barcaza, Ramad se inclinó y probó a empujar una de las puertas. Casi se cayó al agua, pero la puerta cedió y se abrió.

Con el impulso de los diablos de viento de Ziede y las pértigas, consiguieron hacer pasar la barcaza por el arco y entrar en la sombría caverna. No había sonidos ni sensaciones de nada viviente; los diablos de viento de Ziede no detectaron rastro de intrusos vivos, ni siquiera nidos de pájaros ni ratas de río.

El muelle estaba tan inmóvil como una habitación subterránea, aunque el goteo del agua que caía desde las bóvedas de piedra resultaba extrañamente ruidoso en aquella oscuridad. Kai invocó a un grupo de diablillos que se dispersaron, proyectando luz sobre los embarcaderos vacíos. Solo quedaban algunas barcas, en su mayoría pequeñas y desvencijadas, rechazadas por los refugiados que habían escapado de allí hacía tantos años. Una barcaza ornamental, grande y medio hundida, también había quedado allí; la madera dorada relucía cada vez que un diablillo pasaba velozmente a su lado.

Con cierto esfuerzo, lograron acercar su embarcación a un amarradero de piedra para que Tenes y Sanja bajaran de un salto y les ayudaran a terminar de guiarla con las sogas.

—Sería mejor sacar los suministros por si se hace pedazos —dijo

Kai. No sabía cuánto duraría la intención; inmóvil y abandonada junto a otras barcas rotas, era muy probable que la barcaza se olvidara de su nueva y corta vida y volviera a hundirse.

Siempre se me olvida que no es una barca de verdad, le dijo Tenes por señas antes de darse la vuelta para ayudar a Ziede con las bolsas de suministros. Kai les ayudó a desmontar la tienda y luego se alejó para examinar mejor los alrededores.

—¿Qué es eso? —preguntó Sanja, cargada de bolsas.

Estaba contemplando la barcaza dorada. Medía unos treinta metros de largo y tenía dos plantas con columnas y cortinas de seda putrefacta. El mascarón de proa tenía la forma de un gran rostro barbudo con expresión beatífica.

—Es la barcaza de un jerarca. Las usaban para viajar por los canales —le explicó Kai.

—Ya, eso me lo imaginaba, pero… —Señaló el mascarón—. ¿Ese de ahí es un jerarca? ¿Eran así?

—Más o menos —admitió Kai. No lo reconocía individualmente. Quizá fuera una especie de mezcolanza de todos los jerarcas juntos. Algo tan desconcertante sería muy propio de ellos—. Pero no todos tenían barba.

—También había una cara delante del barco grande de los benditos inmortales. —Sanja seguía con el ceño fruncido—. ¿Los jerarcas se copiaron de ellos?

—Hum… —Una pregunta interesante. Era poco probable que los benditos inmortales copiaran a nadie, y menos a los jerarcas—. Quizá.

—Kai —dijo entonces Ramad.

Al percibir la tensión de su voz, Kai y Sanja se dieron la vuelta al mismo tiempo. Ramad estaba a varios amarraderos de distancia, al lado de una barca fluvial de un tamaño similar al de la barcaza en la que habían llegado ellos. A primera vista, Kai la había tomado por otra embarcación rota.

Pero aquella barca flotaba mejor; estaba en mejores condiciones que la barcaza mohosa de los jerarcas y que todas las demás barcas podridas que se habían quedado allí desde la fuga. Entonces los diablillos de Kai, atraídos por la urgencia de Ramad, se arremolinaron alrededor de la embarcación, cuyo casco empezó a desprender reflejos dorados.

Kai corrió hasta ella, sin aliento. No podía creer que hubieran estado a punto de pasarlo por alto, pero en la penumbra, el casco de metal bendito se había fundido con las sombras. Sus colores vivos estaban gastados y desvaídos, pero todavía se veían los símbolos solares grabados en los costados. No le hizo falta oír el susurro de Ramad:

—Esta barca es de los benditos inmortales.

Era una barca práctica, diseñada para viajar por canales. Cerca de la popa había compartimentos de almacenamiento, bancos incorporados y un toldo enrollado y guardado junto a la amurada. Ziede apareció tan silenciosamente que Kai casi dio un brinco al oír su voz:

—No tiene columna para el Pozo de Thosaren.

Kai se fijó en el pequeño plinto que había junto a la proa.

—La tenía, pero la han quitado.

Ramad parecía preocupado.

—Otra embarcación robada de los benditos mortales es claramente un indicio de… algo.

—Y no lleva mucho tiempo aquí —observó Ziede. Kai estaba de acuerdo. La barca estaba limpia, bien cuidada, sin mugre ni polvo en los bancos y los almohadones. El agua verde solo había tenido tiempo para dejar una tenue línea de musgo alrededor del casco.

Sanja se puso a dar vueltas como un juguete giratorio, intentando ver todas las zonas de la caverna en penumbra al mismo tiempo.

—Si nos han seguido y han llegado antes que nosotros, ¿por qué no nos han atacado todavía?

—Porque no nos han seguido. Han venido aquí por otro motivo. —Kai se volvió hacia Tenes, que vigilaba sus alrededores con aire suspicaz. Llamó su atención y le dijo por señas: *¿Te puedes quedar montando guardia?*

Tenes accedió.

—Sanja, quédate aquí con Tenes —le ordenó Kai a la niña.

Sanja, incómoda, se abrazó el torso y asintió con la cabeza.

—¿Vais a buscar a esas personas?

—Solo si no tenemos más remedio —respondió Kai—. En cuanto encontremos lo que hemos venido a buscar, nos largamos.

Kai, Ziede y Ramad dieron una vuelta rápida por los establos anexos al muelle, solo para asegurarse de que no hubiera más sorpresas. Los diablos de viento de Ziede no detectaron ningún rastro de vida mortal en sus oscuras y cavernosas salas. Ni siquiera los comederos llenos de forraje podrido habían atraído ratas, lagartos ni otros carroñeros; las herramientas y útiles de los establos también seguían intactos.

—¿Hay alguna forma de subir sin usar las escaleras? —dijo Ramad cuando regresaron a la plaza—. Esa ruta podría estar vigilada.

Kai pudo haberle advertido, pero decidió no hacerlo.

—No vamos a ir por las escaleras —dijo Ziede. Ramad dio un respingo cuando esta lo agarró por el brazo, pero no se apartó. Kai ya estaba acostumbrado al momento en que el diablo de viento lo envolvía y sus pies dejaban de pisar el suelo, pero Ramad dejó escapar un jadeo. Kai se dio cuenta de que Ziede aguardaba un instante para comprobar si Ramad entraba en pánico y forcejeaba. Al ver que no lo hacía, los diablos los impulsaron hacia lo alto.

Kai dejó de preocuparse por Ramad cuando cruzaron los arcos de los establos y avanzaron pendiente arriba hacia la cima del terraplén. Trató de prepararse mentalmente para lo que estaba a punto de ver. Volaban tan bajo que las copas de los árboles más altos le rozaban las espinillas. Al cabo de un momento estaban en la cima.

El pavimento blanco que rodeaba el terraplén se había vuelto de un sucio color gris, pero no estaba tan devorado por la hierba como la plaza del muelle. Kai había albergado cierta esperanza de encontrar el agua limpia y transparente, de que los patios abiertos y las salas con techo de cristal siguieran siendo tan visibles como si todo hubiera sucedido el día anterior. Pero no: el agua tenía un color oscuro y rancio y estaba repleta de hojas secas y podridas que se amontonaban como balsas.

Lo único que asomaba por la superficie del agua eran los tejados y la parte superior de las torres y los patios más altos. Las estructuras de piedra estaban picadas y gastadas, llenas de manchas similares al óxido. Los cristales estaban tan sucios y descoloridos

que resultaban tan impenetrables como la propia agua.

Kai se percató de que el corazón le palpitaba con fuerza, aunque era de alivio más que de otra cosa. No estaba seguro de lo que esperaba encontrar, pero aquellas señales del paso del tiempo, el abandono y la podredumbre mortal eran… tranquilizadoras.

—Creía que habría musgo flotante —dijo Kai. Se pasaban el día retirándolo de los apacibles estanques de Avagantrum—. Que todo estaría verde.

—Solo crece en el agua limpia. —Ziede clavaba su mirada suspicaz en la torre de súplica de los benditos inmortales, situada más o menos en el centro de los Salones Estivales. Era una estructura alta y estrecha, diseñada únicamente para acceder a los balcones de aterrizaje; solo las últimas plantas sobresalían del agua —. Sean quienes sean, tienen que haber traído una embarcación pequeña hasta aquí.

Si los desconocidos estaban buscando reliquias sumergidas, una estructura con la zona superior más o menos intacta sería una excelente plataforma desde la que trabajar. Kai avistó un techo de cristal mucho más grande a la izquierda, tan inmenso que solo se veía el pico; el resto quedaba enterrado bajo las hojas y las malas hierbas. Esa debía de ser la Sala del Templo; si estaba en lo cierto, reconocía la columnata que había un poco más lejos. Toda la planta superior sobresalía de la superficie.

—Ahí, ese patio tan alto. Ahí estaba la segunda jerarca.

Ziede frunció el ceño todavía más.

—Mmm…

Tenía que haber tesoros bajo el agua: joyas y metales, pero sobre todo intenciones, dispositivos y otras obras de los jerarcas que todavía podían ser de utilidad a los expositores. Kai habló en silencio con Ziede: *¿Cuántas personas vivas sabrían identificar ese patio?*

Por lo visto, al menos una de más, replicó Ziede. *A no ser que se trate de una coincidencia.*

Kai dudaba de que algo de lo que había ocurrido hasta entonces fuera una coincidencia.

Ramad lo observaba todo con avidez. Era un ariké que se había criado en la órbita de la corte del Mundo Emergente; llevaba toda la vida oyendo historias sobre ese lugar.

—Han llegado en una embarcación de los benditos inmortales. No pueden ser ladrones corrientes. No, no estoy siendo ingenuo —añadió antes de que Kai o Ziede pudieran replicar—. Quiero decir que solo puede ser un bendito o un expositor como Aclines, alguien que haya recibido o robado una barca consagrada. Y parece mucha casualidad que haya dos grupos de conspiradores distintos.

Era interesante que Ramad estuviera razonando de manera tan parecida a Kai y Ziede. O al menos era interesante que estuviera dispuesto a admitirlo.

—Los cómplices de Aclines deberían estar esperándonos en Stios —dijo Kai. A menos que no hubieran logrado engañar a sus perseguidores y estos hubieran deducido adonde se dirigían. A menos que Ramad trabajara para ellos y tuvieran algún modo de comunicarse. Era una idea amarga; Kai estaba harto de sospechar de todo el mundo.

Aparentemente ajeno a lo que pasaba por la mente de Kai, Ramad asintió con la cabeza.

—A menos que aquí haya algo que necesiten. Aparte de vosotros.

—Vamos a echar un vistazo —dijo Ziede con aire sombrío. Agarró a Kai por el brazo y a Ramad por el hombro y emprendió el vuelo de nuevo.

El diablo de viento aprovechó la brisa para flotar sobre el agua oscura, donde empezó a girar como una hoja. Ramad, nervioso, aferró la mano de Ziede que lo sujetaba por el hombro. Kai supuso que el diablo reaccionaba al pozo de poder que ahora descansaba sobre las ruinas de los Salones Estivales, como un sapo carroñero y abotagado.

Cuando se situaron encima del Patio de los jerarcas, Kai le tocó la mano a Ziede, que lo soltó. Aterrizó en el techo de la columnata, agazapado, y empezó a resbalar sobre las tejas mugrientas. Se deslizó hasta el borde del tejado y asomó la cabeza.

En la columnata no había nada más que hojas podridas.

Las ventanas de la pared del fondo daban a lo que antaño había sido una estancia majestuosa, de techo alto. No le hizo falta invocar a los diablillos: al fondo, en el rincón de la derecha, descubrió el resplandor blanco y frío de una lámpara de los benditos inmortales. Desde ese ángulo Kai no podía ver gran cosa. Entre las sombras

vislumbró una silueta humana y varios bultos que tal vez fueran bolsas de viaje.

He encontrado la barca; está escondida bajo una ventana, en el lado opuesto a tu posición, le informó Ziede a través de su perla. *Es pequeño, no caben más de tres personas*.

Aquí hay alguien, contestó Kai. Voy a acercarme más. Con una voltereta, se descolgó por el borde del tejado y se dejó caer sin hacer ruido en el sucio suelo de piedra de la columnata.

Muchos años antes, cuando Kai había entrado en ese patio en busca de un jerarca, no había visto aquel piso; la sala de audiencias debía de estar al menos una o dos plantas más abajo.

Los rincones más apartados de esa estancia estaban demasiado oscuros para ver puertas o rellanos. Kai se deslizó en silencio por la columnata y trepó por la ventana.

El suelo de esa zona estaba igual de sucio, pero también resbaladizo y viscoso. Kai avanzó pisando con cuidado, moviéndose sin hacer ruido hacia la lámpara y el contorno de una silueta humana que estaba sentada cerca, con las piernas cruzadas. Se oía el goteo constante del agua, una respiración y un crujido de papeles. Cuando se acercó más, se fijó en que había una lona extendida en el suelo inmundo. Encima había un saco de dormir, varias bolsas y una cantimplora de madera. Varios papeles dispersos, pergaminos enrollados, un tintero de piedra y algunas plumas decoradas con grabados. No era un campamento cualquiera; era el campamento de un erudito. Quizá el intruso no fuera un ladrón ni un conspirador, sino un historiador como Ramad, alguien con más curiosidad que juicio.

La silueta que iluminaba la lámpara correspondía a una persona menuda, con el cabello recogido en una coleta corta, que inclinaba la cabeza sobre un fajo de papeles, absorta. Probablemente se tratara de un hombre, ya que vestía la túnica y la falda del atuendo ariké tradicional, prendas de algodón sencillo, más adecuadas para trabajar o viajar. Su falda atada revelaba una calzas remangadas y embarradas, similares a las que llevaba Kai.

Estaba a diez pasos de distancia de él. Aquello tenía que ser un sueño. Eso, o se había metido en una red de intenciones latentes y estaba atrapado en una quimera. El contorno de la mandíbula, el ángulo de la cabeza…

En ese momento la figura levantó la mirada. Soltó un grito, haciendo volar los papeles, y retrocedió a rastras. La lámpara bendita brilló con más fuerza, despejando cualquier posible duda.

—¿Dahin? —dijo Kai.

EL PASADO: LA TRANSFORMACIÓN

… dice que las tierras del lejano sur fueron dominadas de manera muy similar al Arik, mediante asesinatos y manipulación. Allí, los jerarcas criaron a una generación de soldados que consideraban su destino conquistar y destruir el resto del mundo, y creían que algún día obtendrían territorios propios en el este, el oeste y el norte. Nadie sabe si los jerarcas habrían cumplido su promesa o no.

… cuántas de las legiones sureñas tenían dudas. Los registros afirman que los jerarcas erradicaban cruelmente toda disensión en sus filas. Muchos legionarios supervivientes, cuando se les presentó la oportunidad, escaparon a las ciudades independientes que surgieron en las tierras arrasadas de las costas nororientales; otros trataron de regresar al sur. Muchos de ellos terminaron asentándose en el norte y el este, con los demás refugiados, y se hicieron granjeros, pescadores o comerciantes, tal y como antaño les prometieran sus amos.

—*La caída del este*: Weranan, historiadora de Seidel-arik

Kai y Ziede regresaron corriendo por la avenida de desfiles, en

dirección al Patio de los Demonios Cautivos. Kai se había dado cuenta de que se movía con más facilidad si no pensaba en lo que hacía su cuerpo; sus nuevas piernas todavía se le antojaban demasiado largas, y ser casi tan alto como Ziede le mareaba.

Cuando llegaron a la galería, el patio volvía a estar cubierto por una lluvia perpetua. Kai no se acercó a la barandilla para mirar el interior. Si había algún demonio vivo allí, había regresado voluntariamente; prefería no verlo. Pasaron por encima de los cadáveres rígidos de los mortales y cruzaron de nuevo la puerta que albergaba la cámara de la intención.

Al subir las escaleras del piso superior, notaron el aire cada vez más húmedo y denso. El pilón se había vuelto a llenar de agua; las únicas señales de los esfuerzos de Ziede por bloquear el paso del agua eran los charcos del suelo y las salpicaduras en lo alto de las paredes de piedra. Kai no sabía si la idea de Ziede iba a servirles de algo, pero tal y como había señalado ella, de todas formas se dirigían hacia una muerte segura, así que valía la pena parar un momento para averiguarlo.

Kai rodeó el pilón, pasando la mano por el borde y los laterales. Ya habían intentado buscar sin éxito el diseño que lo controlaba, pero Ziede tenía la teoría de que, ahora que Kai poseía los recuerdos de Talamines, tal vez podría identificar la intención que creaba esa lluvia.

—Crees que confundiremos al jerarca si la utilizamos —había dicho Kai en la Sala del Templo—. Que pensará: «¿Qué intentan esos idiotas?», y mientras está distraído…

—No —había replicado Ziede, tamborileando con las uñas en el cinturón—. Lo que creo es que el agua desaparece en el aire, así que esa intención tiene que crear agua, o más bien extraerla de alguna parte, para mantener saturado el Patio de los Cautivos.

—O puede que rellenen el pilón con cubos —había señalado Kai.

La expresión de Ziede no indicaba el menor aprecio por su comentario.

—Hazme caso, Kai.

Salatel y sus soldados habían querido acompañarlos, pero Kai les había ordenado adelantarse para informar a Bashasa de su plan, por rudimentario que fuera. Le había sorprendido mucho que Salatel le obedeciera. Se lo confesó a Ziede mientras se daba la vuelta y

pasaba las manos por la pared de piedra áspera.

—Bashasa les dijo que ahora son tu guardia personal. Que deben cumplir tus órdenes —le explicó ella.

Le pilló tan desprevenido que se giró y la miró fijamente. La expresión de Ziede era enigmática.

—¿Cuándo les ha dicho eso?

—Mientras estabas inconsciente, una vez que comprendimos que habías ocupado este nuevo cuerpo —le explicó Ziede, clavándole un dedo en el hombro. Kai se dio la vuelta para seguir buscando por la pared—. Bashasa no quería arriesgarse a que alguien te matara pensando que eras un expositor. Tampoco quería ser un obstáculo para ti si te despertabas y decidías obrar otro milagro, así que ha resuelto los dos problemas nombrándolas tus guardaespaldas y poniéndolas a tus órdenes. —Frunció un poco el ceño—. Al principio no me fiaba en absoluto de Bashasa. Sigo sin saber hasta qué punto puedo confiar en él y, dadas las circunstancias actuales, dudo que vivamos el tiempo suficiente para descubrirlo. Pero es una persona más sensata de lo que me había parecido.

Kai no lo entendía. Bashasa lo había salvado del Patio de los Cautivos, pero el único motivo por el que había elegido a Kai era su baja estatura, para que el cadáver de su hermana pudiera ocupar su lugar. El príncipe no tenía por qué sentirse responsable de Kai.

—Estaba borracho cuando nos fuimos de los Patios de Rehenes.

—Lo sé, pero se le pasó enseguida.

—Sí, pero… —Mientras contemplaba la pared, Kai se interrumpió y se olvidó de lo que estaba diciendo. Acababa de ver algo, una especie de carácter de un alfabeto desconocido, grabado en uno de los bloques de piedra. Ya no lo veía, pero estaba seguro de que se hallaba en el centro de la pared, justo delante del centro del pilón. Estaba seguro de que había buscado en esa zona la primera vez, pero ahora poseía la visión de un cuerpo distinto. La visión de un expositor.

Probó a taparse un ojo con la mano y detectó un destello de luz clara. Empezó a girar lentamente sobre sí mismo. Allí, justo en la periferia de su visión. El bloque tenía algo escrito, un carácter circular de un idioma que Talamines reconocía, pero que Kai era incapaz de leer.

—¿Qué ves? —preguntó Ziede en voz baja.

—Una palabra o un signo. —Miró a su alrededor, se acercó a una de las zonas húmedas de la pared y dibujó el carácter con un dedo—. ¿Tú no lo ves escrito en el bloque?

—No, mis ojos no ven nada ahí. —Ziede se acercó más para examinar el dibujo de Kai—. No sé qué es. ¿Talamines lo sabía?

—Lo había visto antes, pero no sabe leerlo.

Si Kai giraba la cabeza en un ángulo concreto, la palabra se mantenía en su campo de visión. La habían escrito con una sustancia de color claro; las líneas estaban un poco emborronadas. No era tinta, al menos no la clase de tinta que fabricaban los saredíes y los fronterizos, ni la que Bashasa utilizaba para dibujar sus mapas. *Es como luz líquida*, pensó Kai. ¿Ese era el aspecto físico de una intención? O quizá no de una intención, sino de la marca de una. ¿Un diseño escrito?

Ziede estaba intrigada.

—He oído que nadie sabe leer el idioma de la patria de los jerarcas.

—Creía que el idioma de los jerarcas era el imperial. —Kai palpó la argamasa que rodeaba el bloque marcado; quizá pudieran sacarlo de la pared.

—No, el imperial procede de Sun-Ar, que supuestamente es el primer territorio que conquistaron los jerarcas cuando salieron de su país. —Ziede también empezó a toquetear la argamasa—. Bueno, no podemos sacarlo. Aunque encontráramos un escoplo o un pico, no tenemos tiempo…

Por mero impulso, Kai colocó la mano sobre la palabra. Notó que algo frío se adhería a su piel. Retiró la mano del bloque y se llevó consigo la sustancia pálida; mantenía la forma de la intención, pero no era exactamente igual. Desde ese ángulo, era como la diferencia entre el dibujo de un objeto y el objeto en sí.

—Ahora sí que lo veo —susurró Ziede.

Ese mismo impulso hizo que Kai cerrara la mano con cuidado para retener la intención y se la acercara al pecho.

—Kai, no… —empezó a decir Ziede, alarmada.

La mano de Kai pareció moverse sola los últimos centímetros; la palma se le pegó a la pechera de la túnica de seda. Kai notó que la intención penetraba en su piel y se asentaba encima del esternón; su peso era frío, como el fango del lecho de un río de montaña.

Miró a Ziede. La expresión de la bruja era de incredulidad, rayana en el horror. Kai tampoco estaba especialmente contento por lo que acababa de pasar, pero necesitaban transportar la intención de alguna manera.

—¿La podrás sacar después? —le preguntó Ziede.

—¿Probablemente? ¿Quizá? —Kai se mordió el labio—. No quiero intentarlo hasta que lleguemos al sitio donde queremos colocarla.

—Kai. —Ziede levantó la mano para frotarse la cara, pero pareció recordar que ya tenía el maquillaje corrido y se conformó con poner los brazos en jarras—. ¿Te importa dejar de encontrar maneras extravagantes de destruirte hasta que hayamos localizado al otro jerarca? No me apetece nada morir sola.

—Bueno, lo puedo intentar. —La verdad era que Kai no estaba en condiciones de prometer nada.



Salieron del patio siguiendo el mapa de Salatel, yendo de pasillo en pasillo, y luego subieron por una rampa a la planta superior. Allí la decoración era más suntuosa; las paredes estaban adornadas con paneles de mármol que imitaban las olas de un océano negro rompiendo en una costa helada. Oyeron voces recias a lo lejos y vieron a unos cuantos mortales por los pasillos, pero nadie intentó detenerlos. Todo el mundo huía y, aunque casi todos los ignoraron, algunos se detuvieron a pedirle ayuda a Ziede. Otros les apremiaban para que escaparan también. Kai seguía llevando el abrigo de brocado azul de Bashasa y avanzaba con la cabeza gacha para que lo confundieran con un mortal. Tenía el velo de Talamines, pero no se animaba a ponérselo por miedo a que le diera aspecto de expositor. Ziede daba instrucciones a los mortales para que no se acercaran a la zona donde Bashasa luchaba con los legionarios, y les decía que huyeran de allí.

Llegaron a un punto donde las paredes y el techo del pasillo desaparecían y se convertían en un puente que cruzaba un estrecho desfiladero artificial hecho de piedra. En lo alto, las paredes blancas y lisas se extendían hasta una abertura que permitía atisbar el cielo nublado y la luz del día. Varias plantas por debajo, numerosos

mortales corrían por el pavimento, todos en la misma dirección.

—Debe de ser una de las salidas —aventuró Ziede mientras cruzaban rápidamente el puente.

—Al menos hay alguien que va a salir de aquí con vida —comentó Kai. Al otro lado del puente, nuevamente a cubierto, el pasillo desembocó en una galería que recorría una serie de pequeños patios ajardinados, todos llenos de exuberantes plantas en flor, muy distintos de los descuidados jardines de los Patios de Rehenes. Una sucesión de imágenes de los recuerdos de Talamines le dijo que se estaban acercando—. Tú también podrías escapar. —Con su poder, a Ziede le resultaría fácil descender flotando hasta el pasillo abierto que habían visto abajo y unirse a los mortales que corrían hacia la libertad.

—¿Y qué haría, navegar hasta Khalin y quedarme mano sobre mano en mi convento incendiado y desierto? —Ziede le lanzó una mirada sombría—. ¿Por qué no huyes tú?

Sintió una punzada de amargura tan intensa que casi se atragantó.

—¿Adónde? Aunque quedara algún clan saredí, no me aceptaría de esta forma. Ya no soy Enna.

—¿Tanto importa el cuerpo en el que te encuentres? Sigues siendo un demonio. —Sacudió la cabeza—. Perdona, no te lo volveré a preguntar.

Sí que importaba. Todos los mortales de Kentdessa que quizá lo habrían aceptado en su estado actual habían muerto. O al menos (y esa idea era como una esquirla de piedra clavada en el corazón) Kai nunca sabría si ellos también lo habrían rechazado, igual que los demonios.

El siguiente desvío los llevó por una galería que recorría un pequeño patio con abetos muy altos. Kai no oía ruidos de lucha, pero la memoria de Talamines cobró vida.

—Espera, ya estamos cerca. Podemos atajar por aquí —dijo.

No había escaleras. Ziede saltó por la balaustrada y bajó flotando. Kai descendió agarrado a la columna más cercana, buscando asideros entre los ásperos bloques de piedra. Tuvo cuidado al soltarse para aterrizar; aún no conocía bien su nuevo cuerpo. Pero Talamines había sido joven y fuerte, y Kai parecía conservar las propiedades demoníacas que habían protegido la

carne de Enna, a juzgar por cómo había resistido el ataque de Arn-Nefa.

Avanzaron entre los canteros de los árboles hacia un corredor abovedado. A Kai casi le dio un ataque cuando una figura apareció ante ellos. Ziede levantó las manos por instinto.

Era una soldado ariké, y por suerte Ziede se contuvo antes de que el espíritu aéreo que había invocado hiciera algo más grave que agitar los tirabuzones de la mujer.

—Por aquí —susurró la soldado en imperial con acento ariké—. Al final del corredor.

Kai oyó voces, cuchicheos y movimiento. Siguieron las instrucciones de la soldado hasta que llegaron a una sala amplia y de techo alto, abarrotada de soldados ariké y otros mortales. Kai vio a Salatel en primer lugar, y luego se percató de que la soldado se encontraba al lado de Bashasa, que estaba estudiando un mapa. Como si percibiera su llegada, Bashasa levantó la cabeza y miró a Kai con sorpresa y deleite.

—¡Aquí estáis! —No levantó la voz, pero todo el grupo se giró para observarlos, y a Kai se le erizó el vello del cuerpo—. ¡Venid, deprisa, deprisa! ¿Tenéis un plan?

Las soldados les abrieron paso; Salatel le dio un codazo a un mortal que no se apartó lo bastante deprisa. Kai iba detrás de Ziede; de pronto se sentía inseguro. Todos los ojos parecían puestos en él, en el demonio que había robado el cuerpo de un mortal. Ahora era tan alto como Bashasa, lo cual solo servía para recordarle lo mucho que había cambiado.

—¿Salatel te ha dicho que creemos saber dónde está el jerarca? —preguntó Ziede.

—Sí. —Bashasa meneó su mapa y se dio la vuelta para señalar con el dedo. Al final de tres anchos arcos, el grueso de las soldados ariké y demás mortales armados se habían congregado ante unas enormes puertas atrancadas—. Si lo hemos interpretado bien, el patio que hay al otro lado de ese muro es el de tu visión. Lo llaman el Patio del Santuario. La estancia donde creemos que se esconde el jerarca está una planta por encima de la galería, al fondo.

Kai opinaba que Bashasa pecaba de optimista al decir «se esconde» en lugar de «nos espera».

—¿Sabemos por qué no os han atacado todavía? —preguntó.

—Está claro que están esperando a que su segunda guarnición entre por aquí. —Bashasa volvió a señalar el mapa—. También hemos sellado las puertas, claro, pero hemos tenido que dividir nuestras fuerzas. —Se encogió de hombros—. No aguantaremos mucho más.

Kai se preguntó si la capacidad que tenía Bashasa para no sonar particularmente preocupado por nada resultaba aterradora para los mortales, en lugar de tranquilizadora. Todos parecían sumamente escépticos.

—¿Crees que funcionará? —preguntó alguien. Era una figura corpulenta, de tez muy oscura y trenzas largas y gruesas, vestida con una rica saya verdiazul sobre un caftán gris plateado con dibujos de grullas y otras aves acuáticas, ahora generosamente salpicado de sangre.

Bashasa agitó la mano para hacer las presentaciones.

—Os presento a Tescai-Lin, Luz de los Cien Coroneles de Enalin. —Aprovechó para señalar a otros dos ariké con abrigo de brocado que estaban cerca—. Ah, y esos son Hiranan, primogénita del príncipe heredero de Seidel-arik, y Vrim, segundogénito del príncipe heredero de Descar-arik. —Hiranan era una mujer madura y adusta que se apoyaba en una muleta reluciente, decorada con grabados. Vrim, aproximadamente de la edad de Bashasa, parecía escéptico.

Tescai-Lin seguía observando a Kai, que se dio cuenta de que su pregunta iba dirigida a él.

—Puedo provocar daños y ralentizarlos, ganar tiempo para que la gente escape —contestó.

Bashasa le dio una palmada en el hombro. Varios mortales dieron un respingo y lo miraron fijamente, pero Tescai-Lin seguía meditando.

—¡Es más de lo que esperábamos! —exclamó Bashasa.

Kai solo quería terminar cuanto antes. Se quitó el abrigo que le había prestado Bashasa y se lo entregó a Salatel, dejándose solo la túnica y la falda negras de Talamines.

—¿Cómo llego al Patio del Santuario desde aquí?

—Yo te llevo —dijo una voz familiar a sus espaldas.

Kai se dio la vuelta. Era Tahren.

—Veo que sigues viva —dijo Ziede. Seguramente lo decía en

broma, pero el tono de voz no era el adecuado. Ziede sonaba demasiado aliviada para estar siendo cínica.

Tahren se limitó a mirarla con una ceja enarcada.

—Has crecido —le dijo luego a Kai. Ahora le llegaba por la barbilla a la mujer.

—Ya, no sé muy bien cómo ha pasado. —*Hablando de chistes que no hacen gracia*, pensó—. Vámonos.

Se disponía a darse la vuelta cuando Bashasa le puso la mano en el brazo para detenerlo. Tenía la frente arrugada de preocupación.

—Cuarto Príncipe. —Bashasa titubeó. Kai no sabía qué iba a decirle. Nadie esperaba que Kai tuviera éxito, ni siquiera el propio Kai. Nadie esperaba sobrevivir a esa batalla. Los saredíes no eran dados a las perogrulladas, a diferencia de algunos líderes fronterizos. Entonces Bashasa le apretó el brazo con fuerza—. Haz que paguen por todo.

Kai se sorprendió al notar que lo embargaba la emoción. Ni siquiera estaba seguro de lo que sentía. Ese era el objetivo, ¿verdad? Hacer pagar a los jerarcas por lo que habían hecho. Hacerles daño antes de sucumbir para que otros supieran que no era imposible.

—Lo pagarán —se limitó a decir Kai antes de seguir a Tahren.



Tahren los llevó de nuevo por el patio de los abetos para subir por una escalera escondida. La puerta estaba atrancada, con una joven soldado ariké como centinela. Seguramente fuera una medida prudente, ya que los legionarios sabían exactamente dónde estaban congregadas las fuerzas de Bashasa.

—No hace falta que vengas —le dijo Kai a Ziede mientras subían por la estrecha escalera. Se acababa de dar cuenta de que Ziede no lo había seguido únicamente para poder despedirse lejos de las miradas de los mortales—. Tengo que entrar yo solo de todas formas.

—Quizá yo pueda hacer algo… —Ziede no terminó la frase; seguramente iba a decir: «si esto no sale bien y te matan antes de que puedas acercarte al jerarca»—. ¿Sabes si tu hermano ha conseguido salir? —le preguntó a Tahren.

La mariscal inmortal iba delante de ellos, con la espalda muy recta y tensa.

—Una soldado de Bashasa ha dicho que Dahin y los demás se dirigían a la salida más cercana, como estaba planeado. —Kai pensaba que Tahren no iba a decir nada más; no era precisamente parlanchina—. No sé si la ciudad será más segura que el palacio —añadió.

—Mucha gente ha escapado ya —le aseguró Ziede—. Podrán camuflarse entre la multitud; nadie pensará en otra cosa que en huir. Los criados de Bashasa sabrán qué hacer. —Luego observó con ironía—: Tienen que ser inteligentes y competentes para haber sobrevivido tanto tiempo con él.

Kai pensó en Salatel, que había aceptado la orden de convertirse en guardaespaldas personal de un demonio, aparentemente sin rechistar.

—Y son leales —añadió.

No creía que Tahren fuera a responderle, pero la mariscal inmortal los miró por encima del hombro con una leve sonrisa. No parecía más tranquila, pero quizá valorara sus esfuerzos.

Tahren se detuvo en lo alto de la escalera para escuchar. Kai oía movimiento y voces quedas a lo lejos. Luego Tahren los condujo por un pasillo y un pequeño laberinto de habitaciones vacías; al pasar frente a los umbrales, Kai vislumbraba los suelos de mármol y los pesados tapices de colores vivos. Esa clase de decoración era más apropiada para un clima más fresco y seco, como el de las fortalezas construidas en lo alto de las montañas fronterizas orientales. La humedad de los Salones Estivales probablemente estropeara esas telas, pero allí todos parecían ser demasiado ricos para que les importara. Gracias al mapa y a los recuerdos de Talamines, ya sabía en qué zona de los Salones se encontraban. Estaban rodeando el patio que les había indicado Bashasa, para poder acceder a él desde otra dirección. Las voces, que debían de pertenecer a los legionarios, se volvían más fuertes a medida que se acercaban. Kai detuvo a Tahren.

—Puedo continuar yo solo —le dijo.

Tahren lo miró con expresión severa, pero luego se señaló los ojos.

—No te olvides —le advirtió.

Kai sacó el velo negro de Talamines y trató de ponérselo. Ziede se acercó y se lo ajustó para que le colgara sobre la mitad superior de la cara, sin engancharse en las horquillas del cabello. Cuando terminó, dio un paso atrás y suspiró.

—Te diría que fueras prudente, pero…

Kai la miró a través del velo negro y translúcido.

—Puedes decirme que sea violento.

Tahren, de quien Kai empezaba a sospechar que tenía un sentido del humor muy mordaz, le dio una palmada en el hombro.

—Sé violento.



Kai, siguiendo los destellos de la memoria de Talamines, se abrió paso hasta la boca de un amplio corredor. En cuanto puso un pie en él, vio al fondo a un grupo de legionarios que custodiaban una puerta pesada de oro repujado. Reprimió el impulso de dar un brinco y largarse corriendo, logró no toquetearse el velo por los nervios y se obligó a caminar con decisión hacia ellos.

El muro que los legionarios tenían detrás era más sólido, con bloques de piedra más grandes y gastados que los de los corredores y habitaciones por los que acababa de pasar Kai. Ya sabía que se estaba acercando, porque antes había cruzado una gran rampa que bajaba a la planta inferior y había oído el murmullo y los movimientos de un gran número de personas, probablemente legionarios y seguidores de los jerarcas que aguardaban la orden de echar abajo las puertas atrancadas y arrasar a los rebeldes de Bashasa.

Todos los legionarios de la puerta eran más altos que Talamines; bajo sus finas armaduras de cuero y metal esculpido se adivinaban unos hombros anchos. Todos tenían la piel y los ojos claros, como los isleños del lejano sur que en ocasiones habían comerciado con los erathi. Cuando Kai se acercó a ellos, ninguno gritó ni se adelantó para atacarlo. Aunque quizá, puesto que el propio Kai estaba yendo hacia ellos como un imbécil, simplemente les daba pereza hacerlo y estaban esperando a que el solito se pusiera a su alcance.

Sin embargo, cuando Kai se detuvo al alcance de sus lanzones, el que llevaba la coleta de oficial le dedicó un saludo formal.

—Por aquí, expositor. —Otro legionario abrió una de las pesadas puertas para dejarle pasar. Cuando Kai la cruzó, otro de ellos entró también y se adelantó para guiarlo.

Sintió un hormigueo nervioso en la piel cuando el corredor se abrió a una galería que recorría un patio abierto. Un techo de cristal lo cubría parcialmente; la brisa arrastraba un fuerte olor a vegetación y humedad que hizo brotar de nuevo los recuerdos de Talamines: Kai supo que el arco hacia el que se dirigían conducía a los aposentos privados de los jerarcas, el lugar más fuertemente custodiado de los inmensos y laberínticos Salones Estivales.

Había legionarios por todas partes. Kai volvió a clavar la vista en el suelo sin darse cuenta; entre aquellos adoquines pulidos no crecían hierbas. La intención acuática era como una quemadura fría en su pecho.

Se cruzaron con otro grupo de legionarios, otra puerta con guardias al final de la galería, y otra más. Ahora el suelo era de losas de mármol blanco con vetas rojas. Pasaron entre unos estanques estrechos y alargados, de aguas claras y poco profundas. Muy poco profundas para usar la intención, pensó Kai. La idea era inundar todo aquel patio para distraer y retrasar a los legionarios; no quería que su dramático sacrificio se saldara con unos pocos charcos en el suelo.

El aire todavía era húmedo, pero más fresco, impregnado de un aroma limpio y dulce. Levantó la mirada lo justo para ver a los legionarios apostados a lo largo de las paredes. Las columnas cuadradas estaban forradas de láminas de oro repujadas en forma de figuras con detalles de esmalte rojo y negro. Era un lugar suntuoso, extraño y diferente de cuanto había visto allí. Quizá los jerarcas vivieran así en su país, fuera cual fuera.

La vida de Kai había pendido de un hilo desde su captura, y le parecía inevitable que tarde o temprano lo arrancaran de ese cuerpo y terminara flotando a la deriva en el mundo mortal. Probablemente se lo merecía por haber robado el cuerpo de Talamines, aunque fuera un expositor. Procuró dejar de pensar en ello y concentrarse en la suave brisa que notaba más adelante, en el olor a piedra, agua y flores.

Después de pasar por un arco Kai se detuvo al ver que lo hacía su guía. El velo le obstaculizaba mucho la visión y no podía

arriesgarse a mirar a su alrededor. Intuía que estaban en una estancia grande, en cuyo techo alto reverberaban todos los sonidos; las salpicaduras del agua sonaban prometedoramente más fuertes que en los pequeños estanques del pasillo anterior.

Las personas de la sala dejaron de hablar en voz baja y observaron a Kai. El legionario que lo había traído estaba haciendo una especie de reverencia; de pronto Kai se percató de que no tenía ni idea de cómo saludaban los expositores a los jerarcas. Una punzada de puro pánico le recorrió el cerebro y estuvo a punto de echar mano de la intención acuática.

Pero esa misma punzada debió de sacudir la memoria de Talamines, porque de pronto su cuerpo se flexionó por la cintura, levantó las manos juntas, como haciendo una ofrenda, y luego volvió a erguir el torso y la cabeza.

Por culpa del velo seguía sin poder distinguir gran cosa de aquella cámara; solo veía que era grande, curvada, con más decoraciones de oro y esmalte de colores en las paredes. Por la derecha entraban la brisa y la luz del día, seguramente por unas ventanas altas de la pared que daban al patio de fuera. El estanque curvado ocupaba más de la mitad de la estancia. Si Kai era capaz de llegar hasta allí lo bastante deprisa, debería servir.

A menos de diez metros de distancia, el jerarca, o más bien la jerarca, estaba sentada en un diván acolchado, sobre una plataforma. Iba vestida con una toga dorada; era menuda, de piel pálida como un pez, cabellos largos de color gris plateado y facciones más delicadas que las del jerarca que Bashasa había matado en la Sala del Templo. Otros mortales estaban sentados a los pies de la jerarca o en taburetes acolchados, todos ellos vestidos con abrigos y togas de vivos colores y velos enjoyados. La memoria de Talamines identificó a tres de ellos como expositores menores. Como Cantenios, el expositor que Kai había matado en los Patios de Rehenes, cuando todavía no sabía lo lejos que iba a llevarlo el plan suicida de Bashasa. Junto a la plataforma, como una estatua, se alzaba un expositor como Talamines, una figura inmóvil vestida con un abrigo dorado y un velo: era el foco del que se servía la jerarca para utilizar el Pozo.

La otra figura alta que ahora se acercaba desde el estanque era Raihankana, la Voz del Jerarca. Entonces Kai se fijó en una persona

mucho más menuda que estaba sentada encima de un cojín, en el suelo, entre dos legionarios. No le hizo falta la memoria de Talamines para reconocerlo: era Dahin.

El hermano menor de Tahren tenía una magulladura oscura en la mejilla y un desgarrón en la manga de la túnica.

Bajo el dobladillo de su pantalón asomaban los dedos de los pies descalzos. Parecía asustado, mareado y muy solo.

Raihankana se volvió hacia Kai.

—¿Dónde has estado, Talamines? Te dábamos por muerto. —Vestía una túnica larga con falda de color rojo, de un tono algo más oscuro que el de la sangre, y un abrigo de brocado negro. Él no llevaba velo, sino una delicada diadema de oro que le recogía el cabello oscuro y rizado.

—Estaba cerca de la Sala del Templo —dijo Kai. La voz de Talamines salió ronca y espesa. Intuyó que estaba cometiendo un error, así que buscó en la memoria de Talamines y añadió después —: Voz del Jerarca.

Kai estaba dispuesto a sacrificarse, pero sacrificar a Dahin era otra cosa. ¿El resto de los sirvientes de Bashasa también estaban allí, o los habían matado fuera de los Salones Estivales? ¿O quizá Dahin se había separado de ellos para ir en busca de Tahren?

—¿Y qué hacías…? —empezó a decir Raihankana, pero de pronto se puso rígido. Su voz cambió y adoptó un tono más agudo —. ¿Dónde está nuestro hermano?

De modo que lo de «Voz del Jerarca» no era un título meramente ceremonial de Raihankana. La jerarca había tomado el control de su cuerpo. Kai notó que el poder crecía dentro de la cámara. Era como una corriente fría, teñida con el mordisco amargo del viento que acompañaba al Pozo de los jerarcas, como un sonido profundo y grave en la periferia de su oído, como una presión detrás de los ojos. Era una mezcla de sonido, olor y sensación, como si careciera del órgano sensorial adecuado para interpretarlo. Para Talamines eso era lo único que le quedaba, pero para Kai era algo extraño, malsano.

Se preguntó si los jerarcas podían poseer a los expositores de esa manera, y qué ocurriría si esa jerarca intentaba controlarlo a él del mismo modo. Kai decidió que era mejor no averiguarlo.

Y entonces se le ocurrió una idea maravillosa y terrible.

—Mi maestro está escondido cerca de la Sala del Templo. Mi maestro me envía a buscar al niño bendito menor.

Dahin levantó la cabeza con un miedo renovado en la mirada. Un murmullo de asombro y especulación se extendió entre los cortesanos.

—¿Con qué propósito? —preguntó la jerarca a través de Raihankana. *Buena pregunta*, pensó Kai, pero por suerte sus pensamientos acelerados y frenéticos iban un paso por delante de la jerarca—. La mariscal inmortal está dispuesta a traicionar a los rebeldes si le devuelven a su hermano.

La confusión y la traición aparecieron en el semblante de Dahin, como si no pudiera creer que Tahren fuera capaz de eso. Kai no sabía si Tahren era capaz o no, y le daba igual con tal de que la jerarca creyera que sí. Si le permitían salir de allí con Dahin, todavía tendría que soltar la intención en el agua. El estanque más grande de la cámara sería su mejor opción para crear confusión, pero quizá bastara con las fuentes del patio exterior. Era arriesgado y menos eficaz que el plan original de Kai, pero si lograba sacar de allí a Dahin…

—Es innecesario, maestro —dijo uno de los mortales—. Cuando llegue la guarnición de Stios, atraparemos a los rebeldes entre dos frentes.

¿Bashasa lo había tenido en cuenta? Quizá no; Kai sospechaba que Bashasa no creía que su rebelión durara más allá del ataque a la Sala del Templo.

—Pero, maestro, el… —empezó a decir otro mortal.

Raihankana levantó una mano y los mortales guardaron silencio. Caminó lentamente hacia Kai.

Él se quedó quieto, sin respirar apenas, tratando de imitar la inmovilidad escultural del expositor vestido de dorado. No le parecía una interacción normal entre un grupo de personas que estaban trazando un plan, ni siquiera tratándose de un grupo como ese. *La jerarca no te cree*, pensó. No debería haber intentado rescatar a Dahin. *Imbécil*. Debería haberse acordado de los restos humeantes de los saredíes Kentdessa y haber sabido que nadie iba a escapar de allí.

Raihankana se detuvo a un paso de Kai y lo miró a los ojos a través del velo.

—No deberías haber abandonado a nuestro hermano —dijo Raihankana con la voz de la jerarca.

Puesto que su primera improvisación ingeniosa había salido tan mal, Kai decidió no probar suerte de nuevo. Trató de convencerse de que, si Raihankana fuera capaz de ver a través de su velo, todos aquellos expositores y legionarios ya le estarían atacando.

—Mi maestro me ha ordenado venir —dijo. La voz le salió ronca por los nervios, pero consiguió reprimir una mueca.

Raihankana le dio la espalda, pero Kai se mantuvo alerta.

—Puede que valga la pena —dijo Raihankana con su propia voz —. El bendito menor está destinado al Pozo; podemos volver a quitárselo a la mariscal inmortal más adelante.

Por el tono de Raihankana, Kai empezó a sospechar que ahora era este quien estaba improvisando. *Lo sabe, lo saben todos,* pensó Kai. Un escalofrío le bajó desde el cráneo, helándole las venas. *No saben qué pasa ni cómo ha pasado, pero saben que Talamines no está en esta habitación.*

Raihankana caminó hacia la jerarca. Y Kai percibió un cambio en el flujo de poder de la sala, algo ardiente y discordante. Lo irradiaba el expositor vestido de dorado, como si fuera el calor de una hoguera.

Tahren había ayudado a Kai en el Patio de los Demonios Cautivos, así que él quería ayudar a Dahin. Pero si los dos morían allí, al menos Dahin no caería en las garras del Pozo.

Cuando Raihankana pasó frente al expositor dorado, Kai se lanzó hacia delante. Llegó a dar dos pasos antes de que algo lo golpeara por detrás, tan fuerte que se tambaleó de lado. Soltó un grito de asombro al sentir un dolor agónico y profundo que le desgarraba el costado; con ese cuerpo sentía muchísimo más dolor que con el de Enna. Sabía que alguien le había apuñalado por la espalda, que Raihankana debía de haberle hecho una seña a uno de los legionarios situados tras él. Kai intentó incorporarse y notó que algo le tiraba de la carne. El duro metal le raspó las costillas. Reprimió un aullido cuando le arrancaron el arma.

Raihankana se volvió de nuevo hacia él.

—Y ahora, antes de morir, nos vas a decir… —Y Kai dejó de escucharle, porque ahora el dolor implicaba poder, el poder necesario para utilizar la única intención que había aprendido

mediante los recuerdos de Talamines. Levantó la mano e invocó el fuego.

El aire se inflamó delante de Kai, formando una esfera de humo y llamas que avanzó rugiendo hacia la plataforma. Kai notó su potente calor en la cara mientras los mortales se dispersaban entre gritos. Raihankana retrocedió a trompicones, y Kai perdió de vista a la jerarca entre el humo.

No duraría mucho; Kai solo disponía de unos segundos para aprovechar la distracción. Embistió al expositor, introdujo una mano bajo el velo dorado y le agarró la cara. Kai notó sus jadeos en la mano mientras le arrancaba la vida al expositor. Eso le dio el instante que necesitaba para sacar la daga del cinto y apuñalarlo justo debajo del esternón. Sabía que el expositor se resistiría a su poder tanto como lo había hecho Cantenios, si no más, y no tenía tiempo para un enfrentamiento prolongado. Cuando notó que el expositor quedaba inerte bajo sus manos, Kai lo apartó de un empujón. Un rompembrujos apareció justo donde se encontraba él un instante antes y golpeó al expositor moribundo en lugar de a Kai.

Kai giró sobre sí mismo y derribó al legionario que vigilaba a Dahin agarrándole la piel desnuda del brazo. Luego cogió a Dahin por la túnica y echó a correr con él hacia el estanque.

Ya tenía el borde a sus pies cuando todo se volvió negro. Cayó de bruces en el agua. Tosió y se revolvió, aferrado todavía a la túnica de Dahin. Debían de haberle dado un golpe de refilón con un rompembrujos y lo habían dejado inconsciente durante un instante.

En la plataforma, los mortales daban voces y se alejaban a rastras de la nube de fuego, que ya empezaba a desvanecerse, pero los expositores supervivientes se recobraron enseguida. Kai notó que la presión de su cabeza crecía; estaban extrayendo poder del Pozo para atacarlo. Sus pies no tocaban el fondo del estanque y eso le aterraba. Pero se sacó la intención del pecho, la estampó en el agua e introdujo en ella toda la vida y el dolor que le quedaban.

Habría resultado al mismo tiempo letal y humillante que la intención solo hubiera provocado un chorrito de agua o que hubiera hecho caer una ligera llovizna. Pero Ziede pensaba que tenía que haber un buen motivo para que hubieran colocado esa intención en una pared, junto a la fuente de agua del Patio de los Cautivos, en

lugar de en el propio pilón. Y lo que quedaba de la mente de Talamines estaba convencido de que la bruja tenía razón.

Una tromba de agua brotó del estanque con un estruendo, haciendo caer el nivel tan bruscamente que de pronto Kai chocó con el fondo, sentado en el agua hasta las rodillas. Le ardía la garganta, así que tosió para despejarse los pulmones y se arrancó el velo de la cara. Dahin estaba acurrucado a su lado, empapado y con los ojos muy abiertos. A su alrededor, el agua era una muralla ondulante que crecía por la cámara como una olla hirviendo; rugía como una tormenta. Oyeron gritos de mortales cerca. Kai recordó que todavía quedaban una jerarca y varios expositores en esa sala, aunque con un poco de suerte estarían demasiado ocupados intentando no ahogarse.

—¿Sabes nadar? —le preguntó a Dahin con la voz ronca.

—Eh… —Dahin consiguió asentir con la cabeza—. Sí.

—Genial, porque yo no. —Kai se puso de pie con dificultad, tirando de Dahin para que también se levantara—. Necesitamos alcanzar una ventana.

Sabía que había varias en la pared del fondo; las distinguía a duras penas a través de la masa de agua translúcida y agitada. El nivel seguía subiendo, y una vez que llegara al techo inundaría la estrecha columna de aire que se había formado en torno a la intención.

—Vale, pero… ¿quién eres? —dijo Dahin angustiado, chapoteando hacia la muralla de agua junto a Kai—. ¿Por qué me ayudas?

Ah, claro, Kai había olvidado mencionarle ese detalle. Se le daba casi tan mal como a Bashasa. Se señaló los ojos.

—Dahin, soy yo, Kaiisteron. Ahora tengo el cuerpo de este expositor.

—¡Ah! —Dahin lo miró fijamente y soltó una carcajada ahogada —. ¡No sabía que podías hacer eso! ¿Has venido a rescatarme?

—No, he venido a distraer a la jerarca y, con suerte, a ahogarla —respondió Kai. Tocó el muro de agua con el dedo y comprobó con alivio que no era más difícil que meter la mano en un arroyo—. No sabíamos que estabas aquí. Tu hermana se va a enfadar.

—Se va a poner furiosa —admitió Dahin. Agarró la muñeca de Kai con firmeza—. Aguanta la respiración.

A Kai no le hacía falta respirar tanto como los mortales, pero no quería tener más agua dentro del cuerpo de la que ya tenía. Apretó las mandíbulas con fuerza e hizo una mueca cuando Dahin tiró de él para introducirlo en la muralla líquida.

Sus pies se despegaron del suelo cuando la fuerza que impulsaba el agua los lanzó hacia arriba. Dahin había agarrado a Kai por el brazo del lado herido y sus tirones le dolían, pero había que continuar.

Kai conocía la teoría de la natación y había visto nadar a otros mortales, así que procuró patalear y agitar el brazo libre para ayudar a avanzar a Dahin. El agua estaba turbia por la espuma, pero se adivinaban siluetas en ella, cuerpos agitados que debían evitar. La corriente que salía por la galería estuvo a punto de arrastrarlos, pero Kai ayudó a Dahin a desviarse de ella.

Chocaron dolorosamente contra una pared y resbalaron sobre las láminas de oro repujadas mientras ascendían. La cabeza de Kai salió a la superficie al lado de Dahin, que jadeaba y tosía. Kai desconocía los poderes o habilidades que Dahin poseía como bendito menor, pero aguantar sin respirar bajo el agua durante mucho tiempo no era una de ellas. Tanteó la pared hasta que consiguió enganchar los dedos en un grabado en forma de cordillera y rodeó con el otro brazo los hombros de Dahin, que se agarró con fuerza a él. Kai logró sacarlos del agua lo suficiente para mirar a su alrededor.

Varios cuerpos flotaban en el agua cada vez más alta; ninguno de ellos parecía ser la jerarca, aunque el que vestía de rojo quizá fuera Raihankana. Tenía que asegurarse. No podía desperdiciar la oportunidad. Levantó la vista hacia el techo; era la primera vez que lo veía con claridad. Tenía un entramado de pesadas vigas de madera, cada una de las cuales tocaba la pared a cierta altura de una ventana. En el lado opuesto de la estancia había un balcón que el agua todavía no había alcanzado, pero los grandes chorros no le permitían verlo bien. Kai creyó ver algo en el balcón, unos colores que se movían; podían ser personas vivas.

Dahin contemplaba las figuras esmaltadas de la pared con una fascinación que resultaba extraña teniendo en cuenta todo lo que estaba ocurriendo allí. Kai esperaba que el agua no le hubiera afectado al cerebro o algo parecido.

—Vamos. —Lo arrastró hacia la intensa luz del día que entraba

por la ventana más próxima. Era tan ancha que cabían los dos; al otro lado estaba el patio exterior. Kai se encaramó con dificultad al alféizar de piedra, resistiendo el empuje del agua que se vertía al patio. El cadáver de un legionario pasó flotando a su lado; Dahin, asustado, le dio una patada—. Espera —siseó Kai. No podía drenar vida dentro del agua y necesitaba algún arma. Se inclinó para agarrar un brazo que pasaba por allí; Dahin se estremeció y apartó la mirada. Kai lo acercó lo suficiente para sacar un cuchillo largo que llevaba envainado a la espalda y luego lo devolvió a la corriente de un empujón. Se guardó el cuchillo en el cinto y se dio la vuelta para mirar por la ventana.

—¿Está muy alta? —preguntó Dahin sin aliento.

El patio tenía dos plantas de galerías cubiertas por una semicúpula de cristal. La caída habría matado a un mortal, pero el agua ya había empezado a inundar el patio; las puertas de abajo debían de estar cerradas. Estaba relativamente transparente, pero llena de hojas y otros restos de los parterres sumergidos.

—No mires —dijo Kai, pero Dahin se aupó por su cuenta al alféizar, miró hacia abajo y dejó escapar un lamento de consternación—. La próxima vez que te diga que no mires, no mires. Tú coge aire y, cuando subas a la superficie, nada hacia esa galería. —Agarró a Dahin por el brazo—. Luego continúa en esa dirección.

Dahin asintió y cerró los ojos con fuerza.

—El Pozo de Thosaren nos bendice, el Pozo de Thosaren nos protege, el Pozo de Thosaren… —murmuró—. Espera, ¿tú no vienes? —Soltó un alarido cuando Kai lo tiró por la ventana de un empellón.

Kai esperó hasta que lo vio salir a la superficie, tosiendo y haciendo aspavientos. Dahin se dio la vuelta, buscando a Kai, luego levantó la mirada y le hizo gestos urgentes con la mano. Kai señaló enérgicamente la galería del lado opuesto. Dahin se quedó chapoteando un momento, indeciso, apartó una rama que pasaba flotando y finalmente se rindió y nadó hacia la galería. Kai se puso de pie sobre el alféizar y le dio la espalda a la ventana, haciendo equilibrios en el borde. Tomó impulso y saltó hacia la viga del techo.

Consiguió agarrarla, clavó los dedos en la superficie de madera

lisa y se aupó para subirse. No esperaba que los brazos y las piernas de Talamines, más largos, resultaran tan útiles. Kai recorrió la viga rápidamente; no tenía mucho tiempo.

Cuando se aproximó al balcón, vio a un oficial legionario de pie y a otras tres siluetas medio caídas tras la balaustrada. Dos llevaban velos enredados en los adornos del cabello; Kai habría sabido que eran expositores sin necesidad de percibir el susurro de poder. La última era de corta estatura, vestía una toga dorada y tenía el cabello blanco y húmedo aplastado contra la cabeza. La jerarca.

Kai se tumbó bocabajo y se arrastró por la viga, confiando en fundirse con las sombras a los ojos de los mortales. Con la ropa y el pelo chorreando le costaba moverse; echaba de menos el cuerpo sinuoso de su forma original, otra cosa que tampoco volvería a experimentar jamás.

El legionario salió por la puerta que había detrás del balcón. Uno de los expositores se inclinó sobre la jerarca. Kai se puso en cuclillas, desenvainó el cuchillo del legionario ahogado y bajó de un salto al balcón.

Aterrizó en la espalda del expositor y le cortó la garganta. Mientras el hombre caía de bruces, Kai lo empujó, se abalanzó sobre el segundo expositor y le hundió el cuchillo bajo la barbilla. La fuerza del golpe empujó al expositor contra la balaustrada de piedra; el gélido poder de la intención que había creado a toda prisa se dispersó inofensivamente en el aire húmedo. Kai extrajo el cuchillo, agarró al expositor por la falda y lo lanzó cabeza abajo desde el balcón. Cayó ruidosamente en las aguas agitadas, desangrándose y debatiéndose débilmente. Kai se dio la vuelta.

La jerarca se arrastraba hacia la puerta del balcón. Kai volvió a notar aquella sensación de poder; esta vez fluía despacio, como el barro frío, pero sabía que podía ahogarse bajo una oleada. Se echó encima de la jerarca y le clavó el cuchillo en la espalda.

Kai se alzó sobre la jerarca, ya consciente del terror que recorría sus venas junto con la sangre de Talamines. La vio luchar por respirar, arañar el suelo de mármol, hundirse gradualmente a medida que su último aliento abandonaba sus pulmones. Kai había visto a Bashasa matar a un jerarca, y aun así le había seguido pareciendo imposible. Pero debajo de todo ese poder, estaban hechos de carne.

Desde el pasillo se oyó un fuerte crujido de piedra y unas voces lejanas y frenéticas. Kai notó que tenía los pies fríos; al mirar hacia abajo comprobó que el agua ya le llegaba por los tobillos. Entraba desde el pasillo y se derramaba por el balcón.

—Ah… Oh, oh —murmuró en voz alta. ¿Es que el agua no… no iba a parar?

Arrancó el cuchillo de la espalda de la jerarca y lo usó para decapitarla. Entre el agua que seguía entrando y el hecho de que ese cuchillo no estaba diseñado para tal propósito, tardó una eternidad. Luego envolvió la cabeza apresuradamente con el velo del expositor muerto y se la ató al cinturón.

Kai se encaramó a la barandilla del balcón y saltó de nuevo a la viga de madera. El agua se derramaba por las ventanas en cascadas torrenciales. Avanzó con dificultad por la viga, cruzando la cámara, y luego tuvo que dejarse caer al agua para llegar al alféizar. Mientras luchaba contra la corriente, comprobó que el patio abierto del otro lado se estaba llenando rápidamente; las copas de los árboles ya se hundían bajo la superficie. El único consuelo era que no veía el cadáver flotante de Dahin por ninguna parte.

Se disponía a saltar cuando otro estruendo y un rugido a su espalda le hicieron darse la vuelta. Un muro de agua se dirigía hacia él a toda velocidad, arrastrando trozos de piedra, madera y cadáveres. Kai saltó de espaldas por la ventana.

DOCE

Dahin lo miró fijamente, más ofendido que asustado.

—¿Quién eres? ¿Qué…? —Escudriñó la oscuridad con los ojos entornados.

—Soy yo. —De pronto Kai tenía frío. No sabía qué pensar de que Dahin estuviera allí clandestinamente, en las ruinas inundadas de los Salones Estivales—. Soy Kai. —Era imposible que Dahin lo reconociera; llevaba un cuerpo diferente, tenía los ojos camuflados bajo los del gul robacadáveres y la ropa sucia tras días de viaje en una barcaza fluvial podrida.

—Qué ridiculez. Ni te pareces a… Espera, ¿insinúas que eres Kaiisteron en un cuerpo diferente? Ni siquiera eres un demonio. —Dahin lo observaba con atención. Kai estaba seguro de que tenía cerca un arma de los benditos inmortales. Varias herramientas descansaban cerca de su mano, aunque Kai no reconocía ninguna. Dahin era peligroso, pero era un peligro completamente distinto del de los brujos y expositores—. Incluso si ocupan un cuerpo mortal, los ojos de un demonio…

—Me los ha prestado un gul robacadáveres. —Se acordó entonces de que Ramad les había contado que Dahin se había reunido con un funcionario de Nient-arik.

—Pues qué asco. —Dahin titubeó, mirándolo todavía con

suspicacia y recelo—. Si de verdad eres Kai, dime algo que solo sepas tú.

Kai, distraído por sus propias e involuntarias sospechas, le dijo:

—Tu tía abuela Kavinen opina que tu *Historia de la Guerra de los jerarcas* en nueve tomos es un aburrimiento y una pérdida de tiempo.

Dahin soltó una exhalación mitad carcajada y mitad resoplido de indignación.

—Sí, pero nunca me lo ha dicho a la cara. Me has asustado… ¡Casi me cago encima, Kai! —Dahin se puso de pie—. ¿Qué te ha pasado?

Kai sacudió ligeramente la cabeza. Reprimió el impulso de fingir que todo iba bien, caer de nuevo en la rutina de siempre. Debía averiguar la verdad. Caminó hasta el borde de la lona.

—Dahin, primero dime qué haces aquí.

Dahin bajó la mirada, repentinamente esquivo.

—Investigo una cosa. —Agitó la mano para señalar su campamento, se dio la vuelta y empezó a recoger los papeles desperdigados—. ¿Mi hermana y Ziede también están aquí? ¿A qué habéis venido? Me vas a explicar por qué ahora tienes un cuerpo distinto, ¿verdad? ¿Quién es…? ¿Quién era esta persona?

Kai se debatía con sus dudas. La evidente resistencia de Dahin a contarle lo que estaba haciendo era típica de él; siempre había sido hermético con su trabajo. Kai no podía permitirse pasar nada por alto, pero estaba seguro de que si Dahin los hubiera traicionado, lo habría hecho bastante mejor.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Mientras guardaba los papeles en una funda de cuero encerado, Dahin lo miró con el ceño fruncido.

—Un mes o algo más. Hueles a tortuga muerta; ¿te has bañado en el barro del canal? ¿Cómo has llegado aquí? ¿Por qué me miras así? —Entornó los ojos—. ¿Algo va mal? ¿Qué ha pasado?

Alguien iba a tener que ceder y responder a alguna pregunta. Kai eligió la menos comprometedora:

—He tenido que revivificar una barcaza fluvial podrida para llegar hasta aquí; algunas partes seguían rezumando. —Ziede, impaciente, le preguntaba mentalmente qué había encontrado. Ya que estaba justo fuera del edificio en ruinas, Kai le permitió

escuchar a través de sus oídos para no tener que explicárselo. No quería sospechar de Dahin, pero le hacía falta una segunda opinión —. ¿Por qué no nos dijiste que ibas a venir aquí?

Dahin se revolvió, incómodo, quitó unos restos de tierra de la funda y la dejó a un lado.

—Es que… no quería que me molestaran. —Cuando era más joven, Dahin siempre había sido franco, nunca se había mostrado reacio a revelar sus verdaderos sentimientos, a diferencia de todos cuantos lo rodeaban. Ahora parecía alerta, culpable, pero no era la clase de culpabilidad de quien había traicionado a su familia y amigos. Soltó un resoplido de exasperación—. ¡Sabía lo que diría Tahren si se enteraba de que estaba aquí! Y ahora, ¿me puedes explicar qué te ha pasado? ¿Tu cuerpo anterior ha muerto? Creía que no era posible.

Kai sintió que su corazón se relajaba una pizca, a pesar de todo. Se alegraba muchísimo de volver a ver a Dahin.

—Nos capturaron a Ziede y a mí. Nos metieron en una tumba subacuática. Hemos estado casi un año entero dentro. Escapamos hace unos días.

Dahin levantó la cabeza bruscamente y miró a los ojos a Kai. Su semblante pasó del asombro a la consternación y luego al horror.

—¿Y Ziede? ¿Está bien? —Se dejó caer en la lona y le dio unas palmadas—. Siéntate, Kai.

Kai sabía que debía mantenerse alerta por si lo atacaba, pero de pronto se sentía muy cansado. Y si era Dahin quien conspiraba contra ellos, quizá hubiera llegado el momento de rendirse.

Se sentó en la lona. Era gruesa y estaba encerada para que no se humedeciera, pero resbalaba un poco por la mugre del suelo.

—Ziede está aquí. Dahin, no sabemos dónde está Tahren. Lo último que sabemos de ella es que te estaba buscando.

Dahin ya no intentaba distraer a Kai; ahora le prestaba toda su atención. Tenía las manos flojas y el ceño fruncido. Desde hacía años costaba mucho conseguir la plena atención de Dahin, pero ahora Kai la tenía.

—Pero… Seguro que Tahren está… Nadie podría tocarla —dijo Dahin, casi compungido.

Kai negó con la cabeza.

—Ziede no consigue encontrar su perla. Nos dijeron que no

acudió a Benais-arik para la renovación de la coalición. Tampoco está en Avagantrum. Nadie la ha vuelto a ver desde que partió en tu busca.

—No puede estar herida —protestó Dahin.

Dahin siempre había considerado que su hermana era capaz de hacer cualquier cosa, incluso cuando se peleaban. Sobre todo cuando se peleaban.

—Quien nos encerró cuenta con la ayuda de benditos inmortales —continuó Kai—. El expositor que nos persiguió cuando escapamos tenía un barco de los benditos.

Unas sombras se movieron por la estancia, pero Kai percibió que era Ziede. Tras un momento, la bruja entró flotando por un arco de la pared y aterrizó en el suelo inmundo. Sus diablos de viento se dispersaron con un soplo de aire que olía a brisa fluvial.

—Dahin, ¿sabes dónde está? —le preguntó Ziede con voz ronca.

Dahin negó con la cabeza, casi desconsolado.

—No, no, Ziede, no he vuelto a verla desde que me fui de Avagantrum. No sabía que me estaba buscando. La he estado evitando, la verdad. Yo solo quería… —Cuando Ziede se acercó, Dahin extendió la mano. De pronto se detuvo—. Eh… ¿Quién es ese?

Ramad, que caminaba detrás de Ziede, entró en el cerco de luz de la lámpara; su expresión era impenetrable.

—Es Ramad, un vanguardista del Mundo Emergente —dijo Kai —. Nos está ayudando.

—Escúchame, Dahin. No hemos venido a dar un paseo por los sitios que destruyó Kai para ver si la encontramos por casualidad. —Ziede se arrodilló en la lona, le dio la mano a Dahin y empezó a relatarle lo ocurrido desde el principio. Le habló de la tumba en la que habían despertado al descender el agua, de Menlas, del viaje a las islas de fuego para hablar con la Abuela, de Aclines y Saadrin. Kai miraba el rostro de Ramad, las arrugas de las comisuras de sus ojos. El vanguardista observaba atentamente a Dahin, como buscando indicios de culpabilidad. A Kai se le erizó el vello de la nuca, si bien él también tenía sospechas de las que no conseguía deshacerse todavía.

Cuando Ziede terminó, Dahin estaba menos nervioso y más enfadado, pero cuando estaba enfadado pensaba mejor.

—Lo de Stios era una trampa, claramente. Incluso si no os la ha tendido Saadrin, os habrían estado esperando cuando llegarais. —Se volvió hacia Kai—. Habéis venido a por una piedra de búsqueda. La que tenía Cantenios.

—Sí —admitió Kai. Era un alivio no tener que explicárselo. Había olvidado lo avispado que era Dahin—. Nadie más conoce la existencia de esa piedra.

Dahin asintió.

—He estado buceando por aquí. Os puedo ayudar a encontrarla. —Se levantó y empezó a guardar cosas en su bolsa.



Ziede volvió a llevarse a Ramad volando; Kai y Dahin utilizaron la barca de este. Mientras Kai remaba por las aguas turbias y hediondas, Dahin desplegó sobre sus rodillas un mapa dibujado a lápiz de plomo, emborronado y lleno de anotaciones apresuradas. Antes de abandonar su campamento, Dahin había guardado todos sus suministros en un pequeño cofre chapado en cobre y lo había cerrado con un sello de los benditos inmortales. Sus papeles los había metido en una bolsa con objetos que tintineaban, seguramente más dispositivos de los benditos inmortales.

—Nunca te había visto utilizar tantas herramientas benditas —había dicho Kai, aprovechando que Ramad y Ziede ya habían salido. Dahin se había encogido de hombros.

—Era la única opción que tenía.

Ahora, en la barca, Dahin daba instrucciones a Kai:

—Un poco más a la izquierda. Hay una torre de súplica de los benditos inmortales a unos dos patios de aquí. En realidad no es que se hicieran muchas súplicas, pero los jerarcas la utilizaban para que los mariscales inmortales que convocaban con sus piedras de búsqueda tuvieran un sitio donde posar sus balsas. La parte superior sobresale del agua, y me temo que es el punto más cercano para zambullirse. —Dahin contempló el cielo con los ojos entrecerrados, evaluando la luz—. No he intentado entrar en los Patios de Rehenes, me he centrado en los aposentos de los jerarcas.

Kai hundió los remos en el agua y siguió sus instrucciones.

—Pero ¿qué buscas? ¿Por qué estás aquí?

Dahin miró su mapa con el ceño fruncido.

—Sospechas de mí.

Kai pudo haberlo negado. Conocía bien los puntos débiles de Dahin; podría haber hecho que se sintiera un traidor por insinuar siquiera que Kai no tenía fe absoluta en él. Pero Dahin también conocía todos los puntos débiles de Kai. Una guerra entre ambos solo podía terminar en tierra quemada.

O al menos Kai conocía los puntos débiles del antiguo Dahin. Pero el antiguo Dahin nunca habría vuelto a aquel lugar maldito ni se habría quedado allí solo tanto tiempo. Kai se rindió y contestó con sinceridad:

—No quiero sospechar de ti. Pero alguien me ahogó en Benaisarik y nos sepultó a Ziede y a mí en una tumba submarina. Bashat tenía que saberlo. Tenía que saberlo mucha gente en la corte.

Dahin esbozó una mueca.

—He estado a punto de perderos, a vosotros y a Tahren, y no tenía ni idea. —Sacudió la cabeza—. Lo siento. Supongo que debería haberos contado lo que iba a hacer o haber avisado a alguien. Pero…

—Pero no lo hiciste porque creíste que discutiríamos contigo. Ni se lo contaste a Tahren, que sí que habría discutido contigo —concluyó Kai.

—Bueno, dicho así suena muy pueril. —Dahin suspiró y se encogió de hombros, como si se comprometiera a una travesía que no estaba seguro de querer emprender—. No sé si lo recuerdas, pero vimos un mapa grabado en la pared de aquel patio, donde vivían los jerarcas.

Kai sacudió la cabeza, perplejo. No tenía ni idea de a qué se refería Dahin.

—¿Qué patio? ¿Cuándo?

—Fue cuando mataste al expositor y colocaste la intención del Patio de los Cautivos en el estanque; luego nadamos hasta la pared y estuvimos a punto de ahogarnos —le dijo Dahin, esperando aclarárselo.

Le estaba hablando de algo que había ocurrido hacía una vida entera, del día en que todos habían escapado de aquel lugar.

—Recuerdo que había paredes —dijo Kai. Recordaba el miedo agudo; la tela translúcida del velo, su única protección para no ser

descubierto; la desesperación.

—Con eso es suficiente.

Dahin le indicó a Kai que virara a la izquierda. Kai echó un vistazo por encima del hombro para orientarse con respecto a la torre de súplica. Solo había tres balcones en forma de abanico para las balsas de ascensión de los benditos inmortales, uno en cada una de las tres plantas que quedaban por encima del nivel del agua. Ziede y Ramad ya habían aterrizado en la más baja, la única orientada en su dirección. Desde el borde redondeado, a menos de un metro de altura de la superficie, Ziede contemplaba las aguas oscuras. Kai seguía compartiendo la visión y el oído con ella; notaba su energía nerviosa en la periferia de su mente. Ramad observaba a Kai y a Dahin con expresión preocupada.

—El mapa tenía esmaltes muy bellos —continuó Dahin—, de colores vivos. Al principio pensé que, bueno, que solo se jactaban de todas las tierras que habían robado, ¿no? Las ciudades destruidas, los pueblos asesinados. Pero los Salones Estivales fueron una de las pocas residencias permanentes que los jerarcas se construyeron para sí mismos, y ciertamente la más grande. Las piedras y gran parte de los materiales los sacaron del complejo de templos sendrinnianos que había aquí antes. Era inmenso, y lo único que queda es una pequeña sección junto al canal principal, donde está ahora la ciudad. Los jerarcas mataron a todos los sendrinnianos, desmantelaron todos sus templos piedra a piedra y las utilizaron para construir los Salones Estivales. Excavaron los fosos y levantaron el terraplén con la tierra retirada. Este lugar tenía exactamente el aspecto que querían los jerarcas. —Se secó las manos en la falda de algodón—. Tardé mucho tiempo en descubrir todo eso. Cuesta investigar el pasado cuando todos los testigos han muerto y sus libros se pudren en ciudades desiertas.

Kai empezó a remar más despacio. Sabía, o daba por hecho, que los jerarcas habían levantado el terraplén. Se parecía mucho a los fuertes de tierra temporales que se construían en los llanos, solo que a una escala mucho mayor. Lo que no sabía, o nunca se había parado a pensar, era que los jerarcas habían construido los Salones Estivales. Ahora que ya lo sabía, entendía la lógica de Dahin.

—No recuerdo más paredes con dibujos de esmalte. Ni mapas, ni ninguna decoración similar.

Los jerarcas no habían perdido mucho tiempo al construir los Patios de Rehenes, claro, pero la Sala del Templo y el Patio de los jerarcas los habían adornado con mármoles, materiales preciosos y tapices, además de la galería de trofeos.

Los saredíes solían grabar imágenes en madera y hueso, además de pintar sus grandes tiendas de lona; a los ariké les encantaban los cuadros grandes y detallados, sobre todo los que representaban festivales o batallas, escenas que contaran una historia lo más grande posible; los erathi adornaban todo con peces, conchas y símbolos de viento; los enalin dibujaban paisajes naturales, árboles y los enrevesados caracteres de su lengua escrita. Hasta los benditos inmortales tenían un tipo de arte predilecto, basado en grabados de sus patriarcas y símbolos solares. En cambio, los jerarcas parecían limitar su expresión artística a sus ropas o a la organización de sus mercancías robadas.

—De modo que ese mapa era especial para los jerarcas.

—Exacto. Sé que tú estabas encadenado en ese patio horrible, por lo que no viste gran cosa de este lugar. Yo pude ver bastante, antes de que Tahren me escondiera con Bashasa, y en ningún sitio vi nada parecido a ese mapa. Así que era algo especial, algo privado. —Dahin torció la boca y echó un vistazo a las ruinas sumergidas—. Creo que era algo de su patria. Un símbolo. O el camino de vuelta.

Kai seguía sin entenderlo.

—Sabemos que vinieron de la Cúspide del Mundo.

—La Cúspide del Mundo es un lugar bastante grande, Kai. —Dahin resopló—. Creemos que venían de los alrededores de Sun-Ar, ¿verdad? Porque ese es el idioma que ahora llamamos imperial antiguo, el que hablaban los jerarcas. Pero, después de la guerra, los exploradores enalin que viajaron a Sun-Ar no hallaron nada ni a nadie con vida. Es una tierra de formaciones rocosas y planicies frías y desérticas. Cultivaban huertos dentro de las cuevas y tenían rebaños de ovejas salvajes. Los sunar tenían ciudades móviles de tiendas, y palacios especiales para sus templos y asambleas estacionales, excavados en los acantilados y las rocas. Ahora no queda nadie. Los jerarcas los mataron a todos.

—Eso no es tan raro; los jerarcas mataban a todo el mundo —dijo Kai. No era del todo cierto, aunque a veces se lo parecía—. A

casi todo el mundo.

—Pues yo creo que mataron a los sunar porque tuvieron contacto con los jerarcas antes de que se convirtieran en los jerarcas —dijo Dahin con intensidad; su mirada era grave y sombría—. En los Patios de Rehenes había varios sunar. En una ocasión Bashasa intentó entrar para verlos, pero los tenían mejor vigilados que a los demás rehenes; estaba prohibido verlos o hablar con ellos. Me enteré de que los legionarios recibieron órdenes de matarlos a todos en cuanto comenzó la fuga. Los jerarcas no querían correr el riesgo de que alguno escapara con nosotros.

Kai había dejado de remar, absorto en la estampa que le pintaba Dahin, aunque no sabía cuándo exactamente. La barca iba a la deriva, empujada por la brisa rancia.

—Me parece que los vi —dijo Kai—. En el patio más recóndito de todos. ¿Eran personas menudas, de tez castaño claro y cabello liso?

Dahin asintió con la boca apretada.

—No sabemos de dónde vinieron los jerarcas, Kai. No lo saben ni los benditos inmortales. Llegaron desde el sur, desde la cima del mundo, y destruyeron todo lo que encontraron en su camino. Podrían seguir allí. Podrían regresar. —Frunció el ceño—. ¿Por qué me miras así?

—Porque estoy cagado de miedo. —Un escalofrío le recorrió la espalda.

—No creo que vaya a pasar pronto, mañana mismo. —Era evidente que Dahin intentaba desdecirse para tranquilizarlo—. En realidad no sé si llegará a pasar alguna vez. —Desvió la mirada y contempló las ruinas sumergidas, las piedras mugrientas lamidas por el agua—. Pero debo averiguarlo, Kai. Debo asegurarme. ¿Lo entiendes? —preguntó en tono de súplica.

Kai lo entendía hasta la última fibra de su ser.

—¿Qué hacías en Nient-arik?

—¿Cuándo? Ah, ¿antes de venir aquí, dices? —Dahin se lo explicó enseguida—: Sus archivos tienen copias de los diarios y mapas de la princesa heredera Hiranan, de cuando estuvo aquí. Era más rápido ir allí que viajar hasta Seidel-arik para leer los originales. ¿Por qué lo preguntas?

—Te estábamos buscando y alguien nos dijo que habías estado

allí. —Kai buscó a tientas los remos y volvió a poner la barca en movimiento—. Nos lo podrías haber contado, Dahin.

Dahin suspiró.

—Aún tengo un montón de ideas sin concretar. Quería esperar hasta tener una teoría coherente.

A mí me ha parecido perfectamente coherente y la hostia de persuasivo, dijo Ziede en la mente de Kai. *El muy idiota quería presentarnos las pruebas en una bandeja de cobre, como un regalito*.

Cundiría el pánico si se propagaba el rumor de que los jerarcas podían regresar. Los niños como Sanja podían creer que no eran más que viejos cuentos nocturnos para darles miedo, pero todavía quedaban vivos muchísimos mortales y brujos que sabían que los jerarcas habían sido horriblemente reales, que comprendían el legado de devastación que representaban las ciudades y los pueblos desiertos. Y el Mundo Emergente recordaba sus orígenes, por mucho que se hubieran desviado de la visión original de Bashasa. *Dahin no tenía miedo de nosotros; tenía miedo de todos los demás*, le dijo Kai a Ziede mentalmente.

Ahora no hay nadie en la corte que le escuche como le escuchaba Bashasa, añadió Ziede. *No quería que lo ridiculizaran*.

—Pero ahora entenderás por qué necesito ver lo que hay en el resto del mapa —decía Dahin—. Voy muy despacio. Es inmenso; ocupa toda la pared y está invadido por una especie de musgo. Tengo que retirarlo con cuidado para no romper el esmalte. Y solo puedo permanecer bajo el agua cierto tiempo, incluso con mis herramientas. Pero estoy avanzando.

El casco de la barca golpeó las baldosas al llegar a la plataforma de aterrizaje. Ramad agarró el cabo que le lanzó Dahin mientras Kai bajaba. El vanguardista ayudó a Kai a atar la barca al enrejado de la pequeña barandilla.

—¿Todo bien? —le preguntó en voz baja.

—Sí —respondió Kai, dedicándole lo que probablemente fuera una sonrisa poco convincente—. Solo nos hemos puesto al día —añadió mientras Dahin descargaba su bolsa. No esperaba que Ramad le creyera; tampoco sabía muy bien por qué no se lo contaba todo directamente. Si la teoría de Dahin era correcta, iban a tener que contárselo a todo el mundo, al Mundo Emergente antes que a

nadie, aunque Bashat todavía quisiera matarlos. Pero de momento era un asunto entre Kai, Ziede y Dahin.

El balcón de la siguiente planta estaba en la cara opuesta de la estructura, mirando hacia el oeste, y el de la última estaba orientado en dirección sur. La ornamentada puerta de metal que antaño impedía entrar en la torre desde ese balcón estaba permanentemente abierta por culpa del óxido. Kai echó un vistazo dentro, pero solo había un cuarto vacío con una pared curvada que alojaba una escalera de caracol. Los escalones de piedra permitían llegar a las dos plantas superiores, y también descendían hasta las aguas oscuras que inundaban la sección inferior de la torre. El paso del tiempo y las inclemencias habían devorado las superficies de piedra y el umbral de la puerta.

Dahin comprobó su mapa en el balcón y examinó el agua con aire resignado.

—Vaya, lo que me temía. El patio de Bashasa está ahí, debajo de ese manto de plantas.

Se refería a una masa irregular, negra y densa, hecha de lo que parecía ser materia vegetal, que revestía las aguas oscuras; se camuflaba tan bien que costaba saber hasta dónde se extendía bajo la superficie.

—¿Seguro que son solo plantas? —preguntó Kai, escéptico.

—Bueno, desde abajo lo que he visto parecen plantas, pero no puedo asegurarlo —admitió Dahin.

—¿No podemos cortarlas? —preguntó Ramad. Parecía consciente de que no se lo habían contado todo, pero se lo tomaba bien y quería contribuir.

—Me imagino que, si lo intentáramos, nos quedaríamos enredados y nos ahogaríamos —le dijo Dahin—. No lo he intentado, porque estaba solo y nadie podría ayudarme si me atascaba. Sobre todo, después de haber visto lo gruesos y profundos que son esos mantos. Hay uno en el patio contiguo a la sala que estoy explorando… y es una suerte que esas plantas no crezcan en interior. Supongo que necesitan luz. —Le dio un codazo a Kai—. ¿Te acuerdas del techo de cristal de la Sala del Templo? Está totalmente invadido por las plantas.

Ziede soltó un siseo y se llevó las manos a la cara.

—Podrías haber muerto aquí y ni nos habríamos enterado,

Dahin. Cuando Tahren lo descubra, te va a asesinar. Y yo la voy a ayudar.

Con «asesinar», Ziede se refería a «mirar con reprobación mientras te echa un sermón», pero Kai sabía que no serviría de nada. Solo conseguiría que Dahin se empecinara en que había hecho bien al ocultarles sus planes. Kai le pasó un brazo por los hombros y lo estrechó breve pero afectuosamente.

—La próxima vez que quieras hacer algo así, habla conmigo. Yo no te haré preguntas. Y si te las hago, no tendrás que responderme hasta que te sientas preparado.

—Bueno, está bien —masculló Dahin. Kai sabía que no podían esperar más de él de momento. Dahin dio un paso atrás; había alcanzado su límite de afecto físico—. Pero creo que la mejor opción es bajar por aquí, donde no hay plantas, y que luego Kai avance por los pasillos hasta el patio.

Kai mantuvo el semblante bajo control, a pesar de la tensión enfermiza que se asentaba en su pecho. Ya sabía que iba a tener que hacer eso, que todo el plan dependía de ello, pero ahora que había llegado el momento resultaba mucho más difícil de lo que había esperado. Todos los nervios de su cuerpo hormigueaban ante la idea de sumergirse voluntariamente en aquellas aguas oscuras. Pero Dahin nunca podría aguantar bajo el agua el tiempo suficiente para llegar al patio y buscar la piedra. Se distrajo recogiéndose el cabello y tensando el cordón con el que se lo sujetaba.

Ziede miró a Kai, ceñuda y escéptica, y luego, el manto de plantas.

—Yo también bajo.

—Seguramente sea lo mejor, será menos peligroso si sois dos —dijo Dahin con decisión. Parecía indiferente, o al menos lo fingía—. Vas a crear una burbuja de aire o algo así, ¿correcto? —Hurgó en su bolsa y sacó un artefacto de color cobrizo, una especie de caja de alambre estrecha, con una estrella luminosa en el centro—. Kai, tú puedes usar esto.

Kai dio un paso atrás, alejándose del dispositivo de los benditos inmortales.

—Aguanto mucho tiempo sin respirar…

—No lo suficiente —le corrigió Dahin—. Y si te quedas sin aire mientras estás bajo el manto de plantas, no podrás nadar hasta la

superficie enseguida. Y Ziede, tú vas a necesitar un lastre.

—Puedo hacer que el aire de abajo pese más. —Ziede se tocó los labios, pensativa, sopesando el problema—. Al menos temporalmente.

Kai empezó a desabrocharse la falda. Había dado por hecho que podría bucear directamente desde la superficie hasta el patio en el que había matado a Cantenios. Esto iba a ser mucho más complicado que la breve zambullida con la ballena caracolada.

—Si flotas sin querer y te enredas en las plantas, podrías morir —le advirtió Kai a Ziede.

—Eso ya lo sé, Kai. —Ziede se apretó el pañuelo que le recogía el pelo.

—Yo debería ir con… —empezó a decir Ramad.

—No. Necesitamos que alguien se quede aquí con Dahin —le interrumpió Kai. Se quitó la falda de algodón, quedándose con las calzas, la túnica y el cinto. Se dejó la vara extensible guardada en el bolsillo interior; podía serle útil en caso de que tuviera que apartar algún escombro. Cogió a regañadientes el dispositivo que le tendía Dahin. Tenía una correa de cuero; probablemente se colocara en el pecho.

—¿Por si aparece alguien por casualidad? —le espetó Ramad—. No creo que el bendito menor Dahin Stargard necesite mi protección.

—No, va al revés. Espera, déjame a mí. —Dahin cogió el dispositivo y le dio la vuelta para colocarlo en la posición correcta. Mientras le abrochaba la correa, clavó en Ramad una mirada sombría y enfática—. Y estás en lo cierto, vanguardista.

Ramad suspiró para recuperar el autocontrol.

—O te fías de mí o no, Kai —dijo en voz baja.

Ahora le tocaba a Kai hablarle con brusquedad:

—¿Quieres que te responda ahora mismo? Ay, Dahin, ¿qué haces?

Dahin estaba intentando ponerle una especie de canutillo espinoso en el cartílago de la oreja.

—Con esto podremos comunicarnos si necesitas ayuda. —A continuación, le tendió una bolita de una sustancia similar a la arcilla—. Y tienes que meterte esto en la nariz. Procura no tragar agua. Tiene propiedades extrañas, como preservar cadáveres. Y

también contiene sustancias como aceite de oliva y de nuez o grasa de animal, de las lámparas, las cocinas y todo eso.

—No es cuestión de confianza, Ramad. —Ziede retomó la discusión mientras Kai estaba distraído, con una voz que dejaba claro que era su respuesta definitiva. Cogió el canutillo para la oreja que le entregó Dahin, con una mueca de disgusto—. No es posible. Ya va a ser bastante complicado para Kai y para mí.

Procurando no mirar el agua, Kai se colocó el curioso pendiente y esbozó una mueca cuando el pincho se le clavó en la parte posterior de la oreja. El dispositivo de respiración del pecho resultaba extrañamente pesado para ser tan pequeño, y le tiraba del cuello.

—¿Por qué todas las cosas de los benditos inmortales tienen que doler?

—Me lo pregunto constantemente. —Dahin toqueteó el chisme del pecho y le hizo algo a la malla de alambre que la hizo brillar un poco más—. Esto te ayudará a ver mejor cuando estés bajo el agua. Solo tienes que pulsar aquí para ajustarlo, y esto sirve para regular el peso, cuando quieras bajar o subir a la superficie. Ziede puede llevar esta luz. —Le tendió un disco plano con un cristal engastado. Luego retrocedió un paso—. Es mejor que bajéis ya. ¿Estáis preparados?

Por toda respuesta, Ziede hizo girar el aire hasta formar una cúpula, un torbellino en miniatura que le tironeaba de la túnica y el pantalón. Los diablos de viento no podían meterse bajo el agua, pero Ziede podía mantener esa burbuja de aire a su alrededor durante un tiempo limitado.

Kai dejó de mirar a Ziede y se volvió hacia Ramad.

—Os pido disculpas. Y… tened cuidado —dijo este.

Kai quería sentirse exasperado, pero, curiosamente, no lo estaba.

—Saldrá bien —contestó. Antes de poder darle demasiadas vueltas a lo que se disponía a hacer, se tapó las fosas nasales con la arcilla y avanzó un paso desde el borde de la plataforma.

Al caer en las aguas oscuras, consiguió no abrir la boca y tragar agua. Presionó la pieza del dispositivo pectoral que controlaba el peso y empezó a descender con suavidad.

El agua se fue oscureciendo hasta que ya solo la atravesaba la lámpara de los benditos inmortales. El pánico iba en aumento;

Kai reprimió el impulso de arrancarse las correas: tenía que seguir bajando y el dispositivo solo hacía lo que él le había indicado. Sus pulmones parecían contener aire aunque no respirara; la sensación era muy distinta de la de contener la respiración. Se alegró mucho de tener el tapón de arcilla en la nariz, porque ya tenía bastante con sentir el tacto viscoso del agua en los labios y la piel.

Ziede descendió flotando a su lado hasta que su burbuja de aire golpeó la silueta oscura de una balaustrada. La lámpara de mano que le había dado Dahin se iluminó; la ropa de Ziede se agitaba como si estuviera atrapada en una tormenta en miniatura. Kai logró sacudir los brazos para desplazarse por el agua y dejarle espacio a Ziede.

A través de la perla, y un instante después por el pendiente, como un susurro, Ziede le dijo: *No hemos tenido en cuenta la nula habilidad natatoria de Kai.*

Ja, ja. Lo único que tenemos que hacer es caminar. Kai se inclinó, medio doblado en dos, para dirigir la luz de su lámpara hacia el fondo. Ziede y él seguían hundiéndose, y en el haz de luz vislumbraban retazos de sus alrededores: restos de musgo suelto, un trozo de otra balaustrada, una mano garruda y gigantesca que resultó ser un árbol petrificado… Tenían que estar cayendo a un patio abierto, pero Kai seguía sin distinguir el fondo.

Oyó la voz de Dahin susurrándole al oído:

—Kai, ¿te acuestas con ese hombre? Puedo contar las veces que Bashasa te habló de esa manera con los dedos de una mano. Si me faltaran la mitad.

Eso no era verdad. Kai y Bashasa sí que habían discutido, pero no en público. Bashasa siempre había sido plenamente consciente de la posición de Kai, a menudo inestable, entre los ariké y la alianza del Mundo Emergente, y nunca se lo había puesto más difícil. Para algunos, Kai había sido el vínculo con los brujos, que habían resultado cruciales para derrotar a los jerarcas. Para otros, tan solo un parásito extraño y particularmente peligroso. Kai supuso que aquel pendiente espinoso funcionaba igual que una perla, así que habló mentalmente con Dahin: *¿Ramad está oyendo lo que dices?*

—No, claro que no. Esto transmite de una mente a otra. —La

voz de Dahin pasó de un susurro a un fuerte eco, como si estuviera gritando a través de un embudo de hueso—. ¿De momento va todo bien? Estupendo. —Volvió a susurrar—: Eso lo he dicho en voz alta. No quiero que se entere de cómo funciona en realidad. Como decía…

Podemos resolverlo más tarde, cuando no estemos tan ocupados no ahogándonos, le interrumpió Ziede.

Al vislumbrar una masa sólida más abajo, Kai extendió los brazos para ralentizar el descenso. El pavimento del patio estaba cubierto de una sustancia descolorida y viscosa que no se parecía en nada al lodo de un arroyo o un río. Cuando plantó los pies descalzos en el suelo, la sustancia se agitó y se arremolinó en torno a sus piernas como una nube. La burbuja de Ziede se detuvo lentamente, sin llegar a tocar el suelo. *Aquí estamos otra vez*, dijo con ironía.

Kai recordaba demasiado bien lo fácil que era perderse allí dentro. Y la vez anterior había contado con la luz del sol, no con el estrecho haz de una lámpara de los benditos inmortales.

Al menos, gracias a la pared que tenían a su espalda, sabía en qué dirección empezar.

Ziede avanzó por el patio. *Es por aquí. Creo*.

Kai la siguió. Ziede había pasado mucho más tiempo que él en aquel laberinto de patios y corredores. Le habría gustado desterrar esa época de su memoria, si no fuera porque allí los había conocido a todos: Ziede, Tahren, Dahin, Salatel, Arsha, Telare, Nirana, Hartel, Cerala. Bashasa.

No quiero estar aquí, me duele demasiado, pensó. Notó la punzada de compasión de Ziede. Dahin pareció captarlo con el dispositivo de escucha.

—¿Todo bien? —preguntó

Sí, contestó Kai. *Solo son recuerdos*.

A pesar de que intentaban avanzar con cuidado, no dejaban de agitar la capa de barro y mugre del pavimento. Envuelto en aquella nube de suciedad, Kai no distinguió la salida del patio hasta que Ziede dejó escapar un quejido cuando su burbuja golpeó la pared. Se dio la vuelta; la luz de Kai iluminaba su túnica y los extremos del pañuelo, que flotaban mecidos por el aire que la envolvía. Ziede localizó el arco de salida y los dos entraron, la una flotando y el otro nadando. La escasa luz que llegaba hasta allí abajo desde la

superficie de las aguas turbias no tardó en desaparecer del todo. Ahora hacía mucho más frío. Kai se alegró de no haber dejado que Ramad los acompañara. Si Ziede y él ya lo estaban pasando mal, un mortal no habría podido aguantar mucho; la exposición a aquella nauseabunda sopa oleosa, por breve que fuera, lo habría hecho enfermar.

Incluso con los dispositivos de los benditos inmortales que le había dado Dahin, Kai sabía que nunca lo habría conseguido sin Ziede; ella tenía un recuerdo de aquel lugar mucho más claro que el suyo, pero eso era normal: Ziede había pasado más tiempo allí, lo había arriesgado todo para entrar allí, para ayudar a Bashasa con su plan. Kai se concentró en seguirla; su luz iba alumbrando paredes, anchos umbrales, grandes ventanas. Ya estaban directamente debajo del manto de plantas: la oscuridad era total fuera del cerco de sus lámparas. El único consuelo era que aquellas aguas tan tóxicas no estaban repletas de serpientes ni peces aguja.

—¿Estáis ahí? —le dijo Dahin al oído; por el eco de su voz, Kai supo que estaba hablando en voz alta—. ¿Va todo bien?

Todo bien, contestó Kai. *Si te gustan los sitios oscuros y hostiles*.

No es mucho peor que la primera vez que estuvimos aquí, replicó Ziede.

—Tiene gracia porque sé que lo decís en serio —contestó Dahin.

En ese momento algo cambió en el agua. Kai no sabía si era algo audible o solo una sensación a través de la ropa empapada y la piel helada. Se dio la vuelta, arrastrando su luz consigo, y descubrió que la pared que habían estado siguiendo ya no estaba. Entonces vislumbró algo oscuro y esquelético: otro árbol muerto, preservado en el agua como un insecto en resina. Luego otro, y otro más. Estaban en el patio abierto, cerca de la entrada de los aposentos de Bashasa y los demás rehenes.

Kai, no te quedes atrás, dijo Ziede. *Casi hemos llegado*.

Cruzaron dos arcos y finalmente llegaron a un pasillo cubierto. La luz no se incrementó en absoluto cuando salieron a una zona más abierta. La lámpara de Kai iluminó una fuente, el contorno de antiguos canteros, una puerta familiar. La escena regresaba poco a poco a su mente; aquellas siluetas fantasmales enterradas bajo la podredumbre cobraban la forma del lugar que él recordaba. Aquel

era el patio a cielo abierto con la fuente, donde Kai había matado a Cantenios. *Ziede, eres la mejor. Yo no habría sabido llegar hasta aquí.*

Me sorprende recordarlo tan bien, admitió ella mientras pasaba flotando por encima de la fuente. *Creía que había conseguido desterrar todo esto de mi mente*.

Kai avanzó hasta la fuente. *El cadáver estaba más o menos por aquí.* Kai no creía que el cuerpo de Cantenios, reseco después de que Kai le drenara la vida y aplastado por sus pesados ropajes y sus adornos de cuero y metal, hubiera podido alejarse flotando. Se inclinó hacia el suelo con cuidado, y al hacerlo sus pies se despegaron del pavimento y quedó prácticamente en posición horizontal. El mecanismo de lastre del dispositivo de respiración de los benditos inmortales parecía concentrarse en su torso, así que, aunque le resultaba extraño e incómodo, le permitía tocar el suelo con las manos sin que sus pies removieran la densa capa de suciedad que cubría los adoquines.

Palpó con cuidado el fango viscoso, avanzando hasta que encontró un bulto, como unos huesos enterrados bajo el barro. Exactamente como unos huesos enterrados bajo el barro. Aunque se movía muy despacio, al tocarlos una nube de suciedad subió flotando hasta su cara. Kai abrió las manos y buscó a tientas la piedra de Cantenios. Del fango emergieron unos huesos, unos adornos metálicos, un brazalete, el prendedor enjoyado de un velo. Kai se alejó un poco más, dibujando un círculo alrededor del cadáver.

—Kai, acuérdate de respirar —dijo la voz severa de Dahin—. El dispositivo no funciona si no respiras.

No está aquí. A Kai se le cayó el alma a los pies, en medio de toda aquella mugre. *No la encuentro*.

Se le caería al suelo, ¿no? Si la tenía en la mano, dijo la voz de Ziede. Solo sonaba tan calmada cuando algo iba horriblemente mal.

Vagamente, con aquel extraño eco, Kai oyó que Dahin hablaba con Ramad:

—No la encuentran.

Kai describió un círculo más amplio alrededor del cuerpo de Cantenios, amasando lentamente el barro con las manos. Ziede se

agachó dentro de su burbuja, acercándose cuanto pudo al suelo para alumbrar con su luz las manos de Kai. *Tampoco la lanzó a ninguna parte*, murmuró Kai con frustración. *¿La cogería alguien?*

—Puede que el agua la arrastrara al inundar el patio —aventuró Dahin—. O… quizá uno de nosotros o algún ariké le diera una patada sin querer. Recuerdo que yo estaba aterrorizado y que todo el mundo corría como si estuviera ardiendo.

Dahin tenía razón. Kai tragó saliva, soportando el sabor nauseabundo de aquel barro. *Vamos a tener que registrar todo el patio, la fuente, quizá las habitaciones anexas*. Si la piedra no estaba por allí, se les iba a terminar el aire.

Estaban muy cerca de obtener lo que necesitaban para encontrar a Tahren. Si a Kai le resultaba exasperante pensarlo, para Ziede tenía que ser aún peor. Sin embargo, ella mantenía el semblante sereno mientras reflexionaba. *Tengo una idea*, dijo Ziede. *Necesitamos despejar el barro del pavimento*.

¿Puedes hacerlo sin perder la burbuja de aire?, le preguntó Kai. Era plenamente consciente del denso manto de plantas que tenían encima. Si Ziede empezaba a ahogarse, quizá el terror que sentiría le daría a Kai poder suficiente para crear una intención con la que atravesarlo y llegar a la superficie, pero prefería no comprobarlo.

Mmm, me temo que no. Ziede, flotaba en su burbuja, sentada sobre los talones, con un dedo pegado a los labios y los ojos oscuros entornados, meditando.

—No tengo nada capaz de hacer eso —añadió Dahin—. Solo he estado trabajando en esa pared, y el musgo es mejor retirarlo poco a poco.

Ziede asintió para sus adentros. *Si subo a la superficie, puedo crear un viento lo bastante violento para mover el agua bajo el manto de plantas y revolverlo todo. Tú solo tendrías que evitar que el barro vuelva a asentarse en el suelo*.

Kai empezó a morderse el labio inferior, pensativo, y se acordó justo a tiempo de no abrir la boca. Tendría que emplear una intención; bajo el agua era imposible dibujar un conjuro. Además, allí todo estaba manchado por la influencia del Pozo de los jerarcas y los restos de la intención acuática con la que Kai había provocado la inundación. Iba a tener que utilizar una intención pura, algo muy

similar a la idea que había tenido para abrir un agujero en el manto de plantas.

Vamos a intentarlo, dijo.

Voy a subir, contestó Ziede. *Ten cuidado. Cuando la encuentres, si no estás seguro de cómo salir, volveré a buscarte*.

No me pasará nada, la tranquilizó Kai. *Tú date prisa para que terminemos cuanto antes*. Ziede se giró dentro de su burbuja y se alejó flotando; ahora que estaba segura del camino, se movía más deprisa.

A través del eco del auricular, Kai oyó que Dahin le explicaba el plan a Ramad. Kai apoyó los pies en el borde de la fuente y preparó la intención, creando un diseño que utilizara el movimiento del agua que le proporcionaría Ziede para desplazar con suavidad el fango hacia arriba.

A través de su perla, notó el alivio de Ziede cuando se alejó de las plantas y salió a la superficie.

—No te veo —dijo Dahin.

Estoy cerca de la Sala del Tempo, le informó Ziede. *Necesito estar a cierta distancia del objetivo*.

Kai los ignoró; necesitaba toda su concentración para que el diseño fuera lo más preciso posible. Si se equivocaba, no podría ver nada allí abajo. Cuando terminó, dijo: *Ya lo tengo. Cuando quieras*.

Ahora, Kai, susurró Ziede. Debía de haberse levantado un fuerte viento, porque oyó la exclamación sobresaltada de Dahin.

—Se me había olvidado cómo es —dijo este.

El barro empezó a agitarse justo antes de que Kai notara la corriente. Era tan fuerte que lo empujó contra la pared. Los sedimentos y restos se elevaron del suelo; fluían hacia las puertas abiertas o flotaban por encima de los muros del patio, pero por el pasillo de entrada llegaba más suciedad. Kai llevaba días sin devorar la vida de nadie, así que no tenía reservas de poder. Iba a tener que hacerlo por las malas. Se armó de valor y abrió la boca.

El pánico, la sensación de asfixia y el sabor absolutamente espantoso le proporcionaron todo el dolor que necesitaba para la intención. El fango y la fuerza de la corriente se detuvieron de pronto y luego se elevaron con fuerza, alejándose de la luz de Kai y dirigiéndose hacia la oscuridad y el manto de plantas.

Kai no tuvo más remedio que tragarse aquella bocanada de

agua. Le costó mantener el control de su estómago, pero las náuseas terminaron remitiendo. Se inclinó todo lo que pudo y examinó el pavimento despejado con su luz. Repasó las zonas que ya había inspeccionado, los restos del cuerpo de Cantenios, el borde y el pilón de la fuente, los canteros más próximos. Luego amplió la zona de búsqueda, sirviéndose de los adoquines cuadrados como guía.

Y entonces, en el umbral del lado oeste, la luz de Kai se reflejó en un bulto fangoso que estaba enganchado en el borde del escalón. Se abalanzó sobre él y, aunque la densidad del agua le obligó a acercarse reptando, finalmente su mano aferró el bulto. Notó la forma del disco de obsidiana bajo toda la suciedad. Estaba frío, más frío que el agua que inundaba aquella oscura caverna desde hacía tanto tiempo. *Dahin, Ziede*, dijo Kai; el corazón le retumbaba de puro alivio. Le había dado muchísimo miedo no encontrarla, que hubiera desaparecido; no quería fallar a Ziede ni perder a Tahren. *Está aquí. La tengo*.

No hubo respuesta. Kai se quedó inmóvil al percatarse del tiempo que había transcurrido desde la última vez que los había oído hablar, y de lo raro e impropio de ellos que era estar tan callados.

Tocó la perla del corazón de Ziede.

No hubo respuesta.

EL PASADO: EL ÉXODO

Muchos consideran erróneamente que el Tescai-Lin de los enalin es un monarca, pero la traducción aproximada del cargo sería «Gran Clarividente» en ariké. El Tescai-Lin es una autoridad moral y un consejero para la infinidad de gobernantes de los territorios de Enalin, que se eligen por aclamación popular. Los enalin suelen disfrutar de una larga vida, al igual que la raza bruja, pero no son inmortales. No se sabe gran cosa acerca de la selección del Tescai-Lin, si ya se nace con el cargo o se celebra algún tipo de elección. No obstante, es una figura de vital importancia en la idiosincrasia enalin.

—*Viaje por las tierras de Enal y el Viejo Nibet*, obra de un vendecantares ambulante

Kai cayó al agua de espaldas y se hundió bajo la superficie. Se revolvió, enredado en unas ramas puntiagudas; había chocado contra un árbol sumergido por la inundación. Logró liberarse a patadas y salió a flote, tosiendo y escupiendo.

Por las ventanas seguían entrando cascadas de agua. Kai empezó

a mover los brazos para nadar hacia el otro extremo, hacia la galería por la que había ido Dahin. Ya estaba totalmente inundada, y el agua empezaba a lamer incluso el alféizar de las ventanas. Kai se coló por una de ellas y bajó de un salto a un pasillo ancho por cuyo suelo corría un arroyo de agua. Se incorporó y echó a correr hacia donde se había separado de Ziede y Tahren; confiaba en que Dahin hubiera ido en la misma dirección.

Las voces y el fragor de las armas lo condujeron hasta las anchas escaleras donde había visto a los legionarios esperando para atacar a Bashasa y los demás rehenes. Al pie de esas escaleras, las puertas cerradas estaban arrancadas de sus goznes; se oían ruidos de lucha al otro lado, en la gran sala, pero parecían alejarse. *Bueno, es un atajo*, pensó Kai, y bajó las escaleras.

Cuando entró en la sala para atravesarla, el combate ya había pasado a otro corredor. El suelo de losas de piedra estaba sembrado de cadáveres de legionarios y manchado de sangre y vísceras; la cosa parecía ir bien. Se dirigió al patio que había al fondo.

En cuanto entró bajo la tenue luz del día, varios mortales desconocidos corrieron hacia él, todos vestidos con caftanes y sayas de colores claros y armados con lanzones. Kai retrocedió hasta el umbral y se agazapó, poniéndose en guardia. Sin embargo, una voz recia detuvo a los atacantes. Una persona corpulenta, vestida de verdiazul y plateado, se abrió paso por la fuerza. Kai reconoció a Tescai-Lin, la Luz de Enalin.

—Atrás —dijo en imperial—. Es el demonio de Bashasa. —Los demás retrocedieron de inmediato—. Deduzco que has tenido éxito —añadió Tescai-Lin.

Kai se irguió de nuevo y se echó hacia atrás el pelo empapado.

—La otra jerarca ha muerto. —Se desató el velo del cinturón y dejó caer la cabeza en el suelo, a los pies de Tescai-Lin.

Durante unos segundos, la Luz de Enalin se limitó a contemplar la cabeza, impasible salvo por la tensión de su boca. Los demás enalin se inclinaron para verla mejor; sus rostros expresaban asombro, consternación, incredulidad. Entonces Kai cayó en la cuenta, repentinamente nervioso, de que aquella cabeza podía pertenecer a una mortal cualquiera de las que habían muerto en el palacio. Tendría que haber traído más pruebas, aunque no tenía ni idea de qué podría haberse llevado.

—No sé cómo demostrar que es una jerarca. Si…

—No, la reconozco —dijo Tescai-Lin con frialdad—. Es la misma que vino a la Montaña de Agua. ¿Estás de acuerdo, primo?

Una persona más joven que estaba a su lado asintió con solemnidad.

—Es correcto.

Kai dejó escapar un suspiro de alivio. No iba a tener que demostrarles nada. Al menos de momento.

—Tenemos que irnos; no sé cuándo va a parar la inundación. Y necesito encontrar a la mariscal inmortal Tahren Stargard. Su hermano Dahin está por aquí, en alguna parte.

Tescai-Lin miró de reojo el agua que ya empezaba a entrar en el patio, por el pasillo.

—Tendrá que parar en algún momento.

—Yo no contaría con ello. Es una intención muy potente y no sé cómo funciona. —Kai notaba las piernas débiles; nada le apetecía más que tumbarse. Empezaba a pensar que su nuevo cuerpo no funcionaba tan bien como el de Enna, que para ser un demonio en un cuerpo mortal había algún truco que no le habían explicado. O quizá simplemente se debiera a que Enna se había resignado a abandonar su cuerpo por muerte natural, al contrario que Talamines, que se resistía a desaparecer.

Tescai-Lin frunció el ceño; un gesto interesante, pues sus cejas afeitadas habían sido sustituidas por una hilera de diminutos aretes de oro.

—Buscad algo para transportar la cabeza —ordenó—. Los ariké deberían estar por aquí.



Kai, que iba dejando un reguero de agua por culpa de la ropa húmeda, seguía la ancha espalda de Tescai-Lin; regresaban a la Sala del Templo. La cabeza iba en una bolsa de seda que un enalin le había entregado a Kai. Por lo visto, normalmente servía para transportar un no sé qué sagrado que no tenía traducción en imperial.

Se cruzaron con varios grupos de mortales que escapaban corriendo, pero no vieron legionarios. Lo que sí que vieron fueron

armas, armaduras y ropajes de legionario tirados por los pasillos. Kai no lo entendía. ¿Acaso los expositores estaban volviendo invisibles los cuerpos de los legionarios, pero no podían hacer lo mismo con sus armaduras? ¿O quizá algo los estaba devorando?

—¿Por qué se desnudan los legionarios? —preguntó finalmente.

El joven primo de Tescai-Lin, que caminaba a su lado, se lo explicó:

—Porque hemos ganado.

¿Ganado el qué?, estuvo a punto de decir Kai. Entonces se dio cuenta de que se refería a la batalla. Pero le parecía imposible. El plan no tenía como objetivo ganar. Tan solo proteger la huida de Dahin y los dependientes de Bashasa para demostrar que los jerarcas no eran intocables. Eso lo habían cumplido; Bashasa y Kai habían logrado «tocar» a los dos jerarcas. La cabeza que aún goteaba dentro de la bolsa era prueba de ello.

—Pero…

Acababan de entrar en la avenida llena de trofeos y tributos que conducía a la Sala del Templo cuando un grito le interrumpió:

—¡Estás vivo!

Alguien pasó corriendo al lado de Tescai-Lin; Kai apenas tuvo tiempo de nada antes de que Dahin se echara en sus brazos.

Nadie lo había abrazado de esa manera desde el día de la Gran Obra de los jerarcas, cuando los saredíes habían sido quebrantados, y sus tiendas, quemadas. Casi se le había olvidado cómo reaccionar. Por suerte, antes de ceder al impulso de echarse a llorar como un bebé, Dahin lo soltó y lo llevó a rastras hacia el arco de entrada a la Sala del Templo. Ziede y Tahren estaban allí, con Bashasa y una muchedumbre de ariké y otros mortales. Dahin, sin dejar de arrastrarlo, anunció:

—¡Ha apuñalado a un expositor y me ha tirado por una ventana!

—Enséñasela —dijo Tescai-Lin, que los seguía.

—¡Has vuelto, Cuarto Príncipe! —exclamó Bashasa, encantado.

—Kai, creíamos que estabas… —empezó a decir Ziede mientras caminaba hacia él.

—Un momento, Dahin —dijo Kai. Se desembarazó de él para poder sacar la cabeza de la bolsa.

—¿Qué es eso? —preguntó Dahin. De pronto se hizo el silencio; el murmullo de voces del pasillo se apagó.

Kai agarró la cabeza por el pelo y la levantó.

Ziede se detuvo en seco, con los ojos como platos. Tahren, a su lado, dejó escapar un largo suspiro.

Bashasa se adelantó, con una expresión de creciente fascinación y júbilo.

—Es el jerarca de la Sala del… —dijo alguien tras él.

—No. —Tahren levantó la voz para hacerse oír—. Es la segunda jerarca.

—Yo lo puedo confirmar. La reconozco, y también mi primo —dijo Tescai-Lin.

Bashasa no parecía haberlo oído. Se detuvo delante de Kai, sin dejar de mirar fijamente la cabeza de la jerarca.

—¿Cómo? —susurró.

Kai se encogió de hombros con impotencia.

—Cuando la intención del Patio de los Cautivos empezó a inundar la sala, estalló el caos. Me di cuenta de que tenía una oportunidad de matarla si regresaba. —Había sido pura suerte, no astucia. Y también una combinación de velocidad y agresividad, pero no quería decirlo delante de tantos mortales. Ya había demasiados que consideraban a los demonios criaturas monstruosas.

Bashasa tomó la cabeza que sostenía en la mano temblorosa y la alzó. Se giró hacia los demás.

—La segunda jerarca está muerta. Los legionarios huyen de nosotros. Los Salones Estivales nos pertenecen.

Kai se acordó de que no había dicho lo más importante. Se inclinó hacia Bashasa y le susurró:

—La intención acuática lo está inundando todo. No sé si se detendrá. El agua ya ha subido tanto que es imposible alcanzar la intención para detenerla.

—Sin embargo, debemos abandonar este lugar en el que nos retenían en contra de nuestra voluntad y planificar nuestro siguiente movimiento en otra parte —continuó Bashasa sin titubear ni un momento—. El Cuarto Príncipe ha desatado una poderosa magia que inundará este palacio y desbaratará cualquier intento de persecución. También impedirá que los demás jerarcas recuperen los Salones Estivales, al menos de momento. Avisad a cuantos estén dispuestos a escucharme y aseguraos de que los Patios de Rehenes y las celdas de esclavos estén vacíos; no dejaremos a nadie atrás.

¡Debemos escapar todos!

Los mortales parecían indecisos, asustados o incrédulos. Pero Tescai-Lin habló entonces:

—Registraremos los Patios de Rehenes del lado norte mientras reunimos al resto de nuestra gente. Pero antes quisiera hablar contigo de nuevo, Bashasa, heredero de Ariké.

—Y yo contigo, Luz de Enalin. Nos encontraremos fuera, en el patio de partida —dijo Bashasa. Tescai-Lin se alejó entonces con sus seguidores—. Hiranan, ¿podrías revisar el lado sur con Vrim? —añadió Bashasa.

—Así lo haré —contestó la anciana princesa heredera, reuniendo a un grupo de soldados ariké con un solo gesto—. Nos vemos fuera.

El resto de los mortales de la cámara empezaron a moverse con decisión; otros se dispersaron, presas del pánico. Bashasa se dio la vuelta y Kai le tendió la bolsa de la cabeza.

—Menuda manera de improvisar. Siento lo de la inundación.

—No te disculpes. —Bashasa cerró la solapa de la bolsa, tapando la cara de la jerarca muerta. Luego se la devolvió a Kai, repentinamente serio—. Era imposible que pudiéramos defender este lugar, ni tampoco había motivos racionales para hacerlo. Ahora tenemos una excusa para marcharnos inmediatamente, y eso hará que sigamos juntos y cohesionados, al menos de momento. —Clavó en Kai su mirada grave durante un momento, antes de desviarla hacia el suelo—. Lo que has hecho… No puedo ni…

Ziede se adelantó y le apretó el brazo a Kai.

—Kai, has encontrado a Dahin; Tahren estaba encantada y también furiosa.

—No estaba furiosa —protestó Tahren, que también se acercaba, llevando a Dahin bien agarrado por la muñeca—. Príncipe heredero, Ziede Daiyahah se ha ofrecido a dirigir el traslado de los heridos de la Sala del Templo. Yo la ayudaré.

—Muy bien. Llevaos a Arava y a su escolta —dijo Bashasa con decisión, haciendo una seña a una de sus soldados. Luego bajó la voz—. Y respecto a lo otro… hazlo solamente si te parece seguro. No quiero arriesgar una vida por algo así.

—Entendido —dijo Tahren. Ziede se alejó con paso firme, pero Tahren se volvió hacia Kai—. Te debo la vida de mi hermano.

—No iba a abandonarlo allí —dijo Kai, demasiado abrumado

para pensar en cortesías durante una situación así. En las Tierras Llanas se daba por hecho que había que cuidar del prójimo siempre que se pudiera. Y en el inframundo no existían las guerras tal y como las entendían los mortales, masacrando ciudades enteras. Aunque en realidad él ya no pertenecía a ninguno de esos lugares.

A Tahren no pareció importarle. Asintió y se dio la vuelta para marcharse.

—¿Puedo ir con…? —empezó a decir Dahin, a quien su hermana llevaba a rastras.

—No —le interrumpió Tahren con severidad.

Bashasa le dio una palmada en el hombro a Kai.

—¿Te importa ir a revisar los Patios de Rehenes del lado este con tu escolta? Yo tengo que organizar los transportes para marcharnos de aquí.

—Está bien. —Kai se ató la bolsa al cinturón—. ¿Qué es una escolta?



Resultó que una escolta era la palabra imperial con la que se denominaba a la guardia particular. Salatel y las ariké que Bashasa le había asignado para cerciorarse de que nadie matara a Kai mientras estaba inconsciente constituían ahora su escolta.

Salatel no sabía mucho más que Kai acerca de la organización de los Salones Estivales, pero conocía la ubicación de los Patios de Rehenes orientales. También conservaba el abrigo que Bashasa le había dado a Kai. Este se lo puso encima de la ropa húmeda; con un poco de suerte, serviría para indicar que no era un expositor y evitar que lo apuñalaran por la espalda.

Cuando llegaron a la reja que conducía a los Patios de Rehenes orientales, esta vez Kai pudo ver la intención que alertaba a los expositores, camuflada en la pared de piedra. Se detuvo y levantó una mano, la señal de advertencia que usaban los exploradores saredíes, pero entonces recordó que las soldados que lo acompañaban no la conocían. Sin embargo, debieron de captar la idea, porque Salatel y las demás se detuvieron de inmediato. Kai se adelantó con cuidado y extrajo la intención de la piedra, en parte para comprobar si era capaz. Esta se adhirió a sus dedos como una

red elástica de luz temblorosa. Kai la soltó en el suelo, donde se oscureció hasta fundirse con el pavimento.

—Probablemente alertaría a alguien que ya está muerto, pero…

Sabía que no era conveniente revelarles que solo tenía una idea muy remota de lo que estaba haciendo, pero estaba tan cansado que ya no sabía ni lo que decía. Aunque Salatel y las ariké habían estado presentes cuando había ocurrido todo, sabían que Kai no era un expositor de verdad. Y no quería serlo, por muy intrigante que a Ziede pareciera resultarle la idea.

—Es mejor ser prudentes, Cuarto Príncipe —dijo Salatel—. Este lugar horrible está lleno de cosas que no comprendemos.

En eso llevaba razón. Después de buscar posibles trampas más prosaicas, Kai entró primero.

En los patios más próximos a la entrada solo encontraron mortales desorientados, a los que tuvieron que dar instrucciones para llegar a la salida, o tan asustados y conmocionados que incluso tuvieron que explicarles que podían escapar. Las ariké los pusieron en marcha, asegurándose de que huyeran en la dirección correcta.

En el último patio hallaron cadáveres.

El primero estaba en el pasillo de la entrada, ensangrentado y tirado en el suelo junto a una bandeja rota con vajilla sucia. Obviamente a ese lo habían sorprendido; los demás solo habían tenido tiempo para intentar esconderse, acurrucándose en los rincones de los dormitorios o detrás de las cestas de un almacén. Algunos habían intentado luchar, utilizando cualquier cosa que tuvieran a mano como arma improvisada. Las ariké se desplegaron para buscar supervivientes. Kai examinaba todos los cuerpos que encontraba, buscando señales de vida. Pero todos estaban fríos y ya empezaban a ponerse rígidos; debían de haberlos matado poco después de que empezara todo.

En el patio central, junto a una fuente seca, Kai encontró el cuerpo de una persona anciana, de cabello cano y cara arrugada, ahora flácida e inmóvil; tenía una gran herida en el pecho rodeada de sangre seca. Kai se agachó a su lado.

—¿Por qué estas personas? ¿Por qué no las de los demás patios? —preguntó mientras las soldados regresaban y se reunían en torno a él. Los muertos eran de pequeña estatura (el más alto medía varios palmos menos que Enna) y casi todos eran esbeltos, de

huesos finos y delicadas facciones. Tenían la piel de color bronce claro y el cabello de diversas tonalidades castañas, muy liso y suave. Lucían unos tatuajes pequeños e intrincados, de colores vivos, alrededor del nacimiento del cabello, con símbolos o palabras de un idioma que Kai no había visto nunca.

—¿Quizá los demás se marcharon antes? —aventuró una soldado en imperial, con un fuerte acento ariké—. ¿No quedaba nadie a quien matar?

Salatel no parecía convencida.

—Los demás patios no habían sido registrados; nadie había molestado a los rehenes que seguían allí. Los legionarios no habrían dejado con vida a nadie si hubieran entrado a matar.

Kai estaba de acuerdo: los legionarios no habían llegado a entrar en aquellos patios donde quedaban supervivientes.

—Quizá empezaron por aquí, pero luego les ordenaron marcharse para impedir que matáramos a la última jerarca. —Kai sacudió la cabeza y se puso de pie cuando llegaron las últimas soldados—. ¿Nada?

—No, Cuarto Príncipe —contestó una. Señaló los umbrales vacíos, consternada—. Como son tan bajos, hemos buscado en todos los escondites posibles. Pero los legionarios también.

Kai se rascó la frente. Era la primera vez que veía mortales como aquellos. Quizá los legionarios habían decidido matarlos porque eran diferentes.

—Cuarto Príncipe. Salatel. —Al darse la vuelta, Kai vio a una soldado que señalaba la galería de salida. Un riachuelo empezaba a colarse en el patio desde allí, siguiendo los huecos de los adoquines —. Está entrando por el pasillo que lleva a la sala grande —añadió la mujer.

—De acuerdo. —Kai contempló el agua que iba llenando las ranuras del pavimento—. Hay que irse.



Cuando terminaron de atravesar el laberinto de patios y llegaron a un pasillo ancho con columnas, que Salatel identificó como el que conducía a la salida, el agua ya les llegaba por las rodillas. Las lámparas de aceite de las galerías hacían resplandecer el agua cada

vez más alta. Kai se habría dejado dominar por el pánico, pero el agotamiento se lo impedía.

Sintió un gran alivio cuando, tras entrar en un pasadizo más grande, vislumbró al fondo unas anchas escaleras que subían hacia la luz del sol. Kai avanzó chapoteando con Salatel y las demás; al final no iban a ahogarse allí dentro.

A medida que se acercaban, el hueco de la escalera se asemejaba cada vez más a una quebrada artificial; las paredes tenían semicolumnas talladas, y la pendiente era muy empinada, mucho más que la gran tienda de Kentdessa. Varios grupos de mortales estaban subiendo; el último ya iba a medio camino. Los escalones estaban llenos de huellas húmedas y algún que otro zapato, velo o bolsa abandonados.

—No estamos bajo tierra, ¿verdad? —preguntó Kai mientras subía las piernas empapadas al primera escalón—. ¿Los Salones están en…? —No recordaba cómo se decía «desfiladero» en imperial —. ¿En un agujero?

—Sí, Cuarto Príncipe —contestó Salatel, deteniéndose para escurrir el agua de su larga túnica—. ¿No lo viste al llegar?

—Llegué metido en un saco —le explicó Kai. Y había llegado demasiado mareado y aturdido para recordar la sensación de entrar bajo tierra—. No pude ver nada.

Cuando iniciaron el ascenso, Kai se dio cuenta de que las soldados estaban desfallecidas por la fatiga. Habían pasado horas desde la última vez que habían podido comer o simplemente dejar de moverse durante unos segundos. Kai sabía que él poseía más resistencia que un mortal, pero estaba agotado; le dolían las rodillas y la espalda. Talamines no era mucho mayor que Enna, pero incluso diez ciclos estacionales eran mucho para un mortal. Sin embargo, nadie protestó; el agua subía y no tenían tiempo para detenerse.

Finalmente subieron los últimos escalones arrastrando los pies y los saludaron un cielo grisáceo y nublado y un viento salvaje que olía a lluvia y vegetación. Estaban en una pasarela de piedra; Kai vio que todos los edificios de aquella inmensa ciudad fortificada estaban rodeados por una muralla de tierra muy alta. De no haber sido porque acababa de pasar horas corriendo por su interior, Kai nunca habría creído que una única estructura hecha por mortales pudiera ser tan grande. Le costaba asimilar su escala. Se dio la

vuelta; era la primera vez que podía orientarse desde su captura.

La cima de los Salones Estivales era una extensión de tejados picudos de cristal, como laderas de montañas transparentes, y las aberturas cuadradas de los patios aterrazados, como desfiladeros. Una torre cercana contaba con grandes balcones que sobresalían en plantas alternas, cada uno orientado en una dirección. La forma de los balcones recordaba a un abanico, o quizá al sombrero de una seta de ostra. *Son para las embarcaciones de los benditos inmortales*, comprendió Kai. Se le erizó el vello de la nuca al pensar que podían aparecer de un momento a otro. ¿Tahren lucharía contra su propia gente para defenderlos? Quizá ni siquiera le darían a elegir cuando se enteraran de que les había ayudado a matar a dos jerarcas.

Siguiendo el contorno de la muralla, al este, había otras escaleras de salida por las que en ese momento emergía un reguero de mortales que salían a la pasarela que recorría el borde. Después de un momento de vacilación y alivio, echaron a correr hacia el camino más cercano que bajaba por la ladera exterior. Seguramente Kai había pasado cerca de allí con Ziede, al cruzar aquel pasillo en forma de desfiladero lleno de gente que huía.

Dos soldados se habían sentado en el escalón superior. Salatel comprobaba qué tal estaban las demás, sujetándolas por los hombros y dándoles palmadas en la cara. Kai se acercó al borde de la pasarela para otear el exterior. Tres fosos de agua seguían la curva del terraplén; el más externo se unía a un canal ancho que se alejaba en dirección este. Junto al canal se alzaba una pequeña ciudad con racimos de edificios bajos de piedra intercalados con otros de madera, casas rematadas por torres altas y estrechas, árboles, jardines, senderos y calzadas anchas para los carros.

Salatel apareció a su lado.

—Cuarto Príncipe, hay que irse. El príncipe heredero Bashasa nos estará esperando.

Kai asintió sin decir nada. Sospechaba que las ariké no agradecerían que las ayudara, y menos él, así que aguardó mientras se animaban las unas a las otras a ponerse de pie. Kai inspiró otra bocanada de aquel viento fresco y siguió a Salatel, que bajaba la primera por las escaleras más cercanas que recorrían la ladera exterior del terraplén.

Los escalones que entraban y salían de la pendiente estaban hechos de la misma piedra blanca que el borde superior de la fortaleza. Bajar era más fácil que subir, y la pared de tierra estaba densamente cubierta de hierba alta, así que al menos caerían en blando si tropezaban.

—¿A quiénes les arrebataron este sitio los jerarcas? —preguntó Kai.

—Lo ignoro, Cuarto Príncipe —respondió Salatel. Casi toda su atención estaba fija más adelante; ya se empezaba a ver lo que había al pie de la pendiente. Un espacioso patio semicircular entre cuyas paredes se hacinaban los mortales. El patio de partida que había mencionado Bashasa—. Esta tierra se llama el Sana-sarcofa, pero no sé quiénes vivían antes aquí.

—Se dice que eran brujos —comentó una soldado. Kai se dio la vuelta para mirarla, pero la mujer se encogió de hombros con aire cansado—. Pero eso se dice de muchos sitios.

—No creo que los brujos construyan sitios como este —dijo Kai. No se parecía a nada que hubiera visto en las Tierras Fronterizas.

—Los sirvientes decían que lo construyeron los jerarcas —apuntó otra soldado. Se oyeron leves quejas de incredulidad y desacuerdo—. ¡Es verdad que lo decían! —protestó la mujer.

Al descender un poco más, Kai se fijó en que el patio daba a una galería excavada en el terraplén por la que diversos animales de carga, incluidos los gigantescos andamuros, y todo tipo de artilugios con ruedas salían en continua sucesión. El lugar era un caos de personas que ya se iban o se preparaban para ello.

Al otro lado del patio había una gran ensenada, un muelle con barcazas y veleros que surgían desde otro arco de piedra excavado en la pared de tierra. Todos los transportes se llenaban rápidamente de gente. Un alto muro de piedra delimitaba el exterior del patio, pero sus pesadas rejas de hierro y su rastrillo daban a un gran puente. Las compuertas que protegían el muelle estaban abiertas, permitiendo el paso al foso interior.

Cuando Kai y su escolta llegaron al patio, Salatel se detuvo para reorientarse. Kai aprovechó la oportunidad para volver a ponerse el velo, bajándoselo lo justo para que no se le vieran los ojos.

Salatel se puso de puntillas para mirar por encima de la muchedumbre. Una soldado la agarró de la manga y señaló.

—Ahí está —dijo Salatel con alivio—. Por aquí, Cuarto Príncipe.

La mujer se zambulló en la muchedumbre y Kai la siguió, pero se sintió abrumado al cabo de unos pocos pasos. Demasiadas personas asustadas, demasiado ruido, demasiadas similitudes con una batalla. Kai contuvo el impulso de salir corriendo en dirección al puente. Después de todo lo que había visto, la imagen de un camino despejado hacia la libertad resultaba demasiado tentadora. Sin embargo, con una mezcla ensayada de disculpas y agresividad, Salatel se abrió paso entre el gentío, y de pronto estaban delante de Bashasa.

—¡Cuarto Príncipe! —lo saludó Bashasa, complacido, antes de pasarle un brazo por los hombros con confianza—. Cuarto Príncipe, ¿puedes hablar en nombre de los demonios?

—No —contestó Kai. Al menos la pregunta era sencilla. Allí estaban reunidos Tescai-Lin, los príncipes herederos Hiranan y Vrim de Ariké, y otros que Kai recordaba haber visto con Bashasa frente a la Sala del Templo. Ziede, Tahren y Dahin no estaban con ellos, y Kai tampoco los distinguió entre la muchedumbre.

—Ah, el Cuarto Príncipe no puede hablar por los demonios —anunció Bashasa al grupo, como si esa fuera la respuesta que esperaba—. Pero esta es una cuestión que se puede abordar más adelante; sin duda, los demonios liberados del Patio de los Cautivos no lucharán del lado de los jerarcas.

—¿Qué? —Kai no entendía nada.

Bashasa le apretó el hombro.

—Sí. Antes de este día, los jerarcas sacaron a varios demonios del Patio de los Cautivos para que lucharan en las batallas de Palm y los estrechos de Belith. En contra de su voluntad, obviamente. —Bashasa se giró de nuevo hacia los mortales—. El Cuarto Príncipe también estuvo prisionero en el Patio de los Cautivos y no estaba enterado de esto.

Kai vaciló, helado de espanto, apenas consciente de que Tescai-Lin hacía una pregunta, de que alguien respondía, del clamor de objeciones. Conque eso era lo que los jerarcas hacían con los demonios que se llevaban del patio. *En contra de su voluntad*, pensó Kai mientras un nudo enfermizo le atenazaba el pecho. Había tenido que ser en contra de su voluntad. Demonios torturados hasta tal punto que habían aceptado luchar para los mismos mortales que

habían cercenado su conexión con el inframundo, que habían matado a sus familias mortales e incendiado las tiendas de sus clanes. Kai no quería que fuese verdad.

Una soldado ariké apareció entre la multitud, buscando a Bashasa.

—Trenal, ¿ya están ahí? —Cuando la mujer asintió, Bashasa se dirigió de nuevo al grupo—. Debemos irnos. Os enviaré mensajes desde Benais-arik, y allí me encontrarán los vuestros.

—No creerás de verdad que tenemos alguna esperanza de éxito —dijo un mortal alto, con la tez pálida de los archipiélagos.

La mano de Bashasa apretó con más fuerza a Kai.

—Yo no renuncio a la esperanza —declaró, repentinamente serio.

Tescai-Lin aprovechó el repentino silencio para decir con afecto:

—Cuento con ello.

Bashasa se recobró al instante y sonrió.

—Haces bien.

Tescai-Lin inclinó la cabeza y se dio la vuelta. Mientras los demás se despedían con promesas para Bashasa, Kai vio a Ziede, Tahren, Dahin y un pequeño grupo de soldados ariké cruzando el patio en formación cerrada. Tahren traía algo envuelto en lo que parecía ser un tapiz… Era un cadáver, el cuerpo de la hermana de Bashasa, rescatado del Patio de los Demonios Cautivos.

Bashasa se llevaba a rastras a Kai, agarrándolo por la muñeca. Kai se dejó arrastrar. Tampoco tenía otro lugar al que ir.

—Sabemos que los jerarcas han enviado mensajeros a Stios —dijo Bashasa—. Alertarán a su guarnición de legionarios y a todas las patrullas que encuentren por el camino. ¡Tenemos que irnos todos antes de que lleguen!

—¿Y si cuentan con que nos marchemos y tratan de cortarnos el paso? —Kai trató de volver a centrarse en lo que estaban haciendo y dejar de pensar en cuántos demonios capturados podían estar luchando en el bando de los jerarcas y en qué les ocurriría a los fugados del Patio de los Cautivos que se habían negado a seguir a Bashasa. En qué le ocurriría a Arn-Nefa.

Kai no había vuelto a la Sala del Templo para comprobar si alguno seguía allí. Seguro que se habían marchado enseguida, mucho antes que la mayoría de los mortales.

—Cuando esos mensajeros partieron, esto solo era una pequeña revuelta entre los rehenes —le dijo Bashasa por encima del hombro —. Los legionarios vendrán con la idea de disolver la revuelta y no se esperarán… —señaló el terraplén con la mano libre— ¡eso! Si somos rápidos, perderán la oportunidad de interceptarnos. —Se cruzaron con carromatos, carruajes y caballos que la gente cargaba apresuradamente con suministros; con personas que se marchaban a pie del patio.

Probablemente Bashasa tuviera razón. Aunque hubiera legionarios o noblesirvientes entre la multitud que escapaba, llegarían mucho más tarde que los primeros mensajeros.

Kai esperaba que tuviera razón.

Caminaron en dirección a las barcas, pero de pronto Kai se dio cuenta de que Bashasa se había desviado del puerto y se dirigía a los andamuros.

Las bestias, que medían más de cuatro veces la altura de un mortal adulto, tenían todo el cuerpo cubierto de pelaje oscuro y denso; todo salvo sus largas patas garrudas, de piel escamosa y dura. La cabeza era de roedor; se estrechaba en un largo hocico que disimulaba lo mucho que podían abrir la boca en realidad. Cada andamuros iba cargado de redes y arneses con contenedores para mercancías, como la versión gigante de unas alforjas. En el lomo llevaban un palanquín ancho, parcialmente cerrado, con toldos y cortinajes que ondeaban al viento.

Bashasa fue directo hacia una de las bestias. Kai reconoció a los ariké que lo rodeaban; los había visto en los Patios de Rehenes. Eran los dependientes de Bashasa, las personas a las que Dahin debería haber acompañado. Se disponían a montar en andamuros.

Kai plantó los pies en el suelo. Bashasa se detuvo y se dio la vuelta, sorprendido.

—¿Qué ocurre, Cuarto Príncipe?

—No pienso acercarme a ese bicho —dijo Kai con firmeza.

Salatel y la escolta se detuvieron cerca de ellos, confundidas, pero Bashasa les indicó con un gesto que continuaran.

—He consultado los mapas y este es el medio más rápido. ¡Tenemos que llegar lo antes posible!

Los ariké y otros mortales empezaron a montar en los andamiaros; algunos escalaban por las redes de carga laterales,

mientras que otros subían por una estructura de madera ornamentada con una escalera de caracol que conducía directamente al palanquín. También había otros sitios donde montar, pequeños compartimentos adosados al arnés que pendían de los costados de la criatura, a menor altura. Allí fue donde montaron las soldados.

—¿Es que todos los mortales habéis perdido la cabeza?

Bashasa soltó a Kai y puso los brazos en jarras.

—¿Qué objeción tienes exactamente?

—Que comen personas. —El solo hecho de estar tan cerca de esa bestia hacía que el pecho le temblara e hiciera cosas raras. De pronto la atmósfera del patio se había vuelto sofocante; era como volver a estar dentro de aquel saco.

—Comen hierba y verduras —replicó Bashasa.

—Uno estuvo a punto de comerme en la frontera de Erathi. —Que lo masticaran unos dientes enormes y terminar depositado en un estómago gigantesco era una de las pocas cosas capaces de destruir a un demonio.

—Estabais en guerra. Seguramente lo provocaste tú —trató de razonar Bashasa.

Ziede, Tahren, Dahin y las ariké que los acompañaban estaban montando en otro andamuros, detrás de un grupo de mortales rezagados, muchos de ellos heridos; a algunos tuvieron que izarlos hasta el palanquín. Cuando la última soldado se encaramó a las redes, Ziede le gritó desde lejos:

—¡Kai, móntate en el puto bicho!

—¡No! —replicó él, también a gritos.

Bashasa frunció el ceño, consternado.

—Un demonio no teme a las bestias, por muy grandes que sean. ¿Qué te da miedo, Kai? —Enarcó las cejas—. ¿Te trajeron aquí en un andamuros?

Kai acababa de entenderlo. Gran parte de lo ocurrido entre su captura y su encierro en el Patio de los Demonios Cautivos era una mancha borrosa. Estuvo a punto de morderse el labio para no hablar, pero quizá Bashasa dejaría de pedírselo si se lo contaba.

—No lo sabía. Es por el olor.

Bashasa se acercó, pero Kai retrocedió un paso. El príncipe levantó las manos.

—Kai, no te puedes quedar aquí. Te matarán. Alguien se dará cuenta de lo que eres y se asustará, o te matarán los legionarios fugados, que se habrán escondido cerca y querrán vengarse.

Kai negó con la cabeza. Sabía que estaba siendo irracional, pero no podía parar.

—No me quedaré aquí. Pero no voy a montarme en eso. Iré andando.

Bashasa avanzó otro paso y miró a los ojos a Kai como si no llevara el velo. Bajó la voz.

—Necesito que me ayudes en Benais-arik, Kai. Tanto tú como yo hemos matado a un jerarca. Y, por no sé bien qué milagro, hemos vivido para contarlo. Somos capaces de hacer mucho más de lo que creía posible. —Kai sabía lo convincente que podía llegar a ser Bashasa, pero que toda la fuerza de su personalidad estuviera focalizada en él resultaba embriagador. Era como un brujo al usar su fuerza de voluntad. Quizá el linaje de Bashasa tuviera sangre de brujo. No debería haber surtido efecto en Kai, pero lo que estaba haciendo el príncipe, fuera lo que fuera, funcionaba.

Kai echó un vistazo al patio, que se vaciaba rápidamente. Algunos mortales huían presas de un pánico apenas contenido, pero muchos otros se marchaban en grupos ordenados. Otro rebaño de andamuros ya se alejaba por el puente. Tras ellos, una caravana de carromatos abiertos y carruajes salía por la puerta principal, seguida por varios rezagados en carreta o a caballo. Los demás príncipes herederos ariké montaron en un tercer andamuros. Los de Tescai-Lin habían subido a bordo de una barcaza y guiaban una flotilla de barcas hacia la compuerta, en dirección al canal. No estaban huyendo sin más; tenían un propósito. Kai recordó lo que significaba eso. ¿Él quería volver a tener un propósito?

Bashasa, como si le hubiera leído la mente, se acercó y le dio la mano. Al príncipe heredero nunca le había dado miedo tocar a Kai. Lo había tomado por un exceso de seguridad, pero quizá fuera simplemente una manera de demostrar que confiaba en él.

—Si crees que no lo soportarás, estás a tiempo de irte con otro grupo —le dijo Bashasa—. Creo que los enalin te acogerían. ¿Tienes algún sitio al que ir, Kai?

—No. —Tan solo cicatrices de incendios en un llano. Todos cuantos lo habrían aceptado allí habían muerto. Kai inspiró hondo y

sintió que el nudo de pánico de su pecho se deshacía—. No. No tengo ningún otro sitio al que ir.



Kai trepó detrás de Bashasa por el costado de la bestia, usando unos estrechos escalones incorporados a la malla del arnés. Salatel y la escolta los habían esperado junto a las patas garrudas y horriblemente grandes de la criatura. Bashasa les había indicado que montaran; la mayoría habían subido a los compartimentos que colgaban de los costados del andamuros, mientras que Salatel había trepado hasta la parte superior. Kai no sabía si debía seguir a la escolta, pero el olor era asfixiante y abrumador. Tuvo que parar y quedarse colgado de los escalones para taparse con el brazo y toser. Bashasa lo esperó, mirándolo con preocupación, hasta que Kai se vio capaz de seguir subiendo.

Una portezuela se abrió en el palanquín cerrado de la parte superior; Kai entró detrás de Bashasa y se apretujó contra la barandilla. El largo compartimento del palanquín ya estaba repleto de mortales hasta las cortinas de la pared del fondo. Ocupaban los bancos acolchados laterales y también se hacinaban en el suelo. Eran un grupo variopinto de ariké: sirvientes, dependientes y otros con prendas de brocado, como Bashasa. Todos iban desaliñados y muchos estaban heridos. Era evidente que varios procedían de otros lugares; habían aprovechado la oportunidad para viajar a Benaisarik porque no tenían dónde ir, igual que Kai. Algunos traían niños pequeños o bebés. La parte trasera del palanquín se había convertido en una enfermería en miniatura, llena de mortales inclinados sobre cuerpos tendidos, pasándose vendas y cantimploras.

Salatel pasó junto a Kai y cruzó el palanquín para reunirse con las dos soldados que acompañaban a Bashasa. Al no saber dónde ir, Kai se instaló en el hueco que quedaba entre los soportes y sogas que sujetaban aquella esquina del toldo.

En ese momento habló una ariké vestida con bombachos y túnica larga bajo un abrigo desgarrado de brocado dorado y azul:

—Bashasa, ¿qué significa esto? ¿Has traído a un expositor prisionero? —Parecía horrorizada. Tenía aproximadamente la edad

de Bashasa; se recogía el cabello oscuro y rizado con horquillas enjoyadas. Estaba sentada en uno de los bancos delanteros, al lado de un ariké más joven que estaba de pie.

El velo de Kai le había caído sobre la cara durante la subida y se le había olvidado retirárselo. Kai había accedido a colaborar con Bashasa, y no sabía si eso implicaba ocultar su identidad o no. En realidad le traía sin cuidado; sentía que todavía estaba metido en el agua que inundaba los Salones Estivales, a la deriva, hundiéndose lentamente bajo la superficie.

Bashasa se había asomado por la parte delantera del palanquín para conversar a gritos con la persona que controlaba a aquella bestia. Kai había visto una pequeña cabina justo detrás de la cabeza del andamuros; por lo visto ahí viajaban los conductores. Al menos así no podría darse la vuelta y comérselos. Bashasa se dio la vuelta para mirar a la mujer.

—No, por supuesto que no. —Señaló a Kai—. Este es Kaiisteron, príncipe de la Cuarta Casa del inframundo. Cuarto Príncipe, estos son mi prima Lahshar y su hijo Dasara.

Kai se quitó el velo y se lo guardó en el cinturón, puesto que ya no tenía sentido llevarlo. Lahshar retrocedió, y Dasara lo fulminó con la mirada. Otros reaccionaron con gritos ahogados o miedo. Pero la mayoría de los mortales se limitaron a mirarlo o reanudaron sus conversaciones angustiadas. Kai no los reconocía, pero ellos sí parecían reconocerlo a él, probablemente de la batalla en la Sala del Templo.

—¿Estás loco, Bashasa? —preguntó Lahshar con vehemencia.

—Prima, ambos sabemos la respuesta. —Bashasa se asomó de nuevo por el lateral del palanquín—. ¡Diles que se monten en ese otro, con Arava! ¡Sí, en ese! ¡Deprisa! ¡Nos vamos ya! —vociferó.

El mundo se tambaleó; Kai se aferró a las sogas. Un terremoto, pensó, el aterrador fenómeno de las montañas del extremo este de los llanos, que hacía que la tierra temblara y cambiara de forma desgarradora y totalmente opuesta a las suaves transiciones del inframundo. Al cabo de un instante entendió que el andamuros acababa de dar un paso y que ahora giraba hacia la reja abierta y la calzada que cruzaba el puente. Aquello iba a ser aún peor de lo que pensaba, y eso que Kai ya pensaba que iba a ser un horror.

Con el siguiente trompicón, Salatel y otra soldado sujetaron a

Bashasa por la espalda para evitar que se precipitara desde el palanquín. Kai agarró las sogas con más fuerza todavía y se alegró de no haber sido el único que había dejado escapar un grito.

Lahshar se puso de pie, cambiando el peso de un lado a otro como si estuviera acostumbrada al movimiento de los andamuros. Tenía la mandíbula apretada.

—¿Con quién te has aliado, Bashasa?

—Con muchísima gente, lo reconozco. —Bashasa se irguió y se asomó para mirar hacia atrás. Le hizo un gesto urgente a alguien; la soldado más cercana se agachó para no llevarse un golpe en la cabeza.

Kai percibió un destello dorado en la periferia de su visión, pero era Ziede, que aterrizó en la parte delantera del palanquín con una brisa que agitó la ropa y el cabello de todos sus ocupantes. Se agachó para asomarse bajo el toldo.

—Vasha dice que ya sabe que, en caso de que nos separemos, vamos a acampar en la otra orilla del río, pero quiere saber dónde exactamente y qué río es ese. —Miró a Kai con el ceño fruncido—. ¿Estás bien, Kai? Parece que estás a punto de vomitar.

Ya habían cruzado la reja y ahora avanzaban por el puente. El movimiento era más estable, pero Kai seguía notando el tufo y un hormigueo nervioso en la espalda. Se enredó todavía mejor en las sogas.

—Estoy bien —dijo.

Bashasa se dirigió a su prima Lahshar:

—Hablaremos de esto luego, en privado. —Se acercó a Ziede mientras sacaba un mapa de su túnica.

En la orilla contraria del canal bordeado de árboles, la ciudad iba pasando frente a ellos, con sus edificios bajos de piedra y sus torres de madera, sus toldos de colores chillones y sus anchas avenidas. El viento olía a humo de leña, a metal caliente y a incienso. Por sus calles se movían siluetas; Kai se preguntó si a esas personas las habían traído los jerarcas. O si también eran prisioneras, retenidas allí para abastecer los Salones Estivales. O si aquellas tierras habían sido suyas antes de la llegada de los jerarcas. Si se veían obligadas a huir antes de que llegaran las demás legiones, ¿tendrían algún lugar al que ir? ¿Lo tenía alguien?

Cuando Bashasa y Ziede zanjaron la cuestión del punto de

encuentro, ya habían llegado al final del puente. La ciudad había quedado a su espalda, y ahora avanzaban por una carretera alta que atravesaba arrozales pantanosos y cultivos aterrazados. Ziede salió flotando del palanquín y se dirigió a su andamuros. Bashasa se inclinó hacia Kai.

—Ya hemos atravesado el embudo —le dijo en voz baja—. Aunque los legionarios aparecieran ahora mismo, ya no podrían cortarnos el paso.

Kai notó que su corazón se relajaba una pizca. No sabía nada de ningún embudo, no conocía ningún detalle de los nuevos planes de Bashasa. Una parte de él todavía creía que todos iban a morir de un momento a otro en un súbito cataclismo; ese había sido el objetivo del plan original. Bashasa le apretó el hombro afectuosamente.

—Deberías descansar. Hoy han pasado muchas cosas inesperadas. —Sonrió ligeramente—. Y sé que me estoy quedando muy corto.

Kai dejó escapar un ruido mitad resoplido y mitad carcajada. Solo le había hecho gracia porque estaba cansadísimo, quizá al borde del desmayo.

—Me voy a sentar —declaró. En el suelo, entre la portezuela y el anclaje de la soga, quedaba el sitio justo para su cuerpo. Kai se encajó en el hueco y se fue quedando dormido mientras el andamuros se balanceaba como un barco en una tempestad.

TRECE

Kai se guardó el rugido de rabia para sus adentros. Metió la piedra de búsqueda en el forro de su cinturón, se impulsó en la pared y avanzó por las aguas ya tranquilas, medio nadando y medio corriendo. Mantuvo la intención activa; si soltaba el barro y los escombros que ahora flotaban sobre el patio, desataría un torbellino de agua del que jamás lograría escapar.

¿Habría sido Ramad? No, Dahin sospechaba demasiado de Ramad como para dejarse sorprender por él, ni siquiera estando distraído. Por no hablar de Ziede. Además, ella había vuelto a la superficie más cerca de la Sala del Templo. Y no había acudido a la torre de súplica donde aguardaban ellos dos.

No, tenían un problema más grave que el que podía provocar una repentina traición de Ramad.

Kai llegó al patio bordeado de árboles en cuyas ramas oscilaba el fango suspendido. Localizó el arco por el que se salía al pasillo y liberó finalmente la intención. La corriente dispersó los escombros flotantes. Su haz de luz le permitió ver que el patio se saturaba inmediatamente de mugre, un muro de barro macizo que ocultó el pavimento y los árboles esqueléticos.

Kai se dio la vuelta enseguida y pulsó el dispositivo pectoral para aligerar su peso. Cruzó a nado el pasillo, torpe pero veloz, y se

centró en rastrear la ubicación de la perla de Ziede.

Oyó un extraño crujido a través del auricular; Kai se detuvo y apoyó una mano en la piedra fangosa más cercana para estabilizarse. Era como si estuvieran agitando el dispositivo de comunicación dentro de una bolsa… o como si alguien lo sostuviera en la mano. Entonces oyó la voz de Ramad como un eco distante:

—Ya os lo ha dicho. Ahí abajo solo hay un bendito menor, un sirviente; no hay razón para enviar cazadores… —El auricular produjo un chasquido y el sonido se interrumpió de inmediato.

Bien, entonces no era Ramad quien los había atacado. Kai no quería reconocer el gran peso que acababa de quitarse del corazón. *Eres un tonto*, pensó, ya que Ziede no estaba allí para decírselo.

Habría sido mejor que Ramad hubiera revelado la identidad de los atacantes, pero al menos le había dado la información más urgente. Kai sospechaba qué podían ser esos «cazadores».

Acercó la mano a la luz de su dispositivo pectoral, como le había enseñado Dahin. Tras unos instantes, el resplandor se desvaneció del todo, sumiéndolo en la oscuridad más absoluta.

Se obligó a centrar toda su atención en la perla de Ziede.

Se encontraba más adelante, en dirección este y arriba, cerca de la superficie. Kai se abrió camino entre la oscuridad, deslizando los dedos por la pared para orientarse en la dirección correcta. Finalmente vislumbró una tenue luz más adelante; la entrada de un patio que no parecía invadido por uno de esos mantos de plantas.

La luz se movió.

Kai reprimió un gruñido y movió los brazos a toda prisa para retroceder. Todavía no había respuesta de la perla de Ziede, y aquella tampoco era la luz fría de una lámpara bendita. En cuanto palpó una abertura se lanzó dentro y pulsó el dispositivo pectoral para reducir su peso y poder flotar hasta el dintel de la puerta. Se agarró al marco de piedra y encogió el cuerpo cuanto pudo.

La luz se acercaba por el pasillo, erráticamente, como si su dueño avanzara brincando o reptando por el suelo. Cuando el resplandor pasó frente a la puerta, Kai se arriesgó a asomar la cabeza lo justo para poder verlo.

Lo que nadaba por ese pasillo era la amalgama de un expositor. Unas llamas grises y sin brillo ardían justo encima de su cabeza: una intención de luz fría. La amalgama era grande y corpulenta, con un

torso musculoso que, por su forma triangular y su espinazo prominente, era más animal que humano. Sus tres brazos tenían demasiadas articulaciones y unas pinzas de crustáceo en lugar de manos. Se sacudía con torpeza, como si no estuviera habituada a desplazarse por el agua, pero su fuerza física era tal que esa falta de familiaridad no la ralentizaba.

Kai esperó a que la llama temblorosa se desvaneciera en la oscuridad. Entonces se coló de nuevo por la puerta, flotó hasta el techo abovedado y avanzó por el pasillo impulsándose.

Al llegar al extremo, salió a una estancia más grande, con el agua un poco menos turbia y una hilera de ventanas recortadas contra la oscuridad; la luz del día iluminaba el otro lado. Era un alivio volver a ver, aunque solo fuera un poco. Kai se coló por una ventana y avanzó arrastrándose por el tejado de una balaustrada. La densa sombra del manto de plantas apenas cubría una pequeña parte de las aguas de ese patio. La perla de Ziede le dijo que estaba cerca.

Ziede estaba en lo cierto: la habilidad natatoria de Kai no era precisamente la mejor, pero volvió a presionar el dispositivo para aligerarlo y flotó hasta asomar la cabeza por la superficie. Incluso aquella luz grisácea fue demasiado intensa y lo deslumbró. Cerró los ojos, que le lloraban. Un techo de cristal alto y puntiagudo, con manchas de moho negras y verdes, le impedía ver la torre de súplica. Entonces Kai se dio la vuelta y vio a Ziede.

El edificio del que acababa de salir Kai tenía un balcón en la planta superior que quedaba por encima del nivel del agua. Otra amalgama tenía sujeta a Ziede por los brazos y la estaba subiendo por el murete de piedra ornamentado. El cuerpo de Ziede estaba inerte. Las piernas todavía le arrastraban por el agua, tenía restos de musgo en la ropa de algodón, había perdido el pañuelo de la cabeza y se le habían soltado las trenzas, que goteaban mientras la criatura tiraba de ella. Aquella amalgama era más pequeña que la primera; parecía que su origen había sido el cuerpo de algún desdichado mortal, pero le faltaba la cabeza.

Kai, enceguecido por la rabia, nadó hacia ellas. La amalgama percibió su cercanía y se irguió. Tenía la piel pálida como el vientre de un pez, sembrada de escamas de alguna otra pobre criatura que había participado en su creación. Tres ojos y cuatro orejas humanos

habían sido añadidos al azar en el muñón del cuello y las clavículas. La amalgama, centrada en su tarea y sabedora de que estaba fuera del alcance de Kai, terminó de sacar a Ziede del agua justo cuando Kai llegaba a la pared del balcón. Él era incapaz de drenar la vida falsa de una amalgama, y tampoco había tiempo para una intención. Sacó la vara extensible del bolsillo interior de la túnica, se agarró a los grabados de la pared y la activó.

La vara se desplegó tan deprisa que Kai se alegró de haber apuntado aquel estúpido chisme en la dirección correcta.

La punta atravesó el hombro de la amalgama, y las cuchillas afiladas ensancharon la herida. La criatura soltó a Ziede en el balcón y se volvió hacia Kai, sacudiéndose sin hacer ni un ruido. Al intentar retroceder para liberarse, solo logró clavarse la vara todavía más.

Kai soltó el arma y trepó por la pared. La amalgama lo atacó, pero la vara se había atascado en la barandilla del balcón y la entorpecía. Kai apoyó el peso en la vara para mantenerla encajada donde estaba y se agachó para esquivar las manos de la criatura. Logró tocarle un pie; era principalmente humano, aunque con una especie de pezuña en lugar del talón. Buscó los diseños que la mantenían de una pieza y animada. Unos dedos le rozaron la cabeza mientras la criatura seguía atravesando su cuerpo con la vara, pero las cuchillas anguladas debían de haberse enganchado en el hueso. Kai se concentró en abrirse paso por la intención que la animaba y no pensar en que estaba en muy mala posición y solo disponía de unos minutos antes de que aquella criatura lo despedazara.

Una mano lo agarró por el pelo justo cuando encontró el corazón del diseño y lo destruyó. La amalgama se deshizo; las piernas, el torso y los brazos cayeron sordamente en la superficie de piedra húmeda. Kai se arrastró hacia Ziede, apartando los pedazos.

La sujetó con cuidado por los hombros y le levantó la cabeza inerte. Las manos de Kai temblaban. Si Ziede estaba muerta, iba a matar a todos los que se le pusieran por delante.

El cuerpo tenía el frío natural del agua, pero seguía caliente. La piel de la frente y la mejilla derecha tenían rasguños, quizá por la caída al balcón. No respiraba. Al cabo de un instante Kai percibió su vida y se le formó un nudo en la garganta de puro alivio.

Inspiró hondo y buscó alguna intención; descubrió una

inmediatamente. Estaba diseñada para provocar un estado de suspensión, y la habían lanzado desde lejos. Seguramente la había sorprendido en alguno de esos techos, invocando el viento para agitar la corriente y ayudar a Kai, y la había golpeado. ¿Desde arriba, quizá? ¿Desde atrás? Ziede había caído al agua y el efecto de la intención había evitado que se ahogara. Kai la colocó de lado, apoyándola en su regazo, y le palpó la espalda. Ahí estaba, una intención enterrada justo bajo el omóplato derecho. Buscó el contorno del diseño y tiró de él con suavidad. Salió de la carne de Ziede a regañadientes, en forma de resplandor rojizo, apenas una leve densificación del aire en la palma de su mano. Kai se la guardó en el pecho, principalmente porque necesitaba tener la mano libre para atender a Ziede.

Esta había empezado a respirar, pero no se despertaba. La intención era muy potente; tardaría un rato en recuperarse del todo. Kai escuchó su corazón y sus pulmones para cerciorarse de que estaba bien y luego la levantó para cruzar la puerta del balcón hasta la sala inmunda del otro lado. No quería dejarla cerca del agua, así que subió por unos escalones hasta una galería interior y la dejó recostada en el murete. No estaría cómoda, pero la mantendría erguida y lejos del agua. Por si ocurría lo peor, sacó la piedra de búsqueda y la escondió dentro del pañuelo de repuesto que Ziede llevaba enrollado en la muñeca. Aún le temblaban las manos.

Kai se levantó y se obligó a respirar hondo. En algún momento el dispositivo de respiración había dejado de funcionar y ahora respiraba por la boca. No quería sacarse los tapones de la nariz porque sabía que iba a tener que sumergirse otra vez. Salió al balcón, extrajo la vara del torso de la amalgama y volvió a compactarla. Se la guardó, subió al murete y se zambulló en el agua.

Sumergió la cabeza un momento para asegurarse de que la otra amalgama no acechaba debajo de él y luego nadó hacia el techo de cristal picudo del lado opuesto del patio. Se golpeó la rodilla al chocar con la superficie de cristal sumergida. Entonces empezó a subir, aplastando el cuerpo contra el techo para que su silueta apenas sobresaliera. Se le había soltado el cordón del cabello y ahora lo tenía lleno de restos de musgo y algas; le daba escalofríos, como si estuviera cubierto de hormigas viscosas, pero así desde

lejos parecería un amasijo de vegetación.

Cuando llegó a la punta del tejado, Kai oyó voces, aunque las palabras se difuminaban al viajar sobre el agua. Apretó los dientes y levantó la cabeza lo justo para asomarse por el borde sucio de verdín.

Una balsa de ascensión de los benditos inmortales se había posado en el balcón más alto de la torre de súplica. Era más grande que la barcaza fluvial bendita, de un resplandeciente color cobrizo, con forma de hoja de gingko con los bordes rizados. En la punta del abanico se veían la columna de dirección y la silueta curvada de un camarote abovedado y provisto de una cortina. Había movimiento a bordo, destellos blancos y amarillos, pero le resultó imposible saber cuántas personas había ni quiénes eran.

En el balcón más bajo, justo sobre el nivel del agua, estaba Dahin, acurrucado y cabizbajo. Kai no supo distinguir si estaba inconsciente o atrapado por otra intención de suspensión. Ramad estaba delante de él, con las manos extendidas, como tratando de calmar o aplacar a las personas que tenía delante.

Al menos dos expositores, o un expositor y un aprendiz, pensó Kai. Su tez oscura podía ser ariké; costaba saberlo desde esa distancia. Iban vestidos con abrigos y faldas divididas de colores grises y negros muy prácticos, no con resplandecientes prendas de gala. También había cuatro mortales con corazas ligeras y armas blancas distribuidos por el balcón, vigilando el agua como si esperaran un ataque. Tras ellos, un bendito inmortal se paseaba como un leopardo furioso. La túnica blanca, el pantalón del mismo color y el tabardo dorado eran el atuendo de todos los benditos inmortales cuando salían al mundo exterior, pero su cabello de color claro le llegaba por debajo de los hombros, rasgo que lo identificaba como un hombre. Resultaba inusual ver benditos inmortales varones; eran demasiado importantes para tratar con mortales, brujos y otras criaturas inferiores. Había una persona más en el borde de la plataforma, contemplando el agua, una figura velada y vestida con ropajes oscuros. Tal vez fuera un expositor o un familiar esclavizado.

Kai no sabía qué estaba diciendo Ramad, pero no era lo que sus captores querían oír. El bendito inmortal se giró bruscamente y le propinó un puñetazo en la cara. Kai dio un respingo; el golpe hizo

tambalearse a Ramad, que tuvo que apoyar una mano y una rodilla en el suelo para no caerse. A un gesto del bendito inmortal, los guardias se acercaron rápidamente para levantar a Ramad, cargar con Dahin y llevarlos a los dos al interior de la torre.

Kai se escondió de nuevo tras el techo, mordiéndose el labio inferior. No iba a ser fácil. Su única ventaja era que los recién llegados habían venido en la balsa de ascensión de los benditos inmortales, probablemente la misma que había seguido a Saadrin y el barco hasta Orintukk. Eso quería decir que no habían entrado por el muelle y que, probablemente, Tenes y Sanja seguían a salvo. Al menos eso esperaba.

Kai volvió a meterse en el agua y se impulsó en el techo de cristal. Necesitaba llegar hasta Dahin y Ramad. Si se les ocurría intentarlo, los expositores que habían creado la amalgama podrían percibir que alguien la había dispersado. Kai tenía que entretenerlos. Necesitaba crear una distracción.

Una vez lejos del techo sumergido, Kai presionó el dispositivo pectoral y se hundió hasta el pavimento del patio. El respirador empezó a funcionar de nuevo en cuanto el agua lo cubrió por completo; una complicación menos. Y además se le había ocurrido una idea.

Los conjuros no funcionaban bajo el agua, así que tendría que recurrir a otra intención. Nadó por el patio hasta la balaustrada de la primera planta y arrancó la lámpara del dispositivo. Sujeto a una columna para que la corriente no lo arrastrara, Kai la pulsó para volver a encenderla. Los dispositivos de los benditos inmortales eran resistentes a la manipulación mediante otras formas de poder, pero Kai no planeaba modificar el mecanismo que controlaba el dispositivo. Tocó y giró la lámpara hasta que encontró la combinación correcta para que el haz de luz se volviera más intenso y fino.

Kai ensambló rápidamente un diseño. Era uno antiguo, que le había sido útil durante la guerra; contaba con que aquella nueva generación de expositores no lo reconociera, al menos bajo esa forma.

Cuando lo tuvo listo, Kai titubeó un momento, con una mueca en la cara. Debía volver a abrir la boca para que su pozo de poder se llenara de dolor, y así alimentar la intención el tiempo suficiente

para que el plan funcionara. Ya sabía lo horrible que era el sabor de esa agua, lo cual la volvía mucho más eficaz.

Reprimiendo brevemente su instinto de autoconservación, Kai abrió y cerró la boca. Le entraron náuseas, se atragantó y su estómago trató de expulsarla. Kai envolvió la luz de los benditos inmortales con las manos, alimentó su diseño con el dolor que sentía y lo liberó.

La intención se enroscó alrededor de la luz y creó unas gruesas franjas de sombras, lo bastante densas y sólidas como para bloquear temporalmente la luz y hacerla fluctuar exageradamente.

Kai respiró hondo mediante el dispositivo de aire. *Ha sido aún peor que la primera vez*, pensó. Liberó la lámpara y su intención. Esta se alejó rodando y brincando por el pavimento del patio, revolviendo el barro mientras se dirigía al pasillo por el que había entrado Kai. Cruzaría dos patios más, hasta el punto donde el manto de algas era menos denso, y entonces subiría hacia la superficie. Ahora que la distracción ya estaba en camino, a Kai le quedaba suficiente dolor en su pozo para crear dos diseños más. Después de construirlos, depositó las intenciones incipientes en su pecho, al lado de la que le había sacado a Ziede. Luego se dio la vuelta y cruzó el patio nadando como pudo, en dirección a la silueta sombría de una galería.

Sin la luz de los benditos, Kai tuvo que avanzar a tientas hasta el próximo edificio. La luz de la superficie atravesaba el agua lo justo para poder distinguir el contorno de las puertas y ventanas.

El trayecto le dio tiempo para analizar la sensación que se había posado en su vientre como un lastre. Alguien no solo sabía que Kai y Ziede habían decidido ir a los Salones Estivales; sabía qué buscaban exactamente y dónde se hallaba. La otra amalgama había ido directa hacia los Patios de Rehenes de los ariké.

Hasta ahora Kai había creído que todas las demás personas que habían estado en ese patio, todas las que conocían a Cantenios, habían muerto. Había estado muy seguro de ello. Y Ziede también. Tanto como para jugarse la vida por ello.

La luz mortecina de las ventanas lo guio hasta el siguiente patio. Kai flotó por el hueco de una escalera; pretendía dar un rodeo hasta un punto elevado, en el lado opuesto de la torre de súplica. Sin embargo, el siguiente portal lo condujo a una sala con una luz

extrañamente sucia que venía de arriba; se percató de que había otro techo de cristal, este con menos moho que los demás.

Kai aligeró su dispositivo pectoral, nadó hacia arriba y salió a la superficie debajo del techo. Con la primera bocanada de aire, estuvo a punto de vomitar. Controló su estómago con firmeza; necesitaba ese dolor.

Con los ojos llorosos por el desagradable esfuerzo, Kai echó un vistazo a su alrededor. El pico de cristal del techo estaba descolorido, cubierto de una sustancia oleosa que desprendía un débil resplandor bajo la luz tenue. Por suerte, había varios paneles rotos a lo largo de los aleros, justo sobre la superficie. Kai nadó hasta la abertura irregular y pudo observar la torre desde allí.

Se limpió el agua de los oídos para poder escuchar mejor las voces que hablaban a gritos. Ahora había dos benditos menores en el balcón inferior; la balsa de ascensión posada dos plantas más arriba parecía vacía. La intención de luz y sombra de Kai había llegado al patio abierto hacia donde la había dirigido, y ya se habían fijado en aquella luz intermitente que brillaba a través del agua turbia. La idea era que pareciera que Kai estaba allí abajo, quizá forcejeando con una amalgama o buscando algo. Pensaran lo que pensaran los intrusos, estaba teniendo el efecto deseado. El bendito inmortal hizo un gesto tajante. Los expositores discutían; costaba saber si lo hacían porque los dos querían ir a comprobar lo que pasaba o porque ninguno de ellos quería hacerlo, pero el bendito inmortal zanjó la discusión. Un expositor y dos guardias subieron a la barca de Dahin.

El otro expositor y la figura velada que Kai sospechaba que era un familiar se quedaron donde estaban, en el borde del balcón. Kai suspiró. Tendría que bastar con eso.

Volvió a sumergirse.



Kai entró en la torre de súplica por la puerta de la planta inferior, muy por debajo de las plataformas de aterrizaje. La escasa luz que entraba desde la superficie hacía resplandecer los símbolos solares del marco de la puerta, hechos de metal bendito; eran al mismo tiempo un adorno y una advertencia. Las plantas inferiores carecían

de ventanas, así que el interior estaba totalmente a oscuras. Orientándose mediante el tacto, Kai entró en el hueco de la escalera de caracol, aligeró el dispositivo pectoral y empezó a subir.

Estuvo tanto tiempo describiendo círculos ascendentes en la oscuridad más absoluta que tuvo la impresión de que la estación había cambiado, de que emergería del agua bajo una lluvia gélida o un vendaval. Casi se asustó cuando su cabeza atravesó de pronto la superficie del agua. Cegado por la luz, Kai se quedó inmóvil, maldiciéndose para sus adentros por haberse movido tan rápido. Pero nadie acudió corriendo para comprobar la causa de ese chapoteo.

Siguió parpadeando hasta que se le acostumbró la vista. Las paredes de piedra de color claro tenían las habituales manchas de moho, y la escalera conectaba con un rellano cubierto de una sustancia viscosa. La luz grisácea procedía del lado contrario del pilar central; allí debía de estar la sala con la puerta que daba al primer balcón. La escalera continuaba hacia arriba.

Kai salió del agua despacio, procurando no salpicar más, y subió a gatas los últimos escalones hasta el rellano. Tenía la sensación de que hacía mucho ruido al respirar por la boca, así que se sacó el tapón de la nariz y se lo guardó en la túnica. Después se sacó con cuidado del pecho la primera intención que había construido. La depositó con precaución en el agua que lamía los escalones, formando una mancha trémula de sombras negras.

Si el expositor de la plataforma o su familiar entraban allí, la verían, pero Kai necesitaba centrarla en la torre. No podía soltarla fuera, porque el viento podría acercarla a la posición de Ziede. Alimentó el diseño con el suficiente dolor de su pozo para enviar unos zarcillos a través del agua, con el objetivo de unirse a su otra intención, la franja de sombras que envolvía la lámpara de los benditos inmortales. En ese momento rodaba bajo el manto de plantas de los Patios de Rehenes, alejando cada vez más de la torre al otro expositor y a sus dos guardaespaldas. Kai disponía de un poco de tiempo hasta que los dos diseños se encontraran y fusionaran.

Avanzó un poco más por el rellano y oyó que alguien hablaba en voz baja. Kai volvió a quedarse quieto, con una mueca en la cara, pero no hubo gritos de alarma. Se arrastró alrededor del pilar de

piedra central hasta que pudo ver la puerta abierta y el cuarto ruinoso que había al otro lado. Entraba aire del exterior, un poco menos rancio. Entonces habló otra voz, pero también era demasiado débil para distinguir lo que decía. En esa planta no había movimiento ni rastro de Dahin y Ramad. Si alguno de ellos estuviera mínimamente consciente, hablaría. Kai se deslizó frente a la puerta y siguió subiendo, agazapado.

En el siguiente rellano le resultó más fácil distinguir que las voces procedían de la planta más elevada, donde estaba posada la balsa de ascensión. Kai se detuvo justo cuando las palabras se volvieron lo bastante claras para entenderlas.

—Mientes. —Era el bendito inmortal; hablaba en imperial antiguo con el habitual tono de superioridad—. Los tuyos siempre mienten.

—No miento. —Y ese otro era Ramad, con la voz un poco pastosa, probablemente por el golpe en la cara. El nudo de angustia del pecho de Kai se aflojó. Al menos Ramad estaba vivo; ahora lo que quería era oír a Dahin.

Kai subió los escalones hasta el rellano y se arrastró bocabajo, casi en silencio, apretujado contra la superficie de piedra viscosa. Entre los vidraiaen corría el rumor de que Kai era capaz de transformarse en serpiente; era una pena que no fuera verdad, porque le habría venido muy bien en ese momento. Siguió avanzando hasta que pudo echar un vistazo a través de la puerta.

La estancia ocupaba todo el interior de la planta superior de la torre; al estar tan elevada, prácticamente no tenía barro ni moho. En la pared exterior, unos escalones llevaban a un umbral que daba acceso al balcón de aterrizaje, pero apenas consiguió vislumbrar el costado reluciente de la balsa de ascensión. Kai se arriesgó a avanzar un poco más para poder observar toda la sala.

Ramad estaba cerca de la pared con Dahin tirado a sus pies. Al menos Dahin estaba consciente; miraba al bendito inmortal mientras parpadeaba, con los ojos empañados. Tenía la pechera de la túnica rota; lo habían arrastrado tirando de ella. Su bolsa estaba cerca, con varias carpetas de cuero abiertas y desperdigadas. A Ramad le sangraba la nariz y se le había soltado el pelo. Por la inclinación de su cuerpo, estaba claro que le habían pegado en las costillas y el estómago.

El bendito inmortal, flanqueado por uno de los guardaespaldas, observaba a Ramad. Estaba rabioso y frustrado; Kai detectaba ese olor con tanta claridad como el miedo que irradiaba el guardia mortal. No había señales de los dos benditos menores que Kai había visto antes.

—Podéis matarnos a los dos, pero eso no cambiará los hechos —dijo Ramad, tan terco e insistente como siempre.

El bendito inmortal no se inmutó.

—¿Los hechos? Sigue mintiendo si quieres. Sabemos que habéis venido a por una piedra de búsqueda de los jerarcas. Dime dónde está.

—Aquí no hay ninguna piedra de búsqueda. —Era la voz ronca de Dahin. Parecía débil, herido. Soltó un ruido mitad sollozo y mitad carcajada—. Solo he venido a estudiar un mapa. Cómo os odio. Os odio a todos.

Ramad no titubeó:

—Apresaron a Safreses y Kinlat, que ya han contado todo lo que saben. Aclines está muerto. La renovación imperial ya se ha producido y, a pesar de la ausencia de Tahren Stargard, el tratado con los benditos inmortales no se va a modificar. Si hacéis algún daño a Kaiisteron o a Ziede Daiyahah, Bashat bar Calis se vengará con todo el poder del que dispone. Todo esto ya carece de sentido. Es mejor que subáis a vuestra balsa y os marchéis. Y no os recomiendo poner rumbo a Nient-arik —añadió con sorna.

Ah, pensó Kai, *ya lo ha dicho*.

El bendito inmortal se impacientó.

—Nadie conoce mi implicación. Desiste de esta demora ridícula y dime dónde está la piedra de búsqueda.

—¿Para qué la quieres, Faharin? —preguntó Dahin desde el suelo—. ¿Cuántos benditos inmortales más están involucrados en vuestra estúpida e inútil conspiración? ¿Te da miedo que pueda encontrarlos el Mundo Emergente? ¿O los mariscales inmortales?

Ramad apretó los labios.

—Dahin…

—Bah, venga ya, no se puede llegar a ninguna parte razonando con estos tipos, son como crios con un ego gigantesc… —Dahin soltó un grito ahogado y se calló cuando el bendito inmortal se inclinó y le cruzó la cara con el dorso de la mano.

—Pequeño apóstata —escupió el bendito inmortal Faharin—, hablas de conspiraciones como si supieras más de lo que te conviene.

Kai hizo una mueca. Percibía la intención que había depositado en el agua, como un escalofrío en sus terminaciones nerviosas; los zarcillos se abrían paso entre el manto de plantas; casi habían llegado a la franja de sombras. Necesitaba esa distracción. Pero en vista de los impulsos suicidas de Dahin, era arriesgado esperar. Kai se incorporó lo justo para que Dahin pudiera verlo. Ramad, que observaba a Faharin, no se fijó en él.

Drenar a un bendito inmortal capaz de resistirse no era fácil; de hecho, era mucho más difícil que drenar a un expositor poderoso. Pero Kai lo tenía planeado. Más o menos planeado. Un poco planeado. Todo dependería en gran medida de la reacción de Faharin.

La garganta de Dahin tembló al tragar saliva; fue el único indicio de que había visto a Kai. Fulminó a Faharin con la mirada.

—¿Qué importa? Nos vais a matar igualmente —dijo con voz áspera y dolorida.

A los benditos inmortales no les gustaba que nadie les rechistara.

—Silencio, niño necio. Vosotros sois los únicos culpables de…

—¿Dónde está mi hermana? —exclamó Dahin con furia—. ¿Qué le has hecho, lameculos de jerarca?

O era un buen intento de distracción o Dahin se había cansado de intentar sacarle información a Faharin. Kai notó que las dos intenciones se conectaban y entrelazaban sus diseños. Confiando en que el expositor de la barca de Dahin estuviera lo bastante cerca para sufrir el efecto de lleno, vació casi por completo su pozo de dolor en la intención incipiente que flotaba en el agua, dos plantas más abajo. Le costó no guardarse un poco más para defenderse, pero esa intención requería casi todo lo que tenía. Luego la liberó.

Un soplo de aire y un golpe sordo resonaron por la escalera, seguidos por unos gritos de horror. Kai se levantó con energía mientras por el hueco de la escalera subía una bocanada de calor y un tufo a plantas acuáticas quemadas. Faharin y su guardaespaldas se giraron hacia la escalera. Kai se lanzó sobre ellos.

La pequeña intención que había preparado ya estaba cargada de

dolor; se la quitó del hombro y se la arrojó al guardia. No tuvo tiempo para verla impactar; Faharin se movió tan deprisa que, antes de que Kai pudiera dar un paso más, una espada bendita le traspasó el pecho.

Al principio fue como un simple puñetazo; el auténtico dolor del golpe era algo terriblemente potencial, como una flor venenosa a punto de abrirse. Kai dejó que la inercia y el peso lo impulsaran hacia delante, y la hoja de metal bendito le penetró en el esternón una pulgada más. Estaba tan cerca de Faharin que distinguió su barba incipiente, muy rubia, sobre el labio inferior. La expresión del bendito inmortal era tranquila y condescendiente, un leve gesto de desagrado en su boca perfecta. Entonces Kai se arrancó la última intención del pecho, se estiró cuanto pudo y se la adhirió en la muñeca a Faharin.

Era la potente intención que había aturdido a Ziede, ya cargada por el expositor que la había lanzado. No estaba diseñada para afectar a un bendito inmortal, así que cabía la posibilidad de que no surtiera efecto.

Pero Faharin se quedó paralizado durante un largo momento, mientras la sangre del corazón de Kai le empapaba la túnica y una agonía desgarradora se apoderaba de su pecho. Notó que se le empezaba a oscurecer la visión. De pronto el rostro del bendito inmortal se quedó flácido y cayó de frente.

Kai trató de liberarse, pero tenía la espada demasiado hundida en el cuerpo. Lo arrastró hasta el suelo, abriéndole más la carne herida. Kai cayó de rodillas mientras Faharin se desplomaba pesadamente. La cabeza le daba vueltas por el nuevo torrente de poder, pero no podía hacer nada con ese poder mientras tuviera la espada bendita clavada en el corazón.

Alguien apartó a un lado al bendito inmortal inconsciente; unas manos agarraron a Kai por los hombros. Ramad, agachado frente a él, lo observaba con los ojos llenos de horror.

—Kai —susurró.

A espaldas de Ramad, el guardia mortal yacía en el suelo, inconsciente por el efecto más débil de la otra intención. Dahin recogía sus papeles y carpetas y los volvía a guardar en su bolsa.

—¡Sácasela! —le gritó a Ramad—. ¿Es que no sabes nada?

—Sácala —repitió Kai con un hilo de voz casi inaudible.

—¿Seguro? —Ramad parecía mareado. Sus heridas debían de ser más dolorosas de lo que parecía. Kai tendría que ocuparse de él más tarde.

—¡Sí! —Dahin se puso de pie y se echó la bolsa al hombro—. ¡Hazlo de una vez!

—Sí —susurró Kai.

Ramad tragó saliva con dificultad. Adoptó una expresión seria, agarró la empuñadura y sacó la espada.

El alivio fue casi tan sobrecogedor como el dolor. Kai tomó una enorme y ruidosa bocanada de aire y se tapó con las dos manos la herida, que ya empezaba a cerrarse. Se dobló en dos, luchando por controlar el torrente de poder que generaba su propia agonía mientras su cuerpo herido se afanaba en repararse. El dolor inundó su pozo hasta que lo notó vibrando en la piel, como un relámpago. Se le oscureció la vista y sintió que su estómago quería vaciarse. ¿En qué momento se le había ocurrido que un pozo de dolor propio era buena idea? Los expositores estaban mal de la cabeza. Los conjuros eran más sencillos. Ser un demonio era más sencillo. Estar muerto era más sencillo todavía, pero Kai nunca había sido capaz de permitir que eso ocurriera.

Cuando la primera oleada abrumadora remitió, los pulmones de Kai se volvieron a hinchar. Su corazón empezó a palpitar otra vez. Se incorporó y entornó los ojos deslumbrados.

—Mucho mejor. Gracias, Ramad —dijo con un hilo de voz.

Ramad estaba boquiabierto. Dahin se inclinó para arrebatarle la espada de la mano, caminó hasta el aturdido Faharin y se la clavó en el corazón.

—¡Dahin! —Los pulmones dañados de Kai seguían reparándose, así que la voz le salió como un graznido—. ¿Qué has…?

—¡Los mariscales lo habrían matado de todas formas! —le espetó Dahin mientras retorcía el arma para agrandar la herida y asegurarse de que estuviera muerto.

Ramad aferraba el brazo de Kai y los miraba a él y a Dahin, perplejo. Ya era demasiado tarde; destruir el corazón con metal bendito era un método seguro de matar incluso a un mariscal inmortal. Si lo hubieran apresado, Ramad podría haberlo llevado a Benais-arik para desenmascarar al resto de los benditos inmortales que participaban en la conspiración.

—Si lo ibas a matar, me podrías haber dejado drenarlo —protestó Kai con impotencia.

—¡No puedo estar en todo! —Dahin arrancó la espada y subió los escalones para entrar en la balsa de ascensión—. ¡Mierda, la tía Saadrin está aquí! ¡La han dejado atada en el camarote!

—¡No la mates a ella también! —gritó Kai, tropezando mientras intentaba levantarse. Un fuerte dolor le atravesó las rodillas. Ramad inspiró hondo y pareció salir de su estupor. Se echó el brazo de Kai por los hombros y le ayudó a ponerse de pie. Luego los dos subieron los escalones con paso vacilante hasta llegar a la plataforma.

El calor y el tufo de la vegetación quemada eran asfixiantes. Las nubes de humo oscuro ocultaban las plataformas inferiores y los tejados sumergidos de alrededor. A través de la neblina se vislumbraban unas lenguas de fuego que recorrían el manto de plantas, haciendo brotar más humo.

—¿Cómo…? ¿Qué…? ¿Has prendido fuego al agua? —Ramad parecía abrumado, como si aquello fuera demasiado para él. Kai se preguntó si el golpe en la cabeza le habría hecho algo más que partirle la nariz. Quizá Dahin podría ayudarle cuando se hubieran largado—. ¿Tanto aceite contenía el agua?

—Son intenciones; no necesitan combustible para arder —le explicó Kai. El combustible aceleraba las cosas, pero no era necesario—. Parece más impresionante de lo que es. —Solamente estaba ardiendo la zona que rodeaba la torre, entre las dos intenciones, pero no los Salones Estivales al completo. Sin embargo, desde lo alto de la torre de súplica no era fácil darse cuenta.

Ramad pareció recuperarse de su asombro.

—¿Cuánto tiempo arderá?

Ayudó a Kai a subir a bordo de la balsa de ascensión por una pequeña compuerta abierta en el lateral. Dentro había espacio suficiente para más de doce personas; el suelo se curvaba formando unos bancos laterales alrededor de la barandilla. Las cortinas del camarote abovedado de la popa estaban abiertas; dentro había un par de divanes acolchados… y Saadrin, tirada contra la pared del fondo. Unos grilletes de metal dorado le inmovilizaban las muñecas y los tobillos; también le habían tapado la boca con una especie de plato pequeño para que no hablara. Estaba consciente y tenía los ojos entornados de furia.

—¿Que cuánto tiempo arderá, dices? —Dahin se echó a reír mientras guardaba su bolsa en un compartimento del camarote, ignorando a su tía—. ¿Cuánto tiempo lleva inundado este sitio?

—Ahora sé lo que me hago, Dahin —le espetó Kai. No soportaba a Dahin cuando se ponía así. Aunque todavía le temblaban las piernas, se apartó de Ramad—. El fuego se extinguirá dentro de unas horas. —Notó que la perla de Ziede contactaba débilmente con él. *¿Estás bien?*, le preguntó Kai. Su única respuesta fue un gruñido. Si Ziede estaba lo bastante consciente para estar de mal humor, seguro que se pondría bien. Kai se apoyó en la barandilla, aliviado —. Tenemos que irnos. ¡Y no mates a tu tía!

—Vale, está bien, de acuerdo. —Dahin soltó la espada bendita y se volvió hacia la columna de dirección—. Voy a sacarnos de aquí.

—Tenemos que encontrar a Ziede Daiyahah —le dijo Ramad a Kai—. La dejaron inconsciente antes de que viéramos la balsa.

—Ya la he encontrado. Se acaba de despertar.

Kai se concentró en gritar a través de la perla de Ziede hasta que esta le contestó de forma más coherente. *Nos vemos en el muelle*, le dijo Kai cuando estuvo seguro de que le entendía. *Ten cuidado*. El humo era demasiado espeso para volar cómodamente, y Kai no tenía ni idea de cuántos guardias y expositores habían sobrevivido. Con la suerte que estaban teniendo, casi todos. *Estamos en una balsa de ascensión de los benditos inmortales*.

¿Cómo habéis…? Da igual. Ya sonaba totalmente lúcida. *Voy para allá.*

—Se reunirá con nosotros en el muelle —explicó Kai.

Dahin asintió, distraído, mientras forcejeaba con la columna de dirección para intentar que le respondiera. Kai no pudo reprimir una mueca cuando el Pozo de Thosaren empezó a fluir por la balsa. Sentía su extraño poder demasiado cerca, irritándole las terminaciones nerviosas, como un picor en la garganta.

Sintió la presión de la cubierta en los pies cuando la balsa empezó a despegarse de la plataforma. Se inclinó hacia la torre antes de empezar a rotar.

—Me falta práctica —murmuró Dahin.

Ramad trastabilló y se agarró a la barandilla. Tuvo la sensatez de no hacer comentarios acerca de la habilidad de Dahin como piloto.

—No podrán rastrear esta embarcación, ¿verdad?

Una nube de humo asfixiante envolvió la balsa, interrumpiendo cualquier posible respuesta. De pronto habían salido al aire limpio, bajo el cielo gris; la balsa se dirigía hacia el borde del terraplén de los Salones Estivales. Kai tosió y se limpió la boca con la manga. Ramad tenía el rostro contraído; no sería el primer mortal que vomitaba en una balsa de ascensión.

—Cuando tengamos tiempo, Dahin debería ser capaz de impedir que los benditos localicen la balsa —le aseguró Kai. Entonces se fijó en la ocupante del camarote, que los fulminaba con la mirada—. Ah, y está Saadrin. —Ella no tenía motivos para ayudar a los benditos que la habían apresado. Seguro que ahora sería más fácil razonar con ella—. Deberíamos…

Algo zarandeó la balsa y una silueta oscura saltó al interior. Apartó de un empujón a Ramad, que rebotó en un banco y aterrizó en cubierta. Era la segunda amalgama, la grande, la que estaba hecha de trozos humanos y animales, la que tenía demasiados brazos con pinzas de crustáceo en lugar de manos.

La balsa se escoró por el inesperado peso de la criatura, que se abalanzó sobre Dahin. Kai la embistió, golpeando el duro caparazón que le protegía el pecho. Aunque no le hizo daño, la sorprendió lo suficiente para que Dahin tuviera tiempo de virar. La amalgama se tambaleó de espaldas y Kai la empujó, con la idea medio improvisada de tirarla por la borda. El brazo más grande de todos se abatió sobre él con un golpe que lo estampó contra la barandilla.

Kai cayó pesadamente en cubierta, sin aliento. Le zumbaba la cabeza, no veía nada por el ojo derecho y algo líquido le corría por la cara. Se lo limpió para intentar despejarse la vista y tocó algo blando que terminó en la palma de su mano. El estúpido ojo del gul se había soltado. Lo arrojó a un lado y levantó la mirada. La amalgama se alzaba frente a él, con las pinzas en alto, lista para asestarle otro golpe. No había tiempo para un conjuro ni para una intención.

De pronto Ramad se abrazó a las pinzas de la criatura y tiró de ellas hacia atrás. La balsa volvió a balancearse y descendió bruscamente mientras Dahin maldecía, nervioso. Se oyó el chirrido metálico del casco al arañar el suelo; habían superado el borde del terraplén y ahora patinaban pendiente abajo. La amalgama se

volvió hacia Ramad y trató de agarrarle la cabeza con otra pinza. Kai sacó la vara extensible de su túnica y aprovechó la inclinación de la balsa para echar a correr por la cubierta y deslizarse entre las piernas de la criatura. Encajó la vara en un hueco del caparazón y la activó.

La amalgama no tenía boca con la que rugir, pero soltó a Ramad. El extremo de la vara atravesó el caparazón de la criatura, que se inclinó para atacar a Kai con todos sus brazos. Este hundió la vara con más fuerza y la retorció.

Ramad se agachó al lado de Kai y se puso a buscar algo a tientas. De pronto se incorporó, empuñando la espada de los benditos inmortales que Dahin había soltado antes. La hoja atravesó el pecho blindado de la amalgama como si fuera agua.

Kai se protegió la cabeza con un brazo cuando la amalgama se desarticuló y se desplomó. Ramad temblaba y jadeaba, de rodillas en el suelo. Kai se quitó de encima varios brazos y una sección del torso de la amalgama y se puso de pie con dificultad. Ahora no veía por el ojo izquierdo. Notó un empujón desde ese lado y creyó que era Dahin.

Entonces lo golpeó la intención.

Estaba diseñada para hacerle tropezar, para paralizarle las extremidades. Kai se golpeó la cadera con el banco de metal curvado justo antes de que su cabeza chocara de lado contra la cubierta. Un poder gélido atravesó su túnica de algodón mojada y le penetró en la piel. Dahin soltó un grito agudo y colérico. Todo estaba confuso y borroso, pero entonces Ramad volvió a quedar tendido en cubierta, a un paso de la mano extendida de Kai. En la balsa ahora había más pies calzados con botas y sandalias que hacía un momento, demasiados. Y entonces todo quedó a oscuras.

CATORCE

La intención envolvió a Kai con una telaraña de frío que le heló la sangre, recorrió hasta la última vena de su cuerpo y convirtió en un bloque de hielo su recién remendado corazón. En torno a él había voces recias y movimiento, pero Kai centró toda su atención en su interior.

Utilizó el dolor remanente de su carne herida para desarmar el diseño y arrancarse sus gélidas garras de dentro, pieza a pieza. Volvió a percibir a Ziede; la mente de Kai se llenó del miedo de esta, mezclado con el suyo propio. Ziede notaba que le había pasado algo a Kai, pero no sabía el qué, y él aún no podía articular palabras para explicárselo.

Cuando Kai expulsó el hielo de sus ojos, todo estaba borroso y oscurecido; unas extrañas sombras tapaban el cielo gris. Reconoció a Ramad, que estaba inclinado sobre él cabeza abajo. Kai estaba tumbado, posiblemente en el banco de la balsa, bajo la barandilla, y estaba casi seguro de que lo que tenía debajo de la cabeza era el muslo de Ramad. Este le apretó el hombro.

—Cuidado —susurró.

Cierto, los habían capturado, alguien los escuchaba. Había un expositor sumamente poderoso cerca, y eso era muy muy malo. Le dolía la cabeza, tenía el pecho y la espalda como si un andamuros

lo hubiese pisoteado y triturado contra el suelo un rato. Trató de moverse; Ramad le sujetó los hombros para ayudarlo a incorporarse.

—Has dicho que lo mantendría inconsciente —dijo alguien en imperial antiguo, con acento de bendito.

La visión de Kai seguía difuminada y ensombrecida. La balsa no se movía y había mucha gente hostil en ella. *Ah, el otro estúpido ojo del gul*, pensó Kai con exasperación. Lo sacó y lo arrojó lejos de un papirotazo. Alguien soltó un grito de asco y horror.

—Puaj, Kai —murmuró Dahin, a su lado.

Después de parpadear y limpiarse los ojos con la mano, la escena borrosa se tornó clara. Era peor de lo que pensaba.

Los dos benditos menores. Los guardias que había visto en la plataforma inferior, algunos con la ropa chamuscada y quemaduras en brazos y piernas. Uno estaba arrojando las extremidades de la amalgama por la borda. El expositor y su familiar velado también estaban a bordo. La balsa estaba inclinada, pero no demasiado, así que debían de estar en la parte superior de la pendiente del terraplén, quizá atascados en la maleza. Una neblina humeante flotaba en el aire; los Salones Estivales seguían en llamas.

Dahin estaba a la derecha de Kai, encorvado en el banco; sangraba por un corte en la cabeza y enseñaba los dientes con la expresión de un depredador frustrado. Kai habló en silencio con Ziede: *Nos han atrapado, escondeos*. Le permitió ver a través de sus ojos y escuchó su lamento de consternación.

No veía por ninguna parte la vara extensible ni la espada de los benditos inmortales, pero una de los dos benditos empuñaba un arma mucho más letal. Recordaba a la cureña de una ballesta enalin, pero empleaba el Pozo de Thosaren para arrojar energía debilitante de corto alcance contra cualquiera. Resultaba letal contra los mortales si se usaba el tiempo suficiente. Durante la guerra, Kai y los demás brujos no habían conseguido dar con ninguna intención ni conjuro capaz de detenerla. Su alcance era limitado, pero los tenían arrinconados en esa balsa.

Los benditos menores miraban a Kai con asco, y los guardias mortales parecían recelosos y horrorizados, aunque seguramente eso se debiera al ojo que había desechado. ¿Quién mandaba ahora? ¿Los benditos menores o el expositor, el que había alcanzado a Kai

con aquella potente intención…? No.

Kai se fijó bien en la postura del familiar del velo, en la tensión de sus hombros. En los ojos oscuros del expositor, ausentes, mirando a lo lejos en lugar de a Kai. La intención había sido potentísima, totalmente eficaz; había afectado a las partes de Kai que seguían siendo del inframundo, incluso después de tanto tiempo. Ningún expositor había sido capaz de hacerle eso nunca, así no.

No sabía cómo, no sabía quién, pero tenía un terrible presentimiento. *Kai*, susurró Ziede en su mente; estaba enredada en sus emociones y sabía en qué estaba pensando. *Podría ser un brujo*.

No es un brujo, respondió él. *Debería ser imposible, no lo entiendo*.

—Bueno, ¿a quién creéis que me comeré primero cuando esto se os vaya de las manos? —preguntó Kai, observando a la figura velada.

Uno de los benditos menores esbozó una mueca. Los guardias se pusieron rígidos.

No es un brujo, coincidió Ziede.

La persona del velo se aproximó a Kai y se arrodilló para mirarlo frente a frente. Levantó las manos para retirar hacia atrás el velo de gasa oscura. Sus ojos eran como los de Kai: totalmente negros, sin brillo.

Kai se quedó aturdido al verlo a pesar de todo. Su corazonada imposible había resultado ser correcta.

No reconocía su rostro, aunque, por supuesto, él tampoco podía reconocer el de Kai. Tenía las facciones regulares, los labios delgados, la piel del tono castaño claro del archipiélago y el cabello oscuro trenzado y prieto bajo el gorro del velo. El cuerpo que se ocultaba bajo la túnica, la falda y el abrigo oscuros parecía demasiado flaco.

—Sé que habéis llegado por el canal. Os he visto llegar —dijo con voz tranquila.

Kai no dejó que su rostro reflejara la punzada de miedo que sintió. Sabían dónde estaban Tenes y Sanja. Habrían enviado guardias y expositores a apresarlas.

—¿Porque nos estabais siguiendo? ¿O por lo bien que me conoces? —le preguntó. Luego habló con Ziede mentalmente: *No*

puedes ayudarnos. Ve a por las demás y marchaos.

No os abandonaré, replicó Ziede. Kai percibió que se movía por el aire; bajaba por la pendiente en dirección al muelle.

—Creo que nunca llegué a conocerte en absoluto —dijo el desconocido. Aparentaba calma, pero ardía por debajo—. Pensaba que eras un niño, un inocente, que caíste fácilmente en la corrupción de los mortales. Pero sabías exactamente lo que hacías.

Kai notó que Dahin se había quedado muy quieto, con los ojos abiertos de par en par.

—Kai, ¿quién es este? —preguntó Ramad en voz baja.

Notó la garganta seca al contestar:

—Es un demonio en un cuerpo mortal, que llegó aquí antes de que los jerarcas cerraran el acceso al inframundo. —Una rabia inesperada le espesó la voz—. Pero estoy seguro de que no puede ser nadie que yo conociera, puesto que abandonar tu cuerpo mortal donado y robar otro es el más terrible de los crímenes. Incluso cuando te ocurre por accidente y gracias a ello un príncipe mortal da muerte a un jerarca.

El desconocido ladeó la cabeza, sonrió levemente y entornó los ojos con un desdén que venía de muy lejos.

—Jamás creeré que eso fue un accidente, Kai-Enna.

Su forma de pronunciar ese nombre que ya no le pertenecía fue lo que le hizo reconocerla.

—Arn-Nefa. Preferisteis marcharos y morir porque combatir a los jerarcas era inútil. —Kai se inclinó hacia delante. Quería arrancarle la garganta de un mordisco—. Nos abandonasteis allí. Me abandonasteis allí.

Una bendita mentor se revolvió, impaciente o incómoda, y dijo:

—¿No lo vas a inmovilizar? Tenemos cadenas benditas. —Había algo en ella, en su cuerpo desgarbado cubierto con el tabardo de seda amarilla y blanca, que indicaba juventud.

Arn-Nefa no se giró para mirarla.

—Encadénalo tú.

—Adelante —le dijo Kai a la bendita menor, enseñándole las muñecas—. Solo tienes que acercarte un poco. —Arn-Nefa no cedía al sentimiento; ya había intentado drenarlo en una ocasión, y no le había funcionado. Y Kai sabía que tampoco podía drenarla a ella. Los demonios no estaban hechos para pelear entre sí en el mundo

mortal con el poder que solo obtenían al abandonar el inframundo.

La bendita menor enseñó los dientes. Tenían muy claro quién era Kai, y los dos benditos sabían que el arma del Pozo era la mejor forma de mantenerlo bajo control.

—Oblígalo a que te entregue la piedra de búsqueda, expositor Arnsterath —dijo el otro bendito menor. Era más mayor, con el cabello largo pero recogido para indicar su estatus inferior—. El patriarca inmortal la quiere, para mantenerla alejada de estas abominaciones. Y más la querrá ahora que has permitido que maten al honorable Faharin.

Dahin soltó un amargo resoplido de risa.

—¿Un patriarca inmortal está detrás de esta conspiración? Debí imaginarlo. —Se dirigió a Arn-Nefa—. ¿Ya te arrepientes de haber elegido a los benditos como aliados? Por si alguien no lo sabe —señaló a los dos benditos menores— estos son Narrein y Shiren, famosos por ir siempre agarraditos del tabardo de Faharin como los trozos de mierda que son. No me cabe duda de que les han ordenado vigilar a Faharin mientras dure la conspiración, porque es tan egocéntrico que no le funciona el cerebro. Ay, perdón, «era» tan egocéntrico, porque está muerto.

La expresión de Narrein se volvió más fría.

—Cierra esa boca blasfema, amante de brujos —siseó Shiren.

Dahin se echó a reír otra vez.

—¿Qué? ¿«Amante de brujos»? ¿Eso es lo único que se te ocurre? ¿Con todo lo que he hecho?

—¿Creen que eres un expositor? —le preguntó Kai a Arn-Nefa, más que nada para alejar la atención de los demás de Dahin. Le daba miedo que el ceñudo y ofendido Narrein le dijera a Dahin que se tranquilizara, lo cual sería como verter licor de palma destilado en una hoguera—. ¿No saben lo que eres?

—Lo saben —le aseguró ella. Señaló con la frente al expositor que estaba tras ella, a un lado, vigilando su flanco. Arn-Nefa había convertido a un expositor en su familiar, lo cual resultaba inesperadamente horripilante. El expositor era un joven ariké, con el cabello rizado y apretado sujeto con una diadema dorada. Su expresión seguía siendo ausente, desinteresada. Llevaba un cordón de cuero colgado del cuello, con algún colgante que quedaba escondido bajo la rica tela de su túnica azul oscuro. Y Kai tenía que

dejar de pensar que seguía siendo Arn-Nefa; hacía mucho tiempo que Nefa y todo rastro de los saredíes Kanavesi habían desaparecido.

Era obvio que Ramad intentaba calcular alguna forma menos letal de escapar.

—Como le dije al bendito inmortal Eaharin —dijo—, el Mundo Emergente conoce la conspiración de Nient-arik. No os conviene hacernos daño. La piedra de búsqueda acabará en manos del Mundo Emergente, que a su vez se la entregará a los mariscales inmortales. Deberíais marcharos ahora que aún podéis. Buscad un lugar seguro.

—No pueden marcharse —replicó Dahin con no poca satisfacción—. Por un lado, porque son demasiado imbéciles. Por el otro, porque han perdido a su protector, Faharin. El patriarca para el que trabajan los delatará a los mariscales en cuanto pueda para salvarse.

El semblante de Ramad se crispó. Kai sabía lo que estaba pensando; a él también le habría gustado hacer callar a Dahin. Pero por desgracia Dahin tenía razón: los intentos de Ramad por razonar con ellos no iban a servir de nada.

Arnsterath se limpió las cenizas de la manga, como si todo aquello le trajera sin cuidado.

—Lo único que queremos es la piedra de búsqueda —insistió Narrein—. Podemos llegar a un acuerdo.

Miente, le dijo Kai a Ziede en silencio. *Han venido porque no quieren dejar testigos*. Los conspiradores estaban perjudicando a los patriarcas que sí apoyaban a Bashat y a Benais-arik, y conocían la pena a la que se enfrentaban. *Llévate la piedra, rescata a Tahren y volved a buscarnos después*.

No, Kai. A saber lo que te habría hecho esa engreída de mierda cuando llegáramos.

Kai intuyó que Ziede estaba dentro de la caverna del muelle, húmeda y silenciosa, y percibió la presencia angustiada de Tenes.

—Oblígale a entregarte la piedra de búsqueda o mataremos al vanguardista —dijo Shiren, irritada y frustrada.

Arnsterath no perdió la leve sonrisa que tanto odio ocultaba.

—No la tiene él. La tiene Ziede Daiyahah.

Kai no pudo contenerse y abrió los ojos de par en par. Tenía un presentimiento terrible…

—Dijiste que tu otra criatura había encontrado a la bruja y que no tenía la piedra —protestó Shiren con suspicacia.

—Pues ahora sí la tiene. —Arnsterath se puso de pie—. Él debió de encontrarla y entregársela.

Kai apretó las mandíbulas con fuerza. Arnsterath era capaz de oír a través de la perla.

—¿Cómo? —La palabra le salió casi como un rugido. Ramad y Dahin lo miraron sin entender.

Arnsterath sacó de su manga un pañuelo de seda doblado y se lo mostró. Estaba manchado con una minúscula gota de color parduzco que empezaba a desvanecerse ante sus ojos, bajo la oscuridad temblorosa de una intención.

—Una bruja debería tener más cuidado con su sangre.

Mierda, susurró Ziede. *Mierda, mierda*… Su voz se interrumpió al retirarse de los pensamientos de Kai y sellar su mente para aislarla. En Orintukk, en el barco, Ziede había creado el conjuro de búsqueda con saliva y sangre. Una gota debía de haber caído a la cubierta sin que ella se diera cuenta, pero únicamente un demonio habría sido capaz de detectarla; un expositor mortal jamás la habría encontrado. Así era como Arnsterath había averiguado adonde se dirigían; aquella sangre la había atraído como un imán. Y a corta distancia, gracias al pozo de poder creado por los Salones Estivales, le había permitido escuchar la perla de Ziede.

—¿Dónde está? —dijo Narrein.

La persona que había sido Arn-Nefa hacía una vida entera sonrió.

—Abajo, en el muelle.



Como Shiren empuñaba el arma del Pozo, el bendito menor Narrein se ocupó de la columna de dirección. Mientras la balsa de ascensión se elevaba y rotaba, Kai echó un último vistazo a los Salones Estivales. A través del humo se distinguían las llamas temblorosas que cubrían los mantos de plantas. La intención no afectaría a la piedra, ni siquiera a las zonas que sobresalían del agua, pero llovían chispas sobre un techo de cristal, buscando vegetación que quemar. Kai se volvió hacia Arnsterath.

—¿Adónde fuiste?

No era una conversación privada: Dahin y Ramad estaban a ambos lados de Kai, y enfrente tenían a los guardias y a Shiren; era evidente que les escuchaban todos, y también el expositor convertido en familiar, que parecía conservar el mismo libre albedrío que un tubérculo.

Pero a Arnsterath parecía darle igual. Se reclinó en la borda y observó a Kai con una atención desapasionada pero absoluta, como si nadie más fuera importante. Al oír la pregunta, su frente lisa se arrugó ligeramente.

—¿Adónde fui cuando ya no quedó nadie? ¿Por qué no renuncié a mi cuerpo mortal y me fundí con la nada, quieres decir?

—Eso también. —Kai no pudo contenerse y añadió—: Estabais todos muy convencidos de que luchar al lado de los mortales era inútil.

—Quizá debí quedarme contigo allí. —Se refería a la Sala del Templo, hacía tantos años—. Pero entonces ya no habrías sido el único. El demonio mascota del heroico príncipe heredero ariké. El Rey Brujo.

Kai notó la mirada fija de Ramad. Pero ya no le molestaba. Si morían todos, al menos Ramad obtendría las respuestas que ansiaba su corazón de historiador.

—Robaste el cuerpo de un expositor. —*Después de lo que me dijiste, después de abandonarme*.

—Hice lo que tenía que hacer —replicó Arnsterath. Dahin resopló y dijo:

—Disfruta, Kai. Es el «Te lo dije» más grande de la historia conocida.

Shiren le echó una mirada de desprecio a Dahin.

—No nos sorprende encontrarte aquí, apóstata. Las historias de tu corrupción son legendarias.

—Vete a la mierda —le espetó Dahin.

Shiren tensó la mandíbula.

—Si les digo a los guardias que te den una paliza…

—Sería un error —la interrumpió Kai sin perder la calma. Shiren tenía el arma del Pozo, pero, a juzgar por la tensión de sus hombros, sabía que esa arma era lo único que impedía que aquello se convirtiera en un baño de sangre al que no sobrevivirían ni los

benditos menores.

Los guardias rehuían la mirada de Kai, contemplando la cubierta o mirando a Narrein. Seguramente fueran propiedad de los expositores enviados por los conspiradores de Nient-arik; la intención ígnea había matado al menos a dos, y Kai no estaba seguro de si había más buscando a Tenes y a Sanja. Shiren miró de reojo a Arnsterath, como esperando que interviniera. Pero esta no reaccionó en absoluto.

La balsa redujo la velocidad y pasó por encima de los últimos escalones de piedra que descendían hasta la plaza del muelle. El canal discurría perezosamente a través de las elodeas que crecían en los bloques de piedra rotos que antaño habían conformado el puente. Ramad probó de nuevo:

—Deberíais marcharos. Ahora que aún podéis. Es evidente que Nient-arik no os prestará ayuda. —Se dirigía claramente a los benditos menores.

—Estás muy seguro de eso, ¿eh? —dijo Narrein con desprecio desde la columna de dirección.

—Si tú no lo estás, es que no conoces demasiado bien a los de Nient-arik —respondió Ramad con clara ironía—. Este no es su primer intento de usurpar el gobierno del Mundo Emergente.

La balsa descendió en espiral hasta el patio cercado. Con una sacudida y un golpe sordo, aterrizó cerca de la cuenca del canal. No se veía movimiento ni se oía nada salvo una brisa que mecía los juncos; ni rastro de Ziede, Sanja y Tenes. Las grandes puertas que conducían al establo y las cuevas del muelle seguían cerradas.

Shiren frunció el ceño mientras escudriñaba el patio.

—¿Dónde está la bruja? —quiso saber—. ¿Ha escapado con la piedra?

—Está aquí —respondió Arnsterath, señalando con la barbilla la entrada del establo.

Kai se giró en esa dirección. Tres cuerpos tendidos, desmoronados justo debajo de las sombras del arco de entrada. Dos guardias mortales y una figura vestida con un caftán de estilo enalin. Era de esperar, aunque a esa distancia costaba saber si los había matado Tenes o si había sido Ziede. Dahin se incorporó para ver qué estaban mirando todos y se echó a reír.

—No se marchará sin Kaiisteron —añadió Arnsterath. Su voz

sonaba tan tranquila como siempre, pero algo oscuro acechaba bajo ese tono, el indicio de una emoción que Kai no identificaba.

Shiren apretó los labios; la expresión de Narrein se volvió aún más taciturna. Arnsterath hizo un gesto, manipulando una intención. Antes de que Kai pudiera ponerse alerta, el familiar se dio la vuelta, saltó por la borda hasta el patio y caminó hacia las puertas cerradas del establo.

Se movía con fluidez, en absoluto como una persona sin voluntad propia. La conexión entre un expositor y su familiar era algo que Kai nunca había entendido, salvo por lo poco que necesitaba saber para romperla. Arnsterath debía de ser capaz de darle órdenes que el familiar estaba obligado a cumplir; no parecía distraída, cosa que habría pasado si fuera ella quien controlara sus movimientos.

—¿De dónde has sacado a tu amigo? —le preguntó Kai.

—Es un regalo de Nient-arik. Se llama Viar. —Arnsterath no apartó la vista de la entrada del establo. Viar avanzaba hacia allí despacio, deteniéndose a veces para tocar el pavimento sucio, buscando posibles trampas en forma de diseño o de conjuro—. Por supuesto, su idea era que yo fuera un regalo para él. Pero no salió como habían planeado.

—¿Abrirá las puertas? —preguntó Shiren con la voz tensa.

—Lo intentará. —Arnsterath la miró—. Y vosotros podríais ayudarle.

Shiren y Narrein intercambiaron una mirada cautelosa.

—Tú quédate aquí —dijo Narrein—. Si el demonio se mueve, utiliza el arma. Mata al apóstata si es preciso.

Dahin soltó un siseo de fastidio. Narrein se dio la vuelta para salir de la balsa e indicó a los guardias que lo acompañaran.

—Haz algo útil, vanguardista —añadió el bendito menor.

Ramad miró a Kai con las cejas levantadas. Todo dependía de Ziede y Tenes, pero era mejor alejar a Ramad de Arnsterath. Kai asintió brevemente.

Ramad se levantó, reprimiendo una mueca sin mucho éxito; se movía como si le dolieran las costillas. Bajó de la balsa detrás de los reticentes guardias; Narrein lo siguió.

Viar, que no había hallado trampas en el pavimento, ya había alcanzado las pesadas puertas metálicas que ocupaban el inmenso

arco; tenían marchas de verdín y la parte inferior estaba un poco corroída. Narrein les dijo algo a los guardias mortales, que se quedaron esperando mientras Viar examinaba las puertas con cuidado y comprobaba la cerradura central.

Kai se moría de ganas de advertir a Ziede, aunque Arnsterath los estuviera escuchando. Pero era evidente que Tenes y ella tenían algo planeado. Arnsterath seguía siendo una demonio; el conjuro de floración de Tenes solo supondría una pequeña molestia para ella, suponiendo que Tenes lograra acercarse lo suficiente para utilizarlo. Estaba claro que Arnsterath sabía que Ziede tramaba algo y estaba segura de poder contrarrestarlo. Y a Kai le daba miedo que así fuera, gracias a sus habilidades y al arma del Pozo de Shiren.

La puerta no cedía. Narrein había sacado algo metálico de su tabardo, alguna herramienta de los benditos inmortales. Se adelantó para utilizarla en la cerradura.

Lo único que podía hacer Kai sin provocar que mataran a Dahin era distraer a Arnsterath. Se movió lo justo para que esta volviera a mirarlo a él.

—¿Dónde has estado? Todo este tiempo.

La mirada de Arnsterath se tornó ausente, como si le costara hacer memoria.

—Me marché con los demás. No sé qué hicieron ellos. Me daba igual. Yo iba a volver a casa.

Después de tanto tiempo, seguía resultando exasperante.

—Para morir inútilmente en las Tierras Llanas.

—Sí —contestó—. Pero había legionarios; tenían órdenes de acudir aquí. No fui capaz de burlarlos, así que decidí ir a donde me llevara el camino. Robé el cuerpo de un expositor. Igual que tú. Utilicé el Pozo de los jerarcas para luchar. Igual que tú.

Dahin giró la cabeza, frunciendo el ceño con consternación, e intentó que Kai le mirara a los ojos.

—Yo jamás he utilizado el Pozo. Jamás —dijo Kai. Logró no añadir: «Porque entonces sí que me habría convertido en una abominación». Arnsterath sabía lo que le estaba haciendo.

Al otro lado del patio, Narrein dio un paso atrás e hizo un gesto. A regañadientes, los guardias mortales y Ramad se acercaron para intentar forzar las puertas.

Kai tenía que conseguir que Arnsterath siguiera hablando.

—¿Por qué colaboras con los conspiradores de Nient-arik?

—Ellos me liberaron. Estuve encerrada. —Frunció un poco el ceño al recordarlo, arrugando la frente lisa—. Había intentado viajar al sur, pero me encontraron los Nahar. Luché para ellos hasta que… quisieron librarse de mí.

Kai, perplejo, tardó un momento en recordar ese nombre. Los Nahar eran la familia que había colaborado con los jerarcas para entregar Nient-arik sin ofrecer resistencia. Ahora que habían pasado tantos años, Kai sospechaba que probablemente esa les había parecido la mejor forma de sobrevivir a una situación calamitosa. Pero en esa época, para los demás ariké y la coalición, aquel había sido el acto de perfidia definitivo.

Los Nahar habían terminado sucumbiendo durante una pugna con otros herederos de Nient-arik, la rama Reharán de la familia. Todo eso había sucedido hacía más de sesenta años, durante la guerra e inmediatamente después. Kai no sabía si creer lo que decía Arnsterath. No sabía si quería entenderlo siquiera.

—Los Nahar desaparecieron después de la guerra —le dijo—. ¿Cuánto tiempo estuviste prisionera?

Arnsterath sacudió la cabeza levemente, como si el tiempo fuera un concepto demasiado difícil de comprender. O como si estuviera recibiendo algún tipo de mensaje de Viar que la distraía. La puerta no se movía, y Narrein estaba utilizando la herramienta de los benditos inmortales para cortar el metal o hacerle algo a la cerradura. Kai seguía sin percibir a Ziede.

—Hasta que estos Nient-arik me liberaron —dijo entonces Arnsterath.

Eso no se lo esperaba. Kai sabía que su expresión revelaba demasiado.

—No querrás decir…

Arnsterath recuperó su sonrisa. Disfrutaba viendo su consternación.

—Me dejaron salir hace siete Vientos Fríos. No recuerdo cómo llaman aquí al invierno.

Había pasado al menos cincuenta años cautiva, según el cálculo ariké.

Se oyó un grito procedente de la entrada y Dahin se giró con brusquedad, sobresaltado. Se había abierto una rendija entre las

puertas, aunque no lo bastante grande para un guardia. Kai miró a Ramad, que estaba un poco apartado del grupo de mortales. Su expresión era de alarma mal reprimida.

Narrein escuchaba a alguien que hablaba desde el interior del establo. Luego se dio la vuelta y habló a Shiren en voz alta:

—Cuidado. Una sirviente mortal va a salir con un mensaje.

Kai no tenía ni idea de lo que planeaban Ziede y Tenes, pero estaba claro que intentaban ganar tiempo.

—Solo es una niña mortal —les dijo.

—Nosotros no matamos niños —replicó Shiren con aire digno y decidido.

Arnsterath torció la boca en un gesto de diversión, una expresión dolorosamente familiar para Kai.

—No finjas que eso te importa, bendita menor.

—Te has acostumbrado demasiado a vivir entre mortales salvajes —replicó Shiren.

—Sí, porque los inmortales salvajes son mucho mejores —dijo Dahin con rencor.

Shiren apretó los dientes.

—Demonio, dile al apóstata…

Kai ya estaba más que harto de los benditos inmortales.

—Dahin se ha vuelto así por culpa vuestra, no nuestra —le dijo con firmeza.

Shiren lo fulminó con la mirada, pero en ese momento Sanja salió por la rendija entre las puertas.

Miró a su alrededor con evidente miedo. Casi demasiado evidente; Kai la había visto asustada otras veces y no tenía ese aspecto. No parecía estar herida; llevaba la túnica y el pantalón arrugados y sucios, pero se debía al trayecto en la barca y a que habría estado deambulando por aquel muelle y aquel establo inmundos. Hablaba en voz tan baja que Kai no pudo oírla.

Después de escucharla, Narrein se volvió hacia la balsa.

—Traed aquí al demonio y al apóstata.

—¿Y qué pasa con Saadrin? —preguntó Kai. Quería hacer un último esfuerzo por conseguir ayuda o al menos una distracción por su parte.

Shiren miró de reojo hacia el camarote donde Saadrin seguía engrilletada y furiosa. A la bendita menor no parecía complacerle

que Kai hubiera mencionado a su otra cautiva.

—Ella se queda donde está. —Shiren la señaló con el arma del Pozo.

Arnsterath no hizo nada tan evidente como encogerse de hombros, pero sí que ladeó la cabeza, dándole permiso a Kai. Este se levantó, le dio la mano a Dahin y se lo llevó. Los dos bajaron de la balsa y caminaron hacia las puertas del establo.

Cuando ya estaban lo bastante cerca para oírlos, Shiren les ordenó detenerse.

Sanja estaba cabizbaja, aparentando estar demasiado asustada para mirar a nadie a la cara.

—Adelante, niña. Habla —la apremió Narrein.

Sanja habló, dirigiéndose a los adoquines del suelo:

—Mi maestra, la bruja, dice que está dispuesta a intercambiar la piedra de búsqueda por las vidas de sus compañeros, si primero le permitís utilizarla para localizar y liberar a Tahren Stargard. Le pide a Kaiisteron que coopere y recuerde cómo escaparon juntos de los Salones Estivales —añadió.

La mente de Kai empezó a pensar a toda velocidad. Que cooperara. Que no intentara detener lo que estaba ocurriendo, que permitiera que Ziede (¿y también Tenes y Sanja?) se ocuparan de todo. Cómo escaparon juntos de los Salones Estivales. *¿En un andamuros? ¿Con Bashasa? Ziede y Tahren se fueron por su lado, con Dahin. Yo salí con Salatel y la escolta*… Eso no tenía sentido; no entendía a qué se refería.

—No podemos fiarnos de ella —dijo Shiren con frustración—. Necesitamos la piedra de búsqueda ya.

Mirando todavía el suelo, Sanja se sorbió la nariz, al borde del llanto.

—Yo solo digo lo que me ha dicho ella. Tahren Stargard es su esposa, debe rescatarla.

—Nosotros mismos liberaremos a la Caída una vez que nos entregue la piedra de búsqueda —dijo Narrein.

Era una mentira evidente; a Kai no le hizo falta ver el fugaz cambio en la expresión de Shiren para saberlo. Arnsterath, concentrada, observaba a Sanja. Miró de reojo a Viar un momento, para ver si seguía atento a posibles trampas.

¿Ziede estaría invocando un vendaval dentro del establo? El aire

estaba en calma. Tenes y ella podían estar construyendo algún conjuro destructor, pero Arnsterath podía contrarrestarlo con las intenciones que seguramente ya tuviera preparadas. Viar también llevaría encima algunas intenciones para su ama. En ese sentido, un familiar expositor sería mucho más útil que un familiar brujo.

Ziede tenía que saberlo, por lo que había visto en la balsa antes de tener que sellar su mente. Y Arnsterath sabía que Ziede lo sabía. A menos que a Tenes se le hubiera ocurrido algo inesperado. Algo que no se pudiera contrarrestar.

Tenes tenía afinidad con los espíritus de la tierra, algo que no resultaba muy útil en el mar o los canales. Pero en esa cueva, la cosa era distinta. ¿Qué sabía Arnsterath de Tenes? ¿Aclines habría consentido que un demonio poderoso se acercara siquiera a él o a su familiar? Desde luego, no habría compartido nada de información con Arnsterath.

Sanja no había respondido. Narrein insistió:

—Vuelve a entrar y dile que primero debe entregarnos la piedra de búsqueda.

—Oh. —Sanja levantó la mirada. Tenía los ojos muy abiertos e hizo algo con los hombros y el ángulo de la cabeza que restaba al menos dos años a su ya de por sí corta edad. Kai, incluso distraído, se quedó impresionado—. Ah… Pero… Ella es mi maestra, no me…

—Entra y dile lo que te hemos dicho. —Narrein parecía impaciente—. En cuanto nos entregue la piedra de búsqueda, Tahren Stargard será liberada.

La boca de Sanja empezó a temblar y una lágrima le resbaló por la mejilla.

—Si vuelvo y le digo que os habéis negado, me da miedo que me haga daño.

Shiren apretó los labios, pero logró mantener la calma:

—Niña, ella te ha enviado a negociar. Tú vuelve y dile…

Los ojos de Sanja se inundaron de lágrimas.

—Me ha dicho que me quede aquí. Me da miedo. Por favor…

Ziede necesita que Sanja se quede fuera. Por lo que va a ocurrir dentro, dedujo Kai. Ziede había hecho salir a Sanja porque eso era menos peligroso para la niña que lo que Tenes y ella estaban haciendo dentro.

—Niña… —volvió a probar Narrein.

—¡Señora bendita, sálvame, por favor! —Sanja había identificado a Shiren como la más propensa a dejarse llevar por sus sentimientos, el objetivo más fácil. Dio unos pocos pasos vacilantes, con las manos extendidas, y luego cayó de rodillas. Ahora estaba más cerca de Kai—. ¡Por favor!

Kai sintió una leve vibración en el pavimento. Arnsterath levantó la cabeza, repentinamente alerta. Kai avanzó un paso para que Arnsterath volviera a centrarse en él. Los benditos menores se pusieron rígidos y observaron a Kai con suspicacia.

—Ziede no es conocida por su mesura. Y es imposible que confíe en vosotros —dijo Kai.

Shiren levantó el mentón, desdeñosa.

—A diferencia de los mortales y los apóstatas, nosotros no mentimos…

Dahin resopló y se movió de lado para acercarse a Kai.

—¡Que no mienten! ¡Ja! ¡Habéis participado en una conspiración para usurpar el Mundo Emergente! Lo siento, pero eso implica mentir.

—Y en la captura de una cohorte y la escolta de una oficial —apuntó Ramad.

Estaba claro que ambos habían captado el mensaje de que debían ganar tiempo.

—Eso también —coincidió Dahin—. ¿Por qué iba a creeros nadie…?

El suelo palpitó bajo los pies de Kai. El aire cambió; el olor omnipresente del canal fue eclipsado por otro más parecido al de Gad-dazara, a las secuelas de una tormenta eléctrica. Entonces Kai entendió a qué se refería Ziede. Cómo habían escapado juntos de los Salones Estivales. *Huyendo de una inundación.*

Arnsterath no se giró hacia Kai. Extendió el brazo, pero Kai se abalanzó primero. El diseño que le arrojó pasó de largo, rozando la periferia de sus sentidos.

Kai levantó a Sanja en vilo y se la lanzó a Ramad. Shiren disparó con su arma del Pozo, pero Dahin se interpuso, protegiendo a Kai de la mayor parte de sus efectos. En la mano de Arnsterath apareció otra intención, los guardias se giraron hacia ellos, Dahin empezó a desplomarse y Kai percibió otra intención procedente de Viar.

Dentro del establo retumbó un rugido. Las puertas metálicas se

abrieron de sopetón y un muro de agua de color verde grisáceo brotó del interior con la fuerza de una avalancha.

Kai solo tuvo tiempo para actuar, no para pensar. Mientras Dahin se desmoronaba por el impacto del arma del Pozo, Kai lo agarró por el abrigo. Y entonces el torrente lo golpeó como el proyectil de una catapulta.

Al contacto con el agua, el dispositivo de respiración de Kai se reactivó, pero no pudo hacer nada contra el peso y el empuje de la inundación. Kai se concentró en no soltar el abrigo de Dahin y en mantener la boca cerrada. Ojalá se hubiera dejado puesto aquel estúpido tapón nasal.

Rodaron sobre algo duro y doloroso y luego chocaron contra una reja metálica. Semejante golpe habría aturdido a un mortal; tenía que llegar hasta Ramad y Sanja cuanto antes. Abrazó el pecho de Dahin y con el otro brazo se impulsó por los barrotes de metal.

Salieron a la superficie. Kai comprobó con alivio que Dahin escupía agua, tosía y forcejeaba débilmente.

—¿Esto no lo hicimos ya? —dijo Dahin sin aliento, agarrado a la reja.

—Esta vez ha sido a propósito —contestó Kai. La inundación los había llevado al otro lado del patio, hasta la puerta exterior cerrada donde antaño había estado el puente. Habían ido a parar a los barrotes oxidados del rastrillo.

El torrente salió por la gran compuerta abierta del canal casi tan deprisa como había brotado del establo. Las puertas del muelle resistieron, concentrando la potencia inicial del agua; debían de estar atascadas por el otro lado con restos de embarcaderos y barcas rotas.

Kai no conseguía ver a Ramad ni a Sanja en aquella confusa masa de cuerpos flotantes y aguas revueltas. La balsa de ascensión giraba mientras subía con la corriente. Flotaba demasiado bien para volcar, pero si mantenía el rumbo actual, terminaría saliendo por la compuerta. Iba a pasar justo al lado de Kai y Dahin. Pero cuando la balsa giró, Kai vio que Arnsterath seguía a bordo, inclinada sobre la barandilla, con la ropa empapada. Intentaba ayudar a subir a su familiar Viar, aferrado al costado de la balsa. Seguramente Arnsterath había echado a correr nada más detectar la trampa, y le había ordenado a Viar que regresara con ella.

—Necesitamos esa balsa —rugió Dahin.

—Prepárate. —Kai lo soltó, trepó por el rastrillo y apoyó los pies en los barrotes entrecruzados para coger impulso.

—No te preocupes por mí, hazlo —dijo Dahin, que subía detrás de él.

Cuando la balsa pasó girando a su lado, Kai saltó.

Aterrizó en la cubierta. Tras él oyó un grito de dolor; Dahin acababa de chocar contra el costado. Arnsterath izó a Viar hasta la balsa, lo soltó y se giró velozmente hacia Kai.

Pero Kai no había cargado contra ella.

Viar cayó en cubierta, aturdido por la inundación. La diadema de oro que llevaba en el pelo quizá fuera el amuleto que contenía la poderosa intención que convertía su mente y su cuerpo en esclavos de Arnsterath. Pero Viar había perdido el abrigo, y el colgante de su cuello ahora descansaba encima de la túnica, en lugar de quedar escondido debajo. Era un viejo broche de madera, con el emblema del lobo de las llanuras de los saredíes Kanavesi grabado en él.

En lugar de atacar a Arnsterath, Kai se lanzó sobre Viar. Agarró el broche Kanavesi y aplastó con el puño aquel trozo de madera quebradiza. *Si me he equivocado*… Solo le quedaba confiar en que Ziede y Tenes consiguieran encontrar a Ramad y Sanja.

Viar se desembarazó de Kai con brusquedad. Levantó la mirada; sus ojos estaban abiertos de par en par, lúcidos y furiosos.

Una intención golpeó el hombro de Kai, abrasándole la manga como un ascua ardiente que se le hundió en la piel. Kai retrocedió a trompicones mientras luchaba por arrancarse los zarcillos del interior y cayó de espaldas contra el banco.

Pero Viar se abalanzó sobre Arnsterath. Extrajo varias intenciones de su pecho, las mismas que ella le obligaba a transportar, y se las arrojó. Arnsterath retrocedió y sacudió la mano para lanzarle una intención a Viar. Este vaciló, pero estaba demasiado encolerizado y desesperado para detenerse. Embistió a Arnsterath y los dos forcejearon. Cada vez que la tocaba, Viar le transfería sus propias intenciones, mientras ella le devolvía otras.

Kai no conseguía ponerse de pie. Tenía que sacar esa intención de su cuerpo antes de que le alcanzara el corazón. Tanto si ganaba Viar como si lo hacía Arnsterath, quien sobreviviera iría luego a por Kai, que terminaría muerto o convertido en familiar. En ese

momento Dahin subió por el costado de la balsa, aterrizó en cubierta y entró a gatas en el camarote.

Kai se dobló en dos al sentir que el fuego le atravesaba nuevamente las venas. Se concentró en su interior, y el aluvión de dolor y desesperación le permitió aferrar el diseño y arrancárselo del bíceps. Se disipó nada más abandonar su carne.

Saadrin salió violentamente del camarote mientras se arrancaba la mordaza metálica de la boca.

Arnsterath y Viar, todavía enzarzados en combate, se estrellaron contra la barandilla. La expresión de Saadrin iba más allá de la furia, pero aun así vaciló, claramente consciente de la nube de intenciones que envolvían a la demonio y al expositor. Miró a Kai. Aunque este tenía la garganta casi cerrada por el calor que le había abrasado el cuerpo, movió los brazos como para dar un empujón.

Saadrin asintió, ceñuda, y avanzó a grandes zancadas hacia ellos, que seguían forcejeando y volvieron a chocar contra la barandilla. Viar le daba la espalda a Saadrin, así que esta lo agarró de los tobillos, lo levantó en vilo y lo empujó, todo en un solo movimiento. Viar vociferó y Arnsterath soltó un rugido, pero ambos se precipitaron por el costado de la balsa y cayeron al agua.

Dahin avanzó a trompicones hasta la columna de dirección y trató de hacerse con ella. La balsa se elevó a toda velocidad, alejándose del agua. Kai se dejó caer en el banco. Solo le quedaba confiar en que Saadrin no decidiera arrojarlo por la borda a él también. Se apoyó frenéticamente en la barandilla para levantarse, y entonces vio a Ramad y a Sanja.

Estaban subidos al terraplén, a un lado de la entrada del muelle; los dos estaban empapados, pero a salvo del torrente. Sanja debía de haber advertido a Ramad con la suficiente antelación para escapar de la embestida del agua, y los dos habían trepado hasta ponerse a salvo. Kai los señaló.

—¡Allí! —dijo con voz ronca.

—¡Los veo! —exclamó Dahin—. ¡Tía Saadrin, por el puto Pozo, agáchate! ¡Eres como una diana gigante!

—¡A mí no me hables así, niño! —Pero Saadrin se agachó. Dahin hizo virar la balsa y esta se escoró. Kai percibió que un diseño a medio formar pasaba de largo por muy poco. Tocó la perla de Ziede para hablarle: *Ziede, salid ya, tenemos la balsa. Arnsterath y su*

familiar han caído al agua.

Ya voy, respondió ella. Se alegraba muchísimo de oír su voz. Kai quiso reírse, pero le dolía demasiado la garganta.

El inmenso terraplén apareció frente a ellos. Dahin estuvo a punto de estrellar la balsa contra la pendiente; la maleza iba arañando el metal bendito. Kai intentó levantarse para ayudar, pero en ese momento Sanja subió por la barandilla y Ramad apareció a su lado.

—Agachaos —graznó Kai mientras Dahin elevaba de nuevo la balsa y se dirigía al canal.

Sanja se aplastó contra la cubierta, temblorosa pero sonriente. Ramad se agachó, pero cruzó la balsa hasta Kai, que estaba acurrucado en el banco.

—¿Estás bien? —le preguntó—. ¿Dónde están…?

Ziede aterrizó en la balsa, llevando en brazos a Tenes, inconsciente. Kai se deslizó hasta el suelo para que Ziede pudiera dejar a Tenes en su regazo. Las dos estaban empapadas, y Tenes tenía los brazos embarrados hasta los codos.

La balsa se alejó velozmente en dirección este. Kai supo que estaban sobrevolando los fosos concéntricos, siguiendo la antigua ruta del puente destruido y pasando sobre la ciudad desierta. Esta vez, mientras le daba palmadas en la cara a Tenes para reanimarla, Kai no se molestó en volverse para mirar los Salones Estivales.

Dahin soltó una carcajada fuerte, libre y sin rastro de amargura.

—¿Y ahora adónde vamos?

Saadrin, agazapada junto a la columna de dirección, se incorporó. Había manchas de sangre en la tela amarillo claro de su tabardo, y tenía una magulladura descolorida en el lado derecho de la cara. Sin duda había peleado contra el bendito inmortal Faharin, y probablemente también contra Narrein y Shiren.

—¿Alguien me va a explicar qué está pasando, en nombre del sagrado Thosaren? ¿Es una conspiración de mortales?

Ziede no se molestó en contestar. Sacó la piedra de búsqueda de su túnica.

—Ahora iremos a buscar a Tahren —dijo.

Sanja se arrodilló y se recostó contra el banco, al lado de Ziede.

—¿Puedes utilizarla? ¿Necesita alguna magia especial?

—Cualquiera puede utilizarla —le explicó Kai sin dejar de mirar

a Tenes. —Por eso es tan peligrosa para los benditos inmortales.

—Empleaban estas piedras para mantenernos bajo control —dijo Saadrin, tan inesperadamente que hasta Dahin se volvió para mirarla—. Los jerarcas. Os mentí: no hay ninguna en el Conventículo. Creíamos que las habíamos destruido todas. No sabía que todavía existía una. Si la hubieran conseguido, Faharin y el patriarca al que servía habrían obtenido un inmenso poder.

—Ya sé que nos mentiste —dijo Ziede, estudiando la piedra con el ceño fruncido. Kai notó otro extraño hormigueo en la periferia de su consciencia, un malestar que no era el de la balsa de ascensión—. Puedes quedártela cuando hayamos terminado. Dahin, mantén rumbo este.

—Sí, ahora ya a nadie le interesa buscaros. Solo nos gustaría que desaparecierais todos —le dijo Dahin a Saadrin.

Saadrin no contestó, mirándolo con una mezcla de preocupación y confusión. Kai quería hablar con Dahin, pero primero tenía que atender a Tenes. Pensó en Bashasa y sintió de nuevo una profunda punzada de pesadumbre; Bashasa siempre había parecido capaz de hacer cien cosas a la vez: tranquilizar a los asustados, negociar con los furiosos, trazar planes y estrategias. Allí estaban todos, con la ropa chorreando y sin comida ni agua, y Kai ni siquiera sabía si había alguna cosa de utilidad en aquella balsa ridícula.

Y no podía evitar la sospecha de que había tenido una solución a su alcance. Si hubiera convencido a los benditos inmortales de que permitieran que Ziede utilizara la piedra para buscar a Tahren. Si, sesenta años antes, se le hubiera ocurrido buscar a Arnsterath o a algún otro de los demonios perdidos…

Ramad intentó secarse la cara con la manga mojada.

—¿De verdad habéis perforado el muro interior de los Salones Estivales? ¿Habéis hecho un túnel en el terraplén? ¿Cómo lo habéis conseguido?

Sanja estuvo encantada de explicárselo:

—Cuando os fuisteis, nos pusimos a explorar. Sobre todo en ese establo tan grande, al lado de donde estaban las barcas antes. Se metía en la ladera de la colina; había muchas habitaciones, pero no tenían más que basura. Al llegar al fondo vimos un muro de piedra, pero estaba húmedo. Tenes decía que no le parecía que aquel lugar pudiera aguantar muchos años más, que al otro lado del muro había

pasado algo y que el agua terminaría por atravesarlo. Bueno, hubo algunas palabras que yo no entendí, así que tuvo que explicármelo con gestos, pero la idea era esa.

»Entonces oímos a unos tipos; debían de haber registrado los embarcaderos mientras nosotras estábamos dentro, y Tenes les hizo vomitar flores. Cuando íbamos a subir para avisaros llegó Ziede, y Tenes dijo que podía hacer que los espíritus de la tierra agrandaran los agujeros del muro de las goteras.

Tenes parpadeó, inspiró una temblorosa bocanada de aire y se agarró con fuerza al brazo de Kai.

—Ha funcionado. Estás con nosotros —la tranquilizó él.

Tenes arrugó la frente, pero la frenética confusión de su mirada se transformó en alivio y dejó de estrujarle el brazo.

—¿Seguimos hacia el este, Ziede? —preguntó Dahin.

—Sí. —Su voz sonaba rara. Al levantar la mirada, Kai vio que observaba fijamente la piedra de búsqueda con el ceño fruncido.

Dahin se echó a reír.

—¡Tendría gracia que nos dirigiéramos a Benais-arik! El mismo lugar al que nos llevó Bashasa cuando escapamos de aquí la primera vez.

—Sí —dijo Ziede con severidad, mirando a los ojos a Kai—. Tendría gracia.

EL PASADO: EL VIAJE

Los príncipes herederos de las ciudades-Estado ariké siempre se eligieron entre las familias poderosas, legatarias de una tradición marcial en declive… Los vástagos de dichas familias podían ascender al estatus de príncipe heredero gobernante mediante la combinación de tres factores: la aprobación de un consejo de artesanos y comerciantes, el apoyo de las demás familias candidatas y la aclamación popular de la ciudad. Los candidatos debían ser personas reconocidas y participar activamente en las obras de caridad y los negocios de su ciudad. Los príncipes herederos más populares servían durante un mandato de varios años. Este sistema era muy vulnerable a la manipulación, y la rivalidad entre las familias candidatas podía llegar a ser muy intensa, pero la violencia era inusual y estaba mal vista…

… tras la masacre indiscriminada del Arkai, los jerarcas decidieron que los ariké, debido al dominio que ejercían sobre las rutas comerciales y sus artesanos y granjeros, les eran más útiles vivos que muertos. Al menos temporalmente.

—Diario de Hiranan Desal, difunta princesa heredera

Kai se despertó sudoroso y lleno de calambres. El súbito cese de movimiento lo había arrancado del sueño como un puntapié en las costillas. Era de noche; no había más luz que la de las estrellas y la media luna. Estaba acurrucado en el suelo de madera, apretujado contra la parte delantera del palanquín. Se oían voces adormiladas, protestas y gemidos de dolor. Kai vio una figura que iba de un lado a otro y se dio cuenta de que era Bashasa.

—¿Qué ocurre?

—Hemos cruzado el río —contestó Bashasa mientras se agarraba a las sogas, recortado contra el cielo nocturno—. Queremos acampar, pero tenemos que destruir el puente para que los legionarios (porque es inevitable que nos persigan) tengan que cruzarlo aguas abajo.

—¿Hay tiempo? ¿A qué distancia están? —Kai se incorporó. La ropa se le había secado casi del todo; tan solo la tela que había quedado aplastada entre su cuerpo y el suelo del palanquín seguía mojada; notaba el costado desagradablemente húmedo. Kai no dejaba de parpadear, esperando a que la vista se le acostumbrara a la oscuridad. Pero entonces se dio cuenta de que quizá eso no iba a ocurrir.

Estaba en el cuerpo equivocado, había matado a una jerarca y ayudado a matar a otro, pero eso no había solucionado nada. Kentdessa seguía muerta y Kai nunca volvería a ser un saredí. Quiso acurrucarse de nuevo como un animal herido, pero eso tampoco habría resuelto nada. Con todo, se sentía mejor que antes de montar en el andamuros.

—Ziede ha estado explorando y no ha visto perseguidores de momento. —Bashasa empezó a pasar una pierna por encima de Kai —. Eso significa que teníamos razón y que los legionarios de Stios han ido primero a los Salones Estivales, a falta de órdenes más concretas.

Mucha gente había dormido en el suelo; ahora despertaban, confusos, pero no había sitio para moverse. Kai agarró a Bashasa por la pierna, suponiendo que de lo contrario el príncipe heredero bajaría del palanquín y Kai tendría que perseguirlo para obtener

respuestas.

—¿Cómo vas a destruir el puente?

Bashasa forcejeó para soltarse.

—¡No tengo ni idea! Dudo que alguno de los que estamos aquí tenga pólvora. Tendré que consultarlo con los demás.

Kai no lo soltó, dejó que Bashasa, que intentaba llegar a la portezuela del palanquín, lo arrastrara hasta quedarse sentado.

—¿El puente es de madera?

Bashasa se detuvo y se inclinó para ver mejor a Kai. Salatel chocó con su espalda. Se movía con cuidado por el palanquín, intentando despertar a las demás soldados a puntapiés sin molestar a nadie más.

—Algunas partes sí —contestó Bashasa—. ¿Qué tienes en mente, Cuarto Príncipe?

—Que el puente necesita esas partes para no venirse abajo —respondió Kai.

Kai tenía muchas más ganas de bajar del andamuros que de montar en él; una vez que consiguió estirar las piernas agarrotadas, se descolgó fácilmente por la red del costado. Bashasa descendió por la escalera, Salatel los siguió y las demás soldados bajaron de los compartimentos inferiores, de tal manera que todos pisaron el suelo al mismo tiempo.

Los andamuros se habían detenido en un campo pedregoso con hierba rala y algunas arboledas altas, simples siluetas oscuras recortadas contra el cielo nocturno. Las aves nocturnas cantaban y volaban sobre ellos, molestas por la llegada de tres andamuros y un montón de mortales exhaustos. El aire fresco olía a agua y barro de río. La visión nocturna de Kai era un poco mejor allí abajo, ya que el techo del palanquín había dejado de tapar la luz de la luna.

Tal vez no pudiera esperar nada mejor. Quizá la capacidad de ver en la oscuridad fuera un aspecto de su naturaleza demoníaca que había dejado atrás, con el cuerpo de Enna.

Bashasa se orientó en la oscuridad y se dio la vuelta.

—¡Por aquí! —exclamó, caminando a zancadas hacia la linde de los árboles, seguido por Salatel y sus soldados. Kai los siguió. Al pasar por detrás del andamuros, tropezó con una gran losa de piedra cuadrada. Conque esa era la carretera. Flexionó el pie dolorido con una mueca. Le iba a costar acostumbrarse.

El grupo siguió la carretera en dirección al río y el rumor del agua. Más siluetas aguardaban entre los árboles. Kai reconoció la figura alta de Tahren; la luz de la luna se reflejaba en su cabello. El río era una ancha extensión de oscuridad moteada de plata. Varias voces que discutían en ariké casi eclipsaban el coro de ranas que croaban entre los juncos. La voz de Ziede se alzó para hacerse oír y preguntó en imperial:

—¿Ya sabemos qué vamos a hacer?

—El Cuarto Príncipe tiene una idea —contestó Bashasa, rompiendo el repentino silencio.

Más adelante, donde la carretera se encontraba con la orilla del río, se alzaba el puente, una gran sombra que cruzaba la resplandeciente franja de agua. Descansaba sobre unos altos pilotes de piedra, pero carecía de arcos y barandillas; era una sencilla superficie plana de madera. Kai había visto muchos puentes durante la guerra en Erathi y las Tierras Fronterizas y, sinceramente, se había imaginado algo distinto, más decorativo o más burdo. Desde luego, nada tan sólido ni tan claramente diseñado para durar. Y además, los encargados de destruir puentes siempre habían sido los demonios de más edad.

Kai caminó hasta el borde de la rampa y se agachó para palpar las tablas de madera y los pernos de metal. Bashasa había dicho que no disponían de pólvora. Levantó la voz y preguntó:

—¿Alguien sabe algo sobre este puente? ¿O puentes parecidos? ¿Cuál es el punto más vulnerable?

—¿Las ligazones? —sugirió una voz con acento ariké.

Kai no sabía qué era una ligazón.

—Acércate y enséñamelo —dijo.



No iba a ser tan sencillo como esperaba Kai. Alguien tuvo que ir corriendo a buscar lámparas para poder ver mejor mientras Nirana, la soldado ariké que había hablado, intentaba describirle de qué forma las ligazones afianzaban el puente. Pero ningún ariké tenía suficiente vocabulario imperial para hacérselo entender a Kai. Enseguida descubrieron que nadie tenía papel ni útiles de dibujo; formar un diagrama humano con las demás soldados tampoco sirvió

de nada, por mucho que Nirana extendiera los brazos e hiciera que Hartel asomara la cabeza entre ambos mientras decía: «Así». Al final Kai se rindió.

—Voy a meterme debajo para verlo —dijo.

Para entonces, Bashasa ya había enviado una escolta de exploradores al otro extremo del puente para vigilar la carretera. Después el príncipe heredero, Tahren, Ziede y las demás se habían marchado; Kai esperaba que estuvieran haciendo algo para impedir que los legionarios los encontraran. Él se quedó con Salatel, su escolta y Dahin, que, cansado de hacer sugerencias, se había sentado en el borde del puente, meneando las piernas sobre el río.

—Avísame si puedo hacer algo —dijo con un bostezo.

Kai se despojó del abrigo y la falda para moverse con más facilidad. Aunque todavía iba vestido con la túnica y las calzas, su aspecto pareció escandalizar a las soldados, que se apresuraron a apartar la mirada o darle la espalda. Ignorando los murmullos de indignación, Kai se descolgó por el borde del puente hasta el laberinto de pilotes de piedra y soportes de madera que había debajo. Hartel se inclinó para pasarle una lámpara de arcilla esférica con un gancho de metal, Kai la colocó con cuidado en el extremo de una viga.

Agazapado sobre uno de los soportes transversales, Kai vio por fin lo que le había intentado describir Nirana. Los soportes encajaban de tal modo que, si el extremo de uno se venía abajo, toda la viga se desequilibraría y podría caer. Nirana le había dicho varias veces que era similar a una silla, pero los saredíes no empleaban esa clase de construcciones. Ni tampoco sillas.

Kai estiró el brazo para tocar el extremo de la viga y buscó alguna gota de vida. Le había funcionado con una hoja; debería funcionar también con un trozo de madera. Ambas cosas procedían de los árboles, que claramente eran seres vivos.

Sin embargo, la vida que le quedaba a esa viga era increíblemente débil y lejana, como un recuerdo tan borroso que solo se podía ser consciente de su ausencia.

Kai soltó un lamento discreto. Había tenido la esperanza de poder desmantelar todo el puente de un solo y dramático golpe maestro, para así sentirse un poco mejor por seguir existiendo.

Ziede le había dicho que ahora, además de un demonio, Kai era

un expositor.

Se concentró en la intención ígnea que conocía Talamines, valiéndose del dolor que aún contenía su cuerpo, el pozo sin fondo que el Patio de los Demonios Cautivos había excavado en su mente. Una llama brotó en la palma de su mano, igual que lo había hecho en la Sala del Templo. Trató de presionarla contra la viga, pero la llama se extinguió sin dejar la menor marca en la madera.

Kai se mordió el labio. *No va a ser tan fácil.*

Le pasó la lámpara a Hartel y empezó a trepar.

—La palabra no es «ligazón», es «junta» —dijo.

Sin embargo, desde el otro extremo del puente se oyeron pasos acelerados y voces en ariké. Cuando terminó de subir al puente, Kai vio que las soldados se encaraban con alguien. Era un joven de corta estatura, de cabello oscuro y enmarañado y piel ambarina, vestido con una práctica túnica de algodón basto y una calzas. Podía tratarse de otro refugiado de los Salones Estivales, pero Kai estaba seguro de que los andamuros se desplazaban demasiado deprisa como para que alguien hubiera podido darles alcance a pie.

—Cuarto Príncipe, las exploradoras no lo han visto llegar —le dijo Hartel en voz baja. Parecía preocupada—. Dice que es un refugiado.

Dahin se había puesto de pie y hablaba con el recién llegado.

—¿No sería mejor que siguierais el curso del río? Es peligroso seguirnos, los legionarios nos buscan.

—Nuestro anciano ha dicho que cruzaremos esta noche —replicó este en mal imperial. Estaba sudoroso y polvoriento; su frente ancha estaba arrugada de preocupación—. Debemos hacerlo. Ha aparecido un mensaje en el agua.

Dahin y Salatel parecían confundidas.

—¿Un mensaje? —repitió Dahin.

—¿Qué ocurre? —dijo Kai.

El recién llegado se volvió hacia él. Kai había perdido su velo en el palanquín, así que se preparó para ver la reacción a la que ya empezaba a acostumbrarse, el sobresalto de miedo o repugnancia. Pero el desconocido se limitó a soltar un jadeo que parecía de alivio.

—Por favor, el carromato se ha roto —dijo—. Los demás vienen a pie. Solo os pido tiempo para que crucen.

Salatel miró de reojo a Kai; este cayó en la cuenta de que la mujer le estaba pidiendo permiso. ¿Acaso ahora era Kai quien estaba al mando en el puente? ¿De quién había sido esa genial idea? Seguramente de Bashasa.

—Voy a tardar bastante en destruir el puente —le dijo Kai a Salatel, que se quedó pensativa.

—¿Has venido corriendo? —le preguntó luego al desconocido—. Los tuyos no pueden estar muy lejos.

—No, he… —Titubeó, indeciso. Luego miró a Kai y movió las manos en lengua bruja: *He venido por viaje raudo*.

Kai no había vuelto a ver un brujo, sin contar a Ziede, desde el incendio de las tiendas de los clanes. *¿Sois todos brujos?*, le preguntó.

Más ariké se acercaban por el puente desde el campamento, pero Kai solo prestaba atención a las manos del brujo. *Todos no, unos pocos. Nos quedamos atrapados en esta región cuando destruyeron nuestro barco, así que nos escondimos en las tierras desiertas. Nuestro anciano ha leído el agua del río y dice que los Salones Estivales han muerto. Nos ha dicho que sigamos esta carretera en dirección este para encontrar el futuro. ¿Esperaréis a que crucemos?*

Esperaremos, respondió Kai. *¿Me puedes decir cuánto tardarán los tuyos en llegar aquí?*

El brujo respondió con un signo de lengua bruja que Kai tuvo que traducir al cálculo imperial. Acababan de llegar más ariké, y no solo soldados. Salatel se hizo a un lado para dejar pasar a Dasara, el primo de Bashasa.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó Dasara.

—Debemos esperar a que el resto de su gente cruce el puente —respondió Kai—. Serán unas pocas horas.

Dasara hizo un gesto tajante con la mano.

—No. Destruye el puente ya.

Kai suspiró y se abstuvo de agarrarle la cara a Dasara para drenarle la vida. Aquel mortal joven y estúpido estaba emparentado con Bashasa; no podía matarlo sin más. Bashasa también utilizaba a Kai para sus propios fines, pero hasta ahora se había portado bien con él. Además, si estallaba una pelea entre Kai y todos los ariké,

llevaba las de perder y tampoco ayudaría en nada a Ziede, Tahren, Dahin y el resto de desesperados que trataban de salvar la vida.

Y lo último que podía permitirse Kai en ese momento era mostrar debilidad, por ejemplo, confesando que no estaba seguro de poder destruir ese puente.

El semblante de Salatel se había vuelto inescrutable, y su escolta se mostraba incómoda o recelosa, temiendo lo que pudiera ocurrir en los próximos instantes. Dahin retrocedió un paso y luego otro; después se dio la vuelta y echó a correr a toda velocidad por el puente hacia las soldados que montaban guardia. Seguramente iba en busca de Tahren para que le ayudara a detener a Kai si este se ponía a matar ariké.

Kai no había respondido inmediatamente a Dasara, y este era terco e impaciente.

—¡Ya me has oído! —exclamó.

Sí, Kai lo había oído.

—¿Por qué? —le preguntó.

Dasara esperaba una respuesta, pero claramente esa no. Abrió la boca y logró decir:

—¿Por qué qué?

—¿Por qué no podemos esperar? ¿No te parece que los brujos podrían ayudarnos a luchar? —Kai puso los brazos en jarras, intentando que pareciera que tenía el control de la situación, y no que intentaba ganar tiempo mientras se devanaba los sesos para buscar alguna solución que no implicara un combate sin sentido.

Dasara, furioso, hizo otro gesto tajante.

—No hay tiempo.

Aquel era un terreno más firme para Kai.

—Bashasa ha dicho que sí hay tiempo. Ziede ha explorado desde el aire y dice que de momento no hay rastro de los legionarios.

Alguien habló en ariké desde atrás. Kai distinguió el nombre de Dasara y la palabra «demonio» en imperial.

Dasara lo ignoró y avanzó un paso.

—¿Quién te crees que eres?

La amenaza habría resultado más eficaz si Kai no hubiera estado seguro de que Dasara sabía tan poco como Kai lo que estaba haciendo. No era más que un principito con ganas de aprovechar un momento de potencial debilidad. Kai se obligó a sonreír.

—El único capaz de destruir el puente.

Dasara apretó las mandíbulas y se inclinó hacia él. Kai no tenía ni idea de lo que iba a ocurrir a continuación, y estaba bastante convencido de que Dasara tampoco.

—¡Dasara! —Bashasa apareció al trote por el puente, seguido por varias de sus soldados y Dahin. Los demás ariké se apresuraron a dejarle vía libre—. Dasara, esto es muy sencillo. Voy a enviar a Arava con un andamuros para que traiga a esos brujos lo más deprisa posible. El Cuarto Príncipe esperará a que crucen antes de destruir el puente.

Dasara se volvió hacia Bashasa.

—Vas a conseguir que nos capturen a todos. —Parecía aturullado, pero también más obstinado que antes; Kai empezó a plantearse si de verdad Dasara era así de estúpido. Cualquier persona con algo de seso se habría alegrado de que le dieran la oportunidad de salir indemne de un conflicto como ese.

Bashasa se detuvo a unos pasos de él.

—No voy a discutir contigo, Dasara. Necesito que tu escolta ayude a vigilar el perímetro, así que vete y ocúpate de ello. —Hablaba con voz firme, tan tranquila y afable como siempre. Se dio la vuelta y le dio una palmada en el hombro a Dahin—. A tu hermana le gustaría que dejaras de ir buscando problemas. ¿Qué tal si ayudas a Okosh a montar una tienda?

—Ah, es que no lo he hecho nunca —dijo Dahin, sorprendido.

—Pues es hora de aprender. —Bashasa lo empujó con suavidad para que se alejara por el puente. Dahin obedeció, pero lo hizo de espaldas, para no perderse nada de la confrontación.

Dasara no se había movido de donde estaba; a Kai le pareció ver una expresión calculadora en su semblante.

—No estoy de acuerdo, primo —dijo entonces, más seguro de sí mismo—. Creo que estás siendo imprudente y que vas a conseguir que nos maten.

A Kai se le cayó el alma a los pies. *Ah, ahora lo que quiere es un conflicto con Bashasa*, pensó. Vaciló, sin saber si era mejor atraer de nuevo la atención hacia sí mismo o si con ello le estaría siguiendo el juego a Dasara.

Entonces Bashasa se dio la vuelta y le sostuvo la mirada a Dasara. Ante los ojos de Kai, el simpático y algo atolondrado

Bashasa, el hombre que cambiaba de táctica para superar cualquier obstáculo más deprisa que una lagartija asustada, desapareció al adoptar una expresión pétrea.

—¿Eso crees, Dasara? —Hablaba con voz tranquila y regular, como si de verdad le interesara conocer la respuesta—. ¿Y qué vas a hacer al respecto?

Entonces ocurrió algo entre las soldados y los demás testigos, incluso entre aquellos que venían con Dasara; la tensión se deshizo y todos se quedaron en silencio, expectantes. Lo que ocurriera a continuación ya no dependía de ellos.

Dasara levantó la barbilla, pero lo único que le salió fue:

—Debo informar a mi madre.

Habría tenido gracia, pero todos los presentes tenían demasiado sentido de la autoconservación como para reírse. El rostro de Bashasa se iluminó de nuevo.

—¡Por supuesto! —Le dio una palmada en el hombro a Dasara y le dio la vuelta para orientarlo en la dirección correcta—. ¡Mantenla al corriente! Yo iré enseguida.

Dasara se alejó por el puente; sus acompañantes se separaron y siguieron sus pasos.

Bashasa dio una palmada y se giró hacia Kai, pero no lo miró directamente a él, sino un poco por encima de su cabeza.

—¡Cuarto Príncipe! ¿Todo bien por aquí?

Kai no quería aguarle la fiesta manifestando sus dudas.

—Sí. Eh… Ya sé cómo destruir el puente, pero me llevará tiempo.

Bashasa asintió decidido, pero seguía sin mirarlo. Estaba un poco ruborizado, y Kai tuvo la súbita sospecha de que le avergonzaba el altercado con Dasara; haber tenido que enseñar el acero en bruto que se ocultaba bajo su exterior afable.

—¿El brujo habla imperial? Alguien tiene que guiar a Arava hasta los rezagados para que los pueda traer hasta aquí.

El brujo se había escondido detrás de Kai, que le dio un empujoncito para acercarlo a Bashasa.

—Sí, lo habla.

—Bien, bien. —Bashasa señaló al brujo—. Venga, ven conmigo. Vamos a por un andamuros para ir a buscar a los tuyos.

El brujo miró a Kai, que le dijo por señas: *Puedes fiarte de él.* Le

sorprendió lo poco que le costó decirlo. Confiaba de verdad en Bashasa. No se lo esperaba, y le asustaba un poco.

Gracias, respondió el brujo, y añadió un signo que Kai no conocía. Luego siguió a Bashasa, que ya estaba cruzando el puente al trote.

Kai, Salatel y la escolta se quedaron solos en el círculo de luz de la lámpara, sin más sonido que el rumor del río.

—Por favor, Cuarto Príncipe, vuelve a vestirte —dijo Salatel—. Por lo menos… —A un gesto suyo, Hartel le tendió su falda a Kai.

Este suspiró y volvió a ponérsela, cosa que pareció contentar a las soldados.

—En realidad es mejor que tengamos que esperar —le dijo Kai a Salatel—. Tengo que crear una intención y… me llevará tiempo. —La intención acuática había sido obra de otros expositores, mientras que la de la llama parecía ser lo primero que les enseñaban de pequeños. Kai iba a tener que buscar en la memoria de Talamines, y eso no sería sencillo. Se sentó en un lateral del puente, apoyando la espalda en uno de los soportes verticales—. Dejad a alguien aquí por si necesito ayuda; las demás podéis dormir un poco —añadió.

Kai esperaba que Salatel le obedeciera sin rechistar; hasta ahora habían hecho todo lo que había dicho Kai.

—No, Cuarto Príncipe. Somos tu escolta; debemos protegerte.

A Kai le parecía una pérdida de tiempo.

—Si Bashasa se equivoca y llegan los legionarios, de todas formas no sois suficientes.

Salatel enarcó las cejas. A juzgar por la expresión de las demás soldados, Kai acababa de decir una ingenuidad.

—No es de los legionarios de quien te protegemos —le explicó Salatel.

Oh, pensó Kai. Después del conflicto con Dasara, debería haberlo imaginado. Kai no quería tener que matar a ningún ariké y desbaratar así los planes de Bashasa.

—Está bien. Haced lo que os parezca mejor.

Mientras Salatel apostaba a sus soldados en posición de guardia, el andamuros pasó por delante del grupo, deshaciendo el camino que habían seguido. Con la luz de aquella lámpara resultaba casi invisible; solo se veían las enormes patas garrudas y el pelaje espeso. Kai se apretujó contra el soporte del puente, aunque sabía

que había sitio de sobra. Tenía que terminar antes de que regresara el andamuros. Inspiró hondo y se sumió en la oscuridad.



Kai no quería lanzarse a la primera solución posible y darse cuenta después de que había otra mucho mejor. Pero hurgar en aquellos recuerdos ajenos, elusivos y fragmentados resultaba confuso y agotador.

Salió del trance dos veces, únicamente para respirar y recordar que era un ser vivo, que seguía siendo él, aunque ese no fuera el cuerpo con el que había nacido ni el que le habían ofrendado. La primera vez, Salatel y Cerala lo observaban con cara de preocupación.

—¿Qué pasa? —dijo Kai.

Salatel frunció los labios.

—Por tu expresión, parece que te duele —dijo Cerala.

Eso… no le sorprendía. El entrenamiento que habían recibido los expositores reclutados por la fuerza había sido brutal, aunque Kai solo pudiera verlo en imágenes intermitentes y efímeras.

La segunda vez, las dos soldados estaban más lejos y habían dejado una cantimplora de madera a su lado. Kai bebió un poco de agua, se refrescó la cara y continuó.

Buscaba algo parecido a la intención acuática, algo ya diseñado y de uso inmediato, pero que preferiblemente incluyera un modo de detenerlo cuando hubiera cumplido su función, para que no incendiara las dos orillas del río, los campos aledaños y el mundo entero. Sin embargo, los fragmentos de memoria que consiguió sacar a la luz le enseñaron a construir intenciones, a inventar otras nuevas. Siguió esforzándose; lo que le hacía falta era una intención como la de la llama de Talamines, pero que contuviera calor, combustión; tenía que ser más grande, pero poder confinarse en un objeto concreto.

Cuando el puente empezó a vibrar bajo su cuerpo, Kai abrió los ojos, sobresaltado. Un andamuros apareció al otro lado del puente, saliendo de la oscuridad. Mientras Kai se ponía de pie, Salatel apareció a su lado.

—Arava ya está aquí, Cuarto Príncipe. Las exploradoras del otro

lado nos han hecho la señal.

—Bien. —El sudor le empapaba la parte posterior de la túnica, y le dolía una rodilla—. Que las exploradoras y cualquiera que siga en la otra orilla vuelvan aquí.

La bestia pasó junto a ellos; aquella distancia no era nada para sus largas patas. Kai vislumbró rostros que lo miraban desde el palanquín, iluminados por las lámparas que las ariké habían colocado a lo largo del puente. Una mano menuda lo saludó y Kai le devolvió el saludo.

Se le había ocurrido pedir ayuda a los brujos. Pero sabía que sus habilidades solían limitarse a espíritus concretos, como el control que ejercía Ziede sobre el aire. Sin embargo, si les trasladaba la responsabilidad a otros, entonces Dasara y los demás ariké sabrían que el demonio de Bashasa carecía de poder. A Kai no le preocupaba que lo mataran; si lo que quería era no morir, solo tenía que internarse en la oscuridad y los ariké jamás lo atraparían.

Pero Kai quería destruir el puente. Quería enseñarles a los jerarcas otra lección de destrucción.

Cuando el andamuros cruzó el puente, Salatel se situó en el centro, cogió una de las lámparas y la agitó, dibujando un rápido patrón.

En la otra orilla del río se encendieron más lámparas: las exploradoras estaban transmitiendo la señal. Al cabo de un momento, las soldados ariké cruzaron el puente al trote.

Kai se dedicó a caminar de un lado a otro, secándose las manos en la falda, hasta que las últimas exploradoras pasaron al otro lado.

—Ya está, Cuarto Príncipe —le informó Salatel.

Kai inspiró hondo y se situó también en el centro del puente.

—Todo el mundo atrás.

Salatel frunció el ceño, pero indicó al resto de la escolta que obedeciera. Kai esperó a que se retiraran todas. Luego se agachó y apoyó las manos en uno de los anchos tablones. Era sólido como una piedra. Extrajo el dolor del cuerpo de Talamines, de su muerte a manos de Kai, de los débiles recuerdos de su reclutamiento y su formación, pero no era suficiente. Dejó escapar un suspiro. No tenía más remedio. Extendió un brazo.

—Necesito un cuchillo.

Salatel, caminando sin hacer ruido por el puente, apareció a su

lado y le puso en la mano la empuñadura de un cuchillo. La hoja era corta y práctica, más una herramienta que un arma. Probablemente Salatel creía que Kai necesitaba cortar alguna cosa. Bueno, no se equivocaba. Kai se soltó el cierre de la túnica y, sin darse tiempo para pensarlo dos veces, se hundió la hoja en el pecho.

Lo siguiente fue casi más difícil. Tomó aire, jadeando, y se arrancó el cuchillo. Oyó el grito ahogado de Salatel cuando Kai cayó hacia delante, doblado en dos por el dolor. Estampó la mano libre en el tablón y canalizó todo su dolor en la intención ígnea.

Durante un instante, no sucedió nada. La herida se cerraba y el cuchillo goteaba un hilo de sangre. Pero entonces, justo debajo de la mano de Kai, el tablón de madera oscura empezó a iluminarse y a adoptar un color rojo cereza.

No es suficiente, pensó Kai. Pero entonces el resplandor rojo se volvió negro y su contorno empezó a ensancharse y propagarse.

En cuanto tocó el bajo de la falda de Kai, la tela empezó a echar humo. Solo entonces tuvo la sensatez de levantarse a toda prisa y retroceder a trompicones. Salatel lo agarró del brazo para que no perdiera el equilibrio. El resplandor seguía extendiéndose. De pronto unas llamas brotaron desde abajo, desde los pesados soportes del puente.

—Corre. ¡Corre! —exclamó Kai. Salatel y él echaron a correr hacia el extremo del puente.

No se detuvo hasta que descendieron la rampa, hasta que sus pies pisaron la carretera de piedra en lugar de los tablones de madera. El resto de la escolta, las exploradoras y varias soldados más aguardaban allí, con las lámparas en la mano, asombradas y con los ojos como platos.

—¿Se detendrá? —preguntó Salatel. Obviamente se acordaba de la inundación de los Salones Estivales.

—Eh… Es probable.

Kai miró por encima del hombro las llamas furiosas; el resplandor rojo fluía por la madera como si fuera agua. Había limitado el diseño a la parte central del puente. O eso creía. Se arrepintió de no haber empleado algo de tiempo en buscar intenciones acuáticas en la mente de Talamines. Una pequeñita, al menos. Se preguntó si la intención del Patio de los Demonios Cautivos sobrepasaría el terraplén y terminaría inundando el mundo

entero. O qué habría ocurrido si la hubiera soltado en un río, en lugar de en un estanque, dentro de un edificio. Seguramente la intención no funcionara de esa manera; de lo contrario, los jerarcas la habrían empleado para inundar valles enteros. Aunque a saber si lo habían hecho en algún lugar.

Un tremendo chasquido le hizo dar un respingo. Algo cedió en la estructura inferior del puente, y toda la sección central se escoró hacia un lado mientras las vigas se soltaban de uno de los pilotes de piedra. Una soldado murmuró con entusiasmo en ariké. Kai miró a Salatel, que lo observaba con expresión tensa y preocupada. Probablemente porque el semblante de Kai no infundía mucha confianza.

—¿Avisamos al campamento? —preguntó Salatel.

No era mala idea. El fuego seguía extendiéndose de tablón en tablón con una intensidad inexorable y fluida.

—Quizá… —empezó a decir Kai.

Con otro fuerte crujido, más vigas cedieron y la sección central se desmoronó hacia un lado y cayó ruidosamente al agua.

Kai echó a correr hacia la orilla y se abrió paso entre los juncos para observar los restos. Entre chispas y vapor, los tablones y las vigas rotas se iban hundiendo en el agua. El fuego de las dos secciones del puente que seguían en pie se extinguió de repente. Con una certeza que pertenecía a Talamines, Kai supo que, una vez desconectado del diseño inicial, el fuego había perdido su rabia y su poder. Pero el plan había funcionado: varios pedazos enormes de la sección central del puente se alejaban flotando por el río, y el hueco entre las dos partes que seguían en pie era demasiado grande para que un contingente ligero de legionarios pudiera repararlo. Necesitarían ingenieros, andamios, materiales… Les ralentizaría.

Al levantar el brazo para frotarse la cara, Kai esbozó una mueca; el pecho y el brazo derecho le dolían, y probablemente le seguirían doliendo toda la noche. Todavía le molestaba la espalda por la lanzada del día anterior.

Se dio la vuelta y salió chapoteando a la orilla, donde la escolta demostraba su alivio hablando animadamente en ariké y dándose palmadas en la espalda.

Todas se callaron cuando Salatel le preguntó a Kai:

—Cuarto Príncipe, ¿por qué te has clavado el cuchillo antes?

No pasaba nada por contárselo.

—Yo no soy un expositor. Ni quiero serlo. Si utilizara el Pozo de los jerarcas, me volvería… como ellos. En vez de eso, yo empleo el dolor. Mi propio dolor. —Todas lo miraban fijamente. Kai no quería saber si la expresión de Salatel era de horror o, peor aún, de compasión; no podía soportarlo—. Vamos a avisar a Bashasa de que ya está hecho.

Salatel se dio la vuelta para abrir la marcha, y el grupo se alejó por la carretera. Las exploradoras se dispersaron para ocupar posiciones a lo largo del río y montar guardia.

Algunas lámparas habían caído con el puente, pero Nirana y Telare habían recuperado un par, suficientes para alumbrar el camino de vuelta hasta el campamento y los andamuros. El olor a humo de leña mezclado con algo parecido a la cebolla frita hizo que a Kai le rugiera el estómago. Tuvo el mal presentimiento de que su nuevo cuerpo iba a necesitar nutrirse más a menudo que el de Enna.

Esperaba que alguien le estuviera vigilando las espaldas a Bashasa.

El coro de insectos había vuelto a empezar; eran distintos de los que había en los llanos o en las colinas de las Tierras Fronterizas, un canto familiar y nuevo a la vez. Salieron de la carretera de piedra y continuaron por el campo; la hierba alta se le enganchaba en la falda a Kai. Los andamuros se alzaban en la oscuridad, a cierta distancia, durmiendo de pie y resoplando como una caverna llena de viento. Habían erigido tres grandes tiendas de campaña, las mismas estructuras altas y abovedadas que los legionarios levantaban en sus fuertes de tierra provisionales. La tenue luz de unas lámparas traspasaba la lona oscura de las tiendas. A juzgar por el olor a humo y comida, habían encendido hogueras, pero pequeñas y camufladas para evitar que el fuego se viera desde lejos.

—Estos andamuros estaban cargados para transportar a un archinoble de los jerarcas a algún sitio. Tenían tiendas, sacos de dormir y alimentos.

Kai apenas diferenciaba a un mortal de otro con tan poca luz, pero ninguna de las siluetas que merodeaban en la oscuridad era absurdamente alta.

—¿Sabes dónde están Ziede, Tahren —la mariscal inmortal— y su hermano?

Salatel habló con alguien en ariké y luego le informó:
—Están explorando o vigilando el perímetro. Creo que el joven bendito menor tiene órdenes de quedarse con nuestros dependientes.
Se dirigieron a la tienda del final, donde una lámpara iluminaba a dos soldados ariké desconocidas que montaban guardia a ambos lados de la entrada. Llevaban el fajín adornado con complejos frunces, y sus túnicas tenían más bordados y ribetes que las de las soldados de Bashasa. Arsha, a espaldas de Kai, murmuró en tono crítico y Cerala la chistó.
Salatel se detuvo frente a ella.
—El Cuarto Príncipe necesita hablar con el príncipe heredero Bashasa. —Una de las guardias respondió en ariké. Su tono era tan agresivo que Kai se sintió tentado de enseñarle los dientes—. Habla en imperial o hazte a un lado —le dijo Salatel sin inmutarse.
—No quieren que les molesten —respondió la otra guardia. Su deje de satisfacción implicaba que aquello no era un simple malentendido.
El cuello de Salatel se puso rígido.
—El príncipe heredero Bashasa pidió expresamente que el Cuarto Príncipe le informara cuando hubiera terminado.
Ninguna de las dos guardias se movió. La primera enseñó los dientes y dijo:
—No obedecemos órdenes de esta criatura, sea lo que sea.
Lo estaban poniendo a prueba otra vez, igual que Dasara.
Aunque Kai no tuviera ningún estatus entre los ariké, Salatel sí, y aquello era un insulto para toda la casa de Bashasa. Kai avanzó hasta situarse al lado de Salatel y dijo en ariké:
—Aparta. —Era una palabra fácil de aprender; el día anterior todo el mundo la gritaba constantemente.
Una de las guardias abrió los ojos de par en par; la otra acercó la mano al arma de su cinto. Kai dio otro paso para colocarse totalmente a su alcance y dejarles claro que no les tenía miedo. Él podía entrar en la tienda tanto si les gustaba como si no, pero la clave era conseguir que ellas se lo permitieran.
—Una puñalada no me detendrá, pero sí me hará enfadar —añadió en imperial.
Salatel también dio un paso para colocarse a la altura de Kai.

Esta vez habló con voz relajada y tranquila, pero llena de desdén:

—No seáis estúpidas. El príncipe heredero Bashasa quiere oír nuestro informe. ¿Qué creéis que pasará si rechazáis al Cuarto Príncipe y tiene que pelear con vosotras? ¿Quién saldrá peor parado?

La primera guardia, la que había empezado, se hizo a un lado y desvió la mirada hacia la oscuridad. La otra titubeó, aturullada, y luego hizo una mueca.

—Adelante.

Salatel se adelantó, empujando a la mujer con el hombro para apartarla, y abrió la solapa de lona de la tienda para dejar pasar a Kai.

Entró en una zona espaciosa iluminada con lámparas y aislada del resto de la tienda mediante unas cortinas de colores oscuros y otras translúcidas. Sintió un escalofrío inesperado; la riqueza y los colores de esas telas le recordaban a la estancia donde había encontrado a Raihankana y a la jerarca. Pero detrás de esas cortinas, unas voces discutían acaloradamente en ariké. Kai levantó la voz para hacerse oír:

—¿Estás ahí, Bashasa?

La discusión se interrumpió de pronto y Bashasa apareció por detrás de una cortina.

—¡Cuarto Príncipe! ¡Me han dicho que lo has logrado!

No tenía buen aspecto. Tenía la piel cetrina y los ojos empañados. Tropezó y Kai avanzó para sujetarlo; Bashasa le echó un brazo por los hombros. Una soldado que había acompañado a Bashasa en el andamuros apareció tras él, pero se quedó parada sin saber qué hacer mientras el príncipe heredero se apoyaba en Kai.

—¿Estás bien? —le preguntó Kai, preocupado. Bashasa debía de haber permanecido despierto durante el largo trayecto hasta allí, mientras que Kai y la mayoría habían podido dormir.

—Estoy bien —murmuró Bashasa con la boca apoyada en el pelo de Kai.

—No me lo parece —replicó Kai mientras la cortina se abría. La princesa heredera Lahshar salió, con la cara crispada de desagrado. En la estancia que tenía detrás habían colocado una alfombra y varios almohadones para sentarse, además de platos y vasos metálicos y restos de comida en una bandeja redonda. Alrededor

estaban sentados Dasara y otros nobles ariké que Kai no conocía. Ninguno de ellos parecía contento.

—¿Qué hace él aquí? —quiso saber Lahshar.

Estaba claro que se refería a Kai, pero no se dirigía directamente a él, dando a entender que era indigno de hablar con ella. Pero eso era problema de Lahshar, no de Kai.

—Bashasa pidió que le avisara cuando cayera el puente —respondió Kai.

Lahshar esbozó una mueca.

—Fuera.

Bashasa levantó la cabeza, repentinamente serio.

—No des órdenes a mis aliados, Lahshar. Tienes las dotes diplomáticas de una cabra con malas pulgas.

Eso no le gustó nada a Lahshar, que enseñó los dientes de un modo que le recordó a la soberana de la Cuarta Casa.

—No me insultes delante de los sirvientes, primo.

—Oh, no me obligues a luchar contigo con palabras, prima —replicó Bashasa—. Se nos irá de las manos, porque una vez que empiece ya no querré parar. Deberías retirarte. —Al hacer un gesto con la mano libre, casi le pegó sin querer a su soldado en la cara—. Yo también debería retirarme.

Era lo más racional que había dicho Bashasa hasta ahora.

—¿Dónde duerme? —le preguntó Kai a la soldado.

Esta señaló otra sección con cortinas de brocado; Kai se llevó a Bashasa en esa dirección. Salatel se adelantó rápidamente para apartar la cortina.

Detrás había un compartimento con una lámpara colgada del techo y un saco de dormir acolchado, tan grueso que les llegaba casi por las rodillas. Kai sospechaba que aquel dormitorio debería haber sido mucho más lujoso si pertenecía al sirviente de un jerarca y a sus ayudantes; seguramente los ariké solo habían desempaquetado el mobiliario imprescindible. También había una caja de madera bellamente grabada con varios mapas y una bolsa de cuero encima, y el bulto alargado y envuelto que Kai había visto traer a Tahren antes de que se marcharan. El cadáver de la hermana de Bashasa.

Kai guio a Bashasa hasta el saco de dormir, pero el príncipe heredero tropezó y Kai estuvo a punto de caerse al ayudarlo a sentarse. Bashasa soltó a Kai y se desplomó de espaldas sobre el

saco.

—Ah, gracias. Cuarto Príncipe. —Parecía exhausto.

—Me puedes llamar Kai, acuérdate. —Debería levantarse, pero se le había enganchado la falda debajo de la pierna de Bashasa. Y aquel saco de dormir era tan cómodo como parecía y se hundía bajo su peso.

Claramente alarmada, Salatel cerró la cortina de un tirón y habló en voz baja con la soldado de Bashasa:

—Trenal, ¿dónde está el resto de su escolta?

Trenal señaló la caja de los mapas.

—El príncipe heredero Bashasa vino aquí a estudiar sus mapas y planificar nuestra ruta, y la princesa heredera Lahshar hizo salir a la escolta. —Le dio la impresión de que Trenal intentaba comunicarle algo más a Salatel mediante sus expresiones faciales—. Yo estaba ocupada trayendo los efectos personales del príncipe heredero para pasar la noche, así que la princesa heredera se olvidó de ordenarme ir con las demás. —Le echó una mirada preocupada a Bashasa—. El príncipe heredero Bashasa dijo que no pasaba nada.

—Y no pasa nada —añadió Bashasa, agitando un brazo.

Salatel tensó las mandíbulas. Kai no sabía mucho de las costumbres de los ariké, pero incluso él había entendido que separar a Bashasa de su escolta contravenía las normas. Aparte de ser una idea malísima en aquellas circunstancias.

—¿Está a salvo aquí? —preguntó Kai.

—Os preocupáis sin motivo. —Bashasa se incorporó y se apoyó en un codo, posando sobre Kai los ojos todavía vidriosos—. La hermana bruja ha estado explorando desde el aire. ¿Sabías que podía volar? Yo sabía que podía flotar, pero no que pudiera volar. Lo consigue entrando en comunión con alguna clase de criaturas del aire o el viento.

—Es lo que hacen los brujos —le dijo Kai. No sabía si de verdad lo habían drogado o si había tomado aquel horrible licor de frutas rancio, a pesar de estar demasiado cansado para tenerse en pie, y le había sentado mal—. ¿Por qué no te duermes?

—No, debo esperar a que la hermana bruja regrese con su informe —protestó Bashasa, más lúcido—. Necesito saber si la ruta del sudeste está despejada. La bendita inmortal no ha ido con ella. —Se incorporó un poco más—. ¿Los benditos inmortales vuelan

como los pájaros? Sé que pueden viajar muy deprisa.

—No creo que vuelen, al menos por su cuenta —respondió Kai. Seguía prestando atención a Salatel y Trenal, que ya parecían menos tensas. Kai sospechaba que, como había ocurrido con el puente, había terminado estando al mando sin saber cómo. Puesto que no tenía absolutamente ninguna autoridad sobre Lahshar y Dasara, y ni siquiera sabía si la escolta de Salatel lo apoyaría si estallaba una pelea entre nobles ariké, aquella situación no era ideal. Pero seguía siendo mejor que estar en el Patio de los Demonios Cautivos—. Tiene algo que ver con el Pozo del que extraen su poder.

—Ah, entiendo. —Bashasa miró a Kai con el ceño fruncido y extendió el brazo para tocarle el cuello de la túnica—. Antes no tenías esta sangre.

—Es de la intención con la que he destruido el puente. —Ahora que tenía su cara tan cerca, Kai percibió el olor a sangre mortal y almizcle de andamuros que les impregnaba la ropa. Trató de recordar la última vez que alguien había estado tan cerca de él. Desde que Adeni había muerto por su culpa, quizá. No creía que su familia saredí se hubiera distanciado de él; quizá había sido Kai quien se había distanciado de ellos—. Deberías dormir hasta que vuelva Ziede.

Bashasa también pareció darse cuenta de lo cerca que estaban. Retrocedió un poco.

—No, necesito oír lo que…

—Si ha descubierto algo que pueda cambiar tus planes, yo te despertaré. O lo hará ella misma. ¿De verdad crees que Ziede no te sacaría a rastras de la cama si tuviera que decirte algo? —añadió.

Bashasa sonrió.

—Pues… es cierto. —Se dejó caer de nuevo en el saco de dormir —. Creo que tienes razón, Cuarto Príncipe. Kai.

Kai no se movió. Salatel y Trenal también se quedaron quietas. Al cabo de un momento, la respiración de Bashasa se volvió más profunda; estaba dormido.

—¿Y sus criados? —le preguntó Salatel a Trenal en voz baja.

Trenal hizo una mueca, anticipándose a la reacción de Salatel.

—La princesa heredera Lahshar les ordenó ir a descansar a la tienda de los demás dependientes.

—¿Ha comido o bebido algo? —preguntó Kai mientras Salatel rabiaba.

—Sí, un poco, por lo que vi —contestó Trenal—. Pero la comida no estaba envenenada —añadió, demostrando que sabía exactamente lo que insinuaba Kai—. Ha comido de los suministros almacenados en la bestia. Los he traído yo misma y los demás también han comido.

Se oyeron unas voces en la parte delantera de la tienda, las de Lahshar y alguien más. Salatel se puso rígida de nuevo, apretando los labios con severidad. Trenal se revolvió, incómoda.

La cortina se abrió y Salatel se hizo a un lado para dejar pasar a Hiranan. La anciana princesa heredera, apoyada en su muleta, contempló la escena. Parecía cansada, con las arrugas de la boca y los ojos más marcadas. Lahshar, situada tras ella, le echó a Kai una mirada de rabia e indignación.

Ponerse de pie habría implicado quitarse a Bashasa de la falda y quizá arrastrarse desde la cama hasta el suelo, así que Kai prefirió no hacerlo. La expresión de Hiranan era divertida e incrédula. La respiración de Bashasa se había convertido en un suave ronquido.

—Se ha dormido —señaló Kai innecesariamente.

Una de las manos de Bashasa tembló, pero el príncipe heredero no se despertó.

—Eso parece —dijo Hiranan con la voz ronca—. ¿Bashasa lo ha mandado llamar? —le preguntó a Salatel.

Salatel se puso firme y le lanzó una mirada severa a Lahshar.

—Kaiisteron, Cuarto Príncipe del inframundo, debía informar al príncipe heredero Bashasa tras la destrucción del puente, pero ha considerado que el príncipe heredero Bashasa necesitaba descansar primero; el príncipe heredero ha accedido y le hemos ayudado a acostarlo. Yo soy la jefa de la escolta del Cuarto Príncipe, por orden del príncipe heredero Bashasa.

—Ya veo —dijo Hiranan, enarcando las cejas.

Entonces pareció producirse un sutil cambio de tono que Kai no supo interpretar. Acababan de ofender a Salatel, en nombre de Kai y en el suyo propio, pero Kai no sabía en qué sentido. Sin embargo, Hiranan le habló directamente a él:

—Mis centinelas me han informado de que el puente está destruido. ¿Ha sido cosa tuya?

Lahshar se adelantó antes de que Kai pudiera responder:

—Hiranan, ya te he dicho que…

—Lahshar, me están dando un informe. —Hiranan estaba tranquila, pero no parecía complacida.

—He conseguido incendiar la sección central —dijo Kai—. Los legionarios podrán repararlo, pero tardarán un tiempo y seguramente tengan que esperar a recibir el equipo y los suministros necesarios. Quería consultar los mapas de Bashasa, pero se ha quedado dormido antes de poder pedírselo. ¿Es verdad que no hay más puntos de paso cercanos? —Si había algún otro puente, sería prudente destruirlo también, aunque Kai tuviera que volver a montar en andamuros para hacerlo.

—No, Bashasa ha elegido bien nuestra ruta; los demás puntos de paso están a mucha distancia —contestó Hiranan—. Los jerarcas destruyeron los demás puentes de este río cuando conquistaron la región. Nos has conseguido tiempo para escapar. —Ladeó la cabeza con aire divertido—. En fin, te doy las buenas noches, Cuarto Príncipe. Hablaré con Bashasa al alba, antes de partir. —Salió del compartimento—. Ven conmigo, Lahshar —dijo con severidad.

Kai esperó a que los pasos y las voces se alejaran. Lahshar protestaba, pero ambas hablaban en ariké y Kai no pudo entenderlas.

—¿Nos podemos fiar de ella? —le preguntó a Salatel. Quizá habría sido más preciso preguntarle «¿Me puedo fiar de ella?», pero era muy tarde y Kai sabía que no estaba precisamente capacitado para las maniobras políticas entre todos aquellos desconocidos.

Salatel soltó un suspiro de alivio y relajó un poco los hombros.

—No lo sé —confesó. Eso hizo que Kai se fiara más de ella—. El príncipe heredero nos lo dirá cuando despierte. —Luego añadió con aire sombrío—: Voy a buscar a su escolta y sus criados para decirles que vuelvan aquí y se turnen para vigilarlo.

—Yo me quedaré con él hasta que lleguen. —Le agradó que nadie cuestionara la capacidad de Kai para proteger a Bashasa. Y si esperaba un poco más antes de moverse, seguramente Bashasa no se despertaría mientras Kai sacaba la falda, Además, tampoco tenía ningún lugar concreto al que ir, aunque seguramente se las habría podido arreglar para buscar un rincón con hierba relativamente blanda para acostarse. Era algo que había hecho con frecuencia

cuando tenía el cuerpo de Enna, aunque a esas alturas ya sabía que Talamines no era igual de ágil—. ¿La escolta y tú podéis descansar ya?

Salatel asintió.

—Sí, Cuarto Príncipe. También organizaremos turnos. ¿Necesitas algo?

—¿Me podéis acercar los mapas?

Salatel hizo un saludo formal, inclinando la cabeza sobre las manos entrelazadas.

—Como ordenes, Cuarto Príncipe. —Trenal le trajo el cofre de los mapas.

Cuando se marcharon y cerraron la cortina, Kai se acercó el cofre y cogió los mapas de encima. Por desgracia, no sabía leer ariké; ni siquiera reconocía los caracteres de su alfabeto. Aquellos palitos eran muy distintos del saredí, el erathi o el imperial. Sin embargo, el primer mapa mostraba el río, la carretera y el puente; reconoció la mano de Bashasa en algunos detalles toscos añadidos sobre las elegantes líneas de tinta.

Kai siguió la ruta hasta los Salones Estivales en los demás mapas sueltos. Puesto que los puntos principales aparecían representados con pequeños dibujos, le resultó fácil identificar la imagen de los techos picudos enterrados en el terraplén y los canales que lo rodeaban. Kai no podía creer que hubieran escapado de allí. No podía creer que estuviera donde estaba, sentado en un saco de dormir blandito, con un príncipe heredero ariké roncando a su lado. Tal vez en realidad siguiera en el Patio de los Demonios Cautivos y todo eso fuera un sueño delirante; tal vez fuera eso lo que ocurría cuando tu carne se pudría y te quedabas flotando a la deriva, sin posibilidad de regresar al inframundo con el acceso sellado. Intentó desterrar esa imagen y sacó otro mapa que parecía mostrar el territorio del sudeste.

Había oído algunas voces en la parte delantera de la tienda; la de Salatel, la de Trenal y alguna otra. Entonces oyó la de Ziede.

—Aquí dentro, Ziede —dijo Kai, procurando no levantar mucho la voz para no despertar a Bashasa. El príncipe heredero resopló, pero siguió dormido. Ziede apartó la cortina y enarcó las cejas al contemplar la escena.

—¿Se ha dormido? —preguntó en voz baja.

—Sí. ¿Su escolta ya está de guardia? —dijo Kai. Ziede se había limpiado todo el maquillaje y ahora tenía un aspecto curiosamente vulnerable. Y cansado.

—Sí. —Frunció el ceño y dejó caer la cortina tras ella—. ¿Por qué? ¿Ha habido algún problema?

—Lahshar les ordenó que se fueran.

Ziede se molestó al oírlo.

—Estaría bien que esperaran a que escapemos del todo antes de empezar a apuñalarse por la espalda.

Kai quiso reírse, pero no quería despertar a Bashasa.

—¿Cuándo fue la última vez que pasó algo bueno? —Ziede no se dignó a responder a esa pregunta retórica con nada más que una mueca—. ¿Has descubierto algo?

—Hay movimiento al sur, pero no viene hacia aquí. Volveré a comprobarlo al alba, antes de partir. Buen trabajo con el puente —añadió—. ¿Has tenido algún problema para evitar que las llamas se descontrolaran?

Seguramente habría sido mejor mentirle, pero le faltó valor.

—Hubo un momento en que me dio miedo que incendiara los árboles, los campos y el campamento… Ziede, ¿y si hubiera pasado eso?

Ziede volvió a hacer una mueca.

—Necesitamos aprender a controlar esto. —Señaló a Kai.

—¿Cómo?

Ziede sacudió la cabeza despacio.

—Voy a tener que enseñarte algunos conjuros de limitación. Quizá puedas combinarlos con lo que sea que haces para utilizar las habilidades de un expositor sin recurrir al Pozo de los jerarcas. —Miró a Kai con aire crítico, frunció el ceño y miró a Bashasa—. ¿Estás bien?

—Claro. —Kai sacó el mapa que mostraba su ruta—. ¿Has visto esto?

—Eso en concreto no. —Ziede se sentó en la alfombra, a los pies de Kai. Su expresión se tornó irónica cuando vio el problema. Se arrodilló y tiró con suavidad de la falda atrapada de Kai—. ¿A qué te refieres?

—No lo despiertes —la advirtió Kai—. Intentaba localizar Benais-arik, pero hay varios símbolos que no sé lo que significan. —

Kai se apartó para dejarle sitio a Ziede, que presionó el saco de dormir y consiguió liberar la falda. Pasó las manos por debajo de la primera capa de acolchado y la sostuvo mientras Kai se deslizaba hasta el suelo con un ruido sordo—. Gracias.

—¿Qué símbolos? —preguntó mientras cogía el mapa—. ¿Estos? Es una palabra ariké que… Mmm, significa «desolación» en imperial, aunque no es del todo precisa. Así es como señalan las ciudades vacías.

—¿Vacías? ¿Ciudades muertas? ¿Destruidas por los jerarcas? —Kai tomó el mapa de nuevo. Ahora ya entendía que Bashasa estuviera tan seguro de que nadie les cortaría el paso.

—Sí. —Ziede giró el mapa—. Aquí está Benais-arik, en el borde de esta zona más poblada. Las ciudades-Estado ariké salieron bastante bien paradas durante la invasión, pero solo porque los jerarcas las tomaron o se infiltraron en ellas. La mayoría no se resistieron.

Kai frunció el ceño y volvió a mirar el mapa más grande, donde toda la región de las ciudades-Estado ariké era más pequeña que su puño. Según los erathi, los refugiados que huían en barco aseguraban que los jerarcas había conquistado y destruido por completo el sur y el este. Era la primera vez que Kai veía la escala que implicaba algo así. Había más marcas de «desolación» que ciudades enteras. Y que una ciudad siguiera estando en el mapa solo quería decir que había sobrevivido temporalmente a su conquista.

¿Y esa destrucción se extendía hasta el sur, hasta la cima del mundo?

Kai ni siquiera entendía lo que estaban haciendo. Miró a Ziede.

—¿Qué quiere Bashasa? Sé que está creando una alianza, pero ni siquiera sus propios primos la desean. Y… —Señaló el mapa con impotencia—. ¿Qué sentido tiene?

—El sentido que tiene es que los jerarcas todavía no han terminado. Todavía les queda mucha gente por matar —dijo Ziede con discreta vehemencia—. Y todo indica que van a continuar. —Titubeó un momento—. Si no los detenemos, moriremos.

Kai se reclinó en el saco de dormir. Daba por hecho que Bashasa todavía quería llevar a cabo lo que había dicho en los Salones Estivales: hacer todo el daño posible a los jerarcas. Posó la mirada en el bulto envuelto que descansaba junto a la pared de la tienda.

No olía mal, pero sabía que habían empleado artes brujas para preservar el cuerpo.

—¿Esa es su hermana?

—Sí. —Ziede dobló los mapas y los guardó—. Tú… Enna… sigue guardada en el andamuros.

Kai se la quedó mirando. No se habría quedado tan sorprendido ni aunque Ziede le acabara de dar un bofetón.

—¿Es que han traído a todos los ariké muertos?

—No. Han tenido que dejarlos allí. —Señaló con la frente el bulto envuelto—. Las soldados sabían que Bashasa quería llevarse el cuerpo de su hermana. Parte de su nuevo plan incluye enseñar a los líderes ariké de Benais-arik que los jerarcas han matado a una princesa heredera que habían tomado como rehén. Todo el mundo sabe que los acuerdos con los jerarca§ no valen nada, pero esto es una prueba, una prueba drástica. Y tendrá que enseñarles cómo la mataron. —Miró a los ojos a Kai—. Bashasa no avisó a nadie más de que iba a llevarse el cadáver de Enna. Le pidió a Tahren que fuera a buscarlo.

El fardo que Tahren había sacado de los Salones era el cuerpo de Enna, no el de la hermana de Bashasa.

—¿Es que creen que pueden hacer algo con ella? ¿Con Enna? —Fuera de las Tierras Llanas, los mortales tenían toda clase de ideas extrañas acerca de los demonios. Kai no quería que despedazaran a Enna para hacer inútiles amuletos protectores con ella.

Pero Ziede negó con la cabeza.

—Bashasa pensó que no querrías abandonarla bajo el agua. —Kai miró fijamente a Ziede hasta que esta esbozó una mueca irónica. Luego contempló el rostro dormido de Bashasa—. ¿Los saredíes entierran a sus muertos?

Kai negó lentamente con la cabeza.

—Levantamos piras en las orillas del río, para que el fuego no se extienda. —Allí no era posible; había demasiada hierba y Kai no quería utilizar una intención. Se las había arreglado para no incendiar el campamento y matar a todo el mundo la primera vez; no quería volver a tentar a la suerte—. No puedo arriesgarme.

Ziede lo miró con lástima.

—No. Pero podrías celebrar un entierro brujo. Mientras exploraba he visto las ruinas de una pared, cerca de aquí, y el

contorno de unos cimientos.

—¿Para levantar un túmulo? —Cuando Ziede asintió, Kai se echó el pelo hacia atrás y consiguió no dar un respingo al notar que la textura no era la de siempre—. ¿Me ayudas?



El sitio estaba al sur del campamento, detrás de una alta arboleda. Se había levantado la brisa y ahora hacía más frío; la media luna había vuelto a asomarse por detrás de las nubes, vertiendo su resplandor plateado en la hierba alta y convirtiendo los árboles en siluetas oscuras recortadas contra el cielo. Kai apenas distinguió el muro de piedra derruido que Ziede había avistado desde el aire. En otro tiempo había cercado unos edificios de madera que ya se habían desmoronado y podrido. Los jerarcas ya habían pasado por allí y destruido el puente en una ocasión; también lo habrían arrasado todo a su alrededor.

Habían bajado el cuerpo de Enna de la red de carga del otro andamuros, y Kai había tomado prestada una de las palas con las que habían excavado los hoyos de las hogueras. Aguardó mientras Ziede recorría las ruinas de la vivienda, ladeando la cabeza para escuchar el aire. Finalmente se detuvo.

—Aquí. La chimenea estaba aquí.

Kai empezó a cavar mientras Ziede traía piedras de la pared. Había dejado el abrigo de Bashasa en la tienda, se había atado la falda para que no arrastrara por la tierra mojada y se había recogido el pelo en un moño con las horquillas de Talamines. La ropa ariké le resultaba cómoda pero poco práctica.

—Creía que odiabas a los mariscales inmortales —le comentó a Ziede.

—Y los odio. —Soltó una piedra a un lado del hoyo y fue a por otra. Kai siguió paleando tierra.

—¿Entonces qué hay entre Tahren y tú?

—No hay nada —dijo Ziede con su voz más intimidatoria.

Kai sonrió para sus adentros.

—Es muy alta. A los saredíes les parecían muy atractivos los hombros anchos… ¡Oye! —Kai se apartó de un brinco y se sacudió los dos puñados de tierra que Ziede le acababa de echar por la

espalda.

Poco después, Kai percibió que alguien los observaba. Al salir de las tiendas, Salatel ya dormía. Les había resultado más fácil conseguir que Cerala y Hartel se quedaran vigilando a Bashasa; Kai había insinuado que Ziede y él se disponían a hacer cosas de brujos, muy importantes y peligrosas.

Disimulando, Kai soltó la última paletada de tierra y se alejó de la zanja, fingiendo estirar los músculos para poder inspeccionar el campo sin que se notara. Pero la figura que aguardaba a cierta distancia era alta, de hombros anchos y piel pálida; la luz de la luna se reflejaba en su cabello corto y rubio. Tahren, cubierta hasta las rodillas por la hierba, los miraba con los brazos en jarras.

Kai soltó un suspiro de alivio y llamó a Ziede. Esta soltó una piedra encima del montón, se sacudió las manos y levantó la cabeza.

—¿Qué haces merodeando? —preguntó nada más verla.

Tahren se acercó caminando por la hierba alta; tenía el ceño fruncido.

—Supongo que esto es de lo más normal —comentó.

Kai supuso que cavar una tumba en plena noche podía parecer un poco extraño.

—Me vamos a enterrar —le dijo a Tahren.

Esta frunció todavía más el ceño.

—¿Cómo…? ¿Para siempre?

—A mi antiguo yo, a Enna —le aclaró Kai. No pudo reprimir un resoplido de burla—. No, me iba a meter en este agujero para que Ziede me tapara con tierra.

—Por muy tentadora que sea la idea —comentó Ziede. Kai se dobló en dos de la risa. Quizá estuviera perdiendo la poca compostura que le quedaba. Se dejó caer pesadamente sobre el montículo de tierra, se tapó la cara con las manos y rio hasta que notó que la cara de Talamines estaba húmeda por las lágrimas. Consiguió levantar la cabeza y mirar a Ziede, que se había sentado en los restos de la pared de piedra y también reía disimuladamente.

Tahren lo contemplaba todo en silencio.

—Creo que necesitáis ayuda.

Ziede agitó la mano.

—Entiendo que te lo pueda parecer.

—No, quiero decir… —Tahren titubeó—. ¿Os puedo ayudar?

Ziede se disponía a hablar, pero se giró y miró inquisitivamente a Tahren.

—¿Kai? —preguntó en voz baja.

Kai, tumbado sobre la tierra, se secó la cara. No sabía lo que estaba pasando, pero le parecía más trascendental que una simple oferta para ayudarles a cavar una tumba.

—Está bien, yo… —Se acordó de Tahren arrancándole los virotes de la espalda en el Patio de los Demonios Cautivos—. Yo confío en Tahren Stargard. Para que nos ayude.

Ziede seguía observando a Tahren, que le sostenía la mirada sin titubear.

—Me sorprende, pero reconozco que yo también. —Le tendió la mano y Tahren la aceptó—. En tal caso, puedes acompañarnos.

QUINCE

Cuando la balsa de ascensión escapó de los Salones Estivales y sobrevolaba las planicies, quedó claro que la piedra de búsqueda los estaba guiando hacia el territorio de la ciudad-Estado de Benais-arik.

—Si la piedra mantiene este rumbo, lo más probable es que Tahren esté en algún lugar de la vieja frontera con el Arik —dijo Ziede en voz baja. Estaba sentada en la cubierta, con las piernas cruzadas, la piedra de búsqueda en el regazo y un mapa de la bolsa de Dahin extendido ante ella—. En el Kagala, probablemente.

Kai se inclinó sobre Ziede para echar un vistazo al mapa, sintiendo un hormigueo de inquietud. Los fuertes se habían construido varias generaciones antes de la llegada de los jerarcas, cuando las ciudades-Estado ariké luchaban y se saqueaban entre sí. Durante la guerra, Bashasa los había utilizado principalmente como distracción; tras la guerra, habían servido para alojar temporalmente a los refugiados. Años más tarde habían caído en desuso. Sin embargo, después de que se fugaran de los Salones Estivales, Bashasa había conducido a los rebeldes hasta el Kagala, confiando en dejar a algunos refugiados en el pueblo y reabastecerse en el fuerte antes de emprender el último tramo de viaje hasta la capital de Benais-arik.

—¿A ti te parece…? —Kai no estaba seguro de lo que le parecía.

—¿El augurio de una catástrofe inminente? —dijo Ziede con la voz tensa y seria—. Podría ser mera coincidencia. Todos esos fuertes llevan años desiertos, y aunque este linda con el territorio de Nient-arik, técnicamente forma parte de Benais-arik, así que podrían alegar no saber nada si encontramos a Tahren allí.

Kai se echó hacia atrás; eso no lo tranquilizaba. Los augurios siempre resultaban peliagudos, difíciles de interpretar y, en general, inútiles, salvo para señalarlos con posterioridad. Por lo visto en las Tierras Fronterizas habían aparecido augurios antes del primer ataque de los jerarcas contra Erathi, pero nadie los había reconocido como tales. Lo más probable es que todo fuera una coincidencia.

Aun así, se le antojaba extraño estar repitiendo el mismo viaje, desde los Salones Estivales hasta el Kagala.

Los demás ocupantes de la balsa guardaban silencio. Había salido el sol mientras volaban, así que ya no tenían el pelo y la ropa mojados, pero todos estaban desaliñados, magullados y cansados. Tenes se había recuperado lo suficiente como para sumirse en un sueño normal; estaba en el pequeño camarote, con Sanja acurrucada a su lado. Al parecer Saadrin ya estaba harta de ese camarote, así que estaba sentada junto a la columna de dirección, mirando con el ceño fruncido a Dahin, que a su vez la ignoraba ostensiblemente. Ramad estaba en el lado opuesto de la balsa, asomado a la barandilla para mirar abajo. Kai apenas se acordaba de la primera vez que había volado con Ziede, pero recordaba lo fascinante que era ver el mundo desplegarse a tus pies desde semejante altura.

Después de orientar la balsa en la dirección correcta, Ziede les había explicado que Tenes había invocado a los espíritus terrestres para que minaran el punto débil de la pared del fondo de la caverna, con el objetivo de atravesarla y provocar la inundación.

—Y cedió de forma espectacular. Pero nos dio de refilón cuando intentamos escapar volando. No salió como había imaginado —había añadido con una mueca.

Nada había salido como Kai había imaginado, pero al final lo habían conseguido. Ziede también había pedido disculpas por olvidarse una gota de sangre en el barco de los benditos inmortales, pero Kai ya había superado la frustración y le había dicho que no

importaba. Además, la intención que había empleado Arnsterath para leer la perla de Ziede parecía haber consumido la sangre, así que no podría volver a utilizarla.

—Esperemos que no tenga más sangre —había señalado Dahin, sin darse cuenta de que eso no los animaba.

Ziede soltó un resoplido de frustración.

—No me importa adonde vamos ni si es un augurio o no. Lo único que quiero es llegar.

—Llegaremos pronto —le aseguró Kai—. Ya no habrá que esperar más. —La balsa estaba acelerando un viaje de varios días a caballo; era más rápida que las barcas fluviales y los andamuros.

Ziede lo miró. Bajo toda esa tensión, su rostro estaba demacrado y cansado.

—Habrá sido una conmoción para ti volver a ver un demonio saredí.

Kai no quería hablar de ello, pero el aluvión de emociones en conflicto le estaba hirviendo el cerebro.

—Los demonios no sufren conmociones.

—Pues yo estoy segurísima de que sí —replicó Ziede—. ¿Estuvo con nosotros en la Sala del Templo?

Ramad se había girado hacia ellos y los escuchaba con el ceño fruncido. Los moratones del lateral de su rostro estaban muy oscuros y parecían dolorosos. Kai se revolvió, incómodo, y se reclinó en el banco.

—Sí. Creo que incluso hablaste con ella, después de que yo matara a Talamines y —señaló vagamente su propio cuerpo— todo eso. Antes de que Bashasa se marchara a buscar a la otra jerarca. Arnsterath ocupaba el cuerpo de un anciano.

Ziede frunció el ceño, consternada.

—¿Es la misma que te intentó atacar después?

Kai exhaló con fuerza. Había sido en ese momento cuando había entendido de verdad que, aunque sobreviviera y escapara de los Salones Estivales, ya nada volvería a ser igual.

—Pensaba que nadie lo había visto.

—Yo sí lo vi. Me pareció… que era mejor no comentarlo en ese momento. —Ziede volvió a tocar la piedra de búsqueda para comprobar el rumbo; desde hacía unas horas se había convertido en un tic nervioso—. ¿Antes de eso erais amigos?

—Ella era mayor que yo, como demonio y como saredí. Siempre estuvo conmigo.

Miró a Ramad, que mantenía el semblante meticulosamente neutro y apenas respiraba, como si no quisiera perturbar aquel vistazo al pasado. Su actitud debería haberle resultado invasiva e irritante, pero no era así. El interés de Ramad por la verdadera historia de esa época era su auténtica vocación, y quizá Kai se lo debía.

—Se pasó décadas encerrada, Ziede. Todo el tiempo que nosotros estuvimos viviendo nuestras vidas, ella estuvo… —Kai sacudió la cabeza con impaciencia—. No éramos amigos. Ni siquiera sé por qué… —No terminó la frase, aunque fuera solo para sus adentros.

—Incluso si no os hubierais conocido de nada, ella seguía siendo una demonio saredí a la que acababas de rescatar del Patio de los Cautivos —dijo Ziede, inflexible—. Pero el caso es que sí te conocía; era mayor que tú y debería haberse hecho responsable de ti. Debería haber sido ella quien te protegiera, y no una bruja y un príncipe heredero ariké a los que conocías desde hacía menos de un día. Si ella hubiera estado herida, tú la habrías protegido, la habrías cuidado. —Miró de reojo a Ramad y añadió mentalmente: *Fue la primera vez que alguien te traicionó*.

Kai se tapó la cara con las manos. *Ahora mismo no puedo*, le respondió. Ziede le apretó afectuosamente el brazo y no insistió.

Kai levantó la vista al oír un ruido en la columna de dirección. Dahin estaba consultando el mapa que se había guardado en la túnica. Como si le hiciera falta, como si no hubiera viajado por ese territorio una y mil veces en los últimos sesenta años, como si no fuera un experto cartógrafo.

—Nos estamos acercando a un puesto de comerciantes en ese cruce, donde los dos canales orientales principales se encuentran con la carretera comercial nueva. ¿Queréis que dé un rodeo?

—No. —Kai sabía a qué puesto se refería—. Ziede, tenemos que parar. Solo será un momento.

Sanja asomó la cabeza desde el camarote.

—¡Sí, por favor! Tengo que hacer pis.

—Yo también —coincidió Dahin—. Pero alguien va a tener que quedarse en la balsa para asegurarse de que la tía Saadrin no nos la

robe.

Por lo visto Saadrin ya estaba demasiado cansada de Dahin como para enfadarse a esas alturas.

—Me obliga el derecho de parentesco —dijo con exasperación. Un rato antes había admitido, y ni siquiera de mal humor, que Dahin y Kai le habían salvado la vida. A Dahin lo protegía el derecho de parentesco, pero con Kai había contraído una deuda, y salvarle la vida a cambio no era suficiente para saldarla. Para los benditos inmortales, la vida de Saadrin valía muchísimo más que la de un demonio, dos brujas y un par de mortales.

Ramad también debía de conocer el puesto comercial, y probablemente estaba calculando si podría enviar un mensajero a la cohorte que tenía su base cerca de allí, siguiendo el curso del canal.

—¿Habrá tiempo para comprar comida? —preguntó Ramad.

Ziede sabía lo que quería hacer Kai, y le costaba reprimir la impaciencia.

—Daos prisa todos —dijo por fin, antes de mirar a Kai—. No lo alargues —añadió.

Estaban sobrevolando unas pequeñas colinas cubiertas de hierba amarillenta y diminutas flores de colores cuando Kai avistó el primer canal. En las orillas crecían árboles acuáticos muy altos, de copas frondosas y marañas de raíces superficiales. Poco después vieron a lo lejos la columna de humo del puesto avanzado y la curva del segundo canal transversal.

A medida que se aproximaban, Dahin hacía descender la balsa poco a poco, evitando la ancha carretera pavimentada que serpenteaba entre los campos. Unos bosquecillos de árboles altos y en flor, cuyos colores rosados y blancos destacaban vivamente sobre la hierba descolorida, remataban las cimas de las colinas, un indicio de que antaño los había plantado algún pueblo o granja ya desaparecidos. Cuando ya estuvieron lo bastante cerca, Dahin posó la balsa detrás de una pequeña colina; el trayecto a pie hasta el puesto avanzado sería breve, pero al mismo tiempo quedaban fuera de su campo de visión. Seguramente los habían visto aterrizar, pero nadie iba a acudir corriendo para curiosear qué pintaba allí una balsa de ascensión de los benditos inmortales.

Tenes, un poco mareada todavía, prefirió quedarse. Ziede se llevó a Sanja al puesto avanzado, mientras que Saadrin bajó de la

balsa y se detuvo a cierta distancia con aire melodramático, para que a Dahin no le preocupara dejarla sin vigilancia.

Kai bajó de la balsa, sabiendo que Ramad lo seguiría. La hierba seca crujía bajo sus pies, pero la brisa era fresca y mantenía a raya los mosquitos. Subieron la pendiente hasta la arboleda, envueltos en pétalos de colores; desde allí se veían los canales y el bullicioso mercado. Las estructuras de madera estaban construidas sobre viejos pilotes de piedra, y se extendían trazando una curva hasta la cuenca donde convergían los dos canales. A la sombra de los altos árboles acuáticos, los mortales curioseaban entre las tiendas, los toldos portátiles de colores chillones donde los artesanos exponían sus mercancías y los cocineros que servían comida de calderos humeantes y hornos de barro. Numerosas barcas y barcazas estaban atracadas a lo largo de los pilotes, y en los establos y corrales contiguos a la carretera se veían carromatos e incluso algunos andamuros. El perfume de los árboles en flor se mezclaba con los aromas de la carne asada, el ajo y el humo de leña, y la brisa traía el lejano sonido de las voces. Kai distinguió a Ziede, que avanzaba con enérgica eficiencia hacia los vendedores de comida; Sanja brincaba tras ella. Aquel lugar estaba tan poblado que dentro de pocos años podría convertirse en una ciudad. Kai notó que se le relajaba la nuca al contemplar aquellas vibrantes señales de vida en plena campiña. Aunque estuvieran volviendo sobre sus pasos, los Salones Estivales eran el pasado; el nuevo mundo era ese.

Ramad se cruzó de brazos.

—Qué informe tan interesante para Bashat bar Calis y el consejo imperial.

Era una invitación para hablar, así que Kai la aceptó.

—Creo que te debo la respuesta a una pregunta.

—¿Sí? —Ramad sacudió la cabeza—. Me has contado muchas cosas —dijo con ironía—. Has sido muy generoso. Sé que estos temas pueden resultarte dolorosos, y mi búsqueda de conocimiento ha sido… desconsiderada en el mejor de los casos.

—Pregunta ahora que puedes —dijo Kai.

—Muy bien. —Ramad titubeó—. ¿Qué le ocurrió al bendito menor Dahin? —Por su expresión incómoda, estaba recordando algunos detalles de la huida—. Cuando mató a ese bendito inmortal…

Ese tampoco era un recuerdo agradable, pero Kai contestó:

—Durante la guerra, mientras llevaba a cabo una misión para Bashasa, los mariscales inmortales que apoyaban a los jerarcas lo capturaron. Su familia no le ayudó. Sabíamos que la misión le llevaría tiempo, así que tardamos demasiado en darnos cuenta de su desaparición, y también en encontrarlo. —Por eso Dahin nunca había permitido que Kai le entregara una perla. No soportaba la idea de que alguien tuviera semejante acceso a su mente—. No le echa la culpa a Tahren, porque sabe que ella jamás le haría daño. Pero al mismo tiempo Tahren es… una de ellos.

Ramad lo meditó con el semblante serio.

—Todos los que sobrevivisteis a esa época cargasteis con cicatrices. Cargáis con cicatrices. —Se giró para mirar a Kai—. Hay algo que debería…

Kai no quería oírlo. Ya lo había retrasado suficiente. Ramad creía que los cálidos hilos de la conexión silenciosa entre ellos dos seguían intactos. Había llegado el momento de cortarlos.

—Sé que eres el agente de Bashat.

Ramad tenía demasiada experiencia para dejarse sorprender así. Sonrió levemente.

—Soy su vanguardista.

Kai insistió:

—Conocíais la conspiración. Bashat y tú. —No pudo contenerse y añadió—: Lo de Bashat ya lo había asumido, pero tenía la esperanza de que tú no lo supieras.

El rostro de Ramad se quedó muy quieto. Claramente ignoraba cuánto sabía Kai exactamente, así que lo había pillado totalmente desprevenido.

—Kai… Han sido Nient-arik y algunos benditos inmortales con exceso de ambición. Lo que acaba de ocurrir demuestra que yo no trabajo para ellos.

La mentira por omisión se lo puso un poco más fácil.

—No hacía falta que trabajaras para ellos. Lo único que tenías que hacer era no detenerlos. —Kai dejó que su dolorosa ironía se mostrara en su sonrisa—. Nos quitaron de en medio a Tahren, a Ziede y a mí durante la renovación de la coalición imperial. Bashat sabía que los tres opinábamos que Benais-arik y él tenían demasiado poder, que yo desaprobaba la idea de un imperio del

Mundo Emergente. Bashat no podía arriesgarse a que Tahren se opusiera a él cuando renovara el tratado con los benditos inmortales. Así que permitió que los conspiradores nos capturaran. Y después, durante la renovación imperial denunció la conspiración. El consejo accedió a renovar el tratado de los benditos incluso sin Tahren, ya que su ausencia era involuntaria. Así Bashat pudo deshacerse de los disidentes y pintar Nient-arik como un nido de traidores para que perdieran su influencia en el Mundo Emergente. Los benditos inmortales también saldrán debilitados, ahora que el consejo sabe que existe disensión entre sus patriarcas.

Kai notó el momento exacto en el que Ramad entendió que ya podía renunciar a la farsa. Una parte de él pareció relajarse, como si aquel engaño fuera un peso que acababa de soltar.

—Es cierto que Bashat me envió a buscar a Tahren Stargard… y a ti. Habría ordenado tu liberación…

Kai no pudo menos que admirar su esfuerzo.

—No lo empeores.

—No lo… —Ramad apretó los labios para controlarse mientras sopesaba sus próximas palabras—. Te pido disculpas por mi participación. Cuando accedí, no te conocía.

Eso no se lo esperaba; sus palabras le hirieron como una puñalada con un cuchillo muy delgado. Al parecer Ramad nunca había llegado a engañarse a sí mismo diciéndose que lo suyo no era una traición.

—Muy bien —dijo Kai—. Y ahora dime si fue Bashat quien me envenenó o si solo permitió que lo hicieran otros.

—Te envenenó él. Sabía que el plan de Nient-arik no funcionaría. Les hizo… Les hicimos creer que te había engañado un traidor de la Casa de Benais.

Kai no pudo evitar reírse al oírlo, aunque la carcajada le salió más áspera de lo esperado.

—Es que me engañó un traidor de la Casa de Benais.

Ramad apartó la mirada con la mandíbula tensa.

—El Mundo Emergente necesitaba la renovación imperial. No podíamos consentir que persuadierais a Enalin de que rechazara su acuerdo…

Ramad había sido astuto, y Bashat, despiadado. Casi le daba pena decirles que todo había sido inútil, porque Kai los había

traicionado primero.

—Persuadí a Enalin hace cinco años.

Ramad se giró y lo miró con el ceño fruncido. No lo había entendido. Hasta que, de pronto, lo entendió. Se quedó sin aliento. Kai se encogió de hombros.

—Me llevó dos años de debate. —Cada provincia de Enalin tenía su propio gobierno y seleccionaba a sus líderes por consenso popular. Era un sistema complicado, pero más organizado que el de los brujos—. Tuve que hablar con todos sus líderes, que a su vez tuvieron que ponerse de acuerdo entre sí. —Le sorprendía lo mucho que le costaba mirar el rostro de Ramad a medida que este lo iba comprendiendo, así que Kai volvió a girarse hacia el puesto avanzado—. Antes de que llegáramos a los Salones Estivales, recibí un mensaje del embajador de Enalin en Benais-arik. Enalin retiró su apoyo a Benais-arik y a Bashat, como estaba planeado, después de que este denunciara a los conspiradores, así que la renovación imperial ha fracasado. El Mundo Emergente ya no es un imperio y vuelve a ser una coalición de aliados libres. El consejo repartirá las responsabilidades de Benais-arik; incluso le han concedido un puesto entre ellos a Bashat, para que la decepción por no ser emperador no sea tan grande. —Kai no estaba en absoluto tan tranquilo como aparentaba—. Benais-arik podría declararle la guerra a Enalin por esto, pero Enalin cuenta con demasiados apoyos. El resto de la coalición se pondría en contra de Benais-arik por perturbar la paz.

—Cinco años… —repitió Ramad, con la voz tan seca como el polvo—. Así que te traicioné… Bashat te traicionó para nada.

Kai seguía enfadado, pero su enfado estaba envuelto en dolor, en rabia contra sí mismo por haber osado creer que Ramad no lo sabía.

—Por eso a los dos benditos menores les daba tanto miedo perder la piedra de búsqueda. —Su plan para que Nient-aril fuera nombrada capital del Mundo Emergente ya había fracasado, y los benditos inmortales seguían atados por el tratado de la coalición. Los mariscales inmortales recibirían la orden de dar caza a todos los benditos que hubieran participado en la conspiración, y una vieja piedra de búsqueda de los jerarcas se lo habría puesto muy fácil—. No estuve seguro de que tú formabas parte hasta que intentaste convencer a Faharin de que nos soltara, cuando le dijiste que ya era

demasiado tarde. —En ese momento Ramad creía que la renovación imperial había tenido éxito, que ya no había motivos para impedir que Kai y Ziede regresaran—. Siempre fue demasiado tarde —añadió sin poder evitarlo. Ahora ya podía mirar a Ramad, así que se dio la vuelta y clavó sus ojos en él—. Te olvidaste de lo que soy.

Ramad dejó escapar un suspiro que casi era una risa.

—Un príncipe demonio inmortal.

—No —dijo Kai con severidad—. El príncipe demonio inmortal de Bashasa.

Más abajo, Ziede y Sanja salieron del caótico mercado, cargadas con fardos, y echaron a andar por el camino de tierra que los llevaría de vuelta a la balsa.

—Te voy a dar una respuesta más. Lo que me dijo Bashasa antes de morir fue: «No permitas que todo por lo que hemos luchado sea en vano». —Ramad parecía aturdido, pero Kai insistió—: Él nunca quiso que un imperio sustituyera a los jerarcas. Quería que todo volviera a ser como antes de que ellos aparecieran. Eso no se lo puedo ofrecer, pero esto sí. —Kai retrocedió y desvió la mirada—. Puedes decirle a Bashat que lo único que queremos es que nos dejen en paz.

—Bashat no está sediento de poder —dijo Ramad de pronto—. No se trata de eso. Él conocía el cisma entre los benditos inmortales, sabía que había un patriarca que quería poner fin al tratado. Creía que eso solo sería el principio, que la coalición se fracturaría bajo tanta presión. Que la coalición tenía más probabilidades de sobrevivir si Benais-arik seguía al mando.

Kai empezó a descender por la colina. No iba a discutir con él. Si la coalición se fracturaba y las alianzas cambiaban o volvían a forjarse de otra manera, así eran las cosas. Kai había aprendido a vivir con ello; Bashat también lo haría.

Ramad no intentó seguirlo y permaneció bajo los árboles en flor. Kai esperó junto a la balsa hasta que Ziede y Sanja atravesaron el campo y luego subió detrás de ellas.

Ziede dejó en la cubierta una caja de bambú grande y le apretó el hombro a Kai. Uno de los bultos que traía Sanja era una cesta de hojas de palma llena de pastas rellenas y fritas. El olor a especias, garbanzos y berenjena hizo que a Kai le rugiera el estómago a pesar de todo. Tenes salió del camarote, plenamente despierta.

Dahin ya estaba preparado junto a la columna de dirección, engullendo dátiles con miel. Saadrin lo observó desde el banco donde estaba sentada.

—Estás contaminando tu cuerpo —lo reprendió.

—Llevo meses comiendo raciones de viaje de los benditos; mi cuerpo se muere por un poco de contaminación —replicó Dahin. Luego clavó su aguda mirada en Kai—. ¿Ramad no viene?

—Desde aquí podrá llegar en barca a la base de la cohorte. —Kai cerró la portezuela de la balsa—. Vámonos.



El solitario Kagala se alzaba en una planicie rocosa y polvorienta; la ruta comercial que custodiaba antaño había caído en desuso. Un canal conectaba con la estructura, pero en algún momento lo habían cerrado y ahora el lecho estaba seco; tan solo el agua de lluvia llenaba sus puntos más bajos. El canal terminaba en una cuenca vacía que en otro tiempo había sido un muelle circular de altas paredes, conectado al fuerte principal por un puente alto y curvado.

El fuerte en sí era un ejemplo de la típica arquitectura militar ariké: torres redondas rematadas con cúpulas, murallas exteriores inclinadas, lisas y sencillas, y paredes interiores con escenas grabadas de leyendas e historias militares. La pintura de los grabados estaba descolorida, pero seguía mostrando indicios de verdes, azules y rojos vivos.

En el lado opuesto del canal había antaño un pueblo de comerciantes, pero las estructuras e instalaciones de madera se habían desmoronado hacía mucho tiempo y habían desaparecido en los campos polvorientos. Tan solo quedaban los cimientos de piedra.

Habían hecho otra parada rápida en el borde de aquel desierto, para rellenar los depósitos de agua ocultos bajo los bancos del camarote, pero Kai no quería permanecer en esa zona más tiempo del absolutamente necesario. No le parecía que Ramad le hubiera mentido al decir que no conocía el paradero de Tahren, ya que los benditos inmortales renegados que estaban implicados en la conspiración de Nient-arik la habrían llevado allí. Sin embargo,

cabía la posibilidad de que Bashat lo supiera y, sencillamente, no se lo hubiera contado a su vanguardista. Los benditos inmortales habían creído que sus astutos planes habían escapado del escrutinio del Mundo Emergente, cuando en realidad habían caído directos en su juego.

La fortaleza parecía desierta; tampoco había huellas en los caminos polvorientos que llevaban hasta las puertas.

—Aquí no podría haber una fuente del Pozo —dijo Saadrin, cruzada de brazos en la balsa—. Está demasiado aislado para llegar rápidamente por ningún otro medio.

—Salvo el medio que estamos usando nosotros —replicó Dahin —. Gracias por tu sabiduría, tía Saadrin.

Kai, sentado en el banco, apoyó la frente en la barandilla y dijo:

—Dahin, por lo que más quieras.

Ziede parecía una estatua frágil; estaba hecha un manojo de nervios y lo último que necesitaban era una discusión.

—Ya lo sé, ya lo sé, lo siento. —Dahin se secó la cara, distraído —. Es que no puedo… A veces me cuesta no hacerlo. Os pido perdón a todos. —Eso era lo más parecido a disculparse con Saadrin que iban a conseguir. Y esta, mostrando más sensibilidad con la situación de lo que esperaba Kai, no dijo nada.

Dahin sobrevoló lentamente la muralla interna con la balsa. El interior era un gran patio dividido en tres terrazas unidas por escalones, cada vez más profundas; la más baja quedaba bajo la superficie. Los establos, el pozo de agua y el almacén de comida se encontraban allí abajo, para aprovechar el frescor subterráneo. Ese lado del muro estaba sembrado de ventanas para que las cámaras del interior disfrutaran de la brisa. Al otro lado de las puertas se hallaba el balcón desde donde el comandante del fuerte hacía sus declaraciones; la plataforma y el asiento de piedra seguían en pie.

—¿Aterrizo? —Dahin observó la escena con atención—. No parece que haya ningún… —Justo en ese momento varias figuras salieron por un arco de entrada en el segundo nivel del patio. Kai se agachó y bajó a Sanja del banco de un empujón. Ziede se agazapó con una mueca de irritación. Tenes, que ya estaba sentada en la cubierta, dio un respingo, alarmada.

Dahin soltó un juramento.

—Ese es un bendito menor. —Se había escondido un poco tras la

columna de dirección y giraba la cabeza para que no le vieran la cara.

Saadrin era la única que no se había movido.

—Es Vrenren —dijo con el aire de una clienta a la que le presentan una selección de melones totalmente insatisfactoria—. Un primo tercero de Narrein y Shiren. Hay mortales con él.

—¿Por qué salen como imbéciles? —siseó Dahin.

—¿Porque vamos montados en un chisme volador de los benditos inmortales? —señaló Sanja—. A lo mejor se piensan que somos ellos.

—Claro, claro. —Dahin agitó la mano con desinterés—. Podemos sacar ventaja de eso. Podría hacer que se acercaran para aterrizarles encima. O…

Kai tenía una idea. Estaba claro que Vrenren conocía a Saadrin, pero no se había alarmado al verla. Quizá no supiera qué otros benditos inmortales estaban involucrados en la conspiración. No se tragaría que Dahin estuviera implicado, pero, desde lejos y con el pelo recogido, podían confundir a Dahin con una mujer de los benditos menores. Si Dahin conseguía mantener el rostro oculto, tenían una oportunidad excelente para engañarlos. Kai se incorporó levemente.

—Mariscal inmortal Saadrin, ¿te gustaría saldar tu deuda conmigo?



Dahin posó la balsa en la plataforma superior, justo detrás de la reja delantera sellada.

—Quedaos donde estáis. Iré a vuestro encuentro —dijo Saadrin en imperial antiguo.

Con los demás agazapados en el camarote y Dahin escondiendo la cara y fingiendo que forcejeaba con la columna de dirección, Saadrin se agachó y cogió en brazos a Kai, aparentemente inconsciente.

Echado cabeza abajo sobre el hombro de Saadrin, Kai procuró dejar el cuerpo flojo. Había subestimado lo huesudo e incómodo que era el omóplato de la mariscal inmortal. Con cada paso que daba Saadrin al cruzar la plataforma, se le clavaba en el vientre. Kai

se arrepintió de haberse comido las dos pastas fritas de antes.

Aquello era una prueba de confianza para los dos. Kai tenía que confiar en que Saadrin no lo traicionara solo porque podía; Saadrin tenía que confiar en que Kai no le drenara la vida por el mismo motivo.

Una voz llamó a Saadrin, rebotando en las paredes de piedra y demasiado vaga para entenderla. Saadrin, con el tono autoritario de los mariscales inmortales, no tuvo problemas en hacerse oír:

—Traigo al demonio —les dijo—. Me envía Faharin. Debemos darnos prisa.

Las sacudidas al bajar por la rampa hasta la plataforma inferior fueron aún peores. Kai tenía que fingir que estaba profundamente inconsciente, así que ni siquiera pudo consolarse soltando un gemido. Aunque tenía los ojos cerrados, notó que la temperatura descendía cuando Saadrin pasó por debajo del saliente del muro interior. El aire era frío y húmedo; tenía que haber una fuente de agua activa no muy lejos.

—Llevadme a las celdas, deprisa —dijo Saadrin.

Una voz, presumiblemente la de Vrenren, habló:

—¿Te envía Faharin? No sabía que tú… ¿Cómo habéis capturado al demonio? —Parecía asombrado, pero no como si resultara absolutamente increíble. Evidentemente, tenía mucha más confianza en Faharin que cualquier persona que hubiera conocido Kai.

La impaciencia de Saadrin seguramente no fue fingida.

—¡Hablaremos más tarde! No puedo arriesgarme a que esta criatura despierte. Una vez en la celda, los demás no serán capaces de rastrearlo.

Los guardias mortales murmuraron nerviosamente.

—Por supuesto, mariscal bendita. Por aquí —dijo Vrenren.

Se internaron en las frías sombras, haciendo crujir bajo sus pies la piedra arenosa, y dejaron atrás el calor del patio. Entraron en una zona más oscura, dejando atrás unos tragaluces por donde la luz del sol brillaba a través de los párpados cerrados de Kai. De pronto se detuvieron.

—Aquí. Abrid esta —dijo Vrenren.

Mientras los guardias obedecían, Saadrin preguntó:

—¿Aquí es dónde está encerrada la Caída? —Kai reprimió una

mueca. La voz de Saadrin había sonado forzada, pero quizá Vrenren estuviera demasiado perplejo para fijarse. O quizá Saadrin hablara siempre así.

—No, la suya es aquella —contestó Vrenren, apurado—. Hay siete celdas en total. El patriarca creyó que todas nos serían de utilidad, una vez que los mortales de Nient-arik usurpen el Mundo Emergente y nos liberen del tratado. Dijo que no faltarían apóstatas que…

Kai le tocó el brazo a Saadrin y esta lo soltó. Al caer, Kai retorció el cuerpo para aterrizar de pie. Se encontraban en el cruce de un pasillo ancho; la luz del día entraba por unas ventanas altas, justo debajo del techo curvado. En las paredes había unos grandes umbrales cuadrados, unas habitaciones que antaño habían sido aposentos para civiles y donde ahora habían instalado unas sólidas puertas de hierro.

Saadrin había perdido su espada bendita en algún momento entre su captura en Orintukk y los Salones Estivales. Le dio una bofetada con el dorso de la mano al mortal más cercano y le arrebató su espada curva en cuanto empezó a caer. Señaló con la frente la puerta situada a la izquierda de Kai y después se lanzó a por el horrorizado Vrenren.

Un guardia mortal muy valiente (o muy desinformado) sujetó a Kai, y este le drenó la vida. Otros huyeron mientras daban la voz de alarma, presas del pánico. Se oyó el choque de los aceros; Saadrin y Vrenren estaban peleando. La espada bendita de Vrenren arrancaba esquirlas de la espada mortal de Saadrin, pero eso no parecía servirle de mucho, porque Saadrin lo hacía retroceder por el pasillo a base de fuerza, agresividad y confianza. Podía haber más benditos inmortales; Kai tenía que darse prisa.

Conocía el conjuro que abría las celdas brujas; la Abuela se lo había enseñado hacía unos días, aunque le parecía que habían transcurrido meses. Caminó hasta la puerta que le había indicado Saadrin y se puso a dibujarlo en la superficie de madera reforzada con hierro. Los bloques de piedra que rodeaban la puerta no coincidían con el cálido color arenoso del resto de la pared; eran más oscuros, más lisos, surcados por vetas rojas. Kai notó que irradiaban un frío extraño, algo que le sorbía el calor de la sangre. Apretó los dientes y se concentró en el conjuro, procurando no

pensar en lo que había tenido que soportar Tahren. Estar allí dentro debía de ser terrible.

Los mortales que habían huido volvieron a aparecer al final del pasillo, tambaleándose; uno se estaba ahogando en flores y los demás seguían pidiendo refuerzos a gritos. Una brisa agitó el cabello de Kai, aunque allí dentro no podía haber brisa; Ziede y Tenes venían de camino. Volvieron a oírse gritos frenéticos desde la dirección en la que Saadrin había empujado a Vrenren.

Kai terminó el conjuro y lo alimentó con una pizca de la vida del aquel desdichado mortal. La puerta crujió y empezó a abrirse bajo sus manos.

Giró sobre sus goznes con tanta violencia que Kai estuvo a punto de soltar un grito. Tahren estaba dentro, vestida con una túnica y un pantalón inmundos; incluso con el nuevo cuerpo de Kai, ella seguía siendo más alta. Lo agarró por los hombros y lo miró fijamente, con el ceño fruncido por la confusión.

—¿Un demonio? —Se le quebró la voz, como si llevara demasiado tiempo sin usarla.

—Soy yo —logró responder Kai—, Tahren…

Es Kai, repitió la perla de Ziede, que hablaba con Kai y Tahren al mismo tiempo. *¡Subid aquí, hay más benditos menores imbéciles! ¡Y no mates a tu tía Saadrin, nos está ayudando!*

El semblante de Tahren se despejó. Atrajo a Kai de un tirón, le dio un beso en la frente, lo soltó y se alejó a zancadas por el pasillo.

Kai tropezó y la siguió entre carcajadas de alivio.

EL PASADO:
EL PRINCIPIO

Ninguno de nosotros era consciente ese día de que el futuro pendía de un hilo. Para entonces casi todos habíamos concluido que no tendríamos futuro.

—Carta hallada en los archivos de Benais-arik y atribuida a Bashasa Calis, aunque su autoría es objeto de debate

Kai logró dormir unas horas en la estancia exterior de la tienda de Bashasa y se despertó bastante antes del alba, con Salatel y las demás, cuando Bashasa recobró la consciencia y volvió a poner a todo el mundo en movimiento. Teniendo en cuenta lo divididos que parecían estar los ariké, lo único en lo que todos parecían de acuerdo era en que tenían que largarse de allí lo más deprisa posible. Antes de que el sol asomara por el horizonte, bajo la luz grisácea y tenue, del campamento ya solo quedaban la hierba aplastada y unas cuantas hogueras tapadas con tierra. Estaban listos para partir.

Bashasa había ordenado que todos ocuparan los mismos lugares del día anterior, para evitar confusiones. Durante el bullicio,

mientras ayudaba a la escolta a cargar la tienda y los demás suministros, Kai terminó con la caja de los mapas colgada del hombro. Se le revolvía el estómago solo de pensar en volver a montar en el andamuros, pero como esta vez llevaba encima algo importante, no le costó tanto trepar por el costado de la bestia, detrás de Salatel. Kai quería estar allí, o más bien prefería estar allí antes que estar muerto o ser un espíritu a la deriva, así que iba a colaborar y a pasar desapercibido. Lo cual se había vuelto más difícil, ya que ahora era alto y desgarbado, en lugar de menudo y compacto como Enna.

Cuando Kai entró en el palanquín por la barandilla, Bashasa ya estaba a bordo. Estaba agarrado de la soga que sostenía el toldo, inclinado peligrosamente sobre el costado de la bestia.

—Arava, ¿estáis todos? ¡Diles que vayan delante, os seguimos!

El aire antelucano estaba inmóvil; los pájaros e insectos callaban, molestos por aquel torbellino de actividad. Lo único que se oía en la oscuridad era la profunda respiración de los andamuros y las voces quedas y preocupadas de los pasajeros. No se veía rastro de los brujos; o habían seguido avanzando la noche anterior o se habían mezclado con los demás refugiados.

Una pequeña lámpara de aceite iluminaba el palanquín, revelando los rostros angustiados y los cuerpos nerviosos que abarrotaban los bancos y ayudaban a los heridos a tumbarse en el suelo. Los criados y los refugiados que no eran ariké habían terminado en la zona delantera. Lahshar, Dasara y sus dependientes se habían desplazado hacia el fondo, aunque parecían mucho menos ufanos que la noche anterior. Lahshar jugueteaba con un largo pañuelo, mientras que Dasara no dejaba de girarse para asomarse al exterior, hacia el río, que seguía siendo un abismo negro en la oscuridad. No le dedicó ni una sola mirada a Kai.

La noche anterior, después de ese día tan largo y extraño, quizá la fuga no les había parecido del todo real; ahora, en cambio, volvían a huir, y todos sus planes no valdrían de nada si los alcanzaba una legión.

Las lámparas de los demás palanquines se apagaron una por una cuando los andamuros empezaron a moverse. Bashasa regresó dentro y se volvió hacia ellos.

—¡Ah, Salatel, Cuarto Príncipe! ¿Sois los últimos? Y tenéis los

mapas, excelente.

Kai guardó la caja de mapas en el compartimento de la parte delantera del palanquín y ocupó su sitio en el suelo. Viendo lo que había pasado el día anterior, probablemente acabaría durmiendo acurrucado alrededor del soporte de la soga, pero ahora mismo estaba totalmente despierto. Bashasa le hizo una seña a Trenal para que apagara la luz, y el andamuros se puso en marcha con una sacudida.

Salatel y Trenal se acomodaron a lo largo de la barandilla, y Trenal apoyó la cabeza en el hombro de Salatel. Los movimientos de la criatura le parecían más bruscos que el día anterior. Kai no sabía qué era peor, si mirar hacia dentro y ver los bamboleos del palanquín, o hacerlo hacia fuera y escudriñar las sombras antelucanas. No, definitivamente lo mejor era no mirar el interior. Kai se encaramó a la barandilla para poder mirar hacia delante y se sujetó mejor al soporte con el brazo.

—¡Cuidado, Cuarto Príncipe! —dijo Bashasa, reclinado contra la parte delantera—. No te vayas a caer.

Kai podía haberle respondido algo fatalista, como que él sí que quería caerse, pero solo habría preocupado a Bashasa, que ya tenía bastante con intentar mantenerlos a todos con vida.

—No me voy a caer —dijo simplemente.

Los andamuros seguían la vieja carretera de piedra, avanzando deprisa. Cuando el sol empezó a asomar por el horizonte, las bestias ya estaban saliendo de la llanura del río y se dirigían a unas colinas arboladas. Kai había estado pensando qué decirle a Bashasa, deseando que las circunstancias fueran más íntimas. Pero todas las personas que estaban cerca parecían dormidas o sumidas en sus propias inquietudes. Un niño pequeño balbuceaba en la zona central del palanquín.

—Gracias por traer a Enna —dijo finalmente Kai.

—Ah. —Por un momento pareció que Bashasa no iba a decir nada más—. La hermana bruja me ha dicho que anoche le disteis sepultura —añadió.

—Sí. Pero… —Kai carraspeó. De pronto se sentía tan torpe como si fuera la primera vez que ocupaba un cuerpo humano—. Dejamos allí a muchísimos más.

Bashasa seguía observando el paisaje.

—Entiendo que lo que te pasó no es… habitual, ni siquiera para alguien de tu especie y tu linaje. —Sacudió la cabeza ligeramente—. Me pareció inapropiado dejarla allí.

Kai se esforzó por no revolverse. Los saredíes nunca hablaban tan directamente sobre sentimientos y gratitud.

—Me alegro de que hayas podido traer a tu hermana.

—Eso ha sido un acto egoísta, aunque me diga a mí mismo que era necesario. Le diré a la asamblea de Benais-arik que la he traído para demostrar que los jerarcas violaron nuestro tratado, por poco que valiera, al permitir que sus lacayos la asesinaran impunemente. —Miraba el oscuro paisaje con expresión tranquila, pero Kai percibió que esa calma era solo superficial—. Pero lo cierto es que… mi hermana era mi última pariente cercana. A nuestra madre la envenenaron poco después de que llegaran los jerarcas. Nuestro padre, que era artista, acudió junto con su hermana y mi prima materna a una negociación durante la cual desaparecieron los tres. La Voz del Jerarca de las ciudades-Estado aseguró que no llegaron a presentarse en la negociación. Se hallaron algunos restos, pero, por supuesto, no había pistas que explicaran cómo habían muerto. Así pues, mi familia se ha ido reduciendo poco a poco.

—¿Crees que tu pueblo te escuchará? —preguntó Kai. Teniendo en cuenta su limitada experiencia con los ariké que conocía, tenía sus dudas.

—Bueno, esa es la cuestión de la que depende el destino. —Bashasa suspiró—. Cuando los jerarcas ya no necesiten nuestras minas y a nuestros granjeros y artesanos, planean masacrar a todos los que quedemos. —Su expresión reflejaba un cansancio que iba más allá de los últimos días—. Pero los líderes designados por los jerarcas prefieren fingir que ellos serán la excepción. Que los jerarcas no usarán contra nosotros los métodos que han aplicado en el resto del mundo conocido. —Bashasa se dio la vuelta para mirar a Kai desde la barandilla—. ¿Los saredíes conocían la guerra antes de que aparecieran los jerarcas?

—La Abuela estuvo en guerra con el inframundo hasta que negoció el pacto. —Kai tuvo que hacer memoria para recordar las lecciones de historia de la tía Laniaa; el recuerdo de las noches sentados en torno a la gran hoguera, escuchando sus relatos, le estrujó dolorosamente el corazón, pero se obligó a ignorarlo—. Y en

ocasiones había escaramuzas entre los fronterizos. Pero los brujos ejercían de mediadores. Antes.

—¿Tu Abuela libró una guerra contra el inframundo? —preguntó Bashasa, distraído—. ¿Cómo?

—No fue fácil, por eso hizo el pacto —contestó Kai—. Y eso fue hace diez… once generaciones de mortales. Yo aún no había nacido.

Bashasa parecía intrigado, como si quisiera hacerle más preguntas, pero regresó al tema que les ocupaba.

—Esta parte del mundo también llevaba generaciones en paz antes de la llegada de los jerarcas. Las siete ciudades-Estado del Arik no luchaban entre sí desde que mi bisabuela era una niña. En cuanto a los enalin, no se recuerda que hayan entrado nunca en guerra. A lo largo y ancho del Arkai, el Sana-sarcofa, los archipiélagos, las costas del pueblo del mar e incluso más allá. Solo escaramuzas, protección contra bandidos o antiguas tradiciones marciales. Los jerarcas vinieron sin mediar provocación, sin motivo conocido. Pero durante estos años terribles nos han enseñado a luchar. Y espero que también nos hayan enseñado a colaborar.

Kai recostó la cabeza contra el soporte del palanquín y miró con atención a Bashasa.

—De verdad crees que vamos a sobrevivir.

—Ah. —Bashasa le dedicó una sonrisa furtiva—. Si lo conseguimos, tengo planes.



Durante los dos últimos días, la planicie se volvió más seca y pedregosa; cada vez había menos hierba y matorrales. Pero la ruta de Bashasa los llevó a lo largo del curso de un canal, así que había agua abundante para los andamuros y breves oportunidades para que los pasajeros se bañaran y lavaran la ropa cuando se detenían de noche para que las bestias descansaran.

Kai tuvo tiempo para aprender los caprichos de su nuevo cuerpo. Ahora que el agua le había limpiado casi todo el aceite aromático, el cabello de Kai se había convertido en un amasijo rizado, así que usaba las horquillas de esmeralda de Talamines y un cordón anudado que le había prestado Salatel para mantenerlo bajo control. Algunas cosas eran iguales, otras eran peores. Aparte de

haber perdido en gran medida su visión nocturna, se cansaba antes y tenía que comer más. Cuando sentía dolor, este era más agudo, más inmediato. Eso favorecía su capacidad para crear intenciones, pero de todas formas tenía que hurgar en el cerebro de Talamines para extraerle esos conocimientos. Tardaba una eternidad en hacerlo, y las intenciones que había aprendido Talamines no eran particularmente útiles para su situación actual.

Un día, a media tarde, bajo un cielo azul despejado, avistaron el pueblo y después el fuerte de piedra que se alzaba a su lado, sobre un promontorio rocoso.

El canal discurría entre el fuerte y el pueblo y terminaba en un muelle bajo el fuerte, con un puente muy alto que pasaba por encima. El agua de riego desviada del canal alimentaba los campos verdes y los huertos. Los edificios del pueblo eran casi todos de madera, de una o dos plantas, pintados de colores ya difuminados por el sol, con techos de tejas y una amplia plaza pavimentada en el centro. Grandes toldos y algunos árboles bordeaban y daban sombra a las calles y los puestos de un mercado, y a lo largo del muelle se alineaban las barcazas. La gente ya estaba saliendo a observar a los andamuros. Probablemente por miedo, creyendo que había nobles de los jerarcas a bordo.

—Príncipe heredero, el estandarte —dijo de pronto Trenal, que estaba detrás de Bashasa. Kai la miró de reojo y vio que tenía los ojos muy abiertos.

—Lo veo. —La expresión de Bashasa era más pensativa que sombría, pero, bien mirado, Kai no había visto sombrío a Bashasa ni siquiera cuando había liderado una carga contra un jerarca—. Dasara, llama a tu madre.

Dasara había ido acercándose poco a poco a la parte delantera del palanquín, quizá porque había reconocido el terreno y sabía que se estaban aproximando al pueblo donde Bashasa planeaba reabastecerse. En los dos últimos días, varios heridos se habían recuperado y ya podían sentarse, así que en el palanquín había más espacio para moverse. Dasara se inclinó para asomarse al exterior, pero enseguida retrocedió, alarmado, y se dirigió hacia el fondo.

—¿El estandarte? —dijo Kai. Había tres estandartes alargados y coloridos, no muy distintos del que Bashasa había rescatado de la sala de trofeos, colgados de una barra horizontal sobre las puertas

del fuerte. Salatel y Trenal lo miraron con una mueca de preocupación.

—El estandarte de nuestro primo Karanis —le explicó Bashasa—. El usurpador al que los jerarcas entregaron Benais-arik. Esto indica que se encuentra aquí, en lugar de en la capital. —Se rascó la barbilla; tenía una sombra de barba, porque sus soldados no le habían recordado que se afeitara por la mañana—. Esto puede ser complicado.

Lahshar se abrió paso con brusquedad entre la multitud y apartó a Kai de un codazo para situarse junto a Bashasa. Miró fijamente los estandartes, como si pensara que tal vez todos los demás se habían equivocado, y luego siseó algo en ariké. Bashasa, Salatel y las demás le habían estado enseñando a Kai la lengua ariké, pero todavía no conocía esa palabra. A esas alturas ya conocía lo bastante a Lahshar como para saber que nunca le caería bien, pero al menos era tan dura como una capitana saredí. Verla tan consternada lo inquietó.

—Sí —coincidió Bashasa, hablando en imperial. Miró de reojo el semblante abatido de Lahshar—. Prima, sabías que esto terminaría pasando tarde o temprano.

—Sí, pero… —Se mordió la lengua—. ¿Cómo sabía ese ojete arrugado que íbamos a venir? ¡No ha tenido tiempo!

Tahren se encaramó a la barandilla del palanquín, al lado de Kai, que logró reprimir un respingo. Tahren era la única capaz de bajar de un andamuros, correr hasta alcanzar otro y montar en él en movimiento. La primera vez lo había hecho durante el crepúsculo; al verla aparecer de la nada, Kai se había llevado tal susto que había estado a punto de darle un puñetazo en la cara.

—La legión que venía a recuperar los Salones Estivales habrá utilizado benditos inmortales para enviar un mensaje antes de que llegáramos —dijo Tahren.

Bashasa asintió.

—Hay una fuente del Pozo de Thosaren en Benais-arik. Ese ojete arrugado —me gusta, Lahshar, muy apropiado— ha pensado que tal vez vendríamos aquí y se nos ha adelantado.

—Pero ¿qué vamos a hacer? —quiso saber Lahshar, con un deje de desesperación. Kai se preguntaba lo mismo, pero le parecía muy típico de los primos de Bashasa ponerle objeciones en todo hasta

que llegaba el momento de pensar una solución para salvarles la vida.

Porque era evidente que aquel era el final.

—Pararemos en el pueblo para que desmonten todos. Yo continuaré con mi escolta y hablaré con Karanis.

Kai vio relajarse los hombros de Trenal cuando su miedo se transformó en determinación. Las soldados siempre habían planeado morir defendiendo a Bashasa, incluso antes de que, este trazara su inverosímil plan de resistencia. Y el plan de Kai había sido más o menos el mismo.

—Voy contigo —le dijo a Bashasa.

El príncipe heredero lo miró y sonrió. Parecía complacido y contento, como si se dispusieran a hacer algo muy divertido.

—Gracias, Cuarto Príncipe.



Llevaron los andamuros hasta la plaza del pueblo, en lugar de meterlos en los establos exteriores, para dar a los refugiados una oportunidad mejor de ocultarse entre la población. Kai creía que los atacarían de inmediato, pero los ariké parecían confiar en los habitantes.

Cuando Kai bajó de la bestia, después de Bashasa y las soldados, la líder del pueblo ya los estaba saludando, hablándoles velozmente en ariké. Salatel le tradujo a Kai lo que decía:

—Karanis ha llegado hoy al amanecer con la noticia de nuestra huida. Ella dice que esconderá a toda la gente que pueda. Quizá haya traidores en el pueblo, pero ya hay muchos refugiados aquí, y los nuestros podrán mezclarse con ellos.

La brisa jugaba con los flecos de los toldos que bordeaban la plaza polvorienta, y se oía la risa del agua de la gran fuente. Un olor a humo de leña, aceite de oliva y ajo procedía de una cocina cercana. Había más mortales reunidos, temerosos y atentos; algunos se mezclaban ya con los pasajeros de los andamuros a medida que estos desmontaban. Reinaba un murmullo constante de consternación, de asombro. Los ariké, tanto los vecinos como los refugiados, no dejaban de acercarse a Bashasa para darle la mano, como si fuera un ritual. Kai se empezó a marear un poco. El último

y verdadero príncipe heredero de Benais-arik se dirigía hacia su muerte. ¿Y si los saredíes Kentdessa hubieran podido despedirse de su última capitana o de la Abuela? Bashasa permitía que lo tocaran y le estrecharan la mano, saludando con la frente a cada persona que se acercaba mientras continuaba su apresurada conversación con la líder del pueblo.

—Nadie había vuelto nunca de los Salones Estivales —comprendió Kai.

Salatel inclinó la cabeza con aire sombrío.

—Al menos nos recordarán.

Para cuando los demás príncipes herederos y soldados se congregaron, la líder del pueblo ya había hecho traer caballos.

—No quieren que Bashasa entre en el fuerte como un criminal —le explicó Salatel.

Kai lo observaba todo como si se estuviera representando una historia delante de él, principalmente en idiomas que no conocía, aunque Salatel traducía cuando podía. Los demás príncipes herederos, Hiranan, Vrim, Asara y Stamash, los acompañarían con sus respectivas escoltas. También Lahshar, aunque le ordenó a Dasara que se quedara. Este se opuso violentamente, se echó a llorar y Lahshar ordenó a dos soldados de su escolta que se lo llevaran a rastras y le impidieran seguirlos. También venían otras personas, criados, dependientes y algunos que no eran ariké. Tahren intentó convencer a Dahin de que se quedara, pero este se alteró tanto que finalmente Tahren lo abrazó y le dio permiso. Bashasa trató de convencer a Ziede de que se marchara, pero esta declaró con firmeza:

—Empezamos esto juntos y lo terminaremos juntos.

Solo había suficientes caballos para los príncipes herederos y las soldados de mayor rango. Bashasa pidió que le dieran uno a Tahren, como cortesía a una mariscal inmortal, y Ziede montó tras ella. Esos caballos eran de una raza que Kai no había visto nunca: altos, de color arena, con las patas largas y almohadillas en lugar de cascos, los dientes demasiado afilados y los ojos pequeños, redondos y brillantes. Pero cuando le trajeron uno a él, se asustó como un caballo corriente.

—A los caballos no les gustan los demonios —les explicó Kai—. Quédatelo tú, Salatel.

Ella protestó, pero de pronto apareció Bashasa. Su montura se quejó con un resoplido por estar tan cerca de Kai, pero por lo visto Bashasa era demasiado buen jinete para permitirle mayores muestras de descontento. Se inclinó y le tendió la mano a Kai.

—¿Cuarto Príncipe?

Kai montó en la grupa. Cabalgaron hacia el puente, con las escoltas y el resto de la comitiva siguiéndolos a pie.

Las murallas exteriores, inclinadas, eran de piedra pulida para reflejar el sol. El muro interior estaba pintado con colores vivos y lucía grabados con escenas de batallas encarnizadas cuyos guerreros llevaban armaduras muy elaboradas e inverosímiles. Los soldados los vigilaban desde las pequeñas cúpulas que remataban las numerosas torres circulares.

Las pesadas puertas interiores del fuerte emitieron un chirrido metálico a medida que los engranajes giraban para abrirlas. Kai se recostó en la robusta espalda de Bashasa, porque podía, y pensó: *No pasa nada. Estoy cansado*. Se había cobrado una venganza mayor de lo que había podido soñar y había tenido la oportunidad de que el cuerpo de Enna reposase, aunque fuera lejos de su hogar.

—Ha dicho «huida» —murmuró Bashasa, pensativo.

—¿Qué?

—La líder del pueblo. «Nuestra huida» —le aclaró Bashasa—. Como queriendo decir que nos hemos fugado de un sitio que sigue intacto.

Entonces Kai lo entendió. Huida, no rebelión. O Karanis no estaba enterado de toda la historia o se la ocultaba deliberadamente a los ariké.

—¿En qué nos beneficia eso?

—Mmm. —Bashasa se encogió de hombros—. Me ha dado una idea.

Mientras entraban a caballo por las puertas, las sombras de las gruesas murallas y las columnas caían sobre ellos como barrotes. Dentro había una espaciosa plaza de piedra rodeada de muros sembrados de ventanas y balcones. Una rampa descendía hasta una plaza más baja, y luego hasta otra todavía más baja, como una versión gigante de una cisterna escalonada. Casi todos los soldados del fuerte aguardaban en formación en los dos niveles inferiores, vigilándolos. Desde las ventanas y balcones los observaban más

mortales.

Llevaban armadura y equipo de legionario, pero todos tenían la piel de diversas tonalidades castañas y el cabello oscuro con rizos sueltos o prietos; muy pocos parecían contentos de estar allí. Tan solo los que lucían la coleta de oficial eran los mortales de tez clara procedentes del sur, del lugar donde los jerarcas criaban a sus seguidores. Esos soldados debían de ser reclutas forzosos de Ariké y sus alrededores. Y todos en los que se fijaba Kai llevaban ropa de hombre, con falda dividida y atada. A esas alturas Kai ya había deducido que los soldados ariké eran mujeres por tradición, y que las mujeres vestían pantalón. ¿Los jerarcas habían matado a toda la guarnición y habían reclutado hombres para sustituirla, o habían obligado a las soldados capturadas a cambiar de género? Otro motivo por el que no parecían contentos de estar allí.

Frente a ellos, en lo más alto del muro del fondo, había una gran galería bañada en sombras donde aguardaba un grupo de oficiales legionarios y mortales vestidos de colores vivos. Tan solo uno de ellos estaba sentado en una silla esculpida en piedra y situada sobre una plataforma elevada, igual que la jerarca del patio de los estanques. Pero ese hombre no parecía un jerarca, sino un ariké vestido con un abrigo de brocado muy elaborado, como el de Bashasa. Tenía que tratarse de Karanis.

Reinaba un silencio siniestro; solo se oían los estandartes ondeando en la brisa y el gruñido ocasional de algún caballo.

—Lo ha dispuesto todo como un escenario —comentó Bashasa, pensativo y sin el menor rastro de nervios en la voz Por muy resignado que estuviera Kai, notaba el latido acelerado de su corazón—. Eso significa que está a punto de pasar algo.

Aquello ya era una inmensa trampa; no había ninguna forma de escapar. Pero seguro que Karanis conocía a Bashasa, y Bashasa nunca era tan peligroso como cuando hablaba.

Kai desvió la mirada hacia los balcones, buscando posibles trayectorias.

—¡Ballesta! —vociferó Tahren en ese momento.

Kai agarró a Bashasa por la cintura y tiró de él, interponiendo su propia espalda en la dirección de ataque más probable. Notó el golpe seco debajo del hombro derecho mientras los dos caían del caballo. El animal se movió de lado, gruñendo y obstaculizando a

otros posibles tiradores. Kai permaneció echado sobre el cuerpo de Bashasa, protegiéndolo. Percibió un sudor atemorizado, el tacto áspero de la piedra bajo los pies, el pecho de Bashasa que subía y bajaba mientras intentaba controlar su respiración. Tahren y las soldados los rodearon, reorganizando su formación para interponerse mejor entre ellos y los balcones elevados.

Alguien le tocó el hombro para avisarle de que estaban a salvo. Kai se irguió con una mueca y dejó que Bashasa se levantara. Al bajar la mirada, vio la punta ensangrentada de un virote que le sobresalía por la parte superior del pecho. No quiso arrancárselo; estaba clavado profundamente y no podía permitirse perder el uso de un brazo en ese momento, por muy poco que tardara en recuperarse.

Bashasa lo sujetó por los hombros, con el ceño fruncido de preocupación.

—Cuarto Príncipe, esto se vuelve más perturbador cada vez que pasa.

—Tranquilo —dijo Kai, sacudiéndole el polvo del abrigo a Bashasa—. ¿Cuál es tu plan?

—¿Hay un plan? —murmuró la voz de Lahshar, cerca de ellos.

Hiranan había tomado el mando de las ariké mientras Bashasa estaba distraído. Apoyada en su muleta, levantó la mano libre para indicar a las soldados que mantuvieran la posición. La líder de su escolta se interponía delante de ella, bloqueando la línea de visión de los balcones. Aunque exteriormente Hiranan parecía tranquila, el sudor le pegaba los rizos canosos a la frente.

—¿Hay un plan, Bashasa? —preguntó ella también.

—Sí. —Bashasa sacó un trozo de tela doblado de su abrigo—. Haceos a un lado.

Trenal y Salatel hicieron una seña a las demás soldados, y Hiranan hizo otro tanto con su escolta. El grupo se dividió y Kai se adelantó con Bashasa, caminando hacia la plataforma. Tahren los flanqueaba, atenta. Ziede se mantenía a la izquierda de Kai, y las soldados y los príncipes herederos los seguían en formación indefinida. Todas las terminaciones nerviosas de Kai estaban alerta; fuera cual fuera el plan de Bashasa, dependería de la capacidad de Kai para frustrar el próximo atentado contra su vida.

Mientras caminaban, el silencio se rompió. Entre los reclutas se

propagó un murmullo. Kai empezó a sospechar que Karanis no había informado a los suyos de quién estaba a punto de llegar. Hasta los mortales de la plataforma del trono reaccionaron con asombro. Bashasa estaba vivo, delante de ellos, acompañado por alguien aparentemente insensible al virote de ballesta que le traspasaba el pecho; seguro que ambos llamaban la atención.

Karanis tomó la palabra desde la galería:

—Bashasa Calis. —Su voz grave resonaba en aquel enorme lugar; la forma de las paredes servía para magnificarla—. Has violado el tratado con los honorables jerarcas mayores y has puesto en peligro a todo nuestro pueblo…

Bashasa sacudió la tela: era el estandarte desgarrado que se había llevado de la sala de trofeos. Lo sostuvo en alto y dejó que un viento repentino lo agitara y desplegara. Kai estaba seguro de que Ziede era la responsable de ese viento que no hacía ondear los demás estandartes que pendían sobre la galería.

El murmullo se hizo más fuerte. Dahin, que acababa de aparecer al lado de Kai, cuchicheó:

—Es el estandarte de Suneai-arik, la ciudad que los jerarcas arrasaron por completo.

Kai lo empujó discretamente para que retrocediera mientras Tahren susurraba:

—¡Dahin, vuelve aquí!

Bashasa alzó la voz para hacerse oír.

—Hemos abandonado los Patios de Rehenes para marchar por los Salones Estivales, sembrando la ruina a nuestro paso. Hemos combatido a los jerarcas. Y hemos vencido.

Kai sintió que el dominio de Ziede sobre el viento cambiaba; ahora alteraba el movimiento del aire para asegurarse de que todos oyeran bien a Bashasa.

—Me he llevado esto de su muro de trofeos, donde exhibían los tesoros robados a un centenar de naciones y los huesos de aquellos valientes que se enfrentaron a ellos, humillados y deshonrados como animales. He arrancado este estandarte de ese muro, y nos hemos cobrado la sangre de nuestros parientes asesinados con la carne de los jerarcas. Demuéstraselo, prima.

Trenal le pasó su lanzón a Salatel y abrió la bolsa. Lahshar titubeó, pero luego su expresión se tornó ceñuda y decidida.

Se adelantó, sacó las dos cabezas cercenadas de la bolsa y las sostuvo en alto. Incluso Kai entendía el sentido político de algo así: Lahshar y Bashasa, dos ramas rivales de una misma familia, acababan de mostrar su unidad.

—Es mentira. —Karanis se puso en pie con violencia. Había un claro deje de pánico en su voz—. El mensaje del archiescudo de los jerarcas…

—No es ninguna mentira —rugió Bashasa, pero al mismo tiempo logró reflejar calma y autocontrol—. Me he unido a los príncipes sucesores de todas nuestras ciudades cautivas, con aliados de Enalin, IIveri, Grale, Nibet y muchas tierras más. Todos se han alzado para luchar. Una mariscal inmortal nos acompaña, además de una hermana bruja de las islas Khalin y un poderoso príncipe demonio de la Cuarta Casa del inframundo. Muchos otros seguirán nuestra estela. Los Salones Estivales ya no son más que una ruina inundada en cuyas aguas se pudren los cadáveres de legionarios y nobles de los jerarcas. —Dio un paso más—. Karanis, aceptaste este deber por amor a tu pueblo y por tu deseo de protegerlo. Ahora es el momento de que luches por él. Únete a nosotros…

Bashasa le acababa de dar una salida al usurpador; debería haberla aprovechado.

El movimiento que detectó en la galería advirtió a Kai antes de que Tahren tuviera tiempo de gritar. Se colocó delante de Bashasa y abrió los brazos. Tres virotes se le clavaron en la espalda. Otro le pasó por debajo de la axila y fue a clavarse en la pierna de Trenal, que cayó de espaldas con un gruñido de dolor mientras Nirana la sujetaba.

La multitud había vuelto a enmudecer. Cerala ayudó a Nirana a esconder a Trenal entre los caballos. Kai inspiró hondo, mirando fijamente los ojos preocupados de Bashasa. El dolor recorría el cuerpo de Talamines, pero si flaqueaba ahora, estaban acabados. Bashasa había asegurado que contaba con el apoyo de un príncipe demonio imparable, y Kai tenía que hacerlo realidad. Sin duda Karanis era demasiado astuto para dejar que Bashasa se saliera con la suya por menos. Kai soltó el aire contenido, relajó el rostro para adoptar una expresión neutra y se dio la vuelta.

Entonces se hizo a un lado, dejando que todos vieran de nuevo a Bashasa, ileso, y a su príncipe demonio aparentemente invulnerable

a los proyectiles. Bashasa levantó de nuevo la voz y dijo:

—Os lo pido a todos. Uníos a nosotros.

—¡Matadlos! —vociferó Karanis, y la multitud enloqueció.



El sol ya avanzaba hacia el crepúsculo, interrumpiendo el calor del día, cuando Kai trepó hasta la galería de observación donde trabajaba Bashasa. Abajo, en el patio, los reclutas y las escoltas iban de acá para allá, pero la verdad era que Kai no sabía qué hacía cada cual. Después de que le sacaran los virotes del pecho y la espalda, Kai había pasado las últimas dos horas ayudando a la princesa heredera Hiranan y a Salatel a interrogar a los pocos oficiales legionarios que habían sobrevivido y a dos noblesirvientes de los jerarcas. El propio Karanis había sido uno de los primeros en morir; un criado de la galería de observación lo había apuñalado por la espalda con un cuchillo de carne.

Bashasa había echado su abrigo sobre el asiento de piedra y se había sentado en la plataforma para poder extender sus mapas, sus apuntes y sus útiles de escritura. Varias soldados de su escolta rodeaban la plataforma para protegerlo y llevarle mensajes. Había una cantimplora con agua y unos vasos cerca, pero alguien iba a tener que obligar a Bashasa a parar un rato y comer algo.

—¿Noticias, Cuarto Príncipe? —preguntó Bashasa sin levantar la mirada.

Kai se sentó en la superficie de piedra polvorienta, a su lado. Tenía que darle un informe, pero no era urgente.

—¿Cómo está Trenal? —Las demás soldados de la escolta solo tenían arañazos y magulladuras. El combate prácticamente había terminado cuando bajaron de la plataforma.

—Los médicos dicen que se recuperará —lo tranquilizó Bashasa —. Pero tiene prohibido caminar por ahora, al menos sin muleta.

Era una buena noticia. Distraído, Kai se puso a tocar una mancha de sangre de su falda. Había tenido la oportunidad de cambiarse de ropa, pero se había dejado la túnica con agujeros de virote, para que cualquiera que tuviera dudas se lo pensara dos veces. Tenía una pregunta, y seguramente no habría un momento mejor que ese para hacérsela.

—¿Ese era el plan? ¿Solo ibas a hablar?

—Sí. —Bashasa levantó la mirada y sonrió de oreja a oreja—. Pero hasta que no me di cuenta de que los jerarcas habían mentido a Karanis y de que estaba absolutamente sobrepasado, no tenía ni idea de qué iba a decir.

—Pudo haberte acusado de poner en peligro a todos los ariké con tu egoísmo. —Kai trató de recordar las palabras exactas. Si iba a ser el… lo que fuera de Bashasa, quería asegurarse de entender bien todo lo que había sucedido—. Y lo estaba haciendo, ¿verdad?

—Sí. Yo le habría respondido que los jerarcas no tenían ninguna intención de respetar sus tratados, que nos masacrarían a todos tarde o temprano para asentarse en nuestras tierras sin estorbos, pero eso ya lo había dicho otras veces sin mucho éxito. —Bashasa contempló el patio. En la plataforma inferior, un grupo de reclutas ariké cantaban mientras danzaban en corro. Otros empezaban a encender las lámparas colgadas de los muros, preparándose para el inminente anochecer. Kai vio a Tahren, que caminaba detrás de Ziede por una galería superior, seguida por Dahin—. Por entonces no parecía haber otra opción. —Bashasa volvió a centrarse en su mapa—. Karanis también pudo ofrecer un trato a los demás príncipes herederos para enfrentarnos entre nosotros. —De pronto pareció ocurrírsele algo y se volvió hacia Kai—. Pero tú lo asustaste demasiado y ya no pudo pensar. Eso ha estado muy bien, Kai. Y cuando ordenó que nos atacaran, dejó claro que le daba miedo que el pueblo me escuchara. —Bashasa se encogió de hombros—. Por supuesto, nada está garantizado. ¡Podríamos morir todos mañana! Pero, hasta entonces, trabajaremos.

Kai asintió.

—¿Sabías que los reclutas se rebelarían contra él?

Bashasa agitó la mano y cogió de nuevo su pluma.

—Sabía que a los reclutas ariké no los trataban bien, y que no les agradaría tener que enfrentarse a su propio pueblo. —Levantó las cejas mientras tomaba apuntes—. Valía la pena intentarlo.

Kai se quedó mirando a Bashasa mientras escribía y las sombras del patio se iban prolongando. Era plenamente consciente de que él no tenía ni una décima parte del autocontrol de Bashasa.

—No sé si yo podré hacer lo que quieres que haga, Bashasa —dijo finalmente—. No sé si podré mantener la calma y pensar

siempre en todo, como haces tú. Tengo tanta rabia dentro que podría quemar el mundo.

Sus palabras no parecieron inquietarlo.

—Me temo que ya se te han adelantado. Lo que tenemos que hacer es apagar ese incendio. —Levantó la mirada con expresión seria—. ¿Me ayudarás a hacerlo, Kai?

Ya había tomado la decisión.

—Sí. —Se levantó y se sacudió el polvo de la falda—. Tienes que comer un poco. Te contaré lo que les hemos sonsacado a los prisioneros. Y Hiranan quiere hablar contigo después. —Le tendió la mano.

—Ah —dijo Bashasa, sonriéndole mientras la aceptaba—. Pues vamos a ello.

DIECISÉIS

Kai estaba sentado en el polvoriento trono de piedra, en la plataforma de observación que dominaba el patio del Kagala. Tahren y Saadrin habían despachado rápidamente al resto de los benditos menores y a los guardias mortales de Nient-arik que había en el fuerte. Saadrin incluso se las había arreglado para mantener con vida a Vrenren para que testificara cuando regresara a las Tierras Benditas. Tahren y Ziede estaban reunidas en la sala de guardias, justo debajo de la galería, y Kai había sellado su conexión con la perla de Ziede para darles intimidad. Tenes y Sanja se habían sentado a la sombra, cerca de la balsa, y balanceaban las piernas mientras hablaban en lengua bruja.

Aún quedaba mucho por hacer. Ir a algún lugar donde pudieran encontrar un transporte, para devolverle la balsa de ascensión a Saadrin y que esta se llevara al prisionero. Tendrían que volver allí más tarde para desmantelar las celdas brujas y ocultarlas donde Bashat y el Mundo Emergente no pudieran localizarlas. Quizá la Abuela tuviera alguna idea. Preocuparse por Arnsterath. Con eso sí que no tenía ni idea de qué hacer.

Eran demasiadas cosas; de momento Kai iba a quedarse sentado.

Dahin entró en la galería y se sentó en el escalón, a sus pies.

—¿Has hablado con Tahren? —le preguntó Kai. Dahin había

sollozado de alivio al verla. A Kai le parecía buena señal.

Dahin frunció el ceño con una expresión parecida a la preocupación.

—Dice que ha sido como estar dormida, teniendo sueños que no recordaba. —No levantó la mirada—. ¿Tú te lo crees? ¿O me está mintiendo para que me… para que nos sintamos mejor por no haberla encontrado antes?

Ciertamente sería algo propio de Tahren. Pero Kai sospechaba que no. Tahren no había salido enfurecida de la celda, tan solo aturdida. Igual que Kai y Ziede cuando habían despertado en la tumba. Solo habían sentido todo el horror de la situación al echar la vista atrás.

—Yo la creo. Las celdas las fabricaron los fronterizos hace mucho tiempo. No tenían motivos para ser crueles.

Dahin sopesó la información en silencio. Las primeras aves nocturnas ya planeaban sobre las murallas del fuerte, cazando insectos voladores.

—Bueno, ¿qué hacemos con este sitio? —preguntó por fin—. ¿Quemarlo? Supongo que una inundación no es viable.

La piedra de la zona inferior está muy erosionada. Seguramente Tenes podría echar abajo un par de paredes y provocar un derrumbamiento.

—Me gusta este sitio —dijo Kai, y se sorprendió un poco al darse cuenta de que no estaba siendo sarcástico—. A pesar de todo. Debería seguir en pie.

Dahin se dio la vuelta para mirarlo. Observó a Kai durante un momento y pareció concluir que hablaba en serio.

—En ese caso, siempre que no tengamos que vivir aquí, dejemos que siga en pie.

Kai le sostuvo la mirada.

—Vuelve a Avagantrum con nosotros.

—Ah. —Dahin sonrió y volvió a contemplar el patio—. ¿Intentas imponerme tu voluntad?

—Sí, Dahin, eso hago, ¿no se nota? —Kai se reclinó de nuevo en el asiento de piedra. No iba a insistir más de momento; si seguía intentando persuadirlo, solo le daría a Dahin más motivos para negarse.

Unos pasos resonaron en el otro extremo de la galería; Ziede y

Tahren entraron por la puerta. Las dos iban cogidas de la mano; Ziede caminaba delante y Tahren parecía contenta de seguirla a donde fuera.

Kai se levantó del trono.

—¿Listas para irnos?

Dahin se puso de pie.

—Le diré a la tía Saadrin que suba a como se llame a la balsa. —Salió por la puerta contraria antes de que Kai pudiera decir nada.

—Creo que Dahin ya está mejor —comentó Tahren mientras lo veía irse. Ella también parecía estar mejor. Como el pozo de agua aún funcionaba, Ziede había llenado una cisterna para que Tahren se bañara y le había lavado la ropa. Seguía mojada, pero con aquel calor seco no tardaría en dejar de estarlo. Ziede parecía relajada por primera vez desde que habían despertado en la tumba; toda la tensión de sus hombros y la angustia de su mirada se habían desvanecido.

Kai se giró hacia la puerta que conducía a las escaleras, pero Ziede le cogió de la mano. Una brisa fresca barrió la galería al invocar a un diablo de viento.

—¿Adónde vamos ahora exactamente? —preguntó Ziede—. Aparte de lejos de aquí.

—Todavía no lo sé —confesó Kai. Había querido pedirle a Dahin que le diera alguna idea. Pero ahora solo podía pensar en el vívido recuerdo de Bashasa y él sentados en ese mismo lugar—. A buscar algún incendio que apagar.

Tahren le echó una mirada cómplice a Kai.

—Me gusta —dijo Ziede con decisión.

Y los tres juntos se elevaron por el aire.

Agradecimientos

Este libro probablemente no existiría sin mi amiga Felicia O'Sullivan, que debe de haberse leído unos cien borradores de las primeras 30.000-80.000 palabras, sin solución a la vista, y que me animó y ayudó con entusiasmo a averiguar qué era lo que intentaba hacer.

Este libro no estaría en tus manos sin los editores Lee Harris e Irene Gallo, la diseñadora de sobrecubiertas Christine Foltzer, el asistente editorial Matt Rusin, los correctores y revisores y el resto del equipo de Tordotcom, especialmente Mordicai, Desirae y Renata.

Este libro no sería ni la mitad de bonito sin la portadista Cynthia Sheppard y el ilustrador de mapas Rhys Davies.

Y yo ya habría dejado de escribir si no fuera por mi agente, Jennifer Jackson, y por Michael Curry.



MARTHA WELLS es una escritora estadounidense de ficción especulativa. Ha publicado varias novelas de fantasía, novelas para jóvenes, productos licenciados en medios, historias cortas y ensayos de no ficción y de fantasía y ciencia ficción. Sus novelas han sido traducidas a ocho lenguas.

Wells ha ganado un premio Nébula, cuatro premios Hugo y dos premios Locus.